



SHANNON
MCKEEN
DUVAYS

Peligro extremo

Manderley

Annotation

l límite.No hay nadie en casa de la millonaria propiedad en la remota isla Frakes. Y parece no haber nadie observando, Becca Cantrell se zambulle en un ilícito baño nocturno... y es sacada a la fuerza por un alto y musculoso tipo de ardientes ojos negros. Parece que él está al mando. Bien. El hombre es la encarnación de sus más intensas fantasías. Y Becca está dispuesta a arriesgarse por las emociones...Nick Ward no puede contarle a la mujer que en realidad él está espiando a un cruel señor del crimen ruso. Becca podría ser su mayor enemigo: una asesina enviada para matarle, una chica encargada de distraerle, o la peor posibilidad de todas... una inocente completamente ajena a todo. Lo mire como lo mire, supone un problema: un hermoso, desnudo y empapado problema. La clase de problema a la que no puede resistirse. Ella no está asustada. Después de saborear su cálida boca, Becca no tarda en descubrir lo intrépida que puede ser. Lo necesitará... porque en la isla Frakes las cosas están a punto de explotar, arrastrando a Becca y a Nick a un peligro que ninguno de los dos podría haber imaginado... y sumiéndoles en una pasión que podría destruirlos a ambos....

Mckenna Shannon

Peligro Extremo

Connor Y Cia 05

Capítulo



EL CORREO electrónico decía que se trataría de una pequeña celebración. Una reunión íntima para los amigos más cercanos en la casa que la familia de la novia poseía a las afueras de Endicott Falls.

¡Ja! Había cuarenta y cinco o cincuenta personas circulando por la terraza, la fiesta estaba en su apogeo y la música resonaba a todo volumen por los altavoces. Se trataba de una petición de mano con todas las de la ley. Un asco.

Nick odiaba las bodas y cualquier cosa relacionada con ellas le ponía en guardia. Incluso las más felices; aquellas en las que los novios estaban tan perdidamente enamorados que casi se podían ver pajaritos revoloteando alrededor de sus cabezas como en los dibujos animados. De hecho, esas últimas eran las más asquerosas, pensó sin moverse de su escondite, detrás de un rosal trepador. Cuanto más alto vuela uno, más dura es la caída. Y Sean McCloud estaba volando muy alto esa noche.

Observó a su amigo y a la novia de este, Liv, riéndose, besándose y ofreciéndose tiernos bocaditos el uno al otro entre sorbos de champán. Notó en las tripas la misma sensación apremiante que cuando veía una película de tiburones; unos críos jugaban alegremente entre las olas y, de repente, *tachán... tachán...* Jamás había entendido la razón por la que la gente iba a ver de manera voluntaria ese tipo de películas, él mismo hacía todo lo que estaba en su mano para evitar emociones de esa clase. Ya había tenido suficientes para toda una vida.

Apretó los dientes mientras buscaba a Tamara entre la multitud. Ella era la única razón de que estuviera en esa maldita fiesta; el motivo por el que no se había largado todavía. Aquella era su oportunidad para sonsacarle más información sobre Vadim Zhoglo, aunque la última vez que le preguntó sobre ese tema le había amenazado con hacerse un collar con sus pelotas.

Estaba considerando aquella desagradable perspectiva sin apartar la vista de Davy McCloud, uno de los hermanos del novio, que intentaba convencer a su embarazadísima esposa para que bailara con él. El enorme

McCloud no estaba teniendo demasiada suerte en su empeño, pero un apasionado beso de tornillo pareció inclinar la balanza a su favor.

A todos ellos les encantaba hacerse notar.

La fiesta estaba llena de atractivas jóvenes solteras que exhibían escotes infinitos y miradas provocadoras. Algunas se habían colocado de manera estratégica para abordarle en su camino. ¡Bah!

Hacía mucho tiempo, antes de que su vida se hubiera convertido en una mierda, disfrutaba con ese tipo de situaciones. Entonces era amable con las mujeres, al menos mientras se las ligaba. Poseía el encanto necesario para meterlas en su cama y la habilidad suficiente para hacerles pasar un buen rato mientras estaban allí. Pero no había más y ellas se daban cuenta pronto. Después de un tiempo, resultaba agotador.

Sin embargo, aquella noche no tenía energía para ese tipo de rituales.

Dos jovencitas lo empujaron contra la puerta tras la que se escondía, haciéndole regresar al presente. Luego las vio darse la vuelta entre risitas tontas. Bonitas chicas. Debían de tener la misma edad que la hija de Sergei, Sveti, si es que todavía estaba viva.

«Algo que es menos probable cada día que pasa».

—¡Hola! Contén tu alegría, ¿vale? Tanto entusiasmo me abruma.

Se puso rígido al escuchar la sarcástica voz. Tomó un trago de whisky antes de volverse hacia Connor McCloud, el otro hermano del novio y compañero suyo en la Cueva, la unidad especial del FBI a la que ambos habían pertenecido. Su amigo se había acicalado a fondo esa noche. Incluso era probable que Connor se hubiera visto presionado para afeitarse y cortarse el pelo; daba igual, mostraba un aspecto desaliñado y cansadísimo.

La causa de su agotamiento dormía sobre su pecho, acurrucado en la mochila para bebés que colgaba sobre su torso. Kevin McCloud, de cuatro meses. Los dibujitos de estrellas, lunas y ositos de peluche de la mochila resultaban un extraño contraste con el oscuro traje a medida de Con.

Nick miró con el ceño fruncido a la criatura pelirroja.

—El crío ha vomitado encima de tu chaqueta —observó con una mueca de desagrado.

—En efecto —repuso el orgulloso papá—. Suele ser como un géiser... Por arriba y por abajo.

Nick no pudo evitar esbozar una sonrisa. Se llevó la copa a los labios para ocultarla y tomó un trago.

—Perdona que te lo diga, pero esa mierda que bebes no es nada buena

para tu estado de ánimo. Quizá deberías tomártelo con calma —sugirió Con.

Nick luchó contra el impulso de soltarle un gruñido. Salió perdiendo.

—Mira, Con, me alegro mucho de que tus hermanos y tú os estéis regocijando en la dicha conyugal y caca de bebés; me alegro por todos, pero eso no hace que puedas andar sermoneándome, así que vete a la mierda.

Los agudos ojos verdes de Con comenzaron a brillar con aquella sagacidad que mostraban cuando le intrigaba algo.

—Estás jodido, tío. —Su voz era tranquila, pero denotaba una intensa preocupación—. Desde lo de Boryspil no eres tú. Y ya no digo nada de esa obsesión tuya por Zhoglo...

—No estoy obsesionado y tampoco estoy jodido. Déjame en paz. —Nick giró la cabeza y miró con el ceño fruncido hacia el oscuro jardín.

Sabía lo que pensaba Con. También él lo pensaba cada vez que lo veía; era una de las razones por las que evitaba como la peste a su mejor amigo, al compañero al que solía confiar su vida.

No quería recordar aquel momento, aquel largo lapso en su buen juicio, en el que casi consiguió que Connor y su mujer fueran asesinados por un psicópata llamado Kurt Novak. Y si por un casual quería seguir torturándose, podía pensar en Sergei abierto en canal de la garganta a la ingle, todavía vivo y suplicándole en silencio con la mirada que le diera el golpe de gracia. O en Sveti; la hija de Sergei, que había sido secuestrada seis meses antes a pesar de tener solo doce años, sin que hasta la fecha nadie supiera ni dónde estaba ni con qué finalidad la retenían.

Aquel era el castigo que Sergei recibió por haber delatado a Zhoglo. La sangrienta tortura y la horrible muerte solo habían sido una ínfima parte de la diversión.

Cuando lograba dormir, Nick solía tener pesadillas sobre el destino que podía haber corrido Sveti. Llevaba meses buscando rumores, pistas o secretos sobre ella, pero todavía no había conseguido nada.

Pero Con no era de esos tipos que guardan rencor, algo que a él le exasperaba sobremanera, en especial esa noche.

En su actual estado de ánimo, prefería que le odiaran a que le perdonaran. El perdón era una carga que conllevaba demasiada responsabilidad.

De pronto, el bebé despertó y se puso a llorar. Los dos hombres miraron a la criatura indefensos. El padre intentó consolarle con variadas carantoñas, pero los lloros crecieron hasta convertirse en alaridos que traspasaron sus

oídos como agujas afiladas.

—Será mejor que vaya a ver si encuentro a Erin —claudicó al final Connor, para gran alivio de Nick—. Creo que el bebé quiere comer.

Nick se relajó cuando su amigo se alejó a grandes zancadas hacia una explosiva morena, que esbozó una luminosa sonrisa al ver al bulto que chillaba en la mochila. Era Erin McCloud, la bien dotada mujer de Connor. Las féminas que esos McCloud habían elegido eran todas guapísimas. Cada una de las tres.

El fuerte dedo que se clavó en su hombro le hizo ponerse en guardia e intentar alcanzar una pistola que había dejado en casa esa noche.

Solo podía tratarse de Tamara, la misteriosa amiga con pasado delictivo de los McCloud.

También ella era una mujer impresionante. Su cabello, oscuro en esa ocasión, estaba recogido en un moño en lo alto de la cabeza y los ojos dorados le observaron con palpable diversión mientras él estudiaba su cuerpo perfecto embutido en un vestido corto de cuello *Mao* muy ajustado, confeccionado en seda dorada.

—¿Qué me has clavado? ¿Un punzón? —protestó de malas maneras.

Ella hizo un gesto con la mano que centró su atención en sus largas uñas, también doradas.

—Tranquilízate, Nikolai.

—No me llames así —replicó él con rapidez. Escuchar su nombre le hacía recordar a su padre.

Y pensar en Anton Warbitsky era la mejor manera de ponerse de mala leche. Se había cambiado de apellido para olvidar a aquel sádico hijo de puta, aunque no había funcionado demasiado bien.

Guardaron silencio cuando una de las parejas se acercó a ellos lentamente siguiendo los acordes del viejo blues que sonaba en los altavoces. Él era un tipo con la nariz grande, el experto en informática que siempre acompañaba a los McCloud; un tal Miles. Estrechaba entre sus brazos a Cindy, la guapísima cuñada de Connor, a la que inclinó hacia el suelo en un efectista paso de baile. La mujer soltó una risa tonta y él volvió a subirla otra vez para darle un apasionado beso en los labios. Se alejaron contoneándose por la pista, con los cuerpos entrelazados al compás.

Aquello ya era demasiado. Su único consuelo era saber que en esa boda no le pillarían. Aunque de la próxima, que sería la de Sean, iba a ser imposible escapar.

—Amor, dulce amor. —La voz de Tam poseía un timbre metálico—. Qué tierno, ¿verdad?

—Les doy seis meses —pronosticó en tono ominoso.

- *Piiii*, te equivocas. Hace tiempo que pasaron la barrera de los seis. Llevan saliendo ocho.

- *Tic tac, tic tac...*

—Venga —murmuró ella—. Estamos en una fiesta. Son tus amigos. Suéltate, Nikolai. Sonríe. Hasta yo soy capaz de hacerlo y ya me conoces. Disimula. Chútate si es necesario. Pareces un agujero negro.

—Creo que voy a largarme.

—No te vayas —le pidió ella—. Es posible que lo que voy a decirte sea capaz de animarte.

Él se quedó rígido.

—¿El qué?

La sonrisa de Tam se transformó en una máscara inexpresiva.

—¿Quieres morir joven, Nikolai, o prefieres tener la oportunidad de vivir en una residencia para ancianos?

La excitación azotó como un viento frío el paisaje de su conciencia. Se le puso de punta el vello de la nuca y el gélido hormigueo que recorrió su piel le transmitió una mezcla de esperanza y temor.

—¿Qué tienes?

Tam lo miró.

—Un billete al infierno. —La joven esperó un instante antes de seguir—. No parece demasiado entusiasmado, vas a conseguir que me sienta culpable. —Hizo un gesto con la cabeza para indicar el jardín oscuro y sin farolas—. Venga, vámonos a dar una vuelta. Tenemos que hablar.

Sus pisadas crujieron sobre el camino de grava cuando Tam lo condujo hasta un mirador solitario. Era preferible esperar que fuera ella la que hablara primero. Si se mostraba demasiado interesado, ella se divertiría jugando al gato y al ratón.

Pero la joven permaneció en silencio, aguardando.

—¿Qué tienes? —acabó claudicando finalmente.

—No demasiado —confesó ella—. Rumores, chismes, pago de favores. Posibilidades... ¿Has escuchado hablar de Pavel Cherchenko?

Nick apretó los dientes. ¡Oh, sí! Conocía a Pavel; estaba seguro de que era uno de los hombres que había supervisado la tortura y asesinato de Sergei.

—Me topé con él en Kiev en varias ocasiones, cuando trabajaba como

agente secreto —comentó—. Se dedicaba al tráfico de armas; era uno de los lugartenientes de Zhoglo. Un capullo. ¿Qué pasa con él?

—Conozco a la mujer que está al mando de la agencia que le proporciona chicas cada quince días, cuando viene a Estados Unidos —explicó Tam—. Y me debe una.

—¿Qué clase de favor te debe? —preguntó Nick.

Ella esbozó una sonrisa sarcástica.

—Entre otras cosas, su vida. La última vez que le hizo un trabajito a Pavel, él estaba muy cabreado porque uno de sus hombres de confianza se había pegado un tiro. Pavel tiene un problema; habla de más cuando bebe. Así que me he enterado por ella de que, al parecer, se trae algo muy grande entre manos. Necesita alguien en quien confiar. Alguien que hable inglés perfectamente, para encargarse de los detalles de la seguridad del asunto.

Los pensamientos de Nick iban a toda velocidad.

—¿Algo grande? ¿Detalles de seguridad? ¿Para quién?

—¿Cómo cojones quieres que lo sepa, Nikolai? Eso tendrás que averiguarlo tú solito porque, dado el interés que tengo en verte muerto para que dejes de darme la tabarra de una vez por todas, le he pedido a Ludmilla que te recomiende.

—¿A mí? —La miró con el ceño fruncido—. ¿Cómo...?

—En realidad no a ti... A tu álter ego: Arkady Solokov —entonó ella.

—¿Y cómo te has enterado tú de lo de Arkady? —preguntó indignado. Su papel en la sombra, encarnado en la persona de un importante traficante de armas, era un secreto muy bien guardado.

Ella puso los ojos en blanco.

—A ver, céntrate... ¿Le doy el número de Arkady, sí o no?

—¡Joder! ¡Claro que sí! —Nick estaba flipado—. Tam, ¿cómo es que tienes contactos hasta con las prostitutas que brindan sus servicios a la mafia ucraniana?

—Eso no es de tu incumbencia. No tienes a la suerte, ¿vale? Creo que debería desaparecer en cuanto dejen de verse tus luces traseras, esto es casi un suicidio. Un puto riesgo.

—Pero ¿no estás ya desaparecida? —preguntó él.

—Eso es relativo —murmuró ella—. Voy a tener que comenzar a moverme, dejar la comodidad de mi casa, de mi estudio, de mi negocio. Incluso es probable que sea necesario que deje de parecer tan atractiva. —Se estremeció solo de pensarlo—. Quedas advertido, Nikolai. Milla me está

haciendo un favor, si lo jodes todo y ella termina herida, te rebanaré el cuello.

—Vale, vale... Pero quiero saber si...

—No tengo nada más que decirte —le interrumpió ella con brusquedad—. Esta conversación ha terminado. No quiero más preguntas. Y ten muy clara una cosa, las misiones secretas contra los traficantes de armas son una cosa, pero estar cerca de Zhoglo en persona, interpretando a Arkady, es otra muy diferente. Si no tienes cojones para hacer todo lo que Zhoglo te pida, eres hombre muerto. Y si los tienes, estás sentenciado. Piénsalo bien antes de que le facilite a Milla el número del móvil de Arkady.

—Dame un segundo... Vale, sí, de acuerdo —aceptó con rapidez—. Decidido. Te debo una, Tam. Si alguna vez necesitas algo...

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad? No estoy haciéndote ningún favor; por el contrario, te voy a privar de unos cincuenta años de vida. —Clavó los ojos en el vaso que él tenía en la mano—. Dependiendo de lo mucho que pensaras beber, claro está.

Él encogió los hombros.

—Quizá. Pero de todas maneras no tengo ni idea de qué podría hacer durante esos cincuenta años que dices.

Ella suspiró al tiempo que apretaba la elegante mano contra el estómago. Él supo que la mirada en sus ojos era un fiel reflejo de la suya.

Frialdad, el viento esparciendo la mierda. Secretos ocultos. Rocas y lugares agrestes.

—¿Puedes hacerme un favor? —le pidió ella en voz baja—. En realidad le harás un favor al mundo. Mata a Zhoglo. No te limites a espiarlo; a entregarlo a la Ley. Métele una bala entre ceja y ceja.

Nick pensó en Sveti.

—Tam...

—Mátalo si puedes. Y si no puedes, que Dios te ayude.

Tam se dio la vuelta y desapareció entre las sombras de la noche.

Nadvirna, Ucrania

Vadim Zhoglo bebió lentamente el fino brandy de la copa ancha que tenía en la mano mientras clavaba la mirada en las nevadas cimas de los Cárpatos.

—¿Ya están arreglados los detalles del transporte del primer cargamento, Pavel? —preguntó.

—Sí. Está todo listo —repuso el hombre sin inmutarse.

Zhoglo se volvió hacia él.

—¿Respondes al cien por cien por cada uno de tus hombres? ¿Estás seguro de que esta vez no habrá ninguna sorpresa, como hace seis meses?

Pavel llevó la mano al cuello de la camisa para tirar con fuerza, como si quisiera hacer sitio a la abultada nuez que no hacía más que subir y bajar.

Fue la única respuesta que ofreció. Zhoglo cerró los ojos.

—¿Qué ha ocurrido ahora, Pavel? —inquirió con falsa suavidad.

—Nada serio —se apresuró a asegurar Pavel—. Uno de los hombres ubicados en Puget Sound ha tenido que ser... er... reemplazado.

—¿Ha sido asesinado? —Vadim frunció el ceño—. ¿Cómo es posible?

—Se suicidó —se forzó a decir el esbirro con la voz ronca en tono renuente—. Se ahorcó. Pyotr Cherchenko.

—¿No era tu sobrino? ¿Ese al que me pediste que le arreglara los documentos de inmigración? Ya veo. Lástima que se vea desperdiciada una inversión tan cara —se lamentó Zhoglo—. Lo lamento, Pavel. ¿Quién va a sustituirlo?

En la frente de Pavel brillaba una fina pátina de sudor.

—Un tipo llamado Arkady Solokov. De Donetsk. Será él quien se ocupe de la seguridad en la isla.

—¿Respondes por este tal Solokov al cien por cien?

Pavel apartó la mirada.

—Ya hemos trabajado antes con él. Estuvo con Avia. Fue el negociador en aquel cargamento de lanzagranadas M93 y también en el de los misiles para Liberia hace cuatro años. Parece muy competente. Y domina el inglés a la perfección...

—Así que parece competente... —repitió Vadim con sarcasmo—. Yo estoy invirtiendo millones en este proyecto y tú me sueltas que este tipo *parece* competente.

—Necesitaba encontrar un sustituto con rapidez, Vor, y estoy seguro de que...

—Pues, sin embargo, yo no estoy seguro de nada. Solo de que eres idiota y me vas a obligar a correr riesgos. De acuerdo. Vamos a hacerlo según habíamos planeado. Puedes retirarte.

Pero Pavel se rezagó, arrastrando aquellos pies tan grandes.

—¿Qué coño ocurre ahora? —bramó Vadim—. Me aburres soberanamente, Pavel.

—¿Y... y mis hijos? —preguntó vacilante—. Me prometiste que ordenarías que Sasha y Misha fueran traídos de regreso si yo...

—El acuerdo fue que volverías a ver a tus hijos si solucionabas el desafortunado error que cometiste en la operación del año pasado, pero no ha sido así, Pavel. Por el contrario, lo has complicado todo incluso más.

—Vór, por favor... Mis hijos solo tienen dos y once años y...

—Bueno, para que veas mi buena voluntad, puedes elegir a uno de ellos. El otro saldrá con el primer cargamento. Así cubrirás el costo de tu error.

La cara de Pavel palideció.

—¿Uno? Pero... pero Marya... —Se escuchó un reloj dar las horas—. ¿Cuál de ellos? —susurró.

Vadim encogió los hombros.

—A mí me da igual. Existe la misma demanda de órganos de críos de dos que de once años. —Esbozó una indulgente sonrisa—. Por supuesto, te doy esta noche para pensártelo, Pavel. Discútelo con tu mujer y mañana me comunicas tu decisión.

Pavel se quedó rígido como una estatua, con la mirada perdida.

Zhoglo apretó un botón en su cinturón para llamar a dos gorilas. Fueron estos los que se encargaron de empujar al otro hombre fuera de la estancia.

Capítulo



BAÑARSE en pelota picada. Hacer paracaidismo. Formar parte de la tripulación de un barco. Acampar en el Sáhara, bajo las estrellas. Recorrer Europa en plan mochilero. Hacerse un tatuaje. Mantener apasionadas relaciones con hombres indomables y llenos de músculos. La lista era infinita... Según decían, esas eran algunas de las alocadas aventuras que cualquier chica debía disfrutar antes de sentar cabeza, antes de hallar al amor verdadero. Alocadas aventuras que Becca Cattrell ni siquiera se había planteado.

«Venga, acéptalo de una vez. Nunca has tenido el valor, ni el tiempo».

En medio de la oscuridad, Becca se golpeó el dedo gordo con una tabla que sobresalía en la pasarela de madera. Se abrazó a sí misma durante el tiempo que el dolor tardó en atravesar su cuerpo e impactar en su cerebro. Aquel intervalo se vio significativamente dilatado debido al alcohol que inundaba su flujo sanguíneo. Sin embargo, acabó llegando, y ¡oh, sí!, dolió.

Llevó la botella de cabernet a los labios y bebió otro trago. Comenzaba a resultar demasiado liviana, lo mismo que su cabeza.

¡Y qué más daba! Tenía que conseguir relajarse, aunque fuera a la fuerza. Ya no estaba dispuesta a seguir interpretando el papel de obediente, responsable y razonable santurrona. Iba a tener muy presente aquella lista de cosas. Pensaba hacer cada una de aquellas estupideces.

E iba a disfrutar haciéndolas. Ya verían todos.

Sin embargo, estaba en la apartada isla Frakes y allí no había demasiadas maneras de descontrolarse. Solo se le ocurrían un par de ellas: emborracharse a solas y colarse en la propiedad de algún *millionetis* para bañarse desnuda en su piscina privada sin que nadie la invitara. Eso era todo.

Sí, estaba segura de que Kaia haría todo eso y mucho más, quizá mantuviera exóticas relaciones sexuales, en todas las posiciones imaginables, en la piscina del millonario. Sin embargo, por desgracia para Becca, estaban a mediados de abril y la isla Frakes se encontraba desierta. No había cerca ningún hombre con el que poder mantener una aventura erótica en la piscina.

¡Ay, pobrecita! Era el sino de su vida.

«Kaia...». Pensar en esa chica provocaba que se le tensara cada músculo del cuerpo. Se estremeció.

Iba desnuda bajo el albornoz de Marla, solo eran suyas las sandalias que repicaban contra las tablas de la pasarela. Al llegar a la isla había tenido que tomar prestados unos vaqueros y un jersey de la ropa que Marla guardaba allí para usar en vacaciones. Pero ir desnuda por el bosque a esas horas de la noche resultaba bastante inquietante; demasiada paz para una urbanita como ella. El silencio comenzaba a parecerle tan asfixiante como que le cubrieran el rostro con una almohada.

No había llevado equipaje para esa aventura en la isla. No había tenido tiempo de pasar por su casa para hacer la maleta antes de que la asaltaran los *paparazzi* delante del club de campo Cardinal Creek. Había tenido que escapar por la puerta de servicio, desde donde su jefa, Marla, la había enviado directa al muelle del ferry.

—Adiós Becca. Vuelve pronto. Y ya sabes, evita que te devore un oso.

La buena de Marla... Pero agradecía para sus adentros el firme apoyo de su jefa.

Al tipo que conducía aquel frío catamarán que la llevó desde tierra firme debió de parecerle ridícula, enfrentándose a las olas con un traje de pata de gallo.

¡Yujujú! ¡Vivan las botellas de vino! Tomó otro trago.

Eso por no hablar de sus ojos, enrojecidos e hinchados, su cara pálida o sus labios azulados. Podría haber desfilado por una pasarela como protagonista de *La novia cadáver*. Bah, no servía para subirse a una pasarela ni como novia, ni como cadáver, ni como nada.

Ignoró aquel pensamiento con otro sorbo de vino, esta vez más largo. Marla le había asegurado que tenía un montón de ropa de sport en la casa de vacaciones de su novio, Jerome. Su jefa y ella tenían más o menos la misma talla. En realidad más bien menos, así que debería hacer dieta para lograr ponerse los vaqueros de su jefa. La dieta del vino. Trastabilló, perdió el equilibrio y solo lo recuperó sujetándose a un árbol. ¡Genial!

La pasarela que bordeaba el perímetro de la isla Frakes se dividía bruscamente en dos cuando llegaba al punto en el que se encontraba. Se detuvo tambaleante. Sí, estaba segura de que el de arriba era el camino que conducía a la piscina del *millonetis*, el otro debía ser el que bajaba al muelle donde el tipo amarraba su yate.

Giró a la izquierda y comenzó a atravesar un largo túnel abovedado formado por las ramas de los árboles. Murciélagos y mariposas se movieron con rapidez a su paso, flotando en el aire en una alocada danza. El haz de la linterna no era lo bastante fuerte.

Lo mismo que ella. ¡Oh, Dios!, ¿se podía ser más cobarde?

Después de caminar cerca de doscientos metros, divisó el enorme cerramiento de cristal que cubría la piscina, rodeado por una ancha pasarela de madera.

Subió las escaleras de puntillas, sin apartar la luz de la linterna de la puerta.

- *Date un baño* —la había animado Marla—. *Jamás la cierran. El dueño es uno de esos frikis de la informática. No le importará, te lo aseguro. La mantienen caliente durante todo el año. He llegado a nadar allí en pleno noviembre. Y nadie lo merece más que tú, después de todo lo que has pasado.*

Becca metió la llave en la cerradura. La puerta se abrió con un susurro y, al instante, sus fosas nasales se vieron inundadas por un leve olor a cloro. A tientas, estiró la mano en la oscuridad y presionó el primer interruptor que encontró. Se quedó boquiabierta y muda.

¡*Guau!* Un círculo de luces iluminaba el agua desde el interior, creando un patrón de sombras superpuestas sobre el gresite que cubría los laterales de la piscina. Las paredes del recinto eran cristaleras del suelo al techo estilo *art déco*.

Deslumbrada, dio un paso dentro. Dejó la botella de vino en el suelo y se arrodilló junto al borde de la piscina para tomar un poco de agua en su mano ahuecada. Estaba caliente. Nadar allí dentro sería como hacerlo en el interior de un zafiro perfectamente tallado. Pura magia.

Dejó que el albornoz resbalara por su cuerpo hasta formar un charco a sus pies, como si fuera una estrella de Hollywood o algo por el estilo, se quitó las gafas y se soltó el pelo sobre los hombros, dejando que le hiciera cosquillas en la espalda. Se desperezó de manera lujuriosa, saboreando con anticipación el placer que iba a disfrutar.

¡Oh! El roce del agua contra su piel fue delicioso. Nadó lentamente, atravesando la piscina con perezosas brazadas. El agua se agitaba y susurraba con sensualidad a su paso.

La Gloria. Tan hermoso y solitario. Justo lo que necesitaba después de haberse pasado los últimos días esquivando a los buitres de los medios de comunicación. La tensa entrevista que había mantenido ese mismo día con el

gerente del club tampoco había ayudado. Mucho se temía que aquel «mantente alejada hasta que las cosas se tranquilicen» era una manera educada de decirle que estaba despedida.

¡Maldición!, le gustaba su trabajo. No se moría por él, pero le gustaba, y más importante aún, lo necesitaba. Sus hermanos menores estaban en la universidad y necesitaban que les ayudara económicamente. Además, era la mejor organizadora de eventos que el club de campo Cardinal Creek hubiera tenido nunca. Era un as cuando se trataba de tenerlo todo a punto; la eficiente Becca. Conseguir que cuadraran los miles de detalles que implicaba planificar un evento la satisfacía a un nivel emocional. Resultaba un tanto difícil de creer, lo sabía, pero así era.

Sin embargo, los altos cargos del club temían la mala publicidad, y les daba igual si era la responsable de aquel sórdido asunto o no. Por lo que se veía actualizando su currículum y todo eso.

Pero ¿quién contrataría a una patética hazmerreír como ella?

Al menos si hubiera estado borracha, no se habría dado cuenta de las disimuladas risitas que emitían a su paso por el club los amigotes de su novio Justin. ¡Imbéciles!

La piscina era un reducto de magia y belleza, pero parecía que su alma no encontraba sosiego esa noche. Sus pensamientos la acosaban como un perro hambriento a un hueso. ¿Qué demonios le pasaba?

¿Por qué se le torcía todo? ¡Maldita sea! Era buena persona. Lista, sensata, práctica, trabajadora, generosa. Se consideraba suficientemente atractiva, aunque sabía que no era una belleza. Se entregaba sin reservas a su familia y a su trabajo. A su prometido. Se merecía algo mejor. Se pasaba el tiempo intentando que todo fuera maravilloso para los demás.

Pero parecía evidente que esas incomparables cualidades no ponían duros a los hombres. Al parecer el género masculino buscaba un conjunto distinto de atributos y facultades. Querían mujeres como Kaia... ¡Cerdos machistas!

Bah. Ojalá hubiera actuado con más frialdad, entonces el compromiso no sería del dominio público. Pero, claro, le había parecido demasiado bueno para ser cierto y pregonarlo a los cuatro vientos lo había convertido en algo más real. Después de todo, Justin era un buen partido; guapo, encantador, de familia rica y respetable... Y, además, con grandes expectativas laborales; no en vano era un prometedor fiscal con ambiciones políticas. En una ocasión le había dicho que era la esposa perfecta para un político.

En aquel momento se lo tomó como un cumplido. El corazón se le aceleró alocadamente por la excitación de imaginarse como la devota esposa de un político en plena campaña electoral.

¡Qué inocente!

Fue entonces cuando se convenció de que debía dejar el apartamento que tenía alquilado en un destartado edificio. Cuando decidió que debía comprar una casa de verdad, con jardín, para que los niños que esperaba tener pudieran jugar. Un monovolumen con espacio para sillas de bebé y maletero amplio donde pudiera cargar cochecitos, cunas de viaje, bicicletas o monopatines; un vehículo donde cupiera la equipación completa para ir de camping durante las vacaciones. Ya se veía los fines de semana adquiriendo los muebles en Ikea o haciendo la compra en un Costco.

Ahora sus fantasías le parecían estúpidas. Se sentía tonta al recordar que había sido el centro de atención de su despedida de soltera; no quería acordarse de la risita tonta que soltó cuando abrió las toallas a juego o las sales de baño que respondían al sugerente nombre de Kama Sutra. O cuando había parloteado sin cesar sobre las ventajas que ofrecían los suelos de mármol sobre los de granito en la cocina de sus sueños. Y durante todo ese tiempo, Justin estaba pasándoselo en grande con Kaia, su amiguita universitaria.

La alta, bronceada y perfumada Kaia, con su olor a sándalo y sus trenzas rubias. Con aquel tatuaje del sol en un hombro, joyas auténticas de Nepal y *piercings* en la nariz y el ombligo.

Lista y dispuesta a hacerle una mamada a su novio mientras él conducía en hora punta por la ciudad, ¡y en su propio coche, nada menos! Y mientras tanto, los reflejos como piloto de Justin no habían sido tan buenos como las habilidades de Kaia con las felaciones. Su coche había acabado empotrado contra un poste telefónico en pleno barrio comercial. Tuvieron suerte de no cargarse a alguien.

Kaia usaba ahora un collarín con abrazaderas metálicas y, con respecto a Justin, bueno, acabar con los dientes de la universitaria tatuados en la polla era lo mínimo que se merecía. Becca no era capaz de sentir ni un poquito de lástima por él.

Según argumentó Justin en cuanto estuvo lo suficientemente lúcido como para hablar, aquello solo había sido una despedida; por los viejos tiempos. Llegó incluso a insinuar que debía dar gracias de que se hubiera conformado con sexo oral y no hubiera optado por una penetración vaginal. ¡Cuánta

nobleza la suya, Señor! Sacrificar su propio placer por respeto a su novia... Al parecer debería haberse sentido abrumada de gratitud ante tal muestra de abstinencia viril.

Pues eso sí que no.

Ella expresó su parecer con decisión, lo que cabreó a su vez a Justin. Fue entonces cuando él comenzó a soltar una retahíla de maldades malintencionadas que la llevaron a esconderse en una isla envuelta en la niebla, lejos de todos los que se hubieran enterado de lo ocurrido. Es decir, de todo el mundo.

Se detuvo al llegar al borde de la piscina, apoyó los codos en el borde y sacó medio cuerpo del agua para esconder la cara entre las manos. Le resultó imposible contener las lágrimas, que comenzaron a deslizarse por sus mejillas. Lágrimas y más lágrimas. A ese paso sería capaz de llenar una piscina como aquella.

El escándalo fue demasiado morboso para poder acallarlo. La familia de Justin era muy conocida y la historia se extendió con rapidez por Internet. En una ocasión se le ocurrió *googlear* su nombre y obtuvo miles de resultados. Y luego estaban aquellos periodistas que la acosaban en busca de cualquier reacción por su parte. Jodidos hijos de puta. La fama hacía daño. El cuento de hadas en el que ella era una princesa con un maravilloso anillo en el dedo había dado paso a una vulgar parodia. Y ni siquiera era el suyo un papel protagonista, sino el de una secundaria. Al parecer, se comentaba que el pobre Justin andaba necesitado de alivio y se vio obligado a abrirse la bragueta para conseguir un poco. Eso la convertía en el blanco de miles de bromas de mal gusto.

Nadie mencionaba el tema sin reírse, pero a ella no le parecía gracioso. Su ex prometido tenía los dientes de otra mujer grabados en la polla porque ella no había sido capaz de satisfacerlo en la cama. Eso era lo que Justin había dicho cuando se sobrepuso a cualquier sentimiento de culpabilidad y comenzó a cabrearse.

Y no sería porque ella no lo intentó; Justin era un tipo atractivo y sabía besar muy bien, pero a ella nunca se le había dado bien el sexo, se mostraba rígida y tensa. Siempre pensó que, sin duda, mejoraría en esa cuestión cuando tuvieran más intimidad, más confianza, cuando por fin fuera capaz de relajarse en la cama.

Bueno, no era una mujer multiorgásmica, aunque había tratado de complacerle lo mejor que pudo. Intentó tener la mente abierta, ser desinhibida,

pero como Justin había señalado con sarcasmo, intentar y desinhibir eran palabras contradictorias. O lo eres o no lo eres. Punto.

Le parecía muy injusto que hubiera cosas que no se pudieran cambiar, aun poniendo todo de su parte. Pero no, había cuestiones en las que todo era blanco o negro; o excitas a un hombre o no lo haces. Eres sexy o no lo eres. Eres una mujer salvaje que realiza mamadas al conductor del coche, o eres una mujer aburrida, perfecta para ser la mujer de un político.

«Sin embargo, mejor así. Mejor ahora que cuando estuvieran casados y tuvieran críos. Te has salvado por la campana».

Se impulsó desde el borde de la piscina y comenzó otro largo llena de furia. Sus brazos cortaban el agua con toda la cólera que contenía su cuerpo.

Chispa. Eso decía Justin que le faltaba. Y ver lo que Kaia había hecho le hizo darse cuenta de que tenía razón.

Kaia era una fuente inagotable de chispas. Becca se preguntó si el collarín y el corsé restringirían su fogosidad sexual. Pobrecita... qué pena le daba...

Tocó el borde, se giró para continuar con otro largo pero... dos enormes y fuertes manos la apresaron por debajo de las axilas y la alzaron, sacándola de la piscina. Un grueso y acerado brazo la inmovilizó sujetándola por la garganta. Notó una dura presión en la sien; un arma, sin duda. ¡Oh, Dios! ¡Un arma!

—¿Quién demonios eres? —La voz que susurró en su oído rezumaba pura amenaza.

Capítulo



LO PRIMERO que Nick pensó cuando vio a aquella magnífica mujer desnuda por el monitor de vídeo fue que se trataba de una trampa. Ella se estiró y contoneó antes de dejar caer la melena sobre la espalda mientras mostraba las tetas a la cámara. Luego la observó zambullirse en la piscina como si fuera la dueña del lugar. Sin duda no tenía más remedio que reconocer que la chica tenía los nervios de acero.

Nick retrocedió, arrastrándola consigo hasta que se topó con la vidriera de la piscina. Cuando se encendían las luces, aquel lugar parecía un invernadero; vidrio por todas partes y sin ningún tipo de protección.

Se preparó para recibir una ráfaga de balas desde la oscuridad, balas que reducirían todo aquel esplendor *art decó* a pequeños fragmentos metálicos.

Pero no ocurrió nada. Esperó un segundo y otro más.

Bajó el arma de la sien de la chica para presionar el interruptor y apagar las luces del fondo de la piscina, haciendo que una infernal oscuridad cayera sobre ellos. La alarma le había arrancado del sueño de improviso y todavía estaba medio dormido cuando salió de la cama, por lo que no se acordó de coger las gafas de infrarrojos. De una cosa estaba seguro, si ahí fuera en el bosque había alguien, sí debía llevarlas. La chica se retorció intentando poner los pies en el suelo.

¡Oh, no! De eso nada. Le dio una suave patada en los pies desnudos para hacerle perder el equilibrio sin hacerle daño, y consiguió que siguiera colgando indefensa de su brazo.

—P-p-por fa-vor.

—Silencio. No quiero oír ni una palabra. ¿Entendido?

La mujer se estremeció de pies a cabeza, pero asintió con la cabeza.

«¡Oh, Dios!». ¿Cómo había llegado allí? ¿Quién era? Aquella operación era secreta, ¡joder! Ni siquiera él conocía la mayoría de los detalles. ¿Quién conocía su tapadera además de Tam? ¿Le habría delatado Ludmilla?

Quizá uno de los adversarios de Zhoglo había infiltrado a un topo. Quizá una agencia extranjera se había enterado de la reunión que se celebraría allí y

estaba organizando un comité de bienvenida a Zhoglo para el momento en que atracara con su barco. No es que le pareciera mal, pero si era así, tenía grandes posibilidades de acabar siendo asesinado por cualquiera de las dos facciones.

Y, ¡joder, joder!, Zhoglo llegaría al día siguiente.

Tenía que seguir con vida.

Abrió la puerta y arrastró consigo al exterior a la mujer desnuda. Los pies de la joven se enredaron en sus piernas. Los gemidos que emitía serían difíciles de escuchar por el resto de la unidad, estuviera donde estuviera. La llevó por la pasarela hasta la casa mientras su mente trabajaba sin cesar en busca de una explicación plausible.

Lo primero que se le ocurrió fue que la mujer era una asesina tipo mantis religiosa; me follas y te mato. Sí, vale, no llevaba ninguna arma a la vista, pero un cuerpo así era un arma en sí mismo. Podía darle un buen golpe en la cabeza mientras se comía sus tetas con la vista. Y, además, existían armas que resultaban muy fáciles de esconder.

Tenía que registrarla a fondo. Aquella idea lanzó una oleada de interés a su entrepierna. Al parecer, a su serpiente de un solo ojo no le importaba nada si la hermosa nadadora era una asesina a sangre fría.

A veces se preguntaba cómo era posible que los hombres llegaran a la edad adulta, y aún más a la vejez, con aquel estúpido colgajo entre las piernas.

Después elucubró con que la chica era una distracción con la que captar su atención mientras preparaban una emboscada. No había duda de que los sinuosos y provocativos movimientos con los que le había encandilado antes de meterse en el agua habían sido una buena distracción. Un hechizo sexual. Recordó la manera en que brillaba su piel cuando la sacó de la piscina, como mágicos reflejos sobre agua revuelta. Absolutamente mágico.

También la muerte podía ser mágica.

La arrastró a través de la puerta principal de la casa. Podía intentarlo por las buenas, no era necesario mostrarse agresivo, a fin de cuentas la chica no estaba resistiéndose. Con un rápido gesto le esposó las manos a la espalda y luego sujetó las esposas a la barandilla de la escalera curva. Bien, no había perdido ni pizca de habilidad.

Dio un paso atrás y la miró de arriba abajo. *Guau*. Quien fuera que la enviara debía de disponer de mucho dinero; esa mujer era asombrosa. Se obligó a cerrar la boca y a seguir analizando la situación. «Concéntrate, tío».

Otra posibilidad era que la mujer fuera un peón, una fulana prescindible

que no tenía ni idea de nada, y aquella situación fuera una perversa prueba del jefe para observar cómo se comportaba Arkady. Justo la clase de juego que a Zhoglo le interesaría poner en práctica con un tipo nuevo; una manera de conocer todas sus debilidades.

Lo que significaría que le observaban. Razón de más para mantener la calma. Si iba con cuidado, incluso podría sacar ventaja de aquello. Valía la pena intentarlo.

—¿Quién te ha enviado? —preguntó suavemente en ucraniano.

Ella parpadeó y abrió los ojos como platos.

—¿Qué?

Parecía tener acento americano. Pensó que era poco probable que una americana se dedicara a un trabajo como ese.

—¿Quién te ha enviado? Dime quién te mandó aquí —inquirió, en esta ocasión en ruso.

No obtuvo respuesta.

Lo siguió intentando en chechenio, estonio, moldavo, georgiano... Necesitaba saber si era un señuelo enviado por uno de los rivales de Zhoglo. Luego le preguntó también en húngaro y rumano, por si acaso. El gran Zhoglo podía haber cabreado mucho a papá Novak y ninguno de aquellos psicópatas era conocido por su lealtad cuando estaban en juego millones de dólares.

No vio ni una chispa de comprensión en el rostro de la chica. Solo una mirada de terror. Después de todo era una profesional.

Era innegable que habían elegido muy bien al cebo, si es que lo era. Todas esas pálidas y suaves curvas, junto con aquellos enormes ojos verdes, le ponían a cien. Era justo su tipo: no le iban nada las mujeres flacas, pero esta era como las mujeres del Viejo Mundo; las que podían verse en la Europa del Este, no un palo de escoba de los que se encontraban en las playas de Malibú.

Le gustaba especialmente su boca. Labios exuberantes, entreabiertos y temblorosos que le hicieron elucubrar por un momento sobre cuál sería su especialidad sexual. Estaba seguro de que sería un as haciendo mamadas.

En su fuero interno sintió una gran satisfacción. Si consideraban que se merecía una fulana de primera calidad para tentarle, debía haberse convertido en alguien muy importante cuando no estaba mirando.

Se preguntó cuántos años tendría. Le echaba veintitrés, veinticinco como mucho, así que no llevaría demasiado tiempo en la profesión. Aquellas vibraciones que emitía de radiante inocencia no podían fingirse. La inocencia era lo primero que se desvanecía en aquel trabajo.

La imagen que se presentaba ante él era perfecta. El cuerpo femenino todavía brillaba por los regueros de agua que goteaban desde las puntas de los cabellos para deslizarse por todas aquellas curvas. Algunas de las gotas se perdían entre el oscuro vello que protegía su sexo. Las grandes tetas se erguían en todo su esplendor; sí, las esposas eran una gran ventaja para forzar la postura. Se recreó en los apretados pezones y en los gemidos de impotencia.

Se obligó a regresar a la realidad. Esa mujer no estaba indefensa. Lo más probable es que tuviera un alambre entre los cabellos con el que intentaría asfixiarlo en el momento en que él volviera la espalda.

—¿Quién eres? ¿Quién te ha enviado? —preguntó finalmente en inglés.

—Ah... Soy Becca Cattrell —repuso ella con voz temblorosa, aguda y débil.

—Becca Cattrell —repitió él—. ¿Y quién coño es Becca Cattrell?

Ella meneó la cabeza con los ojos muy abiertos.

—Oh... ¿Yo?

—Muy graciosa. —La obligó a alzar la barbilla—. Pero esto no es un juego. ¿Quién te ha enviado?

—M-me e-envió M-Marla —dijo ella con la voz entrecortada.

—¿Sí? ¿De veras? ¿Y quién es esa Marla?

—M-mi j-efa —tartamudeó ella—. En el club.

Así que Marla era una *madame*. Bueno, ya tenía la respuesta a una parte del acertijo, pero no era esa la parte que le interesaba.

—¿Por qué te ha enviado Marla aquí?

—Mira, de verdad, lo único que me dijo fue que podía bañarme en la piscina. —La chica se estremecía de pies a cabeza—. ¡Me aseguró que eras un buen tipo y no te importaría!

¿Un buen tipo? Parecía sentirse traicionada. Consideró sus palabras durante un momento sin apartar la mirada de ella.

—No conozco a ninguna Marla y... ¿sabes qué? No soy un buen tipo.

—¡Ah! —La vio parpadear como un conejito pillado en una trampa.

Aplastó el estúpido impulso de creerla.

—Espérame aquí —dijo como si ella tuviera alguna elección antes de regresar a la garita de seguridad, donde estudió las imágenes de la cámara de infrarrojos. Realizó un lento barrido alrededor de la casa sin encontrar nada sospechoso, por lo que hizo una segunda pasada para asegurarse bien. Ahí fuera no había nada con sangre caliente, salvo animales salvajes.

Presionó un interruptor del aparato para ver dos ángulos diferentes de la

escalera curva y estudió a la joven desde ambos lados. El pelo mojado le caía sobre la cara; temblaba. Debía hacerla entrar en calor.

No, se reprendió con severidad. No podía hacerlo. La caballerosidad podía matarle. Tenía que pensar cómo lo haría Zhoglo. No podía tener corazón, conciencia ni compasión. Debía mostrarse más frío que un cadáver en una cámara de refrigeración.

Estudió el cuerpo de la joven. No poseía la trabajada y tonificada musculatura de alguien entrenado en la lucha cuerpo a cuerpo. La carne parecía suave y dúctil. Parecía hecha para el placer, no poseía los marcados músculos de una eficiente máquina de matar. Se sentía tentado a descartar la posibilidad de que fuera una asesina, pero antes debía registrarla.

Se detuvo al pasar delante del armario para la ropa de hogar, y terminó cediendo para coger una toalla mientras se maldecía por ser un loco idiota. Decidió sentirse todavía más estúpido tomando un calefactor portátil que vio en un estante. ¿Qué más daba que la asesina o prostituta —o las dos cosas a la vez— se sintiera cómoda mientras la interrogaba? Zhoglo no estaba espiándolo; o por lo menos eso esperaba.

La chica le miró con temor y Nick imaginó que debía parecer muy extraño a sus ojos, llevando un calefactor en una mano y una toalla en la otra. ¡Ni que fuera su doncella! ¡Joder! Enchufó el aparato a la corriente y orientó el chorro de aire caliente hacia ella. La joven se puso rígida cuando él cogió un mechón de pelo y lo retorció para escurrir el agua antes de dejarlo caer. El pensamiento de que podría estrangularlo atravesó su mente como un relámpago mientras enredaba los dedos entre los sedosos cabellos mojados, intentando intuir los lugares en que una asesina en cueros podría ocultar sus armas.

El pelo resultaba espeso y muy suave. Allí no había ningún alambre oculto con el que pudiera asfixiarle.

Ella se estremeció bajo su roce. No llevaba pendientes, ni anillos, collares o pulseras, ni tampoco cadenas en los tobillos. La vio contener una protesta cuando le pasó las manos por el hueco de la cintura antes de subirlas por la espalda.

No tenía nada pegado con cinta a la piel. Luego movió los dedos entre los suaves muslos, otro escondite habitual en esos casos. Eso provocó en ella una muda protesta y un furioso contoneo, pero él ignoró ambos gestos.

Le pasó las palmas por debajo de las tetas, que eran más que abundantes como para ocultar algo pegado u oculto. No encontró nada. Sin embargo, notó que eran muy suaves, ¡*guau!*

Las volvió a registrar porque debía ser minucioso. *Mmmm*. Quedaban los orificios corporales, pero eso tendría que esperar. ¡Joder!, no conocía a esa mujer.

Ella intentó escapar al escucharle reír por lo bajo.

—¿Qué te parece tan gracioso? —escupió ella con desprecio—. ¿Te has cansado de manosearme, cerdo asqueroso?

—Todavía no —repuso él con suavidad, al tiempo que tomaba la toalla y comenzaba a secarla con enérgicos movimientos.

Ella se retorció para intentar evitarlo.

—Puedo hacerlo yo sola, ¿me dejas? —farfulló.

—De eso nada —le dijo.

Dejó caer la toalla y la miró de arriba abajo. Ya estaba casi seca y tenía color en los labios. Era el momento de empezar el interrogatorio.

—Vamos a hablar tú y yo, Becca Cattrell —aseguró—. Cuéntame todo lo que sabes sobre Marla.

—T-trabajo con e-ella en el club.

Estupendo, acababa de ganar unos puntos ante él por mantener la coherencia.

—Muy bien, sigue —la animó—. El club. Me parece un buen lugar para empezar. Háblame de ese club, preciosa. ¿Quién lo dirige?

—Bueno, imagino que el presidente. James Blaystock IV. Es el club de campo Cardinal Greek, en Bothell. Soy la coordinadora de eventos. La que organiza las reuniones, los banquetes, las fiestas, las bodas...

A Nick se le paralizaron los pensamientos. Se la quedó mirando con la mente en blanco. ¿Club de campo? ¿De qué coño estaba hablando...?

—Marla es mi jefa —continuó balbuciendo ella—. Marla Matlock. Fue ella la que me facilitó las llaves de la casa de vacaciones de... de su novio... Jerome Sloane. Es el edificio con el tejado a dos aguas que hay en la colina. Me dijo que estuvieron viniendo aquí a nadar durante años. Que el dueño de esta casa es un friki de la informática, un tipo inofensivo... —vaciló—, él es un tipo inofensivo... no tú, ¿vale?

Nick carraspeó mientras nuevas alternativas —mucho menos gratificantes — tomaban forma en su mente.

—No. Es evidente que no soy él. Esta casa ha cambiado de propietario hace unas semanas.

Ella asintió con la cabeza.

—Entiendo. P-por favor... —susurró—. ¿Puedes soltarme?

Nick cruzó los brazos sobre el pecho. Era posible que ella estuviera mintiendo, pero sabía que Sloane era el nombre del dueño de la casa más cercana; lo había investigado. Jerome Sloane era un pudiente tratante de arte que, a sus cincuenta y tantos años, dividía el tiempo entre Seattle y San Francisco. Tenía también información sobre los propietarios del resto de las casas en la isla. Sloane había estado en la isla Frakes durante la segunda semana de agosto y desde entonces no había vuelto a poner los pies allí.

Es una buena tapadera, susurró una voz en su cabeza. Cualquiera podría haber hecho la misma investigación que él.

—Bueno, bueno... Vamos a suponer por un segundo que eso que dices es cierto... —la tanteó él.

—¡Es cierto! Jamás tuve intención de...

—¡Silencio! —Le brindó una fingida sonrisa—. Como estaba diciendo, vamos a suponer que es cierto, así que explícame qué haces aquí en pleno mes de abril. En concreto, quiero que me expliques cómo se te ha ocurrido allanar una propiedad privada, desnuda, despertándome y dándome un susto de muerte a las... —miró el reloj— a la una menos veinte de la madrugada.

Ella pestañeó.

—¿Yo? —preguntó ella con un hilo de voz—. ¿Yo te asusté a ti?

—Explícamelo —gruñó él—. Y más vale que seas convincente.

Ella emitió un suspiro tembloroso.

—Er... En los últimos días... he tenido algunos problemillas personales. Quise... quise alejarme de todo el mundo, así que Marla convenció a Jerome para que me dejara venir a pasar unos días en la isla. Me habló de esta preciosa piscina y no se me ocurrió pedir permiso. Ella dijo que no le importaría a nadie. Imagino que... *er*... Que estaba equivocada.

Él revisó aquella información. Lo cierto es que todavía no había tenido tiempo de poner a punto el sistema de seguridad de la piscina, solo había instalado el vídeo. La alarma comenzó a pitar cuando ella traspasó los infrarrojos que bordeaban el perímetro.

Aquello comenzaba a oler a mierda. Las posibilidades de sobrevivir a la próxima visita de Zhoglo eran ya lo bastante remotas sin que se viera involucrado un bomboncito que se dedicaba a organizar bodas y banquetes.

—¿Suele darte por allanar casas ajenas en bolas? —preguntó él sin poder contener la curiosidad.

Las oscuras pestañas curvas ocultaron los enormes ojos verdes. Notó que tenía algunas pecas en la nariz.

«Concéntrate, tío, ¡joder!».

—No —susurró ella—. Jamás había hecho nada así en mi vida. Fue... er... un reto. Estoy tratando de cambiar... Quiero ser más... aventurera.

¿Más aventurera? La miró fijamente mientras esbozaba una mueca burlona. Se puso duro. ¡Joder!, él sí que estaba más que dispuesto a darle una buena aventura. Una ardiente y húmeda aventura que jamás olvidaría. Por la derecha, por la izquierda, boca abajo, boca arriba...

«No, no puedes».

—¿Aventurera? —repitió.

Ella encogió los hombros.

—Ya sé que suena estúpido, pero siempre he sido una buena chica. — Luego tomó carrerilla y fue imposible que se callara—. Me cepillo los dientes, hago las tareas de la casa, tomo las vitaminas, trabajo con ahínco, no me importa ser la última... Imagino que es por eso por lo que mi novio pensó que sería la esposa perfecta para un político.

—¿Tu novio? —dijo, mordiendo la palabra con acritud.

- *Ex novio* —aclaró ella poniendo especial énfasis en el prefijo—. Jamás me había atrevido a portarme mal, por lo que ese bastardo debió de pensar que no ocultaba ningún esqueleto en el armario que pudiera acabar saliendo a la luz. Para él no soy más que un maniquí de escaparate que mostrar a todo el mundo. Menudo cabrón manipulador, hijo de puta...

—¿Puedes centrarte en el tema que nos ocupa, por favor?

Demasiado tarde. La mujer se había embalado. Recordó demasiado tarde la casi vacía botella de vino que acertó a vislumbrar de refilón en el suelo de la piscina. Debía de haberse ventilado ella sola todo lo que faltaba.

—¡El muy hijo de puta me engañó! —Ella había comenzado a gritar—. ¡Con Kaia! Ella sí es una aventurera; lleva un *piercing* en la nariz, estuvo en Nepal, incluso ha participado en un safari. ¡Genial por ella! ¡Mala pécora!

La furia que la joven mostraba le provocó una mueca involuntaria. Hacía tanto tiempo que no sonreía que casi no sabía hacerlo y pareció que tenía una especie de tic.

Pero ella lo percibió perfectamente, porque le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué te parece tan gracioso? ¿Te divierto?

—Lo siento. —La recorrió de arriba abajo con la mirada—. No creo que te parezcas en nada a un maniquí, a mí me pareces la mar de real.

—Vaya... gracias —soltó con rigidez—. ¿Eso quiere decir que puedes

quitarme las esposas? Me duelen las muñecas.

La miró otra vez. Si lo que estaba diciendo la chica era cierto, era él quien los estaba poniendo en peligro al hacer que se fijara en él. Si por el contrario era mentira, entonces había en marcha un peligroso complot, lo que significaba que las posibilidades de que pasara con éxito la gran prueba no eran demasiadas.

Nick respiró hondo y soltó el aire. Cuanto más miraba aquel magnífico cuerpo que ella poseía, menos inclinación sentía a preocuparse por cualquier otra cosa.

Se le ocurrió pensar que si realmente esa chica era organizadora de eventos, no le drogaría, apuñalaría o envenenaría mientras tenían un poco de acción.

Cortó en seco ese pensamiento. La chica estaba muerta de miedo y esposada. No importaba lo despampanante que fuera, jamás había forzado a una mujer en su vida y no pensaba comenzar en ese momento. Le daba igual quién estuviera mirándole.

Sin embargo, no se le ocurría ninguna manera segura de llegar a un acuerdo con ella. Ojalá supiera la forma de asustarla para que se fuera de la isla antes de que llegaran Zhoglo y sus hombres, pero conseguir que guardara silencio sobre lo acontecido sería imposible si la asustaba. Ya la veía entrando en la primera comisaría que encontrara y presentando una denuncia que lo jodería todo. Quizá sin remedio.

Así que... ¿qué podía hacer? No era probable que ella se lo tomara a broma. Ni siquiera dándole las esposas para que se las llevara a casa como recuerdo del sorprendente encuentro con el estafalario vecino. Antes tendrían que llegar a ser amigos.

Todos sus instintos viriles le indicaban que debía mantenerla justo como estaba. Desnuda, indefensa y muy cerca de él.

«A ver cuándo creces, gilipollas». Emitió un suspiro de pesar y le soltó las esposas.

En el momento en que se sintió libre, Becca se dejó caer sobre las rodillas porque las piernas no la sostenían. Unos bronceados pies desnudos y alargados ocuparon su ángulo de visión. Alzó la vista por unas pantorrillas musculosas y velludas. Observó que él llevaba puestos unos desgastados pantalones militares cortados por debajo de las rodillas. Siguió subiendo la mirada por unos muslos duros como rocas, unas caderas delgadas y... ¡Oh,

caray! Se detuvo en el bulto en su entrepierna.

¡Menudo paquete!

Tragó saliva antes de deslizar los ojos más arriba, por el vientre plano y el duro y fornido pecho, adivinando unos increíbles músculos por debajo de una desgastada camiseta negra. Entonces llegó a unas intensas pupilas rodeadas de espesas pestañas negras. Tenía los ojos rasgados y una mirada ardiente que clavaba en ella sin recato.

Una agitada ráfaga de cautela aleteó en su interior. Tenía que ponerse en pie, levantarse, sin tardanza. Estar desnuda de rodillas delante de ese hombre enorme e intimidante la hacía sentir... No.

Fuera lo que fuera lo que estaba sintiendo, no podía hacerlo. No, no, ni por un segundo. Era demasiado perturbador. ¡*Puff!*

Pero era innegable que estaba desnuda. Al menos si se ponía en cuclillas podría cubrirse un poco. Alzó la mirada hacia la suya, pero la apartó al instante; como una gota de agua saltando en una sartén caliente. Completó la valoración anterior... Era un hombre enorme, intimidante y sexy. Apoyó los dedos en el suelo para levantarse, pero las enormes y cálidas manos de aquel tipo la sujetaron, abiertas sobre sus costillas. La alzó y la sentó en el suelo antes de soltarla. Sin embargo, ella sintió durante un buen rato una hormigueante sensación.

Becca miró a su alrededor, pero se dio pronto por vencida y se dejó llevar de nuevo por la atracción de aquellos oscuros ojos. Era un hombre muy grande, pero no tenía el cuello grueso ni los músculos inflados. Mostraba una imagen dura y en forma, como un depredador a punto de caer sobre ella. Debía de estar a cargo de la vigilancia de aquel lugar; estaba segura de que ningún propietario llevaría encima unas esposas, aunque eran muchos los tipos que llevaban armas.

Clavó los ojos en los fibrosos y gruesos hombros. Tenía tatuajes en los dos, pero no era capaz de distinguir las imágenes sin las gafas. ¿Qué más daba? Parecía como si aquel tipo tuviera un campo gravitacional propio que la atrajera sin remedio.

El rostro también era magnífico, pero de una manera más salvaje. Tenía oscuras ojeras y se intuían unos marcados hoyuelos por debajo de los agudos pómulos. Unas profundas líneas enmarcaban una boca dura y apretada. La nariz era abultada, señal de un turbulento pasado. El enredado cabello oscuro le rozaba los hombros. Cejas oscuras y bien dibujadas con una cicatriz en una de ellas. Llevaba días sin afeitarse y se preguntó si realmente le habría sacado

de la cama. Tenía aspecto de necesitar dormir.

Becca se cubrió los pechos con un brazo e intentó taparse el vello púbico con la otra mano. Los ojos de él la recorrieron despacio, con un cálido y lento barrido sobre su piel. Unas poderosas e invisibles corrientes de energía fluyeron entre ellos, haciendo que se humedeciera los labios.

—¿Dónde está tu arma? —farfulló.

Él apretó los labios.

—No te preocupes por el arma. No pienso dispararte a menos que intentes matarme.

—Ah... —Ella tragó saliva y se lamió los labios otra vez sin poder evitarlo—. Ah, no pienso hacer nada de eso.

—Me alegro mucho —añadió burlón—. Me parece muy tranquilizador.

—No te rías de mí —le riñó.

Él esbozó una media sonrisa. Sí, ahí estaban. Unos atractivos hoyuelos aparecieron junto a la boca de repente; tenía los dientes muy blancos.

—Jamás se me ocurriría hacer tal cosa.

Ella se inclinó hacia delante, sin apartar los ojos de él, intentando hacerse con la toalla. Pero él la alzó con el dedo gordo del pie y la mandó fuera de su alcance.

—Oh, no, de eso nada —dijo él con suavidad—. Me gusta cómo estás. Dijiste que estabas buscando aventuras, ¿no? ¿No necesitas un guía por casualidad?

Se cubrió lo mejor que pudo con las manos.

—No puedo creer que digas eso. Y no. No necesito nada.

Él asintió con la cabeza.

—Muy bien. —Su voz fue ronca y aterciopelada mientras la miraba fijamente.

—Aléjate de mí ahora mismo —susurró ella—. Déjame espacio.

Él dio un paso atrás y el frío ocupó el campo magnético que emitía su cuerpo. Ella se sintió expuesta y se rodeó con los brazos con más fuerza.

Él se inclinó y le cogió las muñecas para abrirla poco a poco los brazos y poder examinarla.

—Eres preciosa.

Ella alzó la barbilla y sus pechos se bambolearon.

—No, no lo soy. —Quería llorar. Quería besarlo... ¿Qué le estaba pasando?

Era evidente que él estaba excitado. El bulto de sus pantalones lo

demostraba. El hombre siguió la dirección de su mirada y esbozó una amplia sonrisa que parecía decir «¿quieres hacer algo con esto?».

¡Oh, Dios! ¿Quería? Sintió un hormigueo entre los muslos. Se preguntó inesperadamente cómo sería mantener relaciones sexuales con un hombre de ese tamaño.

Y leyó en sus ojos que él también se lo estaba preguntando. Sintió un estremecimiento provocado por el miedo y la excitación. ¡Oh, Dios! Un momento. Espera un momento. No estaba preparada para lanzarse de cabeza a la aventura. Quería despegar el vuelo poco a poco.

Pero, por otro lado, no podría haber elegido a un candidato más perfecto para una aventura sexual desenfrenada. Jamás se había acostado con un hombre así. Sus novios siempre habían sido tipos inofensivos; contables, informáticos, profesores universitarios. Ideales para que le echaran una mano con los impuestos o para que le arreglaran el ordenador cuando dejaba de funcionar, pero no para provocar chispas de deseo que le hicieran hormigear la entrepierna de pura lujuria.

Ese tipo era un desconocido del que solo sabía que manejaba un arma con familiaridad y que la había esposado. Con esposas, ¡santo Dios! Y se las había puesto y quitado con pasmosa velocidad.

Puff.

Así que eso era lo que se sentía cuando una estaba muy excitada. Lo único que había llegado a sentir antes era un agradable y suave placer, ya fuera a solas con su vibrador o con un hombre. Una sensación agradable, pero que resultaba escasa para el esfuerzo.

Quizá la situación extrema a la que se había visto sometida hubiera despertado su sexualidad, como cuando un aparato funciona mal y necesita una patada para ponerse en marcha.

El silencio se hizo más pesado, se espesó y calentó. Estaba segura de que mantener relaciones sexuales con él sería el acto más escandaloso de su vida, pero... Sería perfecto.

Respiró hondo y se humedeció los labios con la lengua. Si hubiera tenido control sobre su rostro, habría sonreído de manera provocativa y agitado las pestañas. Y aun así emitió una especie de ronroneo y se estremeció, presa de una emoción parecida a la euforia. ¿Sería efecto del vino? ¿De aquel inesperado acto de *bondage*? ¿Por él?

Definitivamente era por él.

Lo miró fijamente mientras se preguntaba por dónde podía empezar. Sí,

eso era, menear su cuerpo desnudo era un buen comienzo. Se levantó. Él pareció captar el mensaje.

- *Er...* —tragó saliva, rezando para que fuera él quien tomara la iniciativa.

Él tiró de ella y la hizo caer contra su cuerpo.

—Di que sí —escuchó que decía con la voz ronca.

La besó. Y, para su sorpresa, ella le devolvió el beso.

Capítulo



LOS LABIOS de Becca eran suaves, fríos y dúctiles cuando se entregó a su arrebatador beso con un gemido de sorpresa. El interior era delicioso y dulce. Ella alejó la lengua de la de él, pero la buscó e instó a salir de su escondite con aquella considerable habilidad que poseía.

Nick presionó el tembloroso cuerpo contra el suyo. Quería arrancarse los pantalones y penetrarla contra la pared. Todos sus apetitos sexuales, que hibernaban en su interior desde hacía tantos meses, volvieron a la vida.

Pero aquel era el peor momento posible, aunque todavía tenían por delante el resto de la noche. Sí, por ahora estaban a salvo, él la mantendría segura; Zhoglo y sus hombres no llegarían hasta el día siguiente.

La vio echar la cabeza hacia atrás para tomar aire.

¡Oh, sí! Los preliminares. Estaba olvidando sus modales.

- *Mmm* —ronroneó con voz ronca, acariciando con la nariz la húmeda oreja de la joven antes de capturarle el lóbulo entre los dientes—. Me encantan los preliminares, ¿y a ti?

—Estoy segura de que...

La acalló con otro beso. De todas maneras no podía ofrecerle ninguna explicación plausible. Aquella mujer había cometido el error de inmiscuirse en su misión y suponía una distracción. Una distracción de la peor especie, pero no le importaba. Tenía que saborearla. Tenía que poseerla.

Ella lo estaba pidiendo a gritos y él no podía detenerse. Su cuerpo, sus manos habían sido encandilados por aquellas curvas. Ella estimulaba todas sus terminaciones nerviosas a la vez. La abrazó con más fuerza para percibir su dócil figura; era una sensación increíble. Hacía mucho tiempo que no tocaba a nadie y le hormigueaban los brazos por estrecharla. Ansiaba el contacto con todo su ser, no solo con la polla. Quería lamer, saborear aquella piel suave, fría y húmeda, aquel contorno tan sexy, esos succulentos pechos de pezones puntiagudos, erguidos y enhiestos, que parecían preparados para ser succionados. Quería acariciar y explorar cada rincón de su cuerpo.

—Me encantan los preliminares —repitió al tiempo que le mordisqueaba

la garganta—. Quiero lamerte de pies a cabeza como si fueras una piruleta, sin pasar por alto ninguna parte.

—Sí... —Ella se estremeció cuando él deslizó la mano por la unión de sus nalgas, separándolas para deslizar los dedos más abajo hasta tocar la estrecha y empapada entrada de su sexo—. Sigue hablándome, por favor. Dime lo que quieres de mí...

—Sobre todo quiero lamerte aquí. —Continuó excitándola mientras deslizaba un dedo entre los hinchados pliegues, acariciando con más ahínco la fruncida parte interior, ya resbaladiza y mojada. Apenas podía esperar para ponerla de espaldas sobre el suelo, con las piernas bien separadas y tener la oportunidad de estudiarla al detalle—. Voy a chupar todos tus jugos y luego succionaré el clítoris hasta que no pueda estar más hinchado. Y volveré a hacerlo una y otra vez...

Se interrumpió porque Becca atrajo bruscamente su cabeza hacia la de ella y comenzó a besarlo. La torpe pasión que mostraba hizo que detonara una bomba en su pecho. Aquello empezaba a descontrolarse; estaba duro como una piedra y ya no tenía la certeza de poder contenerse. No, sin duda no podría detenerse.

Respondió al beso con ferocidad, pero le permitió tomar aire mientras volvía a acariciarle la oreja con la nariz.

—Quiero pasar la lengua por tu coño, lamerlo de arriba abajo —le dijo al oído con voz ronca—, mientras te follo con los dedos. Luego te chuparé el clítoris.

—¡Ohhh! —gimió ella.

—Y seguiré haciéndolo hasta que tu culo y tus muslos estén resbaladizos por tus jugos y jadees, gimas y te retuerzas contra mi boca, suplicándome que te folle.

Ella se separó con la respiración entrecortada y las mejillas encendidas para mirarle deslumbrada.

—¡Oh, Dios mío! ¡Era esto!

—¿El qué? —preguntó él.

—Lo que quería —repuso ella—. Lo que Justin jamás me dio. —Becca bajó la mano entre sus cuerpos temblorosos y la cerró sobre la erección, que apretó por encima de los flojos pantalones—. ¡Oh, Dios mío! Esto es... *er...* muy grande. Debería haberlo imaginado. Es grande, igual que el resto.

Él no pudo contener un gemido.

—Mujer, no sabes nada de mí.

—Pues estoy conociéndote con mucha rapidez —replicó—. Eres un profesor extraordinario.

Le apretó la polla con los dedos y el siguiente gemido que él emitió fue una mezcla de desesperación y placer.

—Y tú eres un auténtico problema.

—¡*Guaaaaa!* —se regocijó ella por lo bajo—. Justo lo que siempre quise ser.

Nick tuvo que recurrir a toda su concentración para no correrse en los pantalones. Aquel suave apretón, las indagadoras caricias, el roce leve como de alas de mariposas... Estaba volviéndole loco.

Siempre le habían encantado los juegos preliminares. La naturaleza lo había dotado generosamente y supo desde sus primeras experiencias sexuales que si quería que su pareja disfrutara y le pidiera más, debía proceder poco a poco y recrearse al máximo en los juegos previos. Sin embargo, aquella responsabilidad jamás le resultó una carga, dado que perderse durante horas en las lujuriosas complejidades de los cuerpos femeninos era lo más parecido que conocía al Paraíso.

Pero como ella siguiera tocándole de esa manera, acabaría por perder cualquier rastro de control y caería sobre ella como un jabalí en celo. Puso la mano sobre la de ella y la alejó por el momento de su polla. Después puso los dedos sobre el mojado vello que cubría su monte de Venus.

Siguió bajándolos hasta la húmeda rendija, empapando el dedo en la cálida lubricación como si fuera un resbaladizo y delicioso aceite. Mientras tanto, comenzó a mover el pulgar alrededor del clítoris, buscando aquellos puntos concretos que más la hacían estremecerse y gemir. Empujó el otro dedo en el interior del apretado agarre de su vagina.

Las paredes internas estaban hinchadas y palpitaban en torno a la punta de su dedo, tensándose y relajándose igual que los muslos. La miró. Con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás resultaba todavía más hermosa.

El deseo le impulsaba a penetrarla ya, pero Becca era demasiado estrecha, muy pequeña. Era necesario que se corriera antes para que estuviera relajada, laxa, empapada en sus jugos sexuales. Y eso llevaba su tiempo.

Pero él empezaba a perder la cabeza, a abandonarse al placer. Comenzaba a olvidar la razón de por qué hacer gritar de éxtasis a aquella gatita caliente hasta que saliera el sol era una mala idea.

En el fondo de su mente permanecía latente la conciencia del peligro que le aguardaba unas horas después, pero esa mujer estaba a punto de correrse y

él no podía pensar en otra cosa. Notaba cómo se acercaba al orgasmo; lo percibía en el temblor de sus labios, en las contracciones de su vagina, que palpitaba contra su mano...

De pronto llegó. Una brillante oleada de dulce placer la atravesó y también le afectó a él. Percibió las bruscas convulsiones en torno a su dedo, cálidas oleadas que estimularon cada terminación nerviosa.

Se mecieron juntos con la cabeza apoyada en el hombro del otro. Él le acarició el pelo mojado con la nariz mientras sentía los afilados dientes de Becca en el hombro, seguidos de la suave y húmeda caricia de su lengua. Ya no aguantaba más. Rezó para que estuviera preparada porque él no podía demorarlo ni un segundo.

Se bajó los pantalones de golpe, permitiendo que su miembro brincara lleno de impaciencia contra su vientre. La sujetó por las nalgas y la alzó contra la pared, inclinándole las caderas hasta encontrar el ángulo perfecto para sumergirse en su interior.

—¿Llevas... Tienes un... *er...* Un preservativo?

La pregunta traspasó la neblina de lujuria que envolvía su mente como una aguja hipodérmica; punzante e irritante, insidiosa.

—¿Qué? —Meneó la cabeza, confundido—. ¿De qué coño...?

—Es que me ha parecido que ibas a metérmela. Llevas protección, ¿verdad? —La vio pasarse la lengua por el labio superior. Ahora tenía la boca hinchada por sus besos.

—No.

Ella parpadeó.

—Oh, vaya... es una pena. No vamos a poder hacerlo. Imaginaba que podrías sacar un condón del sombrero por arte de magia.

Él se sentía muy frustrado.

—¿Te parece que tengo un puto sombrero escondido en alguna jodida parte?

Ella hizo una mueca.

—Solo era una forma de decirlo. ¿Crees que... que podríamos hacer alguna de las maravillosas cosas que me dijiste antes?

A Nick se le ocurrieron dos pensamientos dispares. Si le quedaba alguna duda de que ella era demasiado inocente para ser una fulana, acababa de despejarla. Y por otro lado supo, a pesar de la neblina de lujuria que le nublabla la mente, que ella le estaba ofreciendo una salida.

Sabía que estaba en lo más profundo de un túnel de perdición, pero ella

acababa de salvarlo. Debería darle las gracias de rodillas. Tenía que conseguir confundirla un poco y resignarse a hacerse un nudo en la polla.

Le clavó los dedos en las caderas.

—No, no tengo condones. Ni tampoco hay una farmacia en kilómetros a la redonda. Venga, corramos el riesgo.

Ella abrió los ojos como platos.

- *Er...* Bueno... Eso no sería lo más prudente.

—No —convino él—. No lo sería.

—Ni siquiera sé tu nombre —susurró ella.

Nick soltó un bufido.

—¿De veras? ¿No me dirás que ahora te importa no saberlo?

Quería decirle cómo se llamaba. Que supiera su nombre de pila, su apellido e incluso su alias. Quería desnudarse y penetrarla en ese mismo momento, ¡joder! Estaba tan frustrado que temía ponerse a patallar en el suelo como un crío, pero se contuvo. Ella le había dado la clave para retomar el control.

Y su polla jamás se había sentido tan infeliz.

Becca bajó la mano para pasarla con suavidad por la rígida erección llena de venas, indecisa como si su miembro fuera un animal salvaje que pudiera soltarle un mordisco en cualquier momento.

—Bueno, podemos llegar a un acuerdo —sugirió ella.

Él no respondió de inmediato.

«Haz lo que debes, Nick —se dijo a sí mismo—. Dile que muchas gracias pero que *sayonara, baby*».

Sin embargo, su boca tenía ideas diferentes, ideas estúpidas y primitivas.

—Muy bien —dijo—. Chúpamela. Enséñame lo buena que eres.

Ella dio un paso atrás y sus tetas se menearon ante sus ojos cuando chocó contra la pared opuesta. La vio darse la vuelta y dirigirse hacia la puerta bruscamente, como si estuviera muy cabreada consigo misma por haberse dejado llevar por una sobredosis de testosterona.

Y él se sintió como si hubiera pisado a un gatito.

—¡Joder! Lo siento mucho.

Ella alzó la barbilla.

—Olvídalo —dijo con arrogancia—. Esto es una locura. Me largo de aquí.

—¡Gracias a Dios! —murmuró él para sus adentros. La vio alejarse mientras se pasaba la mano por la cara ardiente. Se estremeció, tembló de pies

a cabeza. Le picaban los ojos. Nick, el hombre de hielo, revolcándose en el barro. ¿Qué coño le había ocurrido?

Pues lo que ocurría era que Becca estaba desnuda en mitad del bosque, a la una de la madrugada sin linterna. ¡Joder! Se dijo a sí mismo que ella solo tenía que seguir la pasarela, pero la noche era cerrada y no había luna; sería un largo e inquietante camino el que le esperaba para regresar a la casa de Sloane. Sabía que no se iba a morir durante los diez minutos que le llevaría recorrer el trayecto, pero daba igual. ¡Oh, Dios! Estaba preocupado por ella.

Corrió a la sala de vigilancia y miró la cámara térmica.

Hizo una mueca cuando vio aquella imagen roja envuelta en un arco iris de colores trastabillando por la pasarela. Becca acabó poniéndose en cuclillas para palpar el camino, avanzando casi a gatas. Se sintió tentado a seguirla con el dispositivo de infrarrojos para asegurarse de que conseguía llegar sana y salva.

Pero no le pareció demasiado prudente seguir a una hermosa mujer desnuda por el bosque con aquella engrosada erección. No confiaba en sí mismo. Lo más seguro es que acabara cargándosela al hombro hasta la casa de Sloane y poseyéndola sobre la primera superficie adecuada que encontrara. Ojalá tuviera un condón a mano, se la tiraría sin dudar.

Sin embargo, ella tenía razón. Aquello era de locos. Se estaba volviendo majareta.

Hizo lo único que se le ocurrió, subió la escalera curva para dirigirse a uno de los dormitorios posteriores del segundo piso. Desde allí se asomó a la ventana para observar la casa vecina. Permaneció inmóvil y aguardó quieto como una estatua hasta que vio que parpadeaban unas luces. Ella estaba a salvo. Bien.

Mejor dejarla ir y olvidarse de aquel condenado asunto. No había hecho nada ilegal y no creía que ella fuera a denunciarlo a la policía por no llevar encima un condón. Pero haber usado el arma, las esposas... ¡Joder! Ahora era demasiado tarde. Pensó que, de todas maneras, lo normal sería que ella también creyera que tendría que enfrentarse a un montón de preguntas subidas de tono sobre la razón por la que estaba nadando desnuda en la piscina privada del vecino, así que lo más probable era que no se le ocurriera ir con el tema a la comisaría.

Se dejó caer en la cama, compungido. ¡Joder! ¡Cómo la había deseado! Con todo su ser.

Le resultaba realmente raro sentirse vivo otra vez. Le daban ganas de

reírse al pensar que había maquinado, implorado, suplicado, engañado y tramado para tener una oportunidad de estar cerca de aquella alimaña asesina que era Zhoglo. Sí, se habría reído si tuviera fuerzas para ello.

Nadie tenía dinero suficiente para pagar a un hombre por hacer ese tipo de mierda, y él era tan memo como para querer hacerlo gratis. «¡Por Dios, tío, mírate! La operación más importante de tu vida, la más peligrosa y... *tachán*... Una hermosa chica desnuda aparece de la nada y hace que te olvides de quién eres y qué estás haciendo en realidad. Te has vuelto gilipollas con un simple besuqueo».

No era un tipo al que le gustaran demasiado los abrazos, pero los que ella le había dado resultaron... jodidamente buenos. Y solo de pensar en su dedo sumergido en su apretado, cálido y resbaladizo...

¡Basta! Enterró la cara entre las manos y emitió un sonido ahogado. Decidido, si salía de todo eso con vida, se pasaría el resto de su vida construyendo casitas para pájaros.

El hechizo que Becca había lanzado sobre él había sido demasiado potente y, mientras duró, le hizo volver a sentirse un hombre. Había sido un alivio comprobar que todavía conservaba algunas de sus habilidades. Intentó mantener la polla guardada dentro de los pantalones, pero para su erección no había lógica que sirviera. Como si fuera un activista con los puños en alto en una manifestación, se había mantenido erguida contra viento y marea. Se preguntó si sería necesario que se hiciera una paja para conseguir un poco de alivio. Hacía meses desde la última vez que sintió el deseo de masturbarse. Y, desde luego, no recordaba cuándo sintió ganas de follar por última vez.

Había estado demasiado ocupado, demasiado concentrado. Muy deprimido. La última vez que le ofrecieron sexo se hallaba en un camino bloqueado por el hielo que servía de paso a los traficantes de personas en la frontera con Rusia, y de eso hacía seis meses. Había fingido estar interesado en su mercancía, pero su único objetivo era dar con Sveti. Recordaba haber tenido el corazón en un puño por si acaso la encontraba allí.

Uno de los traficantes le tentó, ofreciéndole la posibilidad de utilizar a uno de sus productos: Ivana, de Bielorrusia. Cuando la vio estuvo seguro de que no tenía ni catorce años. Incluso en aquellas condiciones, aterrada y sometida, era una niña muy guapa. Su destino era acabar encadenada a la cama en algún burdel, en algún destino del turismo sexual, como Tailandia o Filipinas; la pobre cría tenía dos salidas, aceptarlo o terminar en el cementerio.

Aquella noche le había ofrecido su cama a Ivana para no tener que dar explicaciones al traficante y se acostó con las ratas en el sucio suelo, encima del abrigo. El cargamento siguió su camino a la mañana siguiente.

Aquello le había hecho perder las ganas de acostarse con nadie. Incluso le costó comer de tan miserable como se había sentido. Podría haber salvado a esa cría; pero para eso tendría que haber estado dispuesto a destruir su tapadera y renunciar a su búsqueda.

Y se lo había prometido a la madre de Sveti. Al fantasma de Sergei.

Aquello le volvía loco. Miles de mujeres y niños eran comprados y vendidos, usados y tirados como basura para que tipos como Zhoglo y sus hombres vieran medrar sus fortunas. Para que degenerados de todo el mundo, adictos al turismo sexual, tuvieran su inacabable suministro de carne fresca. Miles de Svetis, de Ivanas... Y él no podía hacer nada para evitarlo.

Salvo eso. Seguir adelante, concentrándose en un único objetivo. En Sveti. Si pensaba en todas las demás víctimas, se volvería loco de verdad.

Sabía en lo más profundo de su alma que tratar de parar a Zhoglo y a otros como él era misión imposible. Aunque diera caza al pez gordo, miles de pececillos ambiciosos nadarían contracorriente para ocupar su lugar. Pero sí podía tratar de salvar a una sola chica, de llevarla de vuelta a casa. Únicamente a una. Aquello no era demasiado pedir.

Rebuscó en los numerosos bolsillos de los pantalones hasta dar con un encendedor y una manoseada cajetilla de cigarrillos turcos; los favoritos de su álter ego, Arkady.

Dio una profunda calada, agradeciendo el áspero roce del humo en la garganta. Tenía el vicio del tabaco desde que era un adolescente descerebrado y maltratado, aunque había intentado dejarlo muchas veces. Pero en ese momento de su vida había convencido ya a su mente de que no iba a necesitar los pulmones durante mucho más tiempo, así que no tenía sentido negarse a sí mismo aquel pequeño placer.

Se esforzó en recordar a Sveti, pero hacía seis meses que la había visto por última vez y los detalles habían acabado por desaparecer. Recordaba cosas obvias, como que tenía el cabello largo y oscuro o unos expresivos ojos castaños que brillaban cuando esbozaba una sonrisa muy parecida a la de Sergei. Sabía que tenía una marca de nacimiento en el cuello, pero cuando intentó rebuscar en su memoria la imagen de su cara, se interpuso otra de Becca; que tenía muchos más años pero era igual de inocente.

Bajó la mirada a la entrepierna y soltó una risa amarga. Pensar en Sveti e

Ivana era la mejor manera de enfriar una inconveniente erección.

Becca había hecho un descubrimiento muy útil. Si seguía la forma de las tablas de la pasarela en dirección perpendicular a los desnudos dedos de sus pies, podría mantener el equilibrio y no caer sobre las afiladas rocas ni sobre el espeso follaje infestado de bichos y serpientes. Esa era la parte buena.

Tenía una pega, podía llegar a pasar por alto el desvío hacia la casa y dar vueltas de forma infinita alrededor de la isla hasta que recuperara el sentido de la orientación o terminara comida por todo el bicherío existente. Esa era la parte mala.

La prudente solución que encontró fue avanzar cerca del borde de la pasarela y tocar el canto de las tablas con los dedos, lo que implicaba ir a una marcha mucho más lenta. Se aferró a la indignación con uñas y dientes, y eso fue lo único que impidió que terminara gritando a causa del pánico.

De pronto recibió un golpe en los magullados dedos y aulló de dolor, pero las lágrimas que brotaron de sus ojos fueron de gratitud. Había llegado a la bifurcación.

Buscó la barandilla a tientas para llegar hasta las escaleras. Las ramas que colgaban sobre ella le hicieron cosquillas al pasar y notó numerosas telarañas en la cara, así como algunos seres con alas que se agitaban cerca de su pelo. Espantó aquellos pequeños monstruos con las manos mientras continuaba avanzando hasta que divisó la puerta.

Ya en el interior, encendió cada una de las luces que encontró a su paso hasta llegar al cuarto de baño más cercano.

Solo después de pasar casi cuarenta minutos bajo un fuerte chorro de agua caliente dejó de sentir frío, pero el líquido no consiguió que dejara de percibir las caricias de las manos y los labios de aquel hombre. Ni aquel orgasmo bestial.

Había leído sobre ese tipo de placer en las novelas románticas, pero la sensación la dejó anonadada; era demasiado impactante.

Qué patética resultaba. Sorprenderse por sentir un verdadero orgasmo a los treinta años...

Y lo peor fue la manera en que se sintió al escuchar aquel brusco comentario: «Chúpamela. Enséñame lo buena que eres».

Lo cierto era que había sentido un auténtico flechazo por *don Enorme*. No conocía su nombre y tampoco quería saberlo.

Rebuscó frenética otro albornoz dentro de los armarios. Cuando lo halló,

se envolvió en él y comenzó a pasearse por la casa. El lugar era como la recepción de un refugio de esquí. Grandes vigas, piedra vista, paneles de madera, una chimenea de gran tamaño, mullidos sofás con una horrible tapicería a cuadros. Había un espejo en la pared y miró su pálido rostro; se le había corrido el rímel. Se sentía distinta. Los obsesivos pensamientos sobre Justin y Kaia ya no lo eran tanto.

Por el contrario, a pesar de todo lo ofensivo que resultaba todo aquel asunto del pene de Justin con los dientes de Kaia grabados, no era tan interesante como lo que acababa de ocurrirle. No hacía falta mencionar que el enorme tipo de la casa de al lado vencía por goleada a su ex en lo referente a lujuria carnal. La gran diferencia estribaba en que el vecino había concentrado toda aquella lujuria carnal en ella.

Y no cabía duda de que su interés era auténtico. Resultaba imposible fingir una erección de ese calibre.

Caray, había estado a punto de hacerlo con un desconocido. Se puso roja al recordar la sugerencia que le había hecho aquel tipo al final. Se había visualizado tratando de complacerlo igual que había intentado hacerlo antes con Justin. Y fallando. Mientras observaba impotente cómo él la juzgaba por lo torpe e ignorante que era.

Recordó a Justin en la cama del hospital, pálido y dolorido, pretendiendo imponer su doble moralidad. Y a Kaia, con el collarín y una burlona sonrisa en la cara.

«¿Qué pretendes hacer, Becca? ¿Acurrucarte en la cama y llorar hasta morir?». Desde luego, a veces le daban ganas de darse de bofetadas.

Algún alma caritativa había dejado preparado un periódico en el hogar de la chimenea, así que sacó una cerilla de la caja que había en la repisa y la encendió. La lanzó sobre el papel y la llama creció. No podía dejarse llevar por la depresión. Hacer algo útil era la mejor estrategia para no abandonarse al desánimo, así que se acercó a las cajas de cartón que había sobre la mesa y se puso a abrirlas con decisión.

Contenían los alimentos que el servicio de catering había entregado en su despacho ese mismo día, como parte de los preparativos de su boda. Su jefa la había animado a llevarse todo aquello a la isla en vez de comprar provisiones. Nadie quería que esos productos se quedaran en las oficinas durante toda la semana. En sus fantasías eran Justin y ella, juntos, los que abrían y cataban los vinos para elegir aquellos que acompañarían al menú del banquete de la boda. Y lo habrían hecho ese fin de semana; unos días que ella había planeado que

se convirtieran en un paréntesis romántico, para lo que había pensado hasta en el último detalle.

Pero eso fue antes de que Kaia le mordiera el pene a Justin.

Los platos de catering consistían en deliciosas viandas, casi todas de origen italiano, que habrían podido degustar en frío o en caliente; hubieran sido un magnífico tentempié en los interludios amorosos que mantuvieran en la cama. Embutido y carne asada, tomates preparados, verduritas a la brasa o gratinadas, ensaladas, queso, frutas, galletitas saladas y bollitos. También había granos de café, leche y un molinillo. Y por último, la estrella del lote: más de un metro de cajas con las candidatas a tarta nupcial. Había muestras con cobertura de mantequilla, de limón o de caramelo de ron con nueces; las había con cerezas negras o impregnadas de *mousse* de moca, y por último la que contenía su ingrediente favorito personal: relleno de cabello de ángel con dulce de leche empapado en Grand Marnier.

No podía negar que la volvían loca los dulces.

Jugeteó con la idea de crear una efigie de Justin a la que lanzar alguna de aquellas tartas, pero lo cierto es que le resultaba imposible desperdiciar esos apetecibles manjares. Haber tenido que criar a sus hermanos con un sueldo de camarera hacía que se mostrara reacia a desperdiciar comida incluso ahora, tantos años después. Metió las cajas en la nevera con una cierta violencia que no fue capaz de contener.

En la última caja encontró el cuaderno con las notas que había ido tomando sobre la boda. Lo sacó de allí con intención de quemarlo; como una forma de catarsis para purgar su cuerpo y sentirse mejor consigo misma. No creía que fuera a conseguir nada semejante, pero podía intentarlo.

Hojeó las páginas, asombrada de su capacidad para engañarse a sí misma. En la cubierta había un corazón acolchado con unas letras bordadas a punto de cruz que decían «Becca y Justin, 18 de abril». Ahora le parecieron una cruel burla de una relación condenada al fracaso. Era mirarlo y entrar en coma diabético.

Examinó entonces las organizadas secciones interiores... *Aggg...* Releyó preguntas que la habían mantenido en vela por la noche. ¿Debía encargar caramelos de menta para el mal aliento personalizados con sus nombres y la fecha del evento impresa? ¿O en vez de eso sería mejor que fueran palillos de dientes? ¿*Las cuatro estaciones* de Vivaldi era un tema demasiado conocido para que lo tocara el cuarteto de violines que habría en el jardín?

Arrancó aquel puñado de páginas y las arrojó al fuego, siguiendo el

camino de la cubierta. Provocaron un montón de humo y chispas antes de que el fuego las consumiera, arrugándolas como si fueran patéticos insectos. Pero sorpresa, sorpresa, no estaba sintiendo que su cuerpo fuera atravesado por un catártico y liberador torrente de energía.

«No, Becca, para eso necesitas a *don Enorme* y sus experimentadas manos».

Eso ni pensarlo. Ni hablar. Aquel encuentro no había sido nada beneficioso para su autoestima; no era la aventura que esperaba.

Vio otra cosa más que quemar. La bolsita que contenía la lencería provocativa que había pedido por Internet. Una humillante evidencia de lo patética y complaciente que había sido al intentar seducir a Justin con sus infructuosos esfuerzos.

Desgarró el envoltorio y miró las prendas con hostilidad. Un sujetador en virginal tono crema con un tanga a juego no tan virginal. Un recatado camisón de seda con una braga a juego que en la entrepierna tenía dos tiras de raso que podían ser apartadas a ambos lados de los labios vaginales dejando vía libre para... *er...* Para cualquier cosa. En aquel momento le pareció un sofisticado secreto que compartir con su novio, solo con él. Ahora le parecía algo propio de una mujer desesperada.

Que era justo como se había sentido cuando se retorció entre los brazos de aquel desconocido.

Quizá no era tan estupendo que su hasta entonces inexistente sexualidad surgiera a la vida en ese inconveniente momento. Siempre había pensado que si estuviera más abierta a la sexualidad —como Kaia—, se sentiría poderosa.

Pero estaba equivocada. De hecho, podría afirmar que había estado totalmente equivocada.

Cerró el puño apresando la tela del camisón y echó el brazo hacia atrás para arrojarlo al fuego pero... algo la detuvo.

¿Qué pensaría *don Enorme* de aquel modelito de gatita sexy? Podía ser un auténtico borde, pero desde luego no se mostraría indiferente. Se preguntó qué sería necesario para que aquel tipo gimiera y rogara.

«Mucho más de lo que necesitas tú. No sigas en esa dirección, tonta, solo acabarás lastimada».

Era demasiado tarde, sus pensamientos ya iban embalados. Se hundió en el sofá más cercano y pensó en ello con la vista clavada en el fuego que crepitaba en la chimenea.

Después de todo, no iba a volver a ver otra vez a aquel hombre. Y estaba

allí sola, en una habitación en penumbra delante de la chimenea, ¿quién podía culparla de dejarse llevar por una lujuriosa fantasía? ¿A quién haría daño?

Deslizó los dedos por debajo del albornoz en busca de su sexo y... ¡Oh, Dios!, ya estaba mojada y resbaladiza. El mero hecho de apretar los muslos hacía que sintiera ardientes estremecimientos en las piernas, en las rodillas, en los pies. Se encogió con cada oleada de excitación.

Estaba sorprendida. ¿Quién podía pensar que las rodillas y los pies podían ser tan receptivos? Su cuerpo, excitado por completo por primera vez en su vida, era como un juguete nuevo y no pudo evitar jugar con él.

Aquella fantasía era más fuerte que cualquier otra cosa, aunque sabía que no era correcta del todo.

Se vio a sí misma inclinada hacia delante, con las piernas separadas, agarrada a la barandilla de hierro forjado mientras él la penetraba desde atrás. Aquel grueso miembro, la enorme y contundente erección embestía entre sus pliegues. Abriéndola. La poderosa presencia masculina a su espalda, aquellas calientes manos sosteniéndola por las caderas. Penetrándola y retirándose, llenándola por completo. Poseyéndola.

La sensación era tan abrumadora que llegó a lo más alto y se vio cayendo por el precipicio.

Gemía quedamente cuando recobró la conciencia, todavía presa de los estremecimientos, atormentada por múltiples sacudidas de placer. Todavía entera. Todavía ella misma.

Se levantó y tropezó con los muebles porque no veía bien sin gafas.

¡Maldición! Las gafas. Se le habían olvidado las gafas en su frenética huida. Las había dejado en la piscina junto a la botella de vino casi vacía... ¡Oh, Dios!

Y las llaves. La llave de la piscina estaba en el mismo llavero que las de la casa de Jerome. ¡Las llaves de la casa de Jerome! ¡Oh, no, no...!

Aquello era terrible. Era imposible que se quedara una semana en una isla desierta sin gafas; todo a su alrededor se convertía en borrones si no llevaba lentes.

Y tampoco podía volver junto a Marla y decirle que había perdido las llaves de la casa de su novio. ¿Qué excusa podría poner? ¿Que el vecino había sido un borde con ella? ¿Que la había pillado bañándose desnuda? ¡Por Dios...! Marla ya la consideraba una remilgada que no hacía más que fruncir la nariz ante cualquier chorrada. La pequeña señoritinga de los nervios de punta.

¡Maldición! Estaba harta. Harta de ser condescendiente con todo el

mundo. Con Justin, con Kaia, con Marla, con *don Enorme*. Incluso estaba harta de serlo con sus hermanos pequeños.

Tomó todas las prendas de lencería y las arrojó a la chimenea. Ardieron, avivando el fuego con la seda sintética.

Al día siguiente tendría que recuperar sus pertenencias. Y de paso aprovecharía la oportunidad para decirle a aquel tipo qué pensaba exactamente de él. Y en esa ocasión estaría sobria y vestida.

Su orgullo dependía de ello. Ahora mismo se sentía demasiado frágil e insegura. No podía recibir otro golpe en su dignidad.

Capítulo



EL DOCTOR Richard Mathes se alzó sobre el tembloroso y húmedo cuerpo de su amante para recrearse en la escena. Ella estaba en una posición de sumisión absoluta, le resultaba tan fascinante lo flexibles que podían llegar a ser sus articulaciones como el camión de seda que había subido para dejar a la vista los seductores pechos... Era una estampa perfecta.

La observó con ojo crítico al darse cuenta de que los pechos se elevaban sobre el tórax de una manera poco natural. El colega que recomendó a Diana le había hecho un aumento de senos demasiado exagerado. Estaba claro que unos implantes más pequeños hubieran quedado más armónicos, aunque era algo que se hacía evidente solo en aquella posición. Por desgracia, era una de sus favoritas. Le gustaba inmovilizarle los tobillos a ambos lados de la cabeza mientras la taladraba con su sexo con todas sus fuerzas. Encontraba que era la mejor manera de relajarse después de horas en el quirófano.

—Ha sido estupendo. —Diana se humedeció los exuberantes labios y se arqueó al notar que él se retiraba de su cuerpo, contrayendo los músculos internos como si quisiera retenerlo en su interior—. Sabía que hoy sería así. Estuviste genial con Jimmie.

Jimmie Matlock era un chico de dieciséis años que acababa de sufrir una operación de siete horas para trasplantarle el corazón. Diana, además de saber comportarse como una prostituta de lujo y estar siempre dispuesta a someterse a sus antojos sexuales y estados de ánimo, era una competente anestesista.

—Me encanta ver lo frío que puedes llegar a ser —comentó ella con coquetería—. Tienes unos nervios de acero. Consigues que se me mojen las bragas incluso en la sala de operaciones.

—No deberías pensar en el sexo mientras estamos en el quirófano —le riñó él.

Notó que a ella se le dilataban las pupilas y que separaba más las piernas, un acto reflejo que exhibía su empapada vulva.

—¡Oh, sí, por favor! Enfádate conmigo. Me encanta cuando te enfadas.

—Ya lo sé. —Le dio la espalda con insultante indiferencia, girándose

hacia el armario donde ella guardaba algunas camisas para él.

Las siguientes palabras de Diana fueron justo las que él esperaba.

—Libro esta noche y mañana —le informó—. ¿Podemos vernos?

—No —negó con contundencia—. Esta noche debo asistir a un musical con Helen y las niñas. Y mañana tengo la reunión; ya sabes...

A Diana le cambió la expresión y se incorporó en la cama.

—No entiendo por qué es necesario que conozcas en persona a ese tal Zhoglo para hacer negocios con él...

—No menciones ese nombre —la interrumpió con sequedad.

Ella puso los ojos en blanco.

—Estamos en mi casa, no me seas paranoico.

—No me gustaría que cierta información se te escapara en un contexto equivocado.

Diana arqueó la espalda haciendo que los enhiestos pezones se apretaran contra la seda del camisón.

—Siempre he sido discreta. —Su voz era un sedoso gorjeo, pero él percibió cierta amargura—. ¿Me he quejado alguna vez de que jamás me lleves a cenar? ¿De que no me toques en público? Y no lo haces siquiera cuando estamos en el extranjero, en Tokio, Hong Kong o Johannesburgo. Siempre nos vemos en un dormitorio, y aun así no me quejo.

El mismo rollo de siempre.

—Tienes razón, Diana. Eres la mejor.

—Esa idea de mantener aquí el suministro, en lugar de importarlo de otros lugares, me parece una locura, Richie. Lo mejor es traerlo de fuera del país.

«Suministro. Otros lugares...». Era evidente que Diana necesitaba mantener una cierta distancia emocional con la realidad de lo que hacían. Pero a él no le pasaba lo mismo.

—Sabes tan bien como yo que así ganamos horas —explicó él con paciencia—. Y prefiero examinar la cosecha por mí mismo. Dadas las cantidades que cobramos, debo controlar todas las variables a mi alcance. No queda otra alternativa, Diana.

Ella bajó la mirada con una expresión sombría y jugueteó con el borde del camisón de seda; entonces se preguntó si estaba preparada para enfrentarse a lo que estaba por llegar.

Sin embargo, estaba seguro de que podría encargarse de Diana. La consabida y antigua técnica de regalar diamantes y esmeraldas siempre

funcionaba.

—Eso que dices no son más que memeces —aseguró ella con tono altivo—. Hay más alternativas. Como las tienes cada día, cuando eliges irte a casa con esa zorra frígida.

Bien, ya había pasado el peligro. Richard se pasó las manos por todo el cuerpo, en buena forma y sin un gramo de más, buscando alguna huella del coito; aunque Helen no se acercaba lo suficiente como para poder oler el aroma de otra mujer en su piel, nunca estaba de más asegurarse. Siempre procuraba ser muy meticulado.

Imaginó que eran hábitos adquiridos en su profesión de cirujano. Ignoró las quejas de Diana y se dirigió al cuarto de baño.

Mientras giraba el grifo de la ducha, pensó que era extraña la manera en que un incidente sin importancia aparente podía cambiar la vida de cualquiera. Girar en un momento dado a la izquierda en vez de a la derecha afectaba al destino. Lo que estaba ocurriéndole ahora había comenzado hacía años, cuando asistió a una convención médica en París. Entonces era un cirujano cardiovascular recién licenciado que acababa de empezar su carrera y ya había cosechado algunos éxitos importantes. Una vez en la Ciudad de la Luz, decidió disfrutar de la alegre vida nocturna parisina para olvidar las depresiones y dolores de cabeza de Helen y el constante trajín que suponían sus hijas pequeñas.

Las aventuras que corrió aquella noche se vieron acompañadas por grandes dosis de alcohol y cocaína, así como de grandes sumas de dinero. Acabó en un lujoso apartamento en el que compartió la cama, hasta el amanecer, con dos hermosas y atrevidas muchachas francesas. Sin embargo, despertó entre sábanas arrugadas y mojadas que desprendían un penetrante olor a sexo, con la cabeza palpitando como un bombo.

Al lado de la cama estaba sentado un hombre bien arreglado, con el pelo canoso, traje a rayas y acento inglés, esperando a que se despertara. Se presentó como Nigel Dobbs.

Le llevó un buen rato darse cuenta de la razón de toda aquella humedad. Era sangre, que contrastaba con la blancura de las sábanas. Miró a su espalda y no pudo contener una arcada.

Las muñecas de las dos chicas habían sido atadas a los postes de la cama y tenían las gargantas seccionadas. Estaban desnudas, estiradas sobre el colchón, con los ojos muy abiertos y la mirada ciega. Había sangre por todas partes. Toda la habitación estaba manchada.

Todo aquello le pareció tan irreal que creyó estar soñando. Parpadeó y pasó la mirada de Dobbs a las chicas y viceversa, como si aquello fuera un partido de tenis.

Se había mantenido tranquilo a pesar de la alarma que sintió. Su mente siempre había sido así, analítica incluso en las situaciones más desfavorables, lo que le había servido para enfrentarse con calma a hechos que hubieran supuesto un fuerte estrés para cualquier otro. Separaba cada cuestión en un compartimento aislado. Había pensado más de una vez que en el campo de batalla habría sido un buen comandante.

Por un lado, le molestaba que estuvieran intentando manipularle. Por otro, le fascinaba observar su propia reacción al verse inmerso en aquella espantosa escena. Perdido en el constante trajín de la vida diaria, uno tenía pocas oportunidades de estudiar el fondo de su alma. Porque, después de todo, ¿había algo más fascinante que la propia alma?

Nigel Dobbs le había expuesto la situación con una voz fría y controlada, como si estuvieran en una sala de reuniones y no en medio de una carnicería. Un importante y adinerado hombre de negocios de origen ucraniano, del cual deseaba mantener su nombre en el anonimato, padecía un severo problema cardíaco. Quería que le hicieran un trasplante lo más rápido posible; es decir, ya. Quería que el cirujano fuera la nueva estrella en ese campo médico, el joven y reputado doctor Mathes. Le daba igual cuánto costara.

Richard le había dicho al intermediario que el dinero no era lo más importante en aquel caso, sino poder disponer de un corazón sano y compatible. Lo dijo con el firme convencimiento de que aquel hombre no tenía ni idea de cómo iba el tema de la donación de órganos en Ucrania.

—Eso tampoco será problema, doctor. Ya hemos conseguido un órgano compatible. —Los finos labios de Dobbs se torcieron en una media sonrisa petulante—. Tenemos varios donantes potenciales. No se preocupe por eso.

—Pero... ¿Cómo...? ¿De qué me está hablando? ¿Qué insinúa?

¿Varios donantes potenciales? Las palabras dieron vueltas en su mente hasta que asimiló lo que implicaban. Y cuando lo hizo, intuyendo el fondo de la cuestión, un abismo de posibilidades hizo temblar su alma.

Y se le aceleró el corazón.

Nigel Dobbs había estudiado su rostro con aquellos impasibles ojos grises durante un buen rato antes de asentir con la cabeza, como si estuviera diciéndole que acababa de superar alguna especie de prueba.

—Todo es posible, doctor. Solo hay que poder pagar el precio. Y ya que

estamos hablando de dinero, mi cliente habilitará para usted, como agradecimiento, una suma de cinco millones de dólares en una cuenta en Suiza. Siempre que todo salga bien, claro está.

—¿Y si sale mal?

El intermediario volvió a sonreír con frialdad.

—Mi cliente no está dispuesto a considerar que pudiera darse un resultado adverso —aseguró con aquel tono educado—. Por eso le ha elegido a usted. Posee la reputación de obrar milagros. Le han investigado, doctor. Conocen cada detalle de su vida y también de las de su mujer e hijas; unas criaturas preciosas, por cierto. Mi cliente desea que le felicite por ello y también que le transmita su deseo de que conserven la felicidad y la salud durante mucho tiempo.

Aquella velada amenaza captó su atención por completo, haciéndole lanzar una mirada todavía más profunda en la oscura caverna que albergaba su alma. Siempre había amado el riesgo.

En el fondo, se alegró de que hubiera amenazado solapadamente a Helen y a las niñas. Le ofrecía una excusa plausible para salvar las apariencias cuando diera una respuesta afirmativa. De hecho, jamás se le pasó por la cabeza negarse. ¿Por qué iba a hacerlo?

Era consciente de que todo jugaba en su contra. Estaba seguro de que el cuerpo de aquel hombre estaba hecho polvo tras una vida de excesos; sabía que estaría faltando a su juramento hipocrático y a todos los principios morales.

Pero aquello no le disuadía en lo más mínimo, como tampoco lo hacían las chicas asesinadas con las que compartía la cama. Tampoco era un asunto de dinero y, aunque saberse elegido halagaba su vanidad, todos los días disfrutaba de situaciones con las que alimentar su ego.

Lo hizo por la emoción. Jamás se había sentido tan fuerte. Aquella mañana, desnudo en aquella cama empapada en sangre, pensar en lo que iba a hacer hizo arder su cuerpo y su mente, haciendo desaparecer la resaca como el sol hacía con la niebla.

Le hizo sentirse invencible. Eran la alta apuesta, el secreto, el riesgo. Sería un acto inexplicable con respuestas inexplicables. Y aquello le hacía sentirse mucho más vivo que nunca.

Volvió a notar aquella misma emoción el día que cambió el órgano enfermo de su paciente por otro joven y sano de procedencia desconocida.

Unos meses después recibió otra llamada. El socio de su anterior

paciente acababa de tener una hija con una cardiopatía congénita de nacimiento. Sería un trabajo rápido; la criatura estaba al borde de la muerte.

Richard organizó su agenda y subió al avión. No preguntó jamás de dónde había salido el diminuto corazón que salvó la vida del bebé. Sintió otra euforia infinita y su cuenta engordó otros cinco millones de dólares.

El dinero era bienvenido, desde luego. Antes ya había sido un hombre relativamente rico, pero como a Diana le gustaba decir mientras pasaba los dedos por la pulsera de zafiros y diamantes que le había regalado, había ricos y ricos.

Aquel bebé era ahora una saludable niña de seis años. Aquello era suficiente para tranquilizar su conciencia.

Pero por extraño que resultara, no lo necesitaba. En algún momento aquella euforia había fagocitado la parte de su alma que contenía la ética y la moral. No le hacía falta; la vida era mucho más sencilla sin ella. Y también mucho más provechosa.

De hecho, pensó mientras se secaba con la toalla, estaba seguro de que jamás había tenido conciencia. Estaba convencido de que los principios morales que conmovían a la gente no eran más que ideas impuestas a tierna edad, cuando las personas pueden ser manipuladas como dóciles muñecas. Eran otros los que se veían atormentados por los sentimientos de culpa y desconfianza en uno mismo, no él.

Y aquel domingo se reuniría con alguien que podría suministrarle un constante flujo de su emoción favorita: ponerle en contacto con personas capaces de vender su alma para escapar de la muerte o para mantener con vida a sus seres queridos.

Y el doctor Richard Mathes encontraba que esas almas bien dispuestas eran muy apetecibles.

Cuando salió del cuarto de baño, Diana estaba sentada ante el tocador, peinándose. Notó el brillo en sus ojos y supo que estaba enfadada.

—¿Qué es lo que quiere ese hombre? —escupió ella en cuanto lo vio—. ¿Controlar su inversión? ¿Mirarte los dientes? ¿Comprobar tu pedigrí? ¿No será que quiere interponerse en tu camino?

Él abrió el armario y sacó una camisa blanca. Sabía adónde quería llegar ella; quería convencerle para que se la tirara otra vez. Tenía la errónea idea de que, de esa manera, le controlaba. A él le divertía que ella pensara así.

—Quiere demostrar a todo el mundo que es quien tiene el mando, ¿verdad? Y tú estás dispuesto a permitirselo. Te gusta someterte al jefe de la

mafia. Apuesto lo que quieras a que te empalmas con eso, Richie. Eres un adicto a la adrenalina.

Él se puso la camisa.

—Diana...

—Por eso te gusta sentir en tus manos las vísceras de la gente —continuó ella—. No es por ayudarla, es sólo por diversión. Es como si saltaras en paracaídas desde un avión; en realidad te importan una mierda.

La mordacidad de la que hacía gala esa mujer le sorprendía algunas veces. Cuando no estaban dentro del quirófano ella solía mostrar una displicencia tan convincente que le aburría soberanamente.

—Estás comenzando a cansarme —le advirtió en tono suave.

—Te aconsejo que te asegures de que no te mea encima, Richie. Es posible que a algunas chicas les exciten las lluvias doradas, pero yo soy mucho más tradicional. Creo que el olor de la orina me quitaría las ganas, aunque sean los meados de un jefe de la mafia. ¿Lo has entendido?

Bien, ahora le había cabreado. Se acercó a ella y la rodeó con los brazos para pellizcarle un pezón y el clítoris a la vez, con la fuerza suficiente como para que ella jadeara conteniendo la respiración. Notó que se le nublaban los ojos y le temblaban los labios.

—No te pases, Diana —susurró.

—Me estás haciendo daño.

—Claro —convino en tono cordial—. Es lo que me estabas pidiendo a gritos.

Él se irguió y se limpió los dedos en el camisón de seda, luego continuó abrochándose la camisa.

Ella suspiró al tiempo que se llevaba la mano a la oreja.

—¡Me falta un pendiente! —Se levantó y corrió a la cama. Se puso a cuatro patas sobre las sábanas arrugadas y rebuscó entre ellas—. Debe de estar aquí. Se me habrá caído, fuiste muy brusco.

Él clavó la mirada en las redondeadas nalgas. Aquel camisón no ocultaba nada. Notó que ella arqueaba la espalda y le resultó muy tentadora. Olió la cálida esencia de su sexo desde donde estaba y gimió para sus adentros. ¡Acababa de ducharse, por el amor de Dios!

—Tengo que marcharme —dijo finalmente con voz lastimera.

—Sí, claro, Richie. Vuelve a casa con tu mujercita. No te retrases, buscaré yo sola mi pendiente.

Él se abrió los pantalones para liberar su pene —que ya estaba hinchado,

rojo y preparado— mientras se acercaba a la cama. Le clavó los dedos en las caderas y la colocó en la posición más adecuada. Notó que ella se estremecía cuando taladró la mojada abertura y comenzó a embestir en ella con aquella violencia desatada que tanto le gustaba.

Recurrió al truco que utilizaba siempre para correrse más deprisa, el que siempre funcionaba en esas raras ocasiones en las que estaba demasiado cansado y tardaba en alcanzar el clímax. Solo tenía que cerrar los ojos y recordar a aquellas chicas de París, manchadas de sangre y atadas a la cama. La imagen siempre engrosaba su erección y le conducía a un explosivo orgasmo.

Mientras el placer le atravesaba, pensó que sabía muy bien cómo manejar a Diana. Ella no supondría un problema.

Todo el mundo era así, manipulable. Todos parecían implorar que les usara y eso hacía; les utilizaba para su conveniencia, su placer, su beneficio.

¿Qué otra cosa iba a hacer, salvo obligarles a servirle?

Sveti pegó el oído a la puerta de las habitaciones de los guardias y escuchó con atención. Desde dentro le llegó el sonido de algún evento deportivo de la televisión por cable. Apretó los dientes y llamó con la mano. No respondió nadie.

Golpeó con más fuerza. La puerta se abrió con tanta brusquedad que ella dio un brinco al tiempo que soltaba un agudo grito.

Era Yuri quien estaba delante de ella; el guardia que más miedo le daba. Era un hombre muy alto que arrastraba los pies al caminar; con una barba incipiente cubriendo siempre su pálida piel. Lo que más le desagradaba de él eran los dientes amarillos y el cabello rubio que colgaba sin vida. A aquel tipo le gustaba pellizcar y golpear, y aquellas uñas sucias siempre dejaban arañazos y negras magulladuras.

Todos los niños intentaban escapar de aquellos crueles dedos.

El hombre clavó los ojos en ella y esbozó una desagradable sonrisa.

—Mira a quién tenemos aquí —se regocijó—. Si es la princesa de hielo. ¿Me echas de menos, cariño? —La atrapó por la muñeca y la arrastró bruscamente al interior del oscuro y maloliente cuarto, iluminado por la parpadeante luz de la televisión. En la pantalla había un partido de fútbol y lo único que se escuchaba era el incesante parloteo del comentarista, las bocinas... Todo aquello le recordó a su padre; le encantaba el fútbol.

Era un partido entre Ucrania y un país de gente de cabello oscuro. Italia o

España, quizá. El otro equipo se había adelantado en el marcador. Aquella habitación apestaba a humo, a pies y sudor rancio; a comida aceitosa.

Yuri se llevó un cigarrillo a los labios y dio una calada que iluminó la punta con una brasa intensamente roja. Luego le echó a ella el humo a la cara, haciéndola toser.

El olor era a tabaco y maría. Aleksandra le había explicado todo aquello, entre otras muchas cosas.

—¿Le gusta su nuevo alojamiento, Majestad? —se burló Yuri—. ¿Te sientes feliz de haber dejado por fin aquel bote? Imagino que estarás aquí para darme las gracias, ¿verdad?

—Cállate ya, pervertido —ladró Marina desde el sofá donde estaba acostada—. ¿Qué quieres, chica?

Marina era una mujer corpulenta, con cara caballuna y los ojos azules y muy juntos. Tenía el cabello rubio y desfilado, que colgaba sobre su rostro seco y estropajoso. Era dura y fría, pero prefería tratar con ella y no con Yuri. Era la única capaz de mantener a raya a ese hombre.

—Es por Rachel —explicó, intentando elevar la voz lo suficiente como para que la escucharan por encima del estruendo del partido—. Vuelve a tener dolor de oídos. ¿Tienes más gotas? Lleva horas llorando.

Se tambaleó, pero recuperó el equilibrio como pudo. Lo cierto es que no había dormido durante los seis o siete días transcurridos desde que les sacaron de aquel maloliente bote. Allí dentro había sufrido sacudidas, balanceos, náuseas, vómitos y lloros para toda una vida. Pero es que el tiempo no importaba en el bote, igual que tampoco significaba nada allí, en aquella prisión de hormigón. Claro que esta última por lo menos no se balanceaba.

—Esa cría siempre está llorando por algo —afirmó Yuri con desdén—. Creo que será mejor que baje y le dé algo para que tenga un motivo de verdad por el que llorar.

Sveti clavó sus pálidos ojos azules en Marina.

—Tiene fiebre —confesó—. Mucha fiebre. Creo que podría morir. —Hizo una pausa—. Como Aleksandra.

Sintió un impactante dolor cuando Yuri la golpeó con el puño cerrado. Cayó sobre la mesa desordenada, pero cuando alzó la mirada vio que Marina rebuscaba en unas cajas mientras refunfuñaba.

Emitió un suspiro de alivio. Sabía que mencionar a Aleksandra era arriesgado, pero había escuchado las discusiones. A alguien le había enfadado mucho lo que le ocurrió a Aleksandra; alguien a quien los guardias temían.

Había sacado sus conclusiones; a Marina y a Yuri no les interesaba que murieran más niños. Era algo que la sorprendía y confundía, pero podía utilizarlo a su conveniencia.

Marina encontró por fin un frasco de vidrio y lo lanzó por el aire, pero lo hizo demasiado alto y ella tuvo que dar un salto para atraparlo. Las puntas de sus dedos no llegaron y cayó estruendosamente al suelo, sobre una alfombra gris. Por suerte no se rompió.

Se arrodilló para recogerlo intentando no llorar. Si lloraba sería peor. Se obligó a clavar los ojos en el frasco: Amoxicilina. Sí, eso serviría. Comenzó a levantarse, pero de pronto notó una pesada bota en la espalda. Se retorció hasta conseguir ver los ojos enrojecidos de Yuri.

—No vuelvas a mencionar ese nombre —le advirtió el hombre—. No queremos oírlo. De lo contrario, tú también desaparecerás. Sí, entonces sabrás lo que le ocurrió a ella. ¿Quieres saberlo, princesa de hielo? ¿Sí?

Sveti tenía demasiado miedo para moverse. Él seguía mirándola, sonriente y perverso, como si algo horrible creciera dentro de él haciéndole cada vez más grande y fuerte. Aquella maldad parecía extenderse hacia ella como si fueran resbaladizos tentáculos que la hicieran sentirse sucia por dentro. En su interior, donde era más vulnerable.

Apretó los dedos en torno al frasco y miró a Marina.

—Debo regresar con Rachel —adujo con voz temblorosa—. Tengo que darle la medicina. Por favor.

La mujer sacó un cigarrillo.

—Deja que se vaya, cerdo.

Yuri soltó una risa horrible.

—Así que quieres que la princesa de hielo haga tu trabajo, ¿no? Te eligieron para esta tarea porque pensaban que eras cariñosa y maternal. Ya sabes, Marina, arropar a esos angelitos en sus camitas y cantarles una nana. Pero no sirves para eso. No sirves para lo mismo que las demás mujeres. ¿Qué es lo que sabes hacer, mala puta?

—Cállate, Yuri. Estás fumado. —Marina intentó despejar la nube de humo—. Deja que se marche antes de que te dé un puñetazo en los dientes.

Notó que el pie desaparecía y corrió hacia el pasillo que conducía a las habitaciones sin ventanas donde estaban encerrados los niños. El estruendo había disminuido. Los lloros de Rachel eran ahora débiles quejidos. Stephan y Mikhail tampoco tenían energía. Acogió aquel sordo silencio con agradecimiento.

Sasha sostuvo en alto la linterna que guardaba como un tesoro. Las pilas estaban casi agotadas, pero todavía emitía una débil luz amarilla que sirvió para medir la cantidad de medicina con la tapa del frasco. Rezó para que fuera la dosis correcta para un bebé de dos años.

Rachel se atragantó cuando le dio la medicina, y tosió, escupiendo casi la mitad sobre las sábanas. Sveti comenzó a sollozar de frustración, luchando contra el deseo de pegar a la niña hasta que al final se dio por vencida. Acabó acurrucándose contra el pequeño cuerpecito, comprimiéndose contra ella en el estrecho catre mientras miraba con los ojos muy abiertos la impenetrable oscuridad.

Mikhail lloriqueaba, pataleando en sueños. Pronto despertaría acuciado por la pesadilla. Mojaba el colchón y la ropa con regularidad, por lo que daba la impresión que todos, incluyéndola a ella misma, estaban cubiertos de orina. Mikhail tenía cinco años, o eso creía. Igual que Stephan. Dimitri tenía diez, y Sasha, once.

Solo Sasha había estado con ella desde el principio, igual que Aleksandra, en aquel destartado apartamento en Kiev. Pero Sasha ya no era buena compañía; hacía dos meses que no hablaba. Los pequeños habían llegado más tarde, después de que se llevaran a Aleksandra. En realidad nadie hablaba mucho. Mikhail y Dimitri incluso parecían algo retrasados, pero era difícil saberlo a ciencia cierta. Ella misma se sentía torpe después del trayecto en bote y tras días encerrada en una profunda oscuridad sin ventanas. El día y la noche se habían convertido en uno, daba igual que estuvieran encendidos los zumbantes fluorescentes, que emitían el mismo ruido que un enjambre de insectos enloquecidos, o estuvieran inmersos en una sofocante oscuridad.

Sabía que esa noche tampoco dormiría. No lo hacía nunca cuando Yuri estaba cerca. Se estremeció al pensar en él. Le hacía recordar todo lo que Aleksandra le había contado antes de desaparecer.

Cosas que hubiera preferido no saber.

Aleksandra también había sido alejada de sus padres como represalia, igual que Sasha y ella misma, pero fue capturada muchos meses antes que ellos. Era dos años mayor y veía el mundo de una manera más sabia y cínica. Y estaba muy enferma.

Fue ella la que le hizo caer en la cuenta de lo que no había apreciado por ser demasiado inexperta para ello.

Una noche le dio un codazo después de que Yuri se fuera, a pesar de que se estremecía sin control por culpa de la fiebre.

—Le gustas a ese tipo —había susurrado entre toses—. Me he fijado en cómo te mira. Será mejor que tengas cuidado con él.

—Creo que te has vuelto loca —susurró en respuesta—. Me odia. ¡Siempre me pega!

Aleksandra dejó escapar una risa entrecortada y meneó la cabeza.

—Le gustas —repitió—. ¿Sabes lo que significa?

Sveti, la niña envuelta entre algodones que fue durante doce años, no lo sabía, así que Aleksandra se lo contó con todo lujo de detalles. Todo lo que Yuri intentaría hacerle con su *cosa*. Todo lo que intentaría que ella le hiciera.

—Es mejor que estés preparada —la aleccionó Aleksandra—. Solo es cuestión de tiempo. Irá a por ti. Siempre lo hacen.

Se mostró horrorizada, pero Aleksandra añadió que acabaría acostumbrándose y que eso sería lo mejor, porque estaba segura de que todos los niños acabarían vendidos y les obligarían a hacer eso. Aquellas horribles cosas que Yuri al parecer quería.

—¡Somos niños! —había protestado.

Aleksandra se limitó a mirarla fijamente antes de echarse a reír como una loca. Se rio a carcajadas hasta terminar sollozando sobre la cama, enroscada sobre sí misma con el pelo empapado en sudor. Temblando.

Después de eso, Sveti tardó una semana en volver a conciliar el sueño.

Poco después fue cuando llegaron los médicos. Los examinaron por todas partes, les hicieron radiografías, análisis...

Nadie les explicó nada, pero habían tardado días.

Una mañana, cuando se despertó, encontró vacía la cama de su amiga; Aleksandra había desaparecido. La almohada todavía mostraba el hueco de su cabeza.

Sveti abrazó a Rachel con más fuerza, hasta que la niña emitió un quejido de protesta. La oscuridad las envolvía como una mano implacable.

Capítulo



LO QUE le estaba ocurriendo era un fenómeno que Nick ya había experimentado antes; llevar años esperando que ocurriera un acontecimiento trascendental, algo que temía y que había adquirido una gran importancia en su mente, y enfrentarse a ello con absoluta frialdad cuando por fin acontecía. Como si estuviera viendo una película antigua que no le interesara de manera especial. Cuando murió su padre había ocurrido así. Tras años de espera todo se redujo a una serie de detalles que arreglar y un vistazo prolongado al ataúd. Se había fijado en el afilado rostro de su progenitor, anguloso como el suyo, aunque más demacrado y hundido, como si estuviera marcado a fuego por la amargura y la decepción que habían llenado su vida desde que murió su esposa.

Aquel día Nick había mirado dentro de sí mismo, buscando alguna emoción que poder transmitir, pero no había encontrado nada.

Y eso fue lo mismo que sucedió cuando vio por primera vez a Vadim Zhoglo.

El barco del mafioso apareció sin avisar. Fue pura casualidad que a las 10:42 a.m. estuviera mirando la cámara que grababa la entrada a la ensenada. Tuvo el tiempo justo para encontrar ropa decente y retirarse el cabello de la cara. Después, la minúscula descarga de adrenalina inicial se agotó y se vio inmerso en esa extraña y serena tranquilidad que le resultaba tan familiar.

De hecho, consideraba que estaba demasiado tranquilo. Hubiera sido normal que cualquiera que tuviera delante a Zhoglo —y fuera consciente de lo que este era capaz de hacer— se cagara por la pata abajo. Y Arkady Solokov, conocido traficante de armas y escoria de la peor especie, debería haberse sentido aterrado de tener que enfrentarse al Gran Vor o, como poco, excitado por el avance que suponría en su carrera criminal.

Pero no sintió nada cuando lo vio bajar del barco. Habría sido capaz de reconocerle entre el grupo de gorilas que le rodeaba incluso aunque no hubiera visto nunca aquella desenfocada fotografía. La única que habían logrado sacarle con un teleobjetivo y que ocupaba un lugar preferente en las agencias

de inteligencia de todo el mundo.

La palabra que mejor le definía era «asqueroso». Dedos gruesos como salchichas, enorme barriga y pelo canoso, corto y despeinado. En el rostro destacaban la prominente mandíbula y los labios, gruesos y carnosos. Los ojos, de color gris oscuro, parecían perdidos entre unas oscuras e hinchadas bolsas. Todo en él resultaba amenazador.

Nick lo observó con detenimiento. Supuso que la calma que sentía era debida a que no tenía nada que perder. No estaba casado ni tenía hijos; tampoco tenía ningún asunto pendiente, salvo encontrar a Sveti... y vengar a Sergei.

Sergei todavía estaba vivo cuando lo encontró. Estaba tendido como un águila con las alas extendidas sobre la cama del hotel, con la boca tapada con cinta adhesiva. Le habían abierto en canal y extraído las vísceras, que reposaban sobre su pecho. Y seguía consciente.

«¡Joder!». Por lo general conseguía bloquear aquella imagen en su interior sin ni siquiera proponérselo. Apartó la mirada cuando los hombres desfilaron ante él. Al único que conocía en persona era a Pavel. Observó que presentaba un aspecto muy desmejorado; estaba pálido y muy delgado. Parecía haber envejecido diez años desde la última vez que lo vio.

Zhoglo abría la marcha, pero no reparó en él.

Soltó el aire que no sabía que retenía y se colocó detrás del último hombre, como si fuera un chucho obediente que conociera muy bien su lugar.

—Bienvenido, Vor —saludó en ucraniano—. Espero que haya tenido un buen viaje...

—Cállate, imbécil —ladró el hombre que le precedía; un rubio muy grande y corpulento—. No estás aquí para hablar.

Nick guardó silencio y los siguió por el corredor. Justo en ese momento comenzó a vibrarle la alarma en el cinturón y le dio un vuelco el corazón.

Tuvo un horrible presentimiento.

Era posible que un animal hubiera pisado uno de los sensores, pensó mientras los hombres que le precedían seguían su marcha, camino de la casa.

—El Vor tiene hambre —le dijo el rubio por encima del hombro—. Prepárale una buena comida. La comida mala le cabrea, así que no jodas las cosas, ¿vale?

Nick se quedó parado durante un instante, haciendo que la distancia se agrandara.

«¿Quiere que le cocine algo? ¿Yo?». Pavel no había mencionado tal cosa.

—¿Qué le apetece comer? —preguntó.

El sicario giró la cara para lanzarle una mirada de desdén.

—Pregúntale a él, imbécil. Es tu problema, no el mío.

Y, de todas maneras, ¿qué víveres tenía en la cocina? No es que tuviera mucha hambre últimamente. Se tragaba con considerable esfuerzo algún plato precocinado cuando la sensación de vacío dentro del estómago era demasiado intensa, pero no sabía cocinar. Apenas lograba hacer funcionar el microondas.

Quizá fuera ese el estúpido error que haría que terminara con la garganta seccionada.

En ese momento escuchó un coro de maldiciones subidas de tono y varias armas amartillándose al mismo tiempo —*clic, clic, clic*— como si fueran cámaras.

—¿Quién coño es esta tía? —gruñó uno de los hombres.

«¿Esta tía?».

¡Oh, Dios! ¡Joder, no! ¡No, no, no! Toda aquella aparente calma se evaporó en un instante. Corrió entre los gorilas para ver...

Sí. Era Becca. ¡Joder!

En esa ocasión estaba vestida, pero viendo el tremendo escote de la blusa estilo campestre y los ceñidos vaqueros, bien podría estar desnuda.

Cayó sobre ellos un silencio sepulcral. Todos los hombres presentes clavaron los ojos en ella; y eran unas miradas llenas de lujuria.

Becca le pareció incluso más hermosa que la noche anterior. El cabello, ahora seco, era una armónica masa de rizos castaños. El blanco de la blusa hacía que su piel pareciera dorada y sus voluptuosos labios temblaban sin remedio.

Y es que, a diferencia de la noche anterior, ahora tenía un buen motivo por el que estar asustada.

Paralizado por la sorpresa, no vio el movimiento del tipo que tenía al lado y no pudo evitar que el hombre le golpeará en la cara con la culata del arma.

—¿Qué coño hace aquí esta tía? —preguntó el gorila.

Zhoglo se volvió hacia él con una sonrisa.

—Qué detallista... —dijo—. Aprecio mucho este tipo de iniciativas por parte de un subalterno. ¿Es quizá un regalito de bienvenida?

Se sintió como si estuviera cayendo en picado. Pensó y descartó con rapidez un montón de posibles respuestas mientras calculaba lo rápido —o peor todavía, lo despacio— que podían matarle.

Se limpió con la mano la sangre que le resbalaba por la nariz.
—Bueno, en realidad... No es... —se obligó a decir con voz ronca.
La sonrisa de Zhoglo desapareció.
—¿No?
Tragó saliva y paladeó la sangre que le bajaba por la garganta.
—Es... *er...* es la cocinera.

Becca miró las armas. Medio mareada observó la sangre que caía de la nariz de *don Enorme*.

Uno de los hombres se adelantó. Era un hombre no muy alto y bastante grueso, vestido con ropa cara. Cuando habló, lo hizo en tono ronco y educado, en una lengua que ella no comprendió. *Don Enorme* le respondió en el mismo idioma algo que hizo desaparecer la sonrisa del hombre; era evidente que no le había gustado la respuesta.

Notó frío y una opresión en el estómago.

Supo que esas personas pertenecían a otro mundo; un mundo que no quería conocer. ¡Oh, qué tremendo error había cometido! ¡Ojalá pudiera retroceder en el tiempo! Ahora no le importaban una mierda las llaves, las gafas, su orgullo o su autoestima. Lo único que quería era encogerse en un rincón del sofá y comer galletas Oreo hasta hartarse mientras veía películas de Jane Austen.

Miró a *don Enorme*. No parecía preocuparle la sangre que le resbalaba por la cara cuando la miró con un intenso ardor. Se concentró en él para no ver las armas que la apuntaban ni a los hombres que se la comían con los ojos. Él fue su única referencia.

Se había pasado toda la noche reuniendo coraje para regresar allí y le había llevado media mañana prepararse. Y no porque tuviera gran cosa para ello, solo contaba con lo que encontró en el armario de Marla y los productos cosméticos que llevaba en el bolso. No podía presentarse con la cara lavada, la blusa sucia y zapatos de tacón. Sin embargo, la ropa de Marla le quedaba demasiado ceñida y tampoco pretendía llamar la atención. Los vaqueros le apretaban tanto que le sobresalía un poco de tripita por encima de la cinturilla, así que se le ocurrió ponerse aquella blusa de estilo campestre para taparlo. La prenda tenía un escote un poco exagerado, pero pensó que no importaba, dado que la noche anterior él había visto todo lo que había que ver.

Pero ahora todos los demás tipos la miraban como si volviera a estar desnuda.

El hombre grueso se acercó más a ella. Becca retrocedió y abrió la boca con intención de decir algo del tipo: «Perdonen, caballeros, observo que he llegado en mal momento. Espero que no les importe que me marche, ¿verdad?».

Y sí, abrió la boca, pero solo emitió un gemido; ninguna palabra, ni siquiera una sílaba.

El hombre que se había acercado a ella no iba armado. Era más bajo, más rotundo que los demás y también era evidente que tenía más años. Sin embargo, resultaba el más amenazador. Cuando clavó en ella sus ojos grises, no pudo evitar retroceder un poco más. Notó que él curvaba los labios en una sonrisa burlona.

Ella le sostuvo la mirada como si fuera un ratoncillo hipnotizado por una serpiente.

Pensó que aquel tipo tenía unos ojos muy extraños. Cuando se inclinó hacia ella, notó que eran opacos, como un cristal empañado. El hombre le puso la mano, húmeda y pesada, en el hombro y la subió hasta el nacimiento del pelo para cogerla de la nuca, arañándola con las uñas.

Se le puso la piel de gallina por todo el cuerpo cuando le escuchó decir algo incomprensible; parecía una pregunta. Luego, el tipo la obligó a alzar la cabeza, lo que la hizo sentirse muy vulnerable con la garganta expuesta, como si él estuviera colocándola para morderla. Respiró hondo e intentó hablar. No lo consiguió. Lo intentó de nuevo.

- *Er...* ¿perdón?

—¿Eres americana?

¿Qué otra cosa iba a ser? Asintió con la cabeza como buenamente pudo a pesar del cuello estirado.

Don Enorme tomó la palabra.

—Justo ahora estaba diciéndole que te he contratado como cocinera.

Ella parpadeó sin apartar la vista. *Don Enorme* mostraba una expresión inmutable, pero en sus ojos había un brillo apremiante. Intentó volver a asentir con la cabeza.

—Sí —confirmó con la voz entrecortada—. Cocinera. Claro que sí, soy una cocinera estupenda.

—¿De veras? —susurró el que parecía el jefe, al tiempo que le pasaba el dedo índice por la garganta hasta presionar en el medio. Luego lo deslizó hasta el pulso—. ¿Cuál es tu nombre, querida?

—B-Becca —tartamudeó.

—Becca... —repitió él—. ¿Y cuáles son tus especialidades?

Le dolía la garganta donde él apretaba el dedo y apenas conseguía escucharse a sí misma por el rugido que tenía en los oídos. Vio unos puntos negros bailando ante sus ojos; supo que se desvanecería en cualquier momento... Estaba a punto de desmayarse...

- *Crêpes à l'orange* —repuso, diciendo al azar uno de sus platos favoritos. Lo que le gustaba tomar cuando no se dedicaba a contar calorías—. Y si prefiere algo que no sea tan dulce, un *soufflé* regado por una crema de cuatro quesos italianos, todo ello acompañado por pan casero, carne a la brasa y un refrescante cóctel de frutas o vino espumoso Prosecco...

El hombre arqueó las cejas sorprendido.

—Parece delicioso —aseguró—. Creo que lo probaré todo.

—C-como desee —respondió con voz temblorosa—. No supone ningún problema.

—Pero esto... —La obligó a girar sobre sí misma hasta que quedó frente a él, que le pasó el dedo por el borde del escote de la blusa—. Explícamelo. Me parece que así, con esta blusa, el pelo suelto, estos pechos tan apetecibles... —Bajó los dedos hasta ahuecar la mano sobre uno de ellos y apretarlo, arrancándole un jadeo—. No me pareces vestida para trabajar en la cocina. Tu aspecto insinúa que estás aquí para... follar.

—No le esperábamos por la mañana —intervino *don Enorme*—. Ella no sabía que...

—¡Silencio! —El hombre siguió manoseándole el pecho—. Me estoy hartando de que estés todo el rato ladrando como un perro. ¿Cómo te llamas, perro?

La mirada de *don Enorme* fue la de un depredador apresado.

—Solokov.

—Pues como vuelvas a hablar sin mi permiso, Solokov, te daré una paliza que te dejará inconsciente —amenazó el hombre.

Ella notaba su aliento en el cuello y olía a licor. Intentó evitarlo como si fuera un gas letal, pero al moverse sintió el bulto de su erección contra la cadera.

Las náuseas se hicieron más intensas; jamás había estado tan asustada.

—Bueno, bueno... Si no la has traído para mi diversión, Solokov, lo único que se me ocurre es que la has traído para la tuya —concluyó el hombre—. Me parece muy egoísta por tu parte. —Sus palabras eran sinuosas como el siseo de una serpiente. Volvió a notar su dedo en la garganta—. Es muy guapa.

—Deslizó la mano más abajo, entre sus pechos, por el estómago—. Muy, muy guapa...

Ella se estremeció, temblorosa. La mano del hombre siguió su camino mientras todos los presentes la seguían con la vista. Por fin la ahuecó sobre su entrepierna. En ese momento, Becca clavó los ojos en *don Enorme*.

«No grites», parecía decirle con la mirada.

Escuchó claramente aquella orden en su cabeza. Si gritaba, la situación se agravaría. Pero tenía que conseguir detener aquella mano que parecía querer llevarla a las profundidades del infierno.

—¿No tiene apetito? —La voz fue casi cantarina.

El tipo pareció enfadarse.

—¿Cómo dices?

Ella apretó los dientes durante un segundo mientras intentaba recordar el nombre que había dicho *don Enorme*.

—Lamento que no apruebe mi vestimenta, señor, en cuanto pueda me pondré algo más apropiado. Solokov me ha contratado para cocinar. ¿Cuándo puedo empezar?

La asquerosa presión en la entrepierna desapareció y ella casi se cayó al suelo del alivio.

—Ve a cocinar, sí —dijo él—. Estoy cansado de la mierda que me he visto obligado a comer en el barco.

Ella corrió por la pasarela en dirección a *don Enorme* como si este fuera un imán. Se colgó de su nervudo brazo y le clavó las uñas en el antebrazo.

—Voy a necesitar que me echen una mano si quiere degustar los dos platos —informó con fingida firmeza al tipo gordo—. Si tengo ayuda para preparar los *crêpes* y el *soufflé*, estarán listos mucho antes. Y ha dicho que tiene mucho apetito.

El hombre soltó una risita.

—Acompáñala, Solokov —ordenó a *don Enorme*—. Seguiremos discutiendo sobre tu preciosa cocinera después de que me haya preparado el almuerzo.

Ella salió disparada hacia la casa llevando consigo al único hombre que le ofrecía cierta confianza.

Nick se tambaleó pero le siguió el paso, obligado por las uñas que ella le clavaba en la carne. En cuanto estuvieron en el interior del vestíbulo, la joven se volvió hacia él para exigirle, sin duda, las explicaciones que él no quería

dar.

Le puso la mano manchada de sangre sobre la boca y, después de girarse, la arrastró por el pasillo que conducía a la cocina.

Notó que ella intentaba liberarse al tiempo que emitía cortos chillidos y farfullaba entre dientes. Por fin la empujó contra la pared con intención de dejarla sin respiración. Solo tendría unos segundos antes de que ella volviera a la carga otra vez.

Se inclinó hacia delante, reteniéndola con su propio cuerpo.

—Quiero que me escuches; que me escuches con atención —le susurró al oído—. Estás de mierda hasta las cejas, así que si quieres salir viva de aquí, deberás cerrar la boca y hacer todo lo que te diga. Y cuando digo todo, quiero decir *todo*. Si no lo haces morirás joven y de una forma muy poco agradable.

Ella se puso a temblar. ¡Joder! Se había pasado. Tampoco quería que le diera un ataque de nervios y se derrumbara por completo.

—Este puto lugar está lleno de cámaras y micros ocultos —continuó—, así que voy a ponerte al tanto de la historia que vamos a contar. Te contraté para ser la cocinera de ese hombre. Te ofrecí dos mil dólares por trabajar durante el fin de semana. No le conoces, no sabes quién es y tampoco te importa. No has pedido detalles porque no te interesan. Tu trabajo es cocinar y punto. Voy a separarme, asiente con la cabeza y sonríeme si me has entendido.

Él dio un paso atrás y apartó la mano muy despacio.

Notó que la joven tenía ahora la cara manchada con su sangre y que le brillaban los ojos por las lágrimas contenidas, pero respiró hondo y asintió con la cabeza.

«Sonríe», deletreó con los labios.

Ella lo intentó, curvó las comisuras de los labios. Supo que no podía pedirle más y aquella sonrisa era suficiente por el momento. Al ver que intentaba hablar, volvió a cubrirle la boca y se inclinó hacia su oreja.

—Lo que sea, dilo en voz baja.

—¿Por qué no puedo marcharme, y listo? —musitó ella—. Jamás diré nada. No he visto a nadie, ya sabes... Desapareceré del mapa, te lo prometo.

Él barajó la idea. Sí, quizá lo consiguiera, pero si ella escapaba, aquellos tipos le abrirían en canal y le sacarían las vísceras como habían hecho con Sergei por no cumplir con su labor.

—¿Tienes barca?

Ella negó con la cabeza.

—Tendría que llamar al taxi náutico que ofrece sus servicios en

Shepherd's Bay.

Nick calculó que el pequeño bote tardaría al menos cuarenta minutos en llegar a la isla desde Shepherd, y eso dando por hecho que no estuviera ocupado. Si era realista, no tardaría en ningún caso menos de una hora en estar allí. Sería imposible, no podría cubrirla durante tanto tiempo.

—Lo siento —susurró—. No puede ser.

Ella alzó la mano y le tocó la nariz con suavidad.

—¿Te duele? —musitó—. ¿Te la han roto?

Él se quedó paralizado.

—No —repuso incómodo—. No, nada.

—Pues tiene mal aspecto —aseguró ella—. Has sangrado mucho. Te han dado un buen golpe.

¡Oh, Dios! Aquella mujer era realmente inocente. Y él era todavía peor que su padre, por haber permitido que las cosas se desmadraran de esa manera.

—No te preocupes. Ese tipo no es más que una nenaza. —La cogió del brazo y la metió en la cocina—. Bueno, aquí estamos. Venga, ponte a cocinar, impresioname.

Ella entrecerró los ojos verdes.

—Antes de nada, límpiame la sangre de la cara —le ordenó—. Es muy poco higiénico, y no sabe muy bien. ¿Todavía sigues sangrando?

Él se tocó suavemente el puente de la nariz mientras abría el grifo, luego se echó un poco de lavavajillas en la mano.

—No, ya se ha detenido la hemorragia —comentó antes de inclinarse para lavarse con agua, dejando gotitas rosadas en el fondo del fregadero.

Becca se acercó y se enjabonó también las manos y la cara manchadas de sangre.

—Lamento haberte manchado —dijo él al verla—. De todas maneras, no te preocupes, estaba sano la última vez que me hice un análisis, y fue hace poco tiempo.

Se giró antes de verse abducido por aquellos enormes ojos verdes. Agarró un rollo de papel de cocina y arrancó un buen trozo para secarse.

—También yo —susurró ella.

Él giró la cabeza de golpe.

—¿Qué? Tú también, ¿qué?

Estaba tan roja como la grana.

—También estoy sana. Quería que lo supieras... Deberíamos haber tenido

ayer esta conversación, pero las cosas se nos fueron de las manos.

Nick notó un hormigueo en los dedos al recordar el húmedo calor de su coño palpitando en torno a uno de ellos cuando ella se corrió, y tuvo que cerrar los puños.

¡Genial! Ahora tendría que enfrentarse a aquel infierno con una pujante erección. La cuestión se ponía cada vez más interesante.

—Me alegro —gruñó—. ¿Nos ponemos manos a la obra?

Ella se retiró el pelo de la cara y se hizo una coleta en la nuca. Unos alborotados mechones cayeron sobre su espalda. Él apartó la mirada.

—¿Qué fue lo que le has dicho que harías?

- *Soufflé y crêpes à l'orange* —le recordó—. Para hacer el *soufflé* necesito huevos y leche. Mantequilla y un poco de harina para la bechamel. Nuez moscada rallada y varias clases de queso: *peccorino*, *parmeseano*, *aciago*, *gruyère*; me sirve cualquiera de sabor fuerte. Fruta fresca para el relleno y un vasito de Prosecco para la mezcla; carne y algo de pan. Con eso será suficiente. Y para los *crêpes* necesitaré más huevos, harina, mantequilla, azúcar, zumo de naranja, licor de cereza, Cointreau y un dedo de coñac. Ah..., y café.

Nick la miró fijamente.

—Sí que sabes cocinar —comentó admirado.

—Ni te imaginas la cantidad de cosas que sé hacer, *don Enorme* —repuso ella secamente—. ¿Que tengo que enfrentarme a un grupo de mafiosos? Pues vale. ¿Que es necesario improvisar un menú de *gourmet*? Sin problema. Es el pan nuestro de cada día. Así que, dime, ¿qué es lo que te falta? Puedo reemplazar algunos ingredientes, pero no todos.

«¿*Don Enorme*?». Bueno, lo cierto es que jamás le había dicho su nombre.

- *Er...* —encogió los hombros—. No estoy seguro de cuáles de esas cosas hay por aquí.

Ella abrió la puerta de la nevera. Tomar nota de lo que había en el interior no le llevó mucho tiempo.

Había huevos, desde luego, porque era la clase de alimento que él sabía preparar. Se podían comer incluso quemados. Y cuando no estaba de humor para perder el tiempo, cascaba uno y se lo tomaba tal cual, en frío, como si fuera un comprimido de proteínas. Siempre había pensado que sería una divertida ironía que la palmara por intoxicación de salmonela.

También encontraron mantequilla, las tostadas con mantequilla era otra

comida a prueba de idiotas. Y leche, ya que solo había que mezclarla con cereales para tener un plato que permitiera sobrevivir. Aunque había algunas cosas más, aquello era, prácticamente, todo.

Becca chasqueó la lengua al tiempo que se ponía a abrir cajones, rebuscando en el interior y sacando algunos artículos. Encontró harina, pero no suficiente. Cuando se volvió hacia él le miró con ojos penetrantes.

—Es una broma, ¿verdad? ¡No puedo cocinar un menú de *gourmet* para ese tipo con pan rancio y cereales! ¡Ah, y no olvidemos la salsa de pimiento!

—No te hagas la diva conmigo, nena —le repuso de malos modos—. No fue a mí al que se le ocurrió enumerar todas esas exquisiteces, sino a ti. A ver, abre la otra nevera... el congelador...

—¡Así que diva, eh! Menos mal que tengo algunas provisiones en casa de Jerome. Creo que será mejor que... vaya a buscarlas.

«Sí, ya. Para que de paso trates de escapar, algo que firmará la sentencia de muerte de los dos al instante».

—No, tú no puedes salir de aquí —afirmó—. Están registrando los alrededores. Ya voy yo por las provisiones, tú comienza a hacer algo.

—¿Pretendes que me quede aquí sola? ¿Con... ellos? —terminó con un susurro abriendo los ojos como platos.

—Te juro que me daré prisa —le prometió impulsivamente—. No te pasará nada.

La vio tragar saliva y enderezar la espalda antes de sacar sus dotes de sargento de artillería.

—Las cajas blancas más pequeñas contienen tartitas —comenzó a enumerar con energía—. Trae todas las que puedas. Los quesos, la carne y la fruta los encontrarás en dos enormes cajas blancas en el cajón de la nevera. Tráelas también. Y no olvides las verduras, la carne o los condimentos..., ni el vino. Encontrarás el Prosecco en la puerta de la nevera, coge todas las botellas que puedas cargar. Creo que necesitaremos toda la ayuda ética de que dispongamos.

Nick se dirigió a la escalera de servicio y la subió hasta el tejado, saliendo por un extremo donde la casa se adosaba a un enorme saliente de granito. Si seguía el camino que comenzaba allí arriba, solo había treinta metros hasta la casa de Sloane; no tardaría ni un minuto.

Una vez en el interior de la casa vecina, se dedicó a recolectar todo lo que Becca le había pedido, lo metió de manera desordenada dentro de las cajas y guardó las botellas en bolsas de plástico.

De pronto se le cruzó una idea por la cabeza y salió de la cocina. Buscó por toda la casa hasta que lo encontró. Ahí estaba... un pequeño bolso negro. Lo vació y revolvió el contenido: llaves, pintalabios, pañuelos de papel, un peine...

Se metió el pintalabios en el bolsillo sin saber por qué.

Móvil... cartera. La abrió para registrarla con rapidez y cogió las tarjetas, el carnet de conducir y todos los demás documentos que contuvieran su nombre. Luego lanzó la cartera en un cajón vacío del dormitorio. Las tarjetas de crédito y el móvil los guardó también en el bolsillo con idea de enterrarlos debajo de alguna roca, en el bosque.

Recogió todo lo que había reunido y regresó junto a ella. Mientras se deslizaba entre los arbustos espinosos y las enredaderas, se le ocurrió que todo lo que llevaba encima era para hacer un *soufflé* con salsa de queso para el más implacable hijo de puta del universo. Aquello no dejaba de ser surrealismo puro.

Emitió un sonido cascado; hacía tanto que no lo oía que casi no lo reconoció. Era una risa.

«¿*Don Enorme?*». ¿De dónde demonios habría sacado ese mote?

Mejor no ponerse a elucubrar.

Capítulo



EL TRUCO era mantenerse ocupada. Cerró los ojos con fuerza para darse ánimos y después se dedicó a localizar cuencos, utensilios y pequeños electrodomésticos que podría necesitar. Tras abrir y cerrar unas cuantas alacenas, ordenó todo en la isleta central de la cocina. ¡Oh, Dios! ¡Lo que daría ella por tener una cocina así! Era una pena que fuera a usarla para dar de comer a sus más que probables asesinos... O peor todavía, violadores.

Hizo una lista mental de tareas; sí, la bechamel sería lo primero. Después batiría la mezcla para los *crêpes*. La tranquilizó un poco observar primero cómo se derretía la mantequilla y luego el burbujeo de la harina al mezclarse con la leche en la sartén. Lo combinó con lentos movimientos circulares hasta que la salsa espesó. Contó hasta diez una y otra vez, concentrándose en no emitir el alarido que le pedía el cuerpo.

Hasta ahora todo estaba saliendo bien. Apartó la bechamel para dejar que se enfriara y pasó al siguiente punto en su lista imaginaria. Por suerte había encontrado una plancha en uno de los estantes inferiores, por lo que podría hacer hasta seis *crêpes* a la vez. Algún día, cuando conociera al hombre perfecto y tuviera la cocina de sus sueños, se compraría una como esa. Y también un robot de cocina.

«Muy bien, chica. Todo va muy bien. Mantén la mente clara».

La puerta se abrió de golpe en ese momento, sobresaltándola y haciéndola dar un brinco. A duras penas fue capaz de contener el grito.

Era *don Enorme*. Venía cargado de cajas y bolsas de plástico. Las botellas de vino tintineaban al chocar unas contra otras. Sintió un alivio tan grande al verlo que casi se echó a llorar.

—¡Oh, gracias a Dios!

—Esto pesa mucho —protestó él.

Ella comenzó a abrir las cajas mientras él la observaba boquiabierto. Colocó todos los ingredientes para el *soufflé* en una parte de la encimera y los que necesitaría para los *crêpes* en otra. Su mente era organizada por naturaleza y pronto tuvo clara toda la logística, incluidos el tiempo que tardaría y el

orden en el que utilizaría cada ingrediente. La gran duda se le planteaba al decidir si debía meter el *soufflé* en el horno antes de comenzar a hacer el relleno de los *crêpes* o no. Si lo metía demasiado pronto, no podrían servirlo en el acto y se caería. ¡Y no podía servir un *soufflé* deshinchado a ese tipo! Iban armados. Podían dispararle.

Finalmente decidió que picaría todos los ingredientes salados, que batiría la salsa de naranja y que luego vertería el *soufflé* en un recipiente para hornearlo; lo que le daría exactamente veinticinco minutos para hacer el otro plato. De poner la mesa tendría que ocuparse otra persona. ¡Y pensaba que trabajar en el club de campo era agobiante...!

Don Enorme resultó ser un mal pinche de cocina. Se movía con lentitud y respondía de mal humor a todas sus órdenes; parecían resultarle incomprensibles.

—¿Qué querrá decir con monda de naranja? —le oyó murmurar—. ¿Qué coño será la puta monda de naranja?

—Si te haces esas preguntas —ironizó ella—, será mejor que no te molestes. Ralla el queso en ese cuenco, y hazlo rápido. Después lava el rallador, lo necesitare para las mondas. Ah, y corta la lechuga en juliana. Incluso tú deberías ser capaz de hacerlo.

—Deja de protestar. Solo tú tienes la culpa de estar metida en este lío —masculló él.

—Regresé por las gafas y las llaves —siseó ella, enfadada—. ¡Era necesario! ¡Apenas veo nada sin gafas! Y bien podías haberme avisado ayer por la noche, ¿no crees? En lugar de... de...

—¿Avisado? —replicó él—. ¡Joder! Si intenté meterte miedo para que te alejaras de aquí. Al menos ese fue mi propósito hasta que yo... Quiero decir hasta que nosotros... nos distrajimos. Pero cualquier mujer con dos dedos de frente habría salido por pies. ¿Qué pasa contigo?

¿No tenía el morro de echarle la culpa a ella? ¿Ah, sí? ¡Pues de eso nada! Le arrebató el cuenco con el queso rallado de las manos y lo volcó sobre la bechamel caliente.

«Así que dos dedos de frente...». Menudo gilipollas. ¿Alejarla de allí? Sí, claro, alejarla era un amplio concepto que incluía besarla hasta perder el sentido y hacerla alcanzar un orgasmo indescriptible. Y por si eso no fuera suficiente, el muy imbécil estaba destrozando las verduras.

—No se hace así —le dijo de malas maneras—. Deja de hacerlo. —Le quitó la tabla de cortar con la lechuga y le dio una cebolla ya pelada—. Pica

eso en trocitos muy pequeños.

Él dejó caer el cuchillo sobre la tabla y las dos mitades de la infortunada cebolla volaron por los aires hasta rincones opuestos de la estancia.

—¡Joder! —masculló él por lo bajo—. Qué puto desastre.

—Enfadarse no sirve de nada —aseguró ella con dulzura.

Nick recogió los trozos de cebolla y se puso a picarla con una mirada tan furiosa que se habría sentido intimidada si dispusiera de tiempo para hacer tal cosa. Observó los movimientos de su mano.

—Córtala más fina —ordenó.

—¿A qué te refieres con más fina? Si la corto más fina no será cebolla, sino pasta de cebolla.

—Más fina —repitió, ignorándole—. Después la viertes en la sartén y lo revuelves sin parar, para que no se pegue al fondo. Tiene que caramelizarse.

—Verter y revolver —murmuró él.

Ella le dio la espalda para preparar los huevos, repitiendo mentalmente las palabras que él acababa de decirle mientras separaba la clara de la yema.

Unió las yemas a la bechamel y revolvió la masa muy suavemente hasta que toda la mezcla adquirió un brillante tono amarillo.

—Volviendo a lo de antes, ¿hablas en serio cuando dices que anoche intentabas ahuyentarme? ¿Acaso me equivoqué cuando pensé que me deseabas?

Él cogió el cuchillo como si fuera un puñal y lo clavó en la tabla que ella le había quitado, justo en medio del montón de lechuga. Esta se desparramó y Becca dio un paso atrás.

—No te equivocas. Aunque lo que hicimos lo *hicimos* porque los dos lo deseábamos, de lo que estaba seguro es de que no se te ocurriría volver. Esperaba que no lo hicieras. Ahora cierra el pico, haz lo que tienes que hacer y no me jodas, ¿entendido?

Ella liberó el cuchillo y juntó todos los trozos de verdura antes de dejarlos caer en la mezcla.

—¿Sabes qué creo? Que todo este despliegue no es más que una actuación para la cámara —siseó—. Eso es lo que creo. Pero estás tan asustado como yo.

—¡Me cago en la puta! Por si no tuviera bastante con lo que está ocurriendo, te pones a desvariar. Haznos un favor, Becca, cierra el pico y cocina.

Clin, clin, resonaban los cubiertos contra los platos de porcelana china con un delicado y musical sonido. Nick observó cómo Becca se inclinaba sobre el plato de Zhoglo para servirle otra loncha de jamón, haciendo que sus pechos casi se salieran por el escote de la blusa. Becca tenía el rostro pálido pero mantenía el tipo. Incluso conservaba la mirada baja, y la boca cerrada por una vez. Él imaginó que las letales vibraciones que emitía Zhoglo conseguían que incluso ella se mantuviera en silencio.

Tenía que admitir, sin embargo, que era una mujer con clase. Y también con nervios de acero... salvo cuando él la irritaba. Casi todas las mujeres que conocía, si se vieran sometidas a esa clase de presión, estarían acurrucadas en un rincón llorando y comiéndose los puños por el miedo.

Hasta ese momento el almuerzo había ido sobre ruedas. La humeante comida había sido liquidada en un abrir y cerrar de ojos, señal de que estaba deliciosa. Todas las bandejas estaban vacías.

Becca inclinó de nuevo la jarra de cristal y vertió la mezcla de fruta y vino espumoso, llenando las copas de champán con la eficacia y sensualidad de una geisha. Había cuatro pares de ojos masculinos clavados en su cuerpo, cinco si contaba los suyos, y comenzaban a dolerle los dientes por la fuerza con que los apretaba.

Pensó que Becca sería también una magnífica agente secreta. ¿Quién iba a suponer lo que había realmente debajo de aquella espléndida fachada de conejita de *Playboy*? Observarla en acción había sido como presenciar la inauguración de unas Olimpiadas. Cada uno de sus gestos era medido con eficacia y formaba parte de una estudiada coreografía.

Hasta ese momento todo había salido a pedir de boca. La excusa de que era cocinera había funcionado a la perfección. No habían dejado ni una miga... y ellos habían dado un paso más sobre la cuerda floja que pasaba por encima del foso de unos sanguinarios leones. Si Becca no fuera tan guapa, hubieran tenido una oportunidad de salir de aquello con vida.

Zhoglo terminó de comer la carne, se limpió la boca y clavó sus pálidos ojos en él.

—¿La chica entiende el ucraniano? —preguntó en ese idioma.

—No —repuso él.

—Me gustaría que satisficiera otros apetitos una vez que haga la digestión. Ha sido una comida deliciosa, me he dejado llevar por la gula.

Nick notó como si un puño le retorciera las entrañas.

—Pero eso no fue parte del arreglo que hice con ella cuando contraté sus

servicios —se disculpó—. Mi prioridad era que pudiera disfrutar de una inmejorable comida, Vor.

—E imagino que también sería una prioridad tener a mano a una mujer hermosa a la que tirarte mientras esperabas en esta isla solitaria, ¿verdad? No quieres compartirla, pero a mí no me la das, Solokov.

Decidió no responder; no tenía nada que añadir.

—Bien, después de una comida tan deliciosa puedo ser razonable —continuó Zhoglo—, si me veo lo suficientemente entretenido.

El terror que sentía creció un poco más y se extendió por todo su cuerpo.

—¿Entretenido?

A Zhoglo le brillaron los ojos.

—Esta tarde no tenemos más que hacer que mirar este opresivo paisaje verde, así que quiero que me entretengáis. Tú y tu amiguita. —Señaló a Becca con la barbilla—. Me gusta presenciar espectáculos deportivos.

Sus ojos se dirigieron a ella de manera involuntaria. Becca había sentido las malignas vibraciones y estaba alerta. Tenía los puños cerrados y los nudillos blancos, que apretaba contra el vientre. Fruncía los labios y lo miraba con los ojos muy abiertos, suplicándole en silencio.

—Vor —susurró con voz suave y lenta—, esta mujer no es una prostituta profesional. No es su trabajo hacer nada de ese tipo. No podrá seguir cocinando estos manjares si hace lo que estás insinuando.

—No me digas... —Zhoglo torció los labios en gesto de mofa—. Entonces dime, ¿para qué sirve esta mujer?

—¿Qué habías pensado para el menú de la cena, Becca? —preguntó él en inglés.

—Un entrante a base de salchichas calabresas acompañadas de un surtido de quesos. Luego seguiremos con vegetales gratinados, tostadas al estilo Toscana con paté, salsa *tapenade*, pimientos asados y champiñones *sott'olio* —enumeró con rapidez—. Carne en rollo con pimienta, regada con un tinto Montepulciano, patatitas rojas con hierbas aromáticas y zanahorias glaseadas. De postre frutas exóticas en rodajas con chantilly y café con tarta de chocolate al Grand Marnier. Después serviré un surtido de licores.

Zhoglo parpadeó, sorprendido, antes de emitir un suspiro y mirar sus gruesos dedos con los que tamborileaba la mesa con impaciencia.

—De acuerdo —se rindió con arrogancia, volviendo al ucraniano—. Solokov, voy a proponerte un trato; todo sea por poder disfrutar de una buena cena.

Nick estuvo a punto de emitir un suspiro de alivio, pero Zhoglo siguió hablando.

—Llévatela a uno de los dormitorios y títatela allí —propuso—. Nosotros observaremos todo por el monitor de seguridad. ¿Crees que eso será suficiente para la delicada sensibilidad de la palomita? Después de follar seguirá pudiendo cocinar todo eso, ¿verdad?

Zhoglo le observó con los ojos brillantes, opacos e impenetrables. Finalmente le vio hacer un gesto de impaciencia con la barbilla, como si se preguntara a qué coño esperaba.

—De todas maneras, Solokov, si dudas de ti mismo, a cualquiera de mis hombres les encantaría sustituirte —agregó, e hizo una pausa antes de seguir—. Sí, estoy seguro de que todos se mostrarían entusiasmados ante la posibilidad de follarla.

—¿Qué pasa? —preguntó Becca en ese instante—. ¿Le ocurre algo a la comida?

—La comida me parece fabulosa, querida —repuso Zhoglo, cambiando al inglés—. Ahora preguntaba por el entretenimiento vespertino.

Nick la vio mirarle a él y luego al mafioso.

—No entiendo lo que quiere decir.

Zhoglo se rio entre dientes.

—Claro, claro. Solokov, explícaselo.

Nick la cogió del brazo y la arrastró fuera de la habitación.

Becca movió las piernas con rapidez para no caerse. *Don Enorme* le hacía daño en el brazo. Estaba segura de que pasaba algo; algo malo. Cuando aquel hombre rezongaba y gruñía, podía relajarse y respirar aliviada, pero cuando se desvanecía de su rostro cualquier tipo de emoción y su mirada no expresaba nada, se le retorcían las entrañas, le temblaban las rodillas y comenzaba a ver puntos negros bailando ante sus ojos.

«Entretenimiento vespertino». Aquello no sonaba nada bien.

Don Enorme la arrastró escaleras arriba. Algo que la puso todavía más nerviosa, claro, a pesar de que si lo pensaba bien, debería sentirse feliz de que la distancia entre ellos y aquellos tipos armados, tan horribles, fuera cada vez mayor.

Trastabilló al tropezar con la alfombra del pasillo y él la sostuvo con fuerza, ayudándola a recuperar el equilibrio sin mirarla a la cara.

Él abrió de golpe la puerta de un dormitorio grandísimo, con un ventanal del suelo al techo por el que se podía ver un mar agitado y una masa verde e

interminable de árboles bajo un cielo plomizo. Los cristales estaban manchados de gotas de lluvia.

Alucinada, le vio quitarse la camisa y solo pudo mirarle fijamente sin decir nada, aterrada por la mirada implacable en sus ojos.

La empujó contra la pared al tiempo que le acariciaba los hombros con aquellas manos tan enormes como el resto de su persona.

—Ha llegado el momento de la función —le susurró al oído—. ¿Ves la cámara de seguridad que hay en la esquina del techo?

Becca le comprendió a la perfección.

—¡Oh, no! —protestó—. No puedes hablar en serio.

Él le apartó un rizo de la nuca y le alisó los mechones, colocándolos alrededor de sus hombros, con un gesto de ternura.

—Muy en serio. —Le pasó la blusa por la cabeza antes de que ella pudiera reaccionar.

Cuando lo hizo, comenzó a golpearle de manera frenética.

—¡No! ¡No lo hagas! ¡No pienso permitirte que...! —La acalló poniéndole la mano sobre la boca.

—Es todo lo que he conseguido —siguió hablándole al oído—. Su última palabra después de negociar con él. Elige: conmigo ante la cámara mientras nos observan, o ellos, en la mesa del comedor. ¿Lo pillas?

Ella le miró por encima de la mano, intentando respirar por la nariz.

—La única razón por la que no estás encima de esa mesa con las piernas bien abiertas es porque a ese hijo de puta le encanta comer. Según parece, no quiere renunciar a tan magnífica cocinera y perderse la cena de *gourmet* que le has prometido.

—¡Oh, Dios mío! —musitó—. ¡Esto no puede estar ocurriendo!

Él le desabrochó el sencillo sujetador de algodón blanco y lo dejó caer al suelo. Ella se cubrió, pero él la tomó de las manos para inmovilizarle los brazos contra la pared, de manera que cualquiera pudiera echar una buena mirada.

—Lo siento, nena, pero forma parte del guion. No es nada personal.

Le desabrochó los vaqueros antes de bajárselos con brusquedad junto con las bragas, sin que ella pudiera hacer otra cosa que mirar a la cámara con los ojos abiertos como platos. Pero lo que más le horrorizó fue el aire frío y pragmático con que le vio abrirse el cinturón.

Becca tomó aire para gritar. No pudo hacerlo porque él le volvió a cubrir la boca al tiempo que se inclinaba sobre ella.

—No te dejes llevar por la histeria —murmuró. Su voz fue un cálido cosquilleo en la oreja—. Ahora vamos a interpretar los papeles de nuestra vida para disfrute de estos hijos de puta, y vamos a hacerlo de manera muy convincente. —Le quitó la mano de la boca y le dio un beso duro—. Voy a ponerte la mano en la entrepierna —le dijo al oído—. Seré suave. Cuando notes que muevo los dedos, comienza a gritar como si estuviera haciéndote daño, como si fuera horrible lo que estuviera haciéndote. ¿Me has entendido? Ahora mueve la cabeza, niega con ella como si estuviera amenazándote. Venga, ¡hazlo!

Y lo hizo, con frenesí.

—¡No, no! —aulló—. No me hagas eso. ¡Por favor, no me lo hagas! ¡Por favor! ¡Por favor!

Escuchaba su propia voz balbuceante, no estaba actuando. Jamás habían salido palabras más sinceras de su boca.

—Muy bien —la animó él antes de agarrarla por las nalgas y alzarla, para que pudiera envolverle las caderas con las piernas, apretándole la espalda contra la pared.

Él deslizó la mano entre sus cuerpos y la ahuecó sobre su vulva, curvando los dedos con suavidad sobre los tiernos pliegues, como si los estuviera protegiendo, y no se movió.

—¡Sigue! —ordenó él en voz baja—. Hazlo ya. ¡Grita! ¡Lucha contra mí!

Y lo hizo. ¡Oh, cómo lo hizo! Luchó y se retorció, le golpeó, le arañó, le mordió. No podía contener la explosión de furia y humillación. Era un caos andante, un desastre.

Él siguió sosteniéndola con fuerza infinita. Le sostuvo las muñecas con una mano contra su pecho, al tiempo que la alzaba. Ella se sintió sometida y aplastada, como si luchara sin aliento contra un muro de piedra.

Por fin se quedó exhausta, aunque si tuviera fuerzas habría gritado durante horas, días. Y sabía que él la hubiera sostenido todo el tiempo que fuera necesario. Se disolvió en ahogados sollozos.

Él le soltó las manos y le alzó la barbilla para mirarla a los ojos. Ella emitió un jadeo entrecortado.

Volvió a sangrar por la nariz y tenía arañazos en las mejillas, en el pecho y en los hombros, pero no parecía enfadado por el trato recibido. Solo resignado. Le vio palpar a tientas los vaqueros, impulsando su cuerpo contra el de ella con la suficiente dureza como para hacerla gritar. Pero no la había penetrado; su erección golpeaba contra el interior del muslo con cada envite.

«Teatro».

Él le pedía con la mirada que le siguiera el juego, pero ella ya no podía hacer nada. Estaba tan horrorizada como si aquello fuera real. Le clavó las uñas en los musculosos hombros y gimió con cada embestida. No estaba violándola, pero aquella burda charada era el acto más íntimo en el que se hubiera visto involucrada nunca. Lo tenía dentro de la mente, lo sentía en lo más hondo. Era la voluntad de acero de aquel hombre lo que la mantenía entera, lo que le daba energía. Aun bajo circunstancias adversas, estaba tratando de protegerla como si fuera algo precioso para él.

Protegía su dignidad ante sí misma.

Cerró los ojos con fuerza. Sabía que aquella farsa era un vano intento y que estaba condenado al fracaso, pero se sintió querida. Y solo por eso, le amó.

Le estaba sucediendo algo muy extraño. Se sentía como si estuviera cambiando la sintonía de su cuerpo por otra totalmente distinta; se olvidó de que tenían público en el piso de abajo esperando ver su lujuria. Un enorme fuego surgía en su interior, ardía en su garganta y en su pecho, se retorció y se abrió camino en sus entrañas. Era doloroso. Y muy brillante.

No estaba segura de si era una emoción o una sensación física, pero atravesaba su cuerpo de pies a cabeza. Parecía demasiado intenso para ser placer, pero se sentía como un agudo éxtasis mezclado con terror. Y la envolvió, la estremeció... Ella gritó y se desmayó.

Cuando comenzó a parpadear y abrió los ojos, él permanecía en silencio. Tenía la piel húmeda de sudor y todos los músculos tensos.

La miraba con los ojos muy abiertos y parecía conmocionado, casi asustado. La alzó mejor entre sus brazos y la llevó hasta la alfombra que había entre la cama y la pared. Él se dejó caer de rodillas para tumbarla con suavidad en la gruesa alfombra blanca. Se colocó sobre ella, entre sus piernas separadas, con los vaqueros por la mitad de los muslos y los brazos temblorosos. Notó su erección, cálida y palpitante contra la ingle.

Becca respiró hondo y el olor a polvo y a pintura inundó sus fosas nasales mientras alzaba la mano para tocarle la cara y la nariz ensangrentada, bajando más tarde por los arañazos que le había hecho en la barbilla.

«Lo siento», delectó.

Él encogió los hombros.

«No importa», repuso de igual manera.

Miró a la cámara y luego a él, preguntándole en silencio si todavía

estaban al alcance del objetivo. Él negó con la cabeza.

Ella se movió, acomodándose, hasta deslizar la mano entre sus cuerpos. Se apoderó de su polla y colocó la punta del glande en la entrada de su cuerpo, luego comenzó a deslizarla entre sus pliegues, haciendo que él gimiera como si estuviera sufriendo un profundo dolor.

El contacto fue como un calambre; como si cada terminación nerviosa estuviera siendo adorada. La lenta y medida fricción de sus sexos parecía la suma de todas las innumerables caricias y tiernos abrazos que no se habían dado.

—¿Estás segura? —preguntó él en voz baja.

Ella arqueó las caderas, buscándole, como única respuesta. Estaba segura de que no había palabras que pudieran expresar lo que sentía en ese momento, pero imploraría si fuera necesario. Necesitaba sentir a ese hombre en su interior.

Solokov emitió un intenso suspiro y se contoneó entre sus piernas abiertas, permitiendo que el peso de su cuerpo introdujera su miembro en aquel cálido interior.

Ella alzó la pelvis, apoyándose en los codos para observar sus cuerpos. El espeso cabello del hombre caía sobre sus pechos, haciéndole cosquillas, y una gota de sudor resbaló desde su frente hasta caerle justo encima del corazón. Estaba caliente. Volvió a acariciarle la mejilla, intentando borrar las marcas, producto de la furia, y suavizar el gesto de tensión.

Él comenzó a impulsarse más profundamente. Ella jamás se había sentido tan abierta, tan vinculada y excitada. El leve dolor la hizo emitir un ronco gemido.

Él le tapó la boca con la mano y meneó la cabeza.

Ella le entendió al instante. Aquello no era un espectáculo. Era real y únicamente para ellos. Era placer robado. Le besó la palma de la mano y se arqueó otra vez para albergarle aún más. Él no le quitó la mano de la boca, imaginó que era lo mejor porque, si no, sería incapaz de contener los jadeos. La presión siguió creciendo en su interior y él se meció con ella, que se licuó por completo alrededor de la invasión. Cada una de sus embestidas lanzaba oleadas de placer a todas las células de su cuerpo.

Él le alzó las piernas para sumergirse hasta el fondo, hasta que estuvo completamente perdido en su interior. El resplandor se hizo más voraz y dulce, y todo su cuerpo ardió de placer.

Jamás se había entregado a un hombre a ese nivel. Ofreciéndose por

completo, sin guardarse nada, pero solo había sido porque no sabía que aquello fuera posible. Era como despertar después de llevar toda la vida dormida, como si viera y oyera sin cortapisas ni restricciones. Todo lo que él entregaba, ella quería devolvérselo con creces, multiplicado por diez y adorándole a la vez.

—No aguantaré mucho —murmuró él—. Lo siento.

Ella asintió con la cabeza y notó las lágrimas que le resbalaban por las sienes. Las caderas de los dos se movían en contrapunto con un ritmo ancestral, provocando un remolino de emociones que la conducía en oleadas cada vez más cerca de la cima del placer.

Se retorció, su cuerpo y su alma estaban a punto de explotar, y por fin una imparable energía la recorrió por completo e hizo que comenzara a vibrar. Luego fue él quien se estremeció, haciéndole alcanzar de nuevo el placer. Redimiéndola de toda aquella fealdad anterior.

Capítulo



BASTA ya, tío! ¿No te das cuenta de que está padeciendo síndrome de Estocolmo o algo por el estilo? Es una breve debilidad psicológica. Esta mujer está asustada y necesita algo a lo que aferrarse. Sé práctico, venga. Haz lo que te interesa».

Pero era inútil molestarse en razonar consigo mismo. Al menos mientras su cuerpo se esforzaba en hundirse en ella todo lo profundamente que pudiera. Era un rayo que lo cegaba, que iluminaba cada oscuro y escondido rincón de su mente. Estaba desesperado; rodeado de muerte por todas partes, así que lo mejor sería tomar lo que se le ofrecía mientras pudiera disfrutarlo. Era su última oportunidad.

Sí, se acostaría con ella, le daría todo lo que pedía aquel voluptuoso cuerpo que se alzaba y retorció contra el suyo. Ella le clavó los dedos en las nalgas, suplicando en silencio, y él le entregó lo que no se había atrevido a entregar a ninguna mujer; su propio deseo, perdiéndose en su interior de una manera desenfadada. Su voraz y engrosada erección la machacaba con intensa dureza.

Becca era estrecha y dúctil, le oprimía con cada embestida, y aquella embriagadora fricción le volvía loco. Le aceptaba en su interior por completo, sin preservativo y... ¡Dios!, era bueno, muy bueno. Su sexo, cálido y resbaladizo, le absorbía como si no pudiera vivir sin él.

En la habitación solo se escuchaban los sordos golpes de sus cuerpos y sus respiraciones jadeantes. Él seguía tapándole la boca con la mano, amortiguando sus chillidos. Su tiempo juntos se acababa, pero daba igual; la tensión en sus testículos era ensordecedora.

Una lejana parte de su mente le recordó que debería retirarse antes de correrse, pero fue un fugaz pensamiento que se diluyó en la nada cuando el torrente de placer rugió en sus venas.

El orgasmo fue una oleada tras otra de violentos chorros palpitantes que parecieron eternos. En cuanto pudo controlar su cuerpo, alzó sobre ella el torso húmedo de sudor y la vio aspirar aire antes de abrir los ojos

lánguidamente.

¡Oh, Dios, qué guapa era! Incluso con el rostro manchado de lágrimas y el rímel corrido. De hecho, la mancha negra solo acentuaba más su belleza, consiguiendo que el verde de sus ojos pareciera todavía más intenso.

Se apoyó en el suelo para levantarse, pero Becca todavía le rodeaba las caderas con las piernas y las tensó, reteniéndolo en su interior. No quería que se alejara.

Ella formó algunas palabras con los labios sin emitir ningún sonido.

—¿*Mmm?*

La vio humedecerse los labios hinchados, dejándolos brillantes.

—¿Quién eres? —La voz era ronca por los gritos ahogados.

Nick retiró el miembro del apretado agarre de su sexo, estaba inundado con su semilla y solo de pensarlo se le aceleró el corazón.

—Alguien de quien no deberías colgarte, nena.

Él apartó la mirada antes de que las lágrimas que anegaban los ojos de Becca resbalaran por sus mejillas y rodó a un lado, dándose un golpe contra la pared en el estrecho espacio. Clavó los ojos en el ventilador que había en el techo.

Había perdido el control; lo que era de esperar después de todo lo que había pasado, pero era evidente que su sentido de la oportunidad era pésimo.

Había tenido buenos polvos, polvos estupendos, pero jamás había tenido uno que le hiciera pensar que perdía de vista la realidad. Ni siquiera se atrevía a mirarla. ¡Joder!, si estaba a punto de echarse a llorar...

«Respira, imbécil. Concéntrate. Espira, inspira... Muy bien, así...».

Ella le tocó en el pecho y él se estremeció al sentir el contacto.

—No vayas a ponerte sentimental ahora, nena —advirtió—. Ha sido un gran polvo, pero nada más.

A aquellas palabras susurradas con brusquedad le siguió un agónico silencio. Volvió a notar aquella sensación de indefensión, como si hubiera pisado a un gatito. Lo que hacía estaba mal.

Sin embargo, ella no era una gatita. Era una broma pesada, una carga sobre sus hombros, y suponía para él la peor suerte del mundo. No había más que mirar a su alrededor para ver muerte por todas partes. Por si eso no fuera suficiente, se ponía a follar como un salvaje sobre la alfombra y estaba a punto de llorar. ¡Ni que fuera un adolescente que acabara de perder la virginidad!

Aunque si era sincero consigo mismo, no recordaba haberse puesto tan sentimental la primera vez; cuando ocurrió era un rudo chico de trece años al

que le gustaba comportarse como un cabrón. Se fumó un cigarrillo al terminar y se lo tomó con frialdad. «¡Eh, nena! No es para tanto».

Pero en ese momento no tenía esa opción. Estaba estremecido hasta los tuétanos.

Ella intentó incorporarse, pero la empujó de nuevo sobre la espalda, poniéndose él de rodillas y recogiendo la blusa y el resto de la ropa para dejarle todo en las manos.

—La función ha terminado —musitó—. Vístete antes de ponerte al alcance de la cámara.

Ella asintió bruscamente. Intentó ponerse la blusa, pero estaba tan enrollada como una media de nailon y le temblaban las manos.

El tiempo seguía pasando, no podían demorarse más. Nick le arrancó la prenda de las manos y masculló algunas coloridas imprecaciones en diferentes idiomas eslavos mientras intentaba desenredarla.

Entonces se la pasó por la cabeza y se la bajó por el torso. Ella se contoneó para que le bajara y le apartó las manos de un manotazo cuando él intentó colocar sus pechos por debajo de la diáfana tela al ver que los pezones asomaban por el escote por no haberse puesto el sujetador.

Luego se contorsionó sobre la alfombra como si fuera una *stripper* para hacer que los vaqueros subieran por las caderas. Pero tenía la piel húmeda y no se deslizaban bien. Se los bajó para comenzar de nuevo.

Él no supo lo que estaba haciendo hasta que vio que sus manos, como si tuvieran voluntad propia, se apoyaban en las rodillas de Becca para separárselas. Quería mirar su sexo.

Becca se resistió, pero se quedó paralizada ante el sordo gruñido animal que salió de su garganta. Un sonido que decía a todas luces «tengo derecho y pienso mirar».

Ella puso las manos sobre las de él, tensa como un cable de acero, pero le permitió estudiarla.

Su ya agotada polla volvió a la vida y comenzó a ponerse dura de nuevo ante la imagen. El sexo de Becca era tan hermoso como el resto de su cuerpo; un milagro de la naturaleza al nivel de las puestas de sol, las flores o los cielos llenos de estrellas. Quedó impreso en su retina. Sus dedos ya lo conocían y también su miembro. Y a pesar de que él era un experto en cuerpos femeninos, el de esa mujer le conmovía más allá de lo que creía posible.

Sabía que no tenían tiempo para eso, pero no podía dejar de admirar los brillantes y empapados rizos castaños que protegían su sexo o la pálida piel

de sus muslos. La estrecha abertura estaba rodeada por los rosados pliegues interiores y estos se oscurecían hasta alcanzar un provocativo tono carmesí. Se inclinó para inhalar su esencia, que estaba mezclada con la suya propia; estaba impregnada con su semen y saberlo le detuvo el corazón. Jamás había visto algo parecido porque siempre había tenido mucho cuidado en su vida sexual. No quería tener problemas ni repercusiones posteriores, lo que le convertía en un firme adepto a los preservativos.

La imagen tuvo un extraño efecto sobre él. Notó una opresión en el pecho y un clamoroso vacío en su interior. Quería lamer aquel sexo, chuparlo y saborearlo hasta que ella gritara de placer. Esa mujer le hacía caer en una vorágine y él jamás había sentido nada igual. Quería más. Horas y horas de sexo con ella; sin embargo, no disponían de horas, ni siquiera de minutos.

Le soltó las rodillas, que ella cerró de golpe; como si fueran las mandíbulas de un cepo. La ayudó a ponerse en pie sobre las inestables piernas y, a su vez, se subió los vaqueros.

—Ahí está el cuarto de baño —informó—. Por si quieres asearte.

Ella recogió su ropa y se apuró hacia el lugar que él señalaba. Solo cuando desapareció de su vista, él se dejó caer sobre la cama, alucinado. Escuchó el agua de las cañerías mientras pensaba que necesitaba un plan. Tenía que pensar en algo lo más rápido posible, pero su mente no hacía más que internarse en callejones sin salida.

«Sigue intentándolo, imbécil. Busca una salida. Piensa algo, ¡joder!».

La oportunidad que buscaba para introducirse dentro de la organización de Zhoglo se había ido al carajo sin remedio. No había logrado establecer ninguna estrategia inteligente, ni conseguido colocar micros o localizadores en Zhoglo o alguno de sus hombres. Tampoco había sido capaz de averiguar qué estaban haciendo allí.

Lo peor es que ni siquiera había obtenido algún dato que le sirviera para localizar a Sveti y no le quedaba más remedio que retirarse. Ahora lo único que primaba era su propia supervivencia.

Becca no sobreviviría ni a una noche en aquel nido de serpientes. Iban a comérsela viva.

«Si no tienes cojones para hacer todo lo que Zhoglo te pida, eres hombre muerto. Y si los tienes, estás sentenciado».

Las palabras de Tam resonaron en su cabeza. Tuvo la certeza de haber alcanzado un punto en el que estaba lo suficientemente muerto por dentro como para llegar al final, que le daba igual morir. Estaría dispuesto a lo que fuera,

incluso a ser sentenciado, pero ahora...

Escuchó voces en el cuarto de baño... ¿Qué coño pasaba allí?

Se levantó y no tardó ni un instante en abrir la puerta.

Becca se encontraba arrinconada contra la pared. El grifo del bidé estaba abierto y el agua burbujeaba en él antes de desaparecer por el desagüe. Pero lo que llamó su atención fue el voluminoso cuerpo de Zhoglo ante el umbral de la puerta que comunicaba con el pasillo. Notó de refilón que por las piernas femeninas resbalaba una capa de espuma que formaba un charco en el suelo alrededor de sus pies. La chica miraba al mafioso como si fuera un escorpión gigante.

Él miró primero a uno y después a la otra como si fuera imbécil. Sí, bien, ¿y ahora qué? ¿La rescataba? Quiso hacer desaparecer de la faz de la tierra a aquel cruel pedazo de mierda. No solo por la protuberancia que lucía en los pantalones, sino también por la sonrisa que deformaba su rostro, abotargado y prepotente.

Pero era consciente de que había una cámara en el cuarto de baño y cuatro matones armados hasta los dientes en el piso de abajo. Sí, podía matar a Zhoglo con sus propias manos, pero aun suponiendo que logaran saltar desde la terraza al suelo sin romperse algo, Becca no tenía zapatos. Les acribillarían a balazos antes de que recorrieran veinte metros.

—Un espectáculo magnífico —aseguró Zhoglo con voz engolada—. Tu orgasmo en particular —le dijo a Becca— me resultó muy real. Por favor, continúa aseándote, podría pasarme la vida mirando a una mujer hermosa con la mano entre las piernas. Venga, termina.

Ella cerró el grifo.

—Gracias, ya lo he hecho —afirmó con frialdad—. Solo me falta secarme. Si me disculpan, caballeros...

Nick se quedó anonadado ante tal muestra de coraje, y notó que Zhoglo también estaba sorprendido. De hecho, el mafioso la miró fijamente durante unos segundos antes de acercarse al toallero y tenderle la toalla.

—No, no te disculpo.

Las mejillas de Becca adquirieron un profundo color rosado, pero notó la amenaza subyacente en su voz y no dijo nada, solo se limitó a estirar el brazo hacia el lugar donde había puesto la ropa interior y los vaqueros.

Zhoglo los apartó de su alcance y se puso a estudiar las bragas blancas de algodón; las llevó a la nariz antes de metérselas en el bolsillo.

—No, querida. Estás encantadora tal y como estás —aseguró, colgándose

los pantalones en el brazo.

Ella miró al hombre, y de pronto cambió de expresión para dirigirle una sonrisa muy profesional.

—Muy bien. Me gustaría preguntarle, señor, si prefiere café o té para la merienda. ¿Le gustaría acompañarlos de tarta de caramelo al ron o prefiere *mousse* de limón?

«¡Guau!». Muy bien pensado. Ojo por ojo... Nick quiso ponerse a aplaudir.

Zhoglo se frotó la barbilla.

—Café... con leche. Y quiero probar los dos dulces.

—Gracias —repuso ella decorosamente—. Entonces será mejor que me ponga a ello. La cena también llevará su tiempo. Disculpe. —Pasó junto a él para internarse en el dormitorio. Escuchó sus pasos apresurados sobre el suelo y esperó que no saliera corriendo. Sabía que la peor manera para hacer que un depredador entre en acción era comportarse como si uno fuera su presa.

Zhoglo y él se miraron de frente.

—La estás entrenando de una manera inmejorable —le felicitó Zhoglo, volviendo a hablar en su lengua materna.

«¿Para qué, cabrón?». Le dolió la mandíbula por la fuerza que tuvo que hacer para mantener la boca cerrada.

—Mmm, es bastante fogosa, ¿verdad? —Zhoglo entrecerró los ojos para estudiar los rasguños que tenía en la cara—. Me sorprende tu sangre fría. Si una mujer me hiciera eso, le daría tal paliza que no volvería a parecer humana.

«Cabronazo, tú jamás has sido humano».

Se tragó las palabras y sonrió de manera sutil.

—Apenas me di cuenta —aseguró, volviéndose hacia el lavabo para lavarse la cara—. Mi única intención es que disfrutes de buenas comidas. Yo no sé cocinar.

—Tal preocupación por mi bienestar me conmueve. Aunque sé muy bien que un hombre puede ser muy generoso con todo el mundo cuando acaba de tirarse a una mujer hermosa, ¿no opinas igual?

—Tus deseos son órdenes —afirmó.

—Y esta orden ha sido difícil de cumplir, ¿verdad? —ironizó—. Lo cierto es que parecías entusiasmado.

Sabía que cualquier cosa que dijera podía hacer que acabara abierto en canal, así que mantuvo la boca cerrada.

—Eres blando, Arkady —se burló Zhoglo.

Nick señaló el dormitorio con un gesto de barbilla.

—¿Te he parecido blando? ¿De veras?

El mafioso clavó los ojos en él como si fuera un insecto que quisiera pinchar con un alfiler.

—Te responderé después de que vea la grabación. Le he pedido a Kristoff que lo grabe. Quizá te gustaría verlo conmigo.

Notó un hormiguelo en la nuca.

—No, gracias. Recuerdo perfectamente cada detalle de lo ocurrido.

—Sabes por qué insisto en tener ojos y oídos en todas las habitaciones, ¿verdad?

Él meneó la cabeza.

—No, Vor.

—Me ofrece seguridad. Anula cualquier tipo de incertidumbre —explicó—. No necesito preguntarme si me están espionando o no. Así no doy pie a que haya errores. Mis hombres no meten la pata. Y además está el otro aspecto, el del entretenimiento. —Él asintió con la cabeza—. Bien... Creo que ha llegado el momento de que tengamos una conversación —ordenó Zhoglo veladamente—. Acompáñame mientras tomo el café. Quiero saberlo todo sobre ti, Arkady Solokov. Hasta el último detalle.

Dos horas después se sentía como si le hubieran aplastado el cerebro con un martillo. Aquel tipo era un hijo de puta implacable, un interrogador letal. Aunque no podía decir que le cogiera por sorpresa.

—Venga, come un poco más. —Zhoglo empujó el platito hacia él por encima de la mesa—. Háblame otra vez sobre esos años con tío Dimitri en Debaltseve.

Él bajó la mirada y cortó un trozo de tarta de caramelo al ron. Quizá le viniera bien un poco de azúcar.

—Fue en Donetsk, no en Debaltseve —corrigió—. Trabajé para él durante seis años. Luego me envió a Estados Unidos para supervisar las exportaciones. En el noventa y tres me consiguió una tarjeta de residente. Llevo viviendo aquí desde entonces.

Zhoglo entrelazó los dedos sobre su abultado vientre.

—¿Traficando con armas?

—Entre otras cosas. Drogas, chicas... —añadió él con tono cansado.

—¿Cómo dijiste que se llamaba su mujer? ¿Margaritka?

—Magdalena —rectificó antes de limpiarse las migas.

Observó que Zhoglo miraba a Pavel, que estaba detrás de él con un rifle

automático entre los brazos que dirigía hacia su cabeza.

—Pavel, ¿no es de Donetsk tu mujer? Ya sería casualidad que fuerais familia, pero es que el mundo es un pañuelo.

El hombre encogió los hombros con indiferencia.

—Es posible —dijo Nick—. No lo sé. Hace más de una década que no voy por allí.

—La tuya es una historia interesante, Arkady —pronunció Zhoglo lentamente—. Coherente, posible en cada detalle. Pero te confieso que todavía hay cosas que me desconciertan.

Él se obligó a concentrarse a pesar del dolor de cabeza.

—¿Cuáles, Vor?

Zhoglo entrelazó los gruesos dedos y frunció el ceño.

—Encuentro ciertas sutiles diferencias entre el hombre que describes y el que tengo delante.

Él respiró hondo. Muy bien, ahí estaba; iba a morir. Ya se había hecho a la idea antes de que apareciera Becca y le derratiera el cerebro. Las preocupaciones son lo que encadenan a un hombre, la indiferencia, sin embargo, proporciona libertad.

Calculó el ángulo en el que estaba situado el cañón del arma que portaba Pavel mientras evaluaba varias salidas suicidas, buscando una que le ofreciera la oportunidad de matar a aquel sucio bastardo antes de ser él quien muriera.

—Pareces un ser sereno, frío, racional e inteligente. Sin embargo, a tu edad deberías haber conseguido más en la vida... ¿Cuántos años tienes, Solokov?

—Hago treinta y siete el ocho de abril —repuso.

—Así que treinta y siete... Lo normal es que fueras ya un *pakhan* por derecho propio —elucubró, utilizando la palabra que se usaba en ruso para describir a los jefes de la mafia—. Que tuvieras tu propio territorio en el panorama internacional. No me encaja que seas un simple intermediario en el tráfico de armas y un traficante de drogas de poca monta. —Zhoglo chasqueó la lengua y clavó en él aquellas extrañas pupilas grises con los párpados entrecerrados—. Y ahora llegamos a la presencia de esa mujer en la isla... No encaja en la idea que me había hecho sobre tu inteligencia.

Él ensayó una mirada de arrepentimiento. La de alguien que había cometido un error.

«Interpreta bien tu papel», se dijo a sí mismo.

—Fue una estupidez —admitió—. Te ruego que me perdones.

—No volverás a tener la oportunidad de pedirme perdón —advirtió Zhoglo.

—Lo sé. No lo haré. —Y hablaba en serio.

—Es algo que me tiene muy confundido —prosiguió Zhoglo—. No entiendo que la hayas traído sabiendo que jamás saldrá de aquí. Doy por hecho que ya tienes preparado algo para explicar su desaparición.

Nick intentó tragar saliva, pero se le había quedado la boca seca.

—Ah... *er...* Claro... Pero estarás conmigo en que ella es especial.

—Considerando que es la que tienes disponible, me sorprende tal muestra de sentimentalismo por ella —filosofó Zhoglo.

Él se aclaró la voz, y apretó la taza para ocultar el temblor de sus manos. Así que aquella función sexual no había sido suficiente. Aquel hijo de puta quería ver correr la sangre.

—No es exactamente mi tipo —aseguró con indiferencia—. Me calenté, eso es todo. Lo cierto es que me ha sorprendido incluso a mí, y era importante tenerla contenta para que estuviera dispuesta a trabajar bien. Como ya te he dicho, Vor, quería que disfrutaras de buenas comidas.

—Sí, sí, tu preocupación por mi bienestar ha sido notable, incluso así... —Zhoglo deslizó la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una cajetilla de cigarrillos, tomó uno y se la tendió a él con una sonrisa benevolente—. Venga, Arkady, coge uno. Pareces muy tenso.

Él encendió un pitillo y aspiró una bocanada que le abrasó los pulmones.

Becca entró en ese momento con una jarra llena de cerveza. La vio inclinarse por encima del hombro de Zhoglo y realizar algunos rituales dignos de una geisha. El sonido del líquido al caer en la copa de aquel hijo de perra parecía casi sensual. Tuvo que apretar los dientes cuando ella rodeó la mesa y le agasajó con el mismo tratamiento.

Los pechos se balanceaban bajo la frágil tela, olía a violetas... ¿Por qué tenía que ser tan jodidamente atractiva? Todos los hombres en la estancia clavaron los ojos en ella y siguieron su camino hasta que cerró la puerta.

- *Mmm* —murmuró Zhoglo—. Me encanta ese aire de inocencia. Es todo un atractivo natural, aunque dure tan poco tiempo. Siempre es agradable ser testigo de cómo una mujer aprende cuál es su verdadero lugar. Espero con interés la caída de esta.

El humo le estaba dejando un amargo sabor en la boca, como si hubiera tragado tierra. Tosió.

—Debes ocuparte de que la cocinera esté presentable hasta esta noche —

informó Zhoglo—. Vendrá un invitado desde Shepherd's Bay. Me gustaría que nos preparara una cena para dos a las siete y media.

—¿Es necesario que vaya a recoger a tu invitado, Vor? Si quieres...

—Yevgeni se ocupará —le rechazó Zhoglo con suavidad—. Becca dará a la situación el toque justo de decadencia. Me gusta verla medio desnuda, y estoy seguro de que mi invitado también disfrutará. Se la ofreceré a él primero, cuando todavía esté fresca y dócil. Es de buena educación compartir, ¿no crees?

Él se atragantó y tosió otra vez.

—Por ahora, tus deberes serán muy sencillos —continuó Zhoglo—. Hasta que sepa exactamente a qué atenerme contigo, te ocuparás de poner la mesa, picar verdura y pulir la plata. Y, por supuesto, de los espectáculos de sexo en vivo.

Él tragó saliva.

—De acuerdo, Vor.

—Y ya que hablamos de espectáculos de sexo, estaba arrepentido de no haber organizado entretenimiento sexual para mi socio, pero mira tú por dónde, mis deseos se verán realizados. Todo ha resultado muy conveniente; Becca será la compañía ideal para mi invitado.

Él asintió con la cabeza.

—Me alegro de haber sido útil.

—Sin embargo, después de que él se vaya, ya no será necesario... ¿cómo lo diría? ¿Que la chica esté en buenas condiciones para trabajar? Nos iremos mañana por la mañana, así que creo que podremos hacer buen uso de ella antes de despacharla. Mis hombres se excitaron con tu función; han estado encerrados en un barco durante días, sin encontrar más satisfacción que la de su propia mano.

Aturdido, se obligó a hablar.

—¿Y el desayuno, Vor?

Zhoglo encogió los hombros.

—Me he sentido tentado a esperar hasta después del desayuno, sabe lo que se hace con los huevos, pero he decidido que será más conveniente concluir el asunto esta noche. Hasta yo soy capaz de privarme de algo de vez en cuando.

—Entiendo —dijo él.

—Serás tú quien haga los honores finales. Me da igual el método que uses. Grabaremos todo el procedimiento, por supuesto. ¿Cómo habías pensado

deshacerte del cuerpo?

Él volvió a aclararse la voz.

- *Er...*

—Ya veo. No tienes ningún plan —adivinó Zhoglo—. Ahora entiendo por qué no has progresado en la vida; piensas con la polla.

—No, tengo un plan.

—Estás muy pálido —observó Zhoglo con una mirada especulativa—. ¿Te has encariñado con la chica?

Él encogió los hombros.

—No, pero es una cocinera estupenda. Me parece un desperdicio matarla.

—Pues deberías de haberlo pensado antes de traerla —le amonestó Zhoglo—. Pero me alegro de que la pérdida vaya a resultarte dolorosa, no se puede tener algo a cambio de nada, ¿no crees? Es necesario un sacrificio para conseguir algo valioso; hace que aprecies realmente lo demás. Mi crédito y mi confianza tienen un precio, Arkady. Un valor incalculable.

—Sí, Vor —masculló entre dientes.

—Pues ya sabes cuál será tu sacrificio —se burló—. Considéralo como una ceremonia de iniciación. Cuando acabe la noche serás uno de los nuestros —Zhoglo se inclinó y le dio una brusca palmada en la espalda. Le pareció que la mano pesaba tanto como si fuera de cemento—. Ya verás —le animó el mafioso—. Valdrá la pena.

Capítulo

9



BECCA pensó que si se mantenía centrada en una tarea, absorta en lo que estaba haciendo y en nada más, sumergida en una constante actividad, podría conseguirlo.

Hacer la salsa para marinar. Adobar la carne con pimienta y hierbas aromáticas. Cortar los rabanitos. Picar perejil, desechando la parte amarilla. Pelar y cortar las zanahorias hasta darles la forma uniforme de una bala...

No, esa era una mala imagen. Nada de balas. Arrancó de nuevo el engranaje mental, buscando otra vez aquel delicado equilibrio que había conseguido antes. Muy bien, concentrada... en la tarea que se traía entre manos.

Venga, venga, venga, tenía que cocinar una comida fabulosa mientras un hombretón de ojos implacables la apuntaba con una pistola y otro la miraba como si quisiera comérsela. Sí, *don Enorme* la acompañaba.

Y mientras tanto, la amplia blusa campesina de Marla se había transformado en una prenda provocativa que apenas le cubría las nalgas. Se le transparentaban los pezones, lo mismo que el vello púbico. Para lo que le cubría... le daría igual llevar puesta una boa de plumas y unas borlas en los pezones. Se le cayó un diente de ajo y miró fijamente al suelo; no quería agacharse y mostrar el trasero desnudo cuando lo recogiera.

¡Oh, Dios! ¡Cómo echaba de menos sus bragas!

Fue *don Enorme* quien recogió el diente de ajo. Él no hacía más que meter la pata; no le salía nada a derechas y le hacía perder un tiempo precioso, pero ni se le pasaba por la cabeza decirle que se fuera. Si se marchaba, ella comenzaría a gritar; era su único aliado en aquella casa del horror, así que le encargó las labores más fáciles de realizar. Era la manera de mantenerle cerca. Ya se había dado cuenta de que sus ojos mostraban una mirada

inexpresiva y letal, que tenía los labios apretados; era el mismo aspecto que mostraba antes de arrastrarla al piso de arriba y...

No, no iba a dejar que sus pensamientos fueran en esa dirección, en especial cuando aquel otro hombre esperaba su cena en el salón como si fuera una gorda araña peluda.

Lo cierto es que se le daba bastante bien ignorar las cosas terribles. Había recibido un buen entrenamiento cuando su padre se puso enfermo; entonces ella tenía doce años.

Revivir aquel episodio de su vida hacía que en su mente estallara un griterío; que le aullara «¡No! ¡No! ¡No!», y aquello no era beneficioso para su actual estado de ánimo. Pero en aquel momento controlar su estado de ánimo estaba a años luz de sus posibilidades. Su cordura pendía apenas de un hilo.

Justo igual que entonces. Conocía muy bien las emociones que la atravesaban: pena, miedo... Eran sensaciones difíciles de ignorar. Aquel no era el momento más adecuado para pensar en los viejos tiempos, pero su vida pasaba a toda velocidad ante sus ojos sin que ella pudiera evitarlo; como si fuera a dejar de existir en cualquier momento.

Vale, de acuerdo. Recuerda...

Su madre se había concentrado en cuidar de su padre hasta tal punto que pareció olvidarse de que tenía hijos.

No la culpaba por ello. Ella era la mayor de los tres hermanos; llevaba nueve años a Josh —que entonces tenía tres— y diez a Carrie. Fue la que tuvo que ocuparse de hacer la comida, ir a la compra y cambiar pañales. Se encargó de bañar a sus hermanos, arroparles o calentar los biberones de Carrie; quitar la corteza de las tostadas de Josh y entretenerlos para que no molestaran.

Muy pronto descubrió que estar tan ocupada era lo mejor, así no tenía tiempo para pensar en que su padre reposaba en la cama, a pocos metros, con un gotero de morfina y aquella mirada perdida en los ojos que indicaba que la dosis no era lo bastante alta. Pensar en escaras, orinales u olor a desinfectante estaba fuera de su alcance. Lo mismo que reparar en la ojerosa y preocupada cara de su madre.

Se concentró en comprar cereales de avena para que Carrie creciera o en hacer sándwiches de mantequilla de cacahuete y huevos revueltos para Josh. En lavar la ropa y los platos, en sacar la basura; en estar ocupada a todas horas. Y aquella estrategia ayudó. Realmente funcionó.

Después de que su padre muriera, ella ya estaba demasiado perdida en

aquel hábito frenético de mantenerse ocupada como para poder detenerse. Y fue una suerte, porque su madre se derrumbó en cuanto su padre falleció. Quedó tan agotada que no fue capaz de mover un dedo para ocuparse de ellos.

Todas las responsabilidades cayeron sobre Becca. Aprendió a rellenar cheques y pagar facturas con doce años. Cuando cumplió los trece, conoció de primera mano cuáles eran las consecuencias de olvidarse de pagar los impuestos durante dos años. Se deshizo de los acreedores como pudo, ocupándose ella misma de las cuentas bancarias para que su madre no recibiera ningún aviso que la arrancara de su llorosa borrachera.

Cuando su ánimo estaba en los momentos más bajos, se sentaba en la cama y pensaba en el gotero y en las cápsulas de morfina que todavía permanecían en algún lugar de la casa. Su padre había hecho acopio de un montón de dosis antes de que su enfermedad se agravara. Podían ser letales y nunca había llegado a usarlas.

Había registrado la casa cuando su madre no estaba con la esperanza de dar con ellas y poder arrojarlas a una cloaca, pero sus esfuerzos fueron en vano. Las cosas ocurrían sin que importara si se estaba preparada para ellas o no. Nada podía detenerlas. Eran inexorables.

El escondite en el que su padre ocultó las dosis no había sido tan difícil de encontrar, después de todo. Por lo menos para su madre, que terminó ingiriendo la morfina, Becca era ya experta en un montón de cosas, y una de ellas era ver la vida desde el punto de vista de los demás.

Entendía la desesperación de su madre; los problemas de Josh y sus peleas en el colegio; la dependencia de Carrie, que se orinaba en la cama y tenía pesadillas y ataques de ansiedad. Comprendía la acuciante necesidad por parte del banco de ejecutar la hipoteca, los préstamos debían pagarse. Así era como funcionaba el mundo.

Comprendió a sus familiares; era lógico que ninguno quisiera hacerse cargo de las complejas finanzas de los tres huérfanos ni de darles consuelo.

Incluso comprendió a la compañía de seguros, cuando la informaron de que la póliza no tenía vigencia en caso de suicidio.

Bueno, cualquier persona razonable se daría cuenta de todo aquello y ella era una persona razonable. Fue razonable cuando abandonó la universidad a pesar de la beca que le ofrecieron. Resultó halagador disponer de ella, pero solo alcanzaba para abonar la matrícula y no proporcionaba un techo para Josh y Carrie ni les daba de comer. Tampoco pagaba el pediatra, la ropa, los zapatos ni ninguna otra cosa.

Sí, comprendía a todo el mundo, salvo a sí misma. Porque ella no tenía punto de vista; no podía permitírselo. Era un camino que no podía seguir; le aterraba lo que pudiera encontrar al final.

De todas maneras, recordar todo aquello no la ayudaba en ese momento. Observó de reojo al tipo que sostenía el arma; seguía mirándola de manera lasciva. Le vio relamerse al tiempo que llevaba la mano a los testículos.

¡Oh, Dios! Notó el estómago revuelto.

No sabía cómo enfrentarse a aquello, cómo seguir avanzando. La realidad era horrible, no podía ser peor. La misma que el día que encontró a su madre muerta en el suelo del dormitorio.

Lo que había sucedido en el segundo piso con *don Enorme* había hecho caer sus defensas. A pesar de que eran una muestra de su debilidad, eran todo lo que tenía. Sin embargo, habían desaparecido. Los colores que la rodeaban eran demasiado brillantes; los ruidos, muy estridentes y fuertes o, por el contrario, demasiado tenues. Las caras de los hombres que la acompañaban en la cocina resultaban amenazadoras; estaban dibujadas por unas sombras afiladas como cuchillos, negras como la tinta. Y alcanzaba a ver un horrible futuro en las profundidades de sus ojos.

—Concéntrate en lo que estás haciendo —le susurró *don Enorme*, tendiéndole un pedazo de papel de cocina—. Sécate la cara y deja de gemir. Prepárate para servir el vino y los aperitivos.

¿Gemir? ¿Sería memo! Se secó los ojos y apretó el trozo de papel contra la boca. La cólera ayudaba y él lo sabía.

Él metió la mano en el bolsillo y sacó... su pintalabios rosa. ¡Vaya sorpresa!

—Ha llegado la hora de la función. Intenta no desmayarte, ¿vale? —Quitó la tapa al pintalabios y se lo tendió. Ella se maquilló con mano temblorosa; notó que el objeto conservaba el calor del cuerpo masculino.

Él la estudió con la cabeza ladeada y tiró del escote de la blusa para cubrirle los pezones y que no asomaran por el borde. Ella le sujetó la mano.

—Por favor, no lo hagas —le pidió—. Si se sube, se me ve el...

—¡Joder! —Miró con el ceño fruncido el vello público que quedaba ahora a la vista.

—Como puedes darte cuenta, es una cosa o la otra —se rio con histerismo.

Él soltó alguna grosería en aquel lenguaje desconocido y puso en sus manos la bandeja con un decantador de vino, copas y aperitivos.

Las piezas de cristal chocaron entre sí de manera ruidosa. Él le cubrió las manos con las suyas para que dejaran de temblar. Sus dedos eran cálidos y fuertes.

Luego la hizo girar en dirección al comedor. Se detuvieron al llegar a la puerta, donde él se inclinó para besarla con rapidez en la mejilla.

—Sé prudente —murmuró—. Y sonríe, ¡joder!

Abrió la puerta y le dio un empujón que la hizo tambalearse. Ella curvó aquellos labios rosados y brillantes sintiéndose como una muñeca de trapo. Arqueó los dedos de los pies sobre la moqueta para mantener el equilibrio. Un sudor frío le resbalaba por la espalda y se le había puesto la piel de gallina.

Alguien se había encargado de encender unas velas que iluminaban tenuemente la oscuridad. Tenía los ojos anegados de lágrimas, un hecho que, unido a su miopía, provocaba que apenas pudiera ver a los dos hombres sentados ante la mesa. Las lágrimas se condensaban en los puntos de luz para formar un brillante borrón. Cerró los ojos con fuerza, haciendo que resbalaran por sus mejillas, pero no pudo enjuagarlas por culpa de la bandeja que llevaba en las manos.

Cuando se acercó, los hombres ocuparon su borroso campo de visión.

«Sonríe, ¡joder!».

Podía hacerlo. Sonreír y actuar con alegría aunque se estuviera muriendo por dentro era algo que se le daba realmente bien, aunque en el fondo no estaba segura de que esa fuera una cualidad de la que debiera sentirse orgullosa. Sin embargo, no podía negar que resultaba muy útil en aquel momento.

Los dos tipos dejaron de hablar cuando se acercó a la mesa. Sintió un breve vértigo antes de que una especie de energía la inundara por dentro. No podía llamarla coraje, en realidad era un mecanismo que se ponía en marcha de manera automática, como un generador de emergencia durante un apagón. El modo «a prueba de fallos», sin adornos ni superficialidades.

Dejó la bandeja en el aparador y brindó una amplia sonrisa a los tipos sentados ante la mesa.

Puso las copas sobre la superficie y sirvió el vino con una elegancia fruto de la práctica. Gestos automáticos adquiridos durante los años que había trabajado como camarera y en los servicios de catering. Echó una mirada de reojo al invitado de la araña cuando le ofreció el vino; él no se dio cuenta, estaba demasiado ocupado mirándole las tetas.

Era un hombre educado y fino; por su aspecto podría ser miembro del

club de campo en el que ella trabajaba. Debía de rondar los cincuenta años y era guapo y distinguido. Sienes plateadas, dientes blancos, bronceado impecable... Rezumaba privilegios por los cuatro costados.

—¿Qué nos has preparado, querida? —preguntó la araña.

Ella sonrió sin parar mientras servía los aperitivos.

—Comenzaremos con cuatro brochetas diferentes, acompañadas por un variado surtido de embutidos y quesos italianos. Seguiremos con calabacín al horno con menta y limón, berenjenas gratinadas, champiñones dorados y pimientos rellenos. Luego habrá obleas con fino fiambre de *capicollo* piemontés recubiertas con hojas de rúcula, todo regado con el mejor aceite *pugliese*. A continuación degustarán unas rebanadas de salami calabrés...

Exagerar y decir banalidades gracias a los conocimientos que poseía de buena mesa era un hábito muy arraigado. Agradeció los años que había pasado sirviendo mesas en restaurantes caros, gracias a los cuales había sido capaz de elaborar aquel banquete y ganar algo de tiempo.

O quizá no. Observó la lujuriosa mirada que ardía en los ojos de la araña.

Cuando se dirigió a la puerta, fue muy consciente de la mirada que aquellos hombres clavaban en su trasero, en la curva inferior que sobresalía por debajo de la blusa floja. Tuvo que recurrir a todo su control para caminar con lentitud.

La puerta se cerró a su espalda y se apoyó en ella para tomar aire.

El tiempo transcurrió lentamente mientras progresaba la cena o, al menos, eso pareció. La labor resultó más fácil, incluso llegó a adquirir un aire de aparente normalidad... si no tenía en cuenta la carencia de ropa interior, al mal encarado guardia armado y al resto de lo que le había ocurrido ese día.

Sordos fragmentos de la conversación que los hombres mantenían traspasaban las barreras que el miedo y la tensión habían levantado en su cerebro.

Aquellos dos tipos no hablaban de asesinatos, tráfico de drogas ni ninguna ilegalidad por el estilo.

Recordó los titulares que había visto en Internet el día anterior, ¿maníacos sexuales invadiendo el noreste del Pacífico? No, nada de eso.

La araña y su invitado departían sobre política mundial, economía, gas natural, el mercado bursátil. Pero según fueron consumiendo vino, comenzaron a mirarla de una manera que la hacía encogerse de terror.

Casi dejó caer una loncha de carne en la copa de la araña cuando este le

clavó los dedos en un glúteo. Tenía la mano caliente y pegajosa cuando subió los rechonchos dedos para deslizar la blusa y exponer por completo su trasero.

—¿Es hermosa, verdad? —comentó con su invitado—. Mira qué culo. Es perfecto. Redondo, suave como pétalos de rosa.

Ella se había quedado paralizada. Las náuseas aparecieron cuando aquellos húmedos dedos siguieron la hendidura entre sus nalgas. Hurgando e internándose entre ellas.

—Mucho. —El invitado de la araña emitió una risita. Fue el sonido prepotente de alguien que estaba familiarizado con aquel tipo de situación.

Becca cometió el error de mirarle a los ojos, lo que le hizo contraer los labios con un rictus doloroso. Aquel hombre en realidad no la veía, a pesar de estar mirándola directamente a la cara. En sus ojos brillaba un cierto interés especulativo cuando alzó la copa hacia la araña.

—Por la belleza —brindó antes de tomar un sorbo.

—Por los deseos satisfechos —añadió la araña. Bebieron los dos al unísono.

La araña apretó los dedos.

—¿Te has convertido en una estatua, querida? Sírveme ese trozo de carne y llena la copa de mi invitado.

Ella sirvió vino en la copa y se lo ofreció, observando que el hombre tenía una brillante alianza matrimonial en el dedo correspondiente. ¡Menuda babosa! Como antes, la furia la hizo concentrarse. Cubrió de salsa la carne, imaginando que en vez de verter el espeso líquido escupía sobre ella. La araña subió la mano al escote de la blusa y lo bajó para que asomara uno de sus pezones. Ella perdió el control un momento y dio un paso atrás.

—Perdón. Debo ir a buscar la... la fruta.

En cuanto la puerta se cerró a su espalda, corrió tapándose la boca. Y tropezó contra un muro de ladrillos inamovible que resultó ser el torso de *don Enorme*. Él la sostuvo por los hombros.

—Por favor, apártate —jadeó, sin apartar la mano de la boca, antes de que él empezara a reñirle—. Voy a vomitar. Déjame pasar, por favor.

Él le rodeó los hombros con un brazo y la condujo hasta una terraza lateral.

Llegaron justo a tiempo. Ella se inclinó sobre la barandilla metálica y echó hasta la primera papilla, junto con el medio sándwich y el café que *don Enorme* había insistido que tomara.

Se mantuvo allí, aferrándose al pasamanos como una muñeca de trapo

mientras escupía una larga secuencia de babas y bilis. Le lloraban los ojos y un espeso fluido le bajaba por la nariz, mientras mostraba su culo desnudo a quien quisiera mirarlo. Aunque en ese momento eso era lo que menos le importaba.

Una cálida mano en el hombro la hizo darse la vuelta. Se trataba de nuevo de *don Enorme*, que le tendía una toallita húmeda para que se limpiara la cara.

—No p-p-uedo volver a-allí d-dentro —tartamudeó—. Tengo mucho miedo.

—Tienes que hacerlo. —Su expresión era de pura determinación. Dura como la piedra.

Ella apretó la toallita contra sus labios temblorosos e intentó tomar aire suficiente para hablar, para intentar que comprendiera.

—No lo entiendes —comenzó—. Ese hombre no hace más que tocarme las nalgas, las caderas, los muslos... Creo que quieren... que van a...

—Becca, estoy tratando de ayudarte —razonó él, cogiéndola por los hombros y mirándola como si quisiera grabar cada palabra a fuego en su cabeza—, pero todavía no es el momento. Tienes que volver allí. Necesito un poco más de tiempo.

Ella permaneció en silencio a pesar de que temblaba de miedo.

—¿Quieres seguir viva? —siseó él.

Ella le miró a los ojos y articuló una única palabra.

—Sí.

—Pues necesito que ganes tiempo para mí. Sirve la fruta, el café, el postre. Mantente alerta y ten los ojos bien abiertos. Estate preparada para cualquier cosa. Y sea lo que sea lo que me veas hacer, no grites. ¿Lo has entendido?

Esperó unos segundos, pero ella no dijo nada, así que le sacudió los hombros.

—¿Lo has entendido? —repitió.

—Lo he entendido —pronunció en un titubeante susurro.

Él le quitó la toallita húmeda de la mano y se la pasó por la cara, deteniéndose bajo los ojos. Ella se sintió como una inocente gatita que estuviera siendo lamida y baboseada por la lengua de su madre.

Don Enorme le retiró el pelo de la cara húmeda, la hizo girar sobre sus talones y la empujó hacia la puerta.

—Vamos a terminar con esto.

Ella arrastró los pies como un robot hasta la cocina, donde recogió la

fruta y la *crème* con la que la acompañaría. Su cabeza no dejaba de dar vueltas como un tiovivo, luchando por aferrarse al resquicio de esperanza que él le había mostrado.

¿Estaba tratando de ayudarla? Aquello era una buena noticia. ¿Quería que ganara tiempo? ¿Eso significaba que debía consentir que aquellos hombres se acostaran con ella? Trastabilló en el pasillo solo de pensarlo. ¿Podría... podría salir de allí con vida ella sola?

No.

Abrió la puerta del comedor bruscamente mientras ponía de nuevo en marcha el generador de emergencia. «¡Sonríe! ¡Sonríe!», se repitió para sus adentros una y otra vez. Los latidos de su corazón retumbaban en su mente.

Comenzó a servir la fruta con elegante experiencia. Un despliegue de piña por aquí, unas fresas brillantes por allá, rodajas de mango, pirámides de frambuesas... Vertió la *crème* sobre los pequeños trozos, dejando un montoncito a un lado. Con un leve giro de la cuchara vertió mermelada de moras en el medio del montoncito, creando un remolino con forma de mariposa.

Las voces resonaban a su alrededor, se desvanecían antes de incrementar el volumen otra vez.

—... el lugar está completamente equipado con los dispositivos de la más avanzada tecnología, y la lista de espera es cada vez más larga. Pienso realizar algunas pruebas más antes de que...

—Habla de negocios a bordo —le interrumpió la araña.

El hombre arqueó las cejas.

—¿Qué?

La araña le lanzó a ella una significativa mirada antes de clavar los ojos en su invitado.

—Quiero evitar cualquier filtración. En mi barco dispongo de un sistema de seguridad avanzado y permanente. Discutiremos los detalles prácticos cuando nos encontremos a cien metros de la costa.

—Ah... como prefieras, claro —repuso el hombre.

—Ahora es el momento de concentrarnos en el placer, no en los negocios —le invitó la araña, mientras deslizaba la mano por el interior de su muslo hasta clavarle los dedos en la entrepierna.

A ella le temblaron las manos y se le cayó una fresa, que rebotó en un charco de azúcar *glass* en mitad del plato de la araña, antes de deslizarse por la mesa dejando un antiestético rastro rojo sobre el impoluto mantel blanco.

El borrón le hizo pensar en... *sangre*. Recogió la fresa con una disculpa. Los regordetes dedos siguieron deslizándose por su vello púbico hasta tantear entre sus pliegues.

—¿Te gustaría disfrutar de ella antes de irnos al barco? —ofreció la araña con el mismo desparpajo que si estuviera ofreciéndole una copa.

—Pero... —La protesta que comenzó a esgrimir se interrumpió de pronto cuando los dedos se convirtieron en garfios y una uña se clavó en su clítoris.

El dolor fue espantoso y se le doblaron las rodillas. Ojalá pudiera dejarse ir y caer dentro de una acogedora oscuridad. Clavó la mirada en la brillante y húmeda fresa rosa que había en el plato a punto de perder la consciencia.

—Podrías tomarla aquí mismo o en un dormitorio del segundo piso. Quizá prefieras disfrutar de cierta privacidad —continuó la araña—. Como prefieras.

El otro hombre carraspeó.

—¡Joder! Me siento tentado, no creas...

Ella le miró a los ojos y vio que era cierto; estaba considerándolo. Es más, si se fiaba de su rubor, de la curva de sus labios y la vacuidad de sus ojos, estaba imaginándolo y todo. Estaba excitado. La miraba, sí, pero no la veía a ella realmente; solo se recreaba en las imágenes que tenía en la mente.

Becca sintió un odio tan profundo que quiso escupirle a los ojos, coger un cuchillo de la mesa y clavárselo con saña en la garganta.

No soportaría ver su cara mientras la follaba. No, no podría soportar ver aquel rostro presumido, enrojecido por la ingesta de vino y la lujuria. Se le revolvió el estómago de solo pensarlo; menos mal que ya había vomitado. O quizá no... Vomitar encima de un hombre era la manera más segura de aplacar su deseo sexual.

Por otro lado, aquello no satisfaría a la araña.

«Gana algo más de tiempo para mí», le había pedido *don Enorme*. Pero ¿qué precio tendría que pagar a cambio?

Se concentró en la redonda cara de la araña.

—¿Y el postre? —La voz fue mecánica, como la de un contestador automático y algo entrecortada—. Me siento halagada por su atención, caballeros, pero estoy segura de que no querrán perderse mi especialidad, tarta de cabello de ángel al Grand Marnier; se derrite en la boca. Servida sobre una base de esponjoso bizcocho empapado en licor de naranja, he vertido una delicada *mousse* y lo he cubierto todo con una gruesa capa de

chocolate negro.

Al escuchar mencionar el postre, la araña alejó la uña del clítoris y ella estuvo a punto de caerse del alivio. El mafioso le pellizcó una nalga con aprobación.

—Entonces será mejor que esperemos, querida. No vamos a dejar sin probar tu obra maestra.

—Por supuesto —masculló entre dientes el otro hombre, después de parpadear—. Como prefieras. Probaré un trozo, por favor.

«Venga, Becca, sigue sonriendo», se repitió para sus adentros.

—Iré a buscarlo.

Atravesó la puerta. Eso sería todo; no pensaba ganar más tiempo para nadie, daba igual lo que le dijeran; su cordura pendía de un hilo.

Usaría aquel tiempo para rebuscar en el armario algo venenoso que ingerir. O para salir corriendo en medio de la noche, sin importarle que le dispararan por la espalda. Haría lo que fuera para no volver a entrar allí otra vez.

Salió corriendo hacia la cocina con aquella firme decisión en su mente... y se topó con algo grande y oscuro tendido en medio del pasillo. *Plof*, cayó boca abajo encima de un charco de... ¡sangre!

Había mucha sangre. Alzó la cabeza lentamente y miró hacia la cocina, intentando forzar la vista de sus ojos miopes.

Deseó no haberlo hecho.

Capítulo



BUENO, pensó Nick, estaba claro que Becca no poseía el don de la oportunidad. No podía decir que le sorprendiera.

Bajó al suelo el convulso cuerpo de Yevgeni y lo colocó de manera que no invadiera el campo de visión de la cámara. ¡Joder!, si ella hubiera esperado cinco segundos más, habría podido interceptarla en el pasillo.

Sin embargo, se mantuvo impassible... Estaba otra vez en modo «frío como un témpano». Y cuanta más sangre derramaba, más helado se encontraba.

Siempre ocurría lo mismo.

«No se te ocurra gritar», le advirtió con la mirada. Había dejado a Anatoli fuera del alcance de otra cámara, pero cualquiera que estuviera observando el monitor en ese momento la habría visto tropezar con un obstáculo invisible. Por suerte, el chorro de sangre que había salido despedido cuando lo mató fue a parar al suelo; las paredes manchadas hubieran sido más difíciles de disimular. Limpió el cuchillo en la camisa de su última víctima.

Becca miraba, atónita, la sangre en la que había resbalado, sus propias manos manchadas y el cuchillo que él llevaba. Tenía las pupilas dilatadas y la boca abierta. Había llegado el momento de salir de allí pitando, antes de que ella se pusiera a gritar como una posesa.

La ayudó a ponerse de pie mientras permanecía agachado y la arrastró por encima del montón de carne muerta que hasta hacía escasos minutos respondía al nombre de Anatoli. Estaba resbaladiza, pero toda aquella sangre espesaría y se volvería pegajosa en poco tiempo. Como si fuera pegamento.

Recorrieron el pasillo hasta la terraza lateral donde Becca había vomitado el almuerzo y ella lanzó un pequeño chillido al ver el tercer cadáver, que había arrastrado hasta la sombra de un frondoso árbol.

Se había cargado a tres de siete. Pavel protegía a Zhoglo en el comedor y Mikhail vigilaba el barco. Kristoff se encargaba de controlar los monitores de las cámaras y había uno que no sabía dónde estaba, probablemente regresaba en esos momentos desde el embarcadero. En unos minutos, Kristoff se daría

cuenta de que no veía a algunos de sus compañeros e intentaría contactar con ellos por los intercomunicadores. En cuanto se diera cuenta de que no lo conseguía, ellos dos estarían sentenciados.

Tenía que reconocer que Becca era rápida y ligera de pies; puede que jadeara sin parar, pero todavía no se había puesto a gritar.

Se detuvo al llegar a un punto ciego en la curva de la pasarela de madera, ayudó a la joven a mantener el equilibrio y concentró sus sentidos en recabar toda la información que pudo del bosque que les envolvía en la oscuridad. Una fuerte vibración en la madera captó su atención. Se transformó en un ruido cada vez más cercano; un sordo sonido de pasos que indicaba que alguien se dirigía hacia ellos. Nick sacó el arma.

El enorme tipo rubio dobló la curva con una pistola en la mano mientras hablaba en voz baja por el intercomunicador. Apenas le dio tiempo a alzar la vista cuando la bala de su SIG 299 con silenciador le hizo un agujero en la frente. La cabeza del tipo cayó hacia atrás al tiempo que se le aflojaban las piernas, deslizándose pesadamente hasta el suelo y cayendo con medio cuerpo fuera de la pasarela.

Por ahora todo iba bien. Arrastró a Becca por encima del cadáver. En realidad la situación se estaba resolviendo de manera inmejorable; se había deshecho de cuatro en menos de cinco minutos; no estaba nada mal para estar sentenciado. La joven trastabilló delante de él, sin duda le temblaban las piernas. Estaba seguro de que acabaría poniéndose histérica, lo que no dejaba de tener su gracia.

Ya era un milagro que hubieran llegado hasta allí. Había calculado hasta el mínimo detalle en su cabeza; se había dado determinados márgenes de tiempo y pasado por alto algunas otras oportunidades, hasta que estuvo seguro de que le daría tiempo a llevarse a Becca con él.

Sabía que era imposible luchar contra siete guardias armados a la vez. Tendría que actuar cuando Zhoglo y su socio estuvieran distraídos con la cena, obnubilados con las espléndidas tetas de Becca. En ese momento en concreto, Pavel estaría ocupado protegiéndolos. Calculó que debía atacar durante el cambio de guardia en el barco, en ese momento vigilaría la entrada un solo hombre, no dos. Y tendría que seguir un riguroso orden: terraza principal, pasillo, cocina... y acabar con esos tipos en absoluto silencio; no debería oírse un jadeo, un chillido ni un gruñido. Todo ocurriría en rápida sucesión y, para colofón final, Becca debería aparecer justo en el momento oportuno y mantener la boca cerrada. Y todo había ocurrido así... Hasta ese momento.

Llegados a ese punto, solo quedaba correr deprisa y esperar. Rezar para que los hombres del Vor hubieran sufrido bajas suficientes como para no salir tras ellos, de manera que les permitieran irse... por el momento.

Esperaba que Zhoglo no ordenara a sus secuaces que les persiguieran en el barco, dejándolo a él solo y vulnerable en la isla. Sí, esperaba muchas cosas, pero de esperanzas no se vivía. De hecho, la esperanza era lo que más rápido llevaba a la muerte; lo que hacía que un hombre acabara desilusionándose una y otra vez.

Retuvo a Becca, obligándola a detenerse, y ella tropezó contra su cuerpo. Él saltó desde la pasarela para internarse entre el espeso follaje, arrastrándola consigo. Ella protestó cuando las piedras y los arbustos comenzaron a destrozarle los pies desnudos.

Pero los pies heridos tienen remedio, la muerte no.

Siguió adelante apartando ramas, dejando ya de lado cualquier tipo de cautela. En ese momento primaba la rapidez.

Tenía un bote oculto en la orilla y esperaba llegar allí antes de que les alcanzaran.

Debería haber pensado en un plan de fuga por si las cosas se ponían feas; y, visto lo visto, era como si acudir a la isla sin haber pensado en ello le hubiera dado mala suerte. Debería haberse comportado como uno de esos generales de la antigüedad, quemando sus naves para que no hubiera ninguna retirada posible.

La última oportunidad de averiguar el paradero de Sveti se esfumaba entre sus dedos. Habría renunciado a todo lo que tenía, hasta la última gota de sangre, por conseguirlo. Pero no fue capaz de permitir que Becca muriera.

Llegaron al borde del agua y el follaje se abrió al horizonte. En aquel punto todavía se veía algo de luz diurna y los últimos rayos del sol estaban a punto de desaparecer. Les envolvía un olor a pescado y a fango, y el susurro del agua en la oscuridad. Allí no había playa ni embarcadero, solo raíces blancas flotando sobre el agua oscura. Parecían huesos que la marea agitaba y arrastraba consigo.

Sin decir una palabra, se internó en el agua y cogió a Becca por la cintura, esperando que permitiera que la bajara con él. Ella se puso rígida y se agarró a un árbol, temblorosa. Los segundos pasaban con rapidez, perdiéndose para siempre.

Apartó las manos; la furia que sentía en su interior amenazaba con traspasar la gélida barrera de calma que le envolvía.

—Te doy dos segundos para decidirte —le advirtió—. O vienes conmigo ahora mismo o regresas con ellos. Tendrás que disculparte y sonreír, claro, y recuerda lo que quieren hacer contigo.

Sin decir una palabra, ella le puso las manos en los hombros y dejó que la bajara.

La vio contener el aliento al sentir el frío mordisco del agua, pero enseguida comenzó a seguirle chapoteando con cierta torpeza, tropezándose con las rocas que permanecían ocultas en las oscuras profundidades.

Ella se tambaleó y se hubiera hundido si él no la hubiera sujetado. Llegados a ese punto, estaba empapada hasta los hombros y le castañeteaban los dientes.

¡Genial! Por si todo lo ocurrido no fuera suficiente para que estuviera a punto de ponerse histérica, ahora recibía la puntilla. Se metió en la cueva que formaban las raíces de unos árboles que habían caído al agua y soltó la Zodiac Futura que había pedido prestada a Seth Mackey. La arrastró consigo al exterior.

Aquel era un juguetito fantástico. Pensaba conseguir una igual para sí mismo, si sobrevivía. Tenía un motor potente, buenas cámaras de aire e inmejorable suspensión hidrodinámica para volar sobre la superficie del agua. Ayudó a Becca a subirse y ella cayó en el interior como un saco de patatas. La siguió, esperando que en cualquier momento aparecieran destellos luminosos entre los árboles, seguidos de disparos.

Pero no hubo nada. Aquello era demasiado bueno para ser cierto.

El motor ronroneó con suavidad al volver a la vida. Dirigió la pequeña Zodiac hacia aguas más profundas con el motor al ralentí, hasta desaparecer tras la curva. Luego aceleró.

Becca no había tenido tanto frío en su vida. Nunca hubiera supuesto que se podía llegar a sentir tal gelidez. Le temblaban todos los músculos, como si esa fuera la manera en que su cuerpo intentaba entrar en calor. Se arrastró como pudo desde el fondo del bote y se sentó más erguida.

El viento la zarandeó, haciendo volar su pelo empapado al tiempo que le secaba las lágrimas que le anegaban los ojos. Notó con indiferencia que se le había bajado un hombro de la blusa en la frenética huida por el bosque, por lo que ahora tenía expuesto un pecho, erizado por el frío.

Casi no fue consciente de ello.

Nick le estaba diciendo algo y ella se inclinó hacia delante para

escucharle por encima del viento que rugía en sus oídos.

—¿Qué dices?

—Que cojas la manta —respondió él, alzando la voz lo suficiente como para que le escuchara al tiempo que señalaba un punto a su lado—. Está ahí. Cúbrete con ella antes de que te congeles.

Becca tenía los dedos tan entumecidos que apenas podía moverlos, pero al fin consiguió encontrar la manta y rasgó el plástico que la envolvía. Se la puso sobre los hombros, agradeciendo el calor que le proporcionaba.

Luego se limitó a observar a *don Enorme* mientras él miraba hacia delante. Con el pelo ondeando y los ojos entrecerrados era la viva estampa de la concentración más absoluta.

Notó que tenía manchada la manga de sangre.

Aquello provocó que algunas imágenes de lo que acababa de presenciar inundaran su mente. Charcos de sangre, gargantas rebanadas, la expresión de sorpresa del hombre que había recibido un tiro en la frente...

Aquel día había traspasado incontables barreras antes impensables para ella y estaba muy alterada. Miró hacia atrás; la isla se alzaba como una enorme figura amenazadora sobre la infinita extensión de agua plateada. Parecía una bestia a punto de saltar sobre ellos. En el cielo había grandes nubes y la noche caía con rapidez. La breve franja rosada que quedaba en el horizonte se desvaneció delante de ellos.

Le pareció estar en una especie de limbo. Aquel sombrío y silencioso escolta era igual de aterrador que el encapuchado barquero del río Estigia. Un experto asesino. La manera en que se había desenvuelto hacía pensar que era algo que practicaba de manera regular. Tragó saliva y notó un fuerte dolor en la garganta.

Clavó los ojos en sus propios pies. Tenía los dedos tan fríos que no los sentía. Intentó hablar, pero no era capaz de llenar los pulmones con suficiente aire como para emitir sonidos. Vio pasar las islas, que quedaban atrás entre penachos de espuma. Por fin consiguió hacerse oír por encima del rugido del motor e hizo una pregunta, segura de que él no respondería.

—¿Quién eres?

Él ni siquiera parpadeó.

—Ahora no es el momento —respondió él a gritos.

«¿No era el momento?».

Casi se había vuelto loca de miedo, habían abusado de ella, la habían vejado y amenazado.

—¡Quiero respuestas! —aulló con todas sus fuerzas.

Él frenó y apagó el motor. La inercia hizo que siguieran deslizándose sobre el agua en medio de aquel repentino silencio, meciéndose bajo los negros nubarrones.

—De acuerdo. Escúchame con atención. ¿Oyes que alguien venga por nosotros?

Ella aguzó el oído. Percibió el sonido del viento, del agua, del castañeteo de sus propios dientes.

—No.

—La respuesta correcta es «todavía no», y se vería completada con «pero lo harán muy pronto». ¿Te haces una ligera idea de lo afortunada que eres de seguir con vida?

—Ah... ¿se supone que debo estarte agradecida? —replicó con la voz temblorosa y entrecortada—. ¡Pues, gracias! Pero antes de nada me gustaría saber por qué corría el peligro de ser asesinada. ¿Quiénes son esos psicópatas? ¿Quién eres tú?

—Se acabó el tiempo. Cállate y...

—¡Basta! —Le agarró del brazo—. ¡Llevas todo el día diciéndome eso! ¡Cállate y haz lo que diga o morirás! Pues ¿sabes qué? ¡Ya no me importa!

—¡Joder! —La apartó bruscamente y ella cayó de culo sobre el fondo de la Zodiac—. ¿Acaso quieres que nos ahogemos? Estate quieta.

Ella se arrodilló, provocando que la pequeña embarcación volviera a balancearse de manera violenta.

—¿Qué pasa? ¿Te molesto? —siseó ella.

—Mira... —Él agarró la manta con un puño y la acercó hasta quedar nariz contra nariz—. Quizá te resulte difícil de creer, pero matar no es una de mis aficiones favoritas. Lo cierto es que me pone de un humor terrible...

—¡Estás pirado!

—Cierto. En cuanto uno se deja llevar por la locura, ya no hay vuelta atrás. Ahora quiero que me escuches atentamente; discutir es una pérdida de tiempo que podría costarnos la vida. ¿Lo comprendes?

El significado de sus palabras volvió a taladrar su mente. Recordó de golpe todo lo que le había visto hacer; sí, era eficiente —si es que esa era la palabra correcta—, actuaba con la letal precisión de un especialista.

La burbuja de coraje se desinfló. Volvió a acobardarse, asintió con la cabeza y se acurrucó en la manta.

Él se volvió para encender el motor, que rugió con fuerza. La Zodiac

adquirió velocidad y pronto volvía a deslizarse con rapidez entre las olas que rizaban la superficie.

Quizá fuera suficiente con terminar el día viva. Ya se ocuparía más tarde del orgullo.

Nick agradeció que Becca mantuviera la boca cerrada todo el trayecto hasta Crane Cove. La gélida cueva en que se había convertido su mente era ideal para desarrollar algunas actividades mentales complejas, como calcular la trayectoria de las balas o la dirección del viento, pero no era lo más adecuado para tratar con una mujer a la que estaba a punto de dar un ataque de histeria.

Giró levemente y las luces de la pequeña villa aparecieron ante sus ojos. Por suerte no había habido ninguna persecución a alta velocidad sobre las aguas ni balas silbando a su alrededor. Casi había terminado todo. Le extrañaba haber tenido tanta suerte.

Ahora, lo primero sería llevar a Becca adonde fuera que viviera; ya tendría tiempo luego de enfrentarse a su propio fracaso personal.

Entró en el puerto deportivo; parecía en calma. En su momento consideró alquilar un amarre en Shepherd's Bay, que estaba más cerca, pero allí el puerto era más pequeño y la gente se fijaría más en la pequeña embarcación y en la *pickup*. Crane Cove no era tampoco una metrópolis bulliciosa, pero sí mucho mayor que Shepherd's Bay.

Pero allí también llamarían la atención. Él estaba empapado y manchado de sangre, y ella... ella iba prácticamente desnuda. Cualquiera que los viera tendría mucho que contar al investigador privado que Zhoglo enviaría. Había utilizado un carnet de identidad falso para alquilar el amarre, pero una identificación no serviría para despistar a nadie si había una cámara de seguridad filmando los pantalanes. Odiaba tener que deshacerse de sus identidades. Le costaban una pasta.

Amarró la lancha al embarcadero. Bien, luz tenue, ningún ruido. Nada se movía en aquella noche solitaria.

Saltó de la pequeña embarcación y se estiró para acercarla más al muelle. Luego hizo señas a Becca, pero pasó una eternidad con los dientes apretados antes de que ella se pusiera de pie para salir.

La manta se le resbaló por los hombros de manera seductora, pero él no esperaba menos. Era material digno de una Penthouse Pet: tetas al aire, la tela transparente pegada a sus pezones erizados, al oscuro vello púbico. Cuando le

cogió la mano, estaba helada y le temblaban las piernas como las de una potrilla recién nacida.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella con la voz ronca y ahogada por el viento.

Nick tiró con fuerza de los extremos de la manta y la envolvió con cuidado, luego la tomó entre sus brazos. Ella protestó y se retorció, pero perdida en la tela, la neutralizó con facilidad.

—Habla en el coche —murmuró él.

—¿En qué coche? —se tensó entre sus brazos—. ¡Quieto! ¿No vamos a la comisaría? Tenemos que denunciar lo que ha pasado. Iremos, ¿verdad?

Él le acarició con la nariz el fragante cabello, notando que seguía oliendo a violetas aunque supiera a sal.

—En la *pickup* —aclaró—. Donde no nos verán ni oirán.

—Pero... nosotros...

—Después de que hablemos, si todavía quieres hacerlo, te prometo que te llevaré a la comisaría más cercana —mintió—. Te lo juro.

Aquello la tranquilizó y él pudo avanzar a toda velocidad entre los pantalanos del solitario puerto deportivo. La parte dedicada a centro comercial también estaba desierta. La calle al otro lado de la verja se encontraba vacía, iluminada a intervalos regulares por breves destellos color naranja. Tampoco allí había nadie. Él se apresuró por la franja de grava que marcaba el camino hasta el aparcamiento.

Un poco más arriba había un bar abierto y pudo vislumbrar el parpadeo de una pantalla gigante y el rugido de muchas voces masculinas gritando al unísono. Sin duda estaban retransmitiendo algún evento deportivo importante... Eso explicaría las calles desiertas. No sabía de qué deporte podría tratarse, llevaba fuera de onda mucho tiempo.

Vio la *pickup* donde la había dejado algunos días atrás. No la habían robado ni desvalijado; una ventaja de estar en medio de ninguna parte. Pero él había crecido en un lugar como aquel y fue la clase de gamberro que se aseguraba de que cualquier coche abandonado se viera apropiadamente desvalijado antes de que su dueño regresara a buscarlo. Como mínimo, le habría pinchado las ruedas. Los adolescentes de ese pueblo debían haber sido lobotomizados, pero pensaba aprovechar cualquier suerte que tuviera, aunque no se la mereciera.

Dejó a Becca, envuelta en la manta, en el asiento del copiloto sin ningún tipo de ceremonia, y luego se sentó detrás del volante para poner el vehículo

en marcha. Ella se incorporó cuando arrancó y le miró con los ojos muy abiertos mientras buscaba a tientas el cinturón de seguridad.

Nick sacó el móvil de la guantera y marcó un número. Al momento respondió una irritada voz femenina en ucraniano.

—¿Sí?

—¿Milla? Soy Arkady —dijo con rapidez en el mismo idioma—. Se ha ido todo al carajo. Me han descubierto. Cuídate.

—¿Qué? ¿Cómo? ¡Va a matarme! ¡Imbécil! ¡Estúpido! ¿Cómo es posible?

—Solo he querido avisarte —repuso con voz monocorde—. Buena suerte. —Colgó el teléfono a pesar de las chillonas protestas de la mujer. No había nada más que decir.

Becca lo miró.

—¿Y la policía? —inquirió.

Él eligió cuidadosamente sus palabras mientras pisaba el acelerador.

—Esto es lo que pasa con la poli —explicó—. Si les dices lo que has visto, se verán obligados a investigar y entonces podrían ocurrir un montón de cosas; todas muy malas. Es probable que murieran bastantes personas sin que nadie llegara a saber qué estaba ocurriendo. Asesinatos a sangre fría. Material digno de *Film at Eleven* —dijo haciendo referencia al famoso programa de televisión donde investigaban hechos sangrientos sin explicación aparente—. Y no, no estoy siendo sarcástico.

—P-pero ¿no e-ss eso lo que va-a-mos a conta-a-ar-les? —preguntó Becca, a quien le castañeteaban los dientes sin remedio—. M-me refie-e-ro a que h-an muer-to pers-o-nas.

—Podemos contarles lo que queramos —convino él—. Y aun así seguirá muriendo gente. Estoy seguro.

—Oh...-Ella se atragantó y se llevó la mano a la garganta para darse un pequeño masaje.

—Y ten en cuenta otra cosa-continuó él—. Ahora mismo, ese tipo no sabe nada sobre ti. No sabe tu nombre ni tu dirección, tampoco sabe en dónde trabajas realmente... ¡No sabe nada! ¿Te haces una idea de la suerte que tienes?

—Oh, claro que me la hago —dijo ella con retintín—. Tú no haces más que repetírmelo a cada momento.

Nick escuchó con alivio aquel tono irónico. Una mujer a punto de sufrir un ataque de histeria no estaría echándole una bronca. Becca era mucho más dura de lo que se podía pensar al ver aquella apariencia suya de conejita.

—Lo que trato de explicarte —dijo con paciencia, retomando la línea de pensamiento anterior— es que si denuncias a Zhoglo, él tendrá un punto de partida para comenzar a buscarte. Y te buscará, no lo dudes.

—¿Es así como se llama?

Él golpeó el volante.

—Sí.

—Es imposible que la policía le diera mis...

—No te imaginas el poder que tiene ese hombre. Sus tentáculos llegan a todas partes. Puede obtener la información de las bases de datos, Becca. Es algo que se puede piratear, robar... comprar. Todo tiene un precio. Y él sabe muy bien cómo corromper a la poli. Se pasa la ley por el forro de los cojones.

La amargura de su voz la mantuvo en silencio durante un buen rato.

—No lo entiendo, ¿por qué va a molestarse en buscarme? Soy solo una cocinera.

Él hizo un gesto de diversión.

—¿Por dónde quieres que empiece? Veamos, no ha tenido oportunidad de follar contigo, lo cual ya es una razón bastante poderosa, ¿no crees?

—Vale, da igual —susurró ella—. Siento haberte preguntado.

—Y le has visto la cara —continuó él implacable—. Y también a su socio. Digamos que tuviste fecha de caducidad desde el momento en que pudiste identificar sus rasgos, Becca.

Ella apretó la manta entre los dedos con nerviosismo y desesperación.

—¿Quién es?

—Es mejor que no lo sepas. Otra razón por la que querrá buscarte es porque me buscará a mí. Ese tipo es capaz de cortarme la polla en rebanadas e ir alimentándome con ella trocito a trocito. Y no estoy exagerando.

Ella se estremeció.

—A la vista de los acontecimientos de esta noche —continuó— pensaré que eres la mejor manera de dar conmigo. Y vendrá a por mí como un obús.

Ella se mantuvo en silencio durante un buen rato. Él llegó a pensar, aliviado, que se había quedado dormida de puro agotamiento y que le dejaría en paz durante un rato, pero no tuvo tanta suerte, al poco la escuchó carraspear.

- *Er...* Esto me resulta difícil de decir, así que, por favor, no me interrumpas, ¿de acuerdo?

Él se puso tenso.

—Adelante.

- *Er...* Lo que le hiciste a esos hombres... ¿fue por salvarme? ¿Para que escapara de la isla antes de que ese tipo...? ¿Antes de que pudiera...?

—Sí —la interrumpió impaciente—. ¿Por qué?

—Bueno... Antes de nada me gustaría darte las gracias —expresó de prisa—. No sé por qué lo hiciste, pero gracias.

Él supo que la pausa que siguió dejaba implícita la pregunta.

—Tampoco yo sé por qué lo hice.

Tuvo la sensación de que esa no era la respuesta que ella esperaba. No le sorprendió lo más mínimo. Lo cierto era que Nick Ward siempre sorprendía a las mujeres cuando comenzaban a conocerle de verdad, aunque por lo general solía desaparecer del mapa antes de que las cosas se complicaran hasta ese punto.

—Bueno... *er...* —Ella tosió como si quisiera expresar su desagrado—. Lo que trato de decir es que... teniendo en cuenta el trabajo que haces... y la clase de gente con la que te relacionas, entiendo que no quieras tener nada que ver con la policía... pero yo sigo estando muy agradecida por que me hayas salvado y, por consiguiente, cuando declare en comisaría no te mencionaré. Como último favor te ruego que me llesves a la más cercana; te juro que no diré una palabra sobre ti. Ni siquiera te identificaré si veo tu foto entre otras muchas que me enseñen. Tampoco voy a... ¿Eh, qué...? ¿Qué encuentras tan divertido?

Becca pensaba que era uno de los matones de Zhoglo. Era inevitable, por supuesto, pero a él le pareció muy divertido y estalló en carcajadas. El olvidado gesto de reír le provocó dolor en el pecho y la garganta, pero rio hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Oh, qué bueno! —aulló, secándose las mejillas—. Genial, Becca. Ve allí y explícales cómo lograste huir de la isla dejando a tu paso cuatro mafiosos muertos. Una chica casi en pelotas. Parece el argumento de un videojuego. Estoy seguro de que se correrán mientras te toman declaración.

—No te burles de mí —dijo ella con gelidez—. Esto no es divertido.

—No, no lo es —convino él, sin poder dejar de reírse—. Para nada.

Ella esperó con gesto de desaprobación hasta que él consiguió controlarse.

—¿Ya has terminado? —preguntó Becca—. ¿Podemos seguir hablando como adultos maduros?

Esa mujer era valiente, sin duda. Eran pocas las que se atreverían a hablar así a un tipo al que consideraban un criminal.

—Yo estaba infiltrado en la organización —explicó—. Pero soy uno de los *buenos*. Estaba usando una tapadera.

Ella le miró boquiabierta. Por fin ¡silencio! Saboreó la paz durante el tiempo que duró. Que no fue mucho.

—Ah... ¿Quieres decir que al rescatarme...?

—¿Se jodió mi tapadera? ¿Se fueron al carajo años de preparativos? ¿Qué te cargaste una oportunidad única para acabar con ese hijo de puta? Sí, sí y sí. Había vidas en peligro, nena, y las cambié por la tuya.

Ella había abierto los ojos como platos y tenía la boca abierta con expresión de horror.

—¡Oh, Dios! ¿Eres un policía? ¿Pertenece a alguna agencia?

Él se estremeció sin poder evitarlo, rezó para que ella no lo notara.

—Ahora ya no. Pero así era.

—¿Cómo que así era? —Parecía desconcertada—. No lo entiendo, si no eres policía, ¿qué hacías allí?

—Es que se torcieron un montón de cosas. —En lo último que quería pensar en ese momento era en aquella desafortunada cadena de traiciones, torturas y asesinatos—. Ahora trabajo por mi cuenta.

—¿Por qué? —Becca no podía ocultar la perplejidad.

—Tengo razones personales para investigar a este cabrón. Llevo años esperando la oportunidad de acercarme a él. Se me presentó la ocasión ideal y la aproveché. De repente... *tachán, tachán*, apareciste tú, nadando desnuda en la piscina.

—¡Oh, Dios mío! —susurró—. No sabes cuánto lo siento.

—Y yo —murmuró él llevado por la amargura—. Todo ha salido mal.

—¿Todo ha salido mal? —Ahora parecía sentirse ofendida—. ¡Si me has salvado la vida!

—Pero no fui a isla Frakes para salvar tu vida —señaló—. Me da igual que me creas o no.

Ella se mantuvo en silencio durante un rato.

—Lamento las dificultades que he provocado.

«¿Dificultades?». No se podía negar que aquella mujer tenía talento para minimizar la importancia de las cosas.

Pasaron veinte minutos sin que ninguno de los dos hablara.

—¿Podrías decirme la verdad sobre una cosa? —preguntó ella finalmente.

Él vaciló. Aquello sonaba a encerrona.

—Si está en mi mano... —cedió él.

—Antes, cuando me dijiste que me llevarías a una comisaría, estabas mintiendo, ¿verdad? No me lo habrías permitido, estoy segura. Lo que estabas haciendo allí era ilegal, una operación en solitario. Dudo mucho que las fuerzas del orden se sintieran contentas si se enteraran.

—Cierto —suspiró él.

Becca retorció las manos. La manta se había abierto sin que ella se diera cuenta y sus redondos pechos se exhibían en toda su gloriosa desnudez.

Él se obligó a mirar la carretera, concentrándose en la línea de la calzada. No tenía tiempo para eso.

—No me mientas —advirtió ella—. Odio que me mientan.

«Esto no se trata de ti, nena». Contuvo las incisivas palabras justo a tiempo y se felicitó para sus adentros por tal muestra de autocontrol.

—No lo haré —repuso al fin, sorprendido por la certeza de que lo decía de verdad.

Y aquello le preocupó. Ni siquiera él mismo sabía toda la verdad, ¡joder! Aun así intentaría cumplir su palabra; por ejemplo, manteniendo la boca cerrada.

Tenía que deshacerse de esa mujer cuanto antes; antes de que hiciera alguna estupidez. De hecho, notaba que sus testículos ya estaban en tensión.

—Entonces... ¿qué vas a hacer conmigo? —Ella tenía la voz temblorosa, y eso le molestó.

—No lo sé. Atarte a la pata de una cama —se burló—. Quizá sea la única manera de mantenerte a salvo.

Ella le miró como si se hubiera convertido en Godzilla y se apretujó contra la puerta. ¡Dios...!

—Era una broma, Becca —gruñó.

—No puedo creer que te pongas a bromear en este momento.

—Pues eso servirá para que te des cuenta de que carezco de sensibilidad. Soy imbécil. Por si no te habías dado cuenta, te llevaré adonde quieras ir. Si quieres ve a la poli; solo podría impedirlo encerrándote en el sótano, pero me siento muy cansado y supone un esfuerzo demasiado grande.

—Auténticamente adorable... —masculló ella.

—Pero ten en cuenta una cosa —continuó él sin medir ya las palabras—. Como vayas a la policía, ese hijo de puta irá a por ti. Te encontrará y te matará. Y también me matará a mí.

—Gracias por la advertencia. Una noticia estupenda. Genial.

Maravillosa. —La voz se había convertido en un murmullo ahogado por las manos, entre las que había ocultado la cara.

¡Joder! ¡Mierda! Odiaba ver llorar a alguien.

Siguió conduciendo mientras intentaba ignorar los patéticos gemidos y suspiros que emitía la forma encorvada en el asiento del copiloto.

—¡Basta ya! —explotó finalmente—. Lo siento.

—¡Vete al infierno, imbécil!

Se sintió reconfortado por el insulto. Le gustaba que se enfrentara a él.

Capítulo



ZHOGLO miró los cuatro cadáveres ensangrentados con cara inexpresiva. Anatoli llevaba veinte años a sus órdenes y era fiel como un perro; y casi podría decirse que igual de inteligente. Pero apreciaba su lealtad. Le habían rebanado la garganta de oreja a oreja, al igual que a Yevgeni.

Ivan tenía un agujero en la frente, parecía seguir mirándole con aquellos abiertos y sorprendidos ojos azules. Había sido un joven prometedor, inteligente y feroz. Y Yuri... más de cien kilos de puro músculo, y a pesar de eso le habían partido el cuello como si fuera un pollo.

Arkady Solokov se había escapado limpiamente... llevándose a la chica consigo. Sus armados y bien entrenados guardaespaldas habían caído como chinches bajo su mano. Aquel tipo era un profesional, pero ¿quién le había contratado y por qué?

La lista de candidatos era eterna. ¡Qué frustración!

Se sentía furioso consigo mismo. Debería haberlo sospechado; de hecho, su intuición le había advertido de que había gato encerrado. Solokov se mostraba demasiado tranquilo, demasiado reservado, muy difícil de sonsacar. Y eso era peligroso. Debería haberle disparado en vez de interrogarle.

Pero no, había preferido esperar para observar su comportamiento durante la orgía que había planeado y la posterior ejecución antes de sacar conclusiones. Lo había subestimado y eso le enfurecía todavía más.

Y no tenía pistas que seguir. Matar a esa chica habría hecho que Solokov se ganara su confianza. De hecho, había sospechado que llevó a la chica con ese propósito en la mente; hacerle un regalo de sangre y, de paso, tener algo que tirarse durante las largas y aburridas noches de vigilancia.

Bueno, algo estaba claro. Por alguna razón, que aquella mujer continuara viva era importante para Solokov. Pero si era así, ¿por qué la había llevado consigo a una muerte segura? ¡Joder! ¡No tenía sentido!

Hacía décadas que no se manchaba las manos de sangre. Sí, hacía mucho tiempo que delegaba tales deberes en los ansiosos jóvenes que ocupaban el lugar inferior en la jerarquía; tipos que se morían por demostrar lo crueles que

podían ser. Pero en ese momento estaba tan furioso que quería volver a matar con sus propias manos. Quería ver cómo se derramaba la sangre. Sentir que los músculos y nervios de su víctima se retorcían de agonía al ser traspasados por la afilada hoja del cuchillo. Escuchar sus chillidos...

Si pudiera cerrar los dedos en torno a la garganta de aquella zorra, la mataría en ese mismo instante. No, mejor matarlos a los dos, por turnos, alargando la agonía durante días enteros. Hasta que tuvieran la garganta en carne viva y fueran incapaces de gritar.

Aquellos asesinatos habían dejado sin palabras incluso a su tedioso invitado. El arma de la conocida marca alemana Heckler y Koch con la que Pavel le apuntó a la cara y los cuatro cadáveres ensangrentados también habían tenido algo que ver.

Después de aquello el buen doctor se mantuvo sentado, observándoles con los ojos muy abiertos.

No había motivos para pensar que el médico fuera responsable de aquella masacre, pero eso no impedía que quisiera darle muerte. Sus aires de superioridad eran demasiado molestos para alguien como él, que había crecido en las calles de Kiev peleando por las sobras.

Le gustaría ver cómo Mathes se arrastraba ante él pidiéndole piedad, pero como siempre lo primero era el dinero. Había invertido una fortuna en ese proyecto y las expectativas eran multiplicarlo de manera lucrativa.

Aquel hombre tenía un don. Él mismo estaba vivo gracias a ello. Se frotó la cicatriz que bajaba por su pecho, pensando en el saludable y joven corazón que latía debajo, bombeando su sangre de manera vigorosa. Perteneecía al joven hijo de un tipo que intentó estafarle setenta millones de dólares en un fraude bancario.

Tras aquel incidente, el hombre se mostró muy arrepentido; a fin de cuentas, tenía más hijos.

Notó con desagrado que los ojos del cirujano brillaban de excitación. Supo que le embargaba una emoción compulsiva. Una adicción como otra cualquiera. Parecía que ese era realmente el cáncer del mundo; algo que le irritaba sobremanera. Le ponía de los nervios que aquel idiota se atreviera a ser su socio por diversión. No tenía ninguna duda de que ese hombre quería aliviar el aburrimiento que suponía su respetable y privilegiada vida. El deseo de matarle se hizo todavía mayor.

Tomó aliento intentando tranquilizarse y dejó que el impulso se desvaneciera. Ya tendría ocasión de matar después. Todo a su tiempo.

Se volvió hacia Pavel. Parecía conservar la calma, pero notó un sutil temblor en el arma que solo sus bien entrenados ojos percibirían.

—Fuiste tú el que hizo los arreglos pertinentes para que este tipo se encargara de la seguridad, ¿verdad, Pavel? Quien metió a esa serpiente venenosa dentro de mi casa.

Hizo un gesto a Kristoff. El hombre dio un paso adelante, moviendo el arma en dirección a Pavel. Mejor prevenir que lamentar.

A Pavel comenzaron a caerle gotas de sudor por las sienes. Intentó hablar, pero estaba rígido y tenía los labios pálidos.

—Conocía a ese hombre. Estaba con Avia. Fue el intermediario en...

—Casi nos ha destruido —le interrumpió Zhoglo con suavidad, al tiempo que tocaba el cadáver de Yevgeni con la brillante punta de su zapato.

—Cuando Pyotr... Pyotr es el tipo que iba a encargarse de la seguridad, ya sabes... Pues cuando él... —Pavel dejó la frase inconclusa y tragó un par de veces.

—Te refieres a cuando el imbécil de tu sobrino se voló los sesos, ¿no? Es evidente que la incompetencia es una tara genética familiar.

—Después de que... murió tuve que buscar a alguien con rapidez.

—Elegiste al tipo equivocado —aseguró Zhoglo—. Dime, Pavel, ¿de quién fue la idea de utilizar a Solokov? ¿Quién metió la idea en esa hueca cabeza tuya?

A Pavel le temblaron los labios.

—Creo recordar que fue Ludmilla la que mencionó que Solokov andaba por aquí. Se me ocurrió que teniendo una persona de confianza en la zona y dado que su inglés es excelente...

—¿Ludmilla? ¿Quién cojones es Ludmilla?

Pavel cerró los ojos como si esperara recibir un golpe.

—Dirige un servicio de señoritas de compañía en Seattle —explicó.

Se lo quedó mirando durante un momento.

—¿Servicio de señoritas? Pobre Marya. ¡Qué decepcionada se va a sentir si se entera! Aunque, claro está, echar mano de una puta de vez en cuando no es nada comparado con lo que has hecho hasta ahora. Llegados hasta aquí dudo que le importe siquiera.

Pavel se dejó caer de rodillas y el arma colgó flácidamente de su mano.

—Por favor, Vor —suplicó con voz temblorosa—. Úsame a mí en su lugar.

Él le miró con el ceño fruncido.

—¿Que te use? ¿De qué coño estás hablando?

—Por favor, envía a Sasha con su madre. Coge mi corazón, mi hígado, mis ojos, mis riñones... lo que quieras. Cámbialos, véndelos...

—¿Quieres que te use a ti? —comenzó a reírse—. Pavel, por Dios... ¿Quién iba a querer tus órganos después de todo el vodka que has ingerido, las drogas que te has metido y las putas que te has tirado? Tienes el blanco de los ojos de color amarillo, la piel marcada. Pareces un cadáver viviente; no me sorprendería que dieras positivo en VIH o en hepatitis.

—Vor, Sasha es un niño...

—Siento mucho decirte esto, amigo mío, pero tu cuerpo no es una buena moneda de cambio. Sin embargo Sasha... Oh... —Comenzó a sonreír de verdad; se sentía mucho mejor—. Sasha es precioso, tierno... virgen. Todo su cuerpo está limpio, embriaga como flores recién cortadas.

Pavel se cubrió la boca con una mano temblorosa y llena de venas.

—No desesperes —prosiguió—. Tu conducta todavía puede servir para salvar a Marya y a tu hijo pequeño. Tengo que hacer los cálculos de lo que supone para mis finanzas este desastre. Pavel, al final tus errores siempre son caros para mí. Me temo que el pequeño Sasha encabezará la lista. Una verdadera pena...

Pavel emitió un ronco sonido. Zhoglo se inclinó y le quitó la Heckler y Koch de las manos. Usó el arma para apuntarle a la cara y le observó agrandar los ojos sin apartar la vista, con las pupilas brillantes por las lágrimas.

—Bien, amigo mío —habló con suavidad—. Cuéntame todo lo que sepas de esa tal Ludmilla.

—La conozco desde hace muchos años —explicó Pavel—. Vivió en Ucrania un tiempo, se casó con Aleksei Dubov en los noventa y regentaban varios burdeles en Kiev. Aleksei y ella enviaban chicas a Europa occidental, al Medio Oriente y a América. Entonces asesinaron a Dubov.

Sí. Había sido él mismo quien ordenó aquella muerte. No supo —o quizá se le había olvidado— que el tal Dubov estaba casado. Zhoglo hizo un gesto, instándole a continuar.

—Ludmilla se casó con un húngaro que falleció también poco después, pero ella estableció su negocio en Budapest. Algo después se casó con un americano...

—No me digas más, déjame adivinar. ¿Murió al poco tiempo? ¿Llevándose la mano a la garganta tras beber una copa de vino?

Pavel tosió.

—Le dio un ataque al corazón. Después de quedarse viuda se estableció en Seattle. Nos suministra chicas de vez en cuando. No entiendo qué ha podido pasar. No es tonta y es una sagaz mujer de negocios. Tiene mucho que perder haciéndome una jugarreta y lo sabe de sobra. Así que pienso que...

—No pienses, Pavel. —Le clavó el cañón del arma debajo del pómulo—. Cuando tú piensas, soy yo quien sale perjudicado.

Pavel cerró los ojos.

—¿Quieres que la mate, Vor? —preguntó con voz ronca—. ¿O prefieres que la traiga para interrogarla?

Él consideró las dos opciones mientras deslizaba el arma por la sien de Pavel. Llegó a la conclusión de que, de momento, no sería aconsejable matar a la tal Ludmilla sin haberla utilizado de todas las maneras posibles. Era el único vínculo que tenía con aquel capullo de Solokov y su puta de ojos verdes. La única fuente por la que suministrar información falsa a quien hubiera contratado realmente a Solokov.

Ludmilla acabaría muerta, por supuesto, y sería una muerte dolorosa. Se ocuparía del asunto en persona.

—Todavía no, Pavel. —Le dio un toquecito con el arma en la mejilla—. Todavía no, pero pronto visitarás a tu madame favorita. Ocupate de él —señaló con el arma al médico—, llévalo a tierra firme. No quiero ver a nadie.

—¿Quieres que le mate...?

—No, Pavel. Llévalo al mismo lugar donde le recogió Yevgeni. Y no mates a nadie, imbécil. Regresa pronto, es tarea tuya deshacerte de estos cuerpos. Es lo mínimo que puedes hacer.

Zhoglo observó que Pavel se reunía con el médico en la puerta. El hombre farfullaba algunas preguntas y el murmullo de su voz se esfumó a medida que se alejaban. Encendió un cigarrillo mientras clavaba los ojos en el dantesco espectáculo que se exhibía, desparramado por el suelo. Dinero desperdiciado en contratos y entrenamientos. Su equipo de guardaespaldas se había visto reducido a menos de la mitad.

Odiaba desperdiciar nada. Era una obsesión. Sin duda era un hombre muy rico, pero estaba convencido de que la austeridad era una de las razones principales de su éxito. Imaginaba que era un hábito adquirido en las calles de Kiev, cuando debía robar o prostituirse para comer. Nada como estar al borde de la inanición para que un hombre diera al dinero su justo valor.

De hecho, la idea del proyecto que se traía entre manos provenía directamente del odio al desperdicio. Se le había ocurrido un día en el que

supervisaba el castigo que estaba infligiendo a uno de sus rivales comerciales, pocos meses después de que le trasplantaran el corazón. Echar a perder órganos humanos con tal despreocupación le había hecho reflexionar.

Había calculado el valor que podrían alcanzar aquellos despojos que arrancaron de la cavidad abdominal del individuo y resultaba una suma considerable.

Lo consideró con meticulosidad mientras contemplaba a la mutilada criatura. Ya no se le podía llamar hombre, dado que lo que caracterizaba su género había sido seccionado.

No era una idea novedosa, pero estaba seguro de que nadie lo había organizado como correspondía, como él iba a hacerlo.

Pensar que en vísperas del debut de su proyecto alguien se había infiltrado en sus filas le cabreaba sobremanera. Tal audacia no podía soportarla.

Como todas las emociones intensas, aquella furia desató en él un intenso deseo de comer a pesar de la opípara cena que acababa de degustar. El estrés siempre le llevaba a sentir el apretón del hambre, y el hambre le recordaba la infancia, cuando tuvo que rebuscar entre la basura llena de gusanos para sobrevivir.

La puta de los pechos bamboleantes había mencionado una tarta de chocolate al Grand Marnier. No permitiera Dios que se desperdiciara.

Apagó el cigarrillo aplastándolo contra el suelo y se dirigió a la cocina. Allí estaba, en una bandeja al lado de la puerta. Una tentadora vianda cubierta con un baño de chocolate negro y rociada con sirope.

Por desgracia, Solokov había elegido el lugar para abrir la yugular a uno de sus hombres y la bandeja se hallaba generosamente regada de sangre. Se encogió de hombros y tomó un pedazo con los dedos.

A sus hombres no les molestaría que ingiriera unas gotas de su sangre, pensó mientras se lo llevaba a la boca y lo tragaba sin masticar. Y él era cualquier cosa menos escrupuloso.

El largo viaje hasta la ciudad fue tan surrealista como el trayecto en la pequeña embarcación. Becca comenzó a entrar en calor poco a poco, pero no podía dejar de temblar. Dormitaba, yendo de una pesadilla a otra; sueños en los que siempre estaba indefensa, desnuda, con las piernas hundidas en el barro helado y muerta de frío. Veía hombres con las gargantas cortadas que le gritaban furiosos en un idioma rudo y extraño con unas bocas abiertas, rojas y

mojadas. Otras se le aparecía la imagen del rostro de la araña, con sus ojillos brillantes y malvados, riéndose mientras alargaba las manos para tocarle los pechos. En su sueño no hacía solo eso. Le atravesaba la piel con los dedos como si fuera de mantequilla y los cerraba en torno a su corazón, apretándolo con férrea crueldad hasta que pensaba que estallaría...

Después trató de mantener los ojos abiertos. Le dolía todo el cuerpo; se estremecía por efecto de la adrenalina, vibrando como un diapasón a pesar del agotamiento. Se sentía tan expuesta como si las luces de un estadio deportivo estuvieran enfocadas en ella. No tenía nada con que cubrirse y todas las dolorosas y humillantes verdades sobre sí misma estaban a la vista de todos. Cualquiera podía ver lo estúpida que era, los errores que había cometido.

Aquel hombre había arriesgado su vida, había hecho algo muy valiente, complicado y peligroso para salvarla.

«Había vidas en peligro, nena, y las cambié por la tuya».

Así que se sentía en deuda con él y era algo que jamás podría pagar. No sabía cómo averiguar su nombre. De todas maneras, si seguía fiel a su estilo, jamás le diría el de verdad.

Se rodeó con los brazos con firmeza, sujetando la manta como si así pudiera sostener su propia existencia segundo a segundo. Era el momento de poner los pies en la tierra. Notaba un fuerte dolor en los tobillos, las rodillas y las muñecas por el impacto que había supuesto la caída en aquel charco de sangre; también en los hombros después de haber sido esposada al pasamanos la noche anterior... En realidad, lo difícil era encontrar un punto de su cuerpo que no le doliera.

Lo único bueno en ese momento era el convencimiento de que *don Enorme* no era un cruel criminal. Sí, una maravillosa noticia.

Tampoco era demasiado importante; estaba segura de que sería cualquier otra cosa igual de cruel y mala. Que le hubiera salvado la vida, a pesar de tener todas las posibilidades en contra, y que fuera capaz de excitarla de una manera que no sabía que existía, cuando él se tomaba un descanso en el trabajo de héroe, no venía al caso. Era irrelevante.

Además, estaba segura de que él la despreciaba por haber echado a perder su misión. Solo había mantenido relaciones sexuales con ella —unas relaciones sexuales estremecedoras— porque se vio obligado. Lo de la noche anterior no contaba y sería tonta si se lo tomaba como algo personal.

Si tenía en cuenta todo lo ocurrido, la experiencia que habían compartido no era un buen inicio para una relación. ¡Dios!, ni siquiera era un buen inicio

para un polvo de una noche.

Ocultó la cara entre las manos mientras buscaba un lugar en su mente en el que esconderse.

Dio un brinco cuando sintió su mano en el hombro.

—¿Eh? ¿Qué pasa?

—Ya hemos llegado.

Miró a su alrededor. Sin las gafas, el mundo se reducía a un borrón, en especial por la noche. Dejó a un lado esos pensamientos y entornó los ojos hasta que pudo ver la destartada casa donde estaba su apartamento en el piso de arriba. Todavía faltaba mucho para que amaneciera y el frío resplandor naranja de las farolas se difuminaba en la gruesa capa de nubes.

—¿Cómo has sabido dónde vivo? —preguntó.

—Registré tu cartera cuando fui a la otra casa, en la isla —confesó—. Tuve que hacerlo para hacer desaparecer el carnet de conducir y el de identidad. No quería que él pudiera encontrarlos.

—Por eso tenías mi pintalabios en el bolsillo.

—Sí. No sé por qué lo guardé.

Parpadeó. Él había pensado en todo. Su cartera había desaparecido, pero solo porque pretendía salvarla desde el principio. Intentó buscar algo que decir que no la hiciera quedar como una idiota. Y debía hacerlo antes de que él desapareciera para siempre.

«Lamento mucho haber arruinado tu vida. Gracias por salvarme de un destino peor que la muerte. El sexo también ha sido fantástico. Ya nos veremos».

Se preguntó si volvería a verlo de nuevo y se vio obligada a luchar contra el extraño e irracional pánico que le provocaba la idea de que él se desvaneciera en la oscuridad, dejándola sola y desvinculada del mundo. Con su vida interior hecha una mierda.

Él tamborileó con los dedos sobre el volante. Lo más probable es que estuviera pensando en cómo conseguir que se bajara de la *pickup*. Notó que la lengua se le volvía de trapo.

—Te acompañaré dentro —dijo él con brusquedad.

¡Alucinante! No quería que se fuera, pero tampoco quería tenerlo dentro del apartamento. Era demasiado grande, estaba demasiado manchado de sangre y resultaba demasiado indescifrable. Podría contaminar su hogar. Llenarlo de peligro e incertidumbre.

¡Bah, qué narices! El daño ya estaba hecho. No podía rechazarlo.

—Vale —susurró, pero él ya había abierto la puerta y rodeaba el vehículo para ayudarla a bajar.

Tenía las piernas tan temblorosas que, de todas maneras, no hubiera podido subir las escaleras. Él le envolvió la cintura con un brazo y soportó casi todo su peso.

Allí, ante la puerta de su casa, se quedó mirando la entrada con la mente en blanco antes de que se le ocurriera que necesitaba llaves. Estaban en el bolso. Y como él acababa de explicar, a años luz, en otro universo paralelo.

—¿Esto quiere decir que no tienes una llave de repuesto debajo del felpudo? —adivinó *don Enorme*.

Ella meneó la cabeza.

—La casera vive en el piso de abajo —explicó—, pero no puedo... — Bajó la mirada al terrible aspecto que mostraba.

—No —convino él—. No puedes. —Se inclinó y estudió la cerradura antes de sacar una navaja multiusos y desplegar una herramienta en forma de gancho.

Tan solo un par de minutos después, la puerta estaba abierta. El familiar aroma a vainilla y rosas flotaba en el aire. Becca dio un paso, pero *don Enorme* la sujetó por el brazo y tiró de ella.

—Deja que vaya yo delante, por si acaso.

Vio de pronto un arma en sus manos y apartó la vista cuando él se escabulló dentro de la vivienda. No le llevó mucho tiempo regresar; la casa era pequeña. Tiró de su brazo hacia el interior al mismo tiempo que ella buscaba a tientas el interruptor de la luz.

Él se sentía fuera de lugar en su casa. Parecía más torpe y fuerte entre todos aquellos colores pastel y visillos. Su apartamento parecía incluso más pequeño, con aquel tipo enorme de ojos rasgados y cubierto de sangre merodeando por allí con un arma entre las manos.

Becca observó cómo él tiraba bruscamente de las cortinas y entrecerraba los ojos tras mirar por las ventanas, observándolo todo como si esperara que algo se moviera para morderle. Pasó los dedos por la manta afgana que cubría el sofá. Hundió el centro de un cojín, jugueteó con las flores de seda que colgaban de un estante. Estudió los libros de la estantería y la colección de CD. Los dibujos de Carrie. Las extrañas fotografías abstractas de Josh. Y las fotos familiares.

—¿Este es el capullo?

Había identificado la única fotografía de Justin que todavía conservaba.

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

Se encogió de hombros.

—Parece imbécil. Deberías deshacerte de ella. —La retiró del estante y se la dio. Ella la lanzó a la papelera con marco y todo. No podía estar más de acuerdo con él.

Tenía la impresión de que la vida antes de conocer a Nick era algo que había ocurrido hacía mucho tiempo. Le dio vergüenza que él viera los peluches que guardaba en un estante; maltratados animales de juguete con los que habían jugado Carrie y Josh cuando eran pequeños. Lo más probable es que pensara que los coleccionaba. Era una de esas cosas infantiles que hacía la gente.

Él seguía allí sin hacer ningún amago para marcharse. Ella sopesó sus opciones, no había ninguna regla de cómo comportarse después de lo que habían vivido. ¿Debía ofrecerle una bebida como si hubieran salido juntos y luego le hubiera invitado a entrar con ella? ¿Hacer café?

Sabía que era la última oportunidad de realizar aquella pregunta que la rondaría durante el resto de su vida si no la hacía, incluso a pesar de lo mucho que temía la respuesta.

Se apoyó en el borde de la mesa para sujetarse y tragó saliva varias veces.

—Antes has dicho que... que de esta misión dependían varias vidas. Vidas que habías cambiado por la mía.

Él frunció el ceño.

—Sí —repuso por lo bajo.

Ella respiró hondo.

—¿Quiénes?

Él se mantuvo en silencio durante mucho tiempo. Tanto que pensó que no iba a responderle y contuvo el aliento durante un rato tan largo que creyó que acabaría desmayándose.

—Lo cierto es que he exagerado un poco —explicó él—. Seguramente ya esté muerta.

Ella abrió los ojos como platos y notó como si le clavaran un cuchillo en el pecho.

—¿Muerta?

Él tensó la mandíbula y comenzó a palparle un músculo.

—Sí, una cría —repuso—. La secuestraron el año pasado en Boryspil,

Ucrania. Su padre era un agente que logró infiltrarse. Me estaba echando una mano pero alguien lo delató. Le asesinaron. No sé por qué pasó, pero sé que fue por mi culpa.

Ella notó un violento nudo en la garganta. Esperó a que continuara.

Él encogió los hombros.

—No existe ninguna razón para pensar que todavía está viva —explicó—, pero le prometí a su madre que... ¡Joder! Esperaba poder decir algo a Sonia. Por lo menos poner fin a su incertidumbre. Ahora no podré hacerlo. ¡Qué más da! De todas maneras no lo habría conseguido.

Ella apretó los labios.

—Era una posibilidad suicida —prosiguió él—. Pero bueno, esa es la respuesta que querías.

El nudo que ella sentía en la garganta se convirtió en una masa enorme y no pudo contener las lágrimas.

Él pareció sorprendido.

—¡Oh, joder! No debería habértelo contado.

Ella intentó contener el llanto.

—Lo siento muchísimo. Era...

—No quiero hablar de ello. De hecho, intento pensar en el asunto lo menos posible, o acabaré cometiendo cualquier barbaridad. Olvida lo que he dicho.

Las palabras volvieron a golpearla.

—Vale —susurró—. Quería decirte que... que me gustaría poder arreglarlo. Quisiera poder hacer algo para ayudar.

La ilegible mirada de él se deslizó por su roto y arañado ego.

—Puedes hacer algo... —aseguró.

Ella se iluminó por dentro y se secó las lágrimas con los dedos.

—¿De veras? Lo que sea... —Se le quebró la voz mientras su cuerpo interpretaba lo que escondían las ilegibles profundidades de sus ojos. En respuesta un intenso fuego comenzó a arder en su vientre.

¿Cómo era posible que pensara en sexo después de todo lo ocurrido?

Pero así era. ¡Oh, así era! De pronto quiso aferrarse a él; era fuerte y sólido, vibraba de energía. Emitía calor.

Claro que quería aferrarse a algo sólido, pensó. Se sentía vulnerable y asustada. Necesitaba consuelo con desesperación, pero sabía que aquel hombre no le ofrecería consuelo. Era cualquier cosa menos tierno.

La tomaría, la poseería hasta dejarla completamente agotada. Notaba su

deseo flotando en el aire y eso la hacía sentirse frágil.

Dio un paso atrás por puro instinto femenino y él entrecerró los ojos al darse cuenta.

—¡Joder! ¡Ya basta! No sigas comportándote como una gatita asustada. Sabes que no voy a violarte. Puede que sea imbécil, pero no tanto.

Ella irguió la espalda.

—No soy una gatita asustada —intentó sonar digna, aunque solo pareció altiva—. Es que al principio pensé que te referías a que podía hacer algo... ya sabes, importante. No solo a... —carraspeó con algo de dificultad— abrirme de piernas.

—Te lo aseguro, que te abras de piernas me parece algo muy importante en este momento.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho, percibiendo que la ira la calentaba por dentro.

—Sí, ya, claro que sí. Hasta que tu polla reciba atención. Luego te desharás de mí como si fuera algo inservible e inconveniente y te largarás para ponerte en peligro haciendo toda esa mierda que haces durante todo el día, olvidándote de que existo.

Él parecía muy sorprendido.

- ¡*Guau!* ¿Quieres decir que te molestaría que pasara de ti? ¿Que quieres seguir participando en este asunto suicida? ¿No has tenido suficiente?

—¡No se trata de eso! —gritó ella enfurecida—. ¡Estoy harta de sentirme usada! ¡Como si fuera un juguete con el que divertirse antes de ser dejada de lado!

Él se movió con tanta rapidez que pareció llegar junto a ella en un instante. De pronto notó que le aferraba los hombros con ansioso ímpetu para alzarla contra su cuerpo, obligándola a ponerse de puntillas.

Sus ojos quedaron a unos centímetros de su penetrante mirada.

—Jamás se me ocurriría dejarte a un lado —aseguró él en voz baja—. Nunca se me ocurriría tratarte como a un juguete. Esta noche he matado a cuatro hijos de puta para rescatarte de ese infierno, así que ya puedes dejar de decir memeces.

Ella abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. Solo lo miró fijamente, paralizada por la furia que ardía en sus ojos.

—No me culpes a mí por lo que te hizo él —continuó Nick mirando hacia la papelera.

—N-no te culpo de n-nada —tartamudeó.

—¿No? ¿Eso crees? Bueno, entonces, ¿qué es lo que te pasa?

Ella se puso rígida, preparada para que él le apresara las muñecas.

—¡Lo que me pasa es la manera en que me miras, idiota! —gritó—. Vale, te metí en un lío, ¿quiere eso decir que ahora estoy en deuda contigo? Me salvaste la vida, ¿tengo que pagarte con sexo? ¿Así es como razona tu mente machista?

Él esbozó una sonrisa mientras la dejaba de nuevo sobre los pies.

—Es un poco más complicado que todo eso —explicó—. Mi mente machista lo único que sabe es que cada vez que te toco comienzas a correrte como una loca.

El resto de la furiosa diatriba que ella tenía pensado soltar se difuminó en su confusa mente, olvidada por completo.

—Parece magia. —Continuó él, con la voz ahora ronca y aterciopelada. Le acarició la mejilla con la punta de un dedo calloso—. Y tú también me haces estallar de la misma manera. Es como una bomba. Me vuelves loco.

—P-pero...

—Sin embargo, ya que lo expones de esa manera, lo reconozco. He tenido una noche de mierda por tu culpa —aseguró con fingida reprobación—. Así que sí, nena, me lo debes. Y por todo lo alto.

Ella se concentró en la húmeda manga manchada de sangre.

—No es tan fácil —susurró ella.

Él puso los ojos en blanco.

—Tienes un don especial para conseguir que lo fácil se vuelva complicado. Fue lo primero que percibí de ti. —La miró de arriba abajo—. Bueno, si soy sincero fue la sexta o la séptima cosa.

Ella se puso a temblar, intentando contener la histeria.

—Yo no soy complicada. ¡Ni siquiera sé cómo te llamas! Después de todo esto, de sangre, sudor y sexo, jamás has llegado a decirme tu verdadero nom...

—Nick —la interrumpió.

Ella titubeó.

—¿Qué?

—Nick Ward. Ese es mi verdadero nombre. En mi partida de nacimiento pone Nikolai Warbitsky, pero me gusta más Nick Ward. ¿Satisfecha?

Ella cerró la boca, desconcertada. Asintió. «Nick».

Oh, por favor... ¿estaba emocionándose porque sabía su nombre? ¿Por uno de los más básicos, baratos y comunes intercambios que los seres

humanos realizaban a diario? Lo que él acababa de ofrecerle era una patética migaja, no un regalo.

La furia que le provocaba su propia ilusión le agudizó la voz.

—¿Satisfecha? ¡Oh, sí! Me siento *emocionadísima*. Acabas de pronunciar la palabra mágica. Me dices tu nombre y *voilà!*, mis piernas se abren como si fueran el mar Rojo.

Él soltó una carcajada.

—No recurras a la Biblia conmigo, nena. Decídetes. ¿Vas a pagarme lo que me debes o vas a seguir perdiendo el tiempo?

Ella cerró los ojos y se estremeció al notar sus manos en los hombros desnudos. Él movía los dedos sobre su piel con una seductora suavidad que contradecía sus palabras. Nick presionó la boca contra su pelo y ella sintió sus labios en el cuero cabelludo, así como su cálido aliento. Los dedos seguían haciéndole cosquillas en los hombros mientras esperaba paciente, seguro de que al final ganaría.

—¿Por qué tienes que ser tan capullo? —susurró.

Él meneó la cabeza.

—No lo sé —reveló.

Tal muestra de honestidad la hizo sentirse audaz.

—Me pones las cosas muy difíciles.

Él la sujetó con facilidad cuando comenzó retorcerse para alejarse de sus brazos.

—Sí, ya, difíciles... La vida es difícil para todos, nena.

—Cállate y no seas imbécil. Ojalá pudieras ser más amable... —se calló tras terminar la frase con un susurro.

Él intentó volver a agarrarla, pero ella se resistió.

—Quiero que te quedes —confesó—. Quiero decirte que sí, pero actúas de una manera tan prepotente que hace que me resulte casi imposible.

Nick le sujetó la barbilla y la obligó a mirarle para que pudiera ver el ardor que brillaba en sus ojos.

—¿Casi?

—¡Oh, maldito seas! ¡Basta! —Notó un ardiente rubor en la cara y una opresión en el pecho. Se le aceleró el corazón y se le secó la boca.

Él siguió acariciándole el pelo con la nariz mientras le hablaba al oído; la profunda voz hacía vibrar todo su cuerpo.

—Si quieres que me vaya, tendrás que decírmelo.

Ella no dijo nada. No pudo.

—Muy bien —murmuró él—. Como no consigo una respuesta directa, voy a interpretar este silencio como más me conviene. Si estoy equivocado, vas a tener que decírmelo muy deprisa.

Ella se mordió los labios al tiempo que le resbalaban dos lágrimas por las mejillas.

Él le pasó los labios por el pómulo; la húmeda punta de la lengua la hizo estremecer cuando lamió con avidez, haciéndola sentir un escalofrío de placer que la recorrió de pies a cabeza. Entonces notó un tirón, escuchó un desgarró y la empapada blusa campesina fue arrancada y arrojada a un lado. Permaneció ante él completamente desnuda.

Algo a lo que ya comenzaba a acostumbrarse.

Acarició el rostro de Nick.

—Estás manchado de sangre. No quiero ver sangre. Qué te parece si...

Él se quitó la camiseta y luego las botas, los calcetines, los vaqueros y, al poco tiempo, un hombre desnudo la arrastraba al cuarto de baño y abría la ducha como si fuera el dueño del lugar.

—Podemos ducharnos juntos —propuso él—. Te relajará.

Mmm, no lo creía probable. Casi se rio cuando la metió bajo el chorro de agua caliente. Relajarse, ja. ¿Cómo iba a relajarse con un tipo sexy y atractivo apretándose contra ella en aquel caluroso cubículo? Él la envolvía, era una sólida pared de húmeda y brillante piel masculina. El torso cubierto de vello se rozaba contra sus pezones, la erección le ponía la piel de gallina allí donde la tocaba. Él le deslizó las manos por todo el cuerpo. La ducha era muy pequeña para una persona; para dos era diminuta.

Y don Enorme... Nick... Era realmente enorme.

Capítulo



NICK sabía que era una mala idea. La peor que hubiera tenido en mucho tiempo. Debería largarse, huir tan lejos y rápido como pudiera, olvidarse de que existía aquella mujer. La misión se había ido al carajo por rescatarla y allí estaba, a punto de ponerla en peligro otra vez.

Pero no quería regresar a su solitario apartamento, donde se sentaría en el sofá y miraría la oscuridad con la boca abierta en medio de un ensordecedor silencio, recriminándose una y otra vez haber fallado de nuevo. Tampoco quería buscar la inconsciencia en el fondo de una botella. Aquella había sido la solución de su padre para todos los males, no la suya.

Quería quedarse allí, con Becca. Ese lugar olía bien, igual que ella. Un aroma fragante, suave y delicado, pero también complicado, lleno de problemas.

Sabía que acabarían inundando aquel femenino cuarto de baño, pero apenas podía contener el impulso de alzarla, apoyarle la espalda contra la pared y sumergirse profundamente en ella lo más rápido que pudiera. Si se acabara el contenido del depósito y llegara a salir agua fría, ni siquiera se daría cuenta.

«Contente. Ve despacio». No debía ser brusco con ella después de todo lo que había pasado. Lo sabía, pero era solo un pensamiento que rondaba por su mente; no se veía capaz de llevarlo a cabo, de controlar su comportamiento. Realmente no tenía autoridad moral sobre sus actos, se limitaba a hacer una observación aleatoria que no respondía a ninguna causa aparente.

«Suya. Suya. Suya». Aquel primitivo sonsonete resonaba en el fondo de su cabeza. Quería perderse en su cuerpo, en su calor. Ella era lo único que le hacía sentirse vivo y quería disfrutarlo.

Aquello le sorprendió. Hacía mucho tiempo que no lo deseaba, y era mucho más seguro no desearlo.

Sabía muy bien los pasos que debía dar para persuadir a una mujer de que mantuviera relaciones sexuales con él. Cómo ser tierno y seductor, qué frases decir; pero esa noche era un lobo, quería correr salvaje. No podría

recurrir a juegos ni florituras.

Ella se había quedado inmóvil. Tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás mientras él la lavaba. Aun así, su cuerpo respondía involuntariamente con escalofríos y gemidos, con leves vibraciones, rindiéndose a las manos jabonosas. Tomó un poco de perfumado champú para hacer espuma en el largo cabello; las burbujas se deslizaron de manera tentadora por sus curvas. El agua caliente había encendido su piel pálida, ruborizándola. Había llegado por fin el momento de bajar las manos por las curvas y oquedades para enjabonarlas y enjuagarlas.

Se arrodilló para limpiarle los pies, llenos de arañazos y moratones. Ella se quejó a pesar de que no podría haber sido más suave. Luego subió por las piernas, las rodillas, los muslos; reservó su sexo para el final, y cuando llegó, lo mimó como un capullo que acabara de abrirse, sin apenas tocarlo. Al acabar alejó las puntas de los dedos e hizo desaparecer el jabón acercando el teléfono de la ducha.

No podía evitar que su erección la tocara, la rozara, así que no se molestó en intentarlo. Colocó de nuevo la ducha en su lugar y volvió a pegarse a ella, situando su miembro erguido entre ambos, con el glande acunado contra el estómago de ella. Se apretó contra la carne dócil sin dejar de preguntarse qué podía hacer para romper el hechizo que la mantenía paralizada.

Ahucó las manos sobre sus nalgas y comenzó a amasarlas a la vez que le acariciaba el lóbulo de la oreja con la nariz.

—Tu turno —dijo lanzándose al vacío.

Ella abrió los ojos lentamente, como si saliera de un trance, y él le puso el bote de champú en la mano. Becca lo miró como si jamás hubiera visto tal cosa. Tuvo que abrirlo él y verter un poco en su mano.

Se quedó hechizado observando la manera en que sus pechos se movían, bamboleándose, cuando se puso de puntillas para alcanzarle el pelo.

—Eres demasiado alto —protestó ella.

Obediente, se puso de rodillas, lo que hizo que su boca quedara a la altura del vientre de Becca. Lo acarició con la nariz antes de cerrar los ojos, abrumado por el placer de notar los suaves dedos frotando su cuero cabelludo, acariciándolo con la olorosa espuma.

¡Oh, Dios! ¡Qué gusto! El agua caliente se deslizaba jabonosa por su rostro, resbalaba por sus ojos, por sus hombros... hasta caer en cascada alrededor de sus rodillas. En aquella posición le veía la parte inferior de los pechos mientras apretaba los labios contra su estómago. Cuando todo el jabón

desapareció bajo el chorro de agua, se puso de pie y le ofreció el gel. Ella le miró sin comprender.

—Venga, haz lo mismo que te he hecho yo —pidió—. Se trata de lo básico... enjabonar, aclarar y vuelta a empezar.

—Listillo —murmuró ella con una sonrisa.

Él jadeó de placer cuando las elegantes manos comenzaron a recorrerle el torso. Le restregó el vello de las axilas, del pecho, siguiendo el rastro por el abdomen para descender aún más, pero... Se detuvo, acobardada.

Él esperó todo lo que pudo.

—Te falta un trozo —la provocó.

Becca emitió un suspiro y dejó caer un poco más de gel en las manos, que frotó para hacer espuma antes de capturar la engrosada erección.

El placer que ella le hizo sentir erizó sus terminaciones nerviosas como una tentadora lengua de fuego. Se le aceleró el corazón.

Bajó la mano y rodeó el puño de Becca con sus dedos, obligándola a moverlo de arriba abajo para enseñarle cómo le gustaba, la presión y la velocidad necesarias. Luego retiró la mano para que fuera ella la que moviera los resbaladizos dedos como quisiera. En realidad no importaba lo que le hiciera, todo le daba placer. Todas las caricias, incluso las más nerviosas y vacilantes, le excitaban. Cuando le enjabonó los testículos, se dio cuenta de que tenía problemas. Estaba a punto de eyacular allí mismo, en la ducha.

Y eso sería inaceptable. No le había ocurrido nada similar, ni siquiera cuando era un adolescente descontrolado por las hormonas.

La miró mientras apartaba sus manos, deteniendo sus tiernas caricias.

—No quiero correrme todavía —dijo con brusquedad. Agarró la primera toalla que vio y empujó a Becca fuera de la ducha para secarla.

Ella se quedó quieta. Parecía algo desconcertada cuando él recorrió su cuerpo con la toalla. El cálido olor a perfume de sus ruborizadas curvas le hizo babear, literalmente. Se dejó caer de rodillas en la alfombrilla del baño y ahuecó los dedos sobre la vulva para separar los oscuros rizos, los tiernos pliegues y tomar su hinchado...

Ella se puso rígida y dio un paso atrás, tropezando con el lavabo. Le puso la mano en la cara para impedir que se acercara.

—No.

Nick se quedó paralizado.

—¿Por qué? ¿No te gusta?

Ella le miró con tristeza.

—Estoy segura de que si me hicieras eso, me gustaría mucho —dijo en voz baja.

—¿Qué ha pasado? —reclamó—. Dímelo.

Ella se estremeció.

—Zhoglo me hizo daño ahí. Con la uña. Fue mientras servía la fruta. No es que vaya a morirme, pero... —Soltó un chillido cuando él la alzó y la sentó en el lavabo.

—Déjame verlo —gruñó él. Le envolvía una roja neblina de furia.

—¡Oh, no! De eso nada. —Ella intentó bajarse.

—Cállate y déjame mirar. —Le separó las piernas bruscamente.

La suave iluminación del lavabo no era suficiente y presionó el interruptor junto a la puerta. Ella se cubrió los ojos cuando el pequeño cuarto de baño se vio inundado por la intensa luz fluorescente.

Él le separó los labios de la vulva y tiró del capuchón para estudiar el clítoris. Allí estaba, una intensa línea roja marcaba el pequeño brote. Zhoglo no le había hecho sangre, pero había faltado poco. Y debía de haberle dolido muchísimo; se le tensaron los testículos al pensarlo.

La furia que le inundó hizo que quisiera emprenderla a puñetazos con la pared; aunque no con la pared de Becca. Era lo que le faltaba, que le destrozara el apartamento para poner el colofón al fin de semana.

Le cubrió el sexo con la mano y depositó un beso en la suave piel de la ingle.

—Esto pasa a encabezar la lista de razones por las que tengo que matar a ese saco de mierda —comentó.

—De veras, no es nada —intentó apaciguarlo ella—. No es nada...

—Cállate. Deja ya de repetir una y otra vez «no es nada» —gruñó—. Es algo. Es una putada. Reconócelo.

Ella le apartó la mano de la entrepierna.

—No vuelvas a decirme que me calle. —Su voz era afilada como el cristal—. Estoy harta de que me digan lo que tengo que hacer. No vuelvas a hacerlo nunca.

Él dio un paso atrás, avergonzado; consciente de repente del agua que le goteaba del pelo, formando un charco a sus pies. Su polla se balanceaba con esperanza de un lado a otro, sin importar las circunstancias.

—Lo siento. Estoy enfadado con él, no contigo.

Ella le miró con los ojos entrecerrados y la barbilla en alto. Poco a poco perdió aquella rígida pose y dejó caer los hombros. Él no pudo apartar los

ojos del suave bamboleo de sus pechos cuando se puso de pie.

—Bueno —murmuró ella—, gracias por la aclaración. Creo.

Él se controló a duras penas y se forzó a decir las palabras, deseando con toda su alma que no se las tomara al pie de la letra.

—No tienes por qué hacer nada —dijo, aunque lo lamentó al instante.

—¿Qué es lo que no tengo que hacer? ¿Qué quieres...?

—No tienes por qué acostarte conmigo. —Incluso las palabras dolían al atravesar su garganta—. Sé que es un mal momento y no quiero hacerte daño. Si quieres, me voy.

Ella no dijo nada y él no se atrevió a mirarla. Contuvo el aliento durante poco más o menos cuarenta angustiosos segundos; luego se aventuró a alzar la vista.

La expresión con que ella le miraba era suave y sus esperanzas renacieron. La erección se irguió y comenzó a palpitar, poniéndose todavía más dura, preparándose para la acción. Quizá tratar de ser decente había funcionado por una vez. Según su experiencia era algo que ocurría muy pocas veces.

—No quiero que te vayas —susurró ella—. Por favor, quédate.

La sensación de alivio fue tan intensa que casi se mareó.

—Si me quedo, vamos a hacer el amor —la advirtió.

Ella se ruborizó y apartó la mirada, pero asintió con la cabeza.

Y él se puso manos a la obra con rapidez antes de que Becca cambiara de idea.

La luz del amanecer todavía no había alcanzado las ventanas del dormitorio cuando Nick la siguió al interior de la estancia, moviéndose con sigilo, como una enorme pantera.

Él fue de ventana en ventana para correr las cortinas y revisar los cerrojos, la madera estaba hinchada y la pintura descascarillada, por lo que el cristal se movía con el viento.

—Este lugar es una pesadilla para un experto en seguridad —gruñó.

Becca no podía negarlo, aunque jamás lo había pensado. Seguramente a partir de ese momento se obsesionaría con el tema.

Nick miró la femenina cama con el ceño fruncido. Era una antigüedad de postes esculpidos y cabecero imponente, cubierta por un mullido cubrecama y montones de almohadas y cojines. Los había de todos los tipos: encaje, raso y puntillas.

—¡Santo Dios! ¿Por qué tienes tantas almohadas? Debe de haber lo menos veinte.

—No preguntes —repuso ella en tono cursi—. Son cosas de mujeres.

En lugar de eso, él pasó el brazo por la cama y los lanzó al suelo de un zarpazo. Luego tiró del cubrecama y de la sábana de arriba, dejándolos colgando a los pies de la cama. Una mullida superficie apareció ante ellos, expectante como si fuera un lienzo en blanco esperando ser dibujado.

Él lo señaló con un gesto de cabeza.

Becca se subió, sintiéndose tonta y algo tímida. Nick parecía estar llevando el asunto con demasiada frialdad; ni siquiera podía verle la cara con claridad. Esperaba que la penumbra la ayudara a despojarse de sus numerosos complejos sexuales. Sin embargo, con la suerte que tenía últimamente estaba segura de que caerían de nuevo sobre ella ahora que volvía a la vida real.

La cama rechinó bajo el peso de Nick. Él la empujó para que se tendiera de espaldas y ella comenzó a temblar al notar la frialdad de la sábana, pero él la cubrió con su cuerpo y... ¡Oh, Dios! Era tan grande, tan pesado sobre ella... Acero caliente y duro que despedía un agradable olor a jabón y a masculinidad. Aquel febril calor y la concentración de feromonas la dejó sin aliento.

El agua goteaba del pelo de Nick cuando la inmovilizó como si temiera que ella se alejara.

¡Como si fuera capaz de hacerlo!

Comenzó a besarla y todas las dudas, miedos y complejos se desvanecieron, atraídos por un tierno remolino de excitación, avivando un deseo voraz.

Los labios fueron tiernos y cameladores al principio, pero luego el beso cambió y se volvió exigente y apremiante, expresándose en un silencioso lenguaje sin palabras que no sabía que conocía hasta que se dio cuenta de que obedecía cada tácita orden. Se rindió a la experiencia de Nick. Sus lenguas se enredaron en un baile tan antiguo como la humanidad y el contacto provocó un dulce destello. Le hormiguearon los pezones y arqueó la espalda al notar que los fluidos comenzaban a anegar su sexo; separó los muslos de manera involuntaria. Sentía los pechos tensos, hinchados y sensibles justo en los puntos donde se friccionaban contra su torso.

Él alzó el rostro y retiró con ternura el pelo que le rodeaba la cara. Ella tardó un poco en reconocer el seco sonido que emitió; era una risita.

—Estoy nervioso —confesó Nick.

Aquellas palabras hicieron que ella también se riera tontamente mientras su cuerpo se estremecía de placer.

—¿Estás nervioso? ¡Oh, venga...! No me tomes el pelo.

—Hablo en serio, te lo juro. No puedo tocarte el clítoris, así que no puedo empezar como me gusta. Siempre comienzo por ahí, es la mejor manera de conseguir la llave del castillo.

Saber sus rutinas sexuales con otras mujeres la bajó un poco de la nube. Desde luego, aquel hombre rezumaba sensibilidad por los cuatro costados, pensó con ironía.

Le empujó el pecho.

—Muy bien. ¿Sabes qué? Me alegro de que tengas que salirte de tu estudiada rutina. Quizá eso me diferencie de las múltiples mujeres con las que te has acostado y no tenga que escuchar un nombre que no es el mío. Todavía tengo esperanzas.

Él se rio, haciendo vibrar la cama.

—No te preocupes, nena —la halagó al tiempo que se acomodaba entre sus piernas—. Te aseguro que eres distinta a todas las demás.

Ella respiró hondo.

—La llave del castillo... Vaya broma —se burló—. No es que tengas que convencerme; la puerta del castillo está abierta. De hecho, está abierta de par en par y el puente levadizo bajado.

Él se quedó muy quieto mientras le estudiaba la expresión, como si quisiera ver directamente en su interior. A continuación Nick le encerró la cara entre las manos.

—Creo que no me has entendido —explicó con paciencia—. No quiero follarte y ya está, quiero conseguir que te corras hasta que grites de tal manera que parezca que estás rompiéndote en pedazos. Que te atraviesen orgasmos ardientes, incontenibles y bestiales. ¿Me entiendes ahora?

Ella miró boquiabierta las sombras que ocultaban sus ojos.

—Igual que esta tarde —prosiguió—. En la isla. ¿Lo recuerdas?

Como si fuera a olvidarlo en su vida. Forzó una tosecilla cuando el excitante recuerdo inundó su cabeza. Aunque en aquel momento se había sentido también desvalida y aterrada; insoportablemente vulnerable.

- *Mmm*, sí —susurró—. Lo recuerdo.

—Me gustó mucho —confesó despacio—. Fue algo especial.

—Sí... —convino ella como si fuera tonta—. Sí, lo fue.

Nick la besó entonces hasta que se quedaron sin aire y levantó la cabeza

otra vez.

—Jamás había sentido algo así —continuó explicando él, al tiempo que le acariciaba la sien con la nariz, haciéndole cosquillas con el aliento—. Si te soy sincero, ni siquiera sabía que fuera posible sentir algo semejante, pero ahora me he vuelto adicto. Tengo el listón demasiado alto; nunca volveré a conformarme con menos.

¡Oh, qué hombre! No había problema, ella estaba dispuesta a intentarlo las veces que hiciera falta. La excitación comenzó a resultar abrumadora.

—Bueno, quizá debería advertirte que no es lo normal en mí —confesó.

—¿De veras? —Él sonrió—. Ya veremos...

—No es un reto —le advirtió—. Solo ha sido una aclaración.

—Ya veremos —repitió él con terquedad.

Becca se sintió un tanto alarmada, no era culpa suya que él se hubiera creado falsas expectativas. Ojalá no llegara a descubrir jamás lo pudorosa que era en realidad.

—Me refiero a que fueron circunstancias excepcionales —aclaró.

Él comenzó a reírse.

—Me parece genial. Puedo conseguir que sea excepcional.

Becca le dio un manotazo en el hombro.

—¡Basta! ¡Te haces el tonto a propósito!

Nick le atrapó la mano y le dio la vuelta para depositar un húmedo beso en la palma.

—Tranquila, nena —la sosegó—. No creo que debas preocuparte por nada. Déjame a mí.

Ella sabía muy bien que no lo conseguiría... No era más que un prepotente.

—Pero...

—Yo me ocuparé de hacer lo que sea necesario para que te corras. ¿Algún problema?

Ella abrió la boca pero no se le ocurrió ninguna respuesta que no pareciera histérica o estúpida. ¿Algún problema? Ja. El problema no era ese, sino sentirse débil ante el despliegue de carisma que él exudaba, ante la manera en que derribaba sus barreras como si fueran de papel.

Pero ¿qué podía decir? «Oye, por favor, ¿podrías esmerarte un poco menos en excitarme?». Sí, claro.

Intentó hacer bajar el nudo que tenía en la garganta y negó con la cabeza. Solo para que constara que no había ningún problema.

—Ah, no puedo ponerme a gritar —advirtió con cierta timidez—, así que olvídale. Mi casera duerme justo debajo y estoy segura de que llamaría a la policía si me oyera. Es una mujer mayor, muy religiosa.

—Muy bien. Eso me da una referencia. Cuando la poli me lleve esposado, sabré que lo he hecho bien.

La alzó contra su cuerpo, cambiando con ella de posición, hasta que la tuvo a horcajadas sobre sus piernas. Colocó la erección para que reposara entre ambos, y luego la cogió por la cintura y la subió un poco más, para acariciarle los pechos con la punta de la nariz.

—Tus tetas serán un buen comienzo —informó—. Entre unas cosas y otras, aún no he tenido tiempo de mirarlas con detenimiento. —Capturó una con una mano y llevó la sensible punta dentro de la boca para comenzar a azotarla con la lengua—. Tienes unos pechos asombrosos.

Aquel cumplido provocó un cosquilleo en su vientre y la cálida humedad de su boca hizo que su sexo se volviera más resbaladizo y mojado.

—Oh, gracias —murmuró—. Eso que estás haciendo es tan... tan... tan... No pares, por favor.

La risa de Nick resonó en su propio cuerpo. Luego él enterró la cara entre sus pechos como si no tuviera suficiente, lamiéndolos y chupándolos. Adorándolos.

Ella nunca había pensado que tuviera unos senos especialmente sensibles, al menos no los había percibido de tal forma, por lo que no los consideraba una de sus zonas erógenas. Craso error. Eran el centro del universo, brillantes puntos de luz y calor. Las apasionadas caricias que recibían en ese momento conseguían que se derritiera sin remedio, que se estremeciera, que se sintiera muy viva y radiante.

El más leve toque erizaba sus terminaciones nerviosas. Se retorció, excitada, con bruscas sacudidas y convulsiones mientras él continuaba deshaciéndola, como si su boca le pidiera algo que no podía comprender.

«Ríndete. Confía en mí». Eso era lo que él quería, lo que ordenaba en silencio. Su contundencia la hacía temblar y provocó que se le inundaran los ojos de lágrimas. Le clavó los dedos en el cuero cabelludo mientras se recordaba a sí misma por qué su técnica era tan depurada y conocía de una manera tan completa la sensualidad femenina. Su objetivo era prepararla para que pudiera albergar en el interior de su cuerpo esa cosa enorme que él poseía. No era nada personal; solo estaba siendo práctico.

El pensamiento la enfureció. No estaba siendo justa. Después de todo era

un punto a su favor que se tomara su tiempo intentando excitarla. Pero ¡maldito fuera!, como no le proporcionara ya un poco de alivio, comenzaría a morderle y arañarle.

Le tiró del pelo para alzar su cabeza.

—Nick, por favor —susurró.

Él se pasó el dorso de la mano por la boca.

—¿Por favor qué?

—Hazlo de una vez —imploró—. Por favor, termina ya.

Nick meneó la cabeza lentamente, con una sonrisa torcida en los labios y los ojos brillantes y entrecerrados. Parecía complacido del poder que tenía sobre ella; orgulloso de su desesperación. Ella quiso gritar, golpearlo, pero apenas era capaz de hablar. Le daba miedo moverse.

—Córrete. Luego lo haremos.

Ella le clavó las uñas en los hombros.

—No bromees. Te prometo que me correré, no tardaré más de unos segundos si tú...

—No, no, de eso nada. Quiero que tengas uno de esos orgasmos capaces de hacer que las caseras llamen a la policía antes de penetrarte. Quiero que veas fuegos artificiales, que oigas sirenas y gritos. Lo quiero todo. ¿Has entendido?

Ella le tiró del pelo con más fuerza.

—¿Es una de esas tonterías machistas?

—Es mi tontería machista particular —corrigió mientras le pasaba los dientes por la garganta—. Cuando ocurra, tendré la certeza de que estás preparada.

Ella notaba que su anhelo se perdía en una profunda sensación de impotencia, y se estremeció de risa.

—Creo que estás arriesgándote un poco —aseguró entre jadeos—. Podrían llevarte esposado antes de que consigas satisfacción.

Él hizo una mueca.

—Estoy seguro de que no llegarán tan rápido.

—Ahora en serio, Nick, te lo juro, estoy preparadísima. Jamás he estado tan preparada en mi vida.

—Entonces dame lo que te pido. —La aterciopelada voz la excitaba y apaciguaba a la vez, pero el acero que contenía era inquebrantable—. Demuéstrame que estás preparada, no pierdas el tiempo diciéndomelo.

Ella se contorsionó con frustración. Estaba cerca... pero todavía no tenía

ni idea de cómo alcanzar su objetivo.

Él le soltó la cintura y llevó las manos más abajo, hasta amasarle el trasero.

—¿Quieres un poco más de ayuda?

Ella hundió la cara en el oscuro cabello que caía sobre el hombro de Nick y asintió con la cabeza. No sabía qué quería decirle con esas palabras, pero tampoco le importaba. Lo que fuera sería bueno, daba igual de qué se tratara. Pero quería más, y lo quería ya.

Nick hundió una mano entre sus piernas y comenzó a pasar los dedos con delicadeza entre sus pliegues internos, abriéndolos para penetrar con uno de sus largos dedos en su interior. El gesto la hizo subir un poco más y se contoneó sobre él, contorsionándose como una bailarina exótica sobre la mano que exploraba su sexo, sacudiendo las caderas y palpitando en torno a su índice. Olvidada ya cualquier muestra de vergüenza.

—Sí, así... —murmuró él—. Qué gusto. Tienes un coño estrecho y precioso. Es perfecto. Creo que hasta mi dedo está a punto de correrse. — Introdujo un segundo dedo y curvó los dos formando un suave gancho para acariciar y presionar un sensible punto cerca de la entrada. Ella comenzó a estremecerse sobre la mano mientras él la jaleaba.

—Sí, más adentro. Apriétame los dedos, más rápido, sí... Ahí está. Sí. ¡Oh, sí! ¡Dios mío, qué dulce eres!

Y lo era. Fue igual que las otras veces; celestial y maravilloso. Una enorme ola que la arrojó contra la orilla. Se sintió flotar cuando se perdió en aquel tembloroso éxtasis.

Cuando consiguió abrir los ojos de nuevo, estaba tumbada de espaldas, con la respiración entrecortada y sollozante. Tenía las piernas abiertas y relajadas. Se sentía como una flor sacudida por una tormenta. Nick estaba sobre ella, envolviéndola entre sus brazos. Becca percibió más que vio su sonrisa triunfal. Se sentía desmadejada y solo acababan de empezar.

Se humedeció los labios antes de intentar hablar, pero se había quedado sin voz. Notaba la garganta seca por los jadeos. Dolorida por los gritos.

—Tu casera debe estar escandalizada hasta el fondo de su puritana alma. — Parecía muy complacido consigo mismo.

Ella se estremeció con una risita.

—¿De verdad he gritado tanto?

—He llegado a pensar que estallarían los cristales.

—No seas ridículo —le replicó con sequedad—. Bueno, supongo que

entonces la poli llegará en cualquier momento. Será mejor que te des prisa, ¿no crees?

Él tomó su mano y la puso sobre la erección, cubriéndola con la suya para indicarle que cerrara los dedos en torno al glande y subiera y bajara sobre el engrosado miembro. Ella no era capaz de cerrar los dedos.

—Jamás me doy prisa —aseguró él—. Siempre me tomo mi tiempo, pase lo que pase. Así que da igual que nos rodeen; alcanzaré la gloria y moriré feliz...

La imagen hizo que ella se estremeciera.

—Ni se te ocurra decir esa palabra —susurró—. Por favor. No bromees con eso.

Él le pasó la punta del dedo muy despacio por el tembloroso labio inferior.

—Claro que no, nena —prometió con suavidad—. ¿Tienes preservativos?

La pregunta la llevó de vuelta bruscamente a la cruda realidad. Intentó hacer memoria. Lo cierto es que casi nunca se había acostado con Justin en su apartamento; «era demasiado pequeño y recargado», según decía él, así que prefería que se reunieran en su impecable piso, donde la decoración era mucho más minimalista; repleta de muebles metálicos y cuero negro.

—No, creo que no.

Él asintió con la cabeza sin parecer sorprendido.

—No me correré dentro de ti.

Correrían un riesgo, pero la idea que ella tenía sobre lo que era arriesgado había dado un vuelco radical ese día, y no tenía ganas de discutir. Él le bajó las manos hasta la base del pene, contra el vello oscuro que la rodeaba, e impulsó la punta contra ella, embistiendo y retirándose una y otra vez hasta que estuvo totalmente dentro. Entonces comenzó a moverse.

Becca jadeó. Después del violento orgasmo que había disfrutado se había quedado muy sensible y la penetración era profunda y apabullante a pesar de lo resbaladiza y dilatada que estaba. Él arremetía con fuerza, con cada breve y duro envite le arrancaba un sollozante gemido. La habitación estaba cada vez más iluminada y ahora podía percibir la sombría línea de su boca, la tensión en su barbilla. Sus ojos ardían al mirarla como si trataran de arrancarle una confesión.

Ella apoyó las manos en su torso y lo alejó a una distancia prudencial, pero él emitió un sonido gutural y le apresó las muñecas en un puño.

—Tómame —dijo.

Ella escuchó la súplica que ocultaba aquella brusca orden. Nick le colocó las piernas sobre sus anchos hombros, dejándola totalmente abierta para poder sumergir en ella su palpitante erección. Llenándola hasta el fondo.

No sabía cómo haría para sobrevivir si él comenzaba a moverse otra vez, y lo hizo. Lentas y profundas embestidas que la clavaban al colchón. El pene la acariciaba por dentro, presionando cada punto, conduciéndola inexorablemente con aquellas deliciosas y dolorosas fricciones hacia un brillante resplandor, hasta que todo fue demasiado intenso. Tenía que alejarse de allí de alguna manera. Cerró los ojos con fuerza y giró la cara, jadeando de forma entrecortada.

Él le sostuvo la barbilla.

—¡Mírame! —La voz masculina traspasó sus barreras, forzándola a abrir los ojos. Cuando lo miró, los tenía llenos de lágrimas—. No te alejes de mí.

—Pero...

—Te necesito aquí, conmigo —dijo con más suavidad, sin dejar de bajar las caderas una y otra vez—. Mírame. Te necesito.

Ella clavó los ojos en él y la intensidad que ya sentía se incrementó, como si se alimentara a sí misma. La cama rechinaba y traqueteaba, poco acostumbrada a recibir ese trato. Los envites se aceleraron. Los gemidos, jadeos y suspiros de ambos subieron de volumen a medida que luchaban por alcanzar el éxtasis. Ella se arqueó una vez y otra, gimiendo cuando aceptaba los embates de una manera que parecía imposible, empapándole la polla con sus resbaladizos jugos y vibrando en torno a ella con cada contundente golpe.

De repente, él se retorció y se inclinó sobre ella con la cara deformada en una mueca casi de dolor. Unos cálidos y temblorosos chorros cayeron sobre su vientre cuando Nick alcanzó un clímax que pareció eterno.

Una vez acabó todo, Nick se dejó caer boca arriba. Le picaban los ojos.

Conocía el guion. Sabía que ahora debería abrazarla, decirle dulces palabras, quizá soltar algún chiste que la hiciera reír. Tal vez una tontería sobre la casera y la poli estaría bien. Becca era una mujer asombrosa. Era consciente de que ella se había entregado por completo. No se había reservado nada para sí misma.

El problema estaba en que él tampoco lo había hecho. No podía ponerse a bromear después de lo que acababa de sentir ni aunque su vida dependiera de ello.

Estaba totalmente acojonado.

¿Qué locura transitoria le había hecho pensar que podría follar con esa mujer, desahogarse y después marcharse tan fresco como una lechuga? ¡Dios! Si casi había explotado cuando se la tiró por la tarde, delante de las cámaras y de Zhoglo; se había ido a poner sentimental allí, justo en aquel lugar. Y la necesidad que acababa de sentir no la experimentaba desde que era un mocoso. Mirándola, suplicándole que le mirara; casi a punto de llorar en sus brazos.

Y todavía quería más. Becca era dulce y generosa bajo aquella coraza de sarcasmo y él sabía muy bien lo que encontraría en sus brazos si lo abrazaba, si le rodeaba el cuello al tiempo que apretaba aquellos pechos suaves como pétalos contra su cara para que los acariciara, besara, lamiera... Ella movería la cabeza sin dejar de decir palabras de ánimo y consuelo, y él se perdería. Se disolvería dentro de su tierna calidez hasta que no hubiera maldad, hasta que todo fuera placer y éxtasis... hasta que se encontrara a salvo.

No, no. Eso no estaba bien. Becca era una mujer demasiado buena para enredarse con él. Era demasiado frío, demasiado cínico, demasiado bruto. Un bastardo egocéntrico con tendencias depresivas, igual que su padre. Sus aristas la arañarían.

Ya le estaban haciendo daño en ese momento. Ella todavía tenía la respiración entrecortada mientras aguardaba. Pero él seguía quieto, sin decir nada, con la garganta paralizada, los músculos tensos y la mirada clavada en el techo.

Sabía que ella ansiaba que la abrazara; todas querían lo mismo. Y llegado ese momento, siempre se comportaba igual; con torpeza y frialdad. Era la parte que menos le gustaba del sexo, cuando decepcionaba a su pareja.

Pero el hecho por el que su corazón palpitaba de una manera ensordecedora, por lo que estaba a punto de sufrir un ataque de pánico, era que se moría por abrazarla. Lo deseaba con toda su alma. Y eso despertaba sentimientos olvidados, abría la puerta a un lugar en su interior que había abandonado hacía muchos años y que desde entonces mantenía cerrado a cal y canto con un alambre de espinas y un letrero que prohibía la entrada. ¡Joder! No podía permitirse andar con frivolidades en ese momento. Estaba señalado, iba a morir. Y moriría también cualquier mujer que Zhoglo relacionara con él. En especial, Becca.

¡Maldición! Ella también era un objetivo por méritos propios.

Zhoglo acabaría por encontrarlo. Era un cabrón muy rico, astuto y

persistente. Solo era cuestión de tiempo.

Su mejor oferta en ese momento era: «¡Eh, nena! ¿Quieres perderte conmigo en Mongolia? ¡Oh, venga! ¿No decías que querías llenar tu vida de aventuras?».

No. Solo podía disfrutar de un polvo de infarto antes de largarse. Era lo mejor.

Se incorporó y se sentó en el borde de la cama, dándole la espalda como el frío e indiferente capullo que era. Cuanto más frío se mostrara, más fácil sería para ella considerar aquella noche un error con un imbécil. Era la manera de que Becca pudiera olvidar y seguir adelante.

Le había impactado eyacular sobre ella. Había una sórdida compulsión en el hecho de correrse encima de una mujer, como si marcara su territorio o alguna idiotez por el estilo. Quizá había visto demasiadas películas porno. Aunque tampoco es que viera muchas, aquellas pelis le aburrían soberanamente. Sin embargo, cuando se dedicaba a hacer *zapping* durante las noches de insomnio, a veces era difícil apartar la mirada al caer en determinados canales.

Y hablando de marcar el territorio, aquella tarde podría haberla dejado embarazada. Un estremecimiento le atravesó y los músculos del pecho se le paralizaron hasta que apenas fue capaz de respirar.

- *Er...* ¿Nick? —preguntó ella con timidez y nerviosismo—. ¿Te encuentras bien?

—No —repuso—. No demasiado.

—¿He hecho algo malo?

—No, no —se apresuró a responder—. Jamás había disfrutado tanto. Eres ardiente, nena. El problema no eres tú.

—Ah, entonces, ¿cuál es el problema? —indagó con vacilación.

Él hizo un ruido soez.

—Nena, ya has visto el mundo en el que me muevo. En mi mundo has estado a punto de acabar violada y asesinada. ¿Alguna otra pregunta?

Se levantó. Sintió los músculos débiles y temblorosos cuando sorteó con dificultad las almohadas y cojines, apartando algunos de una patada para alcanzar la puerta. Su ropa, empapada y sucia, estaba desperdigada por el pasillo. Pasó con dificultad la pegajosa tela de los vaqueros por las piernas y, al subirlos, cayó al suelo una cajetilla arrugada.

La recogió y alisó. Todavía contenía un cigarrillo; se había torcido pero, por extraño que pareciera, no estaba mojado. Rebuscó en el bolsillo en busca

de un mechero. Bueno, iba a fumárselo como ceremonia de despedida a Arkady.

«Y a Sveti».

Ignoró la punzada de dolor. Regresó al dormitorio y cogió la SIG que había dejado junto a la cama. La metió en la cinturilla de los vaqueros sin mirar a Becca. Sin duda era una suerte haber interpretado el personaje de un hijo de puta que traficaba con armas o con cualquier cosa que cuadrara. Eso había sido un puntazo.

Miró a su alrededor, llegando con rapidez a la conclusión de que una mujer que tenía veinte cojines de encaje encima de la cama no le iba a permitir fumar dentro de su apartamento. Y dada la manera en que estaba actuando, lo más probable es que le dijera que cogiera el pitillo y se lo metiera por el culo.

Sí, era justo lo que se merecía.

¡Oh, Dios! ¡Vaya desastre! Becca entrecerró los ojos para mirar la puerta que él acababa de cerrar antes de desaparecer por el pasillo.

Aquello no podía ir a peor. Solo se daba cuenta de lo tontas e inocentes que eran las fantasías que inundaban su mente cuando alguien las hacía pedazos.

No podía culpar a nadie más que a sí misma por sentirse apartada, usada y triste. Debía rescatar la dignidad debajo de la roca en la que la había ocultado y actuar como una mujer adulta. Contuvo las lágrimas, sorbiendo por la nariz. Ya estaba bien de desear algo que no podía tener.

No, mucho peor; de desear algo que ni siquiera existía.

Puede que su subconsciente le hubiera hecho esperar que mantener relaciones sexuales con Nick iba a hacer que todo mejorara como por ensalmo, pero no había sido así. El sexo en sí mismo había desbordado sus sueños más atrevidos, pero al final había sido para peor. Aquello solo había servido para que el contraste entre sus irracionales fantasías y la fría realidad resultara mucho más dañino.

Se dirigió tambaleante hacia el cuarto de baño y buscó a tientas algo con lo que limpiarse. Tomó una toalla y la empapó bajo el grifo para retirar el semen que manchaba su vientre mientras se miraba la cara en el espejo. Apenas se reconoció; estaba diferente. Tenía marcadas ojeras, las mejillas encendidas y los ojos vidriosos. Notó que se le habían hinchado los labios y tenía el pelo enredado. Parecía una mujer al borde de... Le daba miedo hasta pensarlo.

Aunque había visto cuatro cadáveres, solo había visto morir a un hombre. Estuvo sometida a una descarga de adrenalina capaz de acabar con un elefante. Se había sentido aterrada, avergonzada, humillada y había corrido el peligro de ser violada, torturada y asesinada.

Para después rematarlo todo acostándose con Nick. ¡Vaya noche!

Se sentía pequeña, maltratada y asustada. Prisionera. Como si fuera un pequeño animalito esperando que un depredador le clavara las garras. Y ni siquiera el sexo fantástico podía cambiar eso, daba igual lo magníficos que hubieran sido los orgasmos.

Y ese era el estado de su alma: magullada. Le hubiera venido bien un poco de ternura o comprensión, pero estaba claro que Nick no era capaz de ofrecer tal alarde.

¿Qué hacer entonces? Supéralo, se dijo a sí misma. Sin duda ese hombre había arriesgado su vida para rescatarla. Estar viva y de una pieza era algo que debía agradecerle, daba igual que se sintiera una mierda.

Debía darle las gracias también por tener claras sus prioridades y así poder ser tolerante con su pésima actitud después del coito. Después de todo, él también había tenido una noche difícil. Casi comenzó a reírse tontamente. Sus razonamientos a veces sonaban estúpidos incluso para sí misma.

Tomó la estilosa bata de seda estampada que guardaba colgada detrás de la puerta del cuarto de baño y cubrió con ella su tembloroso cuerpo mientras pisaba sobre las almohadas desparramadas por el suelo.

Se tropezó con algo más contundente en el pasillo y casi se cayó de bruces. Entrecerró los ojos para enfocar el objeto: era una bota de Nick y tenía encima un calcetín empapado. Contuvo el aliento. ¡Oh, Dios! Así que, después de todo, él no se había ido a la francesa, sin despedirse. No podía haberse marchado descalzo.

Tambaleándose, siguió su camino hacia la diminuta cocina del apartamento. Nick no estaba allí. Su borrosa silueta hubiera ocupado todo el espacio, acaparado todo el aire. Él conseguía que su minúsculo apartamento pareciera todavía más pequeño.

«Nick». Todavía no se había acostumbrado a poder darle un nombre. «Nikolai». Lo repitió una y otra vez para sus adentros, saboreando la palabra, disfrutando de su brevedad y de la cálida sensación que le provocaba en el pecho. Era casi una obsesión. ¡Oh, Dios! No podía obsesionarse con él, sería malo, muy malo.

Percibió un leve olor a tabaco cuando se acercó a la puerta. La abrió y

miró fuera. Nick estaba sentado en los escalones, tan solo cubierto por los vaqueros.

Los tatuajes se ondulaban sobre sus anchos hombros, en la musculosa espalda. El humo flotaba por encima de su cabeza.

Él alzó la vista y ella contuvo el repentino deseo de regresar al interior como una niña a la que hubieran pillado espiando. ¡Maldición! ¡Era su apartamento!

Nick giró la cabeza de nuevo sin decirle nada, concentrándose en el cigarrillo y la silenciosa contemplación. Ignorándola.

Ella volvió a entrar y apoyó la frente en la puerta cerrada, repitiendo para sus adentros el discurso sobre madurez, dignidad y autocontrol. Por fin decidió mantenerse ocupada; su eficiente mecanismo de defensa. Sí, podía hacer café.

Midió las proporciones con manos temblorosas, vertió el agua y permaneció allí, abrazando su estremecido ego, mientras esperaba que el café cayera gota a gota en la jarra. Se preguntó si de verdad le alegraba que él estuviera todavía allí. ¿No hubiera sido mejor que, simplemente, se hubiera ido? Parecía evidente que no quería saber nada de ella.

Y de todas maneras, ¿por qué temblaba? ¿Era de miedo? ¿De excitación? No lo sabía. No podía definir la causa, pero si de algo no tenía duda era de que no era sano.

Ni siquiera se había atrevido a preguntarle cómo le gustaba el café. En una situación normal habría salido para averiguar si lo quería con leche o azúcar. Pero en esa no se aventuró. Sirvió dos tazas y añadió leche a la suya, luego miró fijamente el brebaje negro y amargo que llenaba la otra, respirando el fragante olor. Odiaba el café solo tan fuerte.

¡A la mierda! Abrió la puerta de una patada y llevó las dos tazas fuera, tal y como estaban. Él le lanzó una mirada amenazadora. Sí, era el café que se merecía; se ajustaba a su mal carácter como anillo al dedo.

Atravesó despacio el gastado suelo del rellano con los heridos pies desnudos, recreando la vista con lascivia en los amplios hombros y la musculosa espalda, en la manera tan sexy en que se estrechaba hasta las delgadas caderas. Cuando estuvo lo bastante cerca, les echó un vistazo a los tatuajes. Los hipnóticos diseños tenían un aire militar amenazador a pesar de lo atractivos que le resultaban.

Vio que llevaba el arma en la cinturilla de los vaqueros; un aterrador recordatorio de todo lo que acababan de pasar. Desvió la mirada mientras

notaba un escalofrío en la espalda.

Fuera estaba helando; la temperatura era muy fría para protegerse solo con una bata. El silencio solo era interrumpido por algunos sonidos lejanos; nada de pitidos, voces o aviones despegando... Ni siquiera los pajaritos osaban trinar cuando Nick estaba cabreado.

Dejó el café sobre el escalón, junto a él, con un ruido seco que provocó que el líquido se derramara por el borde y cayera en la madera.

Él estiró el brazo para coger la taza y dio un largo sorbo sin mirarla. Ella esperó, sin resultados.

—Eh... de nada —lo provocó.

Nick siguió callado. Ni siquiera movió la cabeza. «¡Guau! Flipante...». Había que echarle huevos para ser tan borde. Pero él de eso tenía de sobra, no cabía ninguna duda.

Volvió a intentarlo mientras se arrebujaba en la bata.

—¿No tienes frío?

Él negó con la cabeza, dio una última calada al pitillo y lo apagó en el escalón.

—Suelo tener una temperatura corporal elevada —explicó con voz distante—. Como si siempre tuviera algunas décimas.

«Entonces ¿por qué te muestras tan frío?», quiso gritarle. No lo hizo; la dignidad era todo lo que le quedaba, aunque la ira bullía imparable bajo los razonamientos y justificaciones que se hacía a sí misma.

—¿Esos tipos dijeron algo interesante mientras les servías la cena? —preguntó bruscamente.

Ella se estremeció.

—¿Es necesario que vuelva a recordar eso?

Él se volvió y la miró fijamente.

—Sí. Hazlo.

Becca apretó los ojos y rebuscó en su memoria.

—Charlaron bastante, sobre todo de economía mundial. Después el tipo del club de campo...

—¿El tipo del club de campo?

—Fue así como me refería a él en mi cabeza. Tiene ese aire que adquieres en las universidades de la Yvy —repuso refiriéndose a Liga en la que participaban las universidades más caras y prestigiosas del país—; rico, atractivo, prepotente... Pues eso, que el tipo comentó algo sobre que la estructura estaba siendo equipada y la lista de espera no paraba de crecer. Que

quería hacer más pruebas. De pronto la araña lo interrumpió y dijo que los negocios los dejaban para más tarde.

Él asintió y giró la cara.

Ella se había cansado de sentirse ignorada. Tomó un mechón del pelo de Nick entre los dedos.

—Con el pelo tan enredado pareces un cavernícola.

Nick bebió un poco de café.

—Soy un cavernícola.

Ella frotó el mechón entre los dedos.

—Quizá sería mejor que utilizaras un poco de suavizante antes de peinarte.

—No pienso molestarme en peinarme —aseguró—. Me lo voy a cortar. De todas formas, estoy hasta los cojones de parecer un San Bernardo.

Ella le miró alarmada.

—No te imagino con el pelo corto.

Él encogió los hombros.

—Es necesario que cambie mi aspecto. Cuanto más logre cambiarlo, mejor. —La miró por encima del hombro, con los ojos entrecerrados—. Tú deberías hacer lo mismo. Teñirte el pelo de rubio, quizá. O cortarlo. Sí, córtatelo y cámbialo de color hoy mismo. O mejor todavía, lárgate de la ciudad para siempre. Sí, eso sería ideal.

Ella volvió a mirarle alarmada.

—¡No puedo! ¡Tengo mi trabajo! ¡Responsabilidades!

—¿Y qué más da? Tendrás prioridades, ¿no? Imagino que querrás seguir con vida... Y, además, no hay responsabilidades que valgan si estás muerta.

—¡Oh, genial! Así que hemos vuelto de nuevo al magnífico e inspirador asunto de que mi destino es morir de una manera horrible... Está amaneciendo, es demasiado temprano para hablar de eso.

La miró de nuevo desde debajo de su pelo de cavernícola.

—No te lo digo para asustarte —aseguró—. Solo quiero que seas consciente de la realidad.

¿Consciente de la realidad?, ja. Hizo un gesto de desagrado, pensando de pronto en la escena con Justin y Kaia en el hospital.

—¿Qué está pasando estos días? Parece que todos los hombres quieren que sea consciente de la realidad. Justin también me dijo un montón de cosas que no quería escuchar, pero sin duda tú lo has superado, Nick.

—¿Justin? —Se sorprendió él antes de atar cabos—. ¡Ah, ya! El imbécil.

El novio que se acostaba con otra mujer. El de la foto. ¿Crees que soy peor que él?

Ella se atragantó con el café.

—Bueno, no. —Rectificó entre toses—. Lo retiro, él es peor.

Nick tenía una expresión de absoluta perplejidad.

—¿Peor? ¿Qué hizo? ¿Acostarse con dos mujeres a la vez?

—¡No! —aulló ella—. Pero...

—¿Se acostó con un tío? ¿Te compartía con otros? ¿Qué?

—¿Puedes callarte y dejarme hablar?

Él se pasó los dedos por la boca como si estuviera cerrando una cremallera.

—Antes quiero que me prometas que no vas a reírte —se aseguró ella.

—No soy de los que se ríen, no te preocupes —repuso él—. Además, ya sé de qué va el tema.

Ella se apretó las mejillas con las manos. Estaban ardiendo a pesar de que tenía la piel de gallina por todo el cuerpo.

—No te conté los detalles. A nuestra fiesta de compromiso asistió esa chica, Kaia. Yo no la conocía, era amiga de Justin en la universidad. Piernas largas y bronceadas, trenzas rubias, un *piercing* en la nariz... Una Barbie con espíritu hippie. Una aventurera que se ganó a la gente con sus andanzas por Nepal, sus travesías como parte de la tripulación de un yate por los Mares del Sur. Justin me aseguró que jamás se había liado con ella...

—Mintió —señaló Nick con absoluta certeza.

Ella lo miró.

—De eso ya me di cuenta yo sola. Sigamos, yo me encontraba sirviendo una ronda de daiquiris cuando Justin me preguntó si podía utilizar mi coche para llevar a Kaia a la estación del tren. No me preocupó que no volviera enseguida, hasta que comenzaron a pasar demasiadas horas. —Se mantuvo en silencio un buen rato. El viento silbaba entre las ramas de los árboles debajo del porche.

—¡Qué capullo! —estalló Nick.

—Sí, un capullo —convino ella con voz remilgada—. Bueno, a lo que iba. Resulta que Kaia comenzó a chupársela en el coche mientras él conducía.

Nick giró todo su cuerpo para apoyar la espalda en la barandilla, mirándola con cierta fascinación.

—¿Cómo lo has sabido? No me digas que además de capullo es lo suficientemente imbécil como para confesarlo.

Ella le miró con desdén.

—No, no, nada de eso. Me enteré cuando me llamaron del hospital.

—¿Del hospital? —Abrió los ojos como platos—. Pero ¿qué fue lo que ocurrió?

Ella soltó el aire. Por curioso que pareciera, incluso después de todo lo que había pasado en las últimas horas, la historia seguía consiguiendo que se sintiera humillada.

—Al parecer, Kaia domina ese arte con tal pericia que Justin se olvidó de que iba conduciendo un coche. *Mi* coche, para ser precisos. Y que estaban en una calle muy transitada, en plena zona comercial.

Nick soltó un silbido y se le curvaron los labios.

—Sí, sin duda —observó con deleite—. Capullo e imbécil.

—Estoy de acuerdo contigo. Mi coche fue declarado siniestro total. Kaia sufrió una lesión en el cuello y tiene contusiones por haberse golpeado contra el volante. Y Justin... Bueno... —Se encogió de hombros—. Ese capullo es afortunado, sigue teniendo pene.

Nick jadeó.

—¿No querrás decir que...? ¡Oh, Dios! —Hizo una involuntaria mueca como gesto de solidaridad masculina.

—Sí, le mordió —expuso ella con frialdad—. Se lo merecía, por cabrón.

Nick se inclinó hacia delante y ocultó la cara entre las manos. Ella vio que le temblaba la espalda, así que después de todo estaba riéndose de ella. Le pinchó con el dedo índice.

—No vale —se quejó—. ¡Me lo prometiste!

Él hizo un gesto con la mano en el aire, presa de otra convulsión.

—¡Eres increíble, nena! No sé cómo lo consigues. No lo sé, de verdad.

—Acabas de decir que no te ríes nunca, pero siempre acabas riéndote de mí —protestó—. ¿Por qué? ¿Tengo monos en la cara?

Eso provocó un nuevo estallido. Nick volvió a ocultar el rostro y a estremecerse sin control.

Ella se dio por vencida y decidió esperar a que se tranquilizara. Poco después se dio cuenta de que Nick no podía contenerse. Lo intentaba, pero era como ver a un bañista atrapado por las olas al que la resaca no dejara salir del mar. ¿Estaba Nick lloran...? ¡No, por Dios! Seguro que prefería morir que derramar una lágrima.

Le puso la mano sobre la espalda caliente.

—¿Estás bien...?

—No, por favor. No hables, será peor —advirtió agitado.

Ella le acarició como si estuviera apaciguando a un animal salvaje.

—Es una satisfacción ver que mi humillación te resulta tan entretenida — meditó ella—. Sigue, sigue, no te cortes. Ríete de mí, Nick, ya estoy acostumbrada.

—¡Oh, joder! —Las convulsiones se incrementaron—. Por favor, cállate.

—Imagino que debe de ser muy gracioso —prosiguió ella, meditabunda—. Le da al término «putón comehombres» un significado completamente diferente, ¿no crees?

Pareció que él se ahogaba antes de dejarse llevar de nuevo por las carcajadas.

Verlo presa de tal ataque la hizo sentirse poderosa, y no dejaba de resultar curioso. Estaba segura de que le vendría bien, un cavernícola —como se definía a sí mismo— no debía de estar acostumbrado a llorar de risa. Le vendría bien como terapia. Siguió acariciando los anchos y temblorosos hombros y esperó.

Transcurrió un buen rato, pero por fin él la miró entre los dedos, enjugándose las lágrimas mientras murmuraba algo en aquel lenguaje que tan rudo sonaba y en el que llevaba hablando todo el fin de semana. Esbozaba una amplia sonrisa.

Ella contuvo el aliento. Cuando sonreía era guapísimo, se le veía radiante. Le encantaban las arruguitas que se le formaban alrededor de los ojos y en la comisura de la boca. Tuvo que recordarse que debía seguir respirando.

Él la miró con cautela, y la sonrisa desapareció.

—¿Por qué me miras así?

Ella tenía la boca seca.

—Estaba pensando... en lo guapo que estás cuando sonríes —susurró.

Él no movió ni un músculo facial, pero ella notó que se iluminaba una luz en su interior. Y se encendía también en su pecho respondiendo a su llamada.

Capítulo



NICK escuchaba la vocecita que gritaba en su interior. Le decía que estaba comportándose como un capullo... Que haría más daño a Becca si seguía adelante; que ella acabaría odiándole a muerte, *blablabla...*

No sirvió de nada. El deseo que le invadía era incontenible, gigantesco. Se giró y se movió sobre la escalera hasta quedar de rodillas ante ella. Una imagen muy gráfica de lo dispuesto que estaba a suplicar si fuera necesario.

La miró a la cara. ¡Joder! Era demasiado hermosa para su bien. Tenía que conseguir ocultar su belleza, incluso ponerle una bolsa en la cabeza si fuera necesario. La gente recordaría su rostro aunque no tuviera por qué hacerlo.

Era tan guapa que le dolía mirarla. Aquel delicado rubor en sus mejillas, las suaves líneas de sus pómulos, la barbilla. Y aquella boca que resultaba especialmente sensual con el labio inferior tan exuberante y apetecible. Era sexy por todas partes y, sin embargo, muy femenina. Una simple mirada a esa boca habría conseguido que se empalmara si no lo estuviera ya. Sentía la polla enorme en el interior de los vaqueros, como si no acabara de disfrutar del más explosivo y sorprendente polvo de su vida. Y aquella escotada bata, provocadora de erecciones, mostrándole el nacimiento de sus tetas no ayudaba en lo más mínimo.

Las rodillas asomaban pudorosamente entre los pliegues de la bata y él apoyó las manos en ellas. Alzó la mirada y la vio humedecerse los labios antes de bajar la vista al oscuro triángulo que formaba la tela sobre los muslos apretados, donde se ocultaba el lugar más ardiente.

Las pálidas rodillas estaban llenas de rasguños y heridas. Se inclinó para besarlas y las callosas yemas de sus dedos se engancharon en la seda hasta que llegó a la piel. Buscó más con codicia, subiéndole la tela por las piernas. La prenda se abrió hasta el ombligo, donde detuvo el avance el nudo del cinturón, dejando a la vista el oscuro vello púbico.

La fuerza que oponían las piernas no fue suficiente para mantenerlas cerradas cuando él ejerció una implacable presión con los dedos. Insistió hasta que las abrió, hasta que pudo recrearse, observando la sombría unión de

sus muslos; aquel lugar sagrado. Su hermoso sexo estaba preparado para él.

Tensó los dedos al notar la presión en los testículos.

Supo que el inequívoco propósito que asomaba a su expresión la asustó, porque se levantó tambaleante, le apartó las manos de un golpe y se envolvió en la seda de colores al tiempo que se daba la vuelta.

—¡Estate quieto! ¡La casera está abajo y pueden vernos los vecinos desde la ventana!

—No me importa —repuso él.

—No, claro que no —replicó ella con sequedad—. Ya hemos llegado a la conclusión de que eres un cavernícola.

—¿Eso quiere decir que puedo echarte al hombro y cargarte hasta mi guarida?

—¡No! No puedes —gritó ella—. Esta guarida es mía. Puedes llevar las tazas de café hasta el fregadero. Eso es lo que debes hacer.

—No debería haber preguntado —rezongó él—. Ha sido un importante error táctico.

Ella cruzó los brazos para ocultar los pezones que se erguían contra la tela.

—Pues haberlo pensado antes.

Estuvo a punto de volver a estallar en carcajadas, pero lo que tenía pensado hacer durante la siguiente media hora no incluía otro ataque de risa, así que respiró hondo. Cogió las tazas con una mano y empujó a Becca con la otra, haciéndola tropezar antes de llegar a la cocina. Avanzó hasta el fregadero, donde lavó las tazas y las puso a escurrir.

Se volvió hacia ella.

—¿Y ahora?

Becca le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué?

—No solo he dejado las tazas en el fregadero, también las he lavado.

Ella puso los ojos en blanco.

—¡Oh, Dios, Nick! Me abrumas.

—Bien. —La tomó por las muñecas y separó los brazos de su cuerpo. Luego le bajó la bata por los hombros para dejar los pechos al descubierto, quedando los brazos atrapados entre los pliegues de las mangas. Aprovechó la ocasión para llevárselos a la espalda, donde los retuvo con una mano—. Te encanta que te abruma. Es lo que más te gusta del mundo.

—Exagerado... —susurró ella, gimiendo sobre sus labios cuando él

reclamó su boca con un beso voraz. Los erizados pezones se rozaban contra el vello de su pecho mientras él exploraba la dulce suavidad de su boca con sabor a café. La apretó con fuerza entre sus brazos.

—Quizá —convino él—. Pero contigo funciona muy bien.

—En este aspecto sí, pero después es un desastre —repuso.

Él bajó la mirada a los sombríos ojos verdes, enmarcados por aquellas largas pestañas negras. En ese momento ella no se estaba creando falsas expectativas.

La declaración flotó entre ellos como el eco de un acorde musical. Becca esperaba que lo negara; que le dijera que no era cierto.

Pero no podía, no podía cambiar las reglas. Ser prisionero de la realidad le cabreaba. Le enfermaba aquella situación. Estaba harto de comer veneno, de tener que limitar cada paso que daba por culpa del deber, del sentimiento de culpa, del miedo. Estaba harto de ser víctima de los remordimientos.

Y quería disfrutar de aquello que estaba naciendo con Becca. El universo entero podía descojonarse con aquella broma cósmica a su costa todo lo que quisiera, pero iba a tener por lo menos esa noche. Por él. No sería para siempre, claro, pero sí allí y ahora. En ese momento ella era suya.

Hizo girar a Becca sobre sí misma hasta que quedó de cara a la pared. Enterró la cara en el lugar donde el hombro se une al cuello al tiempo que se desabrochaba los vaqueros. Apresó la bata con el puño y subió la tela hasta que pudo palpar las cálidas y tiernas curvas de sus nalgas, la cálida hendidura entre ellas, los resbaladizos pliegues de su sexo. Se pegó a ella al tiempo que la obligaba a arquear la espalda para que sus caderas estuvieran en el ángulo correcto. Gritaron al unísono cuando introdujo la erección en el estrecho y empapado canal.

Cuando sintió aquella dulce fricción, la resistencia que oponía su vagina a ser traspasada por su miembro, estuvo a punto de correrse. Pero se enterró hasta el fondo, consiguiendo que se dilatara para dejarle paso hasta que toda la longitud estuvo empapada en su rocío, abrazada por las apretadas y palpitantes profundidades.

Ella gritó y apoyó los brazos temblorosos en la pared al tiempo que los músculos internos de su sexo vibraban y latían en torno a la enorme intrusión.

—No —le suplicó—. Así no. No, por favor... no me gusta así.

Él se quedó paralizado. Su instinto rara vez se equivocaba cuando se trataba de sexo, al menos, no cuando ya había llegado a ese punto.

Comenzó a acariciarle las nalgas con manos lentas y tranquilizadoras,

estremeciéndose por el deseo de dejarse llevar y poseerla sin más.

—De esta manera no te rozaré el clítoris. —Tenía la voz ronca por el esfuerzo—. Te prometo que te correrás. Te encantará.

—No es por eso. —Tenía la voz temblorosa—. Es que... me hace sentir como me sentí con ellos... —Se interrumpió.

Nick supo al instante de quien hablaba. Le envolvió la cintura con el brazo notando que le temblaba todo el cuerpo por el esfuerzo que suponía quedarse quieto. Apretó los dientes, maldiciendo para sus adentros. Las mujeres y sus jodidos caprichos. Era como tener que moverse a ciegas en un campo de minas.

—No es por tu culpa —explicó ella—. Es por cómo me miraban sin verme. Cuando no te veía a ti me sentía... —Su voz se desvaneció y la escuchó tragar saliva—. Sola. Peor que sola. Lo siento, no te estoy culpando.

—No me pidas perdón. No tienes nada por lo que pedir perdón —escupió mientras retiraba el erecto miembro de su interior.

Se miraron fijamente durante un momento y luego la tomó en brazos para dirigirse al dormitorio. Ella se tensó, aferrándose a sus hombros como si temiera que fuera a dejarla caer.

La depositó sobre la cama. Había un espejo de medio cuerpo en el tocador; ese espejo era la respuesta a sus oraciones. Lo arrastró para colocarlo de manera que ella pudiera verse reflejada. La vio alisarse el pelo antes de rodearse con los brazos y acurrucarse en posición fetal.

—Te veo a ti todo el tiempo —aseguró él—. Incluso cuando cierro los ojos.

Ella le miró, insegura, con el rosado y húmedo labio inferior apesado entre los dientes y los ojos muy abiertos.

—No veo nada que no seas tú —repitió—. Te lo juro.

Ella se secó las lágrimas y meneó la cabeza.

—Me siento confundida —susurró—. Ya te lo dije en una ocasión, no soy una aventurera y todo lo que nos ha ocurrido fue espantoso. Me ha dejado vacía.

—Dime una cosa, ¿qué es realmente ser aventurera? —Nick rodeó la cama y buscó sus ojos en el espejo, desde su espalda, al tiempo que le acariciaba las caderas y las nalgas—. Has dicho que Kaia era del tipo aventurero... ¿Es porque viajó a Nepal? ¿Porque formó parte de la tripulación de un yate? ¿Porque asistió a fiestas salvajes en Tailandia? ¿Porque le hizo una mamada a un tipo comprometido mientras él conducía el coche de su novia?

Seguro que eso la hizo sentirse muy aventurera... He conocido a muchas mujeres como ella; jóvenes mimadas que viven sus fantasías seguras de que alguien las respalda y con la tarjeta de crédito de la cuenta de papá en la cartera, al lado del pasaporte, el móvil y la pipa para fumar hachís.

—No creo que eso sea relevante. ¡Oh, Dios mío...! —Ella cerró los ojos y contuvo la respiración cuando él le apartó el pelo de la nuca para besar ese punto con los labios separados.

—Estoy seguro de que esa zorra jamás se vio obligada a cocinar un menú de *gourmet* para el jefe de una de las mayores organizaciones criminales del mundo —murmuró—. De que nunca tuvo que servir la cena casi desnuda sin parpadear. Ni que después escapó y pudo contarle. Y también estoy seguro de que jamás estuvo con un tipo tan caliente como estoy yo en este momento. Anda, compruébalo.

Ella se estremeció.

—No me hagas reír. No tiene gracia.

Él le deslizó las manos por la sedosa piel del interior de sus muslos hasta que pudo acariciarle los anegados pliegues.

—Solo quiero que comprendas que esa zorra de Kaia no sabe nada de aventuras, nena. Yo estoy hablando de la realidad; cuando te juegas la piel, cuando deseas haberte quedado en casa. Cuando lo que más deseas es no haberte levantado de la cama.

—¡Oh...! —jadeó ella.

—Pero tú sí lo has hecho —siguió diciendo bajito—. Lo superaste y estás bien, porque eres valiente. Y fuerte. Y tan guapa que me matas. No pienso apartar la mirada de ti ni un segundo. No puedo. Dame lo mismo, por favor.

Pasó un buen rato antes de que ella venciera aquella resistencia interior, y la espera casi lo mató. Se la quedó mirando hipnotizado, por el contraste entre sus manos bronceadas contra la pálida piel de ella. Sus pechos llenaban sus manos por completo, redondos y tiernos. La mordió en la nuca, lamiendo ese punto sensible que siempre provoca un escalofrío.

Dibujó patrones abstractos con los dedos sobre las delicadas curvas de sus senos mientras aspiraba con ansia su aroma. Su erección se agitaba enhiesta entre los muslos de Becca, congestionada y preparada.

Mientras esperaba, con los dientes apretados, tuvo una especie de vaga revelación. Tuvo que aferrarse a ese pensamiento porque la mayor parte de su cerebro estaba perdido en el desesperado deseo de penetrarla. No era capaz

de ningún tipo de razonamiento complejo.

Siempre había ocultado su parte más oscura a las mujeres con las que mantenía relaciones. Aquella letal violencia que le rodeaba y las inevitables consecuencias que acarreaba. Ninguna conocía lo que se había visto obligado a ver, a hacer; ninguna mujer había estado atrapada con él en esa pesadilla y, por tanto, ninguna podía comprender lo que eso significaba. Ni lo que todo eso hacía en la psique de una persona. Cómo podía atraparte y hundirte en la miseria; cómo te hacía sentir vacío por dentro.

Hubiera hecho lo que fuera para que ella tampoco lo supiera, pero lo sabía. Y eso lo cambiaba todo; derribaba una de las barreras que había entre ellos.

No sabía todavía si eso era bueno o malo. Imaginó que sería malo.

Pero ¡joder!, qué bueno era estar con ella. Deslizó los dedos lentamente por la suave piel y ella se inclinó hacia delante al tiempo que colocaba las palmas sobre las manos con las que él le cubría los senos, arqueando la delgada espalda y separando los muslos.

Expuso ante sus ojos aquel trasero perfecto y el delicado sexo con total confianza. Sus ojos seguían clavados en los de él a través del espejo y separaba los labios, jadeando de excitación.

Le horrorizó darse cuenta de que le picaban los ojos y tuvo que romper el contacto visual por un momento para presionar la cara contra la elegante espalda, anonadado de que ella le ofreciera tanto.

Becca se merecía mucho más de lo que él podría darle.

Y eso le enfureció. Le frustró, le dejó sin control. Enterró la polla en su interior. Jamás era una penetración fácil, daba igual lo mojada y resbaladiza que estuviera. Su sexo era estrecho y le ceñía como un puño. Tenía que sumergirse poco a poco, empujando y retirándose a pesar de que ella se impulsara hacia atrás, aceptándolo sin cortapisas.

Volvió a alzar la cabeza y miró al espejo. Le había prometido que la miraría. Observó que su propio rostro era una máscara de autocontrol, pero que las emociones que bullían en su interior asomaban a sus pupilas.

Igual que se mostraban en las de ella. Cuando sus ojos se encontraron, se puso en marcha un mecanismo sobre el que no tenía control; no podría haber apartado la mirada aunque le fuera la vida en ello. Intentó aprender a conocer su cuerpo mientras la tentaba con la polla, observando qué movimientos y caricias la hacían temblar y gemir, pero acabó perdiendo el control y cayendo en la vorágine. Tuvo que dejarse llevar por las demandas de su cuerpo y rezar

a Dios para que ella estuviera sintiéndose igual, porque no podía detenerse, no podía... parar. Era imposible.

Ella jadeaba con cada profunda estocada, impulsando con avidez las caderas hacia atrás, pidiéndole más. De pronto él sintió la energía que crecía en el interior de Becca, como si se preparara para saltar...

Y por fin notó que se corría con aquellas deliciosas vibraciones que apresaban su polla. Él estalló también, siguiéndola al éxtasis, pero una oscura parte de su mente le recordaba que...

Se retiró justo a tiempo de que los perlados chorros de su esperma cayeran sobre las nalgas y la espalda de Becca.

A ella le fallaron los brazos y se derrumbó sobre el estómago. Él la siguió, apoyándose en los codos para no aplastarla. Estaba pegado a Becca con semen. Presionó la cara contra las protuberancias de su columna vertebral y dejó que su pelo enredado absorbiera sus lágrimas, intentando respirar a pesar de los hipidos y toses.

Ella le clavó los dedos en las muñecas y esperó temblorosa. Sabía lo que venía ahora. No tenía un pelo de tonta.

El único tonto era él por renunciar a eso. No una, sino dos veces.

Se sentía desolado, vacío. Como si hubiera vuelto a varar en la estéril playa de la realidad, como si no hubiera sido suficiente con la primera. Jamás aprendía. Tenía que irse de allí definitivamente. Antes de que volviera a buscar consuelo en su cuerpo una vez más, y cometiera el mismo error. Si lo repetía de nuevo, lograría que en cada ocasión fuera peor que en la anterior.

Era tan adicto a ella como su padre a la bebida. Era un drogadicto, solo que no había encontrado su droga hasta ese momento.

Y se sentía avergonzado.

Retiró los dedos de su cuerpo y se irguió sobre ella. Le dio la espalda y entró en el cuarto de baño con los pantalones medio bajados. Debía limpiarse el semen que resbalaba por su vientre, pero no podía arriesgarse a ducharse otra vez. Estar desnudo y mojado cerca de Becca siempre acababa de la misma manera.

Procuró no mirarla mientras rebuscaba el resto de su ropa por el suelo.

—Entiendo que esta es la rutina normal para ti después del sexo —dijo ella en voz baja, acercándose a él—. Actuar como un témpano de hielo, no hablarme, no mirarme siquiera.

Él abrió la boca para responder, pero se contuvo y apretó los labios. Dijera lo que dijera sería usado contra él con fría justicia femenina.

—¿Qué he hecho para merecer esto? —preguntó ella con suavidad.

Él encontró la camisa y se la puso. Recogió las botas de camino al dormitorio, donde se las pondría. Le debía al menos una explicación.

—Nena, no sé lo que crees que quieres de mí, pero estás mejor sin ello.

—¡Maldita sea! ¿No puedes al menos mirarme?

El brusco tono le cogió por sorpresa e hizo lo que le pedía. Pero se concentró en el oscuro pelo revuelto en vez de mirar los enormes ojos verdes que le observaban con dolor.

—Tienes que cortarte el pelo —dijo sin pensar—. Córdatelo hoy, Becca. Y tíñelo. Deberías usar lentillas de colores, ponerte los ojos castaños. Sí, será lo mejor.

—¡No cambies de tema! —gritó ella—. ¿Por qué tengo la sensación de que estás castigándome por algo de lo que no tengo culpa?

Él meneó la cabeza.

—Esta conversación es demasiado profunda para mí.

—¡Memeces! —replicó ella con voz aguda—. Aquí no hay cámaras de vídeo, Nick. No hay ningún matón observando si eres lo bastante malo para satisfacerle. Puedes relajarte un poco. Es solo una sugerencia, ya sabes.

Él se sentó en la alfombra, en medio de los cojines, para ponerse los húmedos y pegajosos calcetines.

—Soy así —aseguró él—. Es la cruda realidad.

Becca pareció reflexionar sobre ello mientras se arrodillaba en la cama. Perdida en la furia había olvidado cubrirse o esconderse. Tenía la barbilla erguida, las mejillas ruborizadas y los ojos brillantes. Era una hermosa mujer enfurecida y emanaba poder.

—Muy bien... —claudicó ella—. Imagino que yo veo algo que tú no ves.

—Ves lo que quieres ver —aseguró él—. Como todas las mujeres.

Supo que la había herido por el pesado silencio que siguió a sus palabras. Pero volvió a insistir un poco después, dura como una roca.

—No me creo nada —repuso.

—¿Y qué es lo que no te crees? —Metió el pie bruscamente en la bota y comenzó a atarla. Estaba empapada y los cordones de cuero hinchados y duros.

—No me creo ese numerito. Esa actitud miserable y borde que adoptas —explicó—. Sencillamente no me lo creo. Has hecho algo sorprendente por mí esta noche y no puedo imaginar que...

—No —la interrumpió mientras luchaba con el cordón—. Lo que hice

esta noche fue fracasar. Métetelo en la cabeza.

Ella tomó aliento temblorosamente.

—No fue culpa tuya que yo apareciera en esa casa. ¡Y te aseguro que salvarme la vida no es fracasar!

—No me refería a eso —gruñó él—. Mi trabajo era encontrar una solución con la que no me cargara mi tapadera. Y fracasé. He tirado por la borda años de mi vida. —Encogió los hombros antes de ponerse en pie, rindiéndose con los cordones y dejando las botas desatadas—. Estoy hablando de pura supervivencia, nena. Estoy tratando de ver las cosas por el lado bueno en la medida que puedo. Por lo menos he disfrutado de un sexo espectacular. Me has dejado marcado; jamás lo olvidaré.

Ella pasó las piernas por el borde de la cama y se puso en pie al otro lado, dándole la espalda.

—Muy bien —claudicó ella—. Me rindo, Nick. Eres malísimo, horrible, espantoso. Ya me has convencido. Ese papel debe de consumir mucha energía y estarás cansado. Vete, anda.

Aquellas palabras consiguieron que se le encogiera el estómago hasta límites inimaginables y que cayera en un pozo de insondables profundidades que no había conocido nunca.

—Es mucho mejor que sepas cómo soy —aseguró con voz ronca—. Es preferible a desilusionarte después, créeme.

Ella hizo un gesto brusco con la mano.

—Confíé en ti —le cortó—, no sigas echándomelo en cara. Vete y punto, ¿vale? Ya he tenido suficiente.

Aquellas eran las palabras que necesitaba para salir del hechizo y ponerse en movimiento. Estiró el brazo para tocar su brillante cabello, que se ondulaba sobre la espalda. Lo agarró todo con la mano. Lo notaba cálido, sedoso, vivaz... Esas sensaciones le hicieron lamentar lo que estaba a punto de hacer, pero era lo mejor.

—Eres una buena mujer, Becca —aseguró.

Ella se rio con amargura.

—¿Y eso es bueno o malo? Contigo nunca se sabe y no me atrevo a intentar adivinarlo. —Sacudió la cabeza, intentando que le soltara el pelo.

Él apretó el puño con más fuerza, deslizándolo un poco por la melena.

—Es una observación, no un piropo —repuso.

—Suéltame, por favor. Y gracias por la aclaración. No quiera Dios que pueda llegar a pensar que eres capaz de decir o hacer algo agradable.

—No lo quiera, no —convino él—. Una mujer como tú debería mantenerse muy lejos de los capullos como yo.

—Gracias por la advertencia. —Ella movió la cabeza bruscamente cuando escuchó que abría la navaja, pero él fue demasiado rápido. Dos tajos y la gruesa melena quedó colgando de su mano.

Becca soltó un alarido y se lanzó hacia él.

—¡Mi pelo! ¿Cómo te has atrevido? ¿Por qué lo has hecho?

Dejó caer el pelo sobre la cama, donde formó un pequeño montón. Parecía menos al verlo separado de ella.

A Becca le colgaban ahora desiguales mechones sobre las orejas y los hombros, unos más largos que otros.

—No ibas a hacerme caso —aseguró él—. No quería tener la incertidumbre de si lo harías o no. Ahora ya estoy seguro.

—¡Eres un controlador hijo de perra! —Hizo hincapié en cada palabra, empujándole fuera del dormitorio.

—Veo que por fin te has dado cuenta.

—¡Fuera! —gritó ella—. ¡Sal de mi casa, estúpido! ¡Largo!

Se adelantó a ella para coger precipitadamente la SIG del tocador. Dejar un arma cargada al alcance de una mujer a la que acababa de cortar el pelo con una navaja no era una de las cosas más brillantes que hubiera hecho en su vida.

Luego permitió que le empujara hacia la puerta principal, hasta que le echó fuera, cerrándosela en las narices. El portazo resonó en sus oídos durante un buen rato.

Bueno, demonios, ya había cerrado todas las puertas. ¡Y de qué manera! Pero no sabía de qué se extrañaba; dejar las puertas cerradas era tan natural para él como respirar.

Bajó las escaleras como si fuera otra persona. Alguien a quien no deseaba lo mejor. Sacó las llaves y subió al vehículo. Lo puso en marcha mientras los pensamientos se arremolinaban en su cabeza. Debería haberle dejado un número de teléfono. Si ocurriera lo peor y Zhoglo...

No.

Por un lado, las posibilidades de que le ocurriera algo disminuían de manera exponencial si no tenía contacto con él. Y por otro, si Zhoglo daba con ella, no le daría tiempo a pedir ayuda. Jamás. Y él estaba mejor sin saber si le había sucedido algo.

Condujo de forma automática hacia su casa. Aparcó en su plaza y se

quedó allí sentado, con la mente en blanco, durante un tiempo que pareció eterno. Por fin metió la mano en el bolsillo y sacó el mechón de satinado pelo castaño que se había guardado.

Lo acarició; ese era el único verbo capaz de describir lo que estaba haciendo. Era muy suave. ¿En qué demonios estaba pensando para quedarse aquello como trofeo? No lo sabía.

Lo mejor sería que pusiera su cerebro de nuevo a funcionar, a pensar en la mejor manera de sobrevivir. Lo intentó, pero era como fustigar a un caballo muerto.

Lo único seguro era que debía ponerse en movimiento y alejarse lo más posible de Becca. Solo se detendría en su casa un instante, para recoger todas sus pertenencias antes de desaparecer. Si Zhoglo daba con él, su siguiente paso sería localizar a Becca. Él no se hacía ilusiones sobre el tiempo que tardaría en cantar si caía en manos de un torturador diestro. En esos casos no solía importar lo fuerte o resistente que fueras, al final lo largabas todo.

Deseó haberla asustado lo suficiente como para que huyera lejos, a algún lugar que él no conociera, pero sabía que era terca como una mula e imposible de intimidar. Tenía claro que la mayor amenaza para ella en ese momento era él mismo, era el único que conocía su nombre y su dirección. Y él no podría dormir por las noches sabiendo que Zhoglo estaba ahí fuera, buscando su rastro.

Tampoco es que durmiera mucho. No dormía bien desde que había ocurrido aquello con Sveti y Sergei.

Recorrió su piso como si estuviera perdido. El lugar, vacío y frío, le parecía poco familiar. Un sitio en el que dejar sus cosas y, en ocasiones, su cuerpo, pero no era un hogar. No había estado allí el tiempo suficiente para sentirlo como tal.

No le llevó demasiado tiempo reunir sus pertenencias; no tenía demasiado. Un par de armas, algunos puñales, la unidad de disco duro, el portátil y las fotos de su madre. No tenía ninguna de su padre ni tampoco la quería. Además, si quisiera recordar a su padre, lo único que tenía que hacer era acercarse al espejo y ver sus propios ojos de serpiente, su boca huidiza y la nariz aplastada. Era la viva imagen de su progenitor. Lo único que le faltaba era el olor a alcohol que su padre exudaba por cada poro de la piel.

Tomó la foto de Sergei y Sveti que colgaba en la pared. Estaba desenfocada; era una imagen de baja calidad sacada con un móvil. No sabía por qué la había enmarcado; jamás estaba en casa para mirarla.

Rompió el marco barato y recuperó la imagen, que guardó dentro de un sobre acolchado.

Ver la dulce sonrisa de Sveti le revolvió el estómago. La miró fijamente, intentando digerir la verdad como si fuera una amarga píldora. Lo mejor que podía hacer por ella sería eliminar a Zhoglo de la faz de la Tierra, pero eso comenzaba a parecerle imposible además de suicida. De todas maneras, ¡qué coño!, no tenía otra cosa que hacer.

Solo faltaba una cosa. Sacó la caja con los aparejos de pesca del armario y rebuscó en el interior hasta que dio con una bolsa de plástico hermética, igual a las que los camellos usaban para repartir su mercancía.

Sacó de allí la mosca artificial de plumas y la dejó caer en las entrañas de la caja; luego buscó hasta encontrar un trozo de sedal lo bastante largo para sus propósitos. Una vez lo encontró, se sentó bajo la luz del comedor y sacó el mechón de pelo de Becca del bolsillo.

Se tomó un momento para volver a acariciarlo y frotarlo entre los dedos para devolverle la brillante perfección original y, una vez conseguido, lo enroscó en un dedo y lo aseguró con el nailon rojo. Tenía los dedos hábiles después de pasarse años montando moscas; era lo único útil que había aprendido de su padre.

Luego introdujo el rizo dentro del sobre de plástico con las fotos. Un segundo después lo volvió a sacar para guardárselo en el bolsillo.

¡Dios! Estaba cansado. Le dolían hasta los huesos. En algunas ocasiones deseaba que Zhoglo se diera prisa y lo matara de una vez, así podría conseguir un poco de descanso. Pero estaba seguro de que incluso así le perseguirían los problemas. Acabaría en algún lugar conflictivo, lleno de armas y llamas.

La vida era una mierda, ¿por qué iba a ser diferente la muerte?

Seguía rumiando aquel desalentador pensamiento cuando comenzó a sonar el móvil. Miró la pantalla. ¡Puff! ¡Joder! Era Tamara.

Bueno, lo malo mejor pasarlo cuanto antes. Apretó el botón verde.

—¿Sí? —farfulló.

—¡Imbécil! —La voz atravesaba la línea telefónica como si fuera ácido—. Ni siquiera eres lo suficiente hombre como para conseguir que te maten.

Él puso los ojos en blanco al tiempo que entraba en el cuarto de baño, sosteniendo el teléfono con el hombro. Comenzó a buscar en un cajón la maquinilla para cortar el pelo. Estaba seguro de que tendría las cuchillas oxidadas; no se lo cortaba con ella desde hacía tres años.

—Tu preocupación me conmueve. —Aquel infructuoso intento de ser

irónico le recordó los sarcásticos comentarios de Becca.

Las bravuconadas no servían para ocultar el frágil ser que era en realidad.

—¿Preocupación? Bah, eso no es más que una excusa masculina —repuso Tam en ucraniano—. Ludmilla me acaba de llamar, está histérica. Cree que le van a cortar las tetas, y tiene buenas razones para pensarlo. ¡Eres realmente eficaz, Nikolai! Sea lo que sea lo que has hecho, va a costarme caro. No debería haber intentado ayudarte. ¡Tenías que matarlo, memo! ¡Era una misión suicida!

Bueno, Tam era una perra muy fría cuando estaba cabreada.

—Y lo era —afirmó—. Pero se acabó convirtiendo en un asesinato suicida.

—¿Se convirtió en qué? ¿De qué coño hablas? Usa frases cortas y pocas palabras, ¿qué ha pasado?

Nick sacó unas tijeras del cajón y, tras presionar el altavoz del móvil, lo dejó encima de la encimera. Miró su imagen en el espejo mientras sostenía un grueso mechón de pelo enredado por encima de la cabeza y lo cortó de un tijeretazo. Lo dejó caer en el lavabo.

—Una mujer —dijo.

—¿Una mujer? ¿Qué mujer? —comenzaba a chillar.

—Pasó... una mujer —explicó con los dientes apretados.

—Espera un momento. —Tam permaneció un rato en silencio. Él casi escuchó girar los engranajes en su cabeza—. No querrás decir que llevaste contigo a una mujer a la...

—¡Joder, no! —Cortó otro mechón—. Ella apareció por allí. Estaba en una de las casas cercanas. Una que debía haber estado vacía, lo comprobé una y otra vez. Pero ella apareció de la nada en medio de la noche y se puso a nadar en la puta piscina, justo la noche antes de que el gran Z hiciera su aparición.

—¡Dios! —gimió Tam—. Los hombres y sus complejos de superhéroes.

—Intenté acojonarla —se defendió. Era mejor que se saltara los detalles, porque si los llegaba a saber, Tamara le cortaría las pelotas para hacerse un collar con ellas—, pero resultó más obstinada de lo que supuse. Se dejó las gafas en la piscina antes de que la acobardara y regresó a buscarlas al día siguiente.

—No me digas más, déjame adivinar. ¿Apareció en el peor momento posible?

—Apareció en el mismo instante que el Vor y sus chicos salían del barco —explicó cansado—. Por desgracia para ella era guapa. Zhoglo se relamió de gusto y decidió que se la comería en el almuerzo.

Tam hizo un chasquido desaprobador con la lengua.

—Así que lo jodiste todo. A ti, a mí, a Ludmilla, y solo para rescatar a una mujercita indefensa, ¿no? —Su silencio fue la respuesta. La risa de Tam tenía un toque amargo—. No tuviste cojones para ver cómo la hacían trizas, ¿verdad?

Vio subir y bajar la nuez en el espejo cuando intentó tragar saliva.

—No tuve cojones para hacerlo yo —dijo—. Odio decírtelo, pero tengo mis límites.

- *Mmm*. Eres blando, Nikolai. Blando de sesera y débil de espalda. Sin embargo, estoy segura de que tienes una parte dura como el diamante, ¿verdad?

—Tam, no es lo que...

—Espero que su culo valga la pena, imbécil. Espero que te joda bien la cabeza. Aunque no es tan difícil, tampoco tienes tanta. Y a la poca que tienes le das poco uso. ¿Qué voy a hacer ahora con Ludmilla? ¿Se te ocurre alguna idea brillante para que no le rajen las tetas, Nikolai? Le he pedido un favor y tengo que devolverlo.

Bajó la mirada a las tijeras que sostenía en la mano, pensando. Ludmilla era un posible contacto con Zhoglo del que podría aprovecharse. Estaba claro que el Vor querría hablar con ella. Era una putada para la alcahueta, pero cualquier mujer que se ganara la vida aprovechándose de jóvenes indefensas sabría cuidarse.

Sin embargo, en ese caso sus intereses iban de la mano de los de ella.

—Me pondré en contacto con Seth y Davy —dijo—. Les contrataré para que la vigilen las veinticuatro horas del día. Son dos tipos dispuestos a intervenir si Zhoglo envía a alguien para matarla.

—¿Oh, sí? ¿De veras? ¿Te haces una idea de lo que puede costar eso, amigo? ¿Cómo piensas pagarlo?

—Lo haré —aseguró.

—¿Lo harás? —Tam soltó una carcajada—. Eres un federal en la reserva. ¿Vas a pagarles con lo que ganes en la lotería? ¿Has heredado de un tío rico? Tienes una pensión, Nikolai. He visto tu declaración de la renta y tus cuentas corrientes. Para pagar el último CD tuviste que pedir un adelanto. A menos que dispongas de una cuenta en Suiza que yo no conozco, tus recursos son un

tanto escasos.

—Eres una zorra —replicó en tono suave mientras cortaba otro mechón—. No metas las narices en mis asuntos.

—Me limitaba a velar por mis intereses, querido —ronroneó.

—Pues préstame la pasta —sugirió—. Venderé el piso para devolvértelo.

—Te lo recordaré —le avisó ella—. Será divertido verte acurrucado debajo de un puente mientras yo cenó con velas en platos de porcelana china.

—Con alguien que te levante las faldas, Tam.

Ella bufó.

—¿Sigues interesado en matarlo o no? ¿Te has deshecho ya de todas esas estúpidas ideas de ser un héroe que tenías antes? Y no pienses que me creo que te preocupas por la seguridad de Ludmilla, tu complejo de héroe no da para tanto.

Él pensó en los crueles ojos de la rubia platino y se encogió de hombros.

—No le deseo ningún mal —aseguró—, pero sí, sigo interesado en matarlo. Me da igual la manera.

Tamara chasqueó la lengua.

—Haz las cosas bien esta vez. Si yo fuera tú, habría contratado a un francotirador para acabar con él limpiamente.

—Pero no lo eres —repuso con calma—. Y a mí no me pagas. Jamás aseguré que tendría éxito. Tenía mi propio plan, pero se jodió.

—¿De qué plan me estás hablando, Nikolai?

Dejó caer las tijeras en el lavabo, maldiciendo para sí aquellas imprudentes palabras. Estaba tan cansado que comenzaba a decir idioteces. Y era muy peligroso que Tam supiera demasiado de sus asuntos.

Sacó la navaja del bolsillo. Había servido con el pelo de Becca, serviría para el suyo. Comenzó a serrar mechones hasta que el lavabo estuvo lleno de pelo. Era muy diferente del suave cabello que le había cortado a Becca. Cerró el puño y recordó la sedosa sensación en su palma.

—Estoy esperando, Nikolai —le presionó Tam.

Tomó otro mechón y siguió cortando.

—Pues espera sentada.

—Esperaré lo que haga falta.

El silencio que siguió a sus palabras le crispó. Tam era despiadada, muy inteligente y resultaba imposible entender sus intenciones. Tratar con ella era como hacerlo con un extraterrestre. Solo quedaba respirar hondo, lanzar los dados y esperar que ella no tirara a matar.

—Todo esto es por lo que ocurrió en Ucrania hace seis meses, ¿verdad? —inquirió ella en tono suave—. Cuando asesinaron a Sergei y secuestraron a su hija.

La sorpresa le abrumó y se le cayó la navaja sobre el pelo cortado.

—¿Qué demonios sabes de eso? ¡Es información clasificada!

—Tengo mis fuentes —se jactó, tan fresca.

—Fue Con —siseó él—. Ese estúpido cabrón...

—Todavía sigues creyendo que encontrarás a la niña, ¿verdad? ¿Cuántos años tenía? ¿Once? ¿Doce?

Bajó la mirada al aparato negro que seguía hablando sin parar, torturándole, sin dejarle en paz un segundo.

—¡Oh, Nikolai! —Tam sonaba más suave, incluso triste—. Vas de duro, pero eres un osito. ¿Acaso no te das cuenta de que está muerta?

Nick ya no podía respirar ni hablar.

«¡No!», gritaba la voz en su cabeza. «A lo mejor está viva».

—Está muerta, o sería mejor que lo estuviera —continuó con contundencia.

Aquello le anudó las entrañas.

—¡Cállate, Tam! —gruñó.

—¿No puedes soportar pensar en ello? Pues métetelo en la cabeza, chico. La verdad te hará libre. Ya sea por una cosa o por otra está más allá de un rescate.

Nick soltó un exabrupto y cortó el último mechón que colgaba sobre sus ojos. Ahora tenía el pelo escalonado, como si se lo hubieran mordisqueado las ratas de una alcantarilla. Encendió la máquina para igualarlo. El runrún del aparato lo llenó todo.

—No puedo oírte, Tam —gritó—. Estoy cortándome el pelo.

Pasó la maquinilla por la cabeza y la barba una y otra vez. Había elegido la posición más larga porque tampoco quería raparse al cero. Hubo un tiempo en el que había hecho eso cada dos semanas, cuando todavía le gustaba arreglarse y llevar el pelo corto.

Al terminar se miró al espejo para valorar los resultados, mostraba una expresión sombría y poco satisfecha. No resultaba fácil de olvidar. Parecía un agobiado matón de mirada cruel que había recibido una bien merecida paliza. Apagó el aparato. El repentino silencio vibró en sus oídos.

—Sé lo que tratas de hacer, Nikolai —escuchó que decía Tam.

Gruñó.

—¡Genial, Tam! Eso te convierte en alguien un poco humano.

—Intentas salvar tu alma —adivinó ella—. Pero debes tener cuidado, amigo mío.

Dejó caer la maquinilla en el lavabo y la vio rebotar sobre el pelo. Se inclinó hacia delante y se sostuvo agarrándose a la encimera. Estaba vacío. Debajo de sus pies no había suelo, solo una interminable caída.

—Es peligroso dejar que un fracaso se meta dentro de tu alma —susurró Tam por el móvil—. Esa niña ya no está, Zhoglo acabó con ella. Asúmelo. Busca otra cosa en la que ocupar tu alma. Créeme, sé de lo que hablo.

Él contuvo el aire con una repentina náusea y comenzó a respirar entrecortadamente al mismo ritmo que la furia crecía en su interior.

—Te sientes así porque nadie te salvó, ¿verdad? —pinchó a Tam—. Te dejaron a oscuras. ¿Estabas tú también más allá del rescate, Tam?

Fue un farol, un disparo en la oscuridad. No sabía nada sobre el misterioso pasado de Tam. Ni él ni nadie. Pero supo por el repentino silencio que había dado en el clavo, con precisión milimétrica.

Y se sintió mal por ello.

—¡Que te jodan! —susurró Tam antes de colgar el teléfono.

Él cogió el móvil, cortó la llamada y lo lanzó contra el espejo, apuntando entre los ojos de su imagen reflejada.

«¡Crash!». El espejo se rompió dejando un círculo rodeado de grietas. Algunos afilados fragmentos de cristal quedaron colgando, otros cayeron sobre el lavabo.

Siete años de mala suerte, decían las supersticiones. Miró con fijeza aquel desastre. ¿Cómo era posible que existiera peor suerte que la que estaba teniendo últimamente?

Capítulo



KRISTOFF estaba aburrido en el nuevo alojamiento. Todavía no había nada que hacer. Nadie le pedía ayuda después de haberla cagado en la sala de control en la isla. El Vor estaba de un humor pésimo y lo mejor era mantenerse alejado de su camino tanto como fuera posible. Así que él se había recluido en la habitación del fondo, todavía atónito por lo que había pasado la noche anterior.

Estaba realmente sorprendido de que el Vor no le hubiera matado todavía por no haber reaccionado con la suficiente rapidez. Quizá no se le había ocurrido aún.

Se sentía culpable. Él había estado en su puesto, fantaseando con cómo se tiraría a esa mujer cuando le llegara el turno. Ver lo que Arkady hacía con ella por la pantalla del monitor los había puesto cachondos.

Y de pronto nada de nada. Arkady se había largado con la chica, dejando tras de sí cuatro cadáveres, como si fuera un jodido demonio salido del averno.

Encendió el portátil y se conectó a Internet para navegar por sus páginas porno favoritas. Descartó las posibilidades que menos le interesaban, como perversiones fetichistas, gais o BDSM. A fin de cuentas era un tipo tradicional, con gustos de lo más normales.

Sexo oral. Sí, le gustaba ver *mamadas*. Introdujo aquella palabra recién aprendida en inglés en el buscador.

Le salieron miles de resultados. Los fue ojeando, clicando sobre algunas fotos. Se abrió la cremallera del pantalón mientras contemplaba a las chicas. Brillantes labios pintados se abrían para albergar pollas más grandes de lo normal y él se masturbaba lentamente mientras admiraba con atención toda aquella variedad. Había mujeres de todos los colores, formas y tamaños, pero ninguna le parecía tan guapa como la de la isla. Aquella tenía unas tetas de infarto.

Clicó en otra imagen y esta se amplió. Se la quedó mirando boquiabierto. Era cosa de magia. Hacía un momento que estaba pensando en ella y de pronto

allí estaba: era la mujer de la isla.

Sin embargo, se fijó, no era una foto porno. Era una imagen normal, casual; ella miraba por encima del hombro con su largo cabello oscuro ondeando con la brisa. Parecía atemorizada y triste. Tenía la boca abierta como si estuviera riñendo a alguien mientras hacía un gesto con la mano a quienquiera que hubiera sacado la foto. Y llevaba gafas.

Leyó el texto en inglés con cierta dificultad:

«Rebecca Cattrell, esforzada prometida del travieso donjuán de moda, no quiso hacer comentarios sobre la herida que este sufrió en su miembro viril... Todo el mundo quiere saber algo sobre la famosa felación que acabó convirtiéndose en un escándalo y, posteriormente, en un proceso judicial de millones de dólares. Y mejor no hablar de lo que ocurrió en urgencias; ha pasado a formar parte permanente de las leyendas urbanas de este país».

Su erección desapareció por falta de atención cuando la excitación sexual fue reemplazada por otro tipo de entusiasmo. Guardó su miembro dentro de los pantalones, tomó el portátil y lo llevó al comedor. Quizá aquello sirviera para solucionar el desastre de la noche anterior.

Pavel acababa de servir un grueso filete al Vor. La carne estaba quemada por fuera y cruda por dentro, y la sangre se derramaba por el plato. A pesar de ello, el jefe lo tragaba con la voracidad de siempre.

Una mirada de reojo a la pantalla del portátil le proporcionó el coraje suficiente como para acercarse a la mesa a pesar de la mirada que Zhoglo le dirigió.

El jefe cortó un trozo de carne y se lo metió en la boca.

—¿Qué es tan importante como para interrumpir mi almuerzo? —siseó con aquella voz estremecedora.

Él dejó el ordenador sobre la mesa y orientó la pantalla para que Zhoglo pudiera verla.

Cuando lo hizo, dejó de masticar lo que tenía en la boca. Tragó y comenzó a reírse.

—¡No eres más que mierda, inútil y apestosa! —chilló Ludmilla en ucraniano. Sus ojos oscuros y muy maquillados le fulminaban a través de la enorme pantalla que Seth y Davy tenían en la sala de control del sótano. Nick se concentró en el furioso movimiento de la boca carmesí en forma de corazón—. No quiero verme involucrada contigo ni con tus estúpidos planes suicidas. Diles a tus hombres que se larguen y me dejen en paz. ¡Que se vayan a la

mierda! No quiero morir.

Después de la reprimenda de Becca y el golpe de gracia de Tam, él ya se estaba acostumbrando a que las mujeres le insultaran. Y menos mal, porque sin duda Milla no tenía rival en eso. Era campeona olímpica de insulto en ucraniano, y tampoco es que lo hiciera mal en inglés.

—Milla, en este momento tienes más posibilidades de sobrevivir si estás de nuestro lado —repitió él por décima vez, recurriendo a la poca paciencia que le quedaba—. En cuanto tenga la oportunidad, acabaré con él. Entonces tú serás libre.

—¿Ah, sí? Creo recordar que ya te escuché antes decir que lo matarías, imbécil, pero no veo que lo hayas conseguido. Y ¿cuál es el resultado? Estoy a su merced. ¿Y aún tienes el valor de pedirme más?

—Serás libre —repitió Nick con obstinación— y habrás vengado a Aleksei.

Decir eso era un riesgo. Sabía que veinte años atrás, Vadim Zhoglo había ordenado asesinar a Aleksei, el primer marido de Milla, pero no tenía ni idea de si ella estaba o no enamorada de él. Aleksei también era proxeneta y Ludmilla era una de sus chicas hasta que se casó con ella y le enseñó los entresijos del negocio.

Si se fiaba del cambio de expresión en la mujer, era evidente que sí le había querido.

—A ti no te importa nada Aleksei —gruñó ella.

—No, nada —reconoció con honestidad—. Ni siquiera le conocí. Pero tú sí, y eso es lo que cuenta. ¿No te gustaría ver muerto a este hijo de puta por lo que le hizo?

Notó que a Ludmilla le temblaban los labios de rabia contenida.

—No eres más que un cabrón inútil que me utiliza como si fuera papel higiénico para limpiar su mierda —siseó ella.

¡Oh, vaya! Y lo decía una mujer que se había hecho rica a costa de vender el cuerpo de otras mujeres al mejor postor.

—¿No crees que dormirás mejor una vez que sepas que Zhoglo está en el infierno? —insistió—. Venga, Milla, olvida lo que ocurrió ayer y pasemos página. Continuemos, deja que los chicos pongan micros. Lo harán con la rapidez y profesionalidad que les caracteriza. Serán invisibles y apenas emitirán señal, dado que los receptores estarán en el piso de al lado. No activarán ningún detector. Los chicos estarán ahí y podrán protegerte si Zhoglo...

—¡Basta! No me mientas más. No soy imbécil. A tus chicos no les importo, les daría igual que Zhoglo me cortara en pedacitos y me comiera con patatas. Se limitarían a mirar y reírse.

—Estarán en la puerta de al lado con órdenes de protegerte —repitió por enésima vez—. Es por lo que cobran. Te doy mi palabra.

—¿Tu palabra?, ja. Tu palabra me la paso yo por el Arco del Triunfo —gruñó Ludmilla, alejándose de la cámara llena de rabia.

Transcurrieron un par de minutos y Nick decidió tomarlos como una señal de que aceptaba. No había recibido más llamadas de Marcus y Riley, los hombres que Davy y Seth habían designado para colocar los micrófonos en el ático desde donde Ludmilla manejaba su negocio.

Encerró la dolorida cabeza entre las manos. Ojalá pudiera haberlos colocado él mismo, pero su cara era demasiado conocida para acercarse a Ludmilla. Jamás lograría hacerse pasar por un técnico de la compañía telefónica, así que debía limitarse a observar la operación por vídeo.

Estaba haciendo todo lo que estaba en su mano. Todo lo que se le ocurría. Esperaba que en unas horas pudiera pensar con más claridad, y también más rápido. Anhelaba dormir un rato y también dejar de pensar en Becca.

No podía olvidar la expresión de su cara cuando lo empujó fuera de su casa. Por no hablar de la frase final: «¡Sal de mi casa, estúpido!».

Tenía a Dios de testigo de que no era la primera vez que escuchaba aquellas palabras en boca de una mujer. No sabía por qué le molestaban tanto en esa ocasión. Se dio cuenta de que tenía la mano dentro del bolsillo y de que apretaba la bolsa de plástico que contenía el mechón de su pelo.

¡Joder! La sacó con rapidez, como si se hubiera quemado al tiempo que maldecía para sus adentros.

—¿Qué? ¿La has convencido? Es una mujer difícil.

Nick se volvió al escuchar la seca voz y se enfrentó a Seth Mackey, el hombre que estaba echándole una mano, aunque fuera de mala gana.

—Eso parece —aseguró, a pesar de que no las tenía todas consigo—. Creo que ya lo he conseguido.

—¿Y ahora? —Seth cruzó los brazos y le miró con el ceño fruncido.

—Ahora esperaremos. Yo vigilaré —suspiró. Estaba exhausto.

—Para poder identificar a esos tipos tendrás que hacerlo en tiempo real, las veinticuatro horas del día. Ninguno de nosotros sabe ucraniano, por lo que no podremos hacer turnos.

—Ya lo sé —gruñó él—. Me lo habéis dicho varias veces.

—Resultará aburrido, acabarás volviéndote loco —le advirtió Seth—. Al final tendrás que dormir un poco.

—No, no es necesario dormir. Y loco ya estoy. —Si era sincero consigo mismo, la idea de mirar en la pantalla unas habitaciones vacías le resultaba muy relajante después de toda la sangre que había visto durante las últimas horas y las broncas femeninas que había recibido—. Tengo que hacerlo yo —aseguró—. A menos que se te ocurra algo mejor.

—Sí —intervino Seth con rapidez—. Micrófonos pasivos. Recuperaremos la información a distancia cada dos horas y la analizaremos.

—Eso no servirá de nada a Milla si aparecen por allí —apuntó con voz cansada—. Y será demasiado tarde para seguir a quien sea. Olvidémoslo.

—¿Es por eso por lo que estamos protegiendo a esa mujer a tus expensas? —Seth curvó los labios. No le caían bien los proxenetas, daba igual cuál fuera su género, y se notaba—. No sabía que le tuvieras tanto cariño a esa perra.

—Y no se lo tengo —repuso él con los dientes apretados—. Creo que es una zorra sin corazón. Pero no quiero que la maten por mi culpa.

Seth meneó la cabeza con expresión de sorpresa.

—¡Joder! Eres todavía peor que los McCloud. No sabía que permitías que los remordimientos dictaran tu vida, hombre. Había pensado que...

—¿Qué? —gruñó—. ¿Que soy un cabrón capaz de joder a un amigo y dejarlo morir sin mirar atrás? ¿Es eso lo que pensabas?

Seth entrecerró los ojos hasta que se convirtieron en dos rendijas oscuras y apretó los labios.

—Es por la falta de sueño. —Davy McCloud estaba en la puerta—. Acaba pasando factura; convierte a un tipo normal en un perro rabioso. He observado el mismo efecto en mi hermano; apenas duerme desde que tuvieron al crío.

—Sí, y dentro de poco te tocará a ti, colega —señaló Seth con una sonrisa—. ¿Cuánto falta? ¿Cinco semanas? Espero que estés preparado.

Él giró el dolorido cuello y miró al enorme rubio, que llenaba el umbral con su poderosa constitución.

—¿Me has llamado perro rabioso?

—No, hombre. Solo digo que tienes que dormir un poco. Y que deberías tomarte las cosas con más calma —expuso Davy con serenidad—. Nadie te echa la culpa por lo de Novak.

—Tú lo hacías —le recordó—. Me odiaste durante años.

—¿Y qué? ¿Acaso conseguí algo haciéndolo? —Davy entró en la estancia y la silla rechinó bajo su peso cuando se sentó—. Y tú deberías olvidarlo también. No ha pasado nada. Relájate, es algo que ya pertenece al pasado.

Todos se quedaron en silencio. Él se sintió idiota por haber sacado el tema, y tuvo ganas de meterse en un profundo agujero. Hablar de eso, sobre todo con un McCloud, era una imbecilidad.

Pero Con y su mujer habían superado lo ocurrido. Estaban vivos, eran felices, e incluso se dedicaban a traer niños al mundo. Aquel acontecimiento pasado había sido reemplazado en su mente por otra nueva pesadilla: Sergei abierto en canal con las entrañas sobre el pecho; Sveti en una tumba anónima o atrapada en un lugar peor que la muerte.

Aquel exceso de errores y traiciones conllevaba una horrible sensación de culpa. Y era buen combustible para sus pesadillas.

—Esto no funcionará a menos que encontremos a otra persona que hable ucraniano. —Seth estaba preocupado.

—¿Sirvo yo? —intervino una suave voz femenina.

Los tres hombres giraron la cabeza. Era Raine, la mujer de Seth, que le había acompañado al centro de operaciones de la empresa de seguridad que habían creado, SafeGuard. Era una mujer delgada y elegante, con ojos grises y el pelo rubio platino largo hasta las nalgas. Era preciosa, pero cualquier hombre con dos dedos de frente que fuera testigo de la manera en que Seth Mackey miraba a su esposa, alejaría los ojos de ella. Y no volvería a mirarla nunca.

—¿Sabes hablar ucraniano? —se sorprendió él.

Ella encogió los delgados hombros.

—Me defiende bastante bien. Mi padre y mi tío nacieron en Ucrania y tuve bastante trato con ellos hasta que cumplí doce años. Concretamente son naturales de Kiev, e imagino que tendrá dejes de una variante local, pero también sé ruso. Así que no me perderé. Podría cubrirte por la noche, cuando hay menos posibilidades de que ocurra algo.

—De eso nada, cariño. Tienes cosas mejores que hacer por la noche que ver cómo esa zorra vende su mercancía. Y tienes que dormir —dijo Seth con rudeza, dándole una palmadita en el vientre—, especialmente ahora.

Ella le puso las manos en los hombros y dirigió a su marido una sonrisa de complicidad tan tierna, que Nick apartó la mirada, avergonzado.

—Será solo hasta que encontréis a una persona de confianza que domine el ucraniano, ¿vale? —le persuadió—. No te preocupes, Seth, no tienes por

qué quedarte sin dormir tú también.

—Sí, ya —gruñó Seth—. Como si pudiera dormir mientras tú estás aquí, mirando una pantalla. Cansándote. —En ese momento Raine le miró con cara de pocos amigos—. Creo que es una mala idea.

—Yo, sin embargo, creo que es estupenda —aseguró ella con una sonrisa. Él se frotó los ojos y la miró parpadeando.

—Gracias —dijo en ucraniano—. Será una gran ayuda.

—De nada —repuso ella en el mismo idioma—. Será un placer.

Seth les miró fingiendo estar enfadado.

—No me gusta que hables con otros hombres en un idioma que no conozco —gruñó.

Nick miró a su alrededor hasta dar con un montón de guías telefónicas mientras los demás se burlaban de Seth. Buscó el volumen con las páginas amarillas de Seattle y lo tomó bruscamente. Comenzó a hojearlo por la letra A.

—¿Qué buscas? —preguntó Seth.

—Una Agencia Inmobiliaria —respondió.

Davy frunció el ceño.

—¿Para qué la necesitas?

—Quiero vender el piso. —Clavó los ojos en la página, perdido ante las numerosas posibilidades. Páginas y páginas de agencias, ¡Joder! ¿Cómo iba a elegir una?—. De alguna manera tendré que pagar esta locura, ¿no?

Davy le arrancó la guía de las manos y la arrojó a un lado. Esta cayó contra un estante y se deslizó hasta desplomarse abierta boca abajo en el suelo.

—Como no dejes de comportarte como un imbécil, acabarás con mi paciencia.

Capítulo



PIII.

—Hola Becca, soy Marla. Ya me he enterado de que no estás en la isla; Jerome fue hoy por allí para revisarlo todo porque al parecer ardió la casa de los vecinos. Encontró la puerta abierta, la alarma sin conectar y la luz encendida. ¡Había un mapache husmeando por los armarios y estaba todo revuelto! ¡Un auténtico desastre! ¿Qué te ha pasado? Estoy segura de que no es necesario que te diga el disgusto que tuvo Jerome al verlo, y lo mal que me sentí yo cuando me lo contó. No lo entiendo, Becca, tú no eres así. Y si no estás en la isla, ¿por qué no te has incorporado al trabajo? ¡Mañana por la noche tenemos un banquete y dos bodas durante el fin de semana! ¡Estamos a tope! Será mejor que me llames si quieres conservar tu empleo. Por lo menos dime si estás bien.

Piiii.

Becca siguió mirando el teléfono desde el sofá, donde estaba tumbada. El aparato no se encontraba lejos, sino en la mesita, enfrente de ella, al alcance de su mano. Pero el brazo le pesaba demasiado para levantarlo.

¿Quería conservar su trabajo? *Mmm*, era una pregunta demasiado profunda para que su mente se esforzara en analizarla.

Su ánimo estaba bajo mínimos y no le importaba nada de lo que la rodeaba. Todo lo que había conseguido, lo que le había preocupado siempre, aquello por lo que tanto había luchado parecía girar frenéticamente en su cabeza como si fuera la rueda de un hámster. ¿Le importaba a alguien? ¿Alguien se lo agradecía? ¿A quién beneficiaban realmente todos sus esfuerzos?

A nadie. Era un trabajo inútil. Inútil y sin sentido. Su vida consistía en un montón de detalles triviales que no le dejaban tiempo para dedicarse a nada más.

No le extrañaba nada que Nick no hubiera querido quedarse. Que no estuviera interesado en volver; que no le hubiera dado su número de teléfono ni le hubiera pedido el suyo. Habían tenido un par de ardientes y sudorosos encuentros sexuales, estupendos para descargar la adrenalina, y adiós muy buenas. Y no es que le culpara. No tenía nada que ofrecerle.

Sí, se dijo a sí misma, la autocompasión era una pérdida de tiempo, pero

no podía deshacerse de ella. Ya había intentado lo que le había funcionado en otras ocasiones; el paquete de galletas Oreo estaba vacío encima de la mesa; la música le molestaba; las películas le aburrían o le provocaban una vaga sensación de pavor. Intentó tranquilizarse dándose un baño caliente con sales, burbujas y aceite perfumado. Incluso había recurrido a la reserva de bombones Godiva que guardaba para emergencias. Nada había funcionado.

«Mantente ocupada. Olvídate de todo eso», el discurso que se había repetido durante toda su vacía, depresiva y tonta existencia no servía en este caso. «Es la única salida».

«Mantente ocupada», se burló de sí misma. Sí, como siempre. La *superocupada* Becca, que siempre estaba demasiado ajetreada para darse cuenta de que lo que hacía no era importante. Punto.

El teléfono volvió a sonar. Gruñó, dejó caer la cabeza y se puso las manos sobre las orejas, preparándose para escuchar una serie de interminables *rings* seguidos del alegre mensaje que había grabado en el contestador. ¡Oh, Dios! ¿Realmente se había sentido tan feliz en alguna ocasión? Era para darse una buena bofetada.

Piiiiii.

—Hola, Becca, ¿estás ahí? Soy Carrie.

—¿Carrie? —Presionó el botón de parada del contestador automático—. Estoy aquí. —Por su hermanita, saldría unos minutos del trance.

—¡Oh, gracias a Dios! ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? Josh me ha dicho que no había logrado hablar contigo. Te he llamado al trabajo, pero me dijeron que no habías ido. ¿Estás enferma?

—No —repuso con los dientes apretados—. Es que... no me apeteció ir.

—¿No te apeteció ir? —Carrie repitió sus palabras en tono de incredulidad—. Oye, hoy es jueves, ¿no te tocaba trabajar en el catering?

Ella se sintió levemente alarmada, pero al instante la inundó otra oleada de pasotismo.

—¡Oh, vaya por Dios! —murmuró, estaba muy cansada—. Sí, es cierto... Se me ha olvidado.

Carrie guardó un elocuente silencio.

—Todo esto es muy raro —aseguró después de un buen rato—, jamás en tu vida has olvidado nada.

—¡Déjalo ya! —explotó, irritada—. No soy un robot, ¿sabes?

—Pero ¿qué te pasa? ¿Es por el capullo de Justin? ¿Quieres que Josh y yo le hagamos picadillo?

Ella vaciló. No sabía cuánto debía contarles a sus hermanos sobre lo ocurrido en la isla. Por el momento había decidido que sería una versión reducida pero real.

—No es por Justin —confesó—. Tuve... *er...* un encuentro el fin de semana.

—¿Un encuentro? —repitió Carrie con impaciencia—. ¿A qué te refieres? ¿A un encuentro en la tercera fase o a un encuentro romántico?

—Creo que llamarlo encuentro romántico es exagerado —apuntó Becca con prudencia—. La mejor palabra para describirlo es «intenso».

—¡Oh, Dios! ¿Te refieres a sexo? ¡Vayaaa! ¡Picarona! ¡Jamás pensé que te atreverías! ¿Te ha ayudado a olvidarte de Justin?

Ella parpadeó, sorprendida por la pregunta. Fue consciente en ese momento de que sus desdichas no eran provocadas por su ex. Los sentimientos que le producía Nick eran mucho más complejos e intensos. Y no es que eso fuera mejor.

Después de todo, la desdicha seguía siendo desdicha, no importaba la causa.

—Pues creo que sí, aunque no me lo había planteado en esos términos hasta este momento —repuso.

—¡Cuéntame! ¿Cómo es? —la curiosidad hacía más aguda la voz de su hermana.

—No es el tipo de hombre con el que suelo salir —confesó—. Es un tipo grande y con aspecto rudo. Muy musculoso. Tiene el pelo largo, barba, tatuajes. Es muy malhablado... Parece un tipo peligroso.

—¡*Guau!* Parece un machote. Dime, anda, ¿es bueno...? Ya sabes.

—No me gusta hablar de eso —repuso con tono remilgado.

Carrie chasqueó la lengua.

—¿Eh, Becca? Soy yo, Carrie, tu hermana. No nos escucha nadie y soy mayor de edad. ¿Ha estado bien o no?

Ella respiró hondo y soltó el aire.

—Ha sido asombroso —claudicó al final—. Absolutamente asombroso.

Carrie soltó un gritito de deleite.

—¡Oh, gracias Dios! ¡Por fin sabes lo que es un buen polvo! Me preguntaba si ocurriría alguna vez. Desde luego, jamás hubieras sabido lo que es de haberte casado con ese capullo de Justin. ¿Cuándo vas a presentarnos al señor Musculoso?

Ella se estremeció.

—No creo que lleguéis a conocerlo. Ya hemos terminado.

—¿Ha sido un polvo de una noche?

Becca soltó un largo suspiro.

—Imagino que ha sido eso, más o menos.

—Vaya faena —se compadeció Carrie—, pero quizá sea lo mejor. Ha sido un polvo por despecho. *Pimpampum*, gracias, colega. Los hombres tipo cavernícola son geniales con la luz apagada, pero no puedes llevarlos contigo a la ópera. No te deprimas por ello.

Lo que comenzaba a deprimirla era el sermón que estaba largándole su hermana.

—En realidad, creo que ya estoy deprimida —repuso.

Siempre le irritaba que Carrie interpretara el papel de hermana con más experiencia sexual. Tenía diecinueve años; todavía era muy joven. Sin embargo, Becca siempre había estado demasiado ocupada manteniendo a flote a su familia y no había tenido tiempo para dedicarse a sí misma. Carrie se había lanzado a vivir la vida con gran entusiasmo; por eso no podía evitar preocuparse por si su hermana estaba en boca de todos.

—... creo que iremos a Seattle —estaba diciendo Carrie, reclamando su atención—. A fin de cuentas es solo una hora de coche.

Becca se sintió aterrada y se incorporó en el sofá.

—¡No, Carrie! No vengas, por favor.

—¿Por qué, Becky?

Ella titubeó, tratando de encontrar una explicación creíble, pero se trabó al recordar todo lo que había visto en la isla. Disparos, charcos de sangre, gargantas cortadas, la babosa sonrisa y los ojos brillantes de la araña... Todo estaba muy fresco en su memoria, todo seguía siendo demasiado real. Las vibraciones eran tan nocivas que envenenaban incluso el aire que respiraba. No quería que Carrie y Josh se acercaran, por si acaso...

Y tampoco podía hacer algo alocado como pedir un préstamo y mandarlos a Argentina sin decirles nada. Claro que contarles lo ocurrido le parecía todavía más peligroso.

—Estoy preocupada por ti —se lamentó Carrie—. No pareces tú, Becca. No respondes al teléfono, te olvidas de ir a trabajar, conoces a un hombre con aspecto peligroso y mantienes relaciones sexuales con él... Todo es muy raro. Creo que necesitas un montón de achuchones de tus hermanos.

Notó una opresión en el corazón y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Te quiero, cariño, pero no quiero que te preocupes por mí. Tienes que

centrarte en los estudios. No puedes perder la beca. No puedo...

—Ya, ya. Lo sé. No puedes ayudarme con la matrícula y el piso. Lo sé, hemos hablado de ello.

—Por favor —le imploró ella—. No quiero que vengas ahora. No quiero ver a nadie. Necesito tiempo a solas para lamer mis heridas, ¿vale? Ah, y antes de que me olvide, he perdido el móvil. Te voy a dar el número nuevo, ¿tienes un boli?

—Sí, dime —dijo Carrie.

Le dictó el número.

—¿Puedes decírselo tú a Josh? Te prometo que en cuanto recobre un poco el equilibrio iré a veros.

—Mmm, ya veremos... —se evadió su hermana—. Lo hablaré con Josh.

—Carrie, te lo digo en serio —repitió, casi desesperada—. Por favor...

—Habla pronto, Becky. Besos. Adiós.

Carrie cortó la llamada. Ella se quedó mirando el teléfono que tenía en la mano maldiciendo para sí a su obstinada hermana. Lanzó el aparato sobre la mesa, pero apuntó mal y cayó al suelo, desde donde comenzó a emitir un pitido desamparado.

Mejor. No quería recibir una llamada de Gilda, la gerente de *DeLillo's Fine Gourmet Catering*, donde trabajaba algunas noches. No quería tener que inventarse una mentira, ni excusarse o justificarse, solo quería mirar por la ventana cómo el cielo pasaba de azul cobalto a negro.

Todo estaba tan silencioso que resultaba ominoso. Apretó el botón de encendido del mando a distancia de la televisión, y pasó por distintos canales hasta que vio que estaban emitiendo capítulos antiguos de *Friends*. Era lo único que parecía seguro e insustancial y decidió dejarlo ahí.

En ese momento sonó el timbre de la puerta y la imaginaria sensación de estar a salvo se desvaneció en el aire. En un instante pasó de estar relajada a tener cada músculo en tensión.

¿Quién sería...? ¿La araña habría dado finalmente con ella?

Se levantó tambaleante, con las piernas temblorosas, y atravesó la distancia agachada en la oscuridad, para que nadie viera su sombra por las ventanas mientras se dirigía hacia la puerta. Se reprochó que no se le hubiera ocurrido encender las luces del porche. Hacerlo ahora sería como anunciar su presencia con un redoble de tambores.

¡Oh, Dios! De todas maneras, allí la seguridad brillaba por su ausencia, o eso había dicho Nick. Y si los matones de la araña querían dispararle, podían

hacerlo a través de la puerta. Lo más seguro era que dispusieran de sensores térmicos en sus armas. Tenía que lograr ponerse a salvo. Se obligó a incorporarse para acercar el ojo a la mirilla. Las farolas de la calle arrojaban luz suficiente como para ver la alta y ancha silueta, y unos ojos, oscuros como la noche...

«Nick». ¡Oh, Dios, era Nick!

Una oleada de desiguales sentimientos la atravesó. Temblorosa excitación, combinada con vergüenza e ira, además de una aguda oleada de miedo.

Y un ardiente y dulce cosquilleo entre las piernas.

Eso sí que no. De eso nada. Ni en un millón de años permitiría que aquel bastardo se le acercara otra vez. No le importaba que en su interior comenzara a palpar un intenso fuego.

Se llevó la mano a la corta y alborotada melena, que ahora le llegaba un par de centímetros por debajo de la barbilla. Todavía no se había acostumbrado a la imagen que ofrecía con el pelo flotando en torno a la cara, pero ya había asimilado la sorpresa y la peluquera había hecho un gran trabajo con el corte, por lo que comenzaba a superar el trauma. Sin embargo, no era gracias a Nick. Se subió las gafas por el puente de la nariz y entrecerró los ojos para enfocar por la mirilla.

«¡Caray!». Nick también se había cortado el pelo, como había prometido. Estaba muy diferente. Las puntas de sus cabellos salían disparadas en todas direcciones y la magulladura del pómulo se había transformado en una línea morada que bajaba en diagonal desde el extremo del párpado hasta la mejilla.

Iba vestido de negro, aunque no podía decir que eso la sorprendiera.

Sus ojos oscuros miraban fijamente hacia los suyos. Era como si no existiera una puerta entre ellos. Él parecía saber que ella estaba allí; mirándole, oculta tras la hoja como un ratón con los bigotes temblorosos.

Abrió la vieja cerradura, la nueva, corrió el pestillo y la cadena y quitó la silla de la cocina que había colocado bajo el picaporte. Abrió la puerta de golpe para dirigirle su más gélida mirada.

—¿Qué quieres? —le preguntó con aspereza.

Él no respondió. Los segundos transcurrieron despacio, hasta convertirse en minutos.

Acabó por darse cuenta de que siendo fría con él no iba a conseguir nada; no captaría el mensaje. Tampoco iba a lograr que se sintiera avergonzado, aturdido o en desventaja. ¿Y por qué iba a hacerlo? Ser frío y cruel era su

estado natural. Lo más probable era que enfrentarse a esas emociones fuera cómodo y familiar para él. Bien sabía Dios que la ternura y la complicidad, por el contrario, lo habían asustado de muerte.

Aquello era una estupidez. No podían quedarse allí parados, mirándose, durante toda la noche. Y tener la puerta abierta la ponía nerviosa. Dio un paso atrás y le hizo un gesto para que entrara.

Él cerró la puerta en cuanto traspasó el umbral. El vestíbulo estaba muy oscuro y ella se quedó quieta, rígida e insegura. Nick encendió la luz, lo que la obligó a cubrirse los ojos con las manos. Desde el fin de semana, encender la luz después del anochecer la hacía sentirse expuesta. Incluso aunque tuviera las persianas bajadas, se sentía como si estuviera en el interior de una pecera, por eso se arrastraba por la oscuridad. Tenía moretones en las espinillas que lo demostraban.

Él la miró fijamente, con las negras cejas fruncidas.

—Te dije que te tiñeras el pelo de rubio —fue lo primero que soltó.

Ella alzó la barbilla.

—¿Y qué piensas hacer ahora? ¿Teñírmelo a la fuerza? ¿Atarme a la silla y aplicarme el tinte tú mismo?

A él le brillaron los ojos.

—Si te atara a una silla dudo que fuera para dedicarme a tu pelo.

Ella se quedó sin palabras durante un momento. Luego dio un paso atrás y le señaló con un dedo tembloroso, que movió de un lado a otro.

—¡Oh, no! De eso nada, Nick. No empecemos. No lo pienses siquiera.

Él encogió los hombros en un gesto casual, pero la intensidad de su mirada era demasiado elocuente como para creerse su indiferencia.

—Te ha quedado muy bien el pelo —aseguró—. Me encanta.

Antes de poder detenerse, ella se llevó la mano a la cabeza para tocarse las cortas puntas.

—Ni se te ocurra pensar que es gracias a ti. Esto es el resultado de una intervención de urgencia.

Al escucharla, pareció quitarse un peso de encima.

—De todas maneras deberías cambiarte el color —insistió.

—Dudo mucho que esos tipos me reconozcan ahora —aseguró ella—. En la isla no llevaba las gafas, tenía los labios embadurnados con pintalabios y el trasero desnudo debajo de esa blusa de fulana. Estoy segura de que no apartaron la vista de mis tetas y mi culo.

Lamentó al instante sus inocentes palabras cuando vio que Nick clavaba

los ojos en sus senos y sus nalgas. En ese momento no agradecía ningún escrutinio masculino, ni siquiera aunque fuera de él, daba igual lo intenso que fuera. La realidad era que no podía sentirse menos atractiva con aquel anticuado y holgado camisón cerrado hasta el cuello y las gafas rectangulares de pasta negra que sus amigas le habían convencido que comprara porque daban *carácter* a su rostro. Las que solía utilizar —y que eran mucho más favorecedoras— estaban perdidas para siempre en la isla Frakes. El pelo se había convertido en una enmarañada nube de rizos oscuros y llevaba la cara lavada, pálida y cansada, sin pizca de la ayuda que el maquillaje podría haberle ofrecido.

—Pues yo te reconozco perfectamente. —La voz de Nick era intensa y vibrante—. Y si yo lo hago, ellos también lo harán.

Becca se estremeció.

—Pero mira que eres pesado —suspiró con fingida valentía—. Yo también te reconozco a ti a pesar de tu corte de pelo. Podemos hacer un trato: si tú te tiñes el pelo, yo también me teñiré el mío. ¿Qué te parece?

Él apartó la mirada y sus labios le traicionaron, curvándose durante un breve instante, antes de volver a apretarlos en una línea.

—Nick, por favor, ¿qué haces aquí? No es buena idea. Prefiero que te vayas.

Le vio fruncir el ceño y la cazadora de cuero crujió cuando cruzó los brazos sobre el pecho.

—Solo quería ver cómo estabas.

—Oh... —Suspiró y esperó—. Entiendo.

—Bueno, ¿y qué? ¿Cómo estás? —la animó.

Ella tragó.

—Estoy fatal —susurró.

Él estiró el brazo para colocarle un mechón de pelo detrás de la oreja con una mirada sombría. Ella dio un paso atrás, alejándose.

Nick dejó caer la mano.

—Es lo que he supuesto al verte —confesó él.

—Tengo un aspecto pésimo —aseguró ella, estremeciéndose.

—No, no, de eso nada. Para mí estás preciosa, Becca.

—Oh, venga... —Se acercó a un lado de la ventana para mirar a través de las cortinas; un gesto que había repetido cientos de veces en las últimas horas —. Sé sincero.

—Ya lo soy —afirmó él—. Me pareces una hermosa mujer que se oculta

de algo. Pero no puedes esconderte de mí. Ya no. —Se aproximó a su espalda y la besó en la nuca—. Te he visto arder de placer; es algo que jamás podrás borrar de mi mente, así que no lo intentes.

Ella se estremeció con su caricia.

—Por favor, Nick —dijo con más brusquedad de la que quería—. Ni te molestes en hacerme insinuaciones, ¿vale?

Volvió a besarla en la nuca.

—¿Por qué?

—Porque me sé el cuento. Y también sé cómo acaba. No pienso volver a pasar por lo mismo, así que será mejor que te vayas. Lárgate y punto. Adiós.

Notó la carcajada de Nick contra la sensible piel de la nuca, cosquilleante y excitante.

—Qué mujer tan dura... —murmuró—. Me rompes el corazón.

—No, no es cierto. No te rías de mí, imbécil.

Él le acarició los hombros y el calor de sus palmas traspasó la tela del camión, encandilándola con un tierno e imparable placer.

—Qué mala eres, Becca —musitó—. ¿Quieres decir que todas mis heroicidades no sirven para nada? ¿No me merezco un poco de compasión?

Ella se alejó con tanta violencia que estuvo a punto de caerse al suelo. Una vez que recuperó el equilibrio, se envolvió con sus propios brazos, estremeciéndose sin control.

—A ver si lo he entendido bien —le retó—. Como me has salvado la vida, debo pagarte con sexo. ¿Y hasta cuándo deberé pagar?, si puede saberse.

Él comenzó a dar vueltas a su alrededor, con los ojos brillantes.

—No hay fecha límite.

Ella entrecerró los ojos.

—Eres un manipulador nato.

—¡Oh, vaya! Me has descubierto, estoy jodido.

—Oh, no, de eso nada. Jodido, precisamente, es lo que no estás. —Ella golpeó la pared en la que colgaban de una barra los utensilios de cocina, haciendo caer un cucharón y un rallador de queso, que rodaron por el suelo—. ¿Lo has comprendido?

Él le brindó una mirada contrita.

—Sí, lo he comprendido —aseguró con pesar.

Tanta cooperación por parte de Nick le extrañó. Esperaba que se fuera, pero le vio quitarse la cazadora.

—¿Qué haces? —preguntó, mirándole como si se hubiera vuelto loco.

Él puso la prenda en el respaldo de una silla, dejando a la vista una sudadera negra que no disimulaba su increíble cuerpo.

—¿Te importa que me siente?

—¿Para qué? —Ella notó que la voz se le estaba poniendo chillona—. ¿Qué piensas hacer?

Nick la miró con impotencia.

—Dímelo tú. ¿Qué es lo que hacen un hombre y una mujer cuando no están follando como locos? Sé que es cuestión de imaginación, pero es que jamás he llegado tan lejos con una mujer. Me refiero a más allá de follar como locos.

—No te atrevas a tomarme el pelo, Nikolai.

—Podemos hablar de dinero —sugirió él—. Sí, ese es un tema seguro. O quizá... podríamos, no sé... ¿Qué tienes de cena?

—¿De cena? —Le miró con los ojos entrecerrados—. ¿Es una broma?

—Tengo hambre —aseguró él con una mirada inocente—. ¿No tienes nada para cenar?

Ella comenzó a reírse; aquello era demasiado. Un salvaje ser de ese mítico y peligroso mundo que había atisbado sin querer se abría camino a pasos agigantados en su insustancial vida. Estaba sentado frente a la mesa de la cocina y reclamaba comida.

—¿Qué te gustaría comer? —le preguntó sin salir de su asombro.

—Lo que sea. No soy caprichoso —dijo él—. Pero, por favor, no hagas *soufflé* ni *crêpes à l'orange*.

Ella se echó a llorar, tan bruscamente que se sorprendió a sí misma. No pudo contenerse, empezó a sollozar en la cocina, sintiéndose más avergonzada de lo que creía posible.

—¡Oh, Becca! ¡Dios, lo siento! Era una broma. Ya, ya, no tenía gracia, pero no quería que... ¡Joder!

De repente, Nick la abrazó. Y fue maravilloso. Se fundió en el delicioso contacto del enorme y sólido cuerpo masculino, disfrutando de su calor.

Se apartó antes de que la vergüenza fuera completa.

—No. Tranquilo. Estoy bien —farfulló mientras se secaba las lágrimas con la manga del camisón—. De veras. Es que estoy un poco sensible.

—No era mi intención que...

—Lo sé, no te preocupes. —Intentó sonreír al tiempo que retrocedía, chocando contra la nevera, para escapar cuando él trató de volver a abrazarla—. Tranquilo. ¿Qué te parece si hago tortilla con tostadas? Creo que también

tengo zumo de naranja. ¿Te apetece?

Él volvió a sentarse renuientemente en la silla, pero parecía preocupado.

—De acuerdo. ¿Seguro que estás bien...?

—Sí, muy bien. Genial, de veras. —Comenzó a moverse por la cocina, sacando fuentes y demás utensilios. Como era usual, mantenerse ocupada le ayudaba. Sacó los huevos de la nevera y cascó en un cuenco los dos que solía preparar para sí misma. Luego le miró, sentado en la silla, de negro de pies a cabeza, con los codos sobre las rodillas y los ojos brillantes parecía una pantera lista para lanzarse al ataque.

Tomó cuatro huevos más y los añadió a los anteriores. Metió seis trozos de pan en el horno y después puso mantequilla en la sartén, añadiendo a continuación queso, una loncha de jamón, un puñado de tomates *cherry* y algunos condimentos a los huevos. Picó, relleno y mezcló, y cuando por fin puso las tostadas sobre la mesa y tuvo las tortillas en la sartén, volvía a ser dueña de sí misma.

Nick ya se había acabado el pan antes de que ella deslizara la tortilla en el plato, así que puso otra tanda de tostadas sin decir palabra.

Él suspiró en cuanto probó la tortilla, pero detuvo la mano en el aire cuando se disponía a tomar el segundo bocado.

—¿No comes conmigo? —preguntó con el ceño fruncido.

Ella negó con la cabeza, pensando en el paquete de Oreos que había devorado en aquel desesperado intento por animarse.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer algo —protestó él, visiblemente incómodo—. Venga, tómate la mitad.

Ella contuvo una oleada de ternura. Ese tipo de sensación solo podía terminar de una manera y ella ya estaba tentando a la suerte dándole de comer. Era como alimentar a un animal salvaje; algo que rompía el equilibrio natural; por no pensar en su propio equilibrio emocional.

—No, no, continúa, por favor. *Bon appetit* —le deseó.

Él le brindó una larga y penetrante mirada pero acabó claudicando, concentrándose en la comida que tenía delante con renovado entusiasmo. Un par de minutos después rebañaba el plato con el último trozo de pan.

—Nick, sigues teniendo hambre, ¿verdad? —preguntó.

—Sobreviviré. —Él se encogió de hombros—. Estoy mucho mejor.

Becca se levantó y se acercó a la nevera. No había demasiados alimentos adecuados para un hombre como él. No apreciaría un yogur de limón bajo en

calorías, ni rodajas de pepino. Había crema de queso para tomar con rosquillas; meras golosinas para una bestia salvaje.

Miró en el congelador y vio una porción de lasaña casera congelada en el fondo del cajón. Cada una de aquellas porciones alcanzaba para dos comidas cuando estaba sola, así que él debería de tener suficiente. La puso a calentar en el microondas.

Mientras tanto, él daba cuenta de la crema de queso y las rosquillas. Terminaba la última gota de zumo de naranja cuando le puso delante la lasaña. Nick la hizo desaparecer en un instante y ella le miró con aterrada fascinación.

—Eres un pozo sin fondo —observó—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Él rebañó los últimos restos de pasta y se los metió en la boca, casi en éxtasis.

—Sí, hace algún tiempo que no comía en condiciones; nada me sabía bien. En cambio lo que tú cocinas está buenísimo.

—¿Cuánto tiempo? —insistió ella.

—Quizá un par de días —repuso él después de echar cuentas—. No lo recuerdo bien.

Ella respiró hondo.

—¿Dos días? ¿Por qué? ¿Has estado enfermo?

—No, no. Es que me olvidé —explicó él con el ceño fruncido—. Tenía muchas cosas en la cabeza. ¿Tú no te olvidas nunca de comer?

—Mmm... No —confesó—. No me olvido nunca.

—Es que he estado ocupado. —Parecía a la defensiva.

—¿En qué?

Nick partió una última rosquilla para apurar el fondo del envase de crema de queso, limpiando lo que quedaba, y se metió el trozo en la boca. Le vio masticar, segura de que lo hacía más lentamente para no responderle.

Becca volvió a buscar en el congelador; había otro trozo de lasaña. Le pareció una ofrenda a la idiotez, pero lo sacó del envase, lo metió en el microondas y se volvió hacia él.

—Sigues buscando a ese tipo, ¿verdad? —le acusó. Él parpadeó y apartó la mirada—. ¿Por qué? ¿Por qué no lo olvidas todo y lo dejas correr?

—¿Y si tú te lo encuentras en cualquier parte? A él o a cualquiera de sus hombres —preguntó—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Pasarte el resto de tu vida mirando por encima del hombro?

—Oh, por favor, no sigas por ahí. Esto no es por mí —protestó—. Yo

solo soy una actriz secundaria en este drama y lo sabes de sobra.

—Olvídalo, Becca. No voy a discutirlo contigo.

A ella se le puso un nudo en la garganta. Dolía y ardía, no podía entender aquella emoción, no podía explicar ni razonar aquella sensación de dolor, miedo y confusión. Se sentía perdida y asustada en la oscuridad, en la niebla.

Le dio la espalda para ocultar las abrasadoras lágrimas que anegaron sus ojos.

—Entonces, ¿para qué has venido? —se obligó a decir—. ¿A torturarme?

Emitió un jadeo cuando él la apresó desde atrás para obligarla a sentarse en su regazo, bruscamente, obligándola a pegar la espalda contra su torso. ¡Oh, Dios! Notó una opresión en el pecho.

Intentó alejarse, zafarse de sus brazos... mirarle a la cara. No estaba demasiado segura de cuál era en realidad su intención porque no se decidía a hacer ninguna de esas cosas. Él la sostenía con fuerza, envolviéndole la cintura e inmovilizándole los brazos, mientras apretaba la cara entre sus omóplatos.

Nick vibraba de tensión; su abrazo era casi doloroso. Respiraba hondo contra su columna, dejando un húmedo y vibrante rastro que la hizo estremecer. Era como... si estuviera besándole la espalda. O lamiéndosela. No hablaba, solo la abrazaba, ocultando la cara tras ella. Becca se sintió incómoda, sentada sobre él con el camión por encima de las rodillas; solo era capaz de seguir respirando.

Otra emoción comenzó a crecer en su interior; un intenso deseo de ofrecerle la ternura que parecía necesitar. Pero Nick no permitía que se girara ni que lo abrazara o besara. No decía nada tampoco. Aquel estremecedor y silencioso abrazo era su única forma de expresarse; lo único que pediría y aceptaría por su parte. Su manera de comunicarse y esconderse, todo a la vez.

Tenía miedo de hablar, de moverse; no quería poner fin a aquella frágil intimidad. Por fin estaban juntos, aunque fuera haciendo equilibrios sobre la cabeza de un alfiler. Ella logró tomar una de las manos de Nick y se la llevó a los labios para besar los ásperos nudillos. Continuaron sentados en silencio, en aquella mágica burbuja, hasta que el microondas pitó.

Él suspiró y relajó los brazos. Ella se levantó, tambaleante, y atravesó la cocina para detener el sonido. Sacó el humeante plato del horno y lo puso sobre la encimera.

—Nick, ¿por qué no me cuentas...?

—No —la interrumpió—. No puedo. Así que no preguntes.

Ella se estremeció. Respiró hondo y lo volvió a intentar.

—Pero es que...

—No voy a hablar de ese tema. —La dureza de su voz fue un golpe casi físico y ella se sentía muy vulnerable. Después del abrazo se sentía frágil y sin defensas.

Apretó las manos contra la cara. ¿Cuántas veces iba a experimentar aquel sufrimiento antes de endurecerse contra lo que él le hacía sentir?

—Lo siento —vaciló él, tras un momento de silencio—. No es que no quiera hablar, es que no puedo; no es seguro.

«¡Ya no hay nada seguro, Nick! ¡Nunca volveremos a estar seguros!», quiso gritar.

—Dime al menos su nombre completo —presionó por fin, después de tomar aliento—. Merezco saber algo del hombre que quiere violarme, torturarme y matarme. Debe de haber un *dossier* sobre él o algo...

Nick permaneció en silencio durante tanto tiempo que estuvo segura de que volvería a ignorarla.

—Voy a darte esos datos y no quiero que vuelvas a mencionarlo —advirtió él después de aclararse la voz—. Se llama Vadim Zhoglo. Es un jefe de la mafia ucraniana. Es peor que el peor hijo de puta del mundo. Claro que tú ya lo sabes.

—Sí. —Lo sabía.

Ahora ya tenía la información que quería, pero estaba confusa. No es que le sirviera de mucho ni que pudiera hacer algo con ella. Y lo que quería en realidad era saber más de Nick. Viendo su buena disposición, aprovechó.

—¿Por qué sabes hablar ucraniano?

—Porque mi madre nació en Ucrania. Y también era originaria de allí la familia de mi padre, aunque él nació en Estados Unidos. Sus abuelos llegaron aquí siendo adolescentes, antes de la Primera Guerra Mundial. A principios de los años setenta, mi padre viajó por todo el mundo después de licenciarse de la guerra de Vietnam. Fue hasta Kiev, el lugar de donde procedía, y allí conoció a mi madre. Se casaron y la trajo con él aquí. Fue ella la que me enseñó ucraniano, y también ruso.

—Ah... —Aquel repentino chorro de información la desbordó.

La lasaña seguía humeando sobre la encimera y aprovechó el momento para ponerla delante de él.

—Ya no me queda nada más —advirtió—. Come.

Él la miró sorprendido, pero no se hizo de rogar.

—¿Te he vaciado la despensa? ¡Joder! Iremos al supermercado y te compraré provisiones.

La idea de hacer algo tan normal como ir con él al supermercado le pareció maravillosa aunque surrealista. Le puso el corazón en un puño, pero al poco tiempo se sintió furiosa. Miró fijamente cómo terminaba la comida. ¡Qué idiota era! Cocinaba para él y luego se ablandaba al conseguir retener las migajas de su atención. Era vergonzoso.

—Déjalo ya, Nick —soltó de pronto con tono agudo—. No vamos a ir a hacer la compra igual que no vamos a acostarnos juntos otra vez. Deja de invadir mi mundo. ¿Por eso has vuelto? ¿Para divertirte a mi costa? ¿Para ponerme nerviosa y observar cómo me doy cabezazos contra la pared? ¿Es tu manera de combatir el estrés?

Él se frotó los ojos al tiempo que meneaba la cabeza. Ella notó en ese momento lo rojos y ojerosos que los tenía. Y que su expresión era tensa.

—No he venido en busca de diversión —aseguró él—. Ni yo mismo sé por qué he venido. Intenté mantenerme alejado de ti...

—¿Lo intentaste? —Estaba anonadada—. ¿Querías estar conmigo? Pensaba... Creía que no querías volver a verme.

—Sí, debía estar lejos y lo intenté. Era una buena idea, ¿verdad? No acercarme a ti —hablaba en voz baja, pero la intensidad de su tono le erizaba todas las terminaciones nerviosas—. Zhoglo encontrará muy pronto la manera de dar conmigo. No hay muchos tipos con mi descripción que puedan hacer lo que yo hago. Soy más localizable que tú; quizá más difícil de matar, pero más fácil de encontrar.

—Te agradezco la crudeza de la observación —musitó ella.

Él la ignoró.

—Y cuando me encuentre, irá a por ti. Por mucho que quieras, no eres una actriz secundaria en este drama. —Le agarró el camisón y tiró de ella para acercarla de nuevo. Ella tuvo que sostenerse apoyando una mano en su hombro—. Solo por eso debería permanecer alejado de ti. ¿Lo entiendes?

Ella bajó la mirada a sus ojos mientras le clavaba los dedos en los abultados músculos.

—Pues, evidentemente, no —susurró.

Él le cogió la mano libre y la puso sobre su otro hombro al tiempo que meneaba la cabeza.

—Sin embargo, quería estar contigo —declaró, casi sorprendido de su confesión—. Aunque solo fuera un rato, para asegurarme de que estabas bien.

He dado vueltas durante una hora para cerciorarme de que nadie me seguía. Estoy seguro de que no lo han hecho, pero aun así fue una estupidez. Lo siento.

—¡Oh, Nick! —susurró ella. Apenas podía respirar.

—Haznos un favor a los dos, Becca. Dime que me vaya a la mierda. Échame a la calle. Parece que no puedo hacerlo solo y necesito ayuda. Ayúdame, por favor.

El nivel de contradicción que expresaba su súplica era doloroso y exquisito, y ella notó que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Estás pidiéndoselo a la mujer equivocada.

Nick emitió un ronco sonido y la atrajo con fuerza hasta que ella estuvo de pie entre sus muslos abiertos y pudo apretar la cara contra sus pechos.

Becca no pudo aguantar y le rodeó el cuello con los brazos sin pensar, le acunó la cabeza y enredó los dedos entre sus cabellos recién cortados. Respiró hondo, inhalando su aroma.

—No pienso acostarme contigo otra vez —susurró ella con voz clara—. ¿Me has escuchado, Nick?

Ya estaba. Ya había arrojado el guante, incluso aunque el calor que sentía entre las piernas era una prueba evidente para sí misma de que estaba mintiendo.

¡Maldición! Al menos intentaría resistirse un poco, aunque solo fuera por principios.

Sintió su sonrisa contra los pechos.

—Te he escuchado, sí —confirmó—. Bueno, ¿y ahora qué? Ya me has dado de cenar, ¿qué quieres hacer? ¿Discutimos de dinero? Yo te echo la bronca a ti por lo que has gastado con las tarjetas de crédito y tú a mí por las multas de tráfico.

—No, gracias. —Como si quisiera fingir que eran pareja aunque fuera de mentira. La simple sugerencia era surrealista.

—¿Qué te parece si te teñimos el pelo? —sugirió él—. Puedo ir a comprar una caja de tinte al supermercado.

Ella se apartó de forma instintiva.

—¡No volverás a poner las manos en mi pelo!

—Vale —se conformó—. Entonces ¿qué hacemos? ¿Jugamos al dominó? ¿Al Monopoly?

Ella no tuvo corazón para echarle después de aquella vacilante confesión, de que le hubiera abierto su corazón. Sabía que era tonta por dejarse llevar por la anticipación, por la ardiente excitación que crecía entre sus piernas,

pero resultaba irremediable.

—Si quieres, puedes ver la tele conmigo —claudicó—. Veremos algo entretenido y sin complicaciones. Y te aviso, no intentes ninguno de tus trucos, ¿vale?

—De acuerdo, nada de trucos. Además, me encanta ver la tele.

El tono alegre decía que habían llegado a la misma conclusión; lo más difícil había pasado ya. Era cuestión de esperar el momento oportuno.

Total, ya se había colado en su casa. Arrogante bastardo manipulador.

Capítulo



BECCA le guió hasta la salita, donde parpadeaba el televisor en mitad de la penumbra, y le vio sentarse justo en medio del sofá, curvando su largo cuerpo con perezosa elegancia y obligándola a sentarse justo a su lado. Ella intentó dejar un margen de seguridad entre los dos cuando hundió su cuerpo entre los cojines, pero las leyes de la física eran inexorables y la hicieron rodar hacia él. El peso de Nick inclinaba el asiento y fue absorbida por su masa como si se tratara de un imán, acabando pegada a él. Muslo contra muslo.

Nick era cálido y su atracción gravitatoria resultaba muy poderosa.

Él había puesto el musculoso brazo sobre el respaldo del sofá, pero ahora lo tenía ya sobre sus hombros y ella se vio apretada contra la sudadera negra de algodón. Notó que la prenda olía a limpio e identificó también el aroma a loción para el afeitado, gel de ducha e intensa esencia masculina, ¡Oh, Dios! Estaba metiéndose en grandes problemas. Parecía que la parte de su muslo que estaba en contacto con el de él se había vuelto loca y sufría una especie de mini orgasmo. El placer recorría la pierna y este subía por el costado desde el punto de contacto.

Además, Nick había comenzado a acariciarle el hombro, como si intentara apaciguarla, someterla en una dócil sumisión. ¡Oh...!

Ella se inclinó hacia delante, intentando zafarse de su mano, para recoger el teléfono que había caído al suelo y colocarlo de nuevo en el soporte. Luego tomó el mando a distancia y se lo puso entre los dedos, para que tuviera algo que hacer que no incluyera acariciarla y encandilarla con su seductor, impaciente y ardiente calor.

—Busca algo que te guste —ordenó—. Por favor, que no se trate de una retransmisión deportiva.

Él empezó a pasar canales con vertiginosa rapidez, hasta que dio con uno donde emitían un reportaje sobre volcanes.

¡Volcanes!, por el amor de Dios. Quiso hacer un comentario sarcástico al respecto, pero las palabras se le trabaron en la boca al notar que él volvía a

acariciarle el hombro.

—¡Oh, eres muy listo! —jadeó.

—¿De veras? —Los dientes de Nick brillaron en la penumbra—. No había utilizado el truco de rodear los hombros de una chica con el brazo desde que estaba en el instituto.

—¿No? —Ensayó una risa—. Imagino que ahora ya no necesitas hacerlo. Estoy segura de que después del instituto comenzaron a insinuarse ellas solas.

—Algunas veces —repuso sin darle demasiada importancia.

—Creído —murmuró entre dientes.

Él se dejó caer descuidadamente sobre ella, apretándola contra su duro y largo cuerpo, y la mirada de ella cayó sobre la gruesa protuberancia que hinchaba el frente de sus vaqueros, aunque tampoco es que él hiciera nada por esconderla.

Intentó ignorarla, pero era demasiado evidente bajo el parpadeo de las imágenes de volcanes hawaianos en erupción que aparecían en la pantalla. Según el científico que narraba el reportaje, expulsaban ríos de lava. Ella se quedó inmóvil, incapaz siquiera de tomar aire, pero percibiendo la respiración de Nick, cada movimiento de su pecho.

Fingió estar viendo la televisión hasta que se convirtió en una temblorosa masa de nervios; un pantano de emociones. Él posó la otra mano sobre su muslo y comenzó a acariciarlo con un ritmo lento y sensual que hizo que la tela se arrugara bajo sus dedos, que no dejaron de moverse en ningún momento.

—Te crees muy listo —susurró ella—, pero soy plenamente consciente de lo que pretendes. Y no te va a funcionar.

—¿De veras? —Le levantó el borde del camisón y le acarició la piel desnuda. Ella se tensó—. Pues yo creo que si no te das cuenta, es que la cosa marcha, pero si te das cuenta y no me detienes, también.

—¡Oh, por favor! Eres un...

Sus palabras fueron interrumpidas por un beso.

Se quedó rígida, pero él le sostuvo la cara y siguió insistiendo, explorando sus labios con lenta y suplicante suavidad. No la forzó a abrirlos ni los invadió, solo le ofreció una reverente intimidad a la que ella no podía resistirse.

Parpadeó mientras todo su ser era atravesado por un estremecimiento. Claudicó, arqueándose bajo sus dedos y dejó caer la cabeza en su mano mientras el beso se volvía más intenso, ardiente y voraz hasta que al final tuvo que jadear en busca de aire. Puede que aquello fuera una artimaña, un mero

espejismo de la ternura que ella necesitaba, pero no importaba. Se rendiría al deseo.

Él se dejó caer del sofá, girando sobre sí mismo para quedar de rodillas frente a ella sin dejar de sostenerle la cara para seguir besándola con aquella intensa dulzura que tanto necesitaba. Nick empujó la mesita del café para hacer sitio y luego le separó las rodillas para poder colocarse entre sus piernas.

Becca se encontraba totalmente seducida por su sensual ternura, por sus caricias. Él había ganado, pero no le importaba porque aquel beso era demasiado maravilloso para habérselo perdido. Era un beso generoso; resultaba imposible saber quién entregaba o recibía y la belleza del acto era tan intensa que se estremecía de deseo, anhelando entregarse por completo.

Nick alzó la cabeza muy despacio y la miró con los ojos entrecerrados y las pupilas dilatadas mientras se pasaba los dedos por la boca. Su respiración era tan jadeante como la de ella.

—¿Cómo tienes el clítoris? —preguntó bruscamente.

La pregunta la arrancó de golpe de la neblina de sensualidad que la envolvía.

—¡Por Dios, Nick! Desde luego no te andas con rodeos.

—Es mejor andarse con meneos —dijo él con una amplia sonrisa.

Ella se rio ante la infantil rima sin poder contenerse.

—¡Oh, Dios mío! Qué chiste tan malo. No dejes tu trabajo, como cómico no te ganarás la vida. No, no, espera, lo retiro. Renuncia a tu trabajo, por favor. Lo odio.

Él ignoró sus palabras y se dedicó a acariciarle las rodillas.

—¿Qué me dices? La última vez estaba demasiado sensible como para que pudiera tocarlo, ¿está mejor?

Ella notó que un ardiente rubor le cubría las mejillas mientras los músculos de sus piernas se tensaban y relajaban bajo las cálidas manos.

—Creo que te dije que no íbamos a...

—¡Joder! ¿Cómo puedo conseguir que respondas a mi pregunta?

Ella hizo una mueca.

—Pues primero deberías calmarte un poquito.

Él miró al techo, exasperado.

—Y esta vez ¿qué he dicho?

—No has dicho nada malo. Pero tu tono, sin embargo... Has dicho «¿Cómo tienes el clítoris?» de la misma forma que dirías «¿Te duele la

ciática? ¿Cómo te va el juanete? ¿Cómo se encuentra tu tía abuela Edna?».

Él se inclinó hacia su regazo y apretó la cara contra sus muslos desnudos, estremeciéndose de risa.

—¡Oh, nena! Vas a acabar conmigo.

—Espero que no. Por favor, no te rías —le pidió con firmeza—. No era mi intención ser graciosa, solo estoy nerviosa. Eso es todo.

Él alzó la cara.

—¿Nerviosa? —repitió con incredulidad—. ¿Conmigo? ¿Después de todo lo que hemos pasado juntos? ¿Por qué?

Si tuviera que ponerse a explicar ahora por qué un misterioso e insaciable dios del sexo, que la había salvado de un destino horrible, podía ponerla nerviosa, se pondría... *er...* nerviosa.

Él levantó un poco el holgado camisón.

—Me encanta esto —aseguró—. Huele muy bien. Como a...

—¿Suavizante para la ropa? —sugirió ella.

—Es sexy —explicó él con una seductora sonrisa.

Ella bajó la vista a la prenda intentando contener una sonrisa.

—¡Oh, déjalo! Sé que estás mintiendo. Y, además, de forma descarada.

—Hablando de descaros... —Le subió el camisón hasta la cintura y los pechos—. No has respondido a mi pregunta. Sobre el clítoris. ¡Oh, Dios, mírate! No miento, en serio, eres jodidamente sexy.

Ella no se había puesto nada debajo del camisón y agradeció para sus adentros que se le hubiera ocurrido depilarse y untarse generosamente de crema.

—Está mejor —confesó con la voz entrecortada—. De hecho, está casi... *er...* normal.

Ya, claro. Como si normal fuera la palabra adecuada para describir lo que sentía allí cuando él le sonreía de esa manera. Aquel ardiente y hormigueante fuego no podía estar más alejado de la normalidad.

Él la tomó por las caderas y tiró hasta que sus nalgas quedaron fuera del sofá. Se quedó allí, abierta, desvalida y confusa, con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá y el camisón arrugado alrededor del cuello. La silueta de un hombre grande y musculoso se dibujaba contra la parpadeante imagen de la pantalla. Él se inclinó sobre sus partes íntimas y comenzó a acariciarla, separando sus pliegues al tiempo que depositaba lentos y perezosos besos sobre los muslos temblorosos, en su monte de Venus... Provocándola, tentándola...

Le vio alzar la cabeza.

—Bueno, dime, ¿y cómo va la tía abuela Edna?

Ella estalló en carcajadas justo en el mismo momento en que él abrió la boca sobre su sexo y la sorpresa la llevó a la cumbre al instante. Un largo clímax la atravesó entre jadeantes sollozos de placer.

Después de que se disiparan los espasmos de aquella deliciosa satisfacción, él la miró fijamente durante largo rato.

—Gracias —dijo Nick.

Ella se rio por lo bajo.

—¿Tú me das las gracias? ¿No debería ser yo la que te las diera a ti?

—No —aseguró él sin dejar de mover el pulgar sobre el clítoris—. Eres importante para mí... No lo comprendo demasiado bien...

A Becca se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Créeme —se sinceró ella a su vez—, yo tampoco.

Nick volvió a inclinarse sobre ella y comenzó otra vez. La chupó y la lamio, deslizando la lengua con delicada habilidad a lo largo de los pliegues interiores. Parecía un ser hambriento que solo pudiera satisfacerse complaciéndola.

Y eso hizo. La derritió por completo. La excitó y conmocionó igual que había hecho cuando la abrazó en la cocina. Nick sabía proporcionar un indescriptible placer con la lengua, con sus indagadores dedos, con sus hábiles labios. La tierna voracidad que mostraba le privaba del sentido, pero ella era consciente de la súplica que encerraba; como si anhelara algo con desesperación y esa fuera la única manera que conocía de pedirlo. O de ganarlo.

Y ella no podía negarse. Estaba hechizada. No se reservó nada, le ofreció sus caóticas emociones, sus ávidas respuestas, todo su ser... Comenzó a subir de nuevo hacia la cima... y se quebró. Una oleada de éxtasis la atravesó, inundándola, desnudándola, marcándola a fuego. Tierna como el amanecer.

El tiempo ya no transcurría igual, se había deformado y expandido; parecía compuesto de intervalos infinitos, como un sueño sin principio ni final. Se movía, sí, pero como un río lento en el que ellos flotaban... a veces somnolientos, a veces agitados por un remolino de caótica espuma que al final les dejaba meciéndose en una piscina deliciosamente tranquila. Cuando por fin ella estuvo flácida y agotada, él alzó la cabeza, se limpió la cara sonriente y la tomó de las manos. Tiró de ellas hasta obligarla a sentarse y rodearlo con los desnudos muslos.

No fue necesario que le preguntara nada, sus ardientes ojos lo decían todo. Le vio sacar un preservativo del bolsillo y ponérselo en una mano.

—Haz los honores —dijo sin más.

Ella le miró, admirando la habilidad con la que la había manipulado hasta hacer resurgir en su interior aquella desesperada necesidad que tanto se había esforzado en contener. Era tonta y lo sabía, pero no había manera de que pudiera detenerse ahora. Necesitaba disfrutar de todo lo que él podía darle. Por una parte estaba asustada, sabía que era débil e imbécil al permitir que volviera a utilizarla, pero su yo interior se rebelaba; quería disfrutar todo lo que él podía ofrecerle. Se moría por sentir sobre su piel la cruda sexualidad de Nick, su poder y vigor, su calor vivificante.

Se inclinó hacia él y deslizó las manos bajo la sudadera para acariciarle el duro vientre al tiempo que le desabrochaba el pantalón. Luego le rodeó la delgada cintura y se recreó en los poderosos músculos que se tensaban bajo sus manos cuando empujó los vaqueros por las caderas hasta liberar su erecto miembro.

Siempre se maravillaba al verlo. Su tamaño era contundente y lo rozó, deleitándose en cada detalle, en la suavidad aterciopelada de su piel, en las marcadas venas que lo recorrían de arriba abajo... ¡Oh, Dios! Era perfecto.

Adoraba el calor que Nick desprendía siempre, aquella irreprimible urgencia y la rigidez con que la controlaba para darle placer a ella. Tomó su erección con ambas manos y la apretó; la acarició, arrancándole algunos jadeos entrecortados y haciéndole arquearse y estremecerse. Él gruñó con firmeza bajo sus caricias.

Becca abrió el envoltorio del preservativo y, al mismo tiempo, sonó el teléfono. Los dos se quedaron paralizados.

—Deja que salte el contestador —pidió ella—. Seguramente será mi jefa, para despedirme.

Los seis timbrazos se hicieron eternos. Ahora que ignoraba a todo el mundo, tenía que volver a programar aquel chisme y que sonaran solo tres. *Piiii*, y saltó el alegre mensaje... Sí, también debía cambiarlo.

—¿Becca? Si estás ahí, ponte al teléfono ya. Acabo de hablar con Carrie y me ha contado que...

—¡Oh, Dios! Es mi hermano —le explicó abalanzándose sobre el aparato—. ¿Josh? Hola...

—¡Por fin! —comenzó su hermano con tono desaprobador—. Ya era hora. Carrie me ha dicho que estás fatal. ¿Qué es eso de que no vas a trabajar?

¿Qué te ha pasado?

Aquello comenzaba a pasar de castaño oscuro.

—Pues sí, estoy fatal —confirmó—. ¿Acaso no puedo deprimirme como el resto de los mortales? ¿No puedo tener un mal día de vez en cuando?

Josh guardó silencio.

—No —dijo al final—. No puedes.

Una punzada de remordimiento le subió por la espalda al pensar en lo egoísta que estaba siendo. Josh solo tenía ocho años cuando su madre se dejó llevar por la desesperación e ingirió las píldoras que acabaron con su sufrimiento. No era de extrañar que su hermano no soportara verla deprimida.

Aquella era una de las razones por las que siempre se había esforzado en mantener una fachada alegre ante ellos. Quiso darles al menos esa seguridad, una ilusión con la que contar.

Y seguían contando con ello. A pesar de lo que alardeaban de ser independientes, de sus irritantes actitudes juveniles, se volvían locos cuando ella flaqueaba.

—¿Qué demonios quiere decir eso de que te has ido con un hombre? — Josh estaba tan enfadado como un abuelito carcamal—. Según dijo Carrie, se trata de un tipo con tatuajes. Me parece intolerable, Becca. Entiendo que estuvieras enfadada con ese mal nacido de Justin, pero por Dios, ¿podrías contraer alguna enfermedad! ¿Tienes que andarte con cuidado!

Ella tuvo que reprimir la risa con las manos al escuchar la fraternal perorata que ella siempre les soltaba a sus hermanos, dirigida ahora contra su persona y de boca de su hermano menor.

—Ahora no quiero hablar de eso, ¿vale?

Josh sospechó al instante.

—¿Por qué? ¿De qué te ríes? ¿Qué te parece tan gracioso? No pareces precisamente deprimida... ¿Qué ha ocurrido?

—No estoy riéndome, tonto, es que...

—¿Ese tipo está ahí contigo? Es eso ¿verdad? ¡Está ahí! —La voz de su hermano se convirtió en un agudo chillido.

—¡Maldita sea, Josh...!

—¡Estabas acostándote con él! Por eso no respondías al teléfono. ¡Me cago en la leche, Becca! ¿Te has vuelto loca?

—Tranquilo, Josh —advirtió—. ¿Es que acaso no puedo tener vida privada?

—Dile que se ponga al teléfono —ordenó con tono ominoso.

—¡Oh, venga! No seas ridículo. No pienso decirle tal cosa.

—¡Que se ponga al teléfono! ¡Ya! —Su voz era inflexible—. Quiero hablar con él.

Ella cubrió el micrófono del aparato con la mano y miró a Nick con pesar.

—De verdad, lo siento... No sé cómo hemos llegado a esto. Es mi hermano, quiere hablar contigo.

—¿Qué es lo que sabe? —preguntó Nick.

—De lo demás, nada. Solo he hablado de ti —musitó.

Nick vaciló, pero cogió el teléfono que ella le ofrecía como si fuera una bomba de relojería.

—¿Sí?

El joven fue a por él como un pitbull cabreado.

—¿Quién coño eres? ¿Qué pretendes hacer con mi hermana? —La voz juvenil estaba rota por la fuerza de las emociones.

Nick fingió una tos para ocultar la risa.

—¿Quién quiere saberlo?

—Soy Josh Cattrell, el hermano de Becca. Como le hagas daño a mi hermana iré a buscarte para darte una paliza.

—De acuerdo, lo tendré en cuenta, pero... Solo para saber de qué hablamos, ¿a qué te refieres con *hacerle daño*?

—Sabes de sobra lo que quiero decir —siseó el chico—. ¿Así que tú eres ese matón tatuado y malhablado del que nos ha hablado?

No pudo contener la sonrisa. Miró a Becca de reojo y tapó el teléfono con la mano.

—¿Matón tatuado y malhablado? —repitió para ella.

—¡Oh, no! —gimió ella, cubriéndose las mejillas—. No puede estar pasando esto... ¡Yo jamás he dicho eso!

Él se sentó sobre los talones, sonriendo como si fuera idiota. Se dio cuenta con sorpresa de que disfrutaba con todo aquello; había pasado tanto tiempo que casi había olvidado aquella sensación.

—Como puedes imaginar, lo que está pasando entre tu hermana y yo es algo consentido por ambas partes —aseguró, sin dejar de mirarla.

—¿Estás seduciéndola ahora? —aulló el joven.

Eso era justo lo que deseaba hacer.

—No es algo que te incumba —aseguró sin alterarse—. Deja de meter

las narices en donde nadie te llama.

—¡Ah, no! Ni hablar. Ni lo pienses. Si dejo de meter las narices, ¿quién velará por ella?

Nick no podía decir nada al respecto; jamás tuvo hermanos o familiares a quienes realmente importara después de que muriera su madre. El concepto de familia era extraño para él y, a pesar del coñazo que estaba dándole el joven, le gustaba; le daba igual que le estuviera echando la bronca. Josh se mostraba protector con su hermana; le salía del corazón y solo por eso se había ganado su aprecio.

—Ya tuvo bastante con lo que le hizo el cabronazo de Justin —continuó Josh—, ¿y ahora se liga a un *punk* de la calle? ¡Lo que faltaba!

¿Un *punk*? Tuvo que contener una carcajada, no le haría quedar bien con el joven.

—No me ligó en la calle.

—Me da igual dónde te haya conocido. ¿Cuáles son tus intenciones hacia ella? —gritó Josh.

—¿Mis intenciones? —repitió, sorprendido. Dios, vivía la vida segundo a segundo, tratando de no acabar muerto. No tenía ninguna intención.

—¿Así que vas a tirártela y después desaparecerás?

—No. No es esa mi intención.

Nick tenía la extraña sensación de que era otra persona la que hablaba en su lugar.

—Ah, menos mal —Josh parecía ahora algo desconcertado—. Porque si fuera esa, tendría que darte una paliza.

—Vale, vale —intentó sosegarle—. La parte de la paliza la tengo clara y meridiana.

—No le hagas daño —dijo el hermano de Becca en voz baja—. Ya ha tenido suficientes experiencias negativas con inútiles. Se merece algo mejor.

—Sí, es cierto. No le haré... no lo haré.

Se sintió fatal, como si fuera un mentiroso consumado. Dios, ¿qué decía su historial? Jamás se había acercado a una mujer sin terminar haciéndole daño.

Josh colgó sin despedirse y Nick soltó el teléfono alucinado. Aquello era realmente surrealista; había estado intentando tranquilizar a un hermano furioso mientras su polla se agitaba fuera de los vaqueros como si fuera una bandera al viento.

—Tu hermano es muy protector —observó.

Becca todavía se cubría las mejillas con las manos.

—Lo siento muchísimo —dijo ella—. A veces es un verdadero incordio. No debería de haberte pasado el teléfono.

—No te preocupes —la tranquilizó—. Lo cierto es que es de la clase de hombres que me gusta.

Ella dejó caer las manos y le miró como si no pudiera creer lo que decía.

—¿Qué?

—No le importa más que lo que cree justo —explicó Nick—. Me gustan los hombres así. Lo único que pasa es que no sé si le he prometido casarme contigo o mantener las manos alejadas de ti. Lo que he entendido perfectamente es que me dará una paliza si no hago lo correcto.

Ella se dejó llevar por la risa hasta el punto de que se le humedecieron los ojos.

—Tranquilo —aseguró con la respiración entrecortada—, no te haré cumplir tu palabra.

—¿Debo preocuparme por algún otro familiar? —preguntó él—. ¿Un padre armado? ¿Una madre con ametralladora?

—Solo tengo otra hermana. Carrie tiene diecinueve años y Josh veinte —explicó—. Nuestros padres murieron hace años, podría decirse que los críe yo.

Él silbó por lo bajo.

—¡*Guau!*, debió de resultar difícil.

—Sí, bastante. —Ella le dirigió una trémula sonrisa—. Bueno, imagino que esto ha arruinado el momento, ¿no?

«¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡*Mayday, mayday!* ¡Cayendo en picado!».

—No tiene por qué ser así —aseguró él, intentando mantener una expresión impassible a pesar de la pasión que ardía en su interior. Tomó la mano de Becca y la bajó para que cerrara los dedos en torno a la enhiesta erección—. Por mi parte no ha arruinado nada. De hecho, esta parte de mi cuerpo ni siquiera ha notado la interrupción.

Ella bajó la mirada mientras le acariciaba y exploraba con aquellos finos dedos, suaves como alas de mariposa. Él apenas pudo reprimir un gemido.

—Ya veo —susurró ella, bajito.

—Si me van a dar una paliza, bien podrías conseguir que valga la pena, ¿no? —Buscó el preservativo que ella había dejado caer sobre la alfombra y se lo ofreció al tiempo que cruzaba los dedos mentalmente. Por favor... por favor...

Ella soltó unas risitas tontas mientras terminaba de abrir el envoltorio y sacaba el condón con una sola mano. Le costó tanto estirarlo a lo largo de su miembro que él estuvo a punto de terminar con aquella tortura, quitándoselo de las manos y poniéndoselo él mismo. Por fin ella desenrolló el lubricado látex por toda la longitud haciéndole sentir una larga, excitante y apretada caricia.

—¿No te oprime demasiado? —preguntó ella con cierta preocupación.

—Qué va... —aseguró con la voz entrecortada—. Por favor, vuelve a hacerlo.

Ella emitió aquella risita otra vez al tiempo que le complacía, acariciándole. Estrujando su miembro hasta que él tuvo que respirar hondo y aferrarse a ella para contenerse.

¡Oh, Dios!, le encantaba oírle reír. Quería seguir escuchando aquel entrecortado murmullo de felicidad. Aquello que le hacía sentir era... ¡Joder! Ni siquiera tenía una palabra para definirlo. Aquel tipo de sentimientos no tenía cabida en él, pero le incitaban a abrazarla y besarla otra vez.

El torpe roce de su mano era la sensación más erótica que hubiera sentido nunca. Era afortunado, muy afortunado. Una dúctil, fragante y risueña mujer llenaba sus brazos, unos suaves labios se abrían bajo los suyos y su tímida lengua se retiraba al paso de la suya antes de responder lentamente. Becca era la mujer más dulce del mundo.

Le sostuvo la cabeza y profundizó el beso hasta que prácticamente se ahogó en él... torciendo de paso aquellas extrañas gafas negras.

Ella comenzó a reírse sin parar al tiempo que se las enderezaba.

—No puedo creerlo, ¡me he olvidado de que las llevaba puestas!

—Déjalas —le pidió él, comenzando a desabrocharle los botones del cuello.

—Pero si son espantosas... —protestó ella.

Él le detuvo la mano cuando estaba a punto de quitárselas.

—Es una de mis fantasías —le explicó—. El clásico tema recurrente, ya sabes... Una anticuada y frígida secretaria que en realidad es una bomba sexual. De pronto despierta, se desmelenada y se quita las gafas. Añade a la escena lencería virginal y eres una fantasía hecha realidad.

—¡Oh, venga! Estás de broma. —Se deshizo de las gafas y las lanzó encima de la mesita—. Los hombres sois unos obsesos.

—Por supuesto —convino él, subiendo aquel enorme camisón, amplio como una carpa, y quitándoselo por la cabeza. Por fin la tenía desnuda y era tan extraordinaria como recordaba. No, era incluso más extraordinaria.

Sostuvo el camisón entre las manos.

—Levántate —pidió con voz ronca—. Déjame colocar esto en el sofá, debajo de tus nalgas.

Ella le miró de soslayo, sorprendida y confundida.

—¿Qué?

—Para no mancharlo. —La invitó a ponerse de pie y aprovechó para extender la prenda sobre el asiento.

A continuación la empujó para que cayera encima, consiguiendo que se menearan de manera provocativa aquellos hermosos pechos de puntas rosadas.

La tomó de nuevo por las caderas y volvió a deslizar sus nalgas hasta el borde del sofá.

—Tienes el coño tan jugoso como un melocotón maduro —musitó—. No puedo saciarme de él, pero si no te follo ahora, me moriré.

Ella sonrió antes de morderse los labios con expresión de incertidumbre, pero se abrió como una flor cuando él le alzó las piernas y se las separó, exponiendo ante él sus rosados pliegues y la oscura abertura.

Aquella imagen fue como un golpe en el plexo solar. Se preparó, bajando un poco los vaqueros. Luego comenzó a presionar en la apretada entrada hasta penetrar con suavidad en su interior. Qué sensual y entregada era ella. Aquella mirada que le mostraba, al tiempo que se aferraba a sus brazos mientras él proseguía inexorable en su interior... Cuando comenzó a embestir, ella emitió ronc sonidos de placer con cada profundo y lento envite.

Buscaron un ritmo que les satisficiera a ambos; él dejándose llevar por sus jadeos y ella agarrándole las nalgas y retorciéndose, estableciendo una serie de bruscas y apasionadas inmersiones y retiradas que la hicieron jadear de placer y arquearse a su encuentro.

¡Oh, Dios! ¡Qué placer! Llevaba tanto tiempo sin disfrutar de algo así que había olvidado que existían aquellas sensaciones, o quizá había sido él mismo quien apartó aquellos recuerdos, diciéndose a sí mismo que eran un lujo. Algo de lo que debía prescindir como del azúcar o el alcohol.

Pero no, aquella sensación ni siquiera se parecía. Era más bien como el agua y el oxígeno; una absoluta necesidad. Si se quedaba sin ello, se ahogaría sin remedio y acabaría vapuleado por el viento como una hoja seca.

Llevaba años seco y muerto por dentro y ni siquiera había sido consciente de ello. Bueno, sentirse muerto incluso había llegado a resultarle normal después de un tiempo.

El ritmo se aceleró sin que él fuera consciente de ello porque Becca se

retorcía con frenesí contra él, jadeando y gimiendo mientras intentaba alcanzar uno de esos explosivos orgasmos suyos, capaces de atraer a la policía. Se concentró en facilitarle el placer, frotándole el clítoris con el pulgar mientras la estimulaba con la polla, buscando todos los puntos erógenos y... ¡Oh, ella se corrió! Se arqueó y estremeció al tiempo que sus músculos internos vibraban en torno a su erección, apresándola, suplicando que se uniera a ella. Y él quiso complacerla.

¡Todavía no! Ni hablar. De eso nada. Quería que aquello durara para siempre.

En cuanto ella se relajó y le miró jadeante y brillante de sudor, él comenzó a embestir de nuevo. Ahora era más fácil, estaba más resbaladiza y dilatada. Una profunda zambullida y a continuación se retiraba casi por completo. Primero notaba la resistencia de su coño a ser penetrado y luego el fuerte agarre de sus músculos internos para que no se retirara. Era absolutamente adictivo.

Si no fuera por el preservativo, se habría corrido ya. Aquella funda de látex le mantenía entero, amortiguaba las sensaciones lo suficiente como para que pudiera controlarse. Logró que ella alcanzara el orgasmo un par de veces más, pero cada una de ellas hacía que su unión se volviera más caliente, más dura, más salvaje. Él se había concentrado y la provocaba como si estuviera fuera de su cuerpo, bombeando y penetrándola una y otra vez. Sentía que los testículos golpeaban con cada movimiento contra el empapado trasero y la veía jadear, gemir suplicante, mientras los sonidos se mezclaban, roncós y desesperados, con los suyos. De pronto escuchó un rugido en su mente y el orgasmo le arrastró como un tsunami. Aulló y gritó como si algo en su interior hubiera estallado en pedazos y se desmoronara sin remedio.

Cada capa de su mente fue demolida por una enorme bola de acero, y todo cayó como si un muro de ladrillo y mortero se convirtiera en polvo y escombros. Cada rítmica explosión parecía destrozarle un poco más.

Cuando volvió en sí, comprobó con espanto que estaban en el suelo. ¡Joder! ¿Cómo habían llegado allí? La mesita de café estaba tirada, los libros desparramados y las gafas sobre la alfombra. El teléfono pitaba descolgado. Ella trataba de respirar bajo su peso, sujeta de su cuello, con una pierna alrededor de su cintura y la otra sobre la pantorrilla.

Comenzó a retirarse, débil y tembloroso por la intensidad del orgasmo, cuando sintió que los músculos interiores de Becca lo retenían con fuerza, imitando la actitud de sus brazos. Ella no quería soltarle. Era agradable; le

gustaba.

Lo que no dejaba de ser extraño en él. Que una mujer hiciera gala de aquella clase de comportamiento después del sexo le agobiaba.

No tenía ni idea de lo que había hecho en los últimos minutos... ¿Se había desmayado? Su tamaño era casi el doble que el de Becca; esperaba no haberle hecho daño y que ella no le odiara con toda su alma.

—Lo siento —susurró, observándola.

Ella sonrió sin abrir los ojos.

—Eres un tipo muy raro, Nick.

—Lo sé —admitió sinceramente—. ¿Estás bien?

Ella se estiró debajo de él.

—Primero consigues que me corra como nunca y me das las gracias. Luego me llevas al orgasmo una y otra y otra vez y... ¿qué haces? ¡Me pides perdón!

—He perdido el control —gruñó—. Podría haberte hecho daño.

—Pues, oh... —se burló ella—. ¡Última hora! No lo has hecho. De hecho, dudo mucho de que pudieras. —Le miró fijamente, con gravedad—. Al menos no mientras mantenemos relaciones sexuales.

Él se retiró lentamente de la maleable funda que le envolvía, pero ella le rodeó el cuello con los brazos y le retuvo contra sí.

—¿Nick? Quiero decirte una cosa.

Se preparó para algo malo; se le revolvió el estómago por el miedo innombrable que le encogía las entrañas.

—¿De veras? ¿Qué?

—Como se te ocurra realizar la misma rutina de siempre, y te pongas borde, gruñón e insultante antes de huir de mí, te aseguro que no vas a tener que volver a preocuparte por Vadim Zhoglo otra vez.

Él comenzó a reírse por lo bajo.

—¿En serio?

—Sí, en serio —aseguró ella—. Porque te mataré con mis propias manos.

Casi se desplomó sobre ella cuando las carcajadas le debilitaron los codos. Se levantó con dificultad y retiró el preservativo repleto.

Se quitó los zapatos y se bajó los vaqueros para quitárselos de golpe.

—No estoy huyendo —la tranquilizó—. No puedo, ¿ves? Estoy en pelotas. Solo voy a tirar el condón, ¿vale?

—Pues vuelve enseguida. Lo digo en serio —advirtió ella en tono

inflexible.

Lo hizo, estremeciéndose todavía por la risa. Pero cuando la vio en el suelo, se recreó en su hermosa figura mientras la risa se desvanecía. No le gustó verla allí desnuda. Parecía demasiado desvalida, demasiado vulnerable.

Prefería verla desnuda saltando entre las flores de un campo, dentro de una bañera, o debajo de una cascada, en el bosque. O todavía mejor, desnuda en una cama suave, mientras él la cubría con su cuerpo.

Su miembro había comenzado a latir y a endurecerse otra vez entre sus piernas cuando se inclinó sobre ella y la ayudó a levantarse.

—No he huido, ¿ves? Pero voy a avisarte, así que luego no te quejes: soy insomne crónico.

—¿En serio? ¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Pues como no puedo dormir, ya te imaginarás cuál es mi actividad alternativa favorita en la cama —advirtió ominosamente.

Ella bajó la mirada a su entrepierna y vio que la erección había alcanzado toda su longitud y comenzaba a elevarse como si tuviera un motor hidráulico.

—¡Oh, Dios...! —murmuró—. Estarás de broma, ¿verdad?

—¿Tú qué crees?

—¿No necesitas descansar un poco? ¿No te relajas nunca?

—No —se rio él—. Y espero que te mantengas a la altura.

Ella suspiró profundamente.

—Si no puedes relajarte un poco después de lo que acabamos de hacer, te esperan grandes sufrimientos, chico.

Le dio tal ataque de risa que casi le cayeron las lágrimas, pero las reprimió mientras se arrodillaba para sacar del bolsillo del pantalón el resto de condones, que agitó ante las narices de Becca; una larga tira de envoltorios metálicos. Luego la tomó en brazos, ahuecando las manos sobre sus nalgas para que le rodeara la cintura con las piernas.

—Explícame eso.

—¡Eh! —Ella se contoneó con desgana, pero le envolvió entre sus muslos—. Este es otro de esos juegucitos tuyos, ¿verdad?

Él abrió la puerta del dormitorio de una patada.

—Claro, es evidente.

No se molestó en descartar los cojines, la lanzó justo en el medio y se dejó caer a su lado. Ella se rio, resistiéndose cuando él forcejeó para colocarla en la posición adecuada mientras abría un preservativo con los

dientes y se lo ponía con habilidad.

Quiso ser jugueteón en esa ocasión, comportarse de manera remilgada. Sin embargo, como siempre le ocurría con ella, las cosas siguieron otro rumbo y acabaron retozando entre montones de mullidos cojines de encaje como una pareja de conejos salidos; perdidos en un lugar donde él no había estado nunca, donde no había reglas, ni fórmulas, ni pistas de cómo comportarse.

Primero fue aquella mirada abrasadora y electrizante con la que se perdió en sus hermosos ojos al tiempo que sumergía la polla en su interior. Luego aquel estremecedor nudo de emoción que crecía a la vez que el placer se tornaba casi insoportable. La risa desapareció, las sonrisas se esfumaron y solo pudieron mirarse a los ojos, anonadados.

Solo pudo aferrarse a ella y follarla de una manera desesperada.

Le estaba pasando algo; algo enorme que no podía contener, tan natural como la salida del sol e igual de milagroso. Se obligó a cerrar los párpados y enterrar el rostro en la almohada para ahogar los sonidos que emitía, para secar las cálidas lágrimas que anegaban sus ojos.

Se abrazaron con fuerza mientras embestía en el interior de Becca. Ella le clavó las uñas, arqueándose contra él, estimulando sus desenfrenados envites con la presión de sus dedos y sus gemidos salvajes. Y él despegaba... ¡Oh, Dios!

Ella subió con él hasta el borde y se precipitaron a la vez al vacío, a través de un espacio infinito en el interior de sus mentes. Pero, milagrosamente, juntos. No la perdió en aquel lugar solitario.

Estaban fusionados; eran un solo ser, brillante y perfecto.

Aquel éxtasis increíble volvió a hacerle perder la consciencia. Se obligó a abrir los ojos y clavó la mirada en la oscuridad.

Sentía un liviano calor en el pecho y se sorprendió por ello. Estaba estupefacto, relajado... Aterrado de poder perder aquella calidez con la misma rapidez que había llegado y volver a sentirse otra vez frío y tenso como un puño apretado.

Una parte de su ser imploraba: «déjame sentirlo. Por favor, déjame sentirlo».

Y otra le advertía: «acabarás pagándolo con sangre, imbécil».

Abrazó el húmedo y laxo cuerpo de Becca casi con desafío. Ella murmuró en sueños, pero no llegó a despertarse. Gracias, Dios. Tenía sus propios sentimientos demasiado a flor de piel como para tener que lidiar también con los de ella.

El asunto no dejaba de tener su gracia, era evidente que un hombre tenía que poder caminar antes de intentar correr.

Todavía no se había quitado el preservativo, pero su polla seguía dura; lo suficiente como para que no se deslizara. Estaba seguro de que seguiría en ese estado mientras permaneciera cerca de Becca, por lo que se quedó allí, mirándola a la cara mientras dormía; admirando su belleza. Los enredados rizos oscuros contra la almohada blanca, el sensual peso de su cuerpo, sexy y suave, acurrucado contra él. Pesada, caliente, relajada... Absolutamente confiada.

Le preocupó que ella pudiera coger frío después de tanto movimiento, cuando se le secara el sudor sobre la piel, pero resultaba complicado lograr desplazar las sábanas por debajo de ella sin molestarla, así que acabó despertándose. La vio desperezarse y bostezar antes de que le brindara una radiante sonrisa que hizo que le doliera el corazón como si alguien se lo estuviera estrujando.

—Hace frío —le explicó en tono seco—. Déjame taparte.

—No, déjalo —repuso somnolienta—. Eres como una estufa.

Aprovechando que ella estaba despierta, decidió deshacerse del preservativo y su contenido.

Cuando regresó al dormitorio había tomado una decisión, tan definitiva como sorprendente. Estaba dispuesto a llevarla a cabo y utilizaría los medios que fuera necesario.

—Levántate —ordenó—. Vístete, que te vienes conmigo.

Ella se incorporó sobre un codo, desconcertada.

—¿Nick? ¿Qué pasa?

Él cruzó los brazos.

—Ya que no logro convencerte para que te largues de la ciudad, para que te escondas, lo más seguro es que me acompañes —expuso con determinación—. Ahora mismo. Sé de un lugar donde estarás a salvo.

Ella meneó la cabeza confusa, impotente.

—¿Y todo eso que me explicaste de que Zhoglo iba a ir a por ti? ¿De que por eso estaré más segura lejos de ti?

Él apretó los puños y puso los brazos en jarras.

—No puedo mantenerme lejos de ti —confesó—. Y menos ahora. Así que ni siquiera voy a intentarlo. La otra opción es pegarme a ti como una lapa y volarle los sesos a cualquier mafioso que se acerque a menos de cincuenta metros.

—Ah, gracias... creo. —Parecía anonadada—. ¿Es así como cortejáis a una mujer en ese extraño mundo paralelo en el que vives, Nick? La manera de ser románticos y eso... Porque si es así, aprecio los sentimientos que hay detrás, pero...

—Déjate de ironías —la interrumpió él—. Hablo en serio.

Ella vaciló, todas sus dudas podían leerse en su rostro. Él sospechó que estaba buscando las palabras adecuadas para no alentar su paranoia, lo que le molestó todavía más.

—Nick, estoy segura de que Zhoglo no tiene manera de dar conmigo...

—Conozco gente que puede mantenerte a salvo —continuó él, con la voz ronca por la desesperación—. Incluso aunque me maten a mí. Podrían ayudarte a conseguir una nueva identidad si fuera necesario.

Ella se estremeció visiblemente al escuchar sus palabras y se rodeó con los brazos como si de repente el frío fuera inaguantable.

—Nick —musitó—, no es tan sencillo. Tengo una familia que cuenta conmigo, no puedo desaparecer sin más. —Él soltó un salvaje exabrupto en ucraniano por lo bajo—. No puedo irme contigo —continuó ella, obstinada—. Tengo que trabajar, cumplir con mis obligaciones. Corro el riesgo de perder mi empleo y no puedo permitírmelo. Ayudo a mis hermanos a pagarse la carrera.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Es evidente que no necesito decirlo, pero pueden arreglárselas solos.

—¿Cómo?

—De todas maneras no podrás ayudarles en nada si estás muerta. Vas a venir conmigo —insistió, pero sabía de sobra que había perdido la batalla. Becca no pensaba acompañarle. ¡Qué mujer más testaruda! Contuvo el impulso de estampar el puño en la pared. Pero él no hacía esas cosas. Jamás las haría. Era el tipo de comportamiento salvaje que había tenido su padre.

Becca carraspeó.

—Nick, razona... —intentó persuadirlo—. Durante el día estaré en el Club de Campo Cardinal Creek, ¿de verdad piensas que va a verse invadido por la mafia ucraniana? No es un lugar normal; son capaces de examinar los antecedentes de la reina de Inglaterra antes de servirle un té. De veras, da asco lo clasistas, esnobs y exclusivos que son allí.

«Te quiero a mi lado, a salvo. Quiero rodearte de capas de hierro, acero, hormigón y alarmas electrónicas», quiso gritar. Pero su orgullo masculino se lo impidió. No pensaba arrastrarse ni rogarle.

—De todas maneras, ¿quiénes son esos amigos tuyos? —preguntó intrigada.

Él se encogió de hombros.

—Qué más da... —respondió con amargura—. Si no vas a venir conmigo, da igual.

Ella hizo una mueca de irritación.

—No me trates así, Nick, no me lo merezco.

—Piénsalo, ¿vale? —intentó una última vez—. Plantéate que son unas vacaciones y desaparece por un tiempo. Por favor, Becca.

Ella tardó un momento en asentir.

—De acuerdo, lo pensaré —cedió en voz baja—. Pero hoy tengo que ir a trabajar. Ya veremos cómo van las cosas. ¿Vale?

Él se frotó los ojos antes de mirar el reloj. Habían pasado casi tres horas. No había recibido ninguna llamada de Raine hasta el momento, pero debería ir pronto a reemplazarla o Seth le partiría las piernas. Miró el cuerpo desnudo de Becca, acurrucado en la cama.

Bueno... ¡qué narices! Raine podía esperar un poco.

—Quiero volver a verte esta noche —dijo bajito.

Ella curvó los labios en una pícaro sonrisa.

—Yo también.

—¿A qué hora sales de trabajar? —preguntó él.

—Mañana... —meditó—, es decir, hoy... Imagino que casi a medianoche.

No creo que acabe antes.

Él la miró consternado.

—¿A medianoche? ¿Qué coño haces allí hasta medianoche?

—Tranquilo, hoy hay un banquete de despedida. Llevo semanas organizando el evento; al parecer se retira un importante cardiólogo. Medianoche es la hora en la que estimo que dejaré rematadas todas las cuestiones que surgen después.

Él pensó que quizá fuera mejor así. De todas maneras, no podría interrumpir la vigilancia antes de medianoche. Quizá incluso llegaría más tarde. Y de esta manera sabría en todo momento dónde estaba ella. El localizador que pensaba meter en el móvil de Becca también le ayudaría, claro.

—¿Nos vemos después? —preguntó.

Ella le miró sorprendida.

—Claro. ¿Quieres que nos encontremos aquí?

Nick meneó la cabeza.

—No, aquí no. Mejor en un hotel. Noto una picazón en el cuello y no me gusta permanecer en el mismo lugar cuando ocurre eso. Zhoglo conseguiría encontrarme. —Ella asintió con la cabeza, siguiéndole la corriente como si estuviera loco. Intentó no sentirse molesto—. Buscaré uno y me registraré. Te mandaré un mensaje de texto con el nombre del hotel y los datos que voy a facilitarles. Cuando salgas de trabajar, ve allí directa. No pases por aquí. Aunque quizá llegue más tarde que tú.

—¡Dios, parece una película de espías! —murmuró ella.

—Diles que eres mi mujer —finalizó.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Es necesario? —preguntó con voz aguda.

—Sí —gruñó él. Aunque no podía explicar por qué.

Resultaba difícil encontrar las palabras. Decir que era su mujer daba a todo aquello una cierta privacidad. Sería la mejor tapadera con los recepcionistas del hotel; daba igual que fueran mujeres desconfiadas y criticonas, u hombres de mente calenturienta; si decía que era su mujer no habría las inevitables especulaciones sobre los motivos por los que una mujer se encontraba con un hombre a medianoche en un hotel.

El hecho de que tales especulaciones fueran ciertas no venía al caso. No era asunto suyo.

Tampoco quería tratar todavía con ella esa noche temas como los celos y el afán de posesión, así que lo dejó pasar con una mueca.

—¿Qué pasa? ¿No quieres que piensen que eres mi mujer? —gruñó—. ¿Acaso no quieres tener un marido tatuado y malhablado?

Ella apretó los labios intentando no sonreír.

—No, no es por eso —aseguró—. Es que me sorprende. Realmente has hablado de matrimonio, de mujeres y maridos.

Él lo reconoció, encogiéndose los hombros.

—Lo que me asusta ahora es bastante más letal —adujo con firmeza—. Así que dejaremos ese tema para más adelante. Cuando por fin haya matado a ese jodido hijo de puta, podremos celebrarlo discutiendo largo y tendido sobre mis problemas con el compromiso, ¿te parece bien?

—Te lo recordaré —aseguró ella.

—Pero ahora mismo... —Buscó junto a la cama la ristra de preservativos y se levantó con uno en la mano. Ella contuvo el aliento cuando le vio deslizarlo por su erección con una sola mano mientras la miraba sonriente.

—Pero ¿qué estás pensando hacer con eso? —preguntó asustada—. Estarás de broma, ¿verdad?

Él levantó las sábanas y se metió en la cama, tomándola entre sus brazos.

—No pienso hacer nada —explicó con una mirada inocente—. Es simple precaución... para que no haya *accidentes*.

—Ah... accidentes... —Becca se estremeció y soltó un grito agudo cuando él se puso encima de ella y la penetró con una larga e implacable embestida.

—Ay... Lo siento —murmuró—. ¿Ves? Esto es lo que temía...

Ella estalló en risas, y los estremecimientos de su cuerpo hicieron vibrar el suyo, atravesándolo de pies a cabeza y, en especial, la parte que acababa de sumergir en su interior. Se sintió apresado con fuerza por sus músculos internos. ¡Oh, Dios! Le encantaba hacerla reír.

Capítulo



ZHOGLO echó un vistazo a las páginas que Mikhail había impreso con la información recabada en Internet sobre Rebecca Cattrell. Bastaba para sus propósitos. Dirección, empleo, currículum, carnet de conducir, estado de sus cuentas bancarias y movimiento en sus tarjetas de crédito; datos fiscales, historial médico... miles de detalles que se hacían casi tediosos. Contratar los servicios de un *hacker* que se pasara unas horas conectado a Internet convertían el juego del gato y el ratón en algo demasiado simple para que fuera entretenido.

Sin embargo, estaba seguro de que obtendría un poco más de placer en el proceso que seguía. Le había resultado encantador descubrir la existencia de sus hermanos. Los padres habían fallecido tiempo atrás, pero los hermanos servirían para poner en práctica la tortura mental que había planeado. Al parecer eran casi como sus propios hijos.

Estudió las fotografías de ambos. Eran jóvenes muy atractivos y el parecido entre ellos resultaba increíble. La chica, Caroline, estudiaba arte en el Evergreen State College, donde también trabajaba como modelo en las clases de dibujo. *Mmm*, no era más que una fulana que posaba desnuda delante de unos degenerados que aspiraban a ser artistas. Se preguntó si su cuerpo resultaría tan apetecible como el de su hermana. Estaba deseando poder compararlas; Caroline parecía menos voluptuosa, pero tenía los mismos ojos verdes rasgados, igual que el hermano. Joshua Cattrell estudiaba ingeniería mecánica en la Universidad de Washington, y se pagaba sus gastos trabajando en la tienda de informática en un centro comercial cercano a la universidad. Bien, muy bien, eran fáciles de localizar.

Se reprendió para sus adentros; no disponía de tiempo para juegos peligrosos como ese. Tenía que ocuparse de asuntos muy importantes mientras estuviera allí, negocios que implicaban grandes sumas de dinero. Si los Cattrell hubieran pertenecido a una familia con conexiones importantes, su desaparición provocaría un gran revuelo y habría encontrado otra manera alternativa para satisfacer sus ansias de venganza, pero eran un puñado de

huérfanos sin dinero, sin posición social o amigos poderosos. Solo se tenían los unos a los otros, y eso era perfecto.

Cómo disfrutaba llevando a cabo aquellos maquiavélicos juegos de tortura emocional. Se requería un don especial para idear el castigo ajustado para cada persona, y él poseía esa cualidad. *Mmm...* hablando de castigos... Se volvió hacia Pavel, que se dirigía con paso furtivo hacia la puerta, dispuesto a escapar, y le hizo un gesto imperioso para que se acercara.

—Tengo un trabajito para ti, Pavel.

—¿Capturar a los hermanos? —supuso Pavel—. Me ocuparé de inmediato. Necesitaré al menos dos hombres y...

—No. Todavía no —le interrumpió él con impaciencia.

Notó que a Pavel se le dilataban las pupilas por el miedo.

—¿De qué se trata, Vor?

—Creo que ha llegado el momento de que le hagas una visita a tu estimada amiga, Ludmilla. —Se recreó en las palabras, pronunciándolas de una manera lenta y sugerente—. Vas a proponerle un trato muy lucrativo; le ofrecerás mucho dinero por proporcionar entretenimiento sexual para mí y mis hombres durante nuestra estancia en Seattle.

—Vor, de verdad, no creo que Ludmilla tenga conexión con...

—Entonces es que eres más estúpido de lo que pensaba. Y los estúpidos deben mantener la boca cerrada y escuchar.

Pavel se estremeció, pero obedeció como un perro apaleado. Zhoglo reanudó su monólogo.

—Irás a ver a Ludmilla —repitió—. En estos momentos, nuestro querido *amigo* Solokov tendrá todo dispuesto para observar y escuchar lo que ocurra, y nos aprovecharemos de ello. Hablarás con Ludmilla largo y tendido sobre enormes sumas de dinero; succulentos contratos. Esa zorra egoísta y ambiciosa dejará a un lado sus miedos con la esperanza de obtener los grandes beneficios que prometes. Te ofrecerá alguna copa que tú aceptarás, si fuera necesario llegarás a fingir estar bebido. Entonces confiarás en ella; le contarás lo ocurrido, lo cabreado que está el Vor contigo, lo cruel que está siendo. Ella se quedará horrorizada y es posible que intente reconfortarte, incluso puede que llegue a follar contigo llevada por el miedo o la culpa.

Pavel apretó los ojos.

—Vor, no deseo...

—Lo que tú deseas, Pavel, es indiferente. Esa mujer debe tener... ¿cuántos años? ¿Cincuenta? ¿Es atractiva?

—No creo que tenga más de cuarenta y tantos —calculó Pavel con voz neutra—. Y sí, es atractiva.

—Oh, genial. —Le dio una alentadora palmadita en el hombro—. Entonces, tíratela, te relajará. Últimamente te veo muy tenso, amigo mío. Y ten en cuenta que debes permanecer con ella todo el tiempo posible para dar a nuestro adversario tiempo de organizarse y que pueda seguirte de regreso hasta aquí.

—¿Aquí? —Pavel parecía atónito—. Pero Vor, nadie sabe que estamos aquí. ¿Te parece seguro correr el riesgo?

—¿Seguro? No. Nada de lo que yo hago es *seguro* —se burló—. No he ganado diez billones de dólares quedándome en un lugar seguro, mi querido Pavel. La seguridad es aburrida, y el aburrimiento me cabrea.

—Pero... ¿Y si la policía...?

—Los federales no me molestarán, he llegado a un entendimiento con ellos. No son los que me traicionaron, Pavel, y quiero saber quién lo hizo. Quiero deshacerme de ese cabrón.

—Sí, claro, por supuesto, pero...

—Quiero a Solokov —continuó Zhoglo, casi con indiferencia—. Quiero que sea testigo de lo que le hago a la hermosa Rebecca. Igual que ella observará cómo torturo a sus hermanitos. Al final, todo se reduce a lo mismo: observar. ¿Te das cuenta, Pavel? Ellos te observarán a ti con Ludmilla, te espían, y nosotros, a su vez, les observaremos espiándonos. Les empujamos al centro del tablero mientras nos preparamos para atacar. ¿Lo ves, verdad? ¿Entiendes cómo es el juego?

Pavel no parecía muy impresionado.

—Sí, Vor —masculló.

Pero él todavía no había terminado de dejar volar la imaginación.

—Esta es la parte de la batalla en la que los adversarios se rodean el uno al otro, se estudian buscando debilidades. Es muy estimulante. Ah, sí, Pavel, hablando de estimulaciones... y dado que eres el experto en fulanas, ¿sabes de algún otro proveedor que pueda proporcionarnos putas hermosas en esta ciudad, además de esa zorra traicionera de Ludmilla?

Pavel le miró perplejo.

—Sí, Vor. Varios. Pero pensaba que querías que tus enemigos no supieran que...

—Y así es. Una cosa no tiene nada que ver con la otra —suspiró él—. Esto es un asunto aparte; no tiene nada que ver con ellos. Búscame una chica.

Una chica muy guapa; rubia a ser posible. Con aspecto sano e inocente y menos de veinte años. Tiene que poseer la inteligencia suficiente para interpretar una divertida charada para nosotros.

Pavel se aclaró la voz y asintió con la cabeza.

—Sí, Vor. Conozco a una chica que responde a esas características.

Él le dirigió una aprobadora sonrisa.

—Eso imaginé. Tráela cuanto antes. —Fingió estar absolutamente desolado—. Pobre Marya, ¿sabe que su marido es víctima de estas despreciables debilidades?

Vio que Pavel tragaba saliva.

—¡Oh, no, Vor!

—No tengo nada contra las fulanas. Mi propia madre fue una puta, o eso me han dicho. Y... por cierto, ya que hablamos de madres y putas, Mikhail, ¿por qué no estableces esa videoconferencia otra vez? Quiero enseñarte algo. Pavel, amigo mío, ¿sabías que tu mujer ha estado a punto de abandonarte? Y llevándose a Misha con ella, nada menos. Estaba ya en Cracovia cuando mis hombres la encontraron y la llevaron de vuelta.

Observó que la cara de Pavel, ya pálida, adquiría un tono grisáceo. Sonrió para sus adentros. ¡Qué idiota era! Después de todos los costosos errores cometidos y del dinero que había perdido por su culpa, ¿pensaba de verdad que podía escabullirse sin un castigo? ¿Creía que podría alejar a su mujer y a su hijo del peligro? No había lugar en el mundo donde escaparan del alcance de Vadim Zhoglo.

—Ordené que llevaran a Marya y a Misha a mi casa para que pudieran protegerlos en tu nombre —le apaciguó—. Duerme tranquilo, amigo. Son mis invitados de honor. He hecho que Mikhail establezca una videoconferencia; estaba seguro de que querrías poner en su lugar a esa zorra. ¡Cómo se atreve a abandonarte en un momento de debilidad! ¡Qué pérfidas son las mujeres! Mikhail, ¿has logrado conectar?

—Sí, Vor. Aleksei está diciéndole a la mujer que se acerque al portátil —explicó el hombre.

La imagen digital se convirtió en una confusa mancha de píxeles que se aclaró lentamente hasta definir la imagen de Marya Cherchenko con su hijo pequeño en el regazo. Tenía los ojos inexpresivos, los labios apretados y la cara pálida y flaca.

«¡Qué extraña era la manera en que cambian las percepciones!», meditó. Siempre había considerado a Marya una mujer muy hermosa, pero ahora tenía

un aspecto agotado, casi anciano. La piel se le tensaba en los pómulos y el pelo le caía revuelto y estropajoso sobre los hombros. A fin de cuentas ese era el destino de la carne, filosofó con cierta melancolía. El niño tenía también mal aspecto. Sus ojos se veían enormes en el pequeño rostro.

Pavel los miró fijamente.

—¿Papá? —susurró el pequeño.

Zhoglo miró la escena complacido, moviendo los dedos dentro de los bolsillos de los pantalones de lino a medida. Los demás hombres en la estancia mantenían la forzada inexpresividad que podía esperarse del que presencia el castigo de un compañero. Pero la tensión casi se podía cortar. En todas las cabezas rondaba el mismo pensamiento, era como si estuviera grabado a fuego en sus frentes: «podría ser yo».

Se había asegurado de que aquellos momentos fueran públicos. Sus hombres debían saber lo que sucedía si fallaban; si no se entregaban por completo a su servicio. Cada uno de ellos debía estar desesperadamente agradecido de poder servirle; ansiosos por adularle, de congraciarse con él. Cada uno de ellos delataría la más mínima muestra de traición hacia él, se la pondría en bandeja de plata, como un gato llevando a un ratón muerto a los pies de su amo.

Justo como debía ser. Todo correcto. Los límites que él establecía mantenían a salvo a sus hombres, a sus familias; estructuraban su mundo.

Él era, después de todo, el responsable de proporcionarles su parte en las ganancias clandestinas. Sin él, miles de hombres sufrirían hambre y morirían.

El miedo era una herramienta muy útil. Lo había aprendido hacía mucho tiempo en las calles de Kiev. Un líder debía ser cruel e implacable. Debía usar el miedo como un bisturí con el que eliminar la carne podrida antes de que se extendiera y contagiara al resto. Era suya la responsabilidad de usarlo bien. De hecho, era un deber sagrado.

Y bueno, si disfrutaba con ello... ¿Quién podía culpar a un esforzado y duro hombre de negocios por tener algún placer ocasional?

—Estoy segura de que tienes una aventura amorosa, Becca.

Becca dio un respingo al escuchar la cortante voz de Marla. El móvil que sostenía en la mano cayó sobre el teclado del ordenador con un ruido seco.

—¿Perdón? —preguntó notando que se sonrojaba—. ¿Por qué dices eso?

Marla miró al techo al tiempo que esbozaba una sonrisa burlona.

—¡Oh, no sé! Quizá sea porque es la décima vez que miras los mensajes

de texto del móvil en los últimos ocho minutos. O tal vez porque has llegado a trabajar a las diez y veinticinco.

—¡Te lo he explicado, Marla, tuve que ir a alquilar un coche! ¡Te llamé para decírtelo! ¡Las oficinas abren a las nueve y tardé una eternidad en rellenar todos los papeles!

—O quizá sea por los noventa minutos que tardaste en almorzar — continuó Marla, como si ella no hubiera abierto la boca—. Te fuiste hasta un centro comercial donde adquiriste algo en... —Se inclinó y tomó la bolsa de debajo del escritorio, donde ella había intentado guardarla—. Ah... Debería haberlo supuesto. Has estado en Victoria's Secret. ¿Qué has comprado? — Sacó un puñado de prendas de lencería todavía con las etiquetas puestas. Un sujetador color carne de encaje con un ligero a juego, medias con costura... —. ¡Dios mío, Becca!

—¡Eso es privado! —Becca recuperó las prendas íntimas bruscamente y las guardó dentro de la bolsa—. ¡No es asunto tuyo!

—Bueno, dado que has utilizado un tiempo que deberías haber estado en la oficina para llevar a cabo recados personales, me temo que sí lo es.

Empezaba a enfadarse. Muchísimo...

—¡Marla, se pueden contar con los dedos de una mano las veces que he agotado el tiempo estipulado para almorzar desde que comencé a trabajar contigo hace tres años!

—Sí, lo sé. —Marla cruzó los artificialmente bronceados brazos sobre el pecho y frunció los labios. Parecía enfadada, pero también preocupada—. Suelen ser muy meticulosa con todo, incluso perfeccionista, diría yo. Por esa razón, este extraño comportamiento me llama tanto la atención. ¿Cómo se te ocurrió dejar abierta de par en par la casa de Jerome? ¿Y cómo es posible que perdieras las llaves...? ¡En el bosque! ¡Por Dios! Y ¿qué me dices de no haberte molestado siquiera en llamar cuando llegaste a la ciudad? ¿De no haber venido a trabajar durante días?

—Ya te lo expliqué —adujo ella con voz cansada—. Lamento muchísimo lo que ocurrió en casa de Jerome. Tuve... Padecí locura transitoria.

No era precisamente la explicación más coherente y, por supuesto, no había satisfecho a Marla. Había intentado buscar una manera de justificar lo sucedido, pero todo parecía demasiado forzado y decir la verdad estaba fuera de discusión.

«Mira, Marla, no cerré la puerta ni recogí las llaves porque salí huyendo para que no me matara un mafioso sediento de sangre. Ah, y lo hice

acompañada por un dios del sexo con el que pienso reunirme esta misma noche en un hotel. Fue él quien me suplicó que no lo denunciara a la policía, porque acabarían con mi vida de una forma horrible». Sí, quizá debía contárselo a ver qué cara se le quedaba.

Pero tenía la sospecha de que aquella colorida historia no iba a garantizar que continuara trabajando en el club.

- *Ufff*—resopló Marla—. De verdad, espero que fuera algo momentáneo y que no vuelva a ocurrir. De hecho, nadie me recriminaría que te despidiera por lo ocurrido la semana pasada. Y no lo he hecho porque, hasta ahora, siempre he podido confiar en ti y bastante tienes ya con todo ese asunto de tu ex, pero no te daré más oportunidades. ¿He sido clara?

—Sí —dijo ella—. Clara y meridiana.

—Bien. Quiero que des lo mejor de ti en el banquete de esta noche. Shay tendrá mucho trabajo con la fiesta de cumpleaños que ofrecemos por la tarde en el Salón Azul, así que no cuentes con ella. ¿Sabes si ha llegado el chico de la floristería con los centros de mesa? ¿Has comprobado el sistema de audio? Deberá estar hecha la configuración para el trío de jazz. ¿Has colocado los carteles indicativos?

—Oh, todavía no he tenido oportunidad de...

—Por favor, hazlo ahora. Y deja el móvil en el bolso. Me saca de quicio verte comprobar los mensajes una y otra vez.

Sin poder detenerse, le sacó la lengua en cuanto se dio la vuelta y miró la pantalla del móvil, ocultándolo debajo del escritorio para releer el último mensaje que le había enviado a Nick. Tuvo que contener la risa al ver la estupidez que le había escrito.

«Compré lencería virginal a juego con gafas. Pelo demasiado corto para un moño, es culpa tuya. Besos, la frígida secretaria».

El teléfono emitió un pitido en ese momento. ¡Oh, Dios! Había respuesta de Nick. Presionó el botón, segura de que la imbécil de Marla estaría de vuelta antes de que le diera tiempo a leerlo.

«No puedo esperar a verte».

¡Oh, Dios! Casi veía aquella sexy sonrisa suya, la que le formaba hoyuelos en las mejillas y aportaba un seductor brillo en sus ojos oscuros.

Prácticamente se tragó una risita tonta. Se lo estaba pasando en grande, aquello era lo más divertido que le hubiera pasado nunca. Y Nick le seguía la corriente, incluso la provocaba. Jamás hubiera supuesto que acabaría haciendo el tonto con él de esa manera.

Hasta entonces jamás había tenido una aventura secreta. Era una de esas cosas que nunca le habían ocurrido a ella, y cuando por fin lo había conseguido, era con un hombre que la hacía sentir... ¡Oh, Dios! Todavía estaba un poco dolorida por las largas e intensas actividades nocturnas. Sus partes íntimas... bueno, definitivamente sus partes íntimas estaban resintiéndose de los efectos de aquel prodigioso uso.

E incluso a pesar de ello, cada vez que pensaba en él apretaba los muslos doloridos para atrapar el calor que surgía de su interior. Se sentía mareada, distraída... Como si estuviera dentro de una burbuja de excitación. Aquello era muy poco profesional; se había convertido en una pervertida ninfómana que solo era capaz de pensar en los salvajes ojos oscuros de su amante, en su hábil lengua y en su deslumbrante sonrisa. En su ardiente calor. En su enorme y gruesa... ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!

Necesitaba un abanico, ya... Estaba sudando.

Por Dios, si ella fuera Marla también la despediría.

Pero ¡era tan maravilloso! No se había sentido tan eufórica desde que... Bueno, se había sentido deslumbrada durante algún tiempo por la propuesta de Justin, cuando se vio envuelta en una nube de sueños de dicha conyugal; pero no podía compararse a aquello. Su compromiso jamás tuvo un ardiente componente sexual ni se había visto empujada antes al límite entre la vida y la muerte.

Le había llevado más de media hora encontrar el número que él había grabado en su móvil, porque el muy payaso no se había registrado en la «N», como Nick, ni siquiera en la «W» de Ward; después de recorrer la agenda de arriba abajo, por fin lo encontró bajo el alias de *don Enorme*.

Había llegado el momento de comprobar los suministros, que el pedido de la floristería hubiera sido entregado y verificar por tercera vez los arreglos y la presentación de la mesa de regalos. Se obligó a enumerar mentalmente las tareas pendientes, algo muy difícil de conseguir si su cerebro se dedicaba a saltar y chillar de manera alocada. ¡Qué día llevaba! Nick la había despertado a las cuatro de la madrugada para arrastrarla con él a la ducha, lo que tuvo como resultado otro explosivo orgasmo. Por no hablar de la riada de agua que inundó el pasillo hasta mojar la alfombra de la salita y que tuvo que limpiar enseguida.

Después de que él se fuera había vaciado el armario en busca de algo sexy que ponerse esa noche. La maleta que contenía el resultado de su búsqueda estaba guardada en el maletero del coche de alquiler que había

dejado en el área correspondiente del aparcamiento; una muda limpia, maquillaje, artículos personales, su mejor vestido, su único par de zapatos con tacón de aguja... Incluso había puesto el baño patas arriba hasta dar con el diafragma que había utilizado un par de años atrás. Al igual que los zapatos, no es que hubiera recibido demasiado uso. En realidad había sido muy poco; la relación para la que lo compró llegó a su fin con suma rapidez.

Por alguna razón nunca se planteó usarlo con Justin, ni siquiera después de aceptar su proposición. Aquello debería haber sido toda una señal; era como si hubiera intuido desde el principio que sería perder el tiempo.

Sin embargo, la idea de usarlo con Nick; de que su sexo entrara en contacto piel con piel con aquella magnífica... increíble polla, la excitaba hasta el punto de casi perder el sentido. Sí, y seguro que Marla se sentiría encantada de que se desmayara.

Bajó la mirada a la bolsa de rayas rosas que contenía las prendas íntimas recién adquiridas. Siguiendo un impulso, buscó en el cajón del escritorio una bolsa de plástico común y corriente, metió en ella la lencería de encaje y salió del despacho rumbo al cuarto de baño. Iba a ponérsela en ese mismo momento.

Bien podía usar como prueba de su locura transitoria su propio cuerpo. No tenía que pedirle permiso a nadie.

—Nick, ¿podrías estarte *quietecito* por lo menos cinco segundos y fingir que te importa lo que estás haciendo? —preguntó Seth Mackey de mal humor—. ¿No querías dar caza a ese cabrón hijo de puta?

Nick miró hacia la puerta desde donde Seth le hablaba, con cara de sorpresa.

—¿Eh? Sí, claro. Eso estaba... estoy haciendo. ¿Qué pasa?

—¿Qué te pasa a ti? —Seth no se andaba con rodeos—. Tú eres el problema. Desde que has llegado parece que solo sabes sonreír estúpidamente. ¡Contrólate un poco, joder! No haces más que tintinear las llaves, jugar con el móvil y rebotar en las paredes. Ayer eras el rey de los zombis y hoy tarareas sin cesar. ¡Por Dios! ¿Qué te pasa?

Él notó que se ruborizaba.

—Pues si te molesta, no me mires. —Se hundió en una de las sillas ergonómicas que había en la estancia y volvió a echar una mirada a la pantalla del móvil.

—Deja de jugar con ese chisme —le reprendió Seth—. Podría estar entrando un ejército de la mafia ucraniana en el apartamento de Ludmilla y tú

seguirías mandando mensajes guarros a tu novia.

Nick giró la cabeza con rapidez, pero el astuto brillo en los ojos de Seth le hizo reprimir la malhumorada réplica.

—¡Así que es eso! —exclamó Seth triunfal—. Escúchame bien, imbécil, podría estar de acuerdo en que mi mujer se pase la mitad de la noche con los ojos clavados en tus jodidas pantallas cuando debería estar descansando, si tú estuvieras durmiendo en el sofá de la sala de personal. Pensé, este patético payaso no ha dormido bien en los últimos seis meses, démosle la oportunidad de hacerlo, pero no has pasado la noche en ese sofá. ¡Ayer te fuiste a echar un polvo! —Seth parecía muy indignado.

—Venga, tío, vete a la mierda —masculló él sin convicción.

Pero Seth todavía no había acabado.

—Que Raine se tenga que chupar el turno nocturno de ese plan tuyo para salvar tu patética vida, es una cosa, pero que lo haga para que tú puedas irte tan campante a pasar la noche en casa de tu novia, es otra.

—¿Novia? —Margot, la embarazadísima mujer de Davy entró en ese momento en la sala de monitores—. ¿He oído mal o tienes novia?

—No quiero hablar de eso —rezongó él—. Es asunto mío.

—Memeces —aseguró Margot de buen humor, sujetándose la pesada barriga. El creciente vientre estaba cubierto de tela color púrpura que resultaba un agradable contraste con su espesa y rizada melena pelirroja—. Mañana, en la boda, que tengas novia romperá más de un corazón, pero nos viene al pelo para arreglar la distribución de los asientos. Erin no sabía con quién emparejarte. Si con una rubia, una pelirroja caliente o una morena sensual. Estaba volviéndose loca. ¿Cómo se llama tu novia?

—¿Boda? —Nick se puso en tensión con los ojos muy abiertos—. ¿De qué boda hablas?

Margot puso los ojos en blanco al tiempo que llevaba las manos a la parte baja de la espalda.

—La de Sean y Liv. Es mañana a las cuatro. Despierta, Nick. Te invitaron hace meses. Tienes una suite reservada en Three Creeks Lodge con terraza privada y *jacuzzi*. Estoy segura de que disfrutarás de lo lindo si llevas a tu novia contigo. No pienses que vas a poder escaparte, ¿eh?

Nick señaló la pantalla que tenía delante.

—¡Espabila, Margot! No puedo salir de aquí para acicalarme y comer canapés. No podré asistir.

Ella hizo una mueca.

—Venga ya. Un psicópata sediento de sangre no es excusa para perderse la fiesta. Después de todo, es la boda de un McCloud. Tener detrás a un peligroso criminal forma parte de la tradición. Hace que todo sea más emocionante, ¿no crees?

—Sí, ya, muy emocionante... seguro —gruñó él.

—La comida va a ser fabulosa, correrán ríos de champán, y los Vicious Rumors van a reunirse ex profeso para tocar como favor especial para Sean; ya sabes que ya no tocan ni en las bodas de los amigos. Además, conoceremos a tu novia y podremos interrogarla —concluyó Margot con una sonrisa—. ¡Qué emocionante! Me muero de ganas...

Nick negó con la cabeza.

—Raine va a ir a la boda, ¿verdad?

—Claro. Tiene que interpretar su papel en la ceremonia, lo mismo que Tam, que es dama de honor; como siempre. Estoy segura de que está deseando verte.

—Sí, seguro que sí. —Deseando pegarle un tiro, más bien—. No puedo ir, Margot. Aquí tiene que quedarse alguien que hable ucraniano.

—Eso ya está solucionado. —Fue Davy quien asomó la cabeza en ese momento por la puerta, y parecía muy satisfecho de sí mismo—. Por eso estamos aquí. Hemos venido a decírtelo, me han enviado a un tipo a través de un militar amigo mío. Es un expoli que creció en Brighton Beach, en Brooklyn. Para tu información, es un barrio que se conoce también como la Pequeña Odessa porque está lleno de rusos...

—Gracias por ilustrarme —se burló él—. ¿Cómo se llama?

—Alex Aaro. Él se encargará de la sala de monitores mientras nosotros nos ponemos hasta arriba de champán y bailamos durante toda la noche. En este momento está en camino desde Pendleton.

—Pero...

—También llevaremos portátiles —le tranquilizó Davy—. Y en el Three Creeks hay wifi en todas las habitaciones, puedes tener conexión directa con las cámaras y comprobarlo por ti mismo entre plato y plato, si quieres.

—Pero este tipo no conoce sus caras —protestó Nick.

—Ponte de acuerdo con Ludmilla para establecer una palabra clave. Si ella la dice, el tipo actuará —sugirió Davy con paciencia—. Es sencillo. Deja de ser aguafiestas. Ten, descargué el currículum de ese hombre y te he traído el pen...

—¡No! —Nick se abalanzó sobre él para que no metiera la memoria USB

en el ordenador, sintiéndose idiota—. *Er...* Estoy usando ese monitor.

Davy le miró con los ojos entrecerrados, pero comenzó a sonreír cuando vio el mapa azul de Seattle en la pantalla y un icono parpadeando en el medio.

—Ya veo... —murmuró—. Es ella, ¿no? Está en Bothell, ¿verdad?

—¿Qué? —Seth se acercó en dos zancadas y se inclinó para mirar la pantalla—. Decidme que me engañan los ojos. Que este jodido bastardo no está controlando a su novia con un localizador. ¿Dónde se lo colaste, Romeo? ¿En el sujetador?

—En el móvil —admitió Nick a regañadientes.

Seth comenzó a reírse.

—Qué típico... Apuesto lo que sea a que ella no lo sabe, ¿me equivoco? —Le miró. Sabía que su expresión era de perplejidad absoluta, y que por eso Seth soltó una carcajada—. Por supuesto que no, claro.

—Qué mal anda —comentó Davy—. Así es como se empieza...

—¡Podéis contestarme, por favor! ¿Cómo se llama? —gritó Margot—. Necesito saberlo para poner la etiqueta en la mesa.

—Becca —repuso él, cortante.

Margot esperó.

—¿Becca a secas? —insistió—. ¿No tiene apellido?

—Becca a secas —masculló.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Está ocultándose? ¿Huye de la ley? —Se mordió el labio y agrandó aquellos enormes ojos multicolor hasta que parecieron ocupar toda su cara—. ¡Oh, Dios mío! ¿Es la chica que salvaste del mafioso? ¿La que encontraste desnuda en la piscina? ¡No puedo creérmelo!

Seth comenzó a reírse otra vez.

—¡Joder! Esto es genial. Amor verdadero a punta de pistola. No falla nunca.

—¡Oh, Dios! Tengo que contárselo a Raine, Liv y Erin ahora mismo —exclamó Margot—. Es buenísimo... Me encanta. Os juro que me encanta.

—A ver, chicos, ¿por qué no os vais un poquito a la mierda y me dejáis en paz? —Comenzaba a estar realmente harto.

Davy le dio un golpe en la espalda con el que estuvo a punto de partirle la columna.

—De eso nada, amigo —aseguró alegremente—. Ve acostumbrándote.

Capítulo



BECCA recorrió el Salón Cristal lentamente, admirando el espectáculo. El banquete era un acto de gala y las mujeres lucían resplandecientes vestidos de fiesta.

Hasta ese momento, todo estaba yendo sobre ruedas. No había ocurrido ningún desastre que pusiera en peligro su puesto de trabajo. La recepción en el Salón Solar se desarrolló según el guion, mientras el trío de jazz desgranaba sus sentimentales acordes. Los sumilleres y los camareros llevaban a cabo su tarea y habían comenzado a circular las bandejas con los sorbetes de lima que se servían después del pescado. Los miembros de la orquesta ocupaban su lugar, a punto de dar inicio al baile. Todo el mundo respondía con la eficiencia característica.

En quince minutos se serviría el postre y, más tarde, cuando dieran comienzo los discursos, el café. Pero ni siquiera la ingente cantidad de detalles que debía controlar conseguía que dejara de pensar en Nick. ¡Oh, Dios! Lo vería esa noche. Recordar su cita secreta le hacía sentir un placer constante, tan potente como un café cargado.

Estaba tan absorta en la sensación, que casi chocó de frente contra un hombre que atravesaba la estancia a grandes zancadas. Se tambaleó, a punto de perder el equilibrio, y alzó la cabeza hacia él con un jadeo. ¡No podía ser! Era el invitado de la araña. El misterioso socio de Zhoglo. El que había pensado que tenía aspecto de pertenecer a un club de campo.

Volvió a mirarle otra vez de reojo, asegurándose de que realmente era él.

Estaba de perfil, elegante y trajeado, y regresaba a su asiento desplazándose entre las mesas VIP, acompañado de una rubia con sonrisa de plástico. Le vio alzar una copa de vino tinto en respuesta a lo que ella le decía.

Recordó haberle visto levantar la copa de la misma manera en la isla, pero en esa ocasión él tenía los ojos clavados en su cuerpo. Unos ojos brillantes y lujuriosos. Volvió a resonar en sus oídos el tintineo de las copas, el vino de color sangre, los brindis...

«-Por la belleza».

«-Por los deseos satisfechos».

En el fondo de su mente se abrió un agujero y debajo surgió un abismo que parecía conducir al infierno.

Se movió a ciegas por el enorme salón, intentando poner la máxima distancia entre ellos. En el trayecto tuvo que apoyarse en una mesa para contener las náuseas. Una espantosa debilidad invadió su cuerpo. Le rugieron los oídos, comenzó a ver negro... La inundó un sudor frío y notó las manos heladas. Quiso inclinarse para vomitar; incluso permanecer consciente resultaba una dura batalla.

La realidad de lo ocurrido en la isla unos días antes la devastó de nuevo. Los recuerdos habían estado acechando como un depredador, listos para atacar y desbaratar su frágil equilibrio, pero no podía flaquear. ¡No podía desmayarse! Tenía que controlarse... Tenía que...

—¿Becca? —La voz de Marla no podía ser más cortante—. ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

Ella se secó la frente, húmeda y pegajosa, y volvió a mirar al hombre. Él estaba recorriendo la multitud con la vista y pasó por encima sin reparar en ella. Dio gracias a Dios por llevar el pelo más corto y alborotado, y por las gafas de gruesa montura negra que ocultaban sus rasgos.

Se giró para darle la espalda.

—¿Marla? —susurró—. Ese hombre que hay al fondo, el que está sentado en la mesa presidencial; metro noventa, unos cincuenta años, sienes plateadas... El que tiene a su lado a una mujer que parece un muestrario de diamantes... ¿Sabes quién es?

Marla entrecerró los ojos y arqueó las depiladas cejas con sorpresa.

—Becca, este no es momento para... ¡Ay! —exclamó cuando ella le apretó la muñeca llena de ansiedad sin preocuparse por si la arañaba.

—¿Quién es? —exclamó en voz alta.

Marla se zafó de su agarre y la miró con el ceño fruncido.

—Es el doctor Richard Mathes, un famoso cirujano cardiovascular. Será él quien dé el discurso de despedida a Harrison esta noche. ¡Ya lo sabías, Becca! Se habrá retrasado por alguna emergencia.

Ella se apretó la boca con las dos manos.

—¡Oh, Dios mío! —susurró. Iba a vomitar allí mismo—. Tengo que marcharme. Me encuentro mal —susurró entre los dedos con los que se cubría la boca.

Huyó hacia el cuarto de baño, tambaleándose entre las mesas. Tuvo la mala suerte de tropezar con un camarero que llevaba una bandeja de platos de postre, este perdió el equilibrio y los platos volcaron, cayendo justo encima de una pobre mujer.

Siguió su camino con las protestas resonando en sus oídos. De todas formas no podía disculparse. Si abría la boca en ese instante, no saldría de ella precisamente un «lo siento mucho» y, desde luego, vomitar sobre los asistentes a la celebración no ayudaría a su causa. Gracias a Dios no había cola en el baño; si así fuera no llegaría a tiempo.

Los cubículos del cuarto de baño eran casi pequeños salones privados de mármol color melocotón importado de Italia. Cada uno tenía su propio lavabo, con grifería en tonos dorados y un espejo enorme con un marco también dorado. Cuando reunió valor suficiente para levantar la cabeza y mirarse en él, observó una lastimosa imagen de ella misma. Oh, Dios, ¡qué mal aspecto tenía!

Estaba blanca como el papel, con los ojos y la nariz goteantes, los párpados hinchados y el rímel corrido.

Su mirada era de absoluto terror y se estremecía sin control.

¿Por qué allí? ¿Por qué en uno de sus eventos? ¿Cuántas posibilidades había de que ocurriera tal cosa? El destino se lo estaba pasando en grande a su costa.

Se demoró todo el tiempo que pudo. Limpió el inodoro con un trozo de papel higiénico; se recompuso el maquillaje antes de peinarse; se arregló la ropa, y se preparó mentalmente, ensayando una alegre sonrisa. Bueno, parecía que lo de la sonrisa sería mejor olvidarlo por el momento.

No era capaz de actuar o fingir en esa situación. Ni siquiera tenía encima el móvil con el que llamar a Nick para que acudiera en su rescate. Lo había dejado en el bolso, en el despacho, al fondo del pasillo.

Intentó razonar consigo misma. Aquel hombre no iba a dejar el salmón ahumado a medias para matarla. No parecía un tipo capaz de cometer un crimen con sus propias manos. Sin embargo, sí sería de los que hacían discretas averiguaciones antes de perderse en un rincón para hacer una llamada. Y ese sería el fin de Becca Cattrell.

Estaría, como tan gráficamente decía Nick, bien jodida.

No le sorprendió que Marla estuviera esperándola fuera, con su prieto trasero apoyado en el largo tocador de mármol. Su pose destilaba furia por los cuatro costados; brazos cruzados, ceño fruncido... mirada airada.

Había más mujeres retocándose y lavándose las manos, y su jefa esperó en elocuente silencio a que se quedaran solas. Becca la miró cuando la puerta se cerró detrás de la última ocupante.

Marla no perdió el tiempo.

—Te has acostado con él, ¿verdad?

Ella la miró sin comprender. Aquello la cogió por sorpresa, perdida como estaba entre imágenes de horribles heridas mortales y agujeros de bala.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Con quién? —balbuceó—. No... no...

—No te hagas la tonta —siseó su jefa—. Estoy hablando de Mathes. ¿Así que fue con él con quien estuviste todos esos días que no viniste a trabajar? Con quien has intercambiado todos esos mensajitos. Para quien te compraste esa ropita de fulana. ¿Qué pasó, Becca? ¿Te mintió? ¿Te dio un nombre falso y no te dijo que estaba casado? Dios mío, ¡qué inocente eres!

¡Mierda! Intentó buscar una respuesta coherente. Pero no podía más que abrir y cerrar la boca como un pez fuera del agua mientras entendía que la conclusión a la que había llegado Marla era obvia y evidente. Y muchísimo más creíble que la verdad.

Marla continuó hablando con furia contenida.

—La rubia es Helen Mathes, su mujer. Recuerdas a la rubia de los diamantes, ¿verdad? Pues es la gran benefactora de la ciudad, la que siempre colabora en cualquier obra benéfica que se precie. Asistió al té de madres e hijas que tú misma organizaste el año pasado con sus hijas de nueve y doce años. Eran unas niñas rubias, muy bocazas las dos, ¿no las recuerdas?

Ella negó con la cabeza.

—No, no me acuerdo —susurró.

—En serio, Becca, espero que no estés pensando ninguna estupidez, como que él va a dejar a su mujer por ti —advirtió Marla—. Por favor, sé realista. Eres una buena chica, pero no te veo yo como mujer fatal.

—Pero Marla, no...

—Ahora, sal ahí fuera y realiza tu trabajo como si no hubiera pasado nada. Es la única salida digna que tienes —aseguró su jefa—. ¿Qué va a hacer él? ¿Qué puede hacer, dime? Nada, Becca. Si te ve, muestra tu clase. Sonríe. Finge que no le conoces. Ofrece una sonrisa brillante a su mujer. Haz que se pregunte qué vas a hacer; que sea él quien se preocupe. Se lo merece, por ser un traicionero y mentiroso cabrón. ¡No dejes que te controle!

Marla soltó su sermón en un tono vibrante que debería incluso haber tenido música de fondo. Ella se quedó mirando la enérgica expresión de su

jefa y deseó con todas sus fuerzas poder hacer exactamente lo que le decía; seguirle la corriente.

Después de todo, aquello parecía absolutamente surrealista y quizá fuera el producto de alguna alucinación de su mente. Una pesadilla que necesitaba olvidar. O, al menos, ignorar.

¿Sería capaz de fingir con la esperanza de que él no la viera o reconociera?

No, imposible. Lo que había presenciado era real. Se había caído encima de un charco de sangre; tenía que enfrentarse a ello, admitirlo y asimilarlo.

—No puedo volver allí —musitó—. Lo siento mucho.

Marla se tensó.

—¿Vas a dejarme colgada en uno de los acontecimientos más importantes del año, porque te tiraste a quien no debías? ¡Jesús, Becca! Le pasa a todo el mundo en algún momento de su vida. ¡Supéralo! No te comportes como una cría.

«No me he acostado con ese hijo de puta. Antes prefiero morirme».

Quería gritarlo con todas sus fuerzas, pero contuvo el impulso y se lo tragó como si fuera una piedra atascada en su garganta.

Marla le caía bien y además sentía un profundo respeto por ella. A pesar de su afilada lengua y de sus constantes críticas, era protectora y solidaria, incluso se mostraba maternal con los empleados más jóvenes. Su opinión siempre era importante para ella. Pero llegados a ese punto, le quedaban dos opciones: que Marla pensara que era una *destrozahogares* cobarde y asustada, o que era una chiflada paranoica. Y no sabía qué era peor.

—Lamento muchísimo decepcionarte —dijo, sintiéndolo de verdad en cada célula de su ser—. Tengo mis razones y no puedo volver.

Marla entrecerró los ojos y abrió la boca. En ese momento, otra mujer entró en el cuarto de baño y se dirigió a un cubículo. Su jefa esperó hasta que la puerta se cerró para inclinarse hacia ella.

—Te doy cinco minutos para reconsiderar esa decisión —le susurró con ferocidad al oído—. Si no te veo en el Salón Cristal pasado ese tiempo, consideraré que has presentado tu renuncia y la haré efectiva de inmediato. Adiós, Becca. Espero que te vaya bien en la vida.

Se fue, haciendo repicar los tacones sobre las brillantes losetas de mármol.

Ella se aferró al lavabo hasta que los nudillos se pusieron blancos, mientras su mundo se desmoronaba. Sus esperanzas, ilusiones y expectativas

desaparecieron de manera repentina y brutal.

Se había quedado sin empleo. Muy bien... Además de preocuparse por no acabar siendo violada, torturada o asesinada, tenía que pensar en cómo iba a pagar el alquiler. Y en cómo iba a seguir ayudando a Carrie y a Josh a costearse la universidad.

Intentó consolarse diciéndose que no era para tanto. No tenía oficio ni beneficio, pero eso era algo que ya le había pasado antes. En efecto, si no se ocupaba del banquete perdería su puesto de trabajo, pero si lo hacía podía morir. Y las mujeres muertas no podían buscar un nuevo empleo.

Se rio de la ironía y se puso la mano sobre el estómago revuelto. Bueno, eso era todo un consuelo, en el fondo era la ganadora.

La mejor parte era que haber sido despedida le daba la oportunidad para largarse ya de allí. Contuvo el miedo y se enderezó. Asomó la cabeza a través de una rendija de la puerta para mirar a derecha e izquierda. No había nadie a la vista. Corrió de puntillas por el pasillo hacia las oficinas, que se encontraban al fondo.

Se acercó a su mesa para recoger la cartera, el móvil y las llaves. Luego se puso el abrigo lo más deprisa que pudo. Cuando se cubrió la cabeza con la capucha, deseó haberse aclarado el pelo como Nick le había pedido. ¿Por qué había sido tan testaruda? ¿Por qué había sido tan idiota? ¿Por qué?

Se detuvo en la puerta y echó un último y melancólico vistazo a aquel despacho que había compartido durante tres años con Shay, la administrativa del Marla. Había trabajado muy duro y todo había sido en vano. Marla no iba a proporcionarle referencias, así que se encontraba de nuevo en el punto de partida; le esperaban empleos de camarera, repartidora de catering o suplencias temporales. No iba a poder ahorrar, tampoco tendría seguro médico ni futuro.

«Ahora tu prioridad es seguir viva».

Sacó las llaves de la oficina del llavero y las dejó sobre el escritorio de Shay, junto con una nota de despedida. Apagó las luces, empujó la puerta y volvió a examinar el pasillo.

Volvió a entrar de inmediato con el corazón acelerado. Él estaba allí. A menos de diez metros de las oficinas. Por suerte, no se había dado cuenta de que ella había abierto la puerta porque estaba demasiado ocupado discutiendo con una mujer.

Se trataba de una mujer morena con una gabardina. No era Helen Mathes.

Cerró la puerta y bloqueó el picaporte mientras intentaba tranquilizarse y

pensar, a pesar de los ensordecedores latidos de su corazón. Sus entrañas se habían convertido en un gélido amasijo que se helaba más aún con cada oleada de adrenalina. Se encogió contra la puerta, aterrada, sin poder contener las lágrimas. Le gustaría llevar un arma, como Nick, o saber romper cuellos, rebanar gaznates y dejar noqueado a quien osara molestarla.

Pero su única opción era esperar a que se fueran, para poder huir como la cobarde llorona que era.

Clic. Escuchó que se abría una puerta. *Clic.* Se encendió la luz en el despacho contiguo.

Era el despacho de Marla; al parecer no había cerrado con llave y la puerta de comunicación entre ambas oficinas estaba abierta de par en par.

¡Oh, Dios! Les vio traspasar el umbral discutiendo.

—¡... coño haces aquí! ¿Te has vuelto loca? —siseaba Mathes.

—¡Nos han enviado todos los informes! —La mujer tenía la voz temblorosa, estaba al borde de las lágrimas—. ¡Los has visto! Esa chica es perfectamente compatible...

—¿Y te fías de esos médicos? ¿De sus análisis? ¿Del equipo de laboratorio? Dado el dinero que cobramos, no puedo arriesgarme. Somos nosotros los que debemos realizar las pruebas, los análisis, los que examinamos... ¿Lo has entendido?

Becca no podía respirar. Le temblaban los labios, pero tenía miedo de que si intentaba tomar aire, le saldría un sollozo ahogado. No podía correr ningún riesgo; coger aliento era un asunto secundario.

Se deslizó lentamente hasta el suelo, apoyada contra la puerta, intentando con todas sus fuerzas no emitir ningún sonido. Luego se arrastró hasta detrás de la máquina de agua y se acurrucó allí, intentando hacerse tan pequeña como fuera posible.

Escuchó que la mujer se tragaba las lágrimas.

—Pero Richie, no puedo...

—¿Cómo que no puedes? ¡La operación de Edeline Metgers está programada para dentro de dos días! —La violencia contenida en la voz del médico fue como un puñetazo en sus nervios—. Y hay en espera cuatro receptores más. ¡Tú misma lo arreglaste todo!

—No lo entiendes... —susurró la mujer con la voz entrecortada—. Tienes que venir conmigo, Richie. No puedo hacerlo sola. Eres mi único sostén. No puedo...

—Chorradas. Estamos metidos en esto hasta el cuello, estúpida. Ahora no

podemos echarnos atrás —gruñó Mathes—. Preferiría hacerlo yo mismo, pero no puedo largarme de aquí. Tengo que dar ese maldito discurso para ese viejo cabrón dentro de, exactamente... ¡Oh, genial! Dentro de nueve minutos. Muy oportuna, Diana. Apareces aquí sin que nadie te invite, cubierta con una gabardina y gafas de sol a las nueve de la noche, dando la nota en la fiesta de despedida de Harrison. ¡Joder! ¿Es que creías que así mi mujer no se daría cuenta? ¡Te ha visto todo el mundo!

—Pero yo...

—Venga, lárgate a hacer lo que acordamos. —El tono acerado del hombre la hizo estremecer—. Tienes que hacerlo ahora. Esta noche. No hay otra oportunidad. ¿Entendido?

—Pero Richie, estoy diciéndote que...

Plaf. Fue el sonido de un bofetón, seguido por un aullido como los que emiten los perros cuando les pisan el rabo. Luego se escuchó un llanto.

—Eres un capullo, Richie —gimió la mujer.

—Lo sé, por eso nos entendemos tan bien. Venga, ve a cumplir con tu trabajo. No es el momento adecuado para sufrir un ataque de nervios. ¿Lo has entendido?

A continuación identificó un sollozo ahogado, un suspiro y un gemido entrecortado. Se inclinó hacia delante y vio que estaban besándose mientras él presionaba la entrepierna de la mujer con la mano, masturbándola. La tal Diana se contorsionaba y se aferraba al cuello del médico como si estuviera ahogándose.

Becca se echó hacia atrás, sintiéndose sucia por haber presenciado aquella escena.

La mujer se tambaleó con un sollozo, antes de tropezar con el escritorio de Marla. Era evidente que Mathes la había apartado.

—Sé buena, Diana —le advirtió. La puerta se cerró a su espalda con un fuerte ruido.

Diana gimió durante tanto tiempo que ella comenzó a aburrirse. Se le habían dormido las piernas de tenerlas dobladas en un espacio tan pequeño y agradeció el momento en que la mujer se recobró y salió al pasillo, todavía hipando por la nariz.

Estiró las piernas y se puso en pie. Comenzó a pisar con fuerza hasta que el hormigueo desapareció y le permitió caminar con más seguridad. Entonces se colgó el bolso del hombro y se acercó a la puerta, asomando la cabeza a tiempo de ver desaparecer al fondo del pasillo un retazo de la larga gabardina

de Diana. Había tomado la escalera que conducía al aparcamiento posterior.

El mismo en que ella había aparcado el coche de alquiler.

No se atrevió a pensarlo dos veces o perdería el valor.

«Tienes que hacerlo ahora. Esta noche. No hay otra oportunidad», había dicho el hombre.

No dejaba de tener su ironía. Las palabras le iban como anillo al dedo en ese momento.

Respiró hondo y salió.

—Perdóneme, ¿podría hacerle una pregunta técnica? —preguntó una suave voz femenina con algo de acento extranjero.

Josh Cattrell estaba ajustando el ventilador a la caja de un ordenador, y gruñó para sus adentros ante la enésima interrupción. Jamás lograría montar aquel chisme antes de la hora de cerrar a menos que le dejaran en paz.

—Señorita, ¿podría preguntarle a otro de los chicos? —Levantó la vista—. Cualquiera de ellos podrá responder a...

Las palabras se borraron de su mente como si fueran un anillo de humo flotando en el aire. Se quedó totalmente en blanco, boquiabierto.

Aquella chica era impresionante. Tan impresionante, que parecía de otro planeta. Largo cabello rubio, enormes ojos azules, labios voluptuosos, piel suave como pétalos en flor.

Y eso solo era el principio. Se levantó para poder verla de pies a cabeza y admirar el resto de su perfección sobrenatural. Sus pechos desafiaban la gravedad bajo una ceñida camiseta blanca, tenía la estrecha cintura al aire dejando a la vista el ombligo con un *piercing*. Vaqueros caídos en las caderas, dibujando a la perfección un culo de primera.

Se obligó a volver a mirarla a la cara sin saber cuánto tiempo había estado desnudándola con la vista como si fuera estúpido.

Ella sonreía. Su boca era asombrosa; los labios gruesos y perfectos en forma de corazón. Parecía resplandecer; brillar con luz propia. Era un milagro de la naturaleza y estaba allí mismo, en Eric's Electronics Barn.

—Lo siento —se disculpó ella haciendo revolotear las largas pestañas oscuras que arrojaban sombras en forma de abanico sobre sus mejillas—. Te he distraído en tu trabajo. No te preocupes, le preguntaré a otro dependiente, ¿de acuerdo? ¿A ese pelirrojo que está detrás del mostrador? Quizá él pueda...

—¡Oh, no! No te preocupes —dijo Josh apresuradamente—. Pregúntame lo que quieras.

¡Joder! Estaba farfullando como si fuera retrasado. Se odiaba cuando le pasaba eso. Sin embargo, ella siguió sonriendo como si no se hubiera dado cuenta; como si le acabara de regalar la luna.

Tuvo que recurrir a toda su capacidad mental para escuchar y comprender el problema que tenía con el ordenador. La chica tenía mucho acento, sí, pero sobre todo le distraía su resplandor. Finalmente comenzó a entender lo que le ocurría: un programa gráfico había desconfigurado otros programas y al final el sistema operativo había petado.

—Si me lo traes, le echaré un vistazo —ofreció—. ¿Has comprado aquí el ordenador?

Ella le miró preocupada.

—No, era de segunda mano.

—Ah —se desanimó—. Si es así no estará cubierto por la garantía. —¡Mierda! Quería ayudarle a solucionar el problema, que se ahorrara el dinero, ser su héroe—. *Mmm*, puedes traérmelo igual —sugirió—. Lo examinaré sin compromiso, por supuesto. Pero tendré que hacerlo fuera del horario de trabajo.

Ella volvió a mostrarle una radiante y esperanzada sonrisa.

—¡Oh, qué amable eres! Pero ¿no sería mejor que...? Espero que no pienses que soy demasiado...

—¡Pregunta lo que quieras! —se apresuró a decir él.

—¿No sería mejor que vinieras... *er...* a mi casa? —Las últimas palabras sonaron casi avergonzadas—. ¿Te importaría? Es que no tengo coche y el ordenador es muy pesado. No conozco a nadie que pueda ayudarme a traerlo.

—¡Claro! No me importa. —Se sentía aturdido. ¿Ir a su casa? Aquello era demasiado... ¡Joder!

—Te pagaré la molestia, por supuesto —aseguró ella con seriedad.

—¡No, por Dios! No te preocupes por eso. Será un placer. ¿Cuándo...? ¿Cuándo quieres que vaya?

Ella parpadeó, ocultando momentáneamente aquellos insondables ojos azules.

—Cuando te venga bien.

- *Er...* ¿Qué tal ahora? —se aventuró, después de tragar saliva.

De repente vio que a ella le aparecían unos atractivos hoyuelos en las mejillas y le brillaban los ojos.

—¿No tienes que trabajar? —preguntó con suavidad—. No quiero que tengas problemas aquí por mi culpa.

—Oh, no te preocupes; tengo un horario flexible —mintió—. Y tenía previsto salir pronto, así que al jefe le dará igual.

Aquello era una verdad a medias. Joe le había dado permiso para irse antes, con idea de que no encontrara atasco de camino a Olympia para recoger a Carrie.

Pero iba a haber un cambio de planes; su hermanita tendría que entenderlo. Una oportunidad así solo surgía una vez en la vida.

—¿Puedo hacerte una pregunta un poco personal? —preguntó él.

Ella curvó los labios.

—Son las únicas interesantes.

Él sintió un ramalazo de placer ante el sugerente tono de su voz.

—Tu... acento... —balbuceó, ruborizándose—. ¿De dónde eres?

—De Moldavia —explicó—. Estoy aquí con una beca de estudios.

—Ah, entiendo. Yo soy Josh —se presentó, tendiéndole la mano.

Ella se la estrechó y no la soltó.

—Nadia. —Pronunció su nombre como si fuera una pequeña joya sobre un lecho de terciopelo.

Nadia. Repitió el nombre para sus adentros y le subió un escalofrío por la espalda al paladearlo.

Ella tenía una mano muy suave. Curvaba los dedos, elegantes y fríos, en torno a los suyos, sin soltarle. Con delicada confianza. Durante un largo rato, Josh no supo qué hacer. ¿Debía retirar la mano? No quería herir sus sentimientos; quizá fuera una de esas costumbres culturales. Era posible que en Moldavia, cuando se estrecharan las manos, fuera durante largo rato. Claro que en ese caso, el efecto lo estaba notando bastante más abajo. ¡Menuda erección!

—Voy a avisar a mi jefe de que me voy —explicó con timidez—. Eh... Si no te importa, ¿puedes esperarme fuera? Si me ve salir de aquí con una rubia preciosa no se va a creer nada de lo que le diga.

Ella le brindó una tímida sonrisa con la mirada baja.

—Muy bien —musitó—. Te espero fuera, Josh.

Él la observó alejarse, preguntándose cuándo se despertaría de aquel sueño. ¡Joder! Tiró de los faldones de la camisa para cubrir la erección y prever cualquier otra que pudiera aparecer mientras tuviera cerca a esa chica alucinante.

Se dirigió a paso vivo al despacho de Joe, caminando tan ligero como si tuviera muelles en los zapatos.

—¡Joe, me largo! —avisó.

El jefe frunció el ceño mirando el reloj.

—¿Ya?

—Ya te he avisado, ¿no te acuerdas? Tengo que pasar a recoger a mi hermana. Salgo una hora antes, la recuperaré la semana que viene.

—Más te vale —rezongó Joe, indicándole que se fuera con un gesto de su mano.

Buscó el número de Carrie en la agenda del móvil mientras se dirigía al cuarto de empleados para recoger la cazadora y las llaves. La idea era conducir hasta Evergreen, recoger a su hermana y luego aprovechar la noche para regresar a Seattle escuchando rap por el iPod que conectarían al altavoz del coche, mientras planeaban cómo organizar la existencia a su hermana mayor, que parecía necesitar con urgencia una nueva perspectiva de la vida.

Pensaban llegar sin avisar. Si tenían suerte, quizá la pillaran con el tipo raro que se había ligado. Si fuera así, podrían ahuyentarlo entre Carrie y él si no les parecía adecuado; que era lo más probable.

Pero todo eso tendría que esperar. Cuando se conocía a una chica como Nadia, el resto del mundo pasaba a un segundo plano. Becca iba a disfrutar de un día más con su amante antes de que Carrie y él cayeran sobre ella como ángeles vengadores. Marcó el número de su hermana menor.

El teléfono sonó una y otra vez. ¡Qué extraño! La llamó al número de la residencia universitaria.

—¿Diga? —le respondió una ronca voz femenina.

Reconoció a Elyse, que se alojaba en la habitación del piso inferior al de Carrie.

—Hola, Elyse, soy Josh, el hermano de Carrie —dijo—. ¿Está por ahí?

—Ah, hola, Josh. No la he visto. Pensaba que estaba contigo. ¿No ibais a ir a Seattle esta noche para enfrentaros al nuevo novio de vuestra hermana?

—Sí, ese era el plan —confirmó—. Pero quería avisarla de que esta noche me va a ser imposible, me ha surgido algo importante; pero Carrie no responde al móvil. ¿Puedes avisarla de que me llame cuando la veas?

—Claro. Hasta luego, Josh.

Era muy raro. Clavó la vista en la pantalla del teléfono, alarmado por lo caliente que se había puesto. Carrie siempre intentaba estar localizable, y se aseguraba de que sus hermanos también lo estuvieran. Mantenerse incomunicada, aunque fuera por poco tiempo, la sacaba de quicio. Becca y él pensaban que era un trauma por la manera en que habían perdido a su madre,

por ello siempre se aseguraban de tener la batería cargada y de que hubiera un número al que pudiera llamarlos en caso de necesidad.

Estaba un poco preocupado. Sin embargo, al salir de la tienda, Nadia estaba esperándolo y la cegadora belleza volvió a impactarle, eliminando cualquier pensamiento de su mente.

Ella se dirigió hacia él con un paso lento y seductor que hacía bambolear sus caderas. Llevaba botas de tacón alto con los vaqueros y sus piernas parecían interminables. De hecho, todo en ella era perfecto. Cuando llegó a su lado, ella enlazó su brazo con el de él.

—¿Vamos ya? ¿Dónde has aparcado?

Su voz era envolvente, con aquel acento. Y la piel del interior del codo, la que estaba en contacto con su brazo, resultaba muy suave. Lo más suave que hubiera tocado en su vida.

—¿No tienes... miedo? —farfulló. Se dio una colleja mental por haber soltado tal cosa.

«Imbécil, estás arruinando cualquier posibilidad».

Pero ella se limitó a agrandar los ojos, claros y brillantes.

—¿Miedo? ¿Por qué? ¿De quién?

Él hizo un gesto de impotencia.

—Oh, ¿tú qué crees? De mí, claro. ¿No te da miedo meter en tu casa a un tipo que no conoces de nada? Podría ser un psicópata o algo así.

La sonrisa de la joven se hizo más amplia, deslumbrándole.

—Pero tú no eres un malhechor, Josh —aseguró ella en tono bajo y sugerente—. Tú eres tú.

Notó como si creciera un globo dentro de su pecho, hinchándolo al máximo. Sintió como si flotara sobre el centro comercial, levitando a unos metros del suelo.

Aterrizó gracias al tierno contacto del brazo de Nadia, suave como el de un bebé, cuando ella le empujó hacia delante, conduciéndole a un destino desconocido.

Capítulo



DESDE luego, pensó Nick, a Pavel Cherchenko le estaba llevando demasiado tiempo correrse.

Quizá se debiera a todo aquel vodka que Ludmilla le había servido, aunque lo lógico sería pensar que una *madame* no invitaría a licor *antierrecciones* con hielo. Ella también se había bebido unas cuantas copas.

Se concentró en la pantalla con los dientes apretados. Resultaba muy desagradable y supuso que a Ludmilla le pasaba lo mismo. Pero su trabajo era no apartar la vista, asegurarse de que las cosas no se torcieran.

No pudo dejar de pensar que «feo» era un término muy relativo, mientras observaba a Pavel desnudo, meneando su peludo culo.

Cuando instalaron las cámaras ocultas, ninguno de ellos había previsto que tuvieran que ver follar a alguien, y menos a uno de los secuaces de Zhoglo. Pero allí estaba, a todo color, en la enorme cama de Ludmilla entregándose por completo a la lujuria. ¿Quién iba a pensarlo?

Se habían puesto alerta en cuanto vio que Pavel salía del Beemer negro en el aparcamiento, pero hasta ese momento, Pavel no había hecho daño a Ludmilla de ninguna manera. De hecho, ni siquiera la había amenazado. Y el simple hecho le hacía sentirse nervioso y cabreado.

Daba la impresión de que aquel hombre necesitaba desahogarse. Pavel había comenzado planteando un trato comercial muy lucrativo, o eso le pareció a él. Ludmilla debía enviar chicas hermosas al Vór. Muchas y variadas, y debían ser jóvenes y tiernas. El dinero no sería problema. Y Milla se había relajado cuando comenzaron a hablar de grandes sumas.

Pero a medida que siguió bebiendo, Pavel parecía más torpe y deprimido, lamentándose sin cesar por lo enfadado que estaba Zhoglo tras lo ocurrido con Solokov. La madame le compadeció sin dejar de servirle vodka en ningún momento. Al poco tiempo, Pavel lloraba entre sus brazos, aferrado como un bebé a los implantes mamarios de la mujer. Una cosa había llevado a otra y, cuarenta minutos después, seguía contoneándose sobre ella con una mueca de dolor en su ojeroso rostro. Ludmilla intentaba estimularle con

gemidos y apretones de nalgas, sin duda para acelerar el proceso. Nick comenzaba a tener el estómago revuelto y rezaba para que el tipo se corriera de una vez. Aquello no parecía divertir a nadie, ni siquiera a Pavel.

Por fin vio que el hombre dejaba caer la cabeza y comenzaba a convulsionarse como si le estuvieran electrocutando. ¡Gracias a Dios! El tipo apoyó la frente en el hombro de Milla y esta giró la cara, fijando los ojos en la cámara oculta en una pieza de horrible arte moderno para dirigirle una mirada capaz de helar la sangre.

Pavel rodó a un lado y se sentó en el borde de la cama con los hombros caídos, dando la espalda a su amante.

Después de un rato en aquella posición, se puso en pie con lentitud y se vistió con movimientos rígidos, como si fuera un anciano. Milla se levantó también y se puso una bata de volantes para seguirle, cuando entró en el espacioso comedor.

Pavel abrió un maletín y sacó dos fajos de billetes que arrojó sobre la mesa antes de arrastrar los pies hasta la salida como si hubiera sido tocado y hundido.

Ludmilla esperó casi un minuto antes de abrir la puerta para asegurarse de que se había marchado en realidad. Luego movió el espejo que colgaba en la pared del comedor —donde había otra cámara oculta— y clavó una mirada furiosa en el objetivo. Entonces se despojó de la bata bruscamente y señaló con gestos sus enormes y redondos pechos desnudos.

—¿Qué? ¿Te ha gustado? —preguntó en ucraniano—. ¿Has disfrutado del espectáculo? ¿Has pasado un buen rato? ¿Y tus hombres? ¡Cerdos mirones!

Nick suspiró y activó la línea de audio que habían dispuesto con el propósito de hablar con ella cuando fuera necesario. Ella tomó el móvil de la mesita.

—¿Qué quieres, cerdo? —bramó.

—No has usado la palabra que convinimos, Milla —le recordó, haciendo gala de una extrema paciencia—. He estado aquí todo el rato y no te he oído decirlo. Mis hombres estaban preparados para intervenir si fuera necesario, pero Pavel no te atacó ¿verdad? Y si hubiéramos entrado, Zhoglo tendría la certeza de que le has traicionado, lo que significaría que tendrías que ocultarte, adoptar una nueva identidad. Empezar una nueva vida. Y eso no es lo que quieres, ¿verdad?

Milla soltó una explosión de maldiciones que él apenas escuchó, mientras observaba a Pavel para comprobar que se largaba sin hacer nada raro. Y así

fue. Se marchó igual que había llegado, con discreción. Se metió en el brillante Beemer negro, que los chicos, entretanto, habían equipado con un discreto dispositivo GPS. El coche giró en el interior del garaje, pasando muy cerca de otros vehículos. Quizá el hombre realmente estuviera enfermo... o borracho.

Marcus le esperaba fuera, en otro coche, preparado para seguirle con un portátil unos cuantos vehículos por detrás.

Todo era demasiado fácil. Jodidamente fácil. Y notaba una picazón en la nuca. Le alegraba que Milla no hubiera sufrido ningún daño, pero era muy extraño que Pavel no la hubiera culpado de nada.

Cuando se volvió hacia la pantalla en la que aparecía Milla, esta sostenía el teléfono entre el hombro y la oreja mientras contaba los billetes que después guardó en un maletín blanco que había sobre la mesa.

—¿Cuánto te ha dado? —preguntó él.

—No es asunto tuyo.

—Cualquier cosa relacionada con Zhoglo es asunto mío —aseveró él—. Guarda el puto dinero, Milla, me importa un carajo lo que hagas con él, pero quiero saber cuánto es.

—Treinta mil dólares —dijo ella secamente—. Es un adelanto. Me dará más.

Él silbó por lo bajo mientras observaba el icono que trazaba el movimiento del coche de Pavel en un mapa de la ciudad en otra pantalla.

—Es una trampa —aseguró él por lo bajo.

Ella hizo una mueca.

—Bah, ¿y qué no lo es? —repuso cortante—. Lo mejor que puede hacer una es ganar todo el dinero que pueda antes de que la trampa se cierre sobre ella.

—No le envíes ninguna chica, Milla —advirtió—. No lo hagas.

—Acaba de pagarme treinta mil de los grandes, imbécil. ¿Cómo no voy a mandársela? Mañana me dará la dirección, ¿no quieres saberla?

—Claro que quiero. Pero ya sabes cómo va esto. Si le envías una chica, es capaz de mandarte de vuelta su cabeza en una caja mediante mensajero. Te sugiero que cojas la pasta y huyas. Que lo hagas hoy mismo.

La maquillada cara de Milla cambió de expresión; parecía demasiado vieja, en agudo contraste con aquel cuerpo joven y voluptuoso.

—Adopta una nueva identidad —la animó—. Hazlo ya. Lárgate de la ciudad. Me parece muy raro que Pavel no te haya hecho ninguna pregunta

relacionada conmigo. Y ahora ese acuerdo... tanto dinero... Esto apesta...

Ella se rio sin ganas.

—¿Crees que apesta? Tú sí que apestas, Nikolai. ¡Una nueva identidad! ¿De qué? ¿De fregona? ¿De camarera de hotel? ¿De enfermera? ¿Crees que quiero pasarme el resto de mi vida limpiando orinales y culos malolientes? Eso sí que apestaría.

—¡Milla, por Dios! —Apretó los dientes—. Estoy haciendo todo lo que está en mi mano. No puedo proteger tu vida y tu estilo de vida.

—Jódete —siseó ella—. Antes preferiría ingerir veneno.

Colgó el teléfono y se alejó, con los volantes de la bata ondeando a la espalda.

Nick hundió la cabeza entre las manos y se frotó las sienes. Tratar con mujeres siempre era demasiado complicado para él.

Salvo con Becca. La indescriptible sensación de anticipación le había provocado un aleteo en el estómago durante todo el día. Era como si una bandada de mariposas agitaran las alas en su interior cada vez que pensaba en ella. Que era, más o menos, todo el tiempo.

Estaba deseando largarse de allí y pasar un par de horas con ella, pero por otro lado, desde que presenció la actuación de Pavel, tenía el presentimiento de que aquella fantasía en particular no iba a cumplirse.

Apretó los dientes, lleno de frustración. Davy tenía razón; estaba jodido. Zhoglo estaba extendiendo la alfombra roja y a él solo le desanimaba pensar que no iba a poder acudir a la cita con Becca.

De cualquier manera, se alegró de haber conseguido la habitación. Ella estaría más segura allí, bajo un nombre falso, que en su apartamento. Aunque tuviera que dormir sola. Un desperdicio. ¡Qué lástima!

—¿Eh..., Nick? No quiero interrumpir tu ensoñación, tío, pero... ¿No habías dicho que tu chica estaría trabajando hasta medianoche? —La voz de Davy le sobresaltó.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

Davy señaló la pantalla donde parpadeaba la señal luminosa que emitía el localizador del móvil de Becca.

—Porque me da la impresión de que está largándose de la ciudad. Parece que se dirige al norte por la interestatal. —El tono era totalmente neutro.

—¿Qué...? —Cuando se levantó de golpe para inclinarse sobre la pantalla, la silla donde había estado sentado hasta ese momento salió disparada hacia atrás, chocando contra una mesa.

Becca estaba al norte de Lynwood y se desplazaba a toda velocidad. No eran más que las diez menos veinte de la noche. Cogió el móvil y marcó su número.

Davy se dirigió a la puerta con rapidez.

—Eh... perdona, ¿vale? —se disculpó—. Este tipo de conversaciones me desquicia.

Pero podía haberse ahorrado la salida. Una voz grabada le informó de que el número solicitado se hallaba fuera de cobertura.

Siguió mirando el icono de la pantalla lleno de furia. ¿Qué pasaba? ¿Por qué le habría mentado Becca? ¿Con qué propósito? ¿Por qué?

Era posible que se hubiera asustado y decidiera huir de la ciudad. Nadie podría culparla, pero ¿a qué venían entonces todos aquellos provocadores y juguetones mensajitos de texto? ¿Serían una trampa para que él se confiara? ¿Estaría huyendo de él?

Un desagradable recuerdo surgió en su mente, provocándole dolor de estómago. Su madre y los numerosos intentos para escapar de su padre. Primero lo intentó llevándole a él consigo. Luego, cuando las cosas estaban ya realmente mal, lo volvió a intentar sola.

Nunca había llegado muy lejos. Y su padre, cuando la encontraba, la mantenía aislada en una propiedad en las inabarcables praderas de Wyoming para que no se relacionara con nadie. Su madre no sabía conducir, su dominio del inglés era muy básico y no tenía dinero. Siempre parecía derrotada cuando su padre la traía de vuelta, y verla volver hacía que él se sintiera culpable porque agradecía que su padre la hubiera atrapado.

Hasta que su padre no pudo evitar que el cáncer se la arrebatara cuando él tenía doce años.

Todavía recordaba que le estaba sosteniendo la mano cuando apareció aquella mirada de alivio en su rostro; cuando por fin logró escapar del implacable dolor de la enfermedad y del férreo dominio de Anton Warbitsky. Su padre había sido otra enfermedad para ella, pero crónica. Y él lo sabía mejor que nadie.

Murió susurrando su apodo: Kolya. Kolyunchka.

Notó un espantoso vacío en el estómago; llevaba media vida intentando huir de esa sensación persistente. Y allí estaba, más poderosa e intensa que nunca.

Pero ese no era el momento de revivir aquellos angustiosos recuerdos, tenía suficiente con el infierno particular al que se enfrentaba en ese instante.

Programó el móvil para que le avisara cuando Becca volviera a tener cobertura. ¿Por qué ella le hacía eso mientras estaba atado a esa silla vigilando a Milla y a Pavel? Ni siquiera podía ir en su busca.

Se sentía perdido, asustado y triste. Pero era aquel amargo sentimiento lo que más le enfurecía. Pensaba averiguar por qué le había mentido; ¡Joder!, apenas podía esperar a escuchar esa explicación.

Becca aceleró para no perder las luces traseras del coche de Diana, que se alejaban en dirección norte por la interestatal, mientras se recriminaba para sus adentros el alocado impulso que la había llevado a seguir a la amante de Mathes antes de pensárselo dos veces.

Se consolaba diciéndose que parecía que Diana tenía tan poca experiencia como ella en aquel tipo de cosas. Al menos, eso parecía si se fiaba de todas las quejas y lloriqueos que había escuchado en las oficinas del club de campo.

Era su oportunidad de averiguar algo y nadie la seguía. O eso esperaba.

Sus ruedas volaban sobre el asfalto. Notó que se le humedecían los ojos por el esfuerzo de clavarlos en las luces traseras de Diana. Se ponía de los nervios cada vez que las perdía en una curva, y no se tranquilizaba hasta que las volvía a ver. En esos momentos aceleraba para comprobar que el modelo y color del vehículo, así como el número de matrícula, se correspondían con los de la mujer. Luego se retrasaba un poco y respiraba más o menos aliviada.

Estaba loca. Sabía que debería haber dado aquella información a Nick, que él tenía capacidad para ocuparse de ello y ella solo sabía organizar menús. Podía cocinar setas rellenas de seis maneras diferentes, su salsa de alcachofas era la mejor del mundo, era capaz de servir vino sin derramar ni una gota... Sus habilidades la ayudaban a saber dónde comprar los manteles más baratos.

¿Qué hacía en una carretera en mitad de la noche persiguiendo a una posible criminal?

Quizá fuera por haber perdido su empleo. Un trabajo a jornada completa era la única salida a aquella pesadilla en la que estaba sumida, porque hasta que lo lograra no cabía la esperanza de volver a tener una vida normal. Además, creía en el destino y, la oportunidad de seguir a esa mujer se había presentado como por ensalmo. No estaba en su mano detener el tiempo para avisar a Nick y que fuera él quien se ocupara de aquello. Era ella o nadie. En ese momento o nunca. Tendría que ser muy cobarde para dejarlo pasar.

El mayor problema era que se sentía muy cobarde. ¿Había sido realmente su instinto lo que sintió cuando salió detrás de Diana? ¿O se trataba solo de un impulso, fruto de que su agotado cerebro tenía los cables cruzados? ¿Cómo saberlo?

Intentó tranquilizarse. Después de todo estaba siguiendo a una mujer que carecía de carácter; no había más que fijarse en la facilidad con la que Mathes la había intimidado. Desde luego no habría tenido valor para perseguir a uno de los matones de Zhoglo, pero Diana era otra cuestión. Según la conversación que había escuchado sin querer, Diana era una especialista en alguna cuestión médica; no una criminal peligrosa. No iba armada. No sabía nada de ese tipo de asuntos, lo mismo que ella.

Si aquello acababa con un enfrentamiento físico —Dios no lo quisiera—, estaba segura de salir victoriosa. Ganaría cualquier pelea a bolsazos, arañazos, insultos y tirones de pelo con aquella blandengue.

Sin embargo, por otra parte, cabía la posibilidad de que Diana fuera a reunirse con la gente de Zhoglo. Y aunque la mujer no tenía futuro como criminal, los hombres de Zhoglo eran unos profesionales del tema.

Por tanto, sentía auténtico pavor por el lugar desconocido al que Diana se dirigía. La aterraba por completo. «¡Maldita sea, Becca, no seas llorica!».

Se estremeció de miedo. ¡Ojalá Nick estuviera allí! Quería llamarlo, contarle que sabía el nombre del socio de Zhoglo, el número de la matrícula de Diana; relatarle la conversación que había escuchado por casualidad en el despacho de Marla, pero cuando por fin se le había ocurrido hacerlo, su teléfono se encontraba fuera de cobertura.

Se contoneó incómoda en el asiento. Nick tenía que saber esos datos, pero no podía detenerse en una cabina telefónica para ponerse en contacto con él sin perder de vista a Diana. Además, estaba convencida de que Nick no aprobaría lo que estaba haciendo.

Bueno, eso sí era un buen eufemismo. ¡Iba a ponerse como un basilisco!

Por lo menos podía dar gracias de que no supiera dónde se encontraba; Nick seguía pensando que estaba en el club de campo, organizando un banquete. No comenzaría a preocuparse ni se pondría nervioso hasta después de medianoche, y todavía faltaban dos horas y media. Con un poco de suerte, Diana haría esa cosa atroz que Mathes le había ordenado con la suficiente rapidez como para que estuviera de regreso en Seattle a tiempo de la cita con Nick. Sí, claro; era lo más probable.

No sabía dónde se encontraban, parecía una zona rural. En ese momento

el intermitente del PT Cruiser negro de Diana comenzó a parpadear y se desvió hacia un gran centro comercial. Continuó un par de kilómetros más y volvió a poner el indicador delante de un motel de carretera de la cadena Days Inn.

Dio la vuelta a la manzana con la mente llena de dudas. ¡Oh, Dios! ¿Qué podía hacer ahora? No podría seguir a Diana al interior.

Puso sus neuronas en funcionamiento. Delante del Days Inn había un aparcamiento controlado por parquímetro, pero los clientes aparcaban en la parte de atrás. Por tanto, Diana se registraría y después estacionaría en el privado parking trasero, con independencia de dónde estuviera su habitación.

Una vez llevados a cabo sus planes, Becca comenzó a morderse las uñas... Sí, desde allí podría ver cómo Diana salía del vehículo y se acercaba al edificio, pero aquello no sería suficiente. Siguiendo un impulso se bajó del coche y se acercó a la puerta trasera. El encargado de la limpieza la había dejado abierta, sujetándola con una fregona. Se lo agradeció mentalmente. En caso contrario habría necesitado una tarjeta de acceso.

Una vez dentro observó que había dos pasillos que daban acceso a las alas en las que se encontraban las habitaciones de los clientes; una a la izquierda y otra a la derecha. También había un largo corredor donde estaban las máquinas dispensadoras de aperitivos, bebidas y hielo, así como los cuartos de baño, que conectaba ese punto con recepción. Diana se encontraba allí, registrándose. La atendía una mujer pelirroja.

Diana recogió su tarjeta y salió por la puerta principal para mover el coche al aparcamiento correspondiente. Cuando la vio dirigirse al edificio por la puerta trasera, Becca comenzó a jugar con el móvil, fingiendo que estaba enviando un mensaje de texto. La otra mujer entró y pasó junto a ella antes de doblar a la derecha.

Esperó hasta que estuvo segura de que Diana tomaba las escaleras en lugar del ascensor y corrió tras ella. Prefirió no plantearse si toda aquella charada sería tan inútil y tonta como peligrosa.

«No preguntes, no te detengas. Hazlo y punto, ¡maldita sea!».

Subió los escalones de dos en dos y al llegar al piso superior, miró atentamente el pasillo. Nada. Siguió subiendo con la misma rapidez, aunque ahora el corazón se le había acelerado un poco. Cuando asomó la cabeza en el largo corredor de esa planta, captó al fondo un vislumbre beige antes de que se cerrara una puerta. Respiró hondo con la mirada clavada en aquella superficie. Bien, tercer piso, habitación 317.

Estupendo, ya sabía el número de la habitación, pero no tenía ni idea de cómo usar esa información. Se le había quedado la mente en blanco, así que el siguiente dilema era qué hacer. Jamás en su vida se había dedicado a espiar o merodear por un lugar que no debía. ¿Qué más podía hacer? ¿Quedarse en el pasillo hasta que la mujer saliera?

Muy desanimada, bajó de nuevo las escaleras y se dirigió al aparcamiento para sentarse en el coche sin apartar la vista del motel. Miró fijamente el móvil, que en ese momento no servía para nada.

Estaba a punto de salir a llamar a Nick desde un teléfono público, cuando captó su atención una brillante furgoneta negra con los cristales tintados, que se detuvo justo delante de la puerta trasera.

Diana salió en ese momento, dio una patada a la fregona que sujetaba la puerta y se subió en el vehículo, que salió disparado del aparcamiento. Ella se puso en acción. Puso en marcha el coche y la siguió. Sin embargo, un Jeep Cherokee se detuvo en la salida y se mantuvo inmóvil como una montaña, mientras la conductora decidía qué dirección tomar.

La furgoneta que había recogido a Diana tomó velocidad en la calle principal, dobló la esquina y desapareció de su vista.

Ella gritó, tocó el claxon, hizo gestos con las manos. La conductora, que tenía aspecto de madre despistada, la miró con el ceño fruncido como preguntándole qué le pasaba, y se vengó cruelmente, desplazándose muy despacio.

Las ruedas del coche de Becca rechinaron cuando salió como un rayo a la calle vacía para girar a la derecha en el primer cruce en busca de la furgoneta. Nada. Había otro cruce más adelante, algo más iluminado, donde volvió a detenerse para mirar con atención a derecha, izquierda y al frente.

¡Mierda! Eligió una dirección al azar. Luego retrocedió y lo intentó con las otras dos, pero sabía que era inútil. La había perdido.

Después de pasarse media hora conduciendo sin rumbo y examinando las calles y los coches aparcados en ellas, se resignó. Regresó al Days Inn y se reclinó en el asiento para mirar al exterior, al feo edificio, sintiéndose estúpida y desanimada.

Había sido vencida por una madre impertinente. ¡Vaya idiotez!

¿Qué debía hacer ahora? Era posible que Diana no volviera en toda la noche. Incluso podía no regresar hasta días después, o no volver por allí en su vida. Después de todo, Zhoglo estaba involucrado. Miró el reloj del coche, las once menos veinte. Esperaría media hora más antes de llamar a Nick, por si

acaso Diana regresaba pronto, aunque tampoco tenía nada claro qué hacer si volvía por allí.

Bueno, mejor concentrarse en las cosas de una en una. Aquello no iba a resultar fácil.

El coche de Diana era su única referencia; la mujer tendría que regresar tarde o temprano. Así que se mordería las uñas, esperaría y observaría.

Le encantaría poder ofrecer a Nick algo concreto cuando lo viera. Algo que justificara el peligro que estaba corriendo. Quizá si conseguía averiguar algo interesante, él se quedaría demasiado asombrado como para ponerse a gritarle. Tal vez agradeciera su valentía e iniciativa y puede que, incluso, se alegrara por la ayuda recibida.

Sí, ya... Y pudiera ser que el cielo estuviera lleno de cerdos voladores con tutús de color rosa.

Capítulo



LAS ÚLTIMAS en ser examinadas por la doctora americana fueron Sveti y la pequeña Rachel. La mayor y la pequeña. Los demás habían ido entrando por turnos, uno tras otro, con los envases de orina en la mano. Marina había repartido los botes aquella mañana, pero fue Sveti quien tuvo que conseguir que el chorro de los más pequeños cayera en el interior. El único pantalón del que disponía acabó mojado con las gotas de todos, aunque tampoco era que pudieran estar más sucios.

Para Rachel, Marina le facilitó unas bolsas de plástico que debía pegar cubriendo los genitales del bebé, bajo el pañal, que se encargarían de recoger su orina. Pero la niña se movía tanto que las bolsas siempre aparecían vacías mientras que los pañales acababan empapados.

Habían intentado separarla de Rachel, pero el bebé se aferraba a ella con uñas y dientes, gritando con tanta fuerza que Yuri terminó por empujarlas lejos y enviar a Sasha en su lugar. Rachel se comportaba así todo el tiempo; había llegado a un punto en el que ni siquiera podía ir al cuarto de baño sola. Comenzaba a dolerle la espalda de cargar a la niña de un lado para otro.

Sasha regresó un cuarto de hora después y la miró, al tiempo que hacía gestos de que le habían pinchado el brazo con una jeringuilla.

Análisis de sangre otra vez. Sveti quiso llorar; los pequeños se volverían locos y recurrirían a ella en busca de consuelo, pero estaba tan asustada como ellos y se sentía culpable por no poder hacer nada. ¿Es que no entendían que se hallaba tan desvalida y desesperada como ellos? ¿Que no podía hacer nada?

Pero no lo entendían. Se aferraban a ella como si pudiera protegerles. Ella les abrazaba entonces, porque no era capaz de apartarlos.

Deseó encontrar la manera de que todos pudieran escapar. De que pudieran reunirse con sus padres. De que ella también pudiera volver con sus maravillosos padres.

¡Quería estar con su madre!

En ese momento apareció Yuri, llevando a Mikhail debajo del brazo. El

niño estaba inconsciente y la cabeza se le balanceaba al ritmo de sus zancadas.

—¡A este mocoso estúpido no se le ha ocurrido otra cosa que desmayarse! —gruñó el matón antes de arrojar al niño sobre el catre más cercano. Mikhail se estremecía y gemía.

—La siguiente será la cría —dijo señalando a Rachel, que se chupaba el dedo con sus enormes ojos clavados en él.

Pero Rachel se pegó a ella cuando intentaron arrancarla de sus brazos. Se aferró a su sudadera y le cogió un mechón de pelo al tiempo que abría la boca para emitir un sonido tan agudo y penetrante que Yuri retrocedió y le dio un manotazo. Ella se inclinó para proteger al bebé con su cuerpo y recibió el impacto en la cabeza. Durante un momento no fue capaz de escuchar los estremecedores chillidos de la niña.

Cuando se recobró un poco, vio que Yuri estaba gritándole.

—¡... haz que esa cría se calme! Entra con ella. La zorra esa puede atenderos a las dos a la vez. ¿Qué más da?

Le llevó unos minutos calmar a Rachel. La meció entre canturreos hasta que consiguió que los lloros se convirtieran en hipidos. El delgado y cálido cuerpecito se estremecía entre sus brazos y, al final, las dos temblaban. El llanto del bebé seguía afectándola; puede que se hubiera vuelto insensible a muchas cosas, pero la desesperación de Rachel traspasaba aquel entumecimiento que la envolvía. Seguramente porque su impotencia era demasiado parecida a la de ella.

La americana no tenía el aspecto que imaginaba tendría un médico. Durante un momento se quedó mirándola boquiabierta, aquella mujer era lo más hermoso que había visto en meses. Si alguien le hubiera dicho que era una modelo o una famosa actriz de Hollywood, se lo habría creído sin dudar en cuanto hubiera visto aquella piel perfecta y blanca o los ojos maquillados a la perfección. También tenía esa brillante melena que se movía con la misma fluidez que las que aparecían en los anuncios de la tele.

Sin embargo, su sonrisa no era de anuncio. Parecía asustada y tensa. Sveti se había convertido en toda una experta en valorar el estado emocional de la gente que la rodeaba. Era algo que, en un momento dado, podía evitar que sufriera un pellizco, un bofetón o una patada.

Tras analizarla durante un momento, decidió que la doctora no era violenta ni cruel. Estaba sudando; sudaba de miedo. Podía oler su pánico mientras examinaba a Rachel. Vio cómo estudiaba el corazón, los pulmones y la garganta al bebé, antes de ponerle un termómetro. Luego la mujer comenzó a

hablar frente a un tubo plateado, parecía estar dictando números.

La doctora examinó la bolsa de orina de Rachel y frunció el ceño antes de mirarla a ella como si fuera culpa suya que no hubiera hecho pis. Sveti se entretuvo mirando la preciosa blusa de seda plateada que llevaba, emitía reflejos iridiscentes y parecía tan suave que deseó tocarla; notó que presentaba oscuros cercos de sudor bajo los brazos y que le brillaba la frente. Al subir la vista, se fijó en que también los labios, pintados de rojo intenso, le temblaban por la tensión.

En ese momento la hermosa mujer se puso a preparar la jeringuilla para tomar las muestras de sangre. Rachel, que sabía muy bien lo que iba a suceder, comenzó a retorcerse y a gritar; era muy fuerte para ser tan pequeña y Sveti tuvo que usar todas sus fuerzas para conseguir que se estuviera quieta. Cuando por fin la doctora retiró la jeringuilla llena, ella también estaba llorando.

Y la doctora también parecía afectada. Tuvo que doblarse por la cintura para bajar la cabeza; estaba muy pálida. Pensó que quizá fuera mejor persona que los guardias; que quizá esa fuera la oportunidad que estaba esperando para conseguir ayuda.

Intentó recordar el poco inglés que le enseñó Arkady, el amigo de su padre que había vivido tantos años en América que casi podía decirse que era americano. Aprendió muchísimas palabras con él, pero se le habían olvidado casi todas.

Pensó que podía pedirle alguna medicina para los granitos de Rachel y el dolor de oídos. Y para la sangre que veía cuando le cambiaba el pañal... Y también había más dolencias que debía mitigar, aunque ahora no se acordaba de cuáles. Meneó la cabeza para despejar la mente, tratando de recordar.

—Oído, bebé. Duele —probó.

La mujer la miró fijamente antes de apartar la vista.

Lo intentó otra vez, señalando la oreja de Rachel.

—Oído. Bebé —repitió tocando la frente de la niña—. Caliente. Noche. Lloro, llora, llora...

La doctora seguía sin mirarla. Estaba segura de que solo fingía que no la entendía cuando volvió a hablar con la grabadora.

Ella levantó el borde de la mugrienta camiseta de Rachel y le mostró la erupción en la barriga y el pecho de la niña.

—Pupas. ¿Medicina? ¿Medicina... *por* bebé? —Comenzó a temblarle la voz.

La mujer sacudió la cabeza con gesto de irritación. Dijo algo

bruscamente a la grabadora y le hizo un gesto, señalando la camilla antes de darse la vuelta.

Ella suspiró, se tragó la frustración y dejó a la ruidosa Rachel en el suelo. Se subió a la camilla y clavó los ojos en la cara de la mujer, esperando que volvieran a coincidir sus miradas. Pero la doctora tiró de la sudadera, indicándole que se la quitara sin levantar la vista. Ella obedeció y dejó a la vista la tela con la que aplastaba los pechos.

La mujer rodeó la camilla para ponerse a su espalda, le apartó el largo y enredado cabello oscuro y comenzó a tocar ciertos puntos.

Antes de que la secuestraran aún no le habían crecido los pechos. Recordó con nostalgia lo ansiosa que estaba por que le crecieran pues eso significaba que por fin se estaba haciendo mayor, y si se daba prisa en crecer, quizá Arkady se fijara en ella y tal vez le pediría que se casara con él. Entonces se la llevaría a vivir a América y sería feliz para siempre. ¡Qué inocentona! ¡Qué tonta había sido!

Ahora, sin embargo, había conseguido tener los pechos que tanto anhelaba entonces, pero ya no los deseaba. Habían crecido lo suficiente como para que se balancearan bajo la sudadera, por lo que se vio obligada a pedirle a Sasha que cortara una tira de su camiseta, que le quedaba tan grande que le cubría casi hasta las rodillas.

Sasha lo entendió perfectamente —era mudo, no tonto—, y se arrancó un trozo que le ayudó a atar en torno al torso lo más apretado que pudieron. Tanto que, a veces, incluso picaba y le irritaba la piel.

Pero a pesar de tomar aquellas precauciones, Yuri la seguía con la mirada a todas partes.

La doctora estaba ahora examinando la marca de nacimiento color vino que tenía en el cuello. Le subió el pelo para estudiarla con atención con los labios fruncidos y los ojos entrecerrados, antes de volver a hablar con la grabadora. Ella decidió volver a probar algunas de las palabras que Arkady le había enseñado.

—Marca —explicó—. Marca *nacido*. No duele.

La mujer parpadeó como si una muñeca hubiera cobrado vida y le hablara, pero continuó con su examen. Auscultó, pellizcó, pinchó, palpó... Pulmones, corazón, garganta, vientre. Luego le clavó una jeringuilla para extraer sangre, que vio serpentear por un tubo de plástico, cálido sobre la azulada piel del brazo. Quería volver a ponerse la camiseta; se sentía expuesta, con el pelo recogido y los odiados pechos tan erguidos.

La doctora no la miraba a los ojos; era como si no quisiera reconocer que estaba allí. Quiso gemir de frustración al ver que la mujer seguía hablando con el aparato, ignorándola. Pero Sveti sentía como si toda la maldad del mundo estuviera cerniéndose sobre ellos como una ola; cuando cayera, todos serían aplastados. Todos. Miró a Rachel, que jugaba en el suelo con los dedos negros por la suciedad.

La desesperación que sentía creció hasta que ya no pudo contenerla y agarró el brazo de la mujer.

—Ayuda —imploró—. *Ayuda nosotros. Ellos hacer algo malo nosotros.* Ayuda, por favor.

La doctora intentó zafarse con violencia, pero ella no la soltó. Clavó las negras uñas en la delicada seda mientras seguía balbuceando incoherencias con las pocas palabras en inglés que recordaba. La mujer habló con brusquedad al tiempo que intentaba alejarse, pero ella la sujetó con más fuerza. Se olvidó de decir cualquier cosa en inglés y comenzó a hablar en ucraniano, soltando un confuso torrente de frases imposibles de detener. Le explicó lo asustada que estaba, lo sola que se sentía, cuánto la necesitaban los niños. Fue como si algo se quebrara en su interior y tuviera que deshacerse de todo lo horrible y maligno que supuraba...

La mujer comenzó a gritar con la boca muy abierta y los ojos desorbitados, arañándola para que la soltara. Rachel se puso también a vociferar y ella aulló a su vez. Todos gritaban. Saltó de la camilla cuando la doctora intentó escapar y la abrazó por la cintura, pero esta la abofeteó consiguiendo que las dos lloraran a gritos...

La puerta se abrió de repente.

—¿Qué cojones pasa aquí?

Marina y Yuri las separaron. La mujer ayudó a la sollozante doctora a salir de la estancia al tiempo que le lanzaba una mirada de advertencia antes de cerrar la puerta, dejándola sola con Yuri.

El miedo la invadió.

Él le dio una bofetada, lanzándola contra la pared. El mundo comenzó a dar vueltas a su alrededor y tardó un instante en detenerse. Luego comenzó a darle patadas; una impactó en el muslo haciéndole gritar de dolor. Por fin él se quitó el cinturón y lo dobló por la mitad.

—¡Eres imbécil! —bramó—. Esa mujer está aquí para ayudarte y ¿cómo lo agradeces? ¡Atacándola! ¡Salvaje! ¡Eres una estúpida salvaje! —Los golpes caían como gotas de lluvia. Él siguió insultándola, pero ella no comprendía el

significado de las palabras. Se acurrucó en un rincón, convirtiéndose en un ovillo lo más pequeño posible. A pocos metros, Rachel gritaba con toda la fuerza de sus pulmones.

Poco a poco se dio cuenta de que ya no había más golpes. Notó el sabor de la sangre en la boca. Yuri ya no gritaba.

Le miró entre los dedos que había puesto sobre la cara para protegerse. Él clavaba los ojos en ella, jadeante. Tenía la cara roja y la boca abierta y babeante. Pero lo peor era su mirada. Tenía *esa* mirada; la que le congelaba la sangre en las venas y le revolvía el estómago.

En ese momento fue consciente de que no tenía puesta la camiseta. Ni siquiera llevaba la tira de algodón atada sobre los pechos. Solo aquellos sucios pantalones que le colgaban a la altura de las caderas.

¡Oh, no, no, no! Vio la cara de Rachel manchada de lágrimas, enrojecida y con la boca abierta, mientras emitía aquellos sonidos de terror y desesperación absoluta...

La puerta volvió a abrirse.

—Yuri, ven —ordenó Marina.

—Dentro de un rato —repuso él con voz ronca, sin apartar los ojos de ella—. Cierra la puerta. Luego voy.

—Vendrás ahora. —La voz de Marina no admitía réplica—. Tienes que llevar a la estúpida zorra americana a su hotel. Está a punto de desmoronarse y no quiero que lo haga aquí. Y aléjate de la chica.

—Puede esperar —gruñó Yuri—. Cierra la puerta.

—¡No! ¡No la toques! Si quieres eso, cerdo, búscalos fuera de aquí. Ve al bar de camioneros de la interestatal.

—¿Por qué? —Yuri la miró con chulería—. ¿Qué diferencia habrá? Nadie lo sabrá y, si lo supieran, ¿crees que les importaría?

—Podrías contagiarle algo —siseó Marina—. ¿Acaso no recuerdas lo que ocurrió con la otra?

Yuri se limpió la húmeda boca con el dorso de la mano. Sveti podía oler su fétido aliento incluso desde el suelo.

—Estoy limpio —aseguró con voz ronca.

—No te lo crees ni tú —escupió Marina—. Nos matarán, estúpido. Aléjate de la chica, ya.

Yuri masculló una barbaridad sin sentido antes de retroceder, pero siguió mirándola. Fue Marina quien lo empujó fuera de allí. La otra mujer la miró. Ella tenía los brazos alrededor de las rodillas, estaba encogida sobre sí misma

intentando ser todo lo pequeña que podía. Marina cogió la sudadera que había dejado en la camilla para que se la pusiera.

Un inesperado golpe en la cabeza la llevó a hacer con ella un gesto brusco, golpeándose contra el duro cemento. Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—Deja de gemir. —Marina se acuclilló frente a ella—. Y deja de mostrar a Yuri esas escuálidas tetas, estúpida, o acabarás metida en problemas. ¿Has entendido?

—Yo no quiero... no he hecho...

Plaf, otra bofetada. Volvió a golpearse contra la pared.

—¿Has entendido?

«Sí». Sus labios formaron la palabra, pero no salió ningún sonido.

Marina le lanzó la sudadera y se incorporó.

—Ten mucho cuidado. Ahora quita a esa cría llorona de mi vista. Estoy harta de ella.

Salió con paso firme y cerró de golpe la puerta... Con llave.

Ella se puso la andrajosa prenda, cubriendo su cuerpo tembloroso mientras se preguntaba cómo era posible odiar con tanta intensidad a alguien a quien tenía tanto que agradecer. Intentó levantarse, pero el muslo que él había golpeado no aguantó y cayó al suelo. Por fin se arrastró a gatas hacia Rachel para estrecharla entre sus brazos.

Permanecieron allí acurrucadas durante mucho tiempo, abrazándose con fuerza, hasta que no se supo quién consolaba a quién.

Una agitación entre las sombras arrancó a Becca del superficial sueño en el que se había sumido. Era la furgoneta negra. Un torrente de adrenalina la atravesó, despertándola por completo. Se fijó en que era de la marca Mercedes, pero no fue capaz de ver el número de la matrícula; el vehículo estaba ya perpendicular a ella y se había detenido delante de la entrada trasera del hotel.

Cuando se movió, Diana estaba ante la puerta y estrechaba una caja blanca contra el pecho. La furgoneta se alejó a toda velocidad, como si no viera el momento de perderla de vista. Vio que la mujer la seguía con la mirada; parecía algo desvalida y perdida. Tenía los ojos abiertos como platos y se le había corrido el rímel; parecía un mapache. Bueno, ella se había familiarizado últimamente con aquel efecto.

Aplastó con firmeza la oleada de simpatía que sintió hacia la mujer.

Guárdatela para alguien que la merezca de verdad, se reprendió a sí misma. Si Diana estaba en tratos con aquella serpiente de Mathes —socio del horrible Zhoglo, nada menos—, entonces no se traía nada bueno entre manos.

Vio que la mujer se tambaleaba hacia la entrada y se quedaba perpleja al verla cerrada. Miró la puerta durante un buen rato antes de sacar la tarjeta de acceso.

Becca consideró la situación con los nervios de punta. Viendo la hora que era, no parecía probable que Diana se alejara otra vez del hotel. Lo que fuera que le habían ordenado hacer, ya estaba hecho. Por esa razón, no había ninguna razón para que ella siguiera allí, a menos que llamara a Nick, le contara todo lo ocurrido y dejara el asunto en sus manos. Lo que significaba que necesitaba utilizar un teléfono.

Pero, por otro lado, tampoco estaba dispuesta a marcharse, y renunciar a enterarse de qué hacía allí Diana después de haberla perdido y localizado de nuevo. Desde donde estaba apostada se dio cuenta de que el teléfono público del pasillo del hotel tenía una vista óptima de las dos entradas, así que decidió que lo mejor sería acercarse a la puerta con idea de colarse en el interior cuando entrara algún cliente del motel.

¡Oh, Dios! Aquello de andar ocultándose y espiando la estaba poniendo muy nerviosa. Se acercó con tranquilidad al hotel, al tiempo que sacaba el móvil del bolsillo para disimular. Por primera y única vez en su vida deseó ser fumadora y disponer de una excusa creíble para permanecer ante la puerta.

Sin embargo, antes de que hubiera recorrido la mitad del aparcamiento, vio que Diana salía disparada de nuevo al exterior y corría hacia su vehículo. No llevaba la caja blanca. La mujer estaba tan perdida en su propio drama interior, que no la vio girar a toda prisa para regresar al coche.

Encendió el motor y la siguió con el corazón acelerado. Se obligó a mantener una cierta distancia, pero Diana no fue demasiado lejos; se detuvo en el primer bar de carretera, un edificio de hormigón de bastante mal aspecto que no disponía de ventanas y se anunciaba con un letrero de neón que rezaba Starlight Lounge.

Aparcó tan cerca como pudo y se apretó contra el respaldo del asiento. Sujetó el teléfono contra la oreja mientras observaba que Diana se quitaba las gafas y, cubriéndose la cara con las manos, lloraba durante casi diez minutos. Luego se bajó con precipitación del coche y vomitó en la acera.

Ella sintió una repentina empatía. ¡Oh, no! Al parecer, Diana pertenecía a la poderosa hermandad de mujeres al borde de un ataque de nervios. Pues que

no hubiera elegido seguir una despreciable carrera criminal. De todas maneras deseó que terminara pronto o se vería obligada a ver cómo vomitaba hasta la primera papilla.

Diana se limpió finalmente con un pañuelo de papel y se dirigió tambaleándose al bar. Ella se bajó del coche, sintiéndose como si fuera una marioneta cuyos cables movía una fuerza desconocida y se acercó al vehículo de Diana para echar un vistazo al interior.

El asiento del copiloto estaba lleno: vasos desechables de café, unas gafas de sol, un peine, pañuelos de papel usados manchados de maquillaje y la caja vacía de una grabadora de voz.

Una alocada idea comenzó a tomar forma en su cabeza mientras miraba las gafas de sol... Observó su reflejo en la ventanilla del coche de Diana; vio que su pelo tenía casi la misma longitud que el de ella, aunque no era tan lacio y brillante... *Mmm.*

Una parte de ella le gritaba que se detuviera, pero otra la animaba a seguir aquel impulso antes de acobardarse por completo.

Buscó una piedra grande y se puso a una distancia segura de la zona cero. Aquella iba a ser la parte más difícil, pensó. Iría contra todas sus creencias. Si alguien la veía rompiendo la ventanilla pensaba ponerse a gritar con todas sus fuerzas «esta zorra se tira a mi marido».

Levantó la piedra y vio que tenía blancos los nudillos y le temblaba el brazo... Vaciló y la sostuvo con la otra mano para tantear a ver si la puerta estaba abierta.

¡Lo estaba! ¡Por Dios, debería haberlo pensado antes! Cualquier mujer que hubiera salido disparada para vomitar no tendría la sangre fría de cerrar el coche con llave; a menos que fuera una súper mujer, pero las súper mujeres no vomitan. No, señor, no había ninguna súper mujer en la hermandad.

Se sintió imbécil por haberse dejado llevar por los nervios; no tenía tiempo para estar nerviosa. Cogió las gafas de sol y el pintalabios. Ya era oficial: se había convertido en una ladrona. Era una sensación extraña.

Corrió hasta su coche y salió de allí lo más rápido que pudo, haciendo rechinar las ruedas en el trayecto de vuelta al motel. No había tiempo para reflexionar ni para ponerse nerviosa. Debía ser rápida y decidida. Tan fría como un esponjoso helado de vainilla. Encendió la luz del coche, sacó el peine del bolso e imitó como pudo el peinado de Diana. Luego se aplicó el pintalabios y, cuando se miró al espejo, se sorprendió del llamativo efecto. Faltaba un dramático toque en los ojos para contrarrestarlo. Por fortuna, tenía

las gafas de sol estilo Zsa Zsa Gabor de Diana. Sustituyó sus gafas graduadas por esas y se guardó las otras en el bolsillo. Estaría ciega como un topo, pero no importaba.

Se miró en el espejo. Parecía una esposa maltratada, lo que no dejaba de resultar irónico. Cuadró los hombros y caminó hacia la puerta principal del edificio. Entró con paso firme, como si fuera la reina del lugar, y entrecerró los ojos para orientarse.

Vio dos personas en recepción. Una era la pelirroja que había atendido a Diana. Pasó por delante y recorrió el pasillo hasta la escalera, con las rodillas temblorosas. Dejó transcurrir el tiempo que estimó que tardaría un huésped en llegar a su habitación y descubrir que se había dejado dentro la tarjeta. A continuación, recorrió el camino a la inversa y dio gracias a Dios al ver a la pelirroja respondiendo al teléfono. Se acercó a la otra mujer, de más edad y con cabello canoso.

—Hola, buenas noches. Soy Diana, tengo la habitación 317 —explicó—. Lo lamento muchísimo, pero me he dejado la tarjeta dentro de la habitación. ¿Podría facilitarme otra?

La mujer sonrió, tecleó frente a la pantalla del ordenador y asintió con la cabeza.

—No será un problema, señora Evans. Ahora mismo se la doy.

«Por favor, que no me pidan una identificación, por favor».

El destino estaba de su parte. Unos momentos después sostenía la tarjeta entre sus sudorosos dedos y recorría apresuradamente el pasillo, sorprendida de su osadía; aterrada de que hubiera dado resultado. Comenzaba a ser una experta en cavar su propia tumba. Casi veía las paletadas de tierra derramándose por todas partes.

Entró en la habitación de Diana y la puerta se cerró tras ella. Notó una leve decepción al no observar nada revelador. La imagen y el olor eran exactamente iguales que los de miles de habitaciones en otros tantos moteles de carretera. Dos camas con colchas de poliéster, el cuarto de baño junto a la entrada, una pequeña televisión, el equipo de aire acondicionado en la pared, la decoración horrible... Estaba vacía, no vio ninguna maleta, ni bolsa. Pero la caja estaba allí. Tenía que encontrar la caja blanca.

La halló en el cuarto de baño, sobre la encimera de mármol de imitación. Se acercó a ella con una creciente sensación de terror atenazándole las entrañas.

Respiró hondo y levantó la tapa. Bien, no había una cabeza humana ni un

alienígena embalsamado. Solo un soporte con siete tubos de ensayo, llenos de un líquido oscuro cada uno con su etiqueta. Sacó uno y supo que lo que contenían era sangre.

Debajo del soporte había varios botecitos llenos de un fluido amarillo. Estaba segura de que se trataba de orina. Además, había una serie de bolsas de plástico de cierre hermético, con bastoncillos de algodón dentro.

La sangre, la orina y las bolsas habían sido pulcramente marcadas con referencias escritas a mano. «F-121396-88991». Los números seguían un patrón muy claro. Había dos «F» y el resto eran «M», por lo que dedujo que se refería a femenino y masculino. A continuación había seis números, que parecían referirse a fechas de nacimiento y a continuación cinco números más. No vio ningún nombre. Si se trataba de fechas de nacimiento, la más antigua era del año 1996, a continuación 1998 y luego 2001, 2002, dos del año 2004 y otra del 2006.

Si estaba en lo cierto, se trataba de niños. De niños muy pequeños.

Le subió un escalofrío por la espalda. Había sombras, monstruos arrastrándose en la oscuridad, lejos de su vista. No quería conocer la respuesta a ese enigma; temía que fuera algo muy malo.

Deseó con todas sus fuerzas tener a Nick a su lado. Sacó un bolígrafo y un papel del bolso y anotó todo lo que había escrito en los tubos de ensayo. No sabía qué significaba, pero quizá sirviera de algo.

Escuchó entonces un traqueteo seguido de un leve *clic*. ¡Alguien trataba de abrir la puerta!

Notó que el corazón se le desbocaba por los nervios y miró a su alrededor en busca de un lugar donde esconderse. ¿El armario? ¿La bañera?

A continuación escuchó una maldición entrecortada y algunos ruidos más, como si alguien estuviera aporreando la puerta con frustración. El murmullo cesó de repente.

Un gran alivio la inundó. Claro, la tarjeta de Diana no funcionaba porque habían emitido la que ella había usado. ¡Gracias a Dios! Esperó el tiempo necesario para que la mujer se alejara hacia el vestíbulo, contando los desbocados latidos de su corazón.

Sacó la cabeza por una rendija en la puerta y salió huyendo como si la persiguieran los perros del averno. La habían visto las chicas de recepción y además estaban las cámaras de seguridad. Había muchas posibilidades de que Diana supiera en cuestión de segundos que alguien se había colado en su habitación y montara un gran escándalo.

Ella no quería verse en la tesitura de tener que pelear a brazo partido con la gimoteante amante de Mathes. Además, si Diana quería llamar a la policía, tenía razones más que de sobra por las que pedir que la detuvieran; con lo que Zhoglo acabaría matándola, por supuesto.

Subió al coche y, en cuanto tomó la autovía, intentó no superar en ningún momento la velocidad permitida, deseando poner la mayor distancia posible entre ella y aquella mujer. Estaba tan concentrada que soltó un grito cuando el móvil emitió un pitido para informar que estaba operativo porque había entrado en una zona con cobertura.

A los pocos segundos comenzó a sonar. Comprobó la pantalla. «*Don Enorme*».

Por supuesto. ¿Por qué no la sorprendía?

Por fin había línea, gracias a Dios, pensó Nick. Tres timbrazos y Becca descolgó.

—¿Hola? ¿Nick? —Ella parecía dubitativa.

—Becca, ¿dónde estás? —intentó no sonar amenazador.

En el centro de operaciones del sótano todos se quedaron paralizados. Davy apartó la vista de la pantalla para mirarle. Seth, que estaba haciendo flexiones en la barra de ejercicios, se detuvo con la barbilla por encima de la barra, con los músculos en tensión y los ojos entrecerrados. Alex Aaro, el ex policía de Brighton Beach que acababan de contratar, cruzó los musculosos brazos sobre el ancho pecho y se puso a escuchar sin mostrar ninguna expresión en sus impasibles rasgos eslavos.

—Bueno, es algo largo de explicar —farfulló ella—. Yo...

—¿Dónde cojones estás? —Fueron el miedo y la ira los que hablaron, y no pudo disimularlos.

A ella la puso nerviosa su tono.

—Tranquilízate, estoy bien. Yo...

—¡Me dijiste que ibas a trabajar en el club hasta medianoche!

—¿Y por qué piensas que no ha sido así? —contraatacó con sequedad.

Él tenía preparada la respuesta.

—Porque tu teléfono estaba fuera de cobertura. Sé que en Bothell la hay. Hemos estado intercambiando mensajes de texto todo el día, así que no intentes salirte por la tangente.

Desesperado mensaje subyacente: «Por favor, no me mientas. No me mientas. No, por favor».

—¡Ah! —exclamó ella en tono cortado—. Es verdad. Lamento haberte preocupado, pero no podía detenerme a llamar desde una cabina telefónica...

—¿Dónde estás ahora? —gruñó.

Becca hizo un sonido que sonó exasperado.

—No me grites, por favor, y deja de interrumpirme cada dos por tres. Ya tengo los nervios de punta, no necesito que me pongas más nerviosa. Estoy en la autovía. He ido hasta Kimble. Me han despedido de mi trabajo porque vi a Mathes en el banquete y...

—¿Te han despedido? Pero ¿por qué...? ¿A quién dices que has visto? ¿Quién cojones es ese Mathes? —Nick sentía como si estuviera a punto de estallar.

—Richard Mathes. Es el nombre real del tipo que visitó a Zhoglo en la isla. Resulta que es un famoso cirujano, y lo vi allí, en pleno banquete. En la velada que yo misma organicé y, claro, me...

—¡Por Dios! ¿Y no me has llamado? —La voz rezumaba indignación—. ¿Él también te vio?

—Creo que no. Iba a llamarte, pero entonces escuché sin querer la extraña conversación que mantuvo con su amante y de pronto estaba siguiéndola a ella. Todo fue muy rápido. Cuando volví a acordarme de llamarte, tenía el móvil fuera de cobertura y no podía detenerme porque...

—Cállate un momento —la interrumpió—. A ver si lo he entendido bien. Viste al socio de Zhoglo en el banquete, pero no me llamaste. Luego le espiaste mientras hablaba con su amante; tampoco me llamaste. ¿Y después decidiste seguir a esa mujer en coche?

Los demás hombres presentes se miraron entre sí. Seth incluso se dejó caer al suelo desde la barra al tiempo que lanzaba un silbido.

—Pues sí, es más o menos eso —confirmó ella, que parecía algo avergonzada—. Pero la perdí durante un rato, cuando esa furgoneta Mercedes negra pasó a recogerla, no logré salir del aparcamiento con la suficiente rapidez como para seguirla adonde...

—¿Te has vuelto loca? —gritó poniéndose de pie, apretando el teléfono hasta tener los nudillos blancos.

Seth hizo una mueca al tiempo que cortaba el aire con los dedos. Davy agitó los brazos, pronunciando con los labios «tranquilo, tranquilo».

Ella se quedó callada un buen rato.

—Pues no —repuso al final, con voz arrogante—. Solo he hecho todo lo que está en mi mano para ayudar. Son cosas muy distintas.

—¡No lo son! —siguió gritando él.

—Ahora mismo me dirijo al hotel donde debíamos reunirnos, pero si vas a seguir gritando y discutiendo, creo que me iré a casa.

—¡No! —Respiró hondo y soltó el aire lentamente, mientras luchaba por contenerse. Aquello era como enfrentarse a un gigantesco, poderoso y escurridizo pulpo—. Tu casa no es un lugar seguro. Ve al hotel. Yo ya salgo para allí.

—¿Con qué objeto? ¿Gritarme un poco más?

Él apretó los dientes y habló lo más calmado que pudo.

—Por favor, Becca, ve al hotel. He gritado porque llevo toda la noche preocupado por ti.

—Lo siento —musitó, sonando, ¡por fin!, un poco arrepentida—. Está bien, vale... Te lo contaré todo en la habitación. Hasta luego.

Se cortó la conexión y todas las fuerzas que le habían sostenido se evaporaron. Dejó caer el brazo con el teléfono en la mano y se le aflojaron las rodillas, por lo que se hundió en la silla.

Bueno, Becca no había sido secuestrada, torturada o asesinada. No estaba huyendo de él ni tampoco mintiéndole. No. Solo estaba como una cabra. Lo que era un problema muy diferente.

Contuvo un extraño deseo de llorar. Desde luego no pensaba hacer tal cosa delante de aquellos hombres, que le miraban con diversión.

—Esa chica tiene los nervios de acero —observó Davy secamente.

—Está chiflada —comentó Aaro.

—Sí, esas son las más divertidas —se rio Seth, complacido—. Así que siguió a la amante de ese capullo, ¿eh? ¡Qué pasada! Me muero por conocerla, chico. Parece algo fuera de serie. Tengo que decirle a Margot que os ponga en nuestra mesa.

Nick no les escuchaba.

—Debo irme —se disculpó.

—Sí. Venga, lárgate —dijo Seth—. Todo está bajo control. Vamos a analizar al detalle el vídeo de Pavel y prepararemos algo. Aaro está haciendo la vigilancia de Ludmilla, así que vete a ese hotel y pásalo bien. Ve a por ella, tigre. Demuéstrale a esa mujer quién manda aquí.

Nick no tenía fuerzas para perder el tiempo con las pullas de Seth. Miró a Davy.

—¿Podrías investigar al hombre que Becca vio en el banquete? Se llama Richard Mathes, y al parecer es un eminente cirujano.

—Claro —aseguró Davy—. ¿Nick?

—¿Qué? —bramó, deteniéndose camino de la puerta.

—Tranquilízate un poco —le aconsejó Davy en voz baja—. Intenta controlarte y no te pases con ella.

¡Como si fuera tan fácil! Aquello era como decirle al fuego que no quemara. Podías intentarlo con todas tus fuerzas, pero seguía siendo imposible.

Capítulo



LA ENORME *pickup* negra de Nick destacaba entre los elegantes sedán que llenaban el aparcamiento del hotel como un enorme depredador agazapado entre un grupo de gacelas.

Becca sacó la maleta del maletero del coche que había alquilado. Al día siguiente tenía que devolverlo a la agencia y regresar en autobús. Los vehículos de alquiler no estaban al alcance de una desempleada como ella, aunque tampoco era que alguien que acababa de ser despedido tuviera muchas cosas al alcance de la mano, salvo que siendo previsora hubiera reunido un fondo de emergencias. Algo que en su caso brillaba por su ausencia.

Su sueldo apenas bastaba para llegar a fin de mes, por suerte, Carrie y Josh se mantenían prácticamente solos. A partir de ahora no iba a poder permitirse ningún capricho.

Debía dejar de pensar en eso; su mayor problema en aquel momento no era su patética cuenta bancaria, sino su complicado y volátil amante.

Asistía con serenidad a la conversación que se traían las voces que parloteaban en su mente, utilizando el alegre zumbido para no pensar en lo nerviosa que la ponía volver a ver a Nick.

Pero la estrategia no estaba funcionando. No funcionaba en absoluto. ¿De qué servía malgastar tanta energía en engañarse a sí misma si ni siquiera resultaba?

Simple costumbre, se dijo. Brindó una sonrisa a la chica de recepción con una escalofriante sensación de *déjà vu*.

—Buenas noches, creo que ya ha llegado mi marido, Rob Steiger. ¿Está ya en la habitación? —Sonrió a la joven mientras la atravesaba una oleada de emoción al decir la palabra *marido*.

La morena le devolvió la sonrisa al tiempo que le entregaba una tarjeta de acceso.

—Bienvenida, señora Steiger. Sí, su marido llegó hace diez minutos. Nos indicó que estuviéramos pendientes de su llegada y le dijéramos que la espera en la habitación. Deseamos que pasen una buena noche.

Becca tomó el ascensor y recorrió el largo pasillo lentamente. Le temblaban las rodillas y el corazón le latía desbocado en el pecho. Estaba un poco mareada, tenía la respiración entrecortada y las manos frías y húmedas. Si analizaba todos esos síntomas, estaba más nerviosa ahora que cuando se coló en la habitación de Diana Evans.

Era ridículo. Debía ser valiente. Respiró hondo e introdujo la tarjeta de acceso. Cuando se encendió la luz verde, empujó la pesada puerta.

Nick estaba sentado en el borde de la cama, con la habitación en penumbra, justo enfrente de la entrada; esperándola.

Él la miró de una manera abrasadora. No podía describirlo de otra manera. Las duras líneas de su hermoso rostro se mantenían cuidadosamente inexpresivas, pero sus pupilas ardían. La potencia de su furia la envolvió, poniéndole los pelos de punta.

Notó que la atravesaba algo incontenible y poderoso. A pesar del miedo y el ominoso silencio, una voraz y caliente punzada de deseo recorrió su cuerpo al sentir el latente poder que emanaba de él. Sabía que era suyo para usarlo como quisiera, si estaba a la altura; si podía manejarlo; si se atrevía...

—Buenas noches, señor Steiger —le saludó.

Él tardó mucho tiempo antes de responder.

—Señora Steiger... —repuso, ladeando la cabeza.

—¿Qué tal el día? —preguntó.

—Asqueroso. —Su voz resonó en el silencio—. No me jodas, Becca. No estoy de humor.

Táctica errónea. En la nueva estrategia debería eliminar la picardía.

Se quitó el abrigo y lo colgó antes de dejar la maleta en su lugar. Se miró de reojo en el espejo, pero apenas se reconoció. Llevaba el pelo enredado y los labios pintados en un tono intensamente rojo que la hacía parecer una fulana. Se quitó también la chaqueta mientras pensaba en la mejor manera de abordar la situación. El lenguaje corporal de Nick no la invitaba a sentarse a su lado, pero tampoco quería permanecer de pie delante de él como una acusada ante un juez.

Cogió una silla y se sentó. Respiró hondo, hinchando el pecho de tal manera que el suéter blanco se tensó sensualmente sobre sus senos. Luego cruzó las piernas al tiempo que se subía la falda tubo antes de balancear el pie con el zapato de tacón de aguja. Había comprado aquel par de zapatos para su fiesta de compromiso, pero el uso que estaba dándoles en ese momento era bastante más agradable.

Él la miró fijamente, deslizando los ojos de arriba abajo por su cuerpo.

Ah, *mmm*, mucho mejor. Al parecer todavía le quedaban algunos recursos.

—¿Por qué llevas los labios pintados como una puta? —preguntó él con brusquedad.

—Ah, eso... —Dudó un momento—. Bueno... le robé el pintalabios a Diana.

—¿Quién es Diana? —La voz de Nick era suave pero intimidante.

—La amante de Mathes —confesó a regañadientes—. La mujer a la que estuve persiguiendo.

El silencio se alargó entre ellos. Era como ese lapso de tiempo interminable después de que se encendiera una mecha, cuando se avecina sin remedio una estruendosa explosión.

Fue ella quien lo rompió, intentando mantener la calma.

—Es cierto que es un color fuerte, pero parece más intenso en mis labios. ¿Te gusta?

—No lo sé —admitió él lentamente—. Hace que quiera follarte de una manera salvaje. Contra la pared. ¿Era eso lo que querías conseguir cuando te pintaste los labios?

Ella parpadeó, desorientada.

—Oh, bueno... Lo cierto es que en la agenda de esta noche tú y yo no ocupamos el primer lugar —murmuró ella—. ¿No quieres saber lo que ha pasado? ¿Cuál es la palabra adecuada? ¿Interrogarme?

—Sí, interrogarte. —Él meneó con fuerza la cabeza—. ¿Sabes qué te digo? ¡A la mierda! Nosotros somos lo primero. Tengo muchos planes para ti, nena. Unos planes increíbles.

Ella se estremeció al notar la amenaza en su voz.

—Nick, deja de intentar intimidarme. No me gusta.

—A mí tampoco me gusta que te largues de la ciudad siguiendo el rastro a criminales peligrosos. ¿Cómo es posible que te hayas olvidado de llamarme? ¡Podrías estar muerta!

—Bien, es cierto y soy la primera en admitirlo, pero... ¿por qué no reconoces que era una oportunidad única? ¡Maldita sea! —gritó—. ¡O lo hacía yo o no se hacía, Nick! Sabía que estaba yendo a un lugar clave y no había tiempo para...

—¿Por qué sabías adónde iba? —la interrumpió.

—¿Quieres escuchar la historia completa? ¿Desde el principio? —

contraatacó—. ¿O prefieres que me vaya?

—No vas a ir a ningún sitio —aseguró él con suavidad—. Ya has perdido la oportunidad.

—Estás volviendo a hacerlo —Meneó un dedo con reproche delante de él—. No se te ocurra amenazarme, matón de pacotilla. Tuve oportunidad de conseguir información y la aproveché antes de que desapareciera. ¡Deberías agradecer un poco más mis esfuerzos!

—Oh, y los agradezco —aseguró él—. Agradezco muchos de los esfuerzos que has hecho esta noche. Mira esas medias nuevas. Me encanta la costura, es increíblemente sexy. ¿También se las has robado a esa tal Diana? ¿Cómo se las quitaste? ¿La golpeaste antes en la cabeza?

—Las compré en un centro comercial durante mi hora del almuerzo —le echó en cara—. Lo hice para complacerte, aunque comienzo a lamentarlo. Parece que lo único que conseguí fue enfadar a la que era mi jefa.

—Ah... Así que esta es la lencería de la que hablabas en los mensajes de texto. Desnúdate, Becca, enséñamela toda.

La ardiente sexualidad que él destilaba casi la llevó a rendirse.

—Ni hablar. —Se levantó y le dio la espalda para buscar la chaqueta—. Ya he tenido suficiente. Acabo de pasarme tres horas intentando ayudar y estoy agotada. No estoy de humor para soportar tus pataletas. Ya que no estás interesado en lo que he descubierto esta noche, voy a largarme y... ¡Uf!

Ni siquiera había notado que se movía antes de verse inmovilizada con la espalda contra su pecho, agitando las piernas en el aire a veinte centímetros del suelo. Nick le envolvía la cintura con un musculoso brazo, justo debajo de los pechos.

El mundo giró a su alrededor, cuando voló para aterrizar en la cama. Él se puso encima antes de que pudiera reaccionar y escabullirse. La cubrió por completo. Le inmovilizó las manos con las suyas por encima de la cabeza y puso los codos al lado de sus hombros al tiempo que la taladraba con la mirada, con la cara a pocos centímetros. Le llegó el olor a café en su aliento. Él se movió sin romper el contacto visual y le subió la falda para poder separarle los muslos y colocarse entre ellos, contoneando las caderas para frotarse contra ella.

Notó el intenso calor que emitía la abultada erección contra sus partes más íntimas, protegidas tan solo por la delgada seda de las bragas nuevas, que en realidad no protegía nada.

—Ya te lo he dicho, Becca —dijo—. No vas a marcharte a ninguna parte.

Ella se retorció y luchó para liberarse de su peso.

—No seas crío —le reprendió—. Quítate de encima. Ahora.

—No. Cuéntame esa historia tan interesante. Me gusta esta postura. No tengo que preocuparme por que intentes largarte cuando te cabree. Y sé que te cabrearé. Triste, pero cierto.

—¡Oh, sí! Estoy segura de que vas a escucharme mientras estás... *mmm*.

Él interrumpió sus palabras con un beso voraz que la tomó por sorpresa. Pero se dejó llevar por él, vencida por la ferocidad de sus, sin embargo, suaves labios. Por aquella mágica habilidad que poseía para derretirla, malearla y hacerla perder el control.

Cuando Nick alzó la cabeza, tenía las pupilas dilatadas.

—¿De veras? Empieza a hablar, nena. Tienes toda mi atención. En cuerpo y alma, te lo garantizo.

—No puedo respirar —se quejó ella, moviéndose.

Él rodó a un lado, pero puso una pierna sobre las de ella y la apretó contra su cuerpo.

Así se estaba mucho mejor. Sí, seguía confinada entre sus brazos y piernas, pero casi podía considerarse un abrazo. Puede que él fuera un controlador bastardo, pero ella seguía necesitando el contacto de su enorme y caliente cuerpo. Bien sabía Dios que más le valía aprovechar el consuelo que le ofrecía de vez en cuando; Nick no destacaba por entregarlo sin más.

Se acurrucó con placer en aquel caliente refugio y comenzó a narrar la historia desde el principio con la voz entrecortada. Desde que vio a Mathes en el banquete. Le contó cómo le había escuchado discutir con Diana en el despacho y la alocada persecución hasta el motel en Kimble. La expresión de Nick se hizo más oscura cuando le relató lo ocurrido en el aparcamiento del Starlight Lounge, pero siguió contándole cómo había abierto el coche de Diana para robar las gafas de sol y el pintalabios que le permitieron ocupar el lugar de la mujer para registrar su habitación. Aquellos detalles consiguieron que él gruñera en señal de desaprobación y se pusiera rígido.

—¡Estás chiflada!

—Es posible, pero ¿acaso importa? —Siguió desgranando lo ocurrido antes de que a él le diera por responder a aquella pregunta retórica—. En cualquier caso, lo único interesante era la caja. Contenía siete tubos de ensayo con sangre y otras tantas muestras de orina y bastoncillos de algodón dentro de bolsitas de plástico.

—¿Sangre y orina? —Nick se apoyó en los codos con el ceño fruncido.

—Todo etiquetado y numerado. Copié todos los números. ¿Quieres verlos?

Él asintió con la cabeza y la soltó para dejar que se incorporara. Ella se sintió gratificada al ver que estaba lo bastante interesado en sus andanzas como para olvidarse de aquel juego de poder sexual. Buscó el papel en el bolso y se lo tendió.

—Los primeros seis números parecen fechas de nacimiento —indicó—. Lo que significaría que se trata de niños.

Él miró la lista en silencio.

—Sí —musitó al fin.

El silencio se dilató entre ellos, volviéndose cada vez más espeso, hasta que comenzó a ponerse nerviosa.

—Mmm, ¿Nick? ¿Qué piensas? ¿Qué crees que significa?

Al igual que un perro sacudiéndose después de un baño, él agitó la cabeza como si intentara deshacerse de los sombríos pensamientos que oscurecían sus ojos.

—¿Encontraste algún documento?

—No vi ninguno en la habitación, pero en el asiento del coche había la caja de una grabadora digital —señaló—. Es probable que dictara allí las notas y que luego la guardara en el bolsillo o en el bolso.

Él asintió con la cabeza al tiempo que sacaba la cartera del bolsillo para guardar el papel doblado en el interior. Luego tomó el móvil y marcó un número.

—Tengo otro nombre —dijo al aparato—. El de la amante: Diana Evans. Está relacionada de alguna manera con el mundillo sanitario. Creo que es médico, enfermera, analista... algo así. —Miró a Becca—. ¿Sabes la matrícula de su coche?

—Otro dato que puede ser importante es que era un Cruiser negro —informó antes de dictarle el número de la matrícula, que él repitió a su interlocutor antes de colgar.

—Nick, ¿sabes por qué... o para qué... son esas muestras de sangre y orina? —Becca tuvo que obligarse a hacer la pregunta. Sentía una incontenible aprensión.

—No —afirmó sin dudar.

—Sin embargo, este asunto no me huele bien. A ti tampoco, ¿verdad? —susurró.

Él meneó la cabeza.

—No. No se trata de nada bueno. Eso seguro.

Miles de posibilidades se abrían ante ellos en la oscuridad. A ella le hormigueaba la piel de todo el cuerpo. Se preguntó, llena de nostalgia, si podría pedirle que siguiera abrazándola. Quizá, dada la suerte que estaba teniendo ese día, fuera mejor que se abalanzara sobre él y le abrazara ella misma, le gustara a él o no.

Pero estaba segura de que si lo hacía, acabaría tumbada sobre la cama con él perdido en el interior de su cuerpo antes de saber qué había pasado. Y eso sería bueno, buenísimo. Era justo lo que anhelaba.

Él se acercó a ella con los ojos brillantes. De pronto la energía que flotaba en el aire cambió y ella volvió a ponerse a la defensiva.

—Entonces ¿ponemos fin al interrogatorio? ¿Tienes algo más que agregar?

Ella negó con la cabeza.

—Eso es todo.

—Muy bien. Así que podemos seguir adelante con el programa de esta noche.

Los dedos de sus pies se curvaron por voluntad propia y sintió un apretón en el pecho seguido de otro entre los muslos.

—¿Que es...?

—Está relacionado con esta angustiada e infernal agonía que me has hecho pasar durante toda la noche y con lo que tendrás que hacer para resarcirme.

—¡Serás imbécil! —dijo ella con rapidez—. ¿Es necesario que seas tan borde? ¿Tienes que hablar en esos términos? ¿De verdad necesitas con tanto anhelo tener el control?

—Sí, así es. —Su voz solo confirmaba los hechos.

Estaba enfadada. Notó que le ardía la cara y que tenía la respiración entrecortada. Era un capullo manipulador.

—Así que no puedes evitarlo —concluyó—. Pues al final quien se ha cabreado he sido yo. De todas maneras, ¿qué es lo que quieres de mí?

Nick cogió la silla y la situó frente al único espacio vacío en la pared. Luego la tomó por la muñeca y la puso delante, contra la superficie vertical. Él, por su parte, se sentó en la silla con elegancia.

—Empecemos... —dijo lentamente—. Antes de nada, quiero que te desnudes.

Nick sabía que estaba arriesgándose mucho. Que aquel juego de poder podía conseguir que Becca se enfadara todavía más de lo que estaba, pero no pudo evitarlo. También él estaba cabreado. Los dos necesitaban eso.

Además, en el fondo sabía que esa era la mejor manera de conseguir que se le pasara. A ella le gustaba que se mostrara duro, que la abrumara. Le gustaban las sensaciones extremas casi tanto como a él proporcionárselas. ¡No quería pensar en lo que había hecho! ¡Perseguir a la amante de ese bastardo! ¡Sustraer artículos del coche de aquella mujer! ¡Hacerse pasar por ella para colarse en su habitación! Tenía los nervios de acero y era una *yonki* de la adrenalina. Igual que él.

Veía en su rostro ruborizado que se debatía interiormente entre la excitación y el orgullo. Y a él le palpitaba la polla al darse cuenta. Era el momento de presionar un poco más.

—¿Asustada? —se burló.

Ella alzó la barbilla, lanzándole chispas con los ojos.

—Ja. No me das miedo, idiota.

—Entonces quítate la ropa —ordenó—, antes de que te la arranque.

Ella se retiró el pelo de la cara y se quitó las gafas, que lanzó sobre una mesa con fingida indiferencia.

El torpe e improvisado *striptease* resultó muy erótico. Nick sentía los frenéticos latidos de su corazón en la engrosada erección, presionada de forma dolorosa contra la bragueta de los vaqueros.

Ella se quitó el suéter, revelando un sujetador retro de raso color carne. Las copas de la prenda, parecidas a la cabeza de un cohete puntiagudo, alzaban sus pechos y los ofrecían a cualquier observador como el manjar de dioses que eran. La vio contonearse y retorcerse para desabrochar los broches de la falda negra de tubo, que luego dejó caer lentamente hasta el suelo.

El resto de la recién adquirida ropa interior le secó la boca. Medias de seda con un ligero a juego con el sujetador; *culottes* de raso con lazos sobre la redondeada curva de la cadera. El ligero le rodeaba el vientre y las tiras de seda bajaban por los tensos muslos, ahuecándose en la ingle. La sedosa braga francesa se ceñía al monte de Venus y transparentaba el oscuro vello púbico. Una red de tiras de raso entrecruzadas amoldaban aquellas lujuriosas prendas a aquel perfecto, sexy, lamible y follable cuerpo.

La miró boquiabierto. Era tan hermosa que no podía resistirlo.

Y le excitaba todavía más pensar que había utilizado la hora de la comida para comprar todas aquellas cosas para él.

Ella permaneció de pie frente a él, desplazando las manos por todo su cuerpo como si quisiera cubrirse pero fuera demasiado orgullosa para admitir que se sentía vulnerable.

Él la tomó por las muñecas y tiró para que se inclinara hacia delante.

—Date la vuelta —ordenó—. Pon las manos en la pared y arquea la espalda.

—Nick...

—Quiero ver tu culo con esta cosa —le explicó—. No digas nada. —Vaciló—. A menos, claro está, que estés asustada...

Ella emitió un sonido despectivo, pero hizo lo que le pedía al tiempo que le miraba por encima del hombro.

—Eres demasiado dominante —jadeó ella—. Y muy bruto. No debería provocarte de esta manera.

—Es posible que no —convino él con los ojos clavados en aquel magnífico culo. Aquella prenda lo exhibía como merecía ser exhibido. La costura trasera de las bragas se perdía en la oscura hendidura entre sus nalgas, dejando al aire la mitad de las perfectas curvas que pedían ser admiradas y adoradas.

Él se inclinó y acarició la redondez inferior con los labios mientras apresaba los muslos y la obligaba a separarlos todavía más, inclinando las caderas, para poder apretar la boca contra el inflamado calor que emitían los tiernos labios vaginales cubiertos de seda. Ella jadeó y se estremeció.

Comenzó a sudar; estaba caliente por ella. Se arrancó el jersey y lo lanzó con descuido al suelo, antes de inclinarse de nuevo hacia ella ansiando seguir tocando aquella increíble suavidad. Tenía el tacto de tiernas plumas de ganso, de pelusa de diente de león; era suave como capullos recién florecidos, ni siquiera se detuvo al notar que las callosidades de sus dedos se enganchaban en la exquisita seda, raspando la increíble textura de aquella piel perfecta. Ella respiraba agitada, le temblaban las piernas y a él le gustaba verla así.

—Dime... —se burló ella con fingida bravuconería—. ¿Esta lencería es adecuada para esa fantasía tuya de descubrir el mundo de la sexualidad a una mujer frígida?

Él deslizó la mano entre sus piernas, acercándola al centro de aquel sedoso calor. Ella emitió un gemido apenas audible y cerró los muslos, temblorosos y ardientes, en torno a su mano.

—Lo cierto es que, siendo sincero, esto entra en una categoría distinta —reflexionó él—. Esto fulmina mis fantasías. Nena, me dejas noqueado. Me

descubro ante tanta belleza.

—¿Noqueado? Me resulta difícil creerlo —aseguró ella con un suspiro cuando él deslizó la mano por los tiernos pliegues de su vulva—. Bueno, si funciona ha sido un dinero bien invertido.

—¡Oh, sí, claro que funciona! —Tiró de los lazos que sostenían el *culotte* y lo dejó caer antes de obligarla a darse la vuelta.

Alzó la vista a la cara de Becca, a sus brillantes ojos y sus labios entreabiertos; percibió la agitación de su pecho y siguió bajando la mirada hasta el desnudo y brillante vello público.

Estaba a punto de explotar, le temblaban las manos.

Le asustó darse cuenta de lo cerca que estaba de perder el control. Tenía que tranquilizarse. Sabía que en el momento en que la tocara, ya fuera con la lengua o con su erección, lo perdería sin remedio. Olvidaría cualquier técnica de contención que hubiera adquirido con los años.

Pero no quería sentir que perdía el control; llevaba toda la tarde sintiéndose así mientras observaba aquel puto icono moviéndose por la pantalla. Lo que quería era conseguir que ella alcanzara el orgasmo, que gritara mientras se corría sin parar. Quería que llegara al éxtasis una y otra vez, pero muy despacio. Midiendo los tiempos.

Quiso aullar de frustración. Sin embargo, se recostó en el respaldo de la silla y se aferró a los acolchados reposabrazos.

—Es el momento de la función —anunció.

Ella le miró dudosa.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero que te corras —ordenó—. Aquí y ahora. Para mí.

—¿Quieres que me masturbe? —Parecía escandalizada—. Ni siquiera sé si puedo conseguir un orgasmo de esa manera. Ya sabes que las mujeres somos diferentes, no es tan fácil como piensas; deben darse las condiciones adecuadas.

—¿A qué condiciones te refieres? ¿Te vale esta? —Abrió de un tirón la bragueta y se bajó los vaqueros para que su erección asomara rígida ante ella; morada, dura y preparada para explotar.

Becca le miró; parecía a la vez fascinada y preocupada.

—No sé yo si...

—¿Ni siquiera si estoy a unos centímetros de distancia, babeando al pensar lo que vas a hacer?

Ella entrecerró los ojos.

—Especialmente si estás babeando delante de mí —aseguró con contundencia—. Para empezar, tengo que sentirme cómoda y si...

—¡Por Dios, empieza de una vez! ¡Hazlo! —gritó—. Venga, inténtalo. ¡Acaríciate!

—Pero es que...

—Ya sé que llevará un tiempo —la tranquilizó—. Pero tendré paciencia.

Ella le miró paralizada, llena de timidez e indecisión. Él le tomó la mano y la llevó hasta la oscura franja de satinado vello púbico. Le encantaba que estuviera tan corto y brillara sobre su piel hasta el comienzo de la dulce hendidura, que de repente se rizara de manera desordenada formando un pequeño remolino que parecía proteger el lugar donde se ocultaba el clítoris. Presionó la punta de su dedo justo en ese punto.

—Empieza aquí —sugirió.

Becca le miró a los ojos. Tenía el húmedo labio inferior atrapado entre los dientes, pero no parecía consciente de ello. Permaneció tanto tiempo observándolo sin decir nada que él llegó a pensar que moriría de impaciencia... Y de pronto la vio cerrar los párpados, curvar los labios en una leve sonrisa y hacer lo que le pedía.

No fue como él esperaba. Aunque tampoco era que hubiera esperado nada especial, no imaginaba que verla le provocaría aquel rendido ardor, que le conmoviera de esa manera y al mismo tiempo se sentiría dolorido por la lujuria.

Había algo muy íntimo en verla acariciarse a sí misma. No se parecía en nada a las escenas de masturbaciones que había visto de madrugada en los canales porno de la tele por cable. Becca no actuaba para una cámara, no fingía. Ella no se retorció y arqueaba, exhibiéndose y acariciándose los pechos. Su sexo quedaba oculto por sus dedos y concentraba toda su energía en su interior. Cerraba los muslos en torno a la mano y mantenía los ojos cerrados sin dejar de morderse el labio, perdida en las sensaciones.

Nick quiso estar allí, con ella, pero había sido él quien la presionó para que buscara el placer a solas. Sin él.

—Abre los ojos —le pidió.

—Cállate. Me distraes —susurró ella—. Ya es muy difícil sin que me hables.

—Ábrelos —la apremió—. Quiero que veas cómo te miro.

Otra vez aquella misteriosa sonrisa.

—Tranquilo, no es necesario que te vea para saber que estás aquí. Te

percibo.

Becca estaba cada vez más cerca, se estimulaba trazando pequeños círculos, jadeaba. Él notó que el placer crecía en su interior.

Se puso en pie, frente a ella.

—Abre los ojos —le suplicó.

—¡Maldita sea, Nick! —jadeó—. Estoy a punto...

Él llevó la mano entre los muslos femeninos, cubriendo la de ella, y curvó los dedos para penetrar el húmedo calor que había más abajo.

—¡Ahora! —le ordenó bruscamente.

Ella abrió los ojos de golpe, sorprendida, cuando él empujó dos dedos en el interior de su resbaladizo sexo justo en el mismo momento en el que el placer la inundó. Sus músculos internos lo ciñeron con fuerza mientras lo miraba fijamente con una pizca de vulnerabilidad, dándole acceso a ese dulce y secreto lugar donde él quería estar.

Donde quería vivir.

La sostuvo contra la pared hasta que ella pudo mantenerse en pie de nuevo y luego se rindió a lo inevitable. Se arrodilló ante ella y le levantó una pierna para colocarle el pie en la silla.

—Ábrete para mí —pidió.

Ella llevó las manos a su sexo para separar los labios y le miró temblorosa. La lamió con voracidad, deslizando la lengua de arriba abajo por los empapados pliegues rosados, girándola sobre el tenso e hinchado clítoris para a continuación agasajarlo con rápidos toquecitos hasta que ella volvió a correrse sobre su rostro con un largo gemido, perdida entre estremecimientos y convulsiones incontenibles. Era demasiado pronto, pensó él. Podría seguir bebiendo de aquella dulce fuente durante horas.

La sostuvo mientras se levantaba y se ponía el preservativo que tenía preparado. Luego la empujó de nuevo contra la pared e impulsó el glande en su interior, penetrándola hasta que sintió la deliciosa resistencia que ofrecía su aterciopelado guante femenino.

—En cuanto empiece, no seré capaz de detenerme —se disculpó.

—Te golpearé si te detienes —repuso ella.

Le encantaba que se mostrara dura con él.

—Tampoco podré hacerlo despacio.

—Ni yo quiero que lo hagas. —Ella le clavó las uñas en los hombros y esperó—. Basta de cháchara, estás volviendo a cabrearme.

Las palabras de Becca se convirtieron en un ronco gemido que se unió al

suyo cuando comenzó a presionar y empujar con más profundidad, hundiéndose lenta pero inexorablemente en su interior. Se retiró y volvió a embestir con rapidez una y otra vez, con salvaje desesperación, incapaz de detener los envites. La clavó contra la pared, emitiendo un ronco grito con cada ruda penetración.

Estaban abocados a un orgasmo simultáneo. Ella correspondía a sus embestidas con frenesí hasta que estallaron en un goce infinito, en el que sus almas se tocaron durante un instante. Nick permaneció allí, en aquel lugar mágico donde tanto anhelaba estar, siendo parte de ella, adorándola. Perdido en su hermosura.

Logró bloquear las tambaleantes rodillas a fuerza de voluntad y sostuvo sus cuerpos, temblorosos y sudorosos, contra la pared.

—Así que... —dijo, poniendo en palabras el pensamiento que se acababa de formar en su mente—, por lo que veo, no fueron solo las cámaras de vídeo las que te pusieron a cien en la isla.

Becca tardó un momento en entender a qué se refería, pero cuando lo hizo abrió los ojos de golpe, brillantes y llenos de furia.

—¡Maldición, no! ¡Ya es el colmo! Pero ¿qué crees que soy? ¿Una perversa? ¡Fuiste tú!

—Yo —susurró él con voz temblorosa—. ¿Yo? —Respiró hondo para reunir suficiente fuerza en sus extremidades con la que alzarla y llevarla a la cama enroscada a su cuerpo. Todavía mantenía el miembro en su interior; no estaba listo para renunciar a ese contacto. Todavía no.

Se sentó en la cama de manera que ella pudo arrodillarse a horcajadas sobre él y se dejó caer de espaldas sobre el colchón.

La miró; ella seguía sin hablar. Le observaba mientras le acariciaba el torso, que exploraba con la punta de los dedos con perezosa curiosidad.

Ella entrecerró los ojos con coquetería.

—¿Qué me dices? ¿Lo he... conseguido? —preguntó bajito.

—¿El qué? —preguntó él, intrigado.

—¿Si esto ha servido para resarcirte de esa... *angustiosa e infernal agonía* que te he hecho pasar durante toda la noche?

Él se negó a sonreír, incluso aunque era lo que más quería hacer en ese momento.

—Ah, no... de eso nada —repuso—. Solo se ha aflojado un poco. Pero nada más.

Ella pareció indignada.

—¿Así que lo que acabamos de hacer solo ha servido para aflojarte un poco? —Apretó los labios—. Desde luego es cierto que te gusta tener el control, ¿verdad? Y a toda costa.

—En efecto —convino él. Alzó el brazo para enredar los dedos en su pelo—. Hasta mi último aliento.

—¿No te resulta agotador tener siempre el mando?

La pregunta le incomodó un poco.

—No —aceptó al fin.

Ella desabrochó las hebillas de los sugerentes zapatos y se los quitó, dejándolos caer al suelo descuidadamente, antes de mirarle titubeante con sus enormes ojos.

—¿Así que te he preocupado mucho? —indagó con suavidad.

Él vaciló.

—Estuvo a punto de darme un infarto —confesó.

Ella bajó las pestañas y le acarició el vello del pecho durante un par de minutos, lo que provocó que su erección comenzara a palpar y a crecer en su interior. Ella se inclinó sobre él y le sorprendió dándole un besito justo entre los ojos.

—Lo siento. Siento haberte asustado.

«¿Lo sentía?, ja». Por un lado, él quiso reírse; por otro, quiso aprovechar la ventaja que ella le daba, rodar sobre su cuerpo y follarla otra vez. Sin embargo, se sorprendió de lo que finalmente dijo.

—Pensé que estabas huyendo de mí —farfulló.

Ella abrió aquellos voluptuosos labios. Se le quedó mirando con los ojos abiertos y redondos por la sorpresa.

—¿De ti? Pero ¿por qué iba a querer huir de...? ¿Cómo se te ha ocurrido esa estupidez, Nick?

Él estaba rojo como un tomate y lamentaba ya aquella tonta confesión. Encogió los hombros, casi furioso.

—¿Cómo voy a saber lo que pasa por tu cabeza? —murmuró—. No he tenido mucha suerte con las mujeres. Pensé que quizá te había abrumado demasiado. Que esto era demasiado; que yo era demasiado.

Ella meneó la cabeza, anonadada.

—¡Vaya locura, Nick! Después de todo lo que hemos... De lo que has hecho por mí... ¡Cómo iba a huir de ti! Te am...

Su voz se desvaneció. La vio agrandar los ojos y tragar saliva cuando supo que él se había dado cuenta de lo que había estado a punto de decir.

«Te amo». Casi lo había dicho. Pero se había interrumpido.

El silencio que les rodeaba casi se podía cortar.

Él rompió el contacto visual. Daba igual. Menuda cosa. Así que no quería decirle que le amaba. Considerando la situación, era pedir demasiado; no podía culparla. ¡Se alegraba de que no lo hubiera hecho!

Después de todo, ¿cómo habría reaccionado él si lo hubiera dicho? ¿Si fuera cierto? Era una responsabilidad enorme. No necesitaba una carga más.

Giró a un lado con ella para poder retirar su miembro de su interior y luego rodó sobre sí mismo hacia el otro lado para quitarse el condón. Intentó pensar algo que decir para aflojar la tensión que acompañaba a aquel espantoso silencio, para conseguir que las palabras no dichas dejaran de arder en el aire con letras de fuego. Pero no confiaba en su voz; no confiaba en la expresión que mostraría en su cara.

Notaba una sensación de vacío en el pecho, una sensación dolorosa y ardiente.

Ella se recobró antes.

—Nick, no he querido decir que...

—No te preocupes —la interrumpió sin mirarla, sentándose en la cama para quitarse los zapatos—. Está bien, tranquila. No te habría obligado a mantener esas palabras.

Se maldijo para sus adentros. Menuda estupidez acababa de decir, como si hubiera podido.

—¡No! ¡No quería decir eso! —parecía ansiosa—. Es que...

—Lo entiendo. —Se bajó los pantalones hasta que los tuvo por las rodillas, momento que aprovechó para sacar un montón de preservativos del bolsillo—. Todo lo que nos está ocurriendo es ya demasiado extraño. Tienes suficiente con intentar enfrentarte a ello. A mí me pasa lo mismo, así que intentemos que la relación entre nosotros sea lo más sencilla posible. Solo sexo; a mí me parece bien, ¿y a ti? Creo que será lo mejor.

—Pero yo no he querido decir...

—Becca, por el amor de Dios —volvió a interrumpirla con ferocidad—. Déjalo ya, ¡joder!

Siguió dándole la espalda, intentando ignorar el tenso silencio, mientras abría otro preservativo y lo sacaba del envoltorio. Ella le tomó del brazo y él se giró.

—Nick, no quería... ¡Oh, Dios mío! —jadeó, mirando fijamente la enorme erección que él enfundaba en ese momento con un rápido movimiento.

—Sigue resarciéndome —indicó él.

Ella puso los ojos en blanco.

—¡Oh, venga ya! Pensaba que habíamos superado eso.

Bueno, él también lo había pensado, pero por suerte se había detenido justo a tiempo y no había hecho el ridículo postrándose a sus pies; había contenido aquellas dramáticas declaraciones que pugnaban en su interior. Se había salvado por los pelos.

Aunque tenía muy claro que esa no era razón para no follarla cien veces más. Estaba seguro de que ella también disfrutaba de ese aspecto de su relación, aunque faltaran otras cosas. Lo mejor era aprovechar los aspectos positivos.

Mientras tuviera energía para seguir acostándose con ella y el encanto para seducirla, lo haría. Hasta las últimas consecuencias.

Él se estiró hacia ella y le desabrochó el sujetador, que alzó sobre sus hermosos pechos. Dejó, sin embargo, el ligero y las medias, que tan eróticos le resultaban, pero quería disfrutar del dulce movimiento con el que se bambolearían sus tetas a cada empuje. Vio algunas marcas rojizas en la piel cremosa, donde se había clavado la apretada prenda, y pasó las yemas de los dedos por ellas.

—Estás ignorándome, evadiéndote de mis palabras —le acusó ella.

Más bien se evadía de sus pensamientos. Gruñó al tiempo que le separaba las piernas bruscamente, obligándola a doblar las rodillas para que quedaran más abiertas y se recreó en el divino espectáculo que suponía para él su sexo. Le encantaba aquel mundo de contrastes, el vello oscuro y la piel blanca, el brillante e intenso tono rosado de los pliegues interiores.

Ella se arqueó y soltó unos entrecortados jadeos cuando los acarició, deslizando los dedos en su interior hasta empaparlos en el cálido y resbaladizo fluido que tanto le gustaba chupar. Luego hizo emerger el rosado clítoris de su capuchón apretándolo entre las yemas y lo admiró a placer. Comenzó a frotar el glande contra el duro brote, girando alrededor una y otra vez antes de llevar la erección a la empapada abertura más oscura que había debajo, presionando allí hasta que los tiernos tejidos cedieron bajo la engrosada punta del pene, ciñéndolo con suavidad.

—¿Crees de verdad que esto es una evasión?

Ella se rio y su risa provocó que la estrecha funda palpitará en torno al duro miembro.

—Oh, qué listillo... Pero esto parece más bien una invasión.

La *invadió* un poco más, introduciéndose profundamente en la vibrante envoltura. Apretó los dientes. Los latidos de placer y la excitación casi borraron el dolor en su pecho.

Ella le puso las manos en los pectorales, le clavó las uñas y se arqueó.

—No pienso permitir que te evadas —le advirtió—. Antes o después hablaremos, no lo olvides.

Él impulsó las caderas y se perdió en su interior. Ella emitió un jadeo de sorpresa y le clavó las uñas con más fuerza, consiguiendo que se detuviera. Se quedó paralizado.

—¿Te he hecho daño? —preguntó preocupado.

Ella tragó saliva y se humedeció los labios.

—Un poco, pero estoy bien.

—Lo siento —se disculpó, impotente.

Ella se movió y pareció acomodarse en torno a la dura e infatigable erección.

—No va a funcionar, Nick —aseguró—. Yo no quiero solo sexo. No es eso lo que quise decir. No es eso...

La silenció de la única manera que se le ocurrió: besándola.

Invadiéndola por partida doble; su rígido miembro insertado en el resbaladizo y palpitante calor de su sexo y su lengua arrasando con avidez entre los suaves labios. El sabor del pintalabios le resultaba extraño y contrastaba con el dulce deje del interior y de la lengua.

Y una vez más estaba cometiendo el mismo error. Aquel parejo contacto le provocaba una intensa sensación en el corazón y se extendía entre los dos focos de placer. El dolorido vacío en su pecho asumió el control de todo su cuerpo y le hizo aferrarse a ella como si le fuera la vida en ello. La besó como si fuera a morir si paraba, la taladró con duras y frenéticas estocadas, desesperado por perderse en su interior tan profundamente como pudiera. Ella se esforzaba con el mismo ahínco, exigiendo, ordeñándole con su sexo, hasta que su orgasmo desencadenó el de él.

Él la siguió por la cresta de la ola, sintiéndola a su lado, esperándola antes de saltar al vacío y permitirse ser arrastrado por la espuma de la marea.

Becca dormía cuando él se atrevió a abrir los ojos. Algo que agradecer. De alguna manera encontró fuerzas para estirar el brazo y apagar la luz de la mesilla.

La luz proveniente del cuarto de baño dibujaba las pronunciadas curvas y resaltaba los ángulos y recovecos del cuerpo de Becca.

Intentó no pensar en lo que había ocurrido. Siguió intentándolo hasta que se puso nervioso.

Bueno, era imposible. Nadie sabía mejor que él con qué tendría que lidiar Becca al mantener una relación con Nick Ward. Era rudo, irritable y estaba obsesionado con el sexo. Desde que la conocía, todos sus encuentros habían seguido la misma tónica. Primero la regañaba con dureza, luego la intimidaba y a continuación la ponía de espaldas en la cama y la follaba sin control.

No era una buena base para el amor.

Jamás había tenido valor para decirle «te amo» a nadie.

Por lo menos no lo había dicho en inglés, pensó de repente. Sí había dicho aquellas palabras a su madre, en ucraniano. No, no podía seguir por ese camino, pensar en su madre era justo lo que no necesitaba en ese momento.

Nada de «te amo», iba contra sus reglas. Era como pintarse una enorme diana en medio del pecho y gritar «apunta y dispara, por favor».

No era más que un jodido gilipollas por permitir que le afectaran los tiernos sentimientos de Becca, pero se acurrucó a su lado, rodeándola celosamente con el brazo. Intentó no volver a excitarse con el contacto, a ver si lograba dormir un poco.

Capítulo



NO PUEDO hacerlo, Richie —gimió Diana con la voz entrecortada—. Pensaba que podría, pero no puedo. Lo siento mucho.

Richard Mathes miró pasmado a la mujer que se paseaba por el porche delantero de su casa. Diana presentaba un aspecto horrible. Tenía los ojos enrojecidos, los párpados hinchados y el rímel corrido por el llanto. En los labios se apreciaban multitud de heridas, como si se los hubiera mordido una y otra vez. El pelo parecía un enredado nido, aplastado por un lado; y la ropa estaba arrugada como si hubiera dormido con ella puesta. Olía a sudor rancio y... a alcohol.

La sorpresa duró solo un instante antes de que su naturaleza práctica tomara el mando y comprobara con rapidez si algún vecino cotilla estaba podando los rosales y podía presenciar el espectáculo.

—¿Richard? ¿Con quién hablas? —La voz de Helen atravesó la puerta abierta, cada vez más cerca de ellos.

—Espérame aquí —ordenó a Diana—. No es nadie —se anticipó y cerró la puerta de golpe, justo antes de que Helen apareciera en la parte superior de las escaleras poniéndose un pendiente.

—No te entretengas, por favor —advirtió su esposa con la voz fría y educada—. La fiesta de cumpleaños de la hija de los Zimmer comenzará dentro de veinte minutos y yo no puedo llevar a Chloe porque tengo que acercar a Libby a la peluquería GianPiero's. Tienes que encargarte tú, ¿recuerdas?

Mathes le brindó una tranquila sonrisa a pesar de estar apretando los dientes con la fuerza suficiente como para que le doliera la cabeza.

—Claro que sí.

Esperó que su mujer desapareciera de nuevo en el dormitorio antes de borrar la mueca. No sabía muy bien cuál sería su verdadera expresión, pero cualquiera que fuese era mejor que aquella zorra irritante con la que se había casado no la viera. Ya tenía suficientes problemas.

Volvió a salir para reunirse con Diana, a la que arrastró con rudeza por el

bien cuidado césped de su enorme jardín hasta pasar por debajo del enorme arce que ocultaba el camino al garaje.

—¿Dónde tienes el coche? —le preguntó.

—Al doblar la esquina —repuso ella con voz débil—. En la avenida.

Descartó al instante la posibilidad de mandarla de vuelta en aquel coche. Para empezar estaba borracha; peor todavía, en el vecindario podrían llegar a recordarla por presentarse en aquellas deplorables condiciones. Y ya era bastante arriesgado que hubiera llamado a su puerta en tal estado.

Había llegado el momento de paliar los daños. La empujó dentro del garaje, abrió la puerta del BMW cupé y la obligó a sentarse en el asiento del copiloto. A continuación, y sin ningún tipo de gentileza, le presionó la cabeza para que se agachara.

—Mantén la cabeza baja —gruñó.

La dejó allí, entregada al llanto, para ocuparse de Helen.

Encontró a su esposa en el vestíbulo, poniéndose la elegante chaqueta de lino blanco que hacía juego con la falda. La vio recolocarse un mechón rubio del impoluto peinado. Helen brillaba, parecía envuelta en centelleantes chispas de oro y diamantes. ¿Quién iba a sospechar que bajo aquella pulcra y angelical fachada acechaba una zorra de primera clase?

Se preparó para enfrentarse a ella.

—Ha surgido algo —informó—. Tengo una emergencia. No podré llevar a Chloe a la fiesta.

Helen apretó los párpados durante un momento, los cerró con fuerza, y cuando los volvió a abrir, lo hizo muy despacio; como siempre que se enfadaba con él. Que era cada puñetero instante de todos los puñeteros días.

—Estás mintiendo. Desde luego. —Su voz tenía ese temblor de mártir que le hacía querer rodear aquel elegante y pálido cuello y apretar hasta que estallaran sus ojos azules—. Imagino que vas a reunirte con una de tus fulanas.

Richard tomó el maletín, que siempre tenía preparado junto a la puerta.

—Se trata de trabajo, Helen —afirmó con paciencia.

—¿Y no lo es siempre? —Ella cruzó los brazos sobre el pecho—. De acuerdo... ¿por qué no dejas a Chloe de camino? La casa de los Zimmer queda apenas a una manzana de tu despacho, donde imagino que será la... *urgencia*, ¿verdad? —En su voz sonó la nota justa de desafío.

Él pensó en Diana, que sollozaba en el coche y la maldijo para sus adentros por ser tan pusilánime. ¿Cómo se le ocurría venirse abajo justo cuando las cosas comenzaban a rodar?

—No tengo tiempo para andar desviándome a casa de los Zimmer. Y tampoco tengo tiempo para seguir discutiendo.

—¿Papi? —Chloe apareció justo en ese momento en lo alto de las escaleras; la niña había heredado el don de la oportunidad de su madre. Su hija le dirigió una llorosa mirada llena de acusadora desesperación—. Si tengo que esperar a que mamá deje a Libby en GianPiero's, ¡me perderé lo mejor de la fiesta! Te prometo que solo tienes que parar delante de la casa, no es necesario que te bajes y saludes, por favor...

—¡He dicho que no! —gritó—. ¿Cuántas veces hay que repetir las cosas en esta casa?

Chloe dio un paso atrás y, con labios temblorosos, subió de nuevo las escaleras.

Él se dio la vuelta con rapidez para no tener que aguantar la expresión de reproche de Helen. ¿Acaso no podía encontrar un poco de paz, ni siquiera en su propio hogar?

Aquella dramática escena familiar no ayudó a que su estado de ánimo fuera más apacible cuando se sentó detrás del volante. Y, para colmo, Diana estaba totalmente erguida en el asiento. La agarró por el pelo y la obligó a inclinar la cabeza hacia el suelo. La brusquedad del gesto hizo que Diana se golpeará la cara contra el posavasos de plástico del salpicadero. Supo que aquello haría aparecer un moretón en su pómulo, aunque acto seguido pensó, con resuelta frialdad, que le daba igual.

Siguió dándole vueltas al asunto mientras hacía crecer la distancia entre el vehículo y su casa. Si Diana se había atrevido a abordarle en su propio hogar, significaba que su comportamiento se había vuelto del todo imprevisible. Y aquello era un desastre para la seguridad del negocio. Contuvo una oleada de pesar y se forzó a sustituir la pena por cólera. Sabía que aquello le haría quedar mal ante Zhoglo; que resultaría muy embarazoso tener que explicarlo.

—¡Cállate! —bramó cuando el gimoteo de Diana comenzó a volverlo loco.

Ella obedeció de inmediato y se secó la cara con los dedos.

—¿Puedo incorporarme ya?

—Sí.

Percibió un destello carmesí con el rabillo del ojo y la miró de reojo. Diana se había hecho sangre en el labio y tenía los rasgos deformados por el llanto.

—Me gustaría saber cómo pretendes justificar tus irreflexivos actos — dijo él—. Como si el espectáculo de anoche no hubiera sido suficiente.

Ella se tapó la boca con la mano, intentando tranquilizarse.

—¿Conseguiste las muestras? —preguntó él.

—Las he entregado ya en el laboratorio —explicó ella con voz temblorosa—. Acabé con el asunto a las tres de la madrugada y se las entregué a Jankins. Le advertí de que las muestras de la chica debían analizarse a la mayor brevedad posible.

—Si está todo resuelto, ¿por qué te ha dado este ataque de nervios?

Vio que a Diana le temblaban los hombros y se dio cuenta con desaliento de que iba a ponerse a llorar otra vez.

—¡Oh, Richie! Ha sido horrible —gimió—. Esos niños presentaban un estado lamentable. Para empezar están todos muy delgados, desnutridos, llenos de magulladuras. Alguien debería vigilar a esas horribles personas que se encargan de ellos. Los más pequeños no hacían más que gritar y llorar, y la mayor... ¡Oh, Dios! Intentó hablar conmigo y, al final... ¡se tiró encima de mí!

Él esperó el tiempo adecuado.

—Sin embargo, Diana, no parece haber sufrido daños. Ya lo hemos discutido largo y tendido. Me aseguraste que podrías hacerlo. Que se te da bien separar los sentimientos de los asuntos laborales.

—Por supuesto que se me da bien después de los años que llevo contigo —adujo ella con una furia repentina—. Pero esperaba que... No contaba con que estuvieran tan...

—Esos niños proceden de los peores orfanatos del mundo —le recordó—. Los abandonaron y fueron criados en instituciones en las que inhibieron su desarrollo intelectual. Han perdido algo que jamás recobrarán, están dañados. Jamás podrán llevar vidas normales ni establecer relaciones satisfactorias. Nunca llegarán a ser miembros respetables de la sociedad.

—Pero Richie...

—¡Ya lo hemos hablado! Es una decisión ética que tomamos juntos. ¡Ahora no es el momento de enzarzarnos en un debate filosófico!

Dejó de hablar. Diana lloraba con demasiada intensidad para poder escuchar cualquier cosa que le dijera.

Se preguntó por qué se molestaba en intentar razonar con ella; debía de ser una cuestión de costumbre. Ya en el banquete debería haberse dado cuenta de que ella estaba a punto de derrumbarse. Pero el tiempo acuciaba y Helen no había hecho otra cosa que dar por culo durante toda la noche, por lo que no se

le ocurrió ningún plan alternativo en ese momento. Además, no debía tirar la toalla antes de tiempo; Diana estaba destrozada, sí, pero era una mujer inteligente cuando era necesario.

—Esa niña... sus ojos —tartamudeó ella—. Parecía desesperada. ¡Intentó comunicarse conmigo, Richie! Me pidió ayuda.

—Justo antes de atacarte, ¿recuerdas? —intentó razonar.

Pensó en Henry Metgers, que ya había abonado quince millones de dólares para que trasplantaran un corazón sano a su hija de dieciséis años, y decidió probar una estrategia distinta.

—La hija del señor Metgers es un genio. Una destacada concertista de piano. Y tiene un grupo sanguíneo demasiado raro para conseguir a tiempo un corazón compatible por los cauces normales. Podría tardar meses, y no dispone de ese tiempo. Si no tenemos un corazón adecuado, morirá dentro de unos días.

—Lo sé, lo sé —susurró Diana.

—¿Quieres negarle la oportunidad de cumplir su destino? —siguió presionándola sin piedad—. A Edeline Metgers apenas le quedan fuerzas para hablar. Es una preciosa niña superdotada. Merece vivir, ¿sí o no?

—Por supuesto que sí, Richie, pero...

—La vida es así de cruel, Diana. Es una lástima, lo sé. Si esa brillante criatura logra seguir con vida, compartirá su increíble talento con toda la humanidad, pero si, por el contrario, se apaga como una vela, nadie disfrutará de su arte. ¿Y para qué? Para que siga viva una patética cría con retraso físico y mental, que se pasaría toda su existencia encerrada en una institución.

—Richie, ¡vi sus ojos! —gimió Diana—. ¿No lo entiendes?

Richard se rindió en ese momento. No siguió con su discurso, porque de todas maneras era un desperdicio, y se detuvo junto a la acera, a una manzana de casa de Diana.

—Intenta no pensar en ello —sugirió, imprimiendo a su voz una tranquilidad que no sentía—. Ve a casa y descansa. —Se estiró para coger el maletín del asiento trasero y rebuscar en el contenido hasta que encontró el bote adecuado del que sacó cuatro pastillas.

Cogió también la botella de agua mineral que siempre llevaba en el asiento trasero y le ofreció todo.

—Tómalas —le ordenó—. Después de dormir un poco te sentirás más tranquila. Estás agotada, debes descansar.

Diana vaciló un momento, pero él movió la mano, insistiendo, y al final

ella se las metió en la boca. Solo después comenzó él a relajarse.

Diana respiró hondo y soltó un suspiro tembloroso.

—Richie, tengo que contarte algo más.

Richard notó que le volvía a palpar la cabeza por la fuerza con que apretó los dientes.

—¿Qué?

—Creo que ayer por la noche me espieron —susurró, tras un momento de nerviosismo—. Que me siguieron...

—¡Venga ya, Diana! ¡Por el amor de Dios! —estalló—. No seas ridícula. No es el mejor momento para que comiences a tener delirios paranoicos

—¡Es cierto! Cuando regresé al hotel, no me funcionaba la tarjeta. Bajé a pedir otra, ¡y me dijeron que alguien había pedido una cinco minutos antes! Alguien que se parecía a mí registró mi habitación. Sé que parece una locura...

Él miró las pupilas dilatadas, los ojos húmedos y manchados de rímel y se preguntó si aquello sería algo más profundo que un ataque de nervios. Quizá Diana estuviera sufriendo de alucinaciones.

No importaba; el resultado sería el mismo.

—Richie, lo siento muchísimo... —jadeó ella con la voz entrecortada.

Él buscó un paquete de pañuelos de papel en la guantera y sacó uno lentamente para limpiarle la sangre que le resbalaba por la barbilla. Luego le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No llores más —la tranquilizó—. Eres más compasiva de lo necesario y estás volcando tu compasión en algo equivocado. Guárdala para aquellos que la merezcan; para los que puedan aprovecharla. Si no, ¿qué sentido tiene? ¿A quién beneficia? —Le acarició la sucia mejilla.

—Ven conmigo —le imploró ella, clavándole las largas uñas rojas en el antebrazo—. Te necesito, por favor, Richie.

Aquellos gemidos y lloriqueos le pusieron los nervios de punta, pero contuvo el deseo de sacudirla. Además de que estaba seguro de que ella no sería capaz de excitarle en aquellas condiciones, no era demasiado prudente que le vieran en el vecindario ni entrando en su casa. Y tampoco pensaba llenar ninguno de sus orificios con su código genético.

Le volvió a acariciar la cara con fingida amabilidad.

—No puedo. Las cosas están a punto de estallar en casa. Helen y las niñas están furiosas conmigo y, además, nunca descansas cuando estamos juntos. Y necesitas dormir un poco.

Ella le miró fijamente antes de parpadear. Luego entrecerró los ojos

como si estuviera viéndose cegada por el brillo del sol.

—¿Por qué eres tan amable?

Él se puso en guardia ante la pregunta.

—Diana... por Dios...

—Es que me parece muy raro, nada más —explicó ella—. No es tu manera de ser habitual.

Él intentó sonreír.

—No me resulta fácil, ¿sabes? Así que duermo un poco y ponte en forma para que pueda volver a ser tan desagradable como siempre.

Ella intentó sonreír a pesar de la boca hinchada, pero el resultado no fue demasiado afortunado. Salió del coche y se tambaleó de manera precaria por la acera.

«Deprisa, deprisa», la animó él para sus adentros. No quería que nadie la viera y se preguntara si había sido atacada, o que le ofreciera ayuda. O, todavía peor, que llamara a la policía al ver su aspecto.

Ella subió los escalones del porche de su casa y entró sin toparse con nadie. Él se alejó despacio mientras marcaba un número en el móvil privado que le habían facilitado en la isla.

Fue el propio Zhoglo quien respondió.

—¿Doctor Mathes? ¿Hay algún problema?

Contuvo el nerviosismo que le provocaba la voz de barítono del hombre. Era inaceptable que aquel tipo le intimidara. Él estaba por encima de esas emociones.

—Oh, por desgracia, así es —reconoció—. Diana Evans, la anestesista que elegí para el equipo, ha... *er...*

—¿Ha perdido el valor? —terminó Zhoglo la frase.

—Se ha vuelto un tanto imprevisible —explicó él a regañadientes—. Creo que está a punto de sufrir un ataque de nervios.

—Oh, entiendo. ¡Qué lástima! Es muy guapa, a juzgar por las fotos que vi. Aunque hubiera sido mejor que no te tiraras a una mujer con la que trabajas, doctor.

Él se tragó una furiosa respuesta y se mantuvo en silencio, apretando los dientes. Quizá lo que le intimidaba de ese hombre era la escena dantesca que presenció en la isla. Nadie podía echarle en cara que se hubiera sentido cohibido al ver tantos cadáveres con las gargantas seccionadas o acribillados a balazos.

—¿Puedes arreglártelas sin ella? —preguntó Zhoglo—. ¿El equipo que

he reunido será suficiente?

—Sí. —Estaba seguro. Todavía no conocía a los integrantes del equipo en persona, pero había estudiado sus currículos. Todos procedían de la Europa del Este y estaban muy bien considerados. Se preguntó cómo había logrado Zhoglo reunir a unos profesionales tan buenos.

Recordó de golpe a las dos chicas de París, atadas a la cama y con las gargantas seccionadas, y a Nigel Dobbs sonriendo.

Si tenía eso en cuenta, no resultaba tan raro. Toda esa gente tenía familia.

—Le he dado unos sedantes —confesó—. Podría pasarse horas durmiendo.

—¿Significa eso que quieres que me dé prisa en poner en orden tus asuntos, doctor? Si hubiera justicia deberías ocuparte tú mismo.

Él se quedó desconcertado.

—Es que...

—Sí, ya lo sé. —Zhoglo pareció aburrido—. Eres un incompetente y este tipo de cuestiones requiere de los servicios de un profesional. Enviaré a alguien. ¿Algo más?

Las palabras de Diana sobre la mujer que la había suplantado pasaron por su mente, pero las descartó casi al instante. La situación ya era suficientemente mala como para andar empeorándola.

—No.

Zhoglo esperó un momento antes de gruñir.

—Muy bien. No me impresionas, doctor. El peligro para nuestra seguridad no es Diana, sino tú.

Él se apresuró a disculparse, humillado.

—Lo siento.

—Espero que de ahora en adelante no cometas errores —advirtió Zhoglo—. No soporto los fallos. Si vuelves a meter la pata, será tu familia la que pague las consecuencias.

La conexión se cortó. Él dejó caer el teléfono; tenía la mano entumecida por una emoción que casi no recordaba: miedo.

Había despertado a una bestia agitando un palo entre los barrotes de su jaula solo para divertirse... pero acababa de descubrir que la puerta de la jaula estaba abierta de par en par.

Becca se despertó envuelta en una extraña sensación de bienestar. Se sentía lánguida y caliente... laxa. Se contoneó y notó como natural el molesto

dolor en la ingle. Era una de las sensaciones que siempre persistía después de una alocada maratón de sexo con Nick.

No es que fuera desagradable, de hecho, le gustaba sentirse así; estrujada, demolida, saboreada. La vagina le dolía menos que las mañanas anteriores; parecía que comenzaba a ponerse en forma en cuestiones sexuales por primera vez en su vida.

Se estiró en la cama y la encontró vacía. Abrió los ojos de golpe para buscar a Nick con la vista.

Estaba allí. Y menuda estampa presentaba. Sentado, con las piernas cruzadas sobre las sábanas arrugadas, en la cama de al lado, de la que había quitado previamente la colcha. Miraba, desnudo, la pantalla de un portátil. El resplandor que este emitía iluminaba su rostro creando sombras turbadoras. La habitación estaba en penumbra, la oscuridad era mantenida a raya por la luz del sol que se colaba por los bordes de las cortinas.

Sentado en la oscuridad, Nick parecía un monje desnudo en plena era espacial. Parecía estar meditando con aquella intensidad sobrenatural que asomaba a sus ojos. Poseía la concentración de un rayo láser, capaz de desintegrar lo que estuviera mirando; incluida ella misma.

La pose exterior resultaba relajada, pero la concentrada quietud de su cuerpo transmitía la sensación de que podía ponerse en movimiento en una milésima de segundo. Que aquella dura fachada ocultaba emociones volcánicas, siempre sometidas a una implacable presión.

Era muy guapo, casi demasiado. Cada detalle de su rostro le parecía atractivo, desde los ardientes ojos oscuros bajo las espesas cejas —rectas con una leve inclinación al final—, hasta la fuerte boca, el marcado ángulo de sus pómulos o la desigual línea de la nariz. Por no hablar de su duro cuerpo, de la compleja y maciza musculatura. Estaba tan delgado que se percibía cada músculo, cada tendón, preparados y dispuestos para la acción. No se veía ni un gramo de grasa que poder pellizcar. Lo que no era nada sorprendente si se olvidaba, como decía, de comer durante días enteros.

Hablando de eso... Se dio cuenta con cierta alarma de que ella había hecho lo mismo. La última vez que había tenido oportunidad de comer algo fue a la hora del almuerzo del día anterior, y dejó pasar la oportunidad para ir al centro comercial a comprar aquellas provocativas prendas interiores. No podía decir que se arrepintiera, pero en ese momento se moría de hambre.

Y no solo de comida. Había desarrollado otros muchos apetitos. Quería acariciar, lamer y chupar cada centímetro del succulento cuerpo masculino que

ocupaba la cama de al lado. Aunque teniendo en cuenta lo agresivo que era en el plano sexual, estaba segura de que para conseguir tal cosa tendría que atarlo a la cama.

Atarlo... *Mmm...* Era una idea atractiva. Esbozó una sonrisa; apostaría lo que fuera a que a él no le gustaría nada prestarse a ello, siendo como era un adicto al control. Pero aquel tipo de contradicción sería un estimulante más y el resultado sería increíble. Se retorció al imaginarlo.

Él sintió la intensidad de su mirada y alzó la vista para brindarle una perezosa sonrisa que provocó fuegos artificiales en su interior. Calor, chispas, colores... Excitación, confusión, miedo...

Y regocijo. De todo lo que había hallado en medio de ese lío, la alegría florecía entre las ruinas de su vida como una rosa perfecta en medio de un basurero.

—Buenos días —susurró, ruborizada. Tenía muy frescas en la memoria todas las veces que habían despertado a lo largo de la noche para volver a empezar una y otra vez.

Él se limitó a saludar con un gesto de cabeza mientras la estudiaba con intensidad. Ella fue consciente de pronto de la imagen que debía presentar; despeinada, con la cara hinchada y el maquillaje corrido. Una mujer picassiana, con la nariz, la boca y los ojos emborronados. E incluso aunque fuera así, él tenía esa mirada imposible de confundir. Apartó la vista, confundida, para leer la hora en el despertador digital en la mesilla: eran las doce y veinticuatro minutos del mediodía.

La atravesó una oleada de pánico que le puso los nervios de punta, desorientándola. Pero trató de anclarse al presente.

Tranquilidad, no había razón para agobiarse. Estaba despedida; no tenía un trabajo al que llegar tarde, no descuidaba ninguna responsabilidad, no debía ir a ningún lugar ni nadie la esperaba dando golpecitos con el pie mientras clavaba enfadado la vista en el reloj.

Sin embargo, eso la hacía sentirse perdida. A la deriva. Sin objetivos. Estaban Carrie y Josh, por supuesto; esperaba lograr mantenerlos a distancia hasta que resolviera esa situación, aunque no sabía cómo.

No había más referencias en su vida, salvo Nick. Él se había convertido por derecho propio en un pilar de su existencia. En el único que tenía en ese momento.

Se trataba de una situación peligrosa para los dos y no debía aferrarse a él ni convertirlo en su razón para vivir. El peligro fue innegable desde el

principio; él era sexy, carismático; ella, asustadiza, vulnerable. Y se había enamorado locamente de él.

Pensó en aquel momento de debilidad de la noche anterior, cuando casi se lo había dicho. Se había quedado callada con la sutileza y la elegancia de un elefante entrando en una cacharrería, pero le aterraba destruir aquello antes de que tuviera tiempo de desarrollarse, antes de entender bien lo que pasaba. No quería destrozar lo que podía tener con Nick de la misma manera que había destruido otras relaciones anteriores.

Nick era más importante que cualquier otro. Y esa era una razón más para no abrir la boca antes de tiempo; para no espantarlo con peticiones inadecuadas y emociones inconvenientes.

Clavó los ojos en aquellos hoyuelos que tan atractivos le parecían.

—Se ha hecho tarde —afirmó.

—Estabas cansada —explicó él—. Y yo también. He dormido más hoy que durante los dos meses pasados. Han sido horas y horas. —Parecía sorprendido. Le vio presionar algunas teclas más antes de cerrar el portátil y levantarse de la cama.

Se quedó quieto delante de ella, exhibiéndose, invitándola a recrearse en aquel cuerpo suyo, tan increíble.

—Me alegro de que te hayas despertado por fin —confesó él—. Te echaba de menos.

Ella no pudo contener una risita tonta.

—No te atrevas a seguir mirándome con esas intenciones antes de que me dé una ducha.

—Si no me importa... —aseguró él. Ella notó que su pene se engrosaba delante de sus narices.

—Pero a mí sí —replicó, bajándose de la cama por el lado contrario. Caminó hacia el cuarto de baño al tiempo que se quitaba el ligero—. Además, tengo mucha hambre. ¿A que no habías pensado en eso, maniaco sexual?

Él la miró de arriba abajo con cierta desilusión en la mirada.

—Dúchate —concedió—. Tendremos que darnos prisa si queremos conseguir llegar a tiempo y comer algo.

Ella levantó una pierna para quitarse la media.

—¿Por qué? ¿Qué prisa tenemos? ¿Nos esperan en algún sitio?

Nick pareció azorado e incómodo.

—No vas a creértelo —aseguró—. No me lo creo ni yo mismo.

—Dilo de una vez —se impacientó ella.

—Vamos a asistir a una boda —soltó de sopetón, al tiempo que alzaba las manos en señal de rendición.

Ella se quedó tan sorprendida que perdió el equilibrio y tropezó contra la pared.

—Estarás de broma, ¿no?

—Ya me gustaría. Se trata de uno de los amigos de los que te hablé, de los que me ayudan a seguir el rastro del gran Zhoglo. Siempre me invitan a sus bodas, barbacoas, bautizos y todo eso, y es de muy mal gusto que les desprecie el gesto dado que no hago más que recurrir a ellos. Siempre ando pidiéndoles favores, así que no nos queda más remedio que ir.

—Yo paso —aseguró ella—. No pienso ir a ninguna boda.

—Si lo necesitas, podemos parar a comprar un vestido —ofreció—. Puedo pagar con la tarjeta. O no, como prefieras; la ropa que llevabas ayer era impresionante. Podrías volver a ponértela.

—No es eso. Tengo el vestido perfecto. De hecho, lo traje con intención de seducirte —adujo.

Los ojos de Nick se iluminaron.

—Enséñame lo —pidió.

—No cambies de tema —le reconvino ella, mirándole con el ceño fruncido—. La cuestión es que no pienso acudir a la boda de una pareja que no conozco, y no hay nada más que decir.

Él meneó la cabeza.

—Claro que no hay nada más que decir. Margot, la mujer de Davy, ha reservado la habitación y encargó un traje en Macy's para mí cuando le expliqué que no podía volver a mi piso. Incluso han contratado a un tipo que habla ucraniano para que se encargue de la vigilancia. Superaron uno a uno todos los inconvenientes que puse. Si no voy, estoy jodido.

—Pues es tu problema, no el mío. —Se metió en el cuarto de baño—. Si tienes que ir, puedes hacerlo solo.

Nick la siguió al interior y clavó los ojos en el reflejo de su cuerpo desnudo en el espejo.

—De eso nada. —Su tono no daba ninguna opción.

Ella comenzó a sentirse acorralada, casi aterrada.

—Nick, por favor, razona. No estoy preparada para ir a una boda. —Le salió la voz aguda—. No los conozco. Acabo de quedarme sin trabajo y estoy huyendo de un cabecilla de la mafia ucraniana. ¡Y ni siquiera tengo regalo!

—Ah, eso no importa. Míralo por el lado positivo, anda. Será un momento de respiro —intentó persuadirla—. En esa fiesta habrá policías en activo y retirados, y profesionales de la seguridad. Será el lugar más inexpugnable al noroeste del Pacífico. Podremos bailar...

Ella hizo una mueca.

—Es un mal momento, Nick. No me siento presentable.

—Bobadas —aseguró él—. Estás preciosa... me duelen los ojos al verte.

—¡Oh, venga! —musitó, sonriendo a pesar de sí misma. No podía dejar de responder cuando él le regalaba aquella increíble y devastadora sonrisa. Era un arma mortal por sí misma; debería pagar una multa por uso fraudulento.

—Reconozco que yo tampoco quería ir —admitió él—. Pero ayer me puse a imaginar lo que sería ir contigo. —Le rodeó la cintura con los brazos, estrechando su espalda contra el incombustible calor de su cuerpo. La punta del glande se coló entre sus muslos—. Pensé que realmente podría ser divertido; he olvidado lo que es divertirse, si es que alguna vez lo supe. Pero ahora tengo una novia preciosa que me pone a cien cuando le miro los labios, o el culo, o las uñas de los pies... *mmm*. Será muy divertido... Tendremos diversión de la buena.

—¡Ya basta! —espetó ella.

—Venga... —La besó en aquel punto sensible donde se unen el cuello y el hombro, y su aliento acarició su piel como un pañuelo de seda—. Imagínatelo. Poder bailar al son de una orquesta, comer manjares exquisitos, beber licores deliciosos mientras todos a nuestro alrededor son felices como en los cuentos de hadas... Quiero que todos te conozcan y luego nos encerraremos en nuestro propio nidito, con terraza privada y *jacuzzi*. Habrá champán helado esperándonos en la cubitera y lo derramaré por tu cuerpo para poder beber de tu piel durante horas. —Le cubrió un pecho con la mano y lo alzó.

Aquello parecía agradable... romántico y sensual. Relajado...

—Es que ahora... —intentó con menos convicción que antes.

—Es el momento perfecto. —Nick deslizó la otra mano sobre su sexo hasta capturar el clítoris entre dos dedos para comenzar a frotarlo entre ellos, antes de trazar lentos círculos sobre él. Aquel hombre sabía tocarla mejor que ella misma—. Siempre estás tan mojada... tan suave... tan preparada para mí. Dame eso, Becca, no pido mucho. Dame una noche en la que no tenga que estar en guardia; en la que estemos en un lugar seguro donde podamos relajarnos, donde pueda disfrutar de ti. Luego seré bueno; te prometo que al volver me pondré a trabajar de inmediato.

A ella le dio la impresión de que estaba hablando consigo mismo, por la distraída mirada que vio en sus ojos. Nick le tomó las manos y le indicó que las apoyara en el borde del lavabo antes de moverle las caderas hacia atrás y que el ángulo fuera el más adecuado para encajar el glande en la mojada abertura. Se miraron el uno al otro en el espejo. Se sorprendió al ver el reflejo de su propio rostro; su expresión cambiaba cuando él la excitaba, era como si se encendiera por dentro. Tenía los ojos muy abiertos, las pupilas dilatadas; notó que todavía quedaban restos del pintalabios de Diana en su boca, una mancha roja en los labios hinchados por los besos.

Se apoyó con fuerza en la encimera y se impulsó hacia atrás para introducirlo en su interior. Un movimiento largo, lento y flexible que estimuló todos aquellos puntos sensibles que palpitaban y ardían dentro de ella cuando se fundía con el grueso pene. Nick la había cambiado por dentro y por fuera; su cuerpo y su mente, sin hacer distinción. Se sentía revivida. El placer ya no era algo que tuviera que buscar o perseguir, que debiera ser forzado. Con Nick surgía de manera natural, la envolvía cuando se entregaba a él, cuando le daba la bienvenida en su ceñido interior, haciéndole vibrar con ella. No podía ser contenido ni negado. Ni tampoco controlado.

Un lento envite, una resbaladiza retirada. Dentro y fuera. Sus miradas se habían trabado en el espejo.

—Nick... —Se humedeció los labios—. No te has puesto condón.

—No voy a correrme. Pero déjame... un poco más. Tenía intención de salirme enseguida, pero es tan condenadamente placentero. —Se perdió en su interior otra vez con un gemido de derrota.

Ella se estremeció con un jadeo, impulsándose hacia atrás. Dentro y fuera, dentro y fuera; despacio, profundo... intenso. Temblaba presa de una incontenible excitación, al borde de un agudo éxtasis. Quería alcanzarlo de una vez.

Él se detuvo en ese momento y apoyó la cara caliente en su hombro, jadeante. Ella se volvió para mirarle.

—Venga, ve a por un preservativo y acaba de una vez.

Él meneó la cabeza sin mirarla, haciendo que comenzara a alarmarse.

—Hazlo ya, Nick, o no respondo de las consecuencias —advirtió.

Él retiró el pene con un entrecortado gemido.

—Lo siento, nena. Se han acabado. Tendremos que posponerlo hasta después de la fiesta. Lo haremos en la terraza, con champán, en el *jacuzzi*. Te juro que te compensaré.

Ella jadeó de frustración. ¡Qué tramposo!

—¡Nick! ¡No puedes hablar en serio! ¡No puedes dejarme así!

Él le lamió el hombro.

—Yo me siento tan mal como tú —aseguró—. Y mi sufrimiento es mucho más visible —señaló con la mano el erecto miembro—. Cualquiera puede ver lo desesperado que estoy.

—No te atrevas a intentar darme pena. ¡Largo! —Lo empujó hacia la puerta—. ¡Venga, vete!

Por fin logró hacerle salir del cuarto de baño y cerró la puerta. Puso el pestillo por principios. Tenía las rodillas flojas y temblaba de pies a cabeza como una hoja. ¡Qué cabrón! ¿Cómo había podido... llevarla a ese punto y dejarla así? Temblando de lujuria.

Se duchó y lavó la cabeza antes de salir en busca de los vaqueros, la camiseta y las zapatillas deportivas que tenía en la maleta. Se vistió sin mirarle. Aquel hombre era diabólico.

—Imagino que te arreglarás en la habitación que reservó Margot. — Ahora conocía a Nick lo suficiente como para notar el tono acerado que había debajo de la pausada voz—. Porque vamos a ir. ¿Estás preparada?

No tenía objeto luchar contra lo inevitable, pensó. Era una tontería resistirse por resistirse. De todas maneras no tenía nada mejor que hacer y se sentía mucho más segura con Nick, aunque la volviera loca sin siquiera proponérselo.

—Todo lo que puedo estarlo —musitó con resignación.

Hicieron una rápida parada para conseguir el desayuno en un McAuto y se pusieron en camino, acelerando sin parar por la autovía en el enorme *pickup* de Nick camino de Three Creeks Lodge. Becca se dedicó a mirar por la ventanilla el paisaje que volaba a su lado mientras comía un sándwich de huevo y jamón. Se sentía deslumbrada por el vuelco que había dado su vida. Buscó el teléfono en el bolso, pensando en llamar a Carrie y a Josh; se sentía culpable.

Pero ¿qué podía decirles? ¿Que la habían despedido? ¿Que huía con un extraño, alto y moreno? Sencillamente les daría un ataque de pánico y se plantarían allí en un pispás; pequeños entrometidos. Jamás había sido capaz de enseñarles modales o dónde estaban los límites. Siempre se habían tomado la disciplina con demasiada relajación. Pero, bueno, nadie era perfecto. Les llamaría esa noche, ahora no tenía fuerzas para enfrentarse a ellos.

Nick conducía de la misma manera que hacía todo lo demás,

concentradísimo. Y ella no tenía nada más que hacer que dar vueltas a sus problemas; tenía mucho donde elegir. ¿Debía pensar en que volvería a ser pobre? ¿En que su carrera se había ido al garete? ¿En el rapapolvo que iban a echarle Carrie y Josh? ¿En la espantosa muerte que le esperaba si la pillaba aquel mafioso?

Y por si todo eso no fuera suficiente, siempre estaba aquel asunto *sin importancia* de cuánto tiempo había pasado exactamente desde la última vez que le vino el período.

Necesitaba distraerse ya. Miró a Nick.

- *Ehh...* ¿Sueles hablar? —le preguntó—. Ya sabes a qué me refiero... si mantienes conversaciones.

—Contigo no hago más que hablar a todas horas —repuso él a la defensiva—. Es más, creo que nunca en mi vida había hablado tanto. Incluso me duele la garganta de todo lo que hablo.

—¿De veras? Entonces, ¿por qué sé tan pocas cosas sobre ti?

La miró de reojo.

—Me niego a responder a eso.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Estoy seguro de que es una trampa —adujo él—. Sé cuándo me tienden una. Haz las preguntas que quieras, si puedo las contestaré, si no...

—Ah, claro está —gruñó ella—. El *señor Control* tiene que protegerse a cualquier precio.

—Déjate de ironías y haz las putas preguntas de una vez.

Percibir que él parecía realmente dispuesto a responder la cogió por sorpresa.

- *Mmm...* ¿Dónde pasaste la infancia? —tanteó. No era lo que más le interesaba saber, pero servía de punto de partida.

—En Waylon, Wyoming. No creo que lo conozcas, es el culo del mundo.

—Está bien para empezar —continuó ella—. ¿Qué es de tus padres?

—Están muertos.

—Ah —se rindió, después de esperar durante un buen rato a que continuara—. ¿Eso significa que no puedes dar detalles al respecto? ¿Que no vas a decir nada aparte de que están muertos?

Notó que él parecía enfurruñado y a punto de negarse.

—¿Qué tipo de detalles?

Becca suspiró; quizá dar vueltas en la mente a sus propios problemas resultara más productivo.

—Centrémonos en tu madre, por ejemplo —explicó con paciencia—. ¿Cuántos años tenías cuando ella...?

—Doce años —la interrumpió—. Murió de cáncer de mama.

Ella apartó la mirada durante un minuto y esperó a que desaparecieran las lágrimas que anegaron sus ojos. Tragó saliva antes de seguir.

—Lo siento —dijo, recordando la cama en el hospital, el orinal, el olor a desinfectante y el inmenso pesar—. Tenemos algo en común.

Él frunció el ceño sin apartar la vista del asfalto.

—¿A qué te refieres?

—Yo perdí a mi padre cuando tenía doce años. Se lo llevó un cáncer de páncreas.

Él suspiró.

—Fue horrible, ¿no?

—Sí —reconoció—. Horrible.

—¿Y qué le pasó a tu madre? —preguntó Nick a bocajarro.

Becca no estaba preparada para que fuera él quien tomara la iniciativa, y se le quedó mirando.

—Se suicidó cinco años después. Jamás superó la muerte de mi padre —reconoció—. Una noche ingirió la morfina que teníamos en casa desde la enfermedad de papá. Fui yo quien la encontró.

Él silbó por lo bajo.

—¡Oh, Dios!

—Sí, fue todavía más horrible que lo de mi padre. ¿Qué le ocurrió al tuyo?

—Murió hace doce años —explicó—. Se emborrachó hasta que murió. Imagino que cuenta como suicidio, solo que fue poco a poco. Era un animal. Tenía un negocio de maquinaria agrícola en Waylon.

Ella esperó a ver si se explayaba un poco más y estaba a punto de cambiar de tema cuando Nick resopló y sacudió la cabeza.

—Era un hijo de puta violento que siempre andaba de mal humor. Me alegré cuando me enteré de que había muerto —confesó.

Ella se sintió anonadada. No había manera de responder a esa declaración sin parecer ridícula o hiriente. Así que optó por lo segundo.

—¿Te golpeaba? —inquirió con timidez.

Él emitió una risa amarga.

—Bueno... solo cuando estaba borracho. Una vez, cuando yo tenía diecisiete años, me lanzó por la ventana. —Le vio frotarse la cicatriz que

atravesaba la ceja como si le doliera—. En ese momento decidí que había llegado la hora de largarme, antes de que me matara.

Ella se estremeció.

—¡Por Dios! ¡Qué horror!

Él encogió los hombros.

—No me fue mal una vez que me alejé de él. Me enrolé en las Fuerzas Armadas. Estuve en Oriente Medio durante la primera Guerra del Golfo. Más tarde fui policía militar durante algunos años; no dirás que no va con mi personalidad. Finalmente me licencié en criminología y, al dejar el ejército, realicé estudios de posgrado en Europa del Este. Acabé trabajando para los federales. Y eso es todo. Mi vida al completo.

—Lamento lo de tu padre —dijo ella con suavidad.

Él agradeció sus palabras con una brusca inclinación de cabeza.

—Creo que de infancias de mierda vamos servidos los dos.

—Eso parece, sí. —Ella miró su perfil, sorprendida y conmovida por todo lo que él había revelado. Explicaba mucho sobre su manera de ser. De por qué era como era.

El silencio que flotaba ahora en el interior del coche era diferente. No era una barrera entre ellos, sino que les unía. Les conectaba.

—Lo cierto es que de alguna manera es mejor así —aseguró él con rigidez—. No quiero que me malinterpretes, siento que tu infancia no fuera de color de rosa y todo eso, pero también significa que no debo avergonzarme de la mía.

Eso era cierto también en su caso. Le acarició el brazo con la punta de los dedos y siguió el suave vello oscuro por el antebrazo hasta la mano.

—Lo cierto es que mi infancia fue buena hasta que mi padre se puso enfermo —reveló—. Y tengo a Carrie y a Josh.

—¿Quieres decir que, después de todo, he ganado el concurso a la infancia más patética?

—Bueno, sí, pero por poco —bromeó—. Yo quedé la segunda.

—¡Estupendo! Qué suerte la mía. —No ocultó la amargura.

Aunque parecía poco apropiado reírse de aquel trágico pasado, no pudo contener la carcajada.

—Y bien, ¿satisface esto tus ansias de conversación? —preguntó él.

—En realidad es más de lo que esperaba —confesó.

Ahora le tocó a él el turno de reír.

—¡No me digas más! Imagino que eso es lo que opina la mayoría de las

mujeres después de estar un tiempo conmigo.

Aquello no le gustó y lo fulminó con la mirada.

—Nunca te refieras a mí como «la mayoría de las mujeres». Yo no soy la «mayoría de las mujeres», ¿entendido?

—Claro que no —intervino él, después de guardar silencio durante unos prudentes instantes—. Jamás había hablado de nada de esto con ninguna mujer. Es más, si soy sincero, no había hablado de esto con nadie.

A Becca le impactó pensar en la profundidad de la soledad que revelaba aquella admisión.

- *Mmm...* Supongo que debo sentirme honrada.

Él se encogió de hombros.

—Tú misma. Imagino que fue porque jamás he tenido una cita al uso. Debí resultar muy decepcionante sin hablar ni nada.

—Nosotros tampoco hemos tenido una cita, Nick.

La miró de reojo.

—¿Y esto qué es?

—Esto no es una cita, Nick. Ir juntos a una boda no cuenta. De hecho, asistir a una boda es mucho más, es público y comprometido. Es una cuestión más importante que una cita —aseguró con cierto orgullo.

Él asintió con la cabeza.

—Ya, entiendo. Tiene sentido. Tú eres mucho más importante para mí que las demás mujeres. Quizá sea esa la causa de que no pueda mantener una conversación insustancial contigo.

—¿De veras? —Lo miró con los ojos entrecerrados—. ¿Y a qué conversaciones insustanciales te refieres?

La enorme sonrisa que apareció en los labios de Nick se desvaneció con rapidez.

—Oh, ya sabes... Esas cosas que solemos decir los hombres. Intentar ser ingeniosos, divertidos y ocurrentes en todo momento. Piropear el olor, los pendientes, la manera en que meneáis el culo...

—¡Oh, vamos! ¡Cállate, tonto! —Hizo un gesto de manos para que guardara silencio.

—Les preguntaba qué habían sentido —continuó él—, e incluso fingía que me importaba la respuesta.

—Menudo farsante —murmuró ella, golpeándole el hombro.

—Hasta controlaba mi lenguaje más soez. Lo cierto es que se me daba bien ser un caballero cuando quería echar un polvo. Pero eso fue antes de que

mi vida se convirtiera en un infierno.

Ella frunció el ceño.

—Oh... ¿En serio? Creo que no has tenido ningún detalle caballeroso conmigo. Te considero un enorme oso gruñón al que me gustaría lavar la boca.

—Eso es porque no puedo seguir la *rutina* contigo —confesó él en tono burlón—. Es superior a mis fuerzas.

—Ah —suspiró—. No sé cómo tomarme eso. ¿Crees que debo considerarlo un cumplido o un insulto?

Ella estaba de broma, pero él se tomó la pregunta literalmente.

—Es un cumplido —aseguró—. Contigo solo puedo ser auténtico, aunque signifique ser grosero y desagradable. —Becca abrió la boca, pero no dijo nada. Solo pudo mirarle—. Es extraño... Jamás había deseado a nadie como te deseo a ti —continuó él—. Así que, considerando lo motivado que estoy, lo lógico sería pensar que no me costaría tanto controlarme un poco.

—Oh... ¡Qué romántico! —Notó que se sonrojaba.

Él capturó su mano y la puso sobre la larga y gruesa protuberancia que creaba su erección contra la bragueta.

—No te pases —advirtió—. Estoy abriéndote mi corazón y mira lo que ocurre.

—¿En tu corazón o en tu pene? —Becca bajó la mirada a su mano y acarició de arriba abajo el enorme y duro bulto. Notó que se le encogían los dedos de los pies—. La verdad es que creo que esto es tu estado natural... Siempre estás así.

Él puso la mano encima de la suya y apretó, obligándola a frotar más fuerte su rígida carne.

—No, lo cierto es que esto es nuevo. Es un problema que tengo desde que te conocí. Te has metido bajo mi piel, me pones a cien.

—Es increíble... —dijo ella—. Parece que hablaras de una erupción cutánea. ¡Eh, ahí viene Becca! Ve a buscar la pomada.

Él soltó una carcajada.

—Si de algo puedes estar segura es de que me vuelves loco. Haces arder mis entrañas, nena, y solo tú puedes apagar mi llama.

Ella lanzó un chillido.

—¿Apagarla?, ja. Menudo chiste. No se apaga nunca. Eres como una de esas velas de broma que siempre vuelven a encenderse, da igual que las soples o que te chupes los dedos para... —Sus palabras murieron cuando vio la amplia sonrisa de él.

—¡Oh, sí, chupar! —Él arqueó las cejas con lujuriosa alegría.

Ella se sonrojó.

—¡Venga ya! No me refería a eso.

Nick pareció cómicamente alicaído.

—¿No? Qué pena...

Ella tardó un momento en reunir valor.

—¿Te gusta... *er*...?

—¿Si me gusta qué? ¿Qué me la chupen? —Hizo una mueca—. Tengo polla, ¿no? Claro que me gustan las mamadas. Qué pregunta más tonta.

—¿Tú crees que...? —Intentó retirar la mano, pero él se la atrapó y la obligó a continuar con el lento masaje sobre el pene.

—Bueno, pensaba que a ti no te gustaban —repuso él lentamente—. Me refiero a que no te gusta hacerlas. Jamás has dado un paso en esa dirección, así que he preferido no tentar a la suerte. Contigo ya me he aventurado demasiado.

—No es que no me guste hacerlo —confesó ella—. Es que no soy... no soy...

—¿No eres qué? —preguntó él.

—No se me da bien —respondió a toda velocidad.

Se extendió entre ellos un dilatado silencio.

—Memeces —dijo él después de un rato—. No me lo creo. Eres una bomba en la cama. ¿Quién te ha dicho tal cosa? ¿El hombre de la polla tatuada?

Ella se rio.

—Bueno, sí...

—¿Y te lo creíste? ¿De verdad confías en la opinión de alguien que mete la polla en la boca de una rubia carnívora llamada Kaia, cuando podía meterla en la tuya?

—Bueno... *er*... —Intentó contener el temblor en su voz—. Estoy segura de que ella no quería...

—Pero fue lo que pasó —insistió él con énfasis—. Estoy seguro de que jamás has mandado a un hombre a urgencias por chuparle la polla, nena, lo que significa que eres muchísimo mejor que la novia de *Tiburón*.

Ella soltó una carcajada.

—¡Basta! —exclamó agitando la mano—. Deja de decir idioteces.

—No pienso callarme mientras sigas riéndote —aseguró—. Podría correrme escuchando tu risa.

Alzó la mano con que le cubría la erección y la llevó a los labios para besarle los nudillos, antes de entrelazar sus dedos.

Era un gesto sencillo, pero le pareció maravilloso. Quiso saltar sobre él y besarle por todas partes, agradecerle que la hiciera sentir así. Guapa y sexy. Deseable. Incluso... poderosa.

Aquello la impulsaba a querer intentar solventar todos aquellos tabúes sexuales que tenía con Nick para comprobar si con él se sentía diferente. Si no estaba tan tensa, torpe, incómoda o avergonzada. Total, ya había puesto patas arriba el resto de su vida.

—¿Quieres que te haga... *er...* una? —preguntó antes de poder contenerse.

—¿Una mamada? ¿Tú? ¡Claro que sí! —respondió al instante—. ¿Cuántas veces es necesario que lo diga?

Ella tragó saliva.

—Me refería a ahora mismo —Notó que se ruborizaba.

Él giró la cabeza con los ojos como platos.

—¿Ahora mismo? ¿Quieres decir, literalmente, *ahora mismo*? ¿En el coche? ¿Mientras conduzco a ciento veinte por hora?

Ella asintió con la cabeza.

—Si quieres lo hago —aseguró con nerviosismo.

—¿Te has vuelto loca? —La miró como si estuviera conteniendo la risa—. ¿Después de lo que le pasó a tu ex?

Supo que el rubor de su cara se convertía en un rojo furioso.

—¡Oh, Dios mío! Olvídalo, ¿vale?

—Ni hablar. —Puso el intermitente y ella lanzó un chillido de alarma cuando giraron bruscamente para meterse por una salida de la autovía.

Nick se detuvo delante del primer motel que vio. Un enorme y destartalado edificio de madera de una sola planta.

—Este lugar no parece demasiado maravilloso —comentó él mientras ponía el freno de mano—. Pero te aseguro que no pienso fijarme.

—Nick, por favor, ha sido una estupidez —suplicó—. No es necesario que te hagas el machito conmigo. Olvídalo y vamos a seguir...

—Ni de coña. ¿De verdad crees que voy a dejar pasar una oportunidad como esta?

—Pero...

—No es una estupidez —aseguró él—. Lo único que falla es el escenario. No quiero convertirme en un peligro público mientras me chupas la polla. Por no hablar de lo que podría pasarte a ti. O a mi polla, por Dios.

Puedes llamarme nenaza, si quieres, pero no tengo tanto valor.

—Bueno, si de algo puedes estar seguro es de que jamás te llamaré nenaza. Pero creo que estás creándote falsas expectativas sobre mis habilidades —advirtió ella—. No es que sea precisamente una mujer fatal como Mata Hari.

—Y tú menosprecias el poder que tienes para excitarme —aseguró él—. Si supieras lo difícil que me resulta mantener la vista en la carretera cuando estás sentada a mi lado, no te plantearías siquiera ponerte a chuparme la polla. Acabaría invadiendo el carril contrario.

—Ah...

—Espérame aquí. Voy a conseguir una habitación. Es posible que en un sitio así alquilen las habitaciones por horas, y pagaré al contado. —Se bajó del coche y caminó a paso vivo a la recepción.

Ella hundió la cara entre las manos, estremeciéndose de risa y nervios. ¡Qué payaso! Volvía a hacerlo otra vez, le imponía su inigualable encanto con una terquedad que rayaba el absurdo y que ella encontraba irresistible.

Nick volvió a salir enseguida y le abrió la puerta. La urgencia de su gesto y el brillo de anticipación en sus ojos la hicieron sentirse como un manojito de nervios. ¿Por qué se forzaba de esa manera? Debería haberlo dejado para una noche cualquiera, cuando estuvieran relajados en la cama. Entonces sería un momento mejor para experimentar con el sexo oral, lo haría de una manera más espontánea y despreocupada. Sin tanta fanfarria y expectativas.

Ahora era demasiado tarde. Sus pies apenas tocaban el suelo por la prisa con que él la arrastraba por el agrietado camino de hormigón.

—Nick, por favor... Quiero que pienses que no soy precisamente una experta... —farfulló—. La verdad es que nunca he...

La hizo girar y chocó contra la puerta. Metió la llave en la cerradura al tiempo que se inclinaba para besarla. Fue un beso largo, húmedo y dulce, que la dejó desorientada.

Entonces alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—Solo voy a darte unas indicaciones —dijo él.

Ella le miró mientras parpadeaba y se mordía los labios.

—Adelante —susurró.

—Es muy simple. —Él alzó los dedos para enumerar las ideas—. Uno, sé entusiasta. Dos, sé suave pero no mucho. Tres, usa las manos también. Cuatro, cuanta más saliva, mejor. Cinco, olvídate de los vehículos en movimiento. Y por último, pero no menos importante..., nada de dientes. Para todo lo demás,

improvisa.

Giró la llave y la empujó al interior.

Capítulo



NICK pasó un mal momento cuando miró a su alrededor. Aquella habitación no había sido ventilada desde hacía tiempo y olía a humo rancio; la alfombra estaba mohosa, las paredes desconchadas y tenía una mancha de humedad en el techo. En resumen, el lugar era asqueroso.

Daba igual, no estarían allí el tiempo suficiente como para que importara. Ni siquiera se acercarían a la desvencijada cama.

—Hablando de escenarios... Este lugar emite vibraciones a sexo ilícito. Es posible que el nuestro sea el primer sexo legal que vean sus paredes.

Vio aquella chispa brillante que aparecía en los ojos de Becca cuando algo le hacía gracia.

—¿A qué te refieres con sexo legal?

—A que nadie paga y nadie cobra —explicó tras pensárselo un segundo.

Ella asintió con la cabeza y se miraron durante un embarazoso momento en el que ella acabó ruborizándose.

- *Er...* dime, ¿por dónde empiezo? —preguntó ella—. Me refiero a si vamos directos al grano o antes nos paramos en unos... ya sabes... preliminares. ¿Qué preferís los hombres? Jamás he hablado del tema con ninguno.

Él no pudo reprimir la sonrisa. Aquello iba a ser divertido. Le gustaba verla titubear sin saber qué hacer. Le resultaba adorable.

—A ver... ¿Te gustaría que yo...? ¿Quieres que me desnude? —prosiguió ella—. ¡Por favor, Nick! Deja de sonreír como si estuvieras burlándote de mí.

—Lo siento —intervino él—. Pero no puedo evitarlo. Me encanta verte tan nerviosa. Al parecer la fantasía de la virgen inocente me excita muchísimo.

—¡Qué sorpresa! Dime, Nick, ¿hay algo que no te excite? —dijo ella con retintín—. Te he hecho una pregunta sencillita, ¿me desnudo o no?

—Pues ¿tú qué crees? Vamos a recapitular a ver si llegas a una conclusión tú sola. Mi polla está más dura que la vía del tren, ¿qué será mejor? ¿Que me la chupe una preciosa chica en vaqueros y camiseta o una preciosa chica con el culo al aire? *Puff*, ¡qué decisión más difícil!

—Entiendo —murmuró ella—, pero no hay por qué ponerse sarcástico.

—Nalgas redondas —se recreó él—, sedosos y pálidos muslos. Grandes tetas que se bambolean con unos erizados pezones que parecen suplicar que los chupe y los lama. Y ese ardiente coñito es lo mejor...

—¡Vale! ¡Ya me hago una idea! Está claro. Y ya puedes dejar de sonreír de esa manera o acabarás enfadándome. Y como me cabree, cambiaré de idea.

Su sonrisa se hizo más decidida y depredadora.

—Oh, no —aseguró con acerada suavidad—. No saldrás de aquí hasta que consiga lo que quiero.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Vamos a comenzar otra batalla por el poder sexual? Nick, el Amo que todo lo domina.

—Sí, no lo dudes. Si no, y dado que no me haces ni caso, pasarías por encima de mí como una apisonadora.

—Ya, claro... —Se burló ella. La vio quitarse las gafas y la ropa sin ceremonias, pero aquel pragmático *striptease* tuvo el mismo efecto de siempre. Se le pusieron las palmas sudorosas y se le entrecortó la respiración al ver cómo se desprendía de las zapatillas deportivas y se contoneaba para deshacerse de los vaqueros, de la camiseta y, por último, desabrocharse el sujetador y quitarse las bragas. Él, por su parte, abrió los vaqueros y los bajó lo suficiente como para liberar la polla, que saltó fuera y comenzó a bambolearse con voluntad propia. La acarició lentamente con una mano mientras esperaba a que ella diera el primer paso. Era su función, ella marcaba los tiempos...

—¿No vas a desnudarte? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—No. Yo seguiré vestido, tú estarás desnuda. Yo estaré de pie, tú de rodillas.

Ella se aclaró la garganta al tiempo que cruzaba los brazos para cubrir sus exuberantes pechos.

—¿Se trata de una de esas fantasías tuyas de dominación masculina?

—Y si es así, ¿qué? —preguntó él—. ¿Algún problema?

Ella no tenía respuesta para eso y él decidió aprovechar la ventaja.

—Ya te tocará —le aseguró—. Yo también me arrodillaré ante ti, desnudo, para lamerte ese coño espléndido todo el tiempo que quieras. Horas... Días... Al final tendrás que apartarme de una patada.

—Pero no es lo mismo —acusó ella con voz relamida.

—¿Cómo que no? —espetó él.

—Tú eres un hombre —dijo ella como si eso lo aclarara todo.

Él hizo una mueca.

—Era de esperar. —Dio un tirón a la colcha para arrancarla de la cama y dobló la tela antes de dejarla caer al suelo, ante él—. Déjate de evasivas. De rodillas.

—Oh, qué considerado —murmuró ella al tiempo que alargaba la mano para curvar los fríos y suaves dedos en torno a su miembro—. Estás caliente.

—Ah, sí. Y una cosa más —la detuvo—. El pintalabios. Ese pintalabios rojo que le robaste a la mujer que seguiste. ¿Lo llevas encima?

Ella frunció aquella preciosa boca.

—Está en el bolso —repuso con timidez.

—Pues píntate los labios con él —pidió.

—Claro. ¿Cómo no se me habrá ocurrido a mí! —Tomó el bolso y rebuscó en el interior hasta que encontró el tubo plateado. Luego se acercó al opaco espejo y le miró con picardía a través del cristal mientras se aplicaba el cosmético.

A Nick le hubiera gustado ser fotógrafo para poder capturar aquel momento para la eternidad. Se recreó en los magníficos glúteos, en las piernas separadas de manera que obtenía un oscuro vislumbre de su sexo. La parte frontal del cuerpo de Becca se reflejaba en el espejo, lo mismo que sus ojos brillantes; las tetas se bamboleaban sin restricciones mientras fruncía los labios para pintárselos con deliberada lentitud. Dilatando el momento.

Y también se vio a sí mismo, al fondo, acariciándose el pene. Sus propios ojos eran pozos sin fondo en su rostro sombrío; parecía desesperado.

¿Lucha por el poder?, ja. Se sentía desvalido, suplicante, totalmente a su merced. Bailaba en la palma de su mano y lo peor era que se trataba del único lugar donde quería estar.

Tenía que recuperar terreno; mantener intacto su orgullo de macho dominante, si es que podía llegar a recuperarlo todavía. Derretirse a sus pies no era conveniente; no era la mejor manera de ganarse su confianza. No si quería mantener un poco de control.

Sin «te amo». Ya había aprendido la lección la noche anterior.

Ella le miró por encima del hombro y le brindó una ardiente y roja sonrisa.

—¿Te gusta este color?

—Sí —aseguró con voz ronca—. Creo que quedará de vicio alrededor de

mi polla.

Sabía que estaba arriesgándose, pero supo que había acertado cuando la vio fruncir la nariz y escuchó que contenía la risa.

—¡Qué bruto eres! —masculló, dejando caer el pintalabios en el bolso.

Le apresó la erección al tiempo que se dejaba caer de rodillas, y fue hombre muerto. Como siempre, con Becca todo era distinto.

Incluido él mismo. Le gustaba todo aquello: la diversión, las burlas, las discusiones. Últimamente notaba cierta tensión en la cara, casi le dolía por sonreír con frecuencia.

Ella frotó el glande contra la cálida y suave mejilla mientras le lanzaba una mirada burlona.

—¿A qué te recuerda esta situación?

Finalizó la pregunta con un toque de su rosada lengua en la hendidura de la punta, por donde brotaban transparentes gotas de líquido preseminal. Las lamió trazando círculos alrededor del glande.

Él intentó pensar a qué demonios se referiría.

—¿*Mmm*? ¿Cómo quieres que me acuerde de algo si casi no puedo pensar cuando haces eso?

—La noche que nos conocimos. Yo estaba desnuda y tú vestido.

Nick sonrió.

—Claro que lo recuerdo. Yo de pie y tú de rodillas. —Contuvo el aliento con los dientes apretados cuando ella lamió un lado de la erección antes de pasar la lengua de nuevo por el glande y bajar al otro lado.

—Aquello fue muy extraño —murmuró ella entre tiernos toquecitos de su lengua—. Como si me hubiera dividido en dos. Por una parte pensaba que eras lo más hermoso que había visto en mi vida... —Se tomó su tiempo para indagar con la lengua en el pliegue de la parte inferior—. Y por otra pensaba, este hombre va a matarme.

Él se rio en silencio.

—Lo mismo pensé yo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Ya, claro —se burló—. Como si yo pudiera dar miedo empapada y con el culo al aire.

La risa de Nick se congeló cuando ella hizo algo alucinante con la lengua en la punta de su polla al tiempo que deslizaba las manos de arriba abajo por el eje.

—Bueno, puedes llegar a dar mucho miedo —aseguró—. Llegué a pensar

que era hombre muerto. Que Zhoglo te había enviado.

Aquello la sorprendió tanto que dejó de hacer aquel placentero movimiento con la lengua.

Y no era eso lo que él quería. Debería haber mantenido el pico cerrado. Sin embargo, solo él tenía la culpa. Había caído en la trampa de seguir la conversación de una mujer habladora.

—Estás tomándome el pelo, ¿verdad? —inquirió ella—. ¿Que Zhoglo me había enviado?

—Sí, pensé que la había cagado e iba a por mí —confesó—. Estaba seguro de que o bien eras una profesional del crimen con la consigna de follarme y matarme o una prostituta dispuesta a follarme para distraerme y que me matara otra persona. Fuera como fuera, estaba muerto. Me consolaba la certeza de que de ambas maneras yo también te follaría a ti. Claro que no llegó a ser ni un pensamiento, solo una respuesta instintiva.

—¡Oh, Dios mío! —susurró ella.

—Después eché un vistazo a tu culo, a tu cuerpo chorreante y lo único que pude pensar fue «¡Joder! ¡Vaya manera de morir!» —concluyó.

—¿De verdad pensaste que era una asesina o una prostituta? —Tenía la voz tan chillona que se le quebró—. ¿Una tímida y cobarde mujer como yo? ¡Venga ya!

—Sí —agregó él—. La cosa es que sé qué hacer con una asesina o una prostituta, pero no tenía ni puta idea de qué hacer contigo.

Ella se rio por lo bajo.

—Bueno, si mal no recuerdo, te las arreglaste bastante bien.

La ignoró, le acarició las mejillas y miró fijamente su hermoso rostro alzado hacia él mientras buscaba la mejor manera de expresar sus pensamientos con palabras.

—Eres mucho más de lo que esperaba —pronunció lentamente—. Eres un arma secreta, nena, capaz de desintegrarme en mil pedazos.

Ella dejó de reírse, la sonrisa se desvaneció y fue sustituida por una sombría mirada al tiempo que le cubría las manos con las suyas. Becca le besó las palmas antes de tomar de nuevo la erección e introducirla en su boca.

Jamás sobreviviría a un placer tan intenso.

Le habían hecho muchas mamadas en su vida. Se inició muy joven en el sexo y jamás le habían faltado oportunidades. Le encantaba lo decadente que resultaba el sexo oral, la sensación de poder divino que otorgaba, el increíble placer... Le gustaba dejar caer hacia atrás la cabeza y perderse en la sensación

que le provocaba una cálida boca femenina cuando le chupaba la polla hasta hacerle explotar. Era algo tan confiable como una pizza; incluso las malas eran buenas.

Pero como con todo lo demás, con Becca eso también era distinto. Un nuevo mundo con nuevas reglas. Era tierna, dulce como la miel, caliente como una gata salvaje. Había estado con mujeres mucho más experimentadas, con muchos más conocimientos sobre el tema, pero ninguna de ellas le había succionado como...

Como si le amara.

«No, no sigas por ahí. Ni siquiera lo pienses».

Se estremeció de placer y terror a partes iguales. Se olvidó por completo de cualquier sensación de poder divino, de aquel juego estratégico que se traían entre manos por hacerse con el poder sexual. Solo pudo luchar por mantenerse en equilibrio sobre las piernas ante aquella desinteresada y ardiente generosidad. Aquella emoción que le doblegaba, que hacía que quisiera arrodillarse ante ella.

Becca seguía moviendo su lujuriosa boca sobre su miembro, cerrando apretadamente las manos sobre la base mientras le lamía el glande, que a continuación succionaba con fuerza, introduciéndolo cada vez más profundamente. Demasiado profundo para una novata. Y aquel lento tormento se repetía cada vez que lo capturaba contra el paladar, cada vez que lo chupaba, que frotaba la lengua contra la punta. Y así una y otra vez, y otra vez más...

No podía contenerse, no podía aplazar el placer que le inundaba con la fuerza de una erupción. Era demasiado pronto, pero también era demasiado intenso...

Enredó los dedos en su pelo y gritó de éxtasis con la voz ronca mientras unos violentos espasmos le atravesaban de pies a cabeza.

Un poco después le sorprendió encontrarse en la cama. Menos mal que había tenido el lecho justo detrás o se habría caído al suelo de culo. Tenía los pantalones por las rodillas, porque ella se los había bajado en algún momento. Se derrumbó arrastrándola consigo, Becca tenía la cabeza apoyada en su regazo y le besaba lentamente el muslo. Seguía sosteniéndole el pene, todavía algo erecto pero por fin blando, con su mano húmeda. Parecía agotada pero orgullosa y feliz. Y él no podía evitar emitir aquel sonido, a medio camino entre un jadeo y un sollozo, cada vez que respiraba.

Ni siquiera se atrevía a mirarla hasta que hubiera recuperado el resuello

y estaba tardando una barbaridad. Le encantaba aquel cálido y oscuro abrazo, la silenciosa cercanía piel con piel. No quería que terminara nunca.

Pero todo tocaba a su fin. Todo continuaba adelante inexorablemente.

Intentó incorporarse. Tenía todos los músculos temblorosos, se sentía débil y flácido. Debilitado por el placer, empapado en sudor. Sin palabras.

Becca le sonrió cuando alzó la cabeza. La vio limpiarse la boca y rozar el áspero nido de vello oscuro que se rizaba en torno a la base.

—¿Sabes? Tenías razón —entonó ella como si estuviera revelándole un gran secreto.

Él se aclaró la voz.

—¿En qué? —preguntó con cierta precaución.

—Sobre el color —explicó, levantándole el pene para enseñarle las manchas que el lápiz de labios había dejado sobre la piel—. El rojo intenso te queda bien.

Nick comenzó a reírse sin poder evitarlo. La risa se convirtió al instante en otra cosa, algo a lo que no se atrevía a poner nombre.

Solo pudo abrazarla una vez más y esconder la cara en su pelo.

Ella le deslizó los delgados brazos alrededor del torso y lo estrechó con fuerza, apretándolo con la intensidad que necesitaba. Ambos se esforzaron en abrazarse, en aferrar al otro con toda su alma. Sus músculos se estremecieron por el esfuerzo de convertirse en un solo ser.

Zhoglo estaba sumamente cabreado.

Movió la barbilla señalando la taza de café, pero a Kristoff le llevó casi diez segundos darse cuenta de su indicación y, cuando le obedeció, le salpicó el puño de la camisa. Si el café se hubiera derramado más cerca, hubiera matado a aquel tipo.

O quizá no. La lista de hombres dispuestos a obedecer sus órdenes se había visto muy mermada por la indiscriminada matanza de Solokov en la isla Frakes. No podía permitirse el lujo de matar a ninguno más por mero capricho. Había demasiado trabajo pendiente, sobre todo ahora que el medicucho de los cojones les daba más trabajo.

Menudo idiota, ¿cómo podía habersele ocurrido involucrar a su amante en el negocio?

Miró la agenda semanal en el portátil. La clínica secreta estaba casi operativa. Los cirujanos se hallaban en sus nuevos domicilios, preparados para responder a cualquier llamada. A cada uno de ellos lo tenía apresado en

una red de amenazas o promesas; miedo y avaricia, los grandes motores que movían el mundo.

Pensó con inquietud que debería haber llevado consigo más hombres. Quizá debería encargar la desaparición de la anestesista a alguien ajeno a su organización. Solo Dios sabía la cantidad de ojos que podrían ver a cualquiera que saliera de la casa y seguirlo.

Sin embargo, se trataba de un asunto sencillo. La mujer vivía sola y en una casa rodeada por un jardín exuberante. Si Mathes tenía razón, debía de estar sumida en un profundo sueño. Sería un trabajito que no requeriría de demasiada inteligencia.

Miró a Pavel de forma especulativa y lo descartó al momento. Pavel pronto sería sacrificado, pero hasta entonces lo vigilaría de cerca. Sin embargo, sería una pena no alargar el golpe de gracia hasta que el castigo que tenía previsto para él se hiciera efectivo. Siempre le había resultado curioso observar cómo las personas se venían abajo ante las situaciones extremas. Era como observar un experimento científico. Y, como en el caso de la química, cada reacción provocaba otra. Un poco más de calor, una cierta presión y... ¡oh, fascinante!

Era la forma en que había destruido a Pavel. Tenía una expresión vacía en aquella cara ojerosa.

Revolvió el café con parsimonia mientras sopesaba durante un momento la idea de levantar la espada que pendía sobre su cabeza y permitir que viviera el pequeño Sasha. Incluso podría tratarse de un acto de misericordia. No era mala excusa.

Pero entonces pensó en los cadáveres que Solokov había dejado a su paso en la isla y su resolución se endureció de nuevo. No llevar a cabo aquel castigo desacreditaría su autoridad ante los demás hombres.

Además, Mathes había hallado unas moradas muy rentables para los órganos que contenía el escuálido cuerpo de Sasha; tenía colocadas hasta las córneas del crío. Aquello satisfacía su inclinación por el aprovechamiento, y las retribuciones que recibirían eran muy atractivas.

Casi no era capaz de contener la impaciencia por ver los frutos del debut, programado para el día siguiente por la noche. Sería la hija de Sergei. ¡Qué fascinante!

Intentó centrarse de nuevo en lo que le ocupaba. No podía enviar a Kristoff, era demasiado estúpido. Quizá después de todo debería matarlo para no tener que volver a verlo. Tal vez debería encargar el trabajito a Mikhail.

Observó a aquel hombre, Mikhail, que se había encargado de poner a punto el tema informático. Tenía un aspecto pedante que ocultaba una fría eficacia.

—Mikhail, ¿has percibido alguna actividad ahí fuera?

—Un empleado de una compañía de servicios se subió al poste telefónico a las cinco de la mañana —informó Mikhail con rapidez—. Y hay dos nuevos vehículos aparcados en la manzana. Sus matrículas no corresponden a nadie que viva en la calle. Imagino que la casa está siendo vigilada por cámaras, pero a menos que me ponga a buscarlas con un radar no puedo ratificarlo.

—¿Y no se han dado cuenta de que estamos al tanto? —escupió Zhoglo—. No puedo creer que sean tan estúpidos.

Mikhail cerró la boca.

—Tenemos que reunirnos con Dahler el lunes —apuntó Pavel en voz baja—. No podemos llevar a cabo el encuentro con semejante brecha en la seguridad.

Zhoglo clavó en el hombre sus pálidos ojos. ¿Cómo era posible que después de todo lo ocurrido aquel estúpido se atreviera a cuestionar su juicio? Su mirada traspasó incluso la apatía de Pavel, que bajó la vista a la alfombra.

—No deja de resultarme irónico verte expresar preocupación por la seguridad, Pavel. Sobre todo si tenemos en cuenta que ha sido tu incompetencia lo que ha provocado esta debacle. Pronto nos trasladaremos, cuando la trampa haya dado su fruto.

—Vor, esto es peligroso...

—Tengo que atraer a Solokov. —Su voz interrumpió las palabras del otro hombre como si fueran un garrote—. Quiero aplastar su palpitante corazón con mi propia mano.

Pavel se calló y se volvió hacia la ventana.

Él presionó el botón derecho del ratón y activó la pantalla colgada en la pared. Se abrieron varias ventanas, cada una mostraba la grabación de una cámara en una ubicación diferente. Solo en una había movimiento.

Clicó para ampliarla, y el plano llenó la pantalla. Era el dormitorio del apartamento de abajo, donde el lascivo hermano de Rebecca Cattrell, Joshua, seguía fornicando con entusiasmo, ahora en la posición del perrito, con la hermosa Nadia. ¡Qué fácil resultó atraparlo! Aunque quizá no estuviera siendo tan fácil para la entregada prostituta. Aquel chico poseía una resistencia increíble. Llevaba ya dos días con ella y apenas había parado para dormir. ¡Oh, la juventud!

Todos los hombres presentes clavaron la vista en el monitor con fascinación. Nadia se inclinó para entregarse a las vigorosas embestidas del chico. Su pelo y sus pechos se balancearon al compás de los envites, mientras entreabría la boca con jadeantes gemidos de fingido placer.

—Estás grabando esto, ¿verdad? —preguntó a Mikhail.

—Por supuesto, Vor —aseguró el hombre.

Nadia miró al chico por encima del hombro para decirle algo. Él se retiró y se desplomó en la cama con una sonrisa de satisfacción. Ella sujetó su duro pene, pasó la pierna por encima de su cuerpo y se lo introdujo con habilidad en sus rosados genitales depilados.

La chica dejó caer la cabeza, meneó el pelo y sonrió a la cámara mientras movía las caderas sobre el esbelto cuerpo del chico.

Observar la entrega de Nadia apaciguó su enfado. Quizá debería probar sus habilidades; era evidente que las sutilezas de su arte amatorio quedaban desperdiciadas con aquel larguirucho muchacho. Pero Joshua sería muy útil antes de que lo desmembrara.

Sería su cebo. Cuando él deseara, Rebecca acudiría corriendo... Y su amante la seguiría.

Nick resultó ser un buen bailarín, Becca no sabía por qué la sorprendía tanto. Quizá porque el salón de baile le parecía un lugar demasiado alegre para un tipo tan sombrío como él. Pero bueno, ese día Nick no hacía más que sonreír y eso parecía afectarla todavía más que el excelente champán que había bebido.

Resultaba vertiginoso, alocado y divertido que él la hiciera girar, que la subiera y la bajara antes de envolverla de nuevo en el seguro cerco de sus brazos. La guiaba con tal elegante confianza que había logrado que se relajara y que le siguiera sin perder el ritmo demasiado a menudo. Lo que quería decir que era sumamente hábil, dado que ella jamás había disfrutado del tiempo libre necesario para adquirir una habilidad tan inútil como bailar. Así que se dedicó a dejarse llevar, esperando hacerlo lo mejor posible.

Y Nick resultaba insuperable.

—¿Dónde has aprendido a bailar? —preguntó cuando una canción más lenta hizo que se movieran abrazados por la pista.

—En las Fuerzas Armadas. —Nick sonrió—. En una ocasión perdí una apuesta y tuve que recibir un curso de bailes de salón. Lo cierto es que descubrí que me gustaba. O quizá lo que me gustó fue la profesora; era una

rubia no muy alta que me explicó que bailar era muy parecido a hacer el amor. Te aseguro que me produjo una gran impresión.

—Ya me imagino —ironizó ella—. ¿Llegó a hacerte una demostración para que compararas ambas actividades?

—¿De verdad quieres que responda a esa pregunta? —inquirió él con una enorme sonrisa.

Ella abrió la boca para contestar, pero Nick la interrumpió con un profundo beso, delante de todo el que quisiera mirar, que le aflojó las rodillas.

Las bodas eran eventos muy peligrosos. Ella se había dado cuenta en cuanto vio la mirada que el novio dirigió a la novia mientras ella recorría el pasillo de la iglesia del brazo de su padre. La cara de Sean McCloud brillaba, literalmente, de felicidad.

Aquello había provocado que se le llenaran los ojos de lágrimas, se le pusiera un enorme nudo en la garganta y sintiera una anhelante opresión en el pecho que le daba miedo analizar. Sabía que era anhelo por todas aquellas cosas que siempre quedaban fuera de su alcance, como amor, raíces, un hogar, bebés... Las bodas siempre hacían aflorar a la superficie todos aquellos patéticos y tontos sueños.

La ceremonia había sido corta pero intensa. Mientras los novios intercambiaban las alianzas, Nick había deslizado la mano bajo la suya y entrelazado sus dedos. Aquello hizo que el corazón se le acelerara y las mejillas se le ruborizaran por la emoción. ¿De qué manera debía interpretar aquel gesto?

Oh, no, de eso nada. No podía permitirse el lujo de hacer tontas conjeturas. Su vida era demasiado precaria en ese momento. Pensó que a Nick no le gustaría verla llorar, así que había intentado contener las lágrimas. Apretó los dientes y se aferró a su mano con todas sus fuerzas para que él no pudiera cambiar de idea y apartarla.

El apasionado beso de los novios alivió la tensión, dando lugar a una oleada de aullidos, silbidos y aplausos. En aquel momento, Nick se volvió hacia ella y le dio a su vez un beso voraz y posesivo, como si estuviera marcando su territorio delante de todos.

Aquello era suficiente para que se mareara. Para que estuviera confusa y albergara peligrosas esperanzas. Con las manos entrelazadas y rodeándole la cintura con un brazo fue como la presentó a todos, afirmando que era su novia. Pensar que ella, la súper ocupada Becca Cattrell, la mujer de las gafas y las listas interminables, era la novia de un tipo caliente, sexy y misterioso como

Nick parecía... casi imposible.

La fiesta resultó tan agradable y encantadora como Nick había asegurado. La comida fue deliciosa, el vino maravilloso, la música embriagadora y sus amigos la trataron como a una reina. Todos la aceptaron sin reservas.

La orquesta terminó su función y el *disc-jockey* se ocupó de pinchar música de fondo mientras los camareros comenzaban a distribuir los platos con el postre. Nick la acompañó a la mesa y separó la silla para que se sentara.

—Voy a comprobar la cámara de vigilancia —le dijo al oído—. Resérvame un poco de postre, nena. —Y desapareció. Ella miró a los demás ocupantes de la mesa intentando recordar sus nombres. El hombre de pelo oscuro y la sonrisa ladina era Seth, y la esbelta rubia sentada a su lado su mujer, Raine. Margot se había desplomado exhausta en la silla; lo que no le sorprendía nada, dada la enorme barriga de embarazada que la precedía. El tipo rubio que no la dejaba ni a sol ni a sombra era Davy, uno de los hermanos del novio, e igual de rubio y fuerte que él.

De hecho, ella jamás en su vida había visto tal concentración de personas atractivas en un mismo espacio. Desde luego eran un placer para la vista.

Y también estaba la guapísima morena, Erin, que se preparaba para amamantar con discreción a un precioso bebé mientras su marido, Connor, la miraba con rendida adoración.

Sus ojos se encontraron con los de Margot, que le sonrió como una tierna *madonna*.

—Eres perfecta para él —afirmó la mujer con sinceridad—. Jamás había visto sonreír a Nick de esa manera. Incluso le he visto reírse a carcajadas; increíble.

Ella se sonrojó.

—Oh, sí. Es que tengo una profunda vis cómica.

—No, no —intervino la rubia llamada Raine—. Está colado por ti hasta los tuétanos. Ya iba siendo hora. Empezábamos a preocuparnos; llevamos años intentando emparejarle con todas nuestras amigas solteras, pero jamás encajó con ninguna.

Ella se sintió un poco asustada, como si todas aquellas afirmaciones de un final feliz pudieran ser un mal presagio para sus inocentes esperanzas.

—Oh, como quien dice, acabamos de conocernos —aseguró—. No es que... Quiero decir que no somos... Que todavía no estamos locos el uno por el otro.

—¡No, claro! —se rio Seth—. No están locos el uno por el otro. Solo se besan cada diez segundos. ¿Para qué? ¿Para confundirnos? Pues quiero dejar constancia de que funciona.

—Margot, debo decirte que me siento muy dolida. ¿Por qué no me has ubicado en la mesa de los tortolitos? Me hubiera gustado conocer a la novia de Nikolai.

Becca se giró al escuchar aquella ronca y sensual voz femenina. Se trataba de una mujer en la que ya se había fijado durante la ceremonia. Una espectacular belleza de recogido pelo oscuro y rasgados ojos miel, que lucía un vestido de tafetán en tonos dorados adornado con brillantes cuentas de azabache.

—Porque no quería que la aterraras de tal manera que se escapara de nosotros para siempre —repuso Margot en tono de advertencia—. Tam, espero que te comportes.

—Chorradas. Si puede manejar a un capullo malhablado como Nikolai, puede arreglárselas perfectamente conmigo. —Tam se dirigió a la silla de Nick y se sentó a su lado con un susurro de tela. Luego la mujer la miró de manera no demasiado amistosa.

Ella se encogió en su asiento. El sencillo vestido color rosa viejo con un corte al bias que llevaba era precioso, en especial con el sujetador nuevo que le realzaba los pechos de una manera increíble, pero no estaba a la altura del esplendor barroco del que lucía la otra mujer.

Tam alargó la mano y frotó entre los dedos la tela de su vestido.

—Bonita prenda —aseguró—. El tono te va bien y realza tus pechos. Pero las gafas estropean el efecto; no le quedan bien a una dulce flor como tú. Y es mejor que alguien te diga que si llevas un vestido color rosa pastel, no pega nada que te pintes los labios de color rojo furcia. Casi hace daño a los ojos.

A Becca se le puso el vello de punta. Tuvo que contener el impulso de borrar los labios con el dorso de la mano.

—No soy una dulce flor —se defendió con voz clara—. Y es una suerte para las dos que no necesite tu aprobación.

Tam se quedó callada durante un instante. Parpadeó, mirándola antes de curvar los perfectos labios, pintados en un discreto tono moka, en una lenta sonrisa.

—Esperaba que tuvieras carácter. Eso hará que todo resulte más interesante —aseguró—. Y vas a necesitar mucha personalidad para mantener

a raya a ese hombre. Hasta ahora no lo ha conseguido ninguna mujer.

—Bien, me alegro —repuso ella alzando la barbilla—. De hecho, prefiero ser la primera. Así puedo domarlo a mi antojo.

Seth, Davy y Connor comenzaron a toser y a escupir el café. Tam aplaudió pausadamente.

—Bien, bien... ese es el espíritu ganador. Ahora empiezo a comprender por qué Nikolai perdió la cabeza. Brillantes ojos verdes, grandes tetas bamboleantes y piel de alabastro. Y se presenta desnuda en la madriguera de Zhoglo como un buen sacrificio.

Becca notó que la sangre huía de su rostro y que se le enfriaba el cuerpo como si hubiera sido absorbido por un agujero negro, dejándola helada. Se estremeció de miedo al escuchar ese nombre.

—¿Qué sabes tú? —susurró.

Tam sonrió y le dio una palmadita en la mejilla.

—Oh, qué dulce... —murmuró—. Yo lo sé todo.

Sus palabras fueron seguidas de un incómodo silencio. Tras unos segundos de tensión, Seth dio una fuerte palmada.

—Bueno, bueno... Raine me había hecho prometer que no debía hacer ninguna pregunta sobre el tema, pero dado que Tam ha roto el hielo...

—¡Seth! —advirtió Raine—. Tu promesa sigue en pie.

—Pero quiero saber los detalles —se quejó él, cómicamente—. Nick apenas nos ha contado nada y me refiero a que solo ha soltado lo mínimo imprescindible. *Don Monosílabo* es un reservado hijo de puta. Y eso me jode un huevo.

Becca dudó.

—Bueno, la verdad... Quizá dentro de un tiempo —repuso, intentando evadirse—. No es un tema en el que me apetezca pensar en este momento. Desde luego no le apetecía recordar que seguía encabezando la lista negra de la araña.

—¿Qué te había dicho? —Raine clavó un dedo punzante en el pecho de su marido—. Imbécil. Pues serás tú quien pague las consecuencias.

—¡Oh, no, mierda! —Seth esbozó una triste y cómica mueca mirándola a ella—. ¡Está amenazándome con boicotear mi segunda actividad sexual favorita durante una semana entera!

Ella tuvo que contener la risa.

—Oh, lo siento. Es terrible. ¿Qué puedes hacer?

—Sobreviviré —aseguró—. Siempre puedo recurrir a mi actividad

favorita, y no hay nada que me guste más que... ¡Ay! —Se volvió hacia Raine con una expresión de fingido dolor—. ¡Esos tacones parecen agujas!

Raine la miró con una sonrisa de disculpa.

—Lo siento. Es un maleducado —aseguró refiriéndose a su marido—. Le advertí que no te molestara con ese tema. Me imagino perfectamente por qué no quieres hablar de Zhoglo.

—No. —La profunda voz de Nick interrumpió las palabras de Raine e hizo que cayera un manto de silencio sobre la mesa—. No mencionéis su nombre. Podría estar escuchando.

Todos miraron a Nick, que clavaba en Tam los ojos entrecerrados.

—Cuéntanos, ¿qué estaba haciendo Milla? —preguntó Davy con suavidad.

Nick encogió los hombros.

—Regentaba su negocio —explicó—. Nada especial. Hola, Tam.

La mujer sonrió con frialdad.

—Nikolai —susurró—. Por fin nos encontramos. Me has estado evitando como a la peste mientras yo me moría por conocer a tu tierno sacrificio.

—¿De veras? No me digas. —Nick tenía la mandíbula tensa—. ¿Y qué te parece?

—Es encantadora, por supuesto —comentó Tam—. Te felicito por la adquisición, es adorable. Me alegra saber que mi confianza no fue traicionada en vano. Que mi contacto no está en peligro mortal por nada. Ya iba siendo hora de que consiguieras echar un buen polvo. Siempre hay que buscar el lado positivo de las cosas, ¿no crees?

Becca se puso de pie de golpe.

—¡No fue culpa suya que yo apareciera y lo arruinara todo! ¡Déjalo en paz!

Lo dijo con el suficiente volumen como para que la gente sentada en otras mesas la mirara intrigada. Nick clavó los ojos en ella, sorprendido.

—¡Déjalos en paz, Tam! —intervino Erin con expresión seria mientras abrazaba con ternura al bebé—. No seas una mala pécora.

—Lo siento, Erin. Ya deberías saberlo pero, por desgracia, soy una mala pécora. —Fue la clara respuesta de Tam—. Y deja que se defienda por sí mismo. Nuestro querido Nikolai, el que siempre la caga. Entenderás lo que quiero decir, querida, cuando llegue el inevitable día en el que seas tú quien padezca uno de sus enormes y garrafales errores. Si vives el tiempo suficiente para darte cuenta de lo ocurrido, claro.

Se le pusieron los pelos de punta.

—¡No la caga siempre! —le defendió ella.

—¿No? —La carcajada de Tam era realmente afilada, como el borde cortante de un trozo de cristal—. Pídele que te cuente lo de Novak.

—¡Joder, Tam! Si no sabes comportarte de una manera civilizada, será mejor que te largues. —Davy se puso en pie arrastrando la silla, que hizo un sonido chirriante, y miró a Tam lleno de furia.

—¿De manera civilizada? —repitió Tam en tono burlón—. Esa es la mejor manera de negar la realidad. Imagino que por eso suelo ser tan poco sociable.

Becca tomó la mano de Nick, estaba fría y tensa.

La expresión que vio en su cara hizo que se le revolvió el estómago. El hombre con el que había estado bailando, riéndose y besándose había desaparecido. Nick estaba pálido y sus ojos tenían aquella mirada letal que solo había aparecido durante los peores momentos de su peligrosa aventura en la isla.

Odiaba verlo así. Parecía como si de su cara hubiera desaparecido cualquier muestra de vivacidad y sus rasgos se vieran transformados por una máscara de hierro.

—Creo que ha llegado el momento de que nos retiremos —dijo ella a todos los presentes—. Ha sido una fiesta fabulosa. Gracias por haberme acogido con tanta amabilidad. Me alegro de haberos conocido. —Clavó una fría mirada en Tam—. Menos a ti. —Apretó los dedos de su amante—. Vámonos, Nick.

Él la siguió como un autómata.

Capítulo



NICK permitió que Becca lo arrastrara hacia la habitación, pero sentía las extremidades rígidas.

Era una estupidez que se viniera abajo por aquello. Que se dejara llevar por los sentimientos. Después de una vida enfrentándose a lo mismo, debería haberlo visto venir.

Bueno, qué más daba. Ya estaba acostumbrado a ese tipo de desenlaces tras ver la misma mirada en la cara de su padre durante años.

Existía un truco para sobrevivir, que nada te importara.

Había llegado a dominar aquella técnica ante su padre, aunque le llevó años de práctica llegar a realizarla a la perfección. Sin embargo, llevarla a cabo con Becca era un asunto muy distinto.

Llegaron a la habitación y se quedó inmóvil ante la puerta, en actitud pasiva, mientras ella buscaba la llave en el diminuto bolsito rosa. Notó las suaves manos femeninas en la parte baja de la espalda cuando le empujó al interior de la cómoda y espaciosa suite. Le llamó la atención el desorden, producto de la frenética velocidad a la que se habían arreglado. Habían llegado justos de tiempo por culpa de la trascendental sesión de sexo oral.

Se sentó en el borde de la cama, cubierta de prendas de ropa diseminadas de cualquier manera, dando la espalda a Becca.

Su mirada cayó sobre la botella de champán que se enfriaba en la cubitera.

Se cubrió los ojos, tenía el estómago revuelto. Aquello era todo, hasta allí habían llegado.

Becca esperó un par de minutos antes de dirigirse a él con un toque de frustración en la voz.

—¿Nick? ¿Quieres hacer el favor de explicarme de qué iba todo eso?

—No —repuso categórico.

Ella emitió un largo suspiro y rodeó la cama, furiosa, para enfrentarse a él. Vio que le miraba con los brazos en jarras y las piernas separadas, antes de ponerse a dar golpecitos con el pie en el suelo. Parecía dispuesta a todo y él

se preparó para ello.

—Bueno, creo que no me he expresado bien —rectificó ella con voz airada—. Vamos a intentarlo de nuevo. Nick, ¿de qué leches iba eso?

Intentó encoger los hombros, pero le pesaban demasiado.

—Pues iba de la realidad.

Ella golpeó el suelo con el pie.

—No se te ocurra ponerte críptico y misterioso conmigo, o te daré una patada en el culo.

Las palabras le arrancaron una amarga sonrisa.

—Pues ponte a la cola —recomendó—, y saca número. Todo el mundo quiere darme una patada en el culo, ¿por qué ibas a ser diferente?

—Ya basta —espetó ella, dándole un empujón en el pecho—. Sentir lástima de ti mismo no sirve de nada. Quiero que me cuentes a qué se refería esa mujer, porque no pienso quedarme de brazos cruzados mientras tú sigues ahí, todo enfurruñado y amargado. Cuéntame, quién es... ¿cómo dijo que se llamaba? ¿Novak?

Él respiró hondo y tensó todos los músculos, preparándose para asimilar el dolor que supondría la inminente pérdida.

—Kurt Novak. Era un hijo de puta como Zhoglo —explicó con lentitud—. En este caso de la mafia húngara.

Volvió a respirar hondo antes de relatarle toda la triste y miserable historia de cómo casi había jodido la vida de Connor —en todos los aspectos— durante aquel asunto con Novak.

Después mantuvo la cabeza gacha durante un buen rato. No quería enfrentarse a su mirada y ser testigo de lo que estaba seguro que vería. Pero ella no dijo nada.

Por fin, incapaz de soportar el suspense durante más tiempo, alzó la vista.

La furiosa y agresiva pose de Becca se había esfumado. Estaba observándolo con la cabeza ladeada. Parecía algo desconcertada.

—¿Eso es todo? —preguntó ella.

Él emitió una ruda carcajada.

—¿Todo? ¿No te parece suficiente?

—Si te soy sincera, no —confesó—. Es decir, me parece una historia terrible y me alegro de que se resolviera felizmente, pero no creo que cometieras un pecado.

—Connor era mi amigo —gruñó.

—Ya, claro. Y cometiste un error —expuso ella—. Debes haberlo pasado

muy mal y lo lamento muchísimo, pero todo salió bien. Así que dime ¿cuál es el gran...?

—¡Hay gente que está muerta y enterrada por culpa de mis meteduras de pata!

Becca se estremeció al captar la violencia en su voz.

—¿A qué te refieres ahora? —preguntó con precaución—. ¿Al agente ucraniano que murió por un chivatazo? ¿Ese cuya hija secuestraron? Nick... No fuiste tú quien se fue de la lengua.

Él se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—¡Joder! ¡Me cago en la puta! Por eso no mantengo este tipo de conversaciones...

—¡Ah, no! ¡De eso nada! —Becca se interpuso con rapidez entre él y la salida—. No te atrevas a largarte así, lleno de furia, sin haber aclarado este asunto. En el tema de Novak te engañaron. En el de Ucrania también tú fuiste traicionado, lo mismo que Sergei. Engañar y traicionar son horribles y odiosos pecados, no cabe duda, pero ser engañado y traicionado no, Nick. Es mala suerte. ¡Hay una diferencia enorme!

—¡No! ¡No la hay! —gritó él—. ¡Debería haberlo previsto! Debería haberlo sabido y...

—Ya, bueno, pero no eres Dios. Una lástima... —ironizó ella en respuesta—. Pero los demás tampoco lo somos. Mira, ¿sabes qué te digo? Que de acuerdo, lárgate. ¡Ya estoy harta de tu autocompasión!

—Ni se te ocurra darle a esto un giro de tuerca, nena. No voy a picar. —Su voz fue suave pero letal—. Lo que cuentan son los resultados. Las conclusiones se sacan viendo los putos resultados. Se le llama aceptar la realidad.

Ella meneó la cabeza con obstinación.

—No, esto no es un «giro de tuerca», sino más bien «la voz de la razón». Además, o mucho me equivoco o no he notado que nadie te guarde rencor; solo esa zorra de Tam. Y, por supuesto, tú mismo.

Él hizo un sonido de desdén.

—¡Oh, sí! Te aseguro que no lo han olvidado ni por un instante, nena.

—Nick, cariño, te voy a dar algunas noticias de última hora. —Becca estaba siendo sarcástica—. Te siguen invitando a sus bodas... No sé si lo sabes, pero la gente no invita a su boda a personas que no le gustan, a menos, claro está, que estemos hablando de tipos forrados que poseen hasta pozos de petróleo. Las bodas cuestan una pasta, son momentos íntimos, importantes en

la vida. Así que acepta la verdad, ¿vale? Son tus amigos y están preocupados por ti. ¡Asúmelo!

Él meneó la cabeza y se dejó caer de nuevo sobre la cama, ocultando su dolorida cabeza entre las manos.

—No sé. De verdad, ya no sé nada —dijo absolutamente desanimado—. Me paso la vida esperando a que suceda algo más. Y siempre acaba ocurriendo.

—¿A que suceda qué? ¿A qué te refieres?

—A que yo cometa el siguiente error. La siguiente cagada. Y a que los demás se den cuenta. Siempre acaba ocurriendo. Todos acaban desilusionándose conmigo.

Se obligó a levantar la mirada unos minutos después; no podía resistir el silencio de Becca. Y deseó no haberlo hecho.

Ella tenía los ojos llenos de lágrimas. La vio enjugárselas y girar la cara, intentado contener un sollozo.

—Crees que yo también acabaré desilusionada, es eso ¿no? —Le exigía la verdad y él no se atrevía a responder.

Tenía que ser realista. Todas las mujeres con las que se había relacionado en algún momento de su vida habían terminado escarmentadas. No existía ninguna razón para pensar que en esa ocasión fuera a ser diferente.

Pero tampoco quería renunciar a todo eso exponiendo la cruda realidad. Pensaba disfrutar de lo que pudiera conseguir mientras fuera posible.

Si decía que sí, parecería un patético llorón, y si respondía que no, estaría mintiendo. Y las mentiras siempre acaban volviéndose contra uno, así que no podía contestar.

—Olvídalo, ¿vale? —murmuró—. Por favor...

—De eso nada —repuso ella. La vio secarse las lágrimas con el dorso de la mano y sorber por la nariz—. No pienso olvidarlo. No me lo pidas siquiera, las cosas no funcionan así.

—Déjalo estar. No puedo soportar que...

—Nick, ¡estoy viva gracias a ti! —Aulló con una impetuosidad sorprendente a pesar del llanto—. ¡Fuiste tú quien me salvó! Para empezar, estabas arriesgándote y realizando una acción heroica y valerosa, pero lo dejaste todo cuando yo aparecí. Entonces pusiste en peligro incluso tu vida por salvarme. Fuiste un valiente héroe por mí. ¿No hablabas de resultados? Pues esos son los resultados de tus acciones. ¡Eres la única razón por la que ahora no estoy muerta!

—No estás muerta... todavía —intervino él con acritud—. Pero si yo fuera tú, no lo diría muy alto.

—¡Pues lo estoy gritando a voces! Da igual como termine —espetó ella—. Y tengo una voz bien audible, ¿está claro?

El cegador resplandor de aquella desatada furia justiciera le intimidó y deslumbró a la vez. ¡Qué hermosa era Becca!

—Bueno, vale —murmuró—. Lo que tú digas.

Ella carraspeó.

—Bien —dijo un momento después, algo más apaciguada.

Él se quedó allí sentado, sorprendido al notar que realmente se sentía mejor. No pensaba que la sensación fuera a durar demasiado tiempo, pero ¿qué más daba? La idea era disfrutar de lo que pudiera conseguir y agradecer la oportunidad de poder hacerlo.

Además, ser puesto en tu lugar por una airada mujer con un escotado vestido que permitía vislumbrar mucho más que el nacimiento de sus pechos cada vez que se movía, tenía sus ventajas.

En ese momento, ella se descalzó y se sentó en la silla para subirse la falda hasta que él vio la pálida piel por encima de la liga. La observó soltar el ligero y comenzar a quitarse las medias moviendo los dedos de una manera lenta y sensual. El atronador latido de su corazón se desbocó por completo.

Igual que otra parte de su anatomía.

A Becca le temblaban las manos por el esfuerzo de aparentar calma y compostura. No sabía muy bien qué estaría provocando al insinuarse de aquella forma mientras él estaba poseído por un estado de ánimo tan inestable.

Pero lo que no había conseguido la razón, quizá lo consiguiera un poco de sexo ardiente.

—¿Por qué te estás desnudando, Becca? —preguntó él con dureza—. ¿Tienes ganas de marcha?

Ella encogió los hombros con fingida indiferencia y se bajó la otra media.

—No sé, ¿estás ya de mejor humor?

—Quizá lo estaría si folláramos un poco —repuso él.

- *Mmm...* —Respiró hondo antes de bajar un tirante del vestido y luego el otro. Llevó los brazos a la espalda para bajar la cremallera—. ¿Quieres decir con eso que, una vez que te corras, recuperarás de nuevo ese humor imposible? Ya sabes que eso no me gusta nada.

—Puede ser. —Fue la indiferente respuesta—. Nada en la vida tiene garantías.

—Yo te *garantizo* que te clavaré agujas bajo las uñas si vuelves a ponerte así —le informó.

Le vio hacer una mueca.

—¿De veras? ¿Llevas agujas en el bolso?

—Claro. El *kit* portátil para torturas lo llevo conmigo a todas partes —aseguró.

Tuvo la certeza de que él intentaba contener una sonrisa, lo que ya era una pequeña victoria. Aprovechó la ventaja y caminó hacia Nick de manera insinuante, contoneando las caderas. Cuando estuvo ante él se giró y le dio la espalda.

—Bájame la cremallera, por favor.

Sus manos se movieron con rapidez, acariciándole la piel que quedó al descubierto. Sus dedos estaban calientes y la energía que transmitió su tacto la hizo estremecer. Nick siguió la lenta caída de la tela con las yemas, erizando cada célula de su piel. De pronto apretó los labios contra su espalda, abrazándola desde atrás y, muy despacio, le dio un ardiente lametazo. ¡Oh, qué placer!

Se volvió, girando en el interior del círculo que formaban sus brazos, y le rodeó el cuello con los suyos al tiempo que enterraba la nariz en su pelo para inhalar su cálido aroma.

—¿No te desnudas?

Él le acarició el nacimiento de los pechos con la punta de la nariz a la vez que le apretaba las nalgas.

—Tengo que bajar al vestíbulo a comprar condones en la máquina que hay en el cuarto de baño de caballeros —explicó. Parecía algo avergonzado—. Mi intención era haberlo hecho cuando veníamos de camino, pero nos entretuvimos demasiado... ya sabes.

Bien, aquella era la oportunidad que esperaba. El momento de hacer el anuncio... o la oferta... o de meter la pata hasta el fondo. Solo el tiempo diría en qué se convertiría.

—¿Nick...? —le llamó en voz baja—. Con respecto al tema de los preservativos...

—¿Qué?

- *Eh...* Te ofrezco una alternativa, si te apetece —dijo de golpe—. Tengo un diafragma. Lleva años guardado en un cajón y preferiría... bueno, si tú

quieres... Ya sabes.

Esperó su respuesta con ansiedad, pero él no movió ni un músculo. No cambió de expresión, solo la miró fijamente.

Ella se sintió desconcertada y le entraron dudas.

—Bueno, era solo una idea. Solo lo usaré si tú te sientes cómodo con lo que implica, claro. Dada la situación en la que nos encontramos, esta batalla entre la vida y la muerte, jamás hemos discutido las reglas básicas de nuestra relación, y... ¡Dios, esto es un corte!... Quiero decir que...

—Quieres decir que solo puedo follar contigo —la interrumpió.

Ella no tuvo el valor de hablar después de aquella brusca conclusión. Así que esperó... y esperó, y esperó.

—Ya es lo que hago —concluyó él al final.

Notó que se aflojaba algo en su interior. Se había estado recriminando para sus adentros, recordándose que no había ninguna razón para exigirle fidelidad, así que se había preparado para una respuesta cortante y negativa.

Pero él no dijo nada más, así que tragó saliva para bajar el nudo de júbilo que notaba en la garganta.

—Y... *er...* ¿continuarás haciéndolo mientras sigamos juntos? —preguntó bajito.

Él la tomó por las caderas.

—¿Mientras sigamos juntos? ¿Es que estás pensando en dejarme? Me alegro de que me avises con tiempo.

El brusco tono la aterrorizó, dado que todo aquello parecía dirigirse en una dirección que jamás se había propuesto.

—¡No! ¡No quería decir eso! Es solo una manera de hablar, no significa nada.

—Entonces no lo digas. —Él se deshizo de su abrazo y se levantó para acercarse a la ventana panorámica. La tensión a la que estaba sometida su ancha espalda transmitía las intensas emociones que él sentía.

Le vio quitarse la chaqueta.

—Imagino que eres consciente de que será igual para los dos —dijo él finalmente.

—¿Qué quieres decir? —Ella consiguió por fin soltarse el sujetador—. ¿A qué te refieres?

—A que tú tampoco puedes acostarte con otros hombres.

Él se despojó de la camisa.

—Ah, ya. Eso se da por hecho.

—Quiero escuchar cómo lo dices —pidió por lo bajo—. En voz bien alta. Igual que he hecho yo.

A Becca le resultó difícil no reírse de la intensidad de su tono, sobre todo si pensaba en su historial con los hombres. ¡Como si fuera a fijarse en otro teniéndole a él!

—Solo me acostaré contigo —repuso con calma.

Él se desabrochó el cinturón y se bajó los pantalones. La engrosada erección se alzó de golpe, rígida y bamboleante. Siempre preparada. Le vio acariciarla mientras clavaba en ella una mirada acerada.

—Ni siquiera quiero que mires a otros hombres —añadió él con suavidad.

—No lo haré. De todas maneras, me resultaría imposible. Solo puedo pensar en ti —repuso con sencillez, ruborizándose al admitirlo. Bajó la vista con rapidez para quitarse el ligero y deshacer los lazos de las bragas. Cuando terminó, él estaba ante ella, enviándole vibrantes oleadas de energía, abrasándola con su penetrante mirada.

—Muy bien. Así me gusta —dijo él con la voz algo temblorosa, antes de inclinarse para abrazarla.

Ella dio un paso atrás al tiempo que estiraba los brazos para mantenerlo a distancia.

—Espera un poco. Aún no me he puesto el diafragma, así que no te vuelvas loco todavía. Debo ir al cuarto de baño a colocármelo.

—Te puedo ayudar. Tengo los dedos largos y te aseguro que no hay ningún otro lugar en el mundo en el que me gustaría meterlos, más que en tu estrecho y resbaladizo...

—Gracias, pero no. —Fue tajante—. Me las arreglaré sola.

—Te esperaré en la terraza, dentro del *jacuzzi*. Date prisa.

Entró en el cuarto de baño con el neceser en la mano y se sentó en el borde de la elegante bañera de patas. Se inclinó hacia delante intentando dominar el incontrolable nudo de emociones que la atravesaban: risa, llanto, miedo, sorpresa, incredulidad. Habían ido muy lejos con mucha rapidez. Aquello era como una bola de nieve rodando ladera abajo cada vez más deprisa.

Se obligó a recobrar la compostura. Vertió un poco de espermicida en el dispositivo e intentó ponérselo. Tuvo que intentarlo varias veces, forcejeando y maldiciendo. No había llegado a utilizar aquello el tiempo suficiente como para insertarlo con habilidad. Por fin logró colocarlo en la que esperaba fuera

la posición adecuada.

Anduvo muy despacio hasta la terraza de madera. Frente a ellos el paisaje mostraba una ladera llena de árboles y una espectacular vista del monte Rainier. A ambos lados de la terraza, unos altos paneles de madera de cedro aseguraban su privacidad.

Nick ya se había metido en el *jacuzzi*. La espuma le envolvía, burbujando a su alrededor. Observó que había estirado los brazos por el borde de la bañera y dejado caer la cabeza hacia atrás. La fría lluvia se posaba sobre su rostro, arrancando brillos al oscuro cabello que se rizaba con la humedad.

Él la observó acercarse con los ojos entrecerrados.

Becca se hundió en el delicioso calor y se deslizó hacia él a través del agua, como si su cuerpo fuera un imán para ella. Finalmente se quedó inmóvil, sumergida en la líquida calidez, a pocos centímetros de aquella espectacular figura masculina. Movié la mano por el interior del agua y se topó con su erección a la primera, aunque había que reconocer que era bastante difícil ignorar una dura y gruesa vara como aquella.

Se acercó todavía más y apoyó la cabeza en su hombro, relajándose mientras lo acariciaba por debajo de la superficie. Le escuchó gemir por lo bajo al verse sacudido por escalofríos de placer.

Por fin él buscó sus manos y las sostuvo entre las suyas, alejándolas de su sexo.

—Para... —Le escuchó murmurar con voz pastosa—. Más despacio, todavía no. Tengo muchos planes para esa erección.

La apartó a un lado y salió del agua de un salto, provocando una violenta marea de salpicaduras.

—Estaba calentándome demasiado —explicó bruscamente.

Nick se sentó en el banco de madera y alzó la cara hacia el cielo para que la fría y pesada lluvia cayera sobre sus párpados cerrados.

Ella le imitó, y se levantó. Notó que la lluvia, en realidad, no estaba fría. Por el contrario, resultaba deliciosa y suave contra el febril ardor de su piel.

Ahora ya no estaba poseída por una desesperada ansiedad. Todas las dudas habían desaparecido de su mente. Se acercó a él, imparable como la marea.

Nick ya no podía ocultarse de ella. Ya no podría hacerlo nunca más.

Se arrodilló frente a él, sobre las húmedas tablas de madera, y apoyó las manos en sus rodillas para mirar la inescrutable expresión de su cara mientras

le acariciaba lentamente los muslos mojados, recreándose en la áspera textura de su vello oscuro. Enredó los dedos en el que le cubría la ingle pero rodeó con rapidez la gruesa y rígida base del pene.

Podía leer todas las emociones que atravesaban su cara. En la tensión de la mandíbula, en el leve temblor de sus párpados, en el ensanchamiento de sus fosas nasales. Tenía las venas del cuello hinchadas y veía palpar allí el pulso, con el mismo ritmo alocado que latía en el engrosado miembro que tenía entre sus manos.

Bajó la boca, dispuesta a perfeccionar sus recién adquiridas habilidades en el sexo oral. El oscuro resplandor azul del cielo era la única luz existente; el zumbido de los chorros de burbujas en el *jacuzzi* y el susurro de la lluvia contra el suelo, los únicos sonidos. Los pinos, cedros y abetos cercanos les envolvían con su intoxicante aroma. Becca se sentía tan caliente que la lluvia debería evaporarse al tocar su piel. Estaba excitada, vibrante... se sentía viva.

Lamió y chupó, acarició y masajéó, le adoró con la lengua, con los labios, con las manos, hasta que él tuvo que jadear para seguir respirando.

Alargó el momento hasta que su dolorosa necesidad, hasta que el palpar de su sexo, fue demasiado intenso como para poder ignorarlo. Entonces se levantó y se sentó a horcajadas sobre él.

Nick sostuvo la polla mientras ella descendía lentamente. Fue ella la que hizo girar el glante en la entrada de su vagina para empaparla con sus fluidos antes de hundirse hasta el fondo, dejando que fuera su peso el que la ensartara. Se le llenaron los ojos de lágrimas ante la perfecta combinación de dolor y placer que le proporcionaba aquella profunda penetración. Se movió, deslizó y vibró en torno a aquella gruesa erección y el placer la envolvió; palpitante, cada vez más incontrolable.

Él le giró la cara para ahuecar la mano mojada sobre su mejilla y poder mirarla fijamente a los ojos. La lluvia caía sobre ambos, creando riachuelos de agua en sus rostros.

—Te amo —dijo él de buenas a primeras, con la voz dolorosamente descarnada.

Ella se lo quedó mirando sin poder articular palabra durante unos minutos.

—Yo también te amo —susurró bajito—. Estuve a punto de decírtelo ayer, pero me dio miedo que no quisieras que...

—Quiero —la interrumpió—. Te quiero. Quiero todo lo que implica.

Ella contuvo las lágrimas y ensayó una sonrisa mientras se limpiaba la

lluvia que le caía sobre los ojos.

—Me alegro. —Le temblaba la voz.

Nick volvió a besarla. Se abrazaron sosteniéndose mutuamente, siguiéndose en cada contoneo, en cada suspiro. Cada estremecimiento suponía un incremento en el placer que estallaba poco a poco, revelándoles un increíble goce sensual.

Por fin él apartó los labios.

—No me dejes —le pidió.

—No te dejaré jamás —prometió ella.

La lluvia caía con fuerza ahora, pero les proporcionaba un dulce sosiego, como si una brusca emoción cayera directamente del cielo para enfriar el ardor con que se fundían sus cuerpos.

—Estoy hablando en serio —insistió Nick, enfatizando cada una de sus roncas palabras, como si creyera que ella no le entendía—. Quiero decir que no me dejes nunca. Jamás en mi vida. Cásate conmigo.

—Sí. Soy tuya en cuerpo y alma. —Ella comenzó a reírse, a llorar de alegría—. Por completo.

Él la estrechó y ella le rodeó con sus piernas. Se convirtieron en un solo ser, flotaron lejos del resto del mundo.

Cayeron en un estado de éxtasis absoluto.

Capítulo



BECCA cogió con la cuchara la última porción de salsa holandesa que cubría el huevo Benedict y volvió a intentar contactar con sus hermanos. Primero con Carrie y luego con Josh. Sus móviles seguían apagados. Aquello era muy extraño. Los tres tenían inculcada la necesidad de estar siempre localizables. Una intensa punzada de miedo le atravesó el vientre, traspasando incluso la agradable euforia que sentía tras la increíble noche pasada con Nick.

Además, se sentía culpable por no haber insistido más el día anterior hasta conseguir hablar con ellos.

—¿Qué te pasa, nena?

Nick había dejado incluso de rebañar lo que quedaba en su plato de una enorme tortilla francesa de jamón, queso y verduras, y la miraba con el ceño fruncido.

—No logro localizar a mis hermanos —explicó.

Él se tragó el trozo de pan y echó un vistazo al reloj.

—Es domingo por la mañana y solo son las once menos veinte —razonó—. Yo también tendría el móvil apagado. Inténtalo de nuevo cuando regresemos a la ciudad.

Ella asintió con la cabeza y bebió el café, mientras hacía lo posible por descartar aquella sensación que le ponía los pelos de punta. Estaba segura de que era una reacción provocada por el estrés al que estaba siendo sometida, no a una especie de catastrófica premonición.

Eso era imposible, no creía en rollos paranormales; no era esa clase de persona.

Había intentado hablar con Carrie en la residencia, pero hacía días que nadie la veía. Y lo mismo ocurría con Josh. Ninguno de sus compañeros de piso, conocido por el cariñoso apodo de Guarida Infernal, recordaba haberle visto a lo largo del fin de semana. Iba a sentirse muy satisfecha cuando por fin hablara con ellos y pudiera conseguir que se sintieran avergonzados por preocuparla de esa manera. De hecho, se moría de ganas por hacerlo. ¡Mira

que tenerla en ese estado de ansiedad!

—¿Qué piensas hacer hoy? —preguntó a Nick.

—Alex Aaro me cubrirá algunas horas más —explicó—, así que pienso ir a ver a Diana Evans. —Tocó con el dedo la carpetilla que había al lado de su plato—. Davy ha dado con ella. También encontró a Mathes, pero no creo que sea una buena idea intentar interrogarlo.

Ella le miró sorprendida.

—¡Qué bien! ¿Puedo...? No, mejor no. Estoy segura de que me reconocería, me crucé con ella en el hotel y en el aparcamiento.

—Claro, por eso vas a quedarte en el hotel. Mejor todavía, te dejaré con los chicos en el centro de operaciones de SafeGuard. Es lo mejor.

Ella suspiró y meneó la cabeza. Ya había discutido con Nick sobre el tema en varias ocasiones desde la noche anterior. Las profundas declaraciones de amor y la propuesta de matrimonio eran muy románticas, pero no habían conseguido que aquel hombre se ablandara ni que fuera más tratable. Por el contrario, parecía más protector y obsesionado por su seguridad que antes.

Como no sabía cuánto tiempo tendría que continuar pendiente de cualquier cosa que ocurriera a su alrededor, no estaba dispuesta a acatar sus órdenes sin más; sentaría un precedente que acabaría agobiándola. No pensaba vivir dentro de una burbuja, la persiguiera Zhoglo o no. Apretaría los dientes, alzaría la barbilla, sacaría pecho y se encargaría de todos sus asuntos como si no pasara nada.

Al menos mientras no tuviera una razón muy evidente para ocultarse.

—Tengo que ocuparme de algunos asuntos —explicó—. Como devolver el coche a la agencia de alquiler, sacar dinero del banco, ir a buscar ropa limpia a mi casa...

—Yo te acompañaré a hacer todas esas cosas cuando vuelva —aseguró él—. Y de paso podemos comprar el anillo.

Notó una cálida y violenta satisfacción, y alargó el brazo para acariciarle la mejilla y enredar los dedos en sus despeinados cabellos.

—El anillo puede esperar —aseguró—. No hay prisa. Y si andas escaso de dinero...

—Quiero verlo en tu dedo —repuso él—. Me muero de impaciencia.

Se sonrieron, mirándose a los ojos como cualquier pareja de enamorados.

El recién casado, Sean McCloud, se paseaba por el comedor despeinado y somnoliento, con apariencia de estar muy satisfecho consigo mismo. Le

guiñó a ella un ojo y le dio a Nick una palmada en la espalda.

—El matrimonio es una pasada —les informó—. Ahora te toca a ti el turno, Nick.

—Tienes razón —convino él—. Estoy preparado.

Sean abrió los ojos como platos y Nick esbozó una amplia sonrisa.

—¿De veras? —Sean soltó un silbido—. ¿Qué quieres decir? ¿Que ya se lo has pedido?

—Sí, y ha aceptado —se jactó Nick—. Venga, felicítame.

McCloud parpadeó y se pasó las manos por el pelo rubio, poniéndoselo de punta.

—Espera un momento... ¿Cuánto tiempo hace que te la encontraste en la piscina? ¿Un par de días?

—Sí, surgió entre las aguas como Venus entre la espuma —se cachondeó Seth con una sonrisa burlona, pasando junto a ellos con su desayuno en una bandeja—. Chorreante y con una pistola apuntándole a la cabeza. Lo que he dicho siempre, todo llega tarde o temprano.

—¡Es genial! —La sonrisa de Sean era cada vez más grande—. ¡Es una noticia increíble! —Se inclinó hacia Becca y le dio un beso en la mejilla—. Es una mujer adorable, una gran adquisición para el grupo. Tengo que decírselo a Liv.

Se alejó casi a saltitos hacia la mesa donde estaba desayunando la radiante novia, y unos segundos después les dirigieron amplias sonrisas y miradas comprensivas desde todos los puntos del comedor.

Ella apretó la taza de café entre las manos, intentando controlar la respiración. No estaba preparada para un anuncio público. El compromiso era muy reciente y hubiera preferido guardar el secreto durante un tiempo. Sin embargo, no había tenido tiempo de comunicar a Nick sus preferencias.

Se le ocurrió de repente que aquella incontenible obsesión de Nick de seguir adelante, de querer comprarle una alianza a pesar de que sus fondos estaban bastante mermados, de que todo el mundo se enterara de que eran novios era muy parecida a la manera en que ella se había comportado cuando se comprometió con Justin. Le había parecido una situación tan irreal que se apresuró a contárselo a todos para hacerla real.

La conclusión era que él se sentía inseguro, incluso después de no haber pegado ojo durante toda la noche. ¡Iba a tener que esmerarse mucho para conseguir convencerle!

Sintió una oleada de ternura por Nick, por el solitario y vulnerable niño

que había sido. Pues iba a hacer que se diera cuenta de una vez por todas que aquello era muy real; que ella era real. Y pensaba empezar en ese mismo instante.

Se levantó, rodeó la mesa y se sentó en el regazo de Nick sin mediar palabra. Le encerró la cara entre las manos para besarle lenta, tierna y públicamente.

Sonaron silbidos de admiración, tiernos deseos e incluso algunos aplausos. Ella ignoró todas las manifestaciones; no pudo evitarlo porque él le enredó los dedos en el pelo y le devolvió el beso como solo él sabía hacerlo.

Cuando por fin se detuvieron, él mantuvo los ojos cerrados con una beatífica expresión de felicidad, tenía los pómulos ruborizados y la erección palpitaba contra sus nalgas.

—¿Hasta qué hora podemos disponer de la habitación? —murmuró él.

—Hasta las once —informó ella.

Él miró el reloj.

—¡Genial! Subamos.

—¡Venga ya! Si hemos bajado el equipaje y todo, y solo quedan doce minutos, así que olvi...

—¿Para qué necesitas el equipaje? Doce minutos es más que suficiente. ¿Has terminado de desayunar?

—Sí, pero... —Lanzó un chillido cuando él se levantó con ella en brazos y la puso en el suelo para arrastrarla hasta la escalera curva que había junto a la entrada del comedor.

Acabaron marchándose bastante más tarde de lo que pensaban. Los doce minutos se convirtieron en treinta y cinco, y porque ella le cerró la puerta en las narices cuando se dispuso a tomar una ducha. Tuvo que empujar a aquel Romeo enloquecido de lujuria fuera del cuarto de baño y correr el pestillo para conseguir disfrutar de diez minutos de paz en los que recomponer su aspecto.

Cuando se sentó en la *pickup*, sentía muy sensibles algunas partes. Miró a Nick con disimulo mientras conducía. ¡Qué guapísimo era!

Eran novios. ¡La amaba! Deseaba pasar el resto de su vida con ella. Aquello era un sueño vertiginoso del que no quería despertar nunca.

A Nick no le satisfacía nada aquella situación.

Había mantenido con Becca otra acalorada discusión en el aparcamiento del hotel, sin resultado alguno. Ella corría peligro y era evidente que todavía

no había asimilado contra quién se enfrentaban, a pesar de haber tenido un esclarecedor apunte en aquella puta isla. Por primera vez en su vida estaba atado de pies y manos porque quería llegar a un acuerdo con ella. Actuar como si formaran un equipo.

Quería seguir siendo su novio. Llegar a ser su marido.

No podía ponerse a ladrarle órdenes, porque lo que quería era casarse con ella; así que Becca llevaba la voz cantante y lo sabía. Y eso le volvía loco.

Lo había pasado muy mal cuando ella le saludó con la mano y se marchó en el coche de alquiler. Había notado una punzada de pánico brutal, como si no fuera a verla nunca más.

«Será mejor que te lo tomes con calma, tío».

Tenía que mantenerse tranquilo. No podía dejarse llevar por el pánico ni perder la cabeza. En ese momento estaba muy relajado y debía permanecer así o correría el riesgo de asustarla. No podía joderlo todo. Por fin se había convencido de que podía disfrutar de algo bueno, de que podía tener más de lo que había soñado.

Tener a aquella increíble mujer a su lado. Todos los días... ¡Dios!

Estaba comprometido con ella. El corazón le botaba en el pecho cada vez que lo pensaba, algo que ocurría más o menos una vez por segundo. Por hacer un símil fácil, era lo contrario a recibir un golpe. En lugar de dolor, cada vez que lo pensaba, le atravesaba una oleada de placer; una amalgama de eróticas imágenes, y sentía un cosquilleo en los testículos. Quería ponerle ya un anillo en el dedo. Tenía que casarse con ella antes de que Becca recobrarla la cordura y cambiara de opinión.

¡Oh, el amor! Siempre había considerado que en realidad era algo que ocurría cuando un hombre se veía controlado por las hormonas. Cuando estas le inundaban y tomaban el mando. Una especie de peligroso desequilibrio químico que les recluía en una vida sin opciones.

Pues sí, sus hormonas se habían descontrolado. Había sido conquistado por Becca y así quería quedarse para siempre; tendido sobre la espalda, a merced de ella, para que lo montara como una vaquera. Ver aquella sonrisa en su cara que le hacía querer reír y llorar como un tonto.

Un tonto feliz.

Se preguntó qué tipo de anillo elegiría Becca. A continuación pensó en cómo lo pagaría; quizá pudiera vender una de las motos. O un par de armas.

Dejó a un lado todos aquellos pensamientos cuando se acercó a la calle

donde vivía Diana Evans. Dio una vuelta alrededor de la enorme casa de planta baja estilo años treinta, rodeada de árboles, arbustos y hortensias. Un agradable porche bordeaba toda la edificación.

Nick aparcó en la calle siguiente y examinó las casas vecinas mientras se acercaba. No vio demasiada actividad. No había niños jugando, ni lavando el coche, ni cortando la hierba. Su presencia quedó oculta por la espesa vegetación.

De todas maneras tenía preparado un montón de excusas cuando subió las escaleras del porche hacia la puerta principal. Sin embargo, la puerta se abrió en el momento en que la golpeó, desplazándose hacia dentro sin esfuerzo. Nick tuvo el gélido presentimiento de que no iba a necesitar ninguna excusa.

Tras echar una última mirada por encima del hombro para asegurarse de que nadie le observaba, se coló en el interior.

El lugar estaba revuelto, completamente patas arriba. Atravesó despacio sobre los destrozos procurando no tocar ni mover nada.

Encontró lo mismo en una habitación tras otra: un silencio abrumador.

Halló a Diana en el dormitorio principal, tendida en el suelo, con medio cuerpo en el interior del cuarto de baño y el resto en el suelo de la habitación. Miró fijamente la delgada y encogida figura.

Estaba desnuda. Tenía un aire con Becca en la longitud y el color del pelo, pero el parecido era superficial. Sobre todo porque Diana estaba muerta y Becca muy viva.

La expresión de la cara era grotesca y distorsionada. Estaba lívida, tenía los ojos desorbitados y la lengua fuera de la boca. Todo lo cual, sumado a las marcas de la garganta, era prueba fehaciente de que alguien la había estrangulado.

Se arrodilló para captar los detalles, pero el gesto fue más ritual que otra cosa. Estaba helada, la piel había adquirido ya un color verdoso. No quería dejar ninguna huella de su paso por allí, así que buscó una toalla para cogerle la muñeca. Estaba rígida como un palo.

Debían haberla matado el día anterior. Pensó en la conversación que Becca le había relatado entre Diana y Mathes, recordó la manera en que el hombre intimidó a la anestesista para que ella hiciera algo que no quería. En el desasosiego que había sufrido la mujer posteriormente, en su llanto, en la vomitona...

Estaba seguro de que eso era porque Diana no había sido lo bastante ruin y fría como para satisfacer a Zhoglo. Era un punto a su favor, pero contendría

la compasión de momento. Después de todo, aquello era el resultado de su avaricia... Era lo que siempre ocurría.

No tenía demasiadas ganas de involucrar a la policía en sus problemas, pero no podía marcharse sin más. No podía dejar allí el cuerpo de Diana Evans sin comunicar a nadie su muerte.

Aquella mujer había pagado el precio más alto posible por haberse involucrado en los negocios de Zhoglo, pero merecía que al menos sus restos fueran tratados con cierto respeto.

Terminó de registrar superficialmente el resto de las habitaciones y se dirigió al salón donde descolgó el teléfono usando la manga para cubrirse la mano mientras marcaba el 911.

La telefonista respondió en el acto.

—Me encuentro en el número 5958 de Whittaker —explicó—. Han asesinado a una mujer.

Dejó el teléfono descolgado y con la línea abierta en la mesa. La chica seguía hablando por el altavoz, exigiendo más información.

Salió sin ver a nadie y sin que nadie le viera. Se dirigió lo más rápido que pudo a la *pickup* y se alejó de aquel lugar como si le persiguieran todos los demonios del infierno. Comenzaba a sentir un leve mareo y estaba intranquilo y emotivo. Él, Nick Ward, el hombre de hielo... ¿Qué coño le ocurría? Se había enamorado y de pronto era todo un sentimental.

Quería oír la voz de Becca. Quería que le consolara. Sacó el móvil del bolsillo y la llamó.

¡Maldición! Comunicaba. Quiso arrojar aquel inservible aparato por la ventanilla.

Becca sonreía como una tonta mientras conducía el coche de alquiler pensando en Nick. Era una mujer adulta. Tenía que aprender a actuar con cierta autoridad o él acabaría avasallándola.

La primera parada después de sacar dinero en el cajero automático fue su apartamento. Se sentía extraña, como si estuviera visitando un lugar que recordaba de cuando era niña. Las imágenes y olores resultaban familiares, pero el lugar le parecía más pequeño. Ahora se sentía más grande y veía el techo demasiado bajo y los muebles apelotonados.

Regó las plantas, echó a lavar la ropa sucia y cogió todas las prendas limpias que le cupieron en la maleta. Intentó pensar en todo lo que podría llegar a necesitar durante las dos semanas siguientes, y lo metió en una bolsa.

Luego llevó el equipaje a la sala. Se sentía un tanto inquieta y ansiosa. Era como si algo en su interior la impulsara a moverse con urgencia.

Se quedó quieta en medio de la sala y respiró hondo para aliviar aquel apremiante nerviosismo, pero al mirar a su alrededor se estremeció sin control.

Volvió a echar una ojeada con más atención. ¿Qué había ocurrido allí? Sus cosas no estaban como las había dejado. Jamás se le ocurriría poner el teléfono en el centro de la mesita. No ordenaba los cojines de aquella manera...

Allí había estado alguien. Alguien que había tocado sus cosas. Sintió una gélida agitación en su interior que le aflojó las piernas. Miró a su alrededor mientras se preguntaba si la tensión y el estrés estarían volviéndola loca. Sacándola de quicio. Su mirada cayó sobre los peluches que guardaba en el estante.

«¡Bingo!».

Siempre había colocado el raído conejito rosa de Carrie abrazando a la tortuga de Josh con un largo brazo y a su osito dorado con el otro. Pero ahora el conejito se había caído hacia delante y una de sus largas orejas rosas estaba encogida sobre el regazo del osito. Los brazos estaban extendidos hacia ella, colgando en un gesto de súplica.

Se puso de puntillas y cogió los peluches. Se quedó helada.

Detrás de los muñecos habían ocultado una cámara de vídeo negra; el brillante objetivo redondo la miraba con frialdad.

La cabeza comenzó a darle vueltas y se le revolvió el estómago. La araña había dado con ella. Sabía dónde estaba y quién era, lo que significaba que también tenía conocimiento de la existencia de Josh y Carrie. Sintió arcadas, pero no tenía tiempo para vomitar. La estaban espiando incluso en ese mismo instante, en el que estaba paralizada con los ojos abiertos de horror.

Tragó saliva. Alzó la mano y mostró a la cámara el dedo corazón. Tras aquel acto inútil de rebeldía, cogió la cámara y la lanzó al cubo de la basura en la cocina, junto con el papel de aluminio y los filtros del café. Después de tres días, los restos que contenía el cubo estaban verdes y malolientes.

¿Qué debía hacer ahora? Salió al porche con el equipaje en la mano y miró a ambos lados de la calle. ¿Le dispararían? ¿La secuestrarían? ¿O quizá se limitarían a seguirla? Intentó memorizar todos los coches que tenía a la vista mientras arrastraba las maletas con piernas temblorosas.

Pero nadie la siguió mientras se dirigía a la avenida; aunque sabía que

eso no significaba que no estuvieran allí, sino que estaban engañándola. Como ya lo habían hecho antes. Intentó comunicarse con Josh y con Carrie una vez más. No obtuvo resultado.

Estaba a punto de darle un ataque de nervios y comenzaron a caerle las lágrimas mientras conducía. Quería hablar con Nick, pero si le contaba lo que acababa de descubrir se iba a poner como un loco, y tampoco podía hacer nada. Así que solo quedaba la opción de seguir adelante con su agenda, y lo primero era devolver aquel puñetero coche antes de que consumiera todos sus ahorros.

Llamó un taxi en cuanto solucionó el papeleo en la agencia de alquiler, y le indicó que la recogiera en un cruce a dos manzanas de distancia, en un punto donde solo se podía circular en una dirección. Esperaba que fuera una técnica disuasoria lo suficientemente elaborada para despistar a quien la siguiera. Con esa idea en la cabeza arrastró jadeante las maletas.

No recuperó el resuello hasta que se hundió en el asiento trasero del taxi. Entonces sacó el móvil del bolso una vez más y marcó el número de Josh.

¡Por fin! Daba señal.

—¿Becca?

—¡Josh! ¿Dónde te has metido? Me tienes muy preocupada.

—Ah... bueno... —Se evadió—. Es que he conocido a alguien.

Notar su actitud pasota en el estado aterrado en que estaba la enfureció.

—¿Te haces una idea de lo preocupadísima que estoy? ¿Dónde estás?

—En el nuevo apartamento —soltó Josh como si tal cosa—. Me he mudado con Nadia.

—¿Nadia? ¿Quién demonios es *Nadia*? —espetó.

—Tranquilízate, Becca. Nadia es una chica estupenda. La conocí en la tienda hace un par de días y nos hemos vuelto inseparables desde entonces. Me ha dicho que me venga a vivir con ella. Todd me lo agradecerá; lleva tres meses durmiendo en el sofá. Yo viviré aquí de ahora en adelante y pagaré al mitad del alquiler. Solo necesito trabajar algunas horas extras para...

—¿Vas a irte a vivir con *Nadia*? ¿Con una chica a la que acabas de conocer?

Sabía que estaba comportándose como una arpía, lo que jamás había dado los resultados apetecidos con Josh, pero no podía evitarlo. Se sentía demasiado desesperada, demasiado asustada.

—La conocí hace un par de días. Es asombrosa, Becca, cambiarás de idea cuando la conozcas. ¡Es tan dulce...! Y lista... Por no hablar de lo

guapísima que es. No logro creer que ella... ¡Ay! ¡Para, Nadia! ¡Venga, ya está bien! ¡No! No me hagas cosquillas...

Las voces al otro lado de la línea se convirtieron en una pelea tonta llena de risitas y suspiros. Ella esperó a que acabaran apretando los dientes.

—¿Becca? —preguntó al fin su hermano, con la risa en la voz—. ¿Sigues ahí?

—Sí —confirmó secamente.

—Es muy raro. Acabo de encender el móvil para pedir unos *donuts*, y justo en el mismo momento, ¡zas!, llamas tú. Parece telepatía.

—No, es desesperación —explicó con cierta ironía—. Mira, Josh, llevo intentando comunicarme contigo toda la mañana. Está a punto de darme un ataque de nervios porque Carrie...

—Tranquilízate —la sosegó él—. Todo va bien. Jamás había estado tan bien en mi vida. ¡Eh, genial! —Supo que su hermano no se dirigía a ella—. Es una gran idea, sí. —Un murmullo lejano y luego Josh volvió a hablarle—. Nadia me está diciendo que por qué no vienes a desayunar con nosotros. O a almorzar. ¡Así podrás conocerla y te darás cuenta de lo especial que es! Está deseando conocerte; le he contado que fuiste tú quien nos crio a Carrie y a mí. Me explicó que cuando su madre murió, allá en Moldavia, su hermana menor y ella estuvieron en la misma situación...

—Josh, no puedo —se negó—. Estoy metida en un lío y necesito...

—¡Claro que puedes! Si vienes podrás contarme en persona todo eso que te preocupa. Te enviaré la dirección en un mensaje de texto. ¡Por favor, ven! Voy a colgar y a apagar el móvil.

—Josh, espera, yo...

Clic. La conexión se interrumpió y ella se quedó mirando el teléfono con una profunda desilusión. Volvió a llamarle pero, como acababa de decirle, había apagado el móvil. Se sentía tan frustrada que podría ponerse a gritar.

Estaba cogiéndole manía a la tal Nadia. No sabía quién era, pero poseía el don de la oportunidad. Había aparecido en el peor momento posible para sorberle el cerebro a Josh.

Pensó que estaba siendo un poco injusta si consideraba el remolino en el que se hallaban ella misma y su propio cerebro.

Pero, incluso así, esperaba que Dios estuviera de su parte. Intentó ponerse en contacto con Carrie una vez más. Su móvil seguía apagado. Ojalá le hubiera dado tiempo a mencionarlo antes de que Josh colgara.

Su móvil comenzó a vibrar. Era un mensaje de texto.

885 Gavin St. Apartamentos Garden. ¡Nos vemos!

Parecía que la única solución posible era presentarse allí y dar un buen tirón de orejas a su alocado hermanito, enfermo de amor. Si lograra quedarse a solas con él, sin que la perfecta Nadia estuviera presente, podría relatarle la historia al completo. La verdad sin censuras.

Quizá lograra asustarle lo suficiente como para que entrara en razón. Esperaba que fuera así.

Se inclinó hacia delante para hablar con el taxista.

—¿Perdón? He cambiado de idea, debe llevarme a otra dirección. ¿Sabe llegar a Gavin Street?

Nick no sabía muy bien por qué le había dado por pasar por casa de Richard Mathes. Era una imbecilidad poner en guardia a aquel hombre y eliminar cualquier oportunidad de seguirlo. Pero, sin embargo, colocar un rastreador en su coche sin que nadie le viera, era un riesgo pequeño al lado de los beneficios que podía aportar.

Le sorprendía lo mucho que le había afectado encontrar el cuerpo de Diana Evans, porque las escenas de esa clase eran algo que solía pasarle factura mucho después de que ocurrieran. Por lo general asistía impávido a aquel tipo de acontecimientos y luego se tiraba un mes sin poder dormir.

Aunque era evidente que el asesinato de la doctora era un trabajito de Zhoglo, estaba seguro de que aquel capullo de Mathes estaba involucrado de alguna manera.

Pasó por delante de la casa. Era impresionante. Imaginó que los cirujanos cardiovasculares con la fama que tenía Mathes debían ganar mucho dinero, pero no creía que aquello fuera fruto de dinero legal.

Parecía el hogar de alguien que disponía de una cuenta corriente sin límite.

Era una enorme mansión blanca de tres plantas, de estilo victoriano, con cornisas y muchos adornos; terrazas acristaladas, torreones, torres puntiagudas y ventanas con galerías. Parecía más una tarta que una casa. Disponía así mismo de un extenso jardín perfectamente cuidado con multitud de flores, salpicado con árboles casi centenarios.

Volvió a rodear la casa para echar otro vistazo. El BMW negro con la matrícula que Davy había averiguado estaba aparcado en el camino de acceso,

no en el garaje. Él lo consideró una oportunidad inmejorable para poner el rastreador con discreción. Los cinco días de vida de la batería servirían para conocer todos los movimientos del buen doctor.

Nadie lo detuvo. No creía que pudieran tomarle por un testigo de Jehová o un vendedor a domicilio, pero ya se le ocurriría algo. Se le daba bien. De hecho, en muchas ocasiones sus improvisadas ocurrencias le habían dado mejor resultado que haberse exprimido el cerebro para idear un plan por anticipado.

Aparcó a una prudente distancia y se acercó a pie. Los rayos de sol se filtraban entre las hojas en movimiento, creando un brillante espectáculo de luces y sombras sobre el pavimento, que permanecía húmedo y oloroso tras la lluvia de la noche anterior. Era un lugar hermoso... Se escuchaba el trino de los pájaros, el susurro del viento...

Y todo lo que él veía era a aquella mujer desnuda en el suelo, con los ojos desorbitados y las marcas de dedos en la garganta. La imagen se había quedado grabada en sus pupilas.

El largo camino de acceso se extendía ante él formando una curva. No había nadie. Quitó el plástico que protegía el adhesivo del dispositivo mientras rodeaba el vehículo y se inclinó como si estuviera atándose el zapato. Puso el rastreador justo debajo del parachoques. Luego se levantó, metió las manos en los bolsillos y estudió la casa.

Mathes estaba allí y él debería largarse en el acto. No tenía sentido que intentara acercarse ahora que ya había conseguido su objetivo. Se estaba arriesgando a poner a aquel tipo sobre aviso y no lograr averiguar de qué manera participaba en el proyecto de Zhoglo.

E incluso sabiendo eso, se acercó como si el lugar tuviera un imán. Alzó la mirada al enorme porche lleno de macetas de flores, pero la pálida piel de Diana y su cuerpo retorcido se sobreponían en su cabeza a la idílica imagen de la casa.

Cuando estaba a punto de darse la vuelta y alejarse, la puerta se abrió. Notó un subidón de adrenalina.

Salió al porche una esbelta y elegante mujer de unos cuarenta años.

—¿Hola? —preguntó con suspicacia—. ¿Puedo ayudarle en algo?

Nick actuó como hacía siempre que se le presentaba una situación imprevista. Abrió la boca y soltó lo primero que se le ocurrió.

—Me gustaría hablar con el doctor Mathes. Soy un colega suyo —explicó.

Ella entrecerró los ojos. Era una mujer muy hermosa a su fría y afectada manera. Era posible que tuviera ayuda del bisturí para que su barbilla siguiera tan afilada y los ojos sin patas de gallo, pero resultaba difícil asegurarlo.

—Está durmiendo —aseguró la mujer—. Se ha pasado la noche en el hospital haciendo un trasplante urgente. Lo siento, pero no voy a despertarlo.

—Otra vez será. ¿Es usted la señora Mathes?

—En efecto. —La vio dar un paso al frente y apoyarse en una de las columnas del porche—. ¿Le importaría decirme su nombre, doctor...?

—Warbitsky —dijo. Su apellido real estaba perdido en el tiempo, no figuraba en ningún registro, por lo que podía usarlo en casos como ese.

Ella entrecerró los ojos hasta que se convirtieron en unas ranuras de color azul.

—Creo que no nos conocemos. ¿En qué está especializado, doctor?

—En patología. —Fue lo único que se le ocurrió.

Pero la mujer de Mathes no le creyó. Bajó los escalones hacia él con una mirada extraña, casi ansiosa, en la cara. Se detuvo a dos pasos.

—Usted no es médico. —Su voz era aguda por la tensión—. Está mintiendo.

Él permaneció en silencio; esperando a ver adónde quería llegar ella.

—¿Por qué ha venido aquí? —preguntó—. ¿En qué lío está metido mi marido?

Ahora que estaba más cerca vio las líneas de tensión que tenía marcadas en su rostro. Las ojeras, bien ocultas con el maquillaje; la delgadez excesiva. Aquella mujer no era estúpida; sabía que algo olía muy mal y no le gustaba.

Chica lista... Nick meneó la cabeza.

—¿Cuéntemelo! —Ahora estaba casi gritando—. ¿En qué está metido?

Nick respiró hondo para darse tiempo a decidir si aquello sería o no un error.

Y vio los ojos sin vida de Diana.

—En nada bueno, señora —aseguró con suavidad.

Ella cruzó la distancia que les separaba y le agarró el brazo.

—Tengo dos hijas —confesó con brusquedad—. Dos niñas.

Él bajó la mirada a la pálida garra rosada que se clavaba en su brazo. Observó las uñas bien arregladas.

—Entonces quizá debería darle un par de consejos. Coja a sus hijas, suba con ellas a un avión y sáquelas de aquí tan deprisa como pueda.

Ella retrocedió con la mano en la garganta.

—Se lo digo como amigo —agregó él.

—Usted no es amigo de Richard —siseó ella—. No intente engañarme.

—No, no soy su amigo —admitió—, pero no tengo nada contra sus hijas.

La vio tragar saliva. La señora Mathes aparentaba más edad cuando fruncía la boca de aquella manera.

—Yo no tengo nada que ver con eso en lo que está metido Richard —aseguró ella con rigidez.

Él miró a su alrededor y soltó una carcajada.

—No se engañe, señora —le dijo—. Vive aquí; conduce ese coche. — Señaló el collar de perlas de dos vueltas con un broche de diamantes que asomaba en su escote—. Y luce eso.

Ella se estremeció como si se hubiera quemado.

—Váyase. Salga de mi propiedad o llamaré a la policía.

¡Qué típico! Aseguraba que le preocupaba la seguridad de sus hijas, pero que no le tocaran los diamantes. Se dio la vuelta y salió de allí como alma que lleva el diablo. Notaba los penetrantes y hostiles ojos de la mujer en la espalda.

Qué metedura de pata. Había muchas posibilidades de que le contara a su marido que le había visto y... A saber qué hacía él con la información. De todas maneras, a Richard Mathes no le importaba demasiado que las mujeres cercanas a él murieran a manos de Zhoglo.

Imaginó que esa era la razón por la que había ido allí después de haber visto el cuerpo sin vida de Diana, retorcido en el suelo. Fuera una estupidez o no, se alegraba de haber advertido a la mujer.

Esperaba que ella fuera lo bastante inteligente como para tener en cuenta su consejo y que saliera pitando de allí antes de que Zhoglo se comiera a sus hijas con patatas.

Se subió a la *pickup* e hizo rugir el motor antes de salir zumbando, pero en cuanto giró en la primera calle, sintió un extraño presentimiento. Allí había algo raro y su cerebro le avisaba de ello. Ya lo había notado antes, cuando dio la vuelta a la manzana.

Volvió atrás para intentar discernir de qué se trataba.

Esta vez miró a todas partes con los sentidos alerta. Aquel coche... Lo había visto antes con el rabillo del ojo, pero no se había fijado. Se trataba de un reluciente Cruiser negro. Becca le había dicho que el vehículo de Diana era de esa marca. Tomó nota de la matrícula y comprobó el dato, por si acaso.

Sí, era el coche de aquella mujer. Y estaba aparcado allí mismo.

Se bajó de la *pickup* y se acercó a echar un vistazo. El interior era un desastre. Había una gabardina beige en el asiento trasero, arrugada como si hubiera servido de almohada. El asiento del copiloto también estaba lleno de cosas. Había demasiada gente por los alrededores como para decidirse a forzar la cerradura, pero recordó lo que le había ocurrido a Becca y accionó la manilla.

Voilà. Se abrió. Se sentó detrás del volante y, al instante, percibió un penetrante olor a whisky. Un vistazo al suelo le hizo descubrir que había una botella abierta y que el licor se había derramado por el suelo.

En la guantera no encontró más que la documentación del coche y algunos mapas. Rebuscó entre la basura que había en los asientos; pañuelos de papel manchados de maquillaje, facturas, vasos de papel para café con manchas de pintalabios rojo, publicaciones médicas, un pañuelo de seda, pastillas de menta para el mal aliento y chicles para ocultar el olor a alcohol. ¡Como si eso funcionara! También estaba allí la caja de la grabadora digital que Becca había descrito. Y un solitario pendiente con aspecto de costar un montón de pasta.

En uno de los cubículos había algunos CD. Y más basura, más caramelitos de menta y un puñado de monedas sueltas para pagar en los peajes.

Luego registró el asiento trasero y los bolsillos de la gabardina para comprobar si contenía algo de interés. Había un objeto pequeño y duro en uno de ellos. ¡Justo lo que buscaba! Lo que quería tener en su poder desde que Becca le habló de las muestras de sangre y orina.

Sacó la grabadora y la examinó para encenderla. No lo consiguió. No salió de ella ninguna luz o sonido.

En ese momento sonó su móvil y lo sacó del bolsillo esperando que fuera Becca, pero en la pantalla aparecía el nombre de Davy. Guardó la grabadora al tiempo que emitía un suspiro para contestar.

—¿Sí?

—Nick, mueve el culo y ven aquí ahora mismo. —La voz de Davy era dura y cortante, negra como la muerte.

Sintió una opresión en el corazón.

—¿Qué ha pasado? ¿Es que Zhoglo ha...?

—No pienso hablar por teléfono. Cuelga y ven ya.

Capítulo



OH, BECCA, vamos —intentó engatusarla Josh con una amplia sonrisa, al tiempo que se pasaba la mano por el vello que le cubría el pecho—. ¿Por qué no te tranquilizas?

—Joshie, ¿estás diciéndome que el viernes por la noche tenías una cita con Carrie! —Becca tenía la voz cada vez más chillona—. ¡Y no fuiste! Por si eso fuera poco, ¿te has pasado el fin de semana incomunicado! Ahora no logramos ponernos en contacto con ella, ¿no crees que debería habernos mandado al menos un mensaje de texto?

—Estoy seguro de que hay una explicación —se defendió Josh, inclinándose sobre la mesa de la cocina, donde aún quedaban los restos de un desayuno digno de un rey: una fuente de fruta, un plato de pastelillos y diversos envases con lonchas de embutidos y queso.

Él cogió entre los dedos un pastelillo de limón glaseado.

—Venga, coge uno y relájate. ¿Qué problema hay? Podemos ir a la universidad; estoy seguro de que la pillaremos en la cama. La haremos sentir culpable por habernos asustado así.

—Pues no parece demasiado asustado —observó ella, enfadada.

De hecho, parecía como si Josh estuviera viviendo el mejor momento de su vida. Parecía un hombre perdido en la lujuria, cubierto únicamente con aquellos bóxers de seda. Le vio coger una loncha de jamón y metérsela en la boca.

—Iré con vosotros —se ofreció Nadia—. Me gustaría conocer también a tu otra hermana. —La fría mirada que le dirigió indicó que tenía la esperanza de que Carrie fuera algo más agradable que ella.

Becca apretó los dientes y se dijo que ante todo no debía olvidar su educación. Algo en aquella rubia sexy la sacaba de quicio. Se había dicho para sus adentros una y otra vez que quizá solo fuera que le recordaba a Kaia, aunque la chica no tenía la culpa de ello.

Jamás hubiera imaginado que cuando conociera a la nueva novia de su hermano, esta estaría vestida con una bata de seda rosa adornada con plumas

de avestruz que apenas le cubría los pechos y las nalgas.

Allí pasaba algo raro. Aquella chica era demasiado perfecta para ser real. De acuerdo en que Josh era un chico muy guapo, con un cuerpo bien tonificado aunque algo flaco, y brillantes ojos verdes que hacían derretirse a muchas chicas, pero aun así había algo demasiado destellante y mundano en Nadia. Era verla e imaginarla del brazo de un hombre mucho más mayor. O quizá de uno mucho más rico.

Pero tal vez solo estuviera mostrándose insegura ante una chica más joven y guapa que ella. Si ese fuera el caso, merecía que le dieran una bofetada. Bebió el café e intentó ver el tema desde otra perspectiva más madura.

Pero resultaba difícil, viendo cómo Nadia se divertía cubriendo una fresa con nata de spray para después lamerla a conciencia antes de meterse la punta de la fruta entre los labios brillantes.

—¿Puedo tomar yo también? —Josh no podía apartar la vista de ella y cogió otra fresa embelesado.

Nadia se limpió los restos de jugo de los labios con la lengua.

—Por supuesto, Josh. Acércala —le invitó empalagosa—. Ya sabes que en mi casa puedes tomar todo lo que quieras.

Él le tendió la fresa y ella la embadurnó de nata al tiempo que ambos soltaban una risita.

¡Por Dios! Ya no podía soportar aquello ni un minuto más.

—Nadia —les interrumpió—. No quiero que te parezca mal, pero ¿te importaría dejarme a solas con mi hermano unos minutos?

Nadia se quedó paralizada, con los rosados labios entreabiertos, y abrió los ojos como platos. Luego metió la fruta en la boca de Josh antes de limpiarse los dedos con una servilleta de papel, mirándola con desdén, y a continuación se levantó con un primoroso remolino de seda y plumas rosadas que dejó a la vista más de lo que ella hubiera querido ver nunca de su anatomía. Era evidente que no usaba ropa interior ni, por lo visto, vello púbico.

—De acuerdo —dijo con desdén—. Me voy al dormitorio. Por favor, si no es mucha molestia me avisáis cuando vuelva a ser bien recibida en mi propia cocina, ¿vale?

—¡Nadia! —Josh salió tras ella, preocupado—. ¡Espera! No ha querido decir que...

Plaf, portazo. La puerta de la sala golpeó con un intenso ruido contra el

marco.

—¡Genial, Becca! Sencillamente genial —la felicitó Josh con ironía.

—Joshie, por favor, tenemos que hablar. No puedo perder el tiempo con idioteces mientras Carrie...

—Tú llevas toda la semana haciendo el tonto con ese tipo, ¿no es cierto? —atacó Josh—. Si tú puedes, ¿por qué yo no puedo hacer lo mismo?

Aquel fue un disparo certero. Becca intentó tranquilizarse para pensar la mejor manera de mostrarle sus reticencias sobre Nadia sin ponerlo a la defensiva. No había manera de ser diplomática.

—Joshie, en este asunto tuyo con Nadia hay algo que...

—Ni se te ocurra seguir por ahí —gruñó él—. Cállate, ¿vale?

—No pienso callarme. ¿Has echado un vistazo a este lugar? —Hizo un amplio gesto, incluyendo la cocina—. ¿Baldosas esmaltadas? ¿Encimeras de mármol? ¿Electrodomésticos de alta gama? ¿Te has fijado en los muebles? —Pasó la mano por la mesa, señaló los paneles de madera, las molduras del techo—. No es el apartamento en el que me imagino a una estudiante con una beca, Joshie. Esta cocina es más grande que todo mi apartamento. No vas a poder pagar la mitad del alquiler con algunas horas extras en el trabajo. Aquí pasa algo raro, ¿no lo ves?

—Lo único que veo es que quieres joderme —gruñó Josh—. Y no pienso permitirlo.

—No es eso, Josh. Te lo juro...

—La vida ya es lo suficientemente mala. Nos da puñaladas traperas cada vez que tiene una oportunidad. Así que ¿sabes qué? Cuando te ocurre algo bueno no puedes pasarlo por alto. ¡Tienes que aprovecharlo! No rechazarlo porque te parezca demasiado bueno.

Las vehementes palabras de Josh tenían su parte de razón, aunque estuvieran inspiradas por la lujuria de un hombre excitado. Sin embargo, tenía que conseguir que la escuchara.

—No te estoy pidiendo eso —aseguró con suavidad—. Siento haber dado esa impresión. Por favor, escúchame. Me da igual lo que ocurra con Nadia. Yo estoy metida en un buen lío y quiero decirte por qué estoy asustada. Temo por mi vida.

Con esas palabras consiguió captar su atención.

—¿Qué dices? ¿Qué quieres decir con que temes por tu vida?

—Siéntate, por favor —le pidió con la voz cansada—. Te lo explicaré con rapidez, no quiero que Nadia y tú os peléis.

Zhoglo disfrutaba por todo lo alto del espectáculo que suponía ver a Rebecca desahogándose con su hermano sin tener ni la más remota idea de que se había metido en la guarida del león. Y la reacción que había tenido con Nadia no podía haber sido más divertida.

En ese momento se abrió la puerta y entró la prostituta. Él le lanzó una mirada de advertencia. No le parecía adecuada aquella vaporosa bata rosa que se había puesto. Estaba interpretando el papel de una estudiante becada; incluso para el más estúpido resultaba evidente que no podía vestirse como una puta de lujo.

Y la estupidez manifiesta le irritaba.

—¿Has traído su bolso? —preguntó bruscamente.

Nadia alzó en el aire un bolso negro, que no podía costar más de quince dólares, y la chaqueta de Rebecca.

—Le dije que dejara sus cosas en el pasillo para poder cogerlas con facilidad.

—No te he pedido que me cuentes tu vida. —Miró a Mikhail y señaló los artículos que tenía la chica—. ¿Qué esperas? Ponte manos a la obra, venga...

Mikhail obedeció, abrió un pequeño agujero en el forro del bolso para colocar un localizador GPS y luego puso un segundo rastreador en la correa, este con más cuidado. Otro lo ocultó en el dobladillo de la chaqueta de Rebecca; con suerte, Arkady Solokov solo encontraría uno y no los otros. Por supuesto, si utilizara un detector, acabaría encontrándolos todos, pero no importaba.

No era su objetivo seguir a Rebecca. Lo único que quería era tenerla entre sus garras y que cayera en su trampa.

Rebuscó en el interior del bolso pero no encontró nada interesante. Introdujo el sobre que había preparado con idea de que Solokov lo encontrara en el bolsillo interior.

Luego le tendió todos los artículos a Nadia.

—Venga —la apremió—. Lleva todo esto al pasillo y luego vuelve aquí.

Nadia estuvo de vuelta en menos de un minuto. Él estaba concentrado en lo que decía la preciosa Becca sobre sus andanzas en la isla Frakes cuando la fulana tuvo la insolencia de interrumpirlo.

—¿Va... va a hacerle daño a él? —preguntó Nadia con un hilo de voz.

Él giró la cabeza y le lanzó una mirada capaz de detener el corazón de cualquiera.

—No te pago para que te preocupes por eso, puta. —Vio con sorpresa que la muy idiota abría la boca para replicarle—. ¿Te has encariñado con el chico? —preguntó antes de que dijera nada—. Una fulana no debería caer en esas cosas. Pero voy a prometerte algo; cuando llegue el momento de dar el golpe final, que será dentro de muy poco, le diré que es de tu parte. Un regalito de la adorable Nadia. Morirá gritando tu nombre. ¿Te gusta la idea?

La chica se quedó pálida. Por un momento ni siquiera pareció hermosa; se convirtió en una calavera con los ojos hundidos bajo el maquillaje. El profundo miedo que vio en sus ojos le excitó.

Aquella furcia necesitaba que le recordaran cuál era su lugar. Una criatura tan hermosa como ella solía correr el riesgo de creer que su belleza le otorgaba un poder especial; que no necesitaba disciplina.

Era una situación potencialmente peligrosa y había que cortarla de raíz.

Se frotó las manos mientras barajaba las posibilidades. Mikhail se había portado muy bien el día anterior. Había logrado salir sin que nadie le siguiera y cargarse a Diana Evans de manera rápida y profesional. Le debía una recompensa. Kristoff y Pavel, que habían metido la pata, serían los babeantes espectadores.

—Nadia, cariño —la llamó—. Me gustaría ser testigo de una demostración íntima de tus capacidades orales. —Señaló a Mikhail—. Con él.

A la joven le llevó un momento salir de su parálisis, pero enseguida volvió a esbozar una vacilante sonrisa y se arrodilló ante el sonriente y jadeante Mikhail. Era la viva imagen de la sumisión antes de ponerse manos a la obra.

Él lamentó aquel impulso al poco rato. Mikhail era demasiado ruidoso; los jadeos y gruñidos que emitía le resultaban muy molestos. De hecho, era casi imposible escuchar lo que Rebecca y Joshua decían.

—Contente un poco, hombre —espetó—. Quiero oír la conversación.

Mikhail contuvo la respiración y apretó los labios, pero no pudo reprimir un agudo gemido, más propio de un perro.

Kristoff y Pavel observaban la escena en trance. No apartaban los ojos de la boca de la chica, donde el pene de Mikhail entraba y salía con rapidez. Pero él se aburría enseguida. En aquel momento, los dos dulces hermanitos estaban discutiendo sobre si Nadia debía acompañarles o no en busca de la tercera hermana, Carrie. Por supuesto, era un tema banal.

Se levantó, dejando atrás al jadeante Mikhail y a su entregado público y caminó hasta el final del pasillo, hasta el dormitorio más pequeño; que en ese

momento era más una celda que cualquier otra cosa. Entró brindándole una agradable sonrisa a la miserable criatura que estaba atada a la cama.

¡Oh, Dios! ¡Cómo le gustaba ver atada y amordazada a una chica hermosa!

Los ojos verde pálido de Carrie se abrieron con incontenible terror. Eran muy parecidos a los de Becca, pero el pelo, sin embargo, era más liso y la cara más estrecha. La vio contonearse, tirando de las ataduras; arquearse y corcovear. Estaba cubierta únicamente por la camiseta gris y la ropa interior que llevaba cuando sus hombres la arrancaron de la cama mientras dormía, en la seguridad de la residencia universitaria.

Zhoglo puso la mano sobre el helado y suave muslo para sentir el placer de notar que los músculos se tensaban.

—Me imagino que te preguntas por qué estás aquí —le dijo a la infeliz criatura—. Es por tu hermana. Está involucrada en un asunto muy peligroso y me ha costado tiempo y dinero. Debe ser castigada. —Encogió los hombros como quien no quiere la cosa—. Sois pocos en la familia, por lo que no tenía mucho donde elegir. Pero que ella os vea morir a ti y a tu hermano será suficiente.

La chica se quedó rígida. Él acarició el cuerpo inmóvil y notó con sorpresa que tenía una erección. Se masajó el pene con despreocupación.

—Quizá te interese saber lo que tus hermanos están haciendo en esta misma casa en este preciso momento —ofreció—. Al parecer, discuten sobre cómo ir a buscarte. Están preocupados porque no les has llamado por teléfono. ¿No te parece increíble lo mucho que se interesan por ti?

Ella se estremeció y chilló desesperada desde detrás de la mordaza, con los horrorizados ojos clavados en la entrepierna que él seguía acariciando.

El impulso era muy fuerte, pero la joven estaba tumbada y atada a la cama. Boca arriba. Los pies juntos y amarrados con apretados nudos. No le apetecía tener que desatarlos, ni siquiera ir a por un cuchillo para cortarlos. Estaba irritado con el idiota que la había atado; ¿es que acaso no tenía facultades para prever las cosas? ¿Era demasiado pedir? Oyó correr el agua al otro lado de la pared y salió a tiempo de interceptar a Nadia que se secaba la cara, posiblemente después de enjuagarse la boca.

Nadia apaciguó su erección, el miedo que leía en sus ojos era igual de poderoso.

- *Mmm*, quiero que me alivies antes de bajar las escaleras —ronroneó.

Ella retrocedió sin poder evitarlo. Aunque intentó sonreír para ocultarlo,

le temblaron los labios.

La tomó del brazo y la llevó al dormitorio principal. Abrió bruscamente la puerta antes de indicarle con una sonrisa que pasara delante.

Ella miró a su alrededor, paralizada.

—Pero... él me espera abajo... —Su voz se convirtió en un hilillo tembloroso. Respiró hondo y lo intentó de nuevo—. Debo estar...

—¿Limpia? —La sonrisa se amplió. El miedo que mostraba la joven avivaba con intensidad su deseo, y eso solo era el principio—. No hay problema, cariño. Ahí tienes un cuarto de baño, luego podrás lavarte. Podrás acicalarte para parecer un dulce capullo de rosa recién cortado—. La arrastró consigo, consiguiendo que tropezara, y entró con ella—. Tu amiguito jamás lo sabrá.

—Para ahí. Vuelve a ponerlo desde el principio.

—Nick... —La voz de Davy contenía un filo acerado—. Lo has visto ya diez veces desde que lo descodifiqué.

—Que lo pares, ¡joder! ¡Ponlo desde el principio! —gruñó Nick.

Davy suspiró y obedeció. La imagen de la mujer volvió a salir por la puerta de la casa de Zhoglo, volvió a meter la maleta en el maletero del taxi amarillo y se introdujo en el asiento trasero antes de que el vehículo comenzara a moverse al revés.

La imagen se congeló y Davy apretó el botón de *play*. Nick volvió a ver toda la escena otra vez.

Imaginaba que seguía esperando captar algo distinto; que era otra la mujer que salía del vehículo, que arrastraba la maleta, pagaba al conductor, se colgaba el bolso al hombro... y entraba en la guarida de Zhoglo como si nada. Como si fuera algo que hiciera a cada momento del día.

Pero no. Era Becca la que desaparecía en aquel umbral. La puerta se cerraba y la edificación parecía mirarle con descarada insolencia.

Todo su ser se rebelaba contra la contundente conclusión. No quería creérselo, pero no le quedaba más remedio. La certeza asomaba en su mente de manera ineludible, sin su consentimiento. Tenía en la boca un amargo sabor a hiel.

Le había engañado.

Su cerebro se encogía como un cuerpo torturado y atormentado mientras seguía procesando aquella información.

Sentía dolor en las articulaciones, se le desgarraban músculos y tendones cada vez que se movía. El desayuno se le había convertido en un bloque de

hielo en el estómago que el café atacaba como un ácido corrosivo.

Seth estaba sentado a su lado en una silla giratoria, y le miraba sin expresión en la cara. Connor también estaba allí, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus tres amigos estaban apesadumbrados y parecían incluso un poco avergonzados.

Nadie lo miraba a los ojos; y menos mal, porque él no quería mirar tampoco a nadie durante el resto de su vida.

—Vuelve a ponerlo —pidió con la voz ronca.

Davy soltó una maldición por lo bajo.

—¡Joder, tío! Por favor, deja de torturarte —le suplicó—. No nos hagas verlo otra vez.

—¡Atención! Está saliendo, en tiempo real —avisó Connor.

Todos se concentraron en los tres monitores que cubrían la casa de Zhoglo en Gavin Street desde tres ángulos diferentes. No había duda alguna; era Becca. Arrastraba de nuevo su maleta por la acera hacia otro taxi, que la esperaba. El conductor se bajó y cargó el equipaje en el maletero.

Ella se sentó en el asiento trasero y el vehículo se alejó. Tan sencillo como decepcionante.

—¿Cuánto tiempo ha estado ahí dentro? —preguntó Connor.

—Treinta y ocho minutos y diecisiete segundos —respondió Seth al instante.

El hecho de que Becca hubiera estado en la guarida del Vor había hecho estallar la burbuja de esperanzas que inundaba su mente hasta entonces. Ya no necesitaba volver a revisar la grabación. Iba a verla en su cabeza una y otra vez durante muchísimo tiempo.

A menos que le asesinaran, claro. Y las posibilidades de que eso ocurriera eran cada vez mayores si consideraba cómo estaban desarrollándose las cosas.

Bueno, incluso era posible que tuviera suerte y ocurriera ese mismo día. Así ya no tendría que sentirse de aquel modo. Pero quizá sería esperar demasiado.

El silencio era ensordecedor. Estaba tentado a lanzar al suelo uno de los monitores para romper aquel muro de silenciosa piedad.

Pero los chicos tenían suficiente con soportarle tal y como estaban las cosas.

Seth se aclaró la voz.

—Me parece muy raro todo —aseguró despacio—. ¿Por qué habrá ido

ahí si sabía que estábamos vigilando?

—No lo sabía —aseguró Nick—. Jamás he discutido ningún detalle con ella. Conocía el nombre de Zhoglo, sí, y que yo estaba vigilando a alguien, pero no a quién era ni desde dónde.

—Bueno, pues menos mal —intervino Connor.

Sí, menos mal. Si ella estuviera enterada de que vigilaban la casa de Zhoglo, jamás se hubiera expuesto de esa manera. Y él seguiría rompiéndose la cabeza pensando qué podía vender para pagar el pedrusco que quería comprarle. Todavía no se habría enterado de que la mujer a la que le había pedido que se casara con él era una zorra traidora con dos caras, contratada por aquella alimaña para seducirlo, conquistarlo y manejarlo a su antojo. Para controlarlo.

Lo cierto es que ella había hecho un trabajo impecable. Era muy buena. Podía sentirse satisfecha consigo misma. Zhoglo debería condecorarla y ella seguramente comenzaría una nueva vida con la desorbitante suma que él le habría pagado. Se preguntó de dónde la habría sacado el mafioso.

Se castigó con un último y desesperado intento por pensar en alguna explicación, algo que justificara que Becca pudiera entrar con tal despreocupación en la guarida de un criminal, quedarse casi tres cuartos de hora y largarse de nuevo con aquel aire tranquilo y eficiente.

Se preguntó si se habría acostado con el Vor. Quizá lo acababa de hacer. Treinta y ocho minutos y diecisiete segundos eran tiempo más que suficiente para ello, incluidos los preámbulos y la ducha posterior.

Lo que le ardía ahora en el pecho era como un carbón al rojo vivo al pensar que había abandonado la búsqueda de Sveti por salvar a aquella zorra.

Davy emitió un largo suspiro.

—Nick, lamento mucho que...

—No —le interrumpió—. Por favor, no sigas por ahí.

—Tienes que mirar hacia adelante, tío —siguió Davy en tono implacable—. Necesitas un plan y lo necesitas ya.

—¡Joder! —gritó—. Vete a la mierda. A la mierda todo. ¡Todo...!

—¡Cállate! —le cortó Connor—. No puedes permitirte el lujo de perder el control. Enfrentate a ello. Te han jodido vivo; es malo, duele. Pero todos hemos pasado por algo similar y todos sobrevivimos...

—¡Déjame en paz, Connor!

—Escúchame bien —continuó su antiguo compañero, implacable—. Lo único útil que puedes hacer es utilizar lo ocurrido en tu beneficio.

—¿En mi beneficio? —Se rio, incrédulo—. Sí, ya...

—Sí, en tu beneficio. No puedes enfrentarte a ella con lo que sabes, Nick. Tres pares de ojos se clavaron en él, taladrándole.

—¡Joder! —masculló impotente—. Queréis decir que debo...

—Sí —asintió Davy con vigor—. Tienes que continuar como hasta ahora. Como si no hubiera ocurrido nada. Tomarlo con calma; ir a comprar ese maldito anillo.

La implacable certeza le golpeó como un látigo. Se sintió asqueado y se cubrió los ojos con las manos.

—¡Oh, Dios!

El silencio se prolongó de nuevo, tan frío y taciturno como el destino.

—¿Podrás hacerlo? —inquirió Seth.

—¿A qué te refieres? —espetó— ¿A si puedo tirármela? —Se lo imaginó. Se vio sumergido en ella, mirando aquellos luminosos ojos verdes mientras sus cuerpos se unían de aquella manera asombrosa.

Sabiendo lo que sabía...

Se le revolvió el estómago y tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no vomitar el desayuno. No pensaba hacerlo; en su vida había vomitado en contadas ocasiones y siempre por virus estomacales o resacas, jamás porque hubieran herido sus sentimientos. No, no pensaba permitir que esa fuera la primera vez. Cerró los ojos y tragó saliva, intentando respirar hondo. Controlarse.

Sabía cómo jugar a eso. Había trabajado en misiones encubiertas en muchas ocasiones. Sabía interpretar un papel y hacerlo de manera muy convincente.

Abrió los ojos y vio que sus tres amigos seguían mirándole con una muda pregunta en los ojos.

—Puedo hacer lo que sea necesario. —Su voz sonó, incluso para él, como la de un hombre muerto.

Capítulo



BECCA se paseó inquieta por la habitación del hotel. Intentó volver a contactar con Carrie una vez más. Luego con Nick. Estaba llamándolos casi tres veces por minuto sin ningún resultado. Nick, por alguna razón inexplicable, no le cogía el teléfono y el de Carrie seguía apagado.

Cada vez que recordaba la cámara de aspecto maligno que encontró oculta tras el conejito rosa, notaba una opresión en el estómago.

Intentó ignorar las imágenes que asaltaban su mente; Carrie y Nick encerrados en el maletero de un coche que se dirigía a toda velocidad a un horrible destino de pesadilla, mientras ella seguía presionando de manera obsesiva los botones del móvil.

«Venga Becca, Nick sabe cuidar de sí mismo. Seguro que se ha dejado el teléfono en el coche».

Esperaba que regresara o la llamara pronto, porque había quedado en reunirse con Josh al cabo de una hora para ir a Olympia a buscar a Carrie. Nick iba a cabrearse de verdad si se marchaba sin hablar con él.

Intentó relajarse, sentándose en la cama para ver algún programa de la televisión por cable, pero estaba demasiado nerviosa, demasiado inquieta, y volvió a pasearse por la habitación.

En cuanto escuchó el *clic* del cerrojo, dio un salto en el aire y se abalanzó sobre Nick, rodeándole con los brazos.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamó—. ¡No me cogías el teléfono!

Él se quedó un poco rígido durante un segundo, pero la abrazó al momento y le acarició la coronilla con la nariz.

—Lo siento. —Parecía muy cansado—. Me olvidé el móvil en la guantera.

—No vuelvas a hacerme algo así —le advirtió, estrechándolo contra su cuerpo. Él se alejó para sentarse en la cama y ella se sentó a su lado, enlazando un brazo con el suyo—. Cuéntame. ¿Qué ha pasado? ¿Has hablado con Diana Evans?

—Bueno... —comenzó despacio, frotándose la cara—. No exactamente.

Estaba muerta. Alguien la estranguló ayer, o eso indicaban todas las señales.

Becca sintió un brusco escalofrío.

—¡Oh, Dios mío! —susurró—. ¡Es horrible! Pobre mujer...

Él se encogió de hombros.

—Fue culpa suya. No debía haberse enredado con esa clase de gente. Estoy seguro de que se lo merecía.

—Es posible —vaciló ella—, pero te aseguro que la mujer que yo vi estaba arrepentida de lo que hizo.

—Demasiado tarde.

Le sorprendió el definitivo y gélido tono de su voz. Notó que se le revolvía el estómago al ver su mirada. Quizá estaba imaginándose cosas, pero su expresión le recordaba a la que mostraba cuando estaban en la isla. O cuando Tam le había atormentado al recordarle los fantasmas del pasado.

Se llevó su mano a los labios y la besó. Nick era más sensible de lo que parecía; quizá más de lo que él mismo sospechaba. Estaba segura de que ver el cuerpo de Diana le había perturbado mucho, a ella le habría pasado lo mismo.

—¿Has podido encontrar algo? —preguntó.

—La casa estaba revuelta —explicó él—. Parecía un allanamiento de morada normal y corriente. Como si ella hubiera tenido la desgracia de estar en casa cuando entró alguien con idea de robar dinero fácil para comprar droga o algo por el estilo. Una cifra más en las estadísticas.

—Entiendo —murmuró—. ¿No has ido a hablar con Mathes?

La miró fijamente a los ojos.

—Descubrir el cadáver de esta mujer fue lo único útil que he hecho hoy, nena.

Ella se inclinó hacia él y le besó.

—Lo siento. Sé que ha sido muy duro para ti —le consoló.

—Lo estoy superando —repuso—. Ya hemos hablado mucho de mí, será mejor que me cuentes que has hecho tú, nena.

Así que quería aparentar que era *don Lo Tengo Todo Controlado* hasta el final. Le acarició la mejilla con la mano.

—Lo bueno es que por fin he podido ponerme en contacto con Josh.

—¡Genial! ¿Dónde se había metido?

—Pues al parecer ha conocido a una chica —explicó con pesar—. A una chica guapísima llamada Nadia. Quiere irse a vivir con ella. Yo tengo mis reservas al respecto; pero ya se dará cuenta por sí mismo. Por eso no cogía el

teléfono, intuyo que las últimas treinta y seis horas las han pasado en la cama.

—Chico afortunado —se burló—. ¿Sabes algo de tu hermana?

—Todavía no. —Le miró con angustia—. De hecho, Joshie y yo pensábamos ir a Olympia esta tarde a buscarla.

—Así que vas a largarte. —La voz de Nick era fría y muy distante. La ponía nerviosa.

—Puedes venir con nosotros si quieres —ofreció—. Pero imaginé que preferirías concentrarte en lo que está sucediendo aquí. La investigación, ya sabes. Estaré con mi hermano, no voy sola.

—Así que imaginaste eso... —Le acarició la palma de la mano con un dedo, pero no la miró a los ojos—. Bien, conseguiste hablar con tu hermano por teléfono ¿qué más has hecho hoy? Dímelo paso por paso.

—Bien. Primero fui a mi apartamento. Ah, sí, me olvidaba... Creo que ellos... *er...* han dado conmigo.

—¿Cómo? —Él buscó su mirada de pronto—. ¿Qué quieres decir con que han dado contigo?

—Encontré una cámara en el estante, en la sala —explicó—. Detrás de los muñecos de peluche.

Se preparó para una explosión de furia que no llegó. Nick se limitó a observarla con una mirada pensativa.

—No me digas... —Fue su comentario—. Así que una cámara... ¿quién lo iba a decir?

—De verdad, me he asegurado muy bien de que no me seguían —se apresuró a decir—. Y cuando devolví el coche de alquiler, estoy segura de haber despistado a quien me vigilara al pedir el taxi.

—Muy bien pensado. Estás volviéndote toda una experta en estas cosas, Becca —la felicitó.

Por Dios, ¿por qué su voz era tan forzada? ¿Tan desapasionada? Resultaba agobiante.

Becca intentó concentrarse, pero era como si sus pensamientos se vieran revueltos por una oleada de extrañas interferencias provenientes de él.

—Por eso tengo tanto miedo por Carrie —confesó—. Si Zhoglo sabe dónde vivo, también sabe dónde vive Carrie.

—Por ahora no te preocupes por Carrie —le aconsejó él—. ¿Qué más has hecho?

Debatía para sus adentros la conveniencia de contarle que había estado en la casita de Gavin Street, dado que no formaba parte de la secuencia de

acontecimientos que le había relatado originalmente. En vista del estado de ánimo que mostraba Nick, no se sentía demasiado inclinada a hacerlo. Se sentía aterrada, nerviosa, triste... No quería recibir un sermón. Y lo cierto es que saber si la conversación con Josh había tenido lugar por teléfono desde el taxi o en persona no era un dato importante.

—Eso es todo. Fui al cajero, a mi apartamento, devolví el coche... Luego vine aquí.

—¿Estás segura? —la miró fijamente a los ojos.

- *Er...* sí... —repuso.

Nick apartó la vista y clavó la mirada en las cortinas oscuras, como si de pronto hubieran adquirido una profunda importancia.

—Entiendo.

De pronto se sintió muy sola. Destrozada. Lo que no dejaba de ser una tontería. Era normal que Nick se sintiera deprimido y agobiado. Debía intentar no mostrarse exigente o absorbente con él. Sería lo último que necesitaba.

Pero aun así. Su actitud dolía mucho.

Sin embargo, conocía una forma rápida e infalible de volver a sentirse en sintonía con él y todavía disponían de tiempo antes de que Joshie la recogiera. Se bajó de la cama y le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Nick? —preguntó con suavidad—. ¿Dónde te encuentras?

Él la miró.

—Aquí —respondió lo evidente.

Ella se quitó la ajustada camiseta azul con un provocativo movimiento y le apretó la cabeza contra su escote.

—Sé de un lugar mucho más bonito —murmuró.

—¿De veras? —La voz de Nick tenía un toque de desafío—. Enséñamelo.

Ella sonrió al tiempo que desabrochaba el sujetador. Se sentía más segura de sí misma en el plano sexual cada día que pasaba, y la enorme protuberancia en el frente de los vaqueros de Nick contribuía a ello. Soltó el botón de los suyos y se los quitó también.

Nick le puso las manos en las caderas y le bajó las bragas con impaciencia. Escuchó un desgarró; se habían roto.

No importaba. Tener la ropa interior destrozada era poco precio a pagar a cambio de lo que él le ofrecía siempre. Dejó caer la prenda al suelo y alzó los pies para quitársela con delicadeza antes de erguirse y quedarse desnuda ante él.

Nick le acarició los pechos con la nariz sin abrir los ojos, y comenzó a mordisquearle los pezones. A chuparlos. La áspera caricia de su lengua la hizo hervir de anticipación. Entonces le vio levantarse y despojarse bruscamente del polo de lana. Se abrió los vaqueros y dejó la erección en libertad.

La miró con impaciencia mientras deslizaba la mano de arriba abajo por el venoso miembro. Luego le hizo una indicación con la barbilla, cubierta por la barba incipiente, como si le preguntara a qué esperaba. ¡Qué prepotente! Definitivamente estaba acostumbrándolo mal; Nick comenzaba a dar por hecho que era su esclava sexual.

Aquella presunción la irritó pero, como siempre, las emociones que sentía hacia él eran una peligrosa y volátil combinación. Todo lo referente a Nick la conmovía y excitaba; incluso su arrogancia.

De todas maneras, sin duda aquel no era el momento de decírselo.

Se arrodilló ante él y le albergó en su boca, utilizando para ello toda su habilidad recién descubierta. Nick se puso rígido y enredó los dedos en su pelo, tirándole de él hasta hacerla sentir dolor. Escuchaba su respiración entrecortada y jadeante.

En las otras ocasiones Nick se había vuelto loco, se había derretido, estremecido y suplicado sin control, cada vez más vulnerable. No fue así ahora. Le vio alzar la cara con los ojos cerrados mientras seguía tirándole del pelo para indicarle cómo quería que le tomara. Lo profundo que quería entrar en su boca, la rapidez del ritmo de sus labios. Así resultaba más difícil respirar, se atragantaba y se cansaba. Él no decía nada, ni siquiera la miraba.

¿Qué le ocurría a Nick? Se alejó de él tan enfadada como alarmada y se puso en pie.

—Nick, yo no soy una...

- *Shhh...* —La obligó a girar sobre sí misma y le puso la mano en el centro de la espalda para que se inclinara sobre la cama. Ella cayó sobre manos y rodillas. Nick se apresuró a cogerla por las caderas—. Ahora vamos a hacer algo distinto —dijo al tiempo que se hundía en su cálida hendidura—. No vamos a hablar, no emitiremos ningún sonido. Vamos a follar y punto.

Ella soltó un jadeo ante el primer y profundo envite. Todavía no estaba todo lo mojada que debiera.

—A mí me gusta como solemos hacerlo —adujo, sacudiéndose—. Me gusta que hablemos.

—Pues en este momento a mí no. Estoy de un humor imposible.

—Pero yo...

- *Shhh...* —El muy idiota se atrevió a taparle la boca con la mano, pero cuando lanzó el brazo hacia atrás para hacerle saber su incomodidad y quedó sostenida por un solo brazo, él aprovechó la situación para hacerla caer de mala manera sobre los pechos. A continuación se desplomó sobre ella mientras su gruesa polla la taladraba más profundamente. Él le rodeó la cadera para dirigir los dedos a los rizos que cubrían su monte de Venus, en busca del tierno clítoris, que apretó entre el índice y el pulgar.

Ella intentó apaciguarle, luchó para liberarse del ataque al que estaba siendo sometida, pero el placer socavaba su mente. La habilidad de Nick era increíble: la apremiante y dura fricción de sus dedos estaba sincronizada a la perfección con los profundos envites de su rígido miembro.

El clímax la volvió loca; fue largo, repentino y casi doloroso. Se sonrojó avergonzada al momento. ¿Qué clase de perversa era, que se excitaba de aquella manera con semejante acto, violento e impersonal?

Su cuerpo se había vuelto esclavo de él. No podía soportarlo.

Él le quitó la mano de la boca y le alzó las caderas mientras ella se retorció para mirarle.

—¡Para! —ordenó—. ¡Retírate!

—Antes quiero que vuelvas a correrte con mi polla —fue la brusca respuesta.

Ella comenzó a decirle algo, pero las palabras fueron interrumpidas por un largo jadeo cuando él se internó profundamente en su cuerpo.

El orgasmo previo la había dejado más resbaladiza y la experimentada técnica de Nick hizo que todas las células del interior de su sexo se excitaran con maestría una vez más, haciéndola subir hasta llegar a la cima.

No podía soportarlo. No podía permitir caer sola desde el borde. Necesitaba que él la acompañara, que se convirtiera con ella en un solo ser.

—Deja que me dé la vuelta —suplicó—. Abrázame. Por favor, Nick.

—No, córrete —ordenó—. Ya. Demuéstrame que puedes hacerlo, Becca. Muéstrame tu talento. Ahora... ¡ya!

Un brusco empuje final la arrojó desde la cima y una palpitante oleada de placer la atravesó, arrastrándola sola a la oscuridad, a la inconsciencia.

Cuando parpadeó para abrir los ojos, tenía la cara hundida en la almohada. Estaba llorando.

Nick seguía sobre ella, inmóvil, su polla latía contra el cuello del útero.

—Eres asombrosa —susurró él—. ¿Cómo lo haces?

—Eres tú quien lo hace —musitó con los labios temblorosos—. Ya lo

sabes.

—Oh, no, nena —repuso—. El mérito es todo tuyo. —La sostuvo por las caderas—. Necesito correrme.

Ella se sujetó a las sábanas cuando los bruscos y profundos empujes impactaron en el punto más sensible de su cuerpo. Notó que Nick se puso rígido cuando alcanzó el orgasmo e impulsaba las caderas contra ella con dolorosa crueldad en medio de un silencio absoluto.

Entonces, sin mediar palabra, se retiró, se levantó de la cama y se subió la cremallera; nada de abrazarla sobre las sábanas un ratito. Pero tampoco le sorprendió. Ella rodó a un lado sintiéndose dolida y usada en todos aspectos. Se enroscó sobre sí misma y se cubrió la cara, intentando que su llanto fuera silencioso.

Sentía una tristeza enorme. Era como si algo hermoso e irrepetible estuviera escurriéndosele entre los dedos. Ninguna súplica podría devolvérselo. Ya había sentido antes algo similar cuando murió su madre.

Notaba un agujero imposible de cerrar y toda su alegría y viveza le había sido arrancada por él. Desperdiciada, perdida... alejada...

Aquello le rompía el corazón, pero al mismo tiempo la enfurecía. Le desesperaba.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó él bruscamente.

—Déjame en paz —susurró—. No es asunto tuyo.

Él gruñó.

—Es posible.

Ella se incorporó poco a poco hasta que se sentó en el borde de la cama, dándole la espalda. Se sentía torpe y muy cansada. Y estúpida, por castigarse de aquella manera. Sabía de sobra lo imprevisible que podía llegar a ser Nick.

Era la última vez que intentaba apaciguarlo manteniendo relaciones sexuales. Su inocente intento le había estallado en la cara como una granada. No tenía manera de distanciarse de él y no podía soportar su sombrío estado de ánimo cuando lo concentraba con esa intensidad en la intimidad del sexo.

En ese momento comenzó a sonar su móvil. Giró la cabeza intentando levantarse, pero se sentía demasiado laxa para poder moverse con rapidez. Nick lo sacó del bolsillo exterior del bolso y se lo tendió en silencio.

Ella se puso en pie y su ánimo mejoró considerablemente al ver la pantalla. Era Carrie. ¡Oh, gracias a Dios! Apretó el botón para responder.

—Carrie, jamás me había alegrado tanto escuchar tu...

—No, querida mía, no soy Carrie.

La repugnante voz con acento extranjero la hizo caer sobre el borde del colchón, nuevamente fría y exhausta.

—¿Quién es?

—Sabes de sobra quien soy. —Su interlocutor se rio entre dientes, como si estuviera muy complacido consigo mismo.

—¿Zhoglo? —musitó.

Nick se quedó inmóvil, y la miró con los ojos como platos.

—Por ahora no vamos a dar nombres, querida. ¿Estás sola?

—¿Y eso qué importa? —preguntó con un hilo de voz.

—Porque este mensaje es confidencial. Solo para ti. No quiero que lo sepa tu amante.

—¿Por qué tiene el teléfono de Carrie? —exigió.

—¿Tú qué crees? —La voz adoptó un tono compasivo—. Espera un momento... Voy a quitar la mordaza a tu hermanita para que puedas hablar un poco con ella. Discúlpame, será solo un momento. —La línea quedó en silencio durante unos segundos hasta que escuchó al fondo una tos entrecortada seguida por unos jadeos.

—¿Becky? —susurró débilmente su hermana.

Estuvo a punto de desmayarse. Notó que se abría un pozo helado en su interior. Carrie no la llamaba Becky desde que era una niña de cuatro años. Se le llenaron los ojos de lágrimas y estas se deslizaron por sus mejillas. No podía contener aquella intensa oleada de terror, la rompería en mil pedazos.

—¿Carrie? ¿Cariño? ¿Estás bien? —dijo temblorosa.

—¿Becky? —llamó con un hilo de voz—. ¿Becky...? Quiero irme a casa...

De pronto el sonido de su hermana desapareció y regresó Zhoglo.

—Esto es todo por el momento. Tu hermana es una criatura adorable. Hace dos días que es mi huésped. Te confieso que comienzo a encariñarme con ella. Y también con tu hermano, ¡es tan buen chico!

—¿Josh? Si acabo de estar con él...

—No pierdas el tiempo intentando dar con ellos en la casa que visitaste hoy —explicó él servicial—. Ya han sido trasladados a otro lugar.

Tenía que concentrarse para lograr hablar.

—¿Q-qué q- quiere d-de mí?

—Quiero a Solokov —dijo conciso—. A tu amante. Sea cual sea su nombre real. No quiero que me respondas ahora, claro. Sé que debe estar contigo. Así que vas a escucharme en silencio. Si deseas volver a ver a tus

hermanos con vida, deberás pensar en la manera de conseguir que Solokov vaya a cierto lugar, que te comunicaré en nuestra siguiente conversación. Cuando él esté en mis manos, te devolveré a tu familia. Serán libres para marcharse y retomar sus vidas.

—Pero es que yo...

—Sin embargo, si no logras que Solokov aparezca en el lugar y momento establecidos, recibirás un DVD con un contenido muy perturbador. Aunque por el momento solo usaré a uno de los dos. Lanzaré una moneda al aire para elegir con cuál comenzar. No tengo que explicar nada más, ¿verdad?

—N... no —susurró—. Por favor, no lo haga...

—Después de que veas el DVD volveríamos a negociar —propuso Zhoglo, complaciente—. ¿Comenzamos a entendernos, querida mía?

—Sí —repuso después de intentar varias veces pronunciar la palabra.

—Muy bien. Volveré a ponerte en contacto contigo. Hasta luego, mi hermosa Rebecca.

Clic. La comunicación se interrumpió.

Se le cayó el móvil y rebotó en la alfombra. Ella se escurrió de la cama, hundiéndose de rodillas en el suelo mientras notaba como si todo su cuerpo se enroscara en torno a ese horrible agujero de terror absoluto. Se estremecía sin control.

Sintió las enormes manos de Nick en los hombros.

—¿Becca? —preguntó él con suavidad—. ¿Qué ha pasado? Cuéntamelo, nena.

—Tiene a Carrie y a Josh —balbuceó.

—¿En serio? —Él le deslizó las manos bajo las axilas y tiró para alzarla, colocándola con suavidad sobre la cama. Ella se dobló sobre sí misma, incapaz de soportar la punzante agonía que atormentaba su cuerpo—. ¿Y qué quiere?

Becca le miró con los ojos llenos de lágrimas. Había llegado la hora de la verdad. No podía traicionarlo, no era capaz de entregarlo a Zhoglo. Sencillamente no existía esa opción. No podía hacerlo.

En el mismo momento que le contara lo que acababa de ocurrir, en que hiciera el primer movimiento y alertara a Nick, perdería a Carrie y a Josh.

Se encontraba mucho más que perdida. Estaba en el infierno.

Nick la sacudió por los hombros.

—¿Qué es lo que quiere, Becca?

Sus labios formaron la palabra pero apenas logró expulsar una bocanada

de aire entre ellos para hablar en un leve susurro.

—A ti.

Capítulo



DÍOS! Menuda actuación. Nick la observó llorar y actuar con los sentidos alerta, sintiendo sus vibraciones... Aquello parecía real. Desde luego era una actriz soberbia.

O quizá estaba como una puta cabra. Quizá se creía los cuentos que interpretaba. Era la mejor forma de resultar creíble cuando se trabajaba encubierto. Él sabía mejor que nadie que es necesario dotar de vida al personaje falso, formar sus opiniones, valoraciones, detalles y emociones. Era la única manera de seguir con vida.

Aun sabiéndolo, verla así le volvía loco; pero cuando comenzó todo aquello ya estaba un poco majara.

Era posible incluso que en el retorcido cerebro de Becca se hubiera grabado la idea de que le amaba de verdad. Sin duda todos sus instintos le decían que era sincera. Que su evidente desasosiego por sus hermanos era real.

Ojalá no hubiera visto la grabación.

Dios, ojalá pudiera descubrirse ante ella y ver cómo reaccionaba. Pero Davy y los demás tenían razón, perdería cualquier ventaja que la situación ofrecía en pos de una estúpida y desesperada esperanza. No podía permitírselo. No.

—¿Así que me quiere a mí? —preguntó con tranquilidad—. Explícamelo.

La vio pasarse la mano temblorosa por la cara.

—Quiere que te haga caer en una trampa. Cuando te tengan... Ha dicho que cuando te tengan, soltará a Carrie y a Josh. Si no... —Ella jadeó para coger aire.

—No es necesario que me expliques nada más —la interrumpió—. Ya sé lo que viene a continuación.

Analizó con cuidado aquel nuevo giro de la situación. ¿Por qué le advertía de la trampa? ¿Sospechaba ya que a él no le encajaban las cosas? Quizá se tratara de una doble trampa, Becca era lo suficientemente inteligente e intuitiva para llevarla a cabo.

Juego dentro de un juego. Era para volver loco a cualquiera. Esa mujer era muy complicada.

—¿Dónde me tenderán la trampa? —preguntó—. ¿Cuándo será el encuentro?

Ella meneó la cabeza.

—Llamará más tarde para decirlo —susurró.

Él vaciló durante un momento.

—¿Por qué me lo cuentas, nena?

Ella alzó los ojos hacia él, totalmente desconcertada. Los tenía llenos de lágrimas.

—¿Ya estás de nuevo?

—¿Por qué me cuentas que me van a tender una emboscada? —repitió—. ¿Por qué no has cerrado el trato y punto?

Ella enderezó la espalda al tiempo que se enjugaba las lágrimas.

—¡Eres increíble! ¿Cómo puedes preguntar eso? Si me haces esa pregunta, no mereces que la responda.

Él se encogió de hombros.

—No te lo tomes como algo personal, nena. Es que he hecho cálculos y estoy seguro de que tus prioridades son Carrie y Josh. ¿Estoy en lo cierto?

—¿Crees que sería capaz de hacerte eso? ¿De entregarte a ese monstruo después de lo que has hecho por mí? ¡Yo te amo, imbécil!

Pensó en cómo se había sentido él al mirar la fachada blanca de aquella casa de Gavin Street.

—¿Y qué pasa con Carrie y Josh?

La vio arrugar los rasgos, derrotada.

Ah... Desde luego estaba seguro de algo tras aquel conmovedor melodrama, algo aparte de que su actuación era digna de un Oscar; la puesta en escena era también muy creíble. El diminuto apartamento, las fotos de sus hermanos... La llamada telefónica de Josh justo en el momento correcto para echarle la bronca. ¿Cómo habían logrado tal sincronización? No había duda de que vigilaban el lugar; debía estar muy segura de que él volvería arrastrándose, suplicando por más después de lo ocurrido en la isla. Y no podía culparla, él también hubiera estado seguro si hubiera sido ella.

La historia que había inventado —la muerte de su padre por cáncer, su madre suicidándose con pastillas y ella criando sola a sus hermanos— era enternecedora. Aquella estoica resistencia ante cualquier adversidad suavizada por ese toque de irónico humor; solo una pizca, que la hacía

simpática y única. Y él se lo había tragado todo.

Pero ¿por qué había esperado tanto tiempo para entregarlo a Zhoglo? Podría haberlo hecho antes, cuando estaba con la guardia baja, con la sangre concentrada entre sus piernas y el cerebro derretido.

Quizá esperara conseguir un premio mayor. Después de todo, papá Novak estaría dispuesto a pagar una enorme cantidad de dinero por Tamara y se lo pasaría en grande cortando a los McCloud en pedacitos bien pequeños por lo que habían hecho a su hijo.

Y él, con su usual inclinación a cagarla por todo lo alto, había expuesto al peligro hasta al último de sus amigos.

—Vístete, Becca —le dijo.

Ella parecía a punto de vomitar.

—¿Adónde vamos?

—No lo sé —le dijo con honestidad—. A cualquier parte, me da igual. Prefiero ser un blanco en movimiento y pienso mejor cuando no estoy quieto.

Vio que ella enchufaba el cargador del móvil a la pared antes de dirigirse tambaleante al cuarto de baño. Escuchó correr el agua.

Nick se dejó caer sobre la cama para registrar el bolso. No sabía por qué había tenido ese impulso, pero allí estaba, abriéndolo para examinar el contenido. Supuso que era un autocastigo a su propia estupidez.

El sobre que vio en el bolsillo interior le hizo esbozar una mueca. Era un sobre europeo, de distintas dimensiones a los americanos. El papel era más fino, más brillante y amarillento. Las solapas se doblaban de manera diferente. No llevaba sello y apenas era capaz de albergar el fajo de billetes que contenía.

Lo contó. Quince mil dólares en billetes de cien, nuevos. Se pegaron a sus manos sudorosas.

Volvió a meterlos en el sobre y este en el bolso, que registró ahora de manera más cuidadosa. Encontró un agujero en el forro; introdujo la mano y encontró un localizador. Era de los rastreadores por GPS que se podían encontrar en cualquier tienda especializada. No era material profesional, pero hacía su trabajo. Escuchó que se cerraba el grifo. Volvió a poner el dispositivo en el interior del forro y lanzó el bolso al lugar que había ocupado antes.

Bueno, aquello desvelaba el misterio. Becca había ido a Gavin Street para informar de lo ocurrido, cobrar su parte y recoger un localizador. Quizá sus órdenes fueran ponérselo a él. Lo que significaba que no podía deshacerse de él sin más.

Gruñó mientras enterraba la cara entre las manos. Le dolía la cabeza. Aquello era complicado, ¡joder! En realidad la palabra «complicado» no alcanzaba a describirlo.

Ella salió del cuarto de baño. Parecía una aparición húmeda y desnuda, flotando dentro de una nube de vapor.

—¿Ha sonado mi móvil?

Él negó con la cabeza y la observó vestirse con frenética rapidez. Le temblaban las manos; se le caían las cosas; se puso la camiseta del revés. Perdió el equilibrio cuando se puso los pantalones. Cuando la vio inclinarse sobre las zapatillas para atarlas, no pudo soportarlo más. Daba igual que estuviera actuando o no.

Se arrodilló ante ella y le apretó los cordones. *Don Solícito*. Ella estiró la mano para acariciarle la cara con la yema de los dedos, un leve roce que le hizo estremecer. Notó que Becca tenía los ojos llenos de lágrimas.

«¡Déjate de tiernas memeces, Nick!». Tenía sus límites y se echó hacia atrás.

—¿Preparada para que nos marchemos? —preguntó.

Ella desconectó el móvil, cogió el bolso y guardó el cargador en el interior y el teléfono en el bolsillo exterior.

—Preparada.

Cuando subieron a la *pickup*, a Nick le dio vueltas la cabeza al considerar todas las opciones. No había ninguna buena. Podía pedirle a Tam que le ilustrara sobre trucos letales, como cápsulas de gas paralizante pegadas al paladar que él pudiera morder delante de las narices de Zhoglo mientras él se regodeaba en destrozarle el cuerpo. Eso sería muy satisfactorio durante los breves segundos que pasarían antes de que sus pulmones se paralizaran. Tam siempre disponía de un montón de cosas de ese tipo, dado que tenía un negocio de armas ocultas en objetos inverosímiles, pero su local quedaba muy lejos de allí.

Debería improvisar con lo que ella tuviera a mano. Imaginando, claro está, que estuviera en la ciudad y dispuesta a hablar con él. Tam accedería a suministrarle los medios para morir porque estaba muy cabreada con él. Y eso siempre sería mucho mejor que pedir ayuda para responder a la emboscada. No quería que sus amigos corrieran más peligro del que ya corrían.

Todos estaban casados, en una etapa u otra de procreación con excepción de Sean, que iba rumbo a Italia con su flamante esposa para pasar allí la luna de miel.

Otro factor a tener en cuenta en su misión suicida, propia del Llanero Solitario, era que no tendría que preguntarse qué coño haría con su vida durante el resto de su inútil existencia.

Su vida a cambio de la de Zhoglo. Le parecía un trato justo. Un bendito alivio.

Ahora solo quedaba decidir qué hacer con Becca. Tenía que planearlo muy bien, prepararse y llevarlo a cabo. No quería arrastrarla con él a una misión suicida —las posibilidades de que ella acabara muerta eran demasiado altas, aunque formara parte del equipo de Zhoglo—, pero tampoco podía dejarla a su aire y perderla de vista. Al parecer el trabajo de la joven era tenerle bajo control. Si fracasaba la harían picadillo.

Y no quería que le ocurriera eso; se lo mereciera o no.

Además, siempre cabía la posibilidad de que estuviera equivocado; no sería la primera vez.

Jamás volvería a confiar en su propia opinión sobre unos hechos, como había hecho antes de aquella cagada con Novak, pero tampoco se atrevía a intentarlo. Su juicio estaba hecho cisco. Había muchas evidencias contra ella, incluidos los quince mil dólares en un sobre europeo. ¿Qué más quería?

Sin embargo, le había entregado a Mathes y a Evans en bandeja de plata. Quizá estos no estuvieran entre los intereses más importantes de Zhoglo. Quizá los considerara prescindibles; pedazos de carne que tirar al jadeante chucho que había bajo la mesa. Después de todo, Diana Evans estaba muerta.

¡Qué coño...! No importaba. Fuera una zorra mentirosa con dos caras o no, Becca se le había metido bajo la piel. La protegería mientras pudiera, de Zhoglo y de sí misma. Dejaría que la juzgaran abogados y jueces. No iba a tener que presenciarlo. Gracias a Dios estaría bien lejos.

Los dos permanecían en silencio, cada uno perdido en su propio infierno de pensamientos sombríos, mientras él conducía sin rumbo fijo por la ciudad intentando enumerar los elementos claves de un plan. Comenzaba a formarse en su mente un caos doloroso, imperfecto y condenadamente feo, pero para él eso era el pan nuestro de cada día.

Se detuvo en un pequeño centro comercial. Becca le miró con vacilación cuando aparcó.

—Tengo que comprar algunas cosas —explicó él—. ¿Me acompañas?

—Si no te importa, prefiero esperar aquí. Si llama él, no quiero responder en un lugar público. Podría ponerme a llorar, vomitar... Desmayarme... O sabe Dios qué.

Él gruñó, pero lo que decía Becca era lógico. Sin embargo, no le gustaba dejarla sin vigilancia. Podría colocar el localizador en algún lugar del coche. O llamar a su jefe. Aun así, le resultaba más cómodo comprar lo necesario sin que ella le observara. Además, una vez la dejara donde pretendía, podría asegurarse de que el dispositivo seguía en el bolso y actuar en consecuencia. No importaba.

Salió con rapidez y se concentró en lo que quería comprar ahora que ya había decidido qué iba a hacer. Botellas de agua, barras de proteínas que podrían sustituir algunas comidas, unos paquetes de patatas fritas y galletitas saladas. Y una cadena para perros apropiada para un pitbull o un dóberman.

Recorrió el aparcamiento a grandes zancadas, ocultando los artículos recién adquiridos, camino de la franquicia de la cadena de electrónica Staples. Una vez en el interior de la tienda, se dirigió al primer dependiente que vio y sacó la grabadora digital del bolsillo.

—¿Dónde puedo encontrar pilas para esto?

El chico lo examinó con el ceño fruncido.

—Pasillo cinco, al fondo a la derecha.

Las encontró y compró cinco paquetes. Eran unas cosas diminutas.

En la tienda también había una máquina que aceptaba envíos por FedEx, lo que le serviría para solventar otro de los puntos de su plan. Pidió un papel para escribir un conciso mensaje a su antiguo superior en la Cueva. Luego rellenó el formulario, sacó la tarjeta de crédito y rezó para no haber sobrepasado el límite. La máquina la aceptó y él pudo meter el envío por la ranura correspondiente.

No saldría hasta el lunes por la mañana, pero no importaba. Había elegido la opción más rápida y cara. Debería recibirla en su despacho después del mediodía, como muy tarde.

Y su nombre en el remitente aseguraba que lo pusieran en la bandeja de los envíos urgentes.

Se subió a la *pickup* a tiempo de oír sonar el teléfono de Becca.

El alegre tono que identificaba la llamada de Carrie sonó una vez. Era un sonido casi dantesco en aquel contexto. Becca estaba paralizada; ni siquiera podía mover la mano. Dos alegres pitidos más. Tres. Se estremeció sin remedio.

Nick sacó el teléfono del bolsillo exterior del bolso, miró la pantalla y se lo tendió. Escucharon el cuarto pitido.

—Tranquilízate, nena. Ha llegado el momento de la función.

Cinco pitidos y ella presionó la tecla para responder.

—¿Diga? —musitó.

—Rebecca, qué mal... Mira que no coger antes... Comenzaba a pensar que no te importaba. O que estabas enfadada conmigo. —La voz de Zhoglo era burlona.

A ella no se le ocurrió nada para responder a su provocación y esperó a que siguiera hablando.

El mafioso gruñó.

—Voy a darte el lugar de la reunión a pesar de que decírtelo con tanto adelanto es arriesgado, pero soy consciente de que necesitarás tiempo para conseguir tu objetivo. Debes inventar una historia convincente para camelar a tu amante, ¿verdad? Y, como puedes ver, soy un hombre razonable.

—Ajá —dijo ella.

—Existe una casa en las afueras de Cedar Mills. En el 6 de Wringley Lane. Podrás dar con ella metiendo la dirección en cualquier dispositivo con GPS. Es un lugar modesto, en una posición elevada, con una magnífica vista de todo lo que hay a su alrededor. Llevarás a Solokov allí a las diez. Yo no estaré, así que te pido por favor que no uses ningún truquito, y nada de heroicidades o policías. O Carrie y Josh... imagino que no es necesario que continúe.

—No —susurró ella.

—Mis hombres estarán esperándote. Te apuntarán en todo momento hombres ocultos y armados. Todo deberá transcurrir como está planeado o tus hermanos morirán esta noche, lo mismo que Solokov y tú. Y será de una manera lenta, muy lenta.

—Lo he captado —dijo ella.

—Hasta luego —la línea se quedó muda.

Ella dejó caer la mano, flácida.

—¿Qué? —presionó Nick.

—A las diez, en Cedar Mills —expuso con lentitud—. En el 6 de Wringley Lane. Imagino que será una casa en algún área rural. Asegura que él no estará allí, pero no quiere nada de polis o acciones heroicas, porque nos matará a todos.

- *Mmm...* bien.

Nick parecía tan tranquilo que lo miró incrédula.

—¿*Mmm...* bien? —Ella vibraba por la tensión—. ¿Qué vamos a hacer,

Nick? ¿Qué crees que podemos hacer?

—Tranquila. Espera que lo piense con detenimiento —repuso él con aquella voz tan fría y distante—. Tenemos el tiempo a nuestro favor.

—¿Tiempo? —chilló—. ¿Qué quieres decir con eso? ¡Mis hermanos están en sus manos! ¡Solo faltan tres horas para...! ¡Nick! No hay nada que hacer. ¡No hay ninguna salida!

—Tener un ataque de nervios no va a servir de nada. Cállate y respira hondo. —La respuesta de Nick fue despiadada.

Ella se cubrió la cara con las manos e intentó hacer eso: respirar. Llenar su cuerpo de aire. Tenía que conseguirlo a pesar de lo difícil que era; jamás había intentado respirar con una tonelada de terror puro oprimiéndole los pulmones. Parecía como si se le fueran a quebrar las costillas en cualquier momento.

Las ruedas devoraban los kilómetros. El sol se ponía en el horizonte; estaba oscureciendo. Vio las indicaciones para Sea Tac, el aeropuerto de Seattle, parecía que se dirigían hacia Southcenter. Nick conducía con más seguridad que antes. Entraron en un polígono industrial. Naves, torres gigantes, remolques y contenedores les contemplaron desde detrás de las vallas metálicas. Nick aparcó junto a un enorme portón de acero y se bajó sin apagar el motor. Se ocupó del candado y empujó la enorme puerta que se desplazó con un chirrido oxidado.

Ella le miró cuando volvió a sentarse detrás del volante.

—¿Qué lugar es este? ¿Dónde estamos?

Él aceleró y se internó entre una compleja amalgama de edificios desiertos.

—Ahora lo verás —se evadió.

—Nick, te aseguro que este no es el mejor momento para que te pongas misterioso. ¡Quiero que me digas dónde demonios estam...!

—¡Cállate! Tengo que pensar. ¿Crees que eres la única que está preocupada? ¡No me jodas, Becca!

Ella apretó los labios al percibir el tono acerado.

Él frenó delante de una enorme nave abandonada. El lugar olía a humedad y vacío. Algunas de las ventanas estaban rotas y había una cadena con un candado cerrando las amplias puertas metálicas correderas. Pegados a la puerta vio restos enredados de una descolorida cinta amarilla, de la que usa la policía para acotar las escenas de los crímenes. Aquello era muy raro.

Él abrió también aquel candado y deslizó las puertas correderas; después

se dirigió al asiento trasero y cogió las bolsas de plástico que había guardado allí. De pronto abrió bruscamente su puerta y la agarró del brazo.

—Baja. —Ella salió de la *pickup*.

—Pero, ¿dónde están...?

—Luego te explico. Muévete, rápido. —Las frases de Nick eran cortas como latigazos y ella se estremeció por la tensión nerviosa.

Él la empujó hacia delante, instándola a entrar casi corriendo en el desierto edificio. Notó que la luz que se filtraba por las altas y sucias ventanas era muy tenue; no había más fuente de iluminación que la puerta que acababan de abrir, y el techo era altísimo. Había en el interior una especie de andamio metálico y un puente grúa para descargar pesos industriales. En esos momentos el gancho colgaba sin carga.

Vio revolotear a algunos murciélagos alarmados, que dieron vueltas sobre sus cabezas. Al poco tiempo fue un búho el que ululó al pasar sobre ellos a toda velocidad antes de remontar el vuelo y perderse por la puerta abierta. Allí olía a excrementos de animales, a moho, polvo y putrefacción. Era un lugar frío, húmedo y desolado.

—¿Dónde estamos? —repitió ella.

—Hace algunos años hubo aquí una redada antidroga —explicó él—. Era el punto intermedio donde almacenaban la heroína para más tarde llevarla a Europa del Este. Los dueños aún siguen pudriéndose en la cárcel.

—Pero ¿qué hacemos aquí? —susurró.

Él se agachó para sacar de una de las bolsas de plástico algo que ella no logró ver. Escuchó un tintineo metálico parecido al roce que hacían entre sí los eslabones de una cadena. De pronto Nick le tomó las manos y tiró de ellas hacia abajo.

—Este es el único lugar que conozco en el que nadie te buscará, donde nadie escuchará tus gritos —repuso.

Ella miró sus manos. Estaban sujetas con unas esposas. Una estaba encadenada al andamio metálico y la otra a una larga y pesada cadena que Nick aseguró en ese momento al pilar metálico que tenían al lado.

Lo miró boquiabierto, aterrada y atónita.

Capítulo



ALGO frío y mojado le rozaba la cara, pero Josh no quería recuperar la conciencia. Sabía que allí le aguardaba algo malo, pero aquella humedad que le tocaba el rostro estimulaba su curiosidad. Somnoliento, entreabrió los ojos, para cerrarlos de golpe en cuanto la luz taladró su cerebro como un filo candente.

¡Oh, Dios, dolía tanto! Solo sentía dolor. La cabeza le palpitaba de una manera insoportable. Cada latido de su corazón parecía un martillazo.

Intentó llevarse la mano al cuero cabelludo y descubrió otra fuente de dolor. Tenía los hombros retorcidos porque le habían atado los brazos a la espalda. Sentía las muñecas ardiendo por las apretadas sogas y los dedos ateridos y entumecidos. Notó sangre seca en la cara. Le dolían la espalda, los testículos, tenía el estómago revuelto y sabor a sangre en la boca. Notó un diente flojo. Se tensó para obligarse a entreabrir un poco los párpados.

Solo vio ojos. Enormes ojos color avellana. Ojos con largas pestañas y mirada sombría que le observaban fijamente. Como el dolor comenzó a hacerse tolerable, abrió los párpados un poco más para enfocar la cara a la que pertenecían.

Era una chica. Tenía la cara en forma de corazón y las mejillas hundidas. Era delicada... hermosa. La habría considerado un ángel que viniera a llevárselo al Paraíso si no tuviera una expresión tan triste.

Mostraba una magulladura debajo del ojo y estaba demasiado delgada. Alguien preguntó algo; era la voz de un niño pequeño. No logró comprender las palabras, lejanas y confusas. La chica bajó la mirada y respondió con suavidad en una lengua que no supo descifrar.

Abrió los ojos, vencido por la curiosidad, pero tuvo que cerrarlos y esperar a que pasara el dolor antes de reunir el coraje suficiente como para abrirlos de nuevo y captar toda la escena.

¡Oh, Dios! Le llevó un rato asimilar la información que transmitían sus pupilas. Había muchos niños. Aquella chica tan sucia, vestida con una camiseta y un pantalón de chándal demasiado grande, parecía la cabecilla del

grupo. La camiseta no lograba ocultar sus formas.

Era mona. No, en realidad era guapísima, a pesar de lo delgada que estaba.

Apartó la mirada bruscamente y el nervio óptico se vio atravesado por una oleada de dolor. Sin embargo, fue lo mejor; aquella muchacha era demasiado joven como para que él percibiera cualquier cosa por debajo de su barbilla.

Estaba rodeada de críos. Muchos críos. Todos flacos y sucios, la mayoría en edad de sorber los mocos.

Se encontraban en una habitación blanca y llena de luz. Enormes lámparas fluorescentes llenas de polvo colgaban sobre ellos y arrojaban una luz sobre sus cabezas capaz de volver planos todos los detalles, como una foto demasiado expuesta. Recordó un test psicológico que le habían hecho en una ocasión... «Despiertas en una sala blanca, ¿qué sientes?».

En aquella ocasión se suponía que su respuesta exponía las emociones que realmente le provocaba la muerte. Era ese tipo de cosas que consideraba una soberana estupidez. No era necesario ningún *test* para saber qué sentía al pensar en la muerte. La muerte era aterradora. No la deseaba ni para sí mismo ni para nadie que le importara. Punto.

Pero nadie le había preguntado jamás cómo se sentiría si despertara en una estancia blanca con un montón de niños desnutridos y con la ropa rota. Se preguntó qué realidades psicológicas revelaría aquella cuestión sobre una persona.

Los críos se apiñaban a su alrededor formando un semicírculo y lo miraban como si fuera un alienígena llegado del espacio exterior. Como si estuvieran dispuestos a adorarlo como a un dios. La chica se inclinó sobre él con un trapo ensangrentado en la mano y comenzó a apretarlo con suavidad contra su frente. Dijo algo. Lo repitió, en esta ocasión más alto. No fue hasta que lo pronunció por tercera vez cuando se dio cuenta de que trataba de hablar en inglés.

—¿Doler? —dijo una vez más, pero parecía que estuviera diciendo «moler».

—Sí —repuso. Hablar le hizo toser, lo que provocó una agonía instantánea en su cabeza con cada sacudida. Pero una vez que empezó, no fue capaz de parar. *Bam, plaf, crash...* «¡Joder!».

Comenzó a recuperar retazos de memoria. A recordar emociones — horror, traición, miedo, vergüenza—, pero los hechos, las secuencias que los

provocaban, eran inconexos.

Comenzó a asociar las imágenes, una a una. Nadia desnuda en el dormitorio, con las manos apretadas contra la boca y las mejillas llenas de lágrimas, observando en silencio cómo tres tipos enormes lo ataban para darle la paliza del siglo.

Y el gordo. A ese hombre también lo recordaba. Se cernía sobre él sonriéndole desde un ángulo antinatural. Su gruesa cara se inflaba como un fuelle mientras se regodeaba mirándole con aquellos ojos grises, tan fríos e indescifrables. Acercó a su cara la punta de uno de sus carísimos zapatos y comenzó a hostigarle con palabras sobre algo... Algo que le aterraba incluso antes de que el recuerdo ocupara su lugar. «Carrie. Becca».

—¿Carrie? —pronunció en voz bien alta mirando a los niños—. ¿Becca? ¿Están aquí mis hermanas? ¿Habéis visto a mis hermanas?

La muchacha frunció el ceño.

—¿Hermanas? —repitió lentamente.

—¡Mis hermanas! ¿Las has visto?

La chica se volvió hacia los demás niños y estos se movieron, abriendo el círculo y ampliando su panorámica. Paredes de bloques de cemento pintadas de blanco. Suelo de hormigón. Mucho frío. Él estaba tirado allí, de cualquier manera, pero vio algunas colchonetas; cada una contenía una manta muy sucia.

¡Oh, no podía ser! ¡Aquellos niños vivían allí! En aquel horrible limbo blanco.

Carrie estaba tumbada sobre la colchoneta más cercana y tenía los ojos cerrados. Solo estaba cubierta por la ropa interior y le pelo le tapaba la cara.

Él intentó moverse, incorporarse, pero estaba atado como un pollo a punto de ser metido en el horno.

—¿Carrie? —gritó—. ¿Carrie? ¿Estás bien?

La chica le golpeó la mejilla con suavidad para que se callara. Luego le mostró un cuchillo de plástico antes de inclinarse a su espalda para comenzar a usarlo en las ligaduras.

Tardó mucho tiempo, pero por fin sintió que tenía las manos libres. Le ardieron cuando la sangre volvió a fluir por ellas. Las alzó para masajearse la cabeza y notó un enorme chichón con sangre reseca en la sien. Desató el nudo del trapo que le colgaba alrededor cuello —supuso que debía de haber sido su mordaza— y sintió un dolor inmenso en las comisuras de la boca.

Se movió para mirar a la chica de pelo oscuro que ahora le desataba los

tobillos. Ella hizo un gesto imitando la mordaza, y asintió con la cabeza.

—Me la quitaste tú —dedujo—. Gracias.

Ella le brindó una fugaz sonrisa. Cuando notó libres las piernas, se puso de rodillas como si fuera un niño aprendiendo a andar. Solo llevaba puestos aquellos puñeteros bóxers de seda.

Acunó a Carrie entre sus brazos, retirándole el pelo de la cara. Tenía la cara blanca y oscuras ojeras bajo los ojos. No respondía cuando la sacudía y su pulso era débil y rápido. La piel estaba húmeda, como si la cubriera una capa de sudor frío y hacía un áspero sonido cada vez que respiraba. No podía dejar de sacudirla con suavidad, suplicándole que despertara. Después de un rato notó que él mismo tenía la cara mojada por las lágrimas.

Volvió a notar una palmada en el hombro, así que se secó la cara y se giró para caer en el interior de los grandes ojos sombríos de la cría. Ella hizo el gesto de clavarse una jeringuilla en el brazo y señaló a Carrie.

Según parecía, estaba drogada. Aquellos hijos de puta habían drogado a su hermana. Se consoló diciéndose que al menos respiraba.

Apretó los ojos para hacer desaparecer las lágrimas y sorbió por la nariz.

—¿Quién eres? —preguntó a la chica.

Ella le miró confusa, así que se señaló el pecho.

—Yo soy Josh. —Acarició el pelo de Carrie—. Ella es mi hermana, Carrie.

La muchacha volvió a esbozar aquella angelical sonrisa.

—Yo soy Sveti. —Comenzó a presentar a los demás, pronunciando una serie de nombres extranjeros con demasiada rapidez para que su mente pudiera asimilarlos. Terminó con la más pequeña, un bebé que se aferraba a su brazo.

—Ella es Rachel —afirmó, alborotando los rizos negros de la pequeña.

Rachel tendía los brazos a Sveti para que la cogiera. Calculó que tendría dos años, quizá menos. La cara del bebé era tan menuda que parecía una inteligente monita. Sveti la alzó y la colocó sobre su delgada cadera. Los escuálidos brazos de la pequeña se enroscaron alrededor del cuello de la muchacha y las sucias piernas, con aquellos pies negros como suelas, se enredaron en torno a su cintura. La cría vestía una camiseta blanca de adulto que había sido anudada convenientemente para adaptarla al diminuto cuerpo.

Sveti abrazaba a Rachel sin dejar de observarle a él. Aquella calmada e insistente contemplación le estaba poniendo nervioso. Él estaba asustado, pero parecía como si ella llevara asustada tanto tiempo que lo había aceptado y

llegado a un extraño acuerdo con la emoción. Sus ojos parecían viejos, ojos de una mujer centenaria en un cuerpo de trece años. Quizá doce... Era difícil asegurarlo.

Miró a su alrededor y una oleada de terror creció en su interior cuando los niños lo miraron con hambre. ¿Cómo alguien podía estar haciéndoles eso? No había mesas, ni sillas, ni libros o juguetes, tampoco música o fotos. Ni tan siquiera había una ventana. El lugar olía a orina, a pañales sucios y comida podrida. Había unas enormes bolsas de basura apoyadas contra la pared. Aquel lugar era una pocilga, un corral de animales destinados a ser sacrificados cuando salieran de allí.

—¿De dónde eres? —preguntó a Sveti.

Ella pensó la pregunta, como interpretándola.

—Ucrania —repuso al final.

De Ucrania. Encajaba perfectamente. El mafioso que Becca había mencionado también era ucraniano. Nadia era de Moldavia, o eso había asegurado. Pero ¿qué pintaban un puñado de mocosos tristes y sucios en manos de un mafioso?

Prefería no analizar aquella pregunta de momento. En especial cuando estar encerrados con ellos podía significar que Carrie y él estuvieran destinados a compartir su suerte. Desde luego, y fijándose en lo que les rodeaba, esta no podía ser peor.

Aquello era culpa suya por haberse enredado con una furcia mentirosa. Había picado el anzuelo como un pez incauto, y el anzuelo había sido su propia polla. Se estremeció. ¡Qué testarudo había sido! Becca había intentado advertirle y él se había obcecado en su lujuria.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó.

Vio que Sveti se mordía los labios y lo miraba con cautela, meneando la cabeza.

—¿Por qué estáis aquí? ¿Qué lugar es este? ¿Qué os van a hacer? —gritaba sin medida, incluso a pesar de que sabía que no era justo.

Ella no pareció ofenderse.

—Primero, Ucrania —intentó explicarse en voz muy baja y pausada—. Apartamento. Muchos meses. Luego camión, barco. Muchos días. —Frunció el ceño e hizo un gesto con el dedo—. Camión, mal. Barco, mal. Luego aquí. —Alzó la mano del lado que no sostenía a Rachel. Cerró los cinco dedos en un puño y extendió los dedos varias veces—. Días. Muchos días.

—¿Cuántos días? —preguntó.

—Muchos —repitió con voz cansada.

Él le señaló las magulladuras en la cara.

—¿Quién te pegó? —¿Cómo podía pegar alguien a una niña tan frágil?

Ella le miró sin expresión y se giró para poner al bebé en el suelo. La criatura comenzó a llorar. Él comprendió muy bien cómo se sentía, pero había llegado el momento de comportarse como un hombre y hacer algo.

Lo que fuera.

Se tambaleó hacia la puerta apoyado en la pared. Parecía necesitar menos energía para hacer eso que para formular las preguntas. Los críos le siguieron formando una fila sin orden ni concierto. Estaba seguro de que él era la primera novedad que veían desde hacía meses y debía de ser todo un espectáculo, golpeado y ensangrentado como estaba. Intentó abrir la puerta. Estaba cerrada. La otra correspondía a un cuarto de baño; un aseo sucio con una maloliente placa turca y un lavabo sin limpiar. Había una agrietada pastilla de jabón amarillo, un dispensador de papel higiénico de tamaño industrial y olor a orina. Eso era todo.

Se arrastró hacia atrás, contra la pared, para acercarse a Carrie y se sentó a su lado. Se sentía inseguro y aterrado, por lo que se cubrió los ojos para bloquear la luz y no ver las miradas penetrantes de los niños.

Minutos después notó una mano en la rodilla. Sveti le ofrecía una pequeña bandeja de plástico, similar a las de los aviones. Contenía un pedazo de carne seca, un gomoso montón de puré de patatas cubierto con salsa de procedencia dudosa, verduras grises y un *tetrabrik* de medio litro de leche. Además, había un botellín de agua mineral.

Parecía y olía como si fuera comida mil veces descongelada antes de haber sido calentada definitivamente en el microondas.

Sveti se frotó el estómago.

—Yo no comer. No hambre. ¿Comer tú?

Aquello fue el desencadenante. Su estómago ya estaba revuelto y la repugnante comida fue como un puñetazo.

Se retorció a un lado y vomitó lo que tenía dentro. Luego miró atónito el estropicio que había causado, con los ojos llenos de lágrimas por su propia debilidad y el estruendoso dolor de cabeza.

Toc, toc. En esta ocasión sobre el hombro. Sveti le tendía unas cuantas servilletas de papel mojadas y el botellín de agua. Le empujó con fuerza, indicándole que debía acercarse a Carrie. Sin decir palabra, ella comenzó a limpiar sus vómitos con resignación, como si fuera una tarea que hiciera con

frecuencia.

Él se secó las lágrimas y la boca con la servilleta.

—Por favor, no —se obligó a decir con voz temblorosa—. Yo... ya lo hago yo.

Ella le miró de reojo. No dijo nada, pero la entendió perfectamente: «No puedes andar sin caerte de narices. Si no lo hago yo, ¿quién lo hará?».

«Te despiertas en una sala blanca, ¿qué sientes?».

Casi se rio ante aquel desafortunado pensamiento, pero se contuvo. Le dolería demasiado. ¿Qué sentía? Se sentía muerto. Tan muerto como Carrie y Sveti, y los demás niños. Lo único que faltaba era la lenta descomposición de su cuerpo.

La dejó limpiar su vómito, intentando no dejarse arrastrar por el llanto.

Aquello era imposible. Tenía que ser una especie de broma pesada.

Pero Nick no era hombre que bromeara y menos en momentos como aquel, así que lo más probable es que estuviera actuando completamente en serio. Becca intentó hablar, pero solo pudo pronunciar palabras sin sentido.

—Pero yo... Pero tú... ¡Nick! ¿Qué te pasa? ¡Suéltame, por el amor de Dios! ¡No tenemos tiempo para esto!

—Tú, sí. —Nick seguía hablando en aquel odioso y frío tono que llevaba enervándola todo el día—. Dispondrás de mucho tiempo durante los próximos dos días.

—Pero ¿por qué haces esto? Carrie y Josh corren pelig...

—Carrie y Josh no existen —aseguró él—. Tal y como están las cosas, no pienso preocuparme también por ese asunto.

Becca lo miró boquiabierto, hasta que recuperó la facultad de hablar.

—¡Te has vuelto loco! ¡Sabes que existen! ¡Has hablado con mi hermano por teléfono!

—Sí, claro, la llamadita... Me lo creí todo. Y durante mucho tiempo. Por desgracia ya me he dado cuenta de la verdad.

—¿Qué te pasa? —preguntó frenética—. ¿De qué hablas? ¿Qué ha pasado?

—Pues hoy, a la una y cuarto, bajaste de un taxi y entraste en casa de Zhoglo. Eso me abrió los ojos.

Ella le miró desconcertada.

—¿En casa de quién? ¿De Zhoglo? Pero si yo no... ¡Oh, Nick! ¡Santo Dios! —Le apretó el brazo con la mano libre—. ¿Estás refiriéndote a esa casa

en Gavin Street? ¡Fue ahí donde me reuní con Josh! ¡Ahora tiene sentido todo! Josh me aseguró que Nadia estaba en Estados Unidos con un permiso de estudiante, pero esa casa es demasiado lujosa para ser el hogar de una estudiante extranjera becada. Sabía que había algo raro. ¡Es así como capturó a Josh! ¡A través de Nadia! ¡Y tuvo allí encerrada a Carrie todo el tiempo!

Ya no podía interpretar la mirada de Nick, sus ojos estaban demasiado oscuros, pero sentía el frío que emanaba de él.

—Buena estrategia. ¿De verdad piensas que soy tan estúpido? —dijo con ironía—. ¿Por qué debería creerte ahora, si hace apenas una hora me mentiste? No me dijiste que te habías reunido con tu hermano en Gavin Street. Me has mentido, Becca. ¿Por qué?

—¡Oh, no! —Cerró los ojos con fuerza—. Lo cierto es que pensé que daba igual dónde hubiera hablado con Josh...

—¿Que daba igual? En serio, estoy fascinado con tus procesos mentales.

Su tono contenía ahora irritación y mucha más ironía, pero seguía siendo helado.

—Bueno, vale. Estaba segura de que te enfadarías —farfulló—. Y eso es justo lo que ha ocurrido. Cuando él me llamó y me dijo que fuera allí... sabía que estabas tan preocupado por mi seguridad que...

—Estoy cabreado, sí. No puedes ni imaginar lo cabreadísimo que estoy.

Ella sacudió la mano con violencia y la cadena traqueteó contra el andamio.

—¡Escúchame ahora! —ordenó ella, en tono seco—. Nick, abre los ojos. Despierta. No puedes dejarme aquí. Te equivocas sobre mí. No trabajo para Zhoglo.

—Entonces, ¿qué es esto? —Cogió el bolso, que había caído al suelo, y rebuscó en el interior para sacar un sobre—. ¿También puedes explicarme esto, nena?

Ella volvió a mirarle, perpleja.

—Es el bolso nuevo... Lo compré hace poco. ¿Qué es eso? No lo había visto en mi vida.

Él sacó un grueso fajo de billetes.

—Son quince mil dólares. Imagino que por los servicios prestados —repuso sarcástico.

Ella miró el dinero sin dejar de menear la cabeza. Se sentía atrapada, sin salida. Como si la tapadera de una caja se cerrara sobre ella.

—No —susurró.

—Has debido de ser la leche con Zhoglo para que te diera tanto dinero. ¿Te lo tiraste con la misma dedicación que hiciste conmigo?

—¡No! ¡Nunca he hecho tal cosa! Han debido meterlo en el bolso mientras hablaba con Josh —dedujo, pero sabía que él había levantado un muro a su alrededor contra el que rebotaban las palabras. Hacían eco allí y resonaban en sus propios oídos como el balbuceo propio de una mentirosa.

—Ah... ¿Es el pago por haber follado conmigo? —continuó Nick—. Se lo agradeceré cuando le vea esta noche. Jamás había echado un polvo como los que eché contigo. De hecho, ya no soy el mismo hombre.

Aquello era cierto. Se había transformado en alguien que ella odiaba.

—No, no lo eres —aseguró—. Yo jamás haría lo que dices, Nick. No sería capaz.

Él volvió a meter la mano en el bolso y cuando la sacó le mostró un pequeño botón negro.

—Ah, y también tenemos esto. Me desharé de ello cuando me vaya.

—¿Qué es eso? —Lo miró con los ojos entrecerrados, intentando descubrir qué era entre la penumbra, pero él ya se lo había guardado en el bolsillo.

—No te hagas la estúpida. Me aburre. —Cogió también el móvil y se lo guardó en el bolsillo—. Ten, esto es tuyo. —Metió la mano en la solapa de su chaqueta para deslizar el fajo de billetes en el bolsillo interior. Ella notó el peso en el hombro, como si fuera un ladrillo—. Guárdalo, nena. Bien sabe Dios que te lo has ganado.

Ella se apartó de su mano.

—¡No me toques!

—¿Ah, no? —Él le llevó las manos a la cintura y clavó los dedos—. Jo, venga... ¿Acaso no es así como has estado manejándome todo el tiempo, nena? ¿No quieres uno rapidito? Ya sabes que siempre estoy listo. —Le agarró una mano y la presionó contra la erección—. Es sorprendente, ¿verdad? Mi mente y mi cuerpo no logran ponerse de acuerdo. Parece que a mi polla no le importa nada de lo que puedas ser; solo quiere hundirse por última vez en ese coñito tuyo.

—¡Nick, para! No puedo soportarlo.

—Además, ya sabes lo que te pone a cien. —Su voz era un ronco gruñido contra su oído, que le provocaba contradictorios escalofríos en la espalda—. ¿No te acuerdas de cómo te excitaste con el espectáculo que representamos ante Zhoglo? ¿Qué situación puede ser más excitante para ti que estar esposada

en un almacén abandonado mientras te follan? Hablo de sexo, claro... Ya te han pagado, me has traicionado... Quince mil es un buen precio por el último polvo, ¿no crees?

Ella se alejó todo lo que pudo.

—¡Antes muerta!

Nick dio un paso atrás.

—Esa no es una opción. De eso trata esto, Becca, tú no vas a morir.

Ella le miró con los ojos entrecerrados.

—Oh, venga ya... ¿Intentas protegerme? ¿Dejándome encadenada a un almacén?

—Sí —repuso él—. Voy a ir a esa reunión, Becca. Voy a dejar que me lleven hasta él y voy a matarle cuando esté regocijándose porque me tiene en sus manos. Ese es el plan. Tú esperarás aquí. Alejada del peligro. No puedes perjudicarme; él no puede hacerte daño... Es lo mejor.

—Pero... ¿no puedes ir! —chilló—. Él...

—¿Me va a matar? ¿Me cortará en pedacitos? Oh, bueno, eso ya lo suponía.

Becca se puso rígida e intentó acercarse a él, pero la detuvo un doloroso tirón en las esposas.

—¡Oh, Nick! No lo hagas.

—Por favor, no finjas que te importo; es peor. Ahora escúchame bien, no tenemos mucho tiempo. Lo cierto es que siento de verdad dejarte aquí sola, a mí tampoco me gusta este lugar. Habría preferido encerrarte en mi casa, pero está demasiado lejos y no tengo tiempo para eso. Te dejo seis botellas de agua y algo de comida. Será suficiente para un par de días. Sin embargo, dudo que tengas que esperar tanto.

—Nick, no, por favor. No lo hagas. No permitas que...

—No puedes evitarlo, no intentes convencerme. He colocado las esposas a la altura adecuada para que puedas sentarte en el suelo. Vas a estar un poco incómoda, pero sobrevivirás. He enviado un mensaje por FedEx a mi antigua jefa en el FBI. Lo recibirá el lunes. Así que como mucho estarás aquí dos días. Ellos vendrán a liberarte y podrás explicarles todo lo que quieras. Yo no quiero escuchar tus explicaciones.

Ella le dio la espalda y oyó los pasos de Nick, cada vez más lejanos. No quedaba nada que decir.

Becca miró las dos esposas. El juego que estaba enganchado al andamio estaba a una altura que le permitía sentarse, siempre y cuando mantuviera el

brazo en alto. Si se sentaba, la cadena a la que estaba amarrada la otra esposa tenía la longitud necesaria para poder alcanzar el agua y la comida, pero no llegaba a tocarse la otra mano. Bien planeado; soberbio. Lo mismo que había sido Nick para ella.

Qué ironía. Su relación había comenzado con unas esposas y terminaba de la misma manera. Cualquiera hubiera pensado que aquel detalle debería haberle enseñado que se avecinaba un desastre, pero no. Ella y su inigualable gusto para los hombres.

Comenzó a estremecerse con algo parecido a una carcajada, pero se interrumpió de repente al escuchar la puerta, con su oxidado chirrido. El retumbante golpe que hizo al cerrarse del todo, bloqueando la escasa luz, le provocó un escalofrío.

Desde aquel momento sintió una angustiada incertidumbre por Carrie, Josh y Nick, que comenzó a hostigarla sin parar. Una sensación que seguiría atormentándola hasta que alguien abriera un sobre de FedEx y se molestara en ir a liberarla. Ahora estaba sola en la oscuridad.

O quizá no estaba tan sola. Escuchaba susurros y veloces movimientos en las sombras. Se le puso la piel de gallina. Los demás seres que habitaban aquella nave estaban preguntándose quién había ido de visita.

Capítulo



NICK se apoyó en la camioneta para resistir aquella debilidad que le hacía flaquear. Su corazón se había desbocado, que alguien trajera las jodidas sales.

Se encontraba donde siempre; entre la espada y la pared, recibiendo todos los puñeteros golpes. Jamás se había sentido tan aturdido. Estaba a punto de tener un ataque de ansiedad de los fuertes.

Intentaba hacer lo correcto, pero no parecía serlo. No disponía de la información suficiente como para poder asegurar qué era lo correcto.

Sin embargo, una cosa era cierta; tenía la sensación de que aquello no estaba bien.

Así que se largaría y llamaría a los McCloud cuando estuviera cerca de Cedar Mills. Le diría a alguno de ellos que fueran a buscar a Becca y que la entregara a las autoridades. Sí, sería lo mejor. Sin errores, porque uno nunca sabía qué podía ocurrir con el FBI. Ella estaría bien hasta entonces, era fuerte y lo soportaría.

De aquella manera podría acudir a su cita con la muerte con la conciencia tranquila, lo que le recordaba que tenía que llamar a Tam. Necesitaba todos los trucos que tuviera a su disposición y nadie tenía más que ella. Salvo Becca, claro está. Becca se llevaba el premio gordo. Aunque no en la misma materia.

Subió a la *pickup* y encendió el motor. Tenía que poner toda la distancia que pudiera entre Becca y él. Incluso allí fuera podía sentir su desesperación; le envolvía en oleadas, salpicándole y haciéndole debilitarse. Cerró la puerta y salió pitando con un chirrido de ruedas. Se dirigió a la interestatal y se detuvo en el primer área de descanso.

Primera misión, deshacerse del localizador. Se acercó a un tráiler que transportaba ganado y puso el dispositivo en una ranura; allí podría tragárselo algún animal. Si los hombres de Zhoglo se dedicaban a rastrearlo, se divertirían de lo lindo. Segunda misión; regresó a la *pickup* y cambió las pilas de la pequeña grabadora digital. Presionó el botón de *play* justo antes de

incorporarse a la carretera.

—... sujeto número 100023, fecha de nacimiento 160297 —pronunció por lo bajo una voz femenina, seguramente perteneciente a Diana Evans—. Individuo de once años, varón, presenta malnutrición. Pulso, ochenta y uno; tensión mínima, seis y medio y máxima, once y medio; temperatura, treinta y seis con seis. De presencia apática y distraída.

La voz grabada seguía incansable, desgranando signos vitales, advirtiendo de magulladuras que indicaban abusos o deficiencias alimenticias. «Alguna erupción cutánea sin tratar, hígado algo hinchado...». Hablaba de tejidos y de un bastoncillo bucal. Recomendaba análisis de sangre y de orina para descartar infecciones, sobre todo en el tracto urinario. De manera fría y concisa describía la higiene del sujeto y su estado anímico. Recomendaba volver a evaluarlo antes de considerar la cosecha de aquel individuo.

«¿Cosecha?». ¿A qué coño se refería? ¿Para qué quería que engordara aquel...?

¡Oh, Dios, no! De pronto todo encajó como las piezas de un puzle. Mathes era cardiólogo especializado en trasplantes de corazón.

La *cosecha* eran los órganos. Por eso tantos análisis, muestras de sangre y orina. Mataban a aquellos niños para utilizar sus órganos. ¡Asquerosos cabrones sin corazón!

La voz de Evans seguía incansable. Otro sujeto con número, diez años. La misma historia; signos vitales, desapasionadas observaciones médicas sobre lo flaco y malnutrido que estaba, pero aquel niño tuvo más coraje que los demás y no le gustó que le palparan y pincharan. Comenzó a llorar llamando a su madre... En ucraniano.

Evans era perseverante y terca, pero su voz se convirtió en un hilo hasta que finalmente:

—¡Mierda! —gritó. *Clic*. La grabación continuó pero era evidente que había sido interrumpida algunos minutos. El niño lloriqueaba por lo bajo.

—Cállate y deja que la doctora haga su trabajo, imbécil, o te daré una razón para que chilles de verdad —escupió una seca voz masculina, hablando también en ucraniano. El niño dejó de llorar y la voz de Evans continuó con el informe, ahora un poco temblorosa.

Y el proceso se repitió varias veces. Un niño tras otro, número tras número. Los críos eran cada vez más pequeños. Todos protestaron cuando les pincharon. Algunos lloraron, otros gimieron o gritaron. Evans comenzó a venirse abajo. Le temblaba la voz, tartamudeaba, se repetía, se le trababan las

palabras. Parecía confusa, paraba la grabación y comenzaba de nuevo. Y si alguno de los pequeños se rebelaba, la voz masculina intervenía con sus amenazas. Aquello le sirvió para que él quisiera cargarse al propietario de la misma con sus propias manos.

Cualquier rastro de simpatía que pudiera sentir por Diana Evans desapareció. Si no había sido lo suficientemente fría y mala para satisfacer a aquellos psicópatas, no había sido por no haberlo intentado.

Por alguna razón que no comprendía el que ella lo hubiera intentado hacía que todo fuera peor. Un psicópata no podía evitar ser como era, pero ¿por qué una persona que poseía conciencia intentaba olvidarla? Aquello le cabreaba y desconcertaba a la vez. Respiró hondo, tratando de coger aire. ¿Por dinero? ¿Todo aquello era por el puto dinero de mierda? ¿Cómo era posible? No lo comprendía. Jamás lo había logrado comprender.

Por fortuna, descifrar esa incógnita no era asunto suyo.

—Sujeto 100089, fecha de nacimiento 131296. Bien desarrollada. Adolescente, hembra en estado de desnutrición...

Aquello le puso alerta y se detuvo en la cuneta para escuchar con más atención.

—... pulso, setenta y nueve; tensión mínima, siete y máxima, doce. Treinta y seis grados y medio. Lo que parecía una erupción en el cuello resulta ser una marca de nacimiento color vino...

Nick respiró hondo, estaba en éxtasis. Esa chica era Sveti. ¡Oh, Dios! Estaba viva. ¡Viva! O al menos estaba viva cuarenta y ocho horas antes.

Y en manos de unos traficantes de órganos.

—... Prioridad para analítica completa. El sujeto 100089 está programado para la cosecha del domingo, veintisiete...

Eso era ese mismo día.

Se le cerraron los pulmones y notó una quemazón en la garganta. No, no podía dejar de respirar ahora. Aún podía salvarla.

Sonó la voz de Sveti en la grabadora. Reconoció su suave cadencia, implorando ayuda a la despreciable zorra de Diana Evans, en el rudimentario inglés que él mismo le había enseñado, siendo ignorada por completo.

Al poco tiempo, Sveti cambió de idioma y siguió gritando incansable en ucraniano, pero él no entendía lo que decía porque Evans también gritaba.

«¡Maldita seas, zorra estúpida! Cállate, déjame oírla...».

La grabación se interrumpió bruscamente. Nick se estremecía sin control. Se secó los ojos y la nariz con la manga. No era el momento de ponerse

sentimental; no tenía tiempo para llorar.

Deseó poder ponerse en contacto con sus compañeros de la Cueva para pedir refuerzos, pero no se atrevió. No sabía quién había traicionado a Sergei.

Soltó la grabadora, cogió el móvil y marcó el número de Tam.

—Nikolai... Me alegra y sorprende escucharte —susurró ella—. Me han contado que tu ángel te traicionó. Imaginaba que estarías lamiéndote las heridas en algún sitio inhóspito. Aún no me creo haber estado departiendo con una de las secuaces de Zhoglo... y en la boda de Sean, nada menos.

—Cállate, Tam. —Tenía la voz ronca por la emoción—. ¿Recuerdas a la hija de Sergei? ¿La que piensas que está muerta o algo peor?

—Sí, pero tranquilízate. Jadeas como si estuviera a punto de darte una apoplejía.

—¡Está viva, Tam! Al menos lo estaba hace dos días. Pero tiene las horas contadas. Hoy piensan trocearla.

—¿Trocearla? ¿De qué coño hab...?

—¡Van a usar sus órganos! —la interrumpió—. ¡Son unos putos ladrones de órganos!

Tam se sorprendió tanto que guardó un silencio absoluto.

Él esperó hasta que no pudo soportarlo más.

—¿Qué me dices? —la animó—. ¿Me ayudas? Está sola, no tiene a nadie... ¿Me ayudas a rescatarla?

Tam suspiró.

—¡Joder, claro que sí! —Su voz era ronca y tenía un matiz de salvaje ferocidad—. ¿Qué quieres que haga?

—Estate preparada. Voy a llamar a Davy y volveré a ponerme en contacto contigo cuando se nos ocurra un plan.

Colgó y llamó a Davy.

Su amigo respondió al primer timbrado.

—Tengo malas noticias, tío —dijo Davy—. Hemos perdido a Zhoglo.

Nick se estremeció.

—¿Qué?

—Nos cogieron por sorpresa. Cargaron todo en un par de furgonetas, se subieron y levantaron el vuelo. Marcus los siguió hasta un garaje, pero un coche le obstaculizó la entrada y cuando por fin pudo acceder al interior, ya habían cambiado de vehículos y salido de allí. Eso significa que sabía que le vigilábamos desde hace tiempo, así que vete pensando en que tienes que...

—Eso no importa —le interrumpió Nick con impaciencia—. Zhoglo da

igual ahora. ¿Dónde está Mathes?

Davy se quedó en silencio, desconcertado.

—¿Qué...?

—Venga, dime... ¿Dónde dice el localizador que está Mathes? —insistió.

—Pues, salió de su casa a las tres y fue a su despacho. Luego hizo una parada en un laboratorio privado en Bellevue y después condujo por la interestatal hasta un lugar llamado Kimble.

—¿Kimble? —El terror le atravesó—. ¡Mierda! ¡Seguro que es ahí donde retienen a los niños! ¿Por qué no me has dicho que iba hacia allí? ¿Cuánto tiempo hace que está allí?

—Casi hora y media —repuso Davy, con cautela—. ¿De qué niños hablas? Y no nos dijiste nada de que te tuviéramos al tanto de los movimientos de Mathes. Bueno, vale, estabas algo distraído la última vez que nos vimos y...

—Bah, ahora no importa. Mathes es un cabrón hijo de puta que está matando niños para utilizar sus órganos. ¿Me echáis una mano para detenerle?

Solo hubo un conmocionado silencio.

—Cuenta conmigo —dijo Davy—. Voy a avisar a los demás.

—Trae todas las armas que puedas. Lo que sea. Y ponte en camino hacia Kimble. ¿Alguien puede quedarse en el centro de control para seguir el rastro de Mathes en caso de que se mueva?

—Raine puede...

—Vale. Llama también al FBI; que envíen un equipo de emergencia. Cualquier ayuda será bien recibida. Llamaré a Tamara para que se reúna con nosotros en Kimble. Debemos darnos prisa.

Sveti pensaba que aquel chico llamado Josh era guapísimo. Lo era, a pesar de la sangre que le caía por la cara desde la herida de la frente; lo era incluso cuando vomitaba. Sí, era el hombre más guapo que hubiera visto nunca. Tenía los ojos verdes como las hojas, como la hierba, como la vida... Como todas aquellas cosas que hacía tanto tiempo que no veía.

No podía dejar de mirarlo. Seguía clavando los ojos en él a pesar de saber que estaba siendo maleducada. Los demás niños estaban sentados a su alrededor y también lo miraban en silencio, con los ojos abiertos como platos.

Y cuando Josh le sonrió, el corazón le dio un vuelco. Hacía meses que no veía una sonrisa; la lasciva que mostraban los dientes amarillentos de Yuri no contaba.

Se preguntó si la chica que dormía inconsciente en la colchoneta sería su

novia. Le parecía haber entendido que era su hermana, pero no estaba segura.

Yuri le daría una paliza por haberlo desatado, le había advertido que no los tocara o se arrepentiría, pero no le importaba. Había valido la pena por poder hablar con alguien amable.

Se sentó en la colchoneta con las piernas cruzadas y acunó a Rachel, cantándole en voz baja una nana. Siguió mirando al muchacho entre los mechones de pelo que caían sobre su rostro como una mujer enamorada. Dando por hecho que aquella chica era su hermana, se preguntó si tendría novia; estaba segura de que todas las chicas se volverían locas por él. Tampoco es que importara; ella tenía trece años y él debía tener por lo menos dieciocho. Era fea y desgarbada, flaca como un esqueleto viviente. Su pelo era un desastre desde hacía mucho tiempo y estaba segura de que olería mal; aunque se había acostumbrado a los olores nauseabundos y ya ni los notaba. Él, en cambio, tenía un cuerpo impresionante; era alto y esbelto como un atleta, con las piernas musculosas y bonitas; justo como a ella le gustaban.

Josh. ¡Qué nombre tan precioso! Sonaba exótico. Y qué tierna era la forma en que acariciaba el pelo de su hermana. Necesitaba ver un poco de bondad, aunque no fuera dirigida a ella. Bebía aquella escena con la mirada.

El sonido en la puerta hizo que se le revolviere el estómago. Se abrió.

Entró Yuri, seguido de Marina. Cuando el hombre vio a Josh sentado, clavó en ella su malévolamente mirada. Sveti bajó a Rachel precipitadamente de su regazo y se arrastró hacia atrás, poniendo toda la distancia posible entre la niña y ella.

—¡Mocosa estúpida! Te dije que no te acercaras a ellos. —La mano de Yuri se movió con una rapidez increíble y la bofetada que le propinó con el dorso de la mano la hizo girar en el aire antes de caer al suelo, dándose otro golpe.

Escuchó voces, gritos... De Yuri. Luego hubo otra voz. Marina. Stephan y Mikhail se unieron al coro. Rachel comenzó a gritar.

Se giró con la nariz ensangrentada. Vio que Josh gritaba a Yuri, aunque no comprendió lo que decía. Tampoco hacía falta entender nada. Vio que el muchacho lanzaba el puño hacia la mandíbula de Yuri y que este trastabillaba con un gruñido. Josh se lanzó a por él de nuevo.

Se escuchó amartillar un arma y Marina apuntó hacia el muchacho una pistola negra.

—¡Atrás, cerdo! —ordenó en inglés.

Josh se detuvo en seco y se tambaleó sin equilibrio. Alzó las manos con

los ojos muy abiertos.

—No dispares —dijo—. Me estaré quieto.

Yuri sacó su propia arma de los pantalones y apuntó a Josh con mano temblorosa, maldiciendo entre dientes mientras se acercaba.

—No se te ocurra disparar —ordenó Marina—. El jefe quiere jugar con él, así que no lo toques. Ya hemos tenido suficientes problemas por culpa de tus magníficas ideas.

Yuri lanzó un escupitajo amarillo al suelo antes de dejar caer la culata del arma sobre el rostro de Josh con un horrible chasquido como de huesos rotos.

El muchacho se derrumbó como un árbol talado y quedó inmóvil en el suelo. Sueti podía ver la sangre que le cubría la cara desde donde estaba y emitió un desesperado grito de tormento.

Yuri la escuchó y se volvió hacia ella. Sus ojos enrojecidos eran como turbios faros en la estancia. La sujetó por la parte superior del brazo y la levantó bruscamente.

—¡Zorrita asquerosa! —gritó lleno de furia—. Ven. Ha llegado tu momento.

La arrastró hacia la puerta. Ella pataleó y luchó, intentando clavar los talones en el suelo de hormigón. Sollozaba sin control al pensar en lo que Josh acababa de hacer por ella, había sido lo más dulce, amable, valiente y estúpido que...

—Ten cuidado con ella, imbécil. —La voz de Marina era fría como la de un robot—. No van a estar contentos si le haces daño. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

Los más pequeños se pusieron a llorar; Rachel era la que lo hacía más fuerte. Incluso después de que la puerta se cerrara de golpe y fuera asegurada con tres candados diferentes, los penetrantes gritos del bebé la persiguieron por el pasillo.

No dejó de luchar. En su mente giraba sin cesar un desesperado remolino de pensamientos: ¿Qué haría Rachel sin ella? ¿Se dormiría o seguiría llorando sin parar? ¿Se acordaría Sasha de no darle aquella fruta enlatada que le provocaba urticaria? ¿Dispararía Yuri a Josh? ¿Qué iban a hacerle a ella? ¿Dolería?

¡Oh, Dios! «¡Mamá! ¡Mama, te necesito! Ven, por favor».

La empujaron al interior de una estancia que no había visto antes. Había una ducha y olía a limpio; a desinfectante. Marina abrió el grifo y le quitó la

camiseta por la cabeza, indicándole que presionara la nariz con ella para detener la hemorragia.

—Aprieta hasta que deje de sangrar. Y tú —le dijo a Yuri—. Largo. No me fio de ti.

—No seas cabrona. —Yuri miraba sus pechos con lascivia, y ella se los cubrió con los brazos—. Quiero verla limpia y bonita, aunque solo sea una vez antes de... Ya sabes —pidió, sonriendo burlesco.

—Largo —repitió Marina, sin dejar lugar a réplicas—. Le has roto la nariz, idiota. ¿Crees que les gustará cuando se den cuenta?

—Jamás les golpeo en las partes que ellos necesitan —adujo Yuri con resentimiento—. Solo en los brazos y las piernas.

—¿Y qué me dices de las caras? Lárgate. No quiero verte aquí. —Marina señaló la puerta con la barbilla y Yuri salió refunfuñando.

El agua estaba helada. El jabón olía fatal; era desinfectante, por lo que hacía que le ardieran los ojos y le escocieran todos los arañazos y heridas. Cuando Marina terminó, ella temblaba demasiado para secarse sola.

Fue Marina quien lo hizo mientras ella se estremecía sin control. Le castañeteaban los dientes y apenas era capaz de mantenerse en pie.

La mujer sacó una especie de uniforme de un envoltorio de plástico. En los pantalones flojos de color verde se notaban todavía las dobleces. Luego le pasó una camisa a juego; era enorme y le llegaba casi hasta las rodillas. El pelo le goteaba por la espalda y Marina lo escurrió y peinó con cuidado para retirárselo de la cara.

Estaba descalza y desnuda debajo de aquellas prendas verdes. Seguía temblando sin poder evitarlo y la fría tela de algodón se adhería a su espalda mojada. Arrastró los pies por el pasillo, pasó por la puerta por donde había entrado antes, y llegó a otro pasillo. Uno que no conocía.

Era mucho más ancho y estaba bien iluminado. Y más limpio que el anterior.

Marina la arrastraba por el frío suelo de cemento hasta que llegaron a un ascensor metálico. Miró con horror su imagen en el espejo; estaba pálida, flaca, pequeña...

Sus ojos se veían enormes. Apenas parecía existir junto a la enorme masa rubia que era Marina.

La cabina bajó lentamente, hasta detenerse con un temblor.

Las puertas se abrieron a un nuevo mundo. Las paredes estaban pintadas de un suave color verde y todo brillaba a su alrededor.

Marina le puso la mano entre los omóplatos, empujándola, y ella entró, tambaleándose, en una habitación llena de gente vestida de verde; igual que ella. Tenían las cabezas cubiertas por gorros y máscaras cubriéndoles la cara. Apenas se les veían los ojos, y eran muchos los pares que la miraban. Se encogió y dio un paso atrás, hacia el ascensor. Marina volvió a empujarla hacia delante.

Una silueta enmascarada, muy alta, se adelantó y clavó una fría mirada en su cara.

—Preparadla —ordenó—. Rápido. Ya vamos con retraso.

Becca contaba las veces que respiraba. Intentaba seguir haciéndolo de manera lenta, profunda y calmada. Uno, dos, tres, cuatro... Así hasta llegar a diez.

Después contaba hacia atrás muy despacio. Si continuaba haciendo eso, la noche llegaría a su fin. Sería finita a pesar de que el mundo siguiera girando y la propulsara a través del espacio hacia un futuro incierto.

Pronto sería de día. Pronto vendría alguien. Alguien que le contaría lo que había ocurrido.

No se volvería loca. No tendría un ataque de nervios. No le daba miedo la oscuridad ni ninguno de los seres que susurraban y reptaban por el suelo de hormigón, a su alrededor. No le aterraban las ratas, los murciélagos o las cucarachas. Era una mujer madura y podía manejar esa situación sin asustarse. No... no... no...

Se preguntó si habrían pasado ya las tres horas. Por la conciencia que tenía del tiempo, podrían haber transcurrido seis horas o diez minutos. Quizá Nick ya había acudido a reunirse con Zhoglo. Quizá ya hubiera acabado todo...

Quizá Carrie y Josh... ¡No!

¡Basta! No podía pensar en eso o comenzaría a gritar.

Uno, dos, tres, cuatro...

El sonido de un vehículo en el exterior hizo que le diera un vuelco el corazón. ¿Sería Nick? Tenía que ser Nick. Era la única persona en el mundo que sabía dónde estaba, al menos hasta que el sobre de FedEx llegara a su destino. Quizá había cambiado de opinión. Sí, debía de haberse dado cuenta de que ella no era capaz de hacer las cosas tan horribles de las que la había acusado.

Sí, claro... A la cínica y lógica mujer que llevaba dentro le dio la risa.

Tenía que hacerse más dura. La vida era peligrosa y preocuparse por la

gente era lo más peligroso de todo. Había aprendido aquello con doce años y nada de lo ocurrido desde entonces la había convencido de lo contrario. Sin embargo, jamás se había permitido caer en el oscuro pozo sin fondo que la existencia podía llegar a ser; siempre había estado demasiado ocupada.

El único final posible era la muerte. Lo único que detenía el sufrimiento, lo que amortiguaba la caída.

Jamás había comprendido el razonamiento que debía de haber hecho su madre para sentarse en la cama e ingerir aquellas pastillas. Sin duda había caído de manera interminable dentro de ese tenebroso espacio interior; dentro de la oscuridad.

Ahora la comprendía. Y por primera vez casi pudo perdonarla por haberlos dejado solos. Casi.

Escuchó un chirrido metálico cuando la pesada puerta se deslizó sobre el riel oxidado. La luz inundó el interior antes de que viera los faros delanteros de un vehículo en marcha. El aire frío le agitó el pelo y enfrió el sudor que le cubría la cara.

Se escucharon pasos. *Plof, plof, plof...* Se estiró para ver quién era, pero la compleja estructura del andamio se interponía en su línea de visión. No podía ver una silueta completa, solo partes sueltas y un batiburrillo de luces y voces confusas por detrás.

Plof, plof. Los pasos se acercaron.

Respiró hondo, preparándose para gritar a pesar del nudo que tenía en la garganta.

—¿Nick? ¿Eres tú? —dijo con un tembloroso hilo de voz.

Una linterna la enfocó. El haz de luz se deslizó por su cuerpo y se detuvo en su cara, cegándola por completo.

Plof, plof, plof...

No era Nick. Él jamás haría eso. Incluso enfadado como estaba, no la aterraría de esa manera deliberada.

El portador de la linterna la movió hasta debajo de su barbilla, para iluminar de manera grotesca una gruesa máscara sonriente que la hizo estremecer de espanto.

—¡Qué encantador! —La voz, complaciente y sinuosa, le paralizó el corazón—. Atadita como una cabra... ¡Qué conveniente!

Ella se dejó llevar por la oscuridad. Cayó en el espacio negro que tenía en su interior, esperando que una rápida muerte interrumpiera la caída.

Capítulo



DAVY se quedó boquiabierto cuando Tam se quitó la sudadera. Los pechos de aquella mujer eran demasiado para cualquier hombre encerrado con ella en la cabina trasera de una furgoneta.

—¡Por Dios, Tam! ¿No podrías avisarnos cuando tengas pensado desnudarte?

—A ver si maduras. Eres un tipo casado. ¿Es que no habías visto antes unas buenas tetas?

—Es que tú usas las tuyas como un maestro ninja utiliza su *nunchaku* — se quejó Davy, refiriéndose a los palos unidos por una cadena que se usan en las artes marciales—. Y no me gusta recibir un golpe sin estar preparado para defenderme.

—Bah, bobadas —dijo ella—. Qué típico... La misma historia de siempre, culpas a la mujer de ser la causante de tu lujuria.

—No hablo de una mujer cualquiera —gruñó él—. Hablo de ti.

—¿Podéis ahorrarnos la discusión sobre memeces feministas? —les interrumpió Nick bruscamente.

—¿Podéis dejarme vosotros un poco de espacio? —pidió Tam—. Tengo que conseguir meterme en mi papel y vuestros enormes cuerpos me lo impiden.

Los cinco se apretaron contra las paredes cuando ella rebuscó dentro de su bolso. En aquel reducido espacio se apiñaban Davy, Connor, Seth, Nick y Alex Aaro, además de Tam. Cuando Aaro les escuchó decir en la misma frase *niños y robo de órganos*, insistió en acompañarles. Tenían un plan, claro; un apresurado plan lleno de lagunas y de naturaleza arriesgada, pero plan a fin de cuentas.

El coche de Mathes emitía la señal GPS desde el aparcamiento de un enorme complejo de edificios de ladrillo recién construido, que estaba rodeado por una valla metálica coronada con alambre de púas y a saber qué sofisticado sistema de seguridad. La información que habían recabado Seth y Davy con el dispositivo térmico indicaba que había una garita a veinte metros del portón, en la que vigilaban cuatro tipos. Era evidente que habría más en el

edificio principal, e incluso patrullando la propiedad.

Tam sacó del bolso un enredo de correas de látex plateado y procedió a cubrirse de forma estratégica los pechos con ellas. Rebuscó de nuevo hasta dar con dos bolsas de silicona en gel, que encajó en la base de la telaraña que había formado sobre sus senos, para transformar sus perfectos pechos de copa C en otros igual de perfectos, pero de copa doble D.

—Así que lo consiguen de esta manera... —meditó Seth—. Siempre tuve curiosidad.

La joven también llevaba en el bolso una falda de látex y un tanga.

—Caballeros, es mi deber advertirles —se mofó ella—, que si alguno de ustedes no quiere verme el *coño*... —Tam pronunció aquellas palabras mientras lanzaba una mirada directa a Davy—, será mejor que cierre los ojos. Y si, por el contrario quiere verlo, pagará caro el privilegio en algún momento... Cuando menos se lo espere.

—¿De qué manera? —Alex Aaro parecía fascinado con ella.

—Prefiero dejarlo en el aire —repuso ella—. ¿Quizá sea con su vida? ¿Su primer hijo? ¿Su alma? Depende de mi humor.

—Quizá quiera sus pelotas para hacerse un collar —se burló Nick de Aaro.

—Podría ser, siempre estoy buscando nuevos materiales para la colección de armas portátiles —añadió Tam—. Pero unos testículos arrugados no quedarían bien —puntualizó al tiempo que se quitaba la ropa interior.

Todos, al unísono, giraron la cabeza con tal rapidez que corrieron el riesgo de sufrir un esguince cervical. Y esperaron...

—¿Es seguro que nos volvamos? —preguntó Nick—. ¿Podemos abrir los ojos?

—La seguridad no existe, es una ilusión —repuso ella—. ¿Creéis de verdad que algún hombre está seguro conmigo?

Nick entreabrió los ojos. Tam estaba más o menos decente, si es que se podía llamar *decente* a una falda tan corta. La prenda se ciñó a aquellas nalgas perfectas como si fuera film de plástico transparente cuando se inclinó para ponerse una peluca rubia. Luego se retiró el pelo de la cara y se pintó los labios de un tono rojo intenso, se calzó unas botas plateadas con unos tacones de vértigo y remató el efecto tomando un spray y rociándose por encima una asfixiante nube de purpurina que les hizo toser a todos. Cuando la brillante neblina se evaporó, les sonrió con descaro.

—¿Qué os parece?

Ninguno se atrevió a responder. Parecía una *stripper* de Las Vegas a punto de realizar su número. Estaba estupenda. Era la personificación de los problemas, con mayúscula. Nick meneó la cabeza.

—Esto no me gusta nada —masculló por lo bajo.

—Pues te jodes —repuso ella—. Es la mejor oportunidad que tenemos. Lo único contra lo que un hombre nunca está protegido es una mujer —dijo, lanzándole una penetrante mirada—. Tú, querido Nikolai, lo sabes mejor que nadie, ¿verdad?

Los demás se hicieron los suecos. Él apretó los dientes y lo dejó pasar.

Tam sacó del bolso unos pendientes, que escondían un pequeño transmisor en el engarce de las gemas, y se los puso. Llevaba otro en la pulsera de oro blanco y piedras preciosas, pero la cosa no se detuvo ahí. Nick la observó ponerse al cuello una cadena con perlas ovaladas y adornos de oro. El broche que la cerraba era una perla redondeada de la que sobresalía algo que parecía una...

—¡Joder! ¿Eso es una granada?

—¡Aleluya! Vas aprendiendo —se mofó Tam—. Lamento que vuestras mujeres no estén aquí, chicos. Ellas aprecian mis talentos mejor que vosotros.

—Nosotros también los apreciamos, Tam, pero... ¿No podrías darte un poco de prisa? —la presionó él.

Ella frunció la nariz.

—Jamás se os ocurra meterle prisa a una mujer. —Se engalanó con algunas joyas más, todas con prácticas facultades defensivas que ninguno de ellos conocía, y por fin se levantó la falda para sujetar dos pistolas de diseño en las medias de red que cubrían sus muslos; una para la Walther PPK y otra para la pequeña pistola de dardos de Davy.

—Lista —dijo—. Ahora estoy preparada.

Nick apretó los dientes al ver la destellante profusión de piel desnuda en muslos y vientre.

El resto llevaba chalecos antibalas, mascarillas de gas, gafas protectoras, transmisores, capas térmicas y armas de última generación.

Tam iba a meterse en la boca del lobo casi desnuda y eso hacía que se le encogiera el estómago. Pero no se les había ocurrido un plan mejor.

La vio salir de la furgoneta y saludarlos con la mano.

—Deseadme suerte, chicos.

Ellos se quedaron en completo silencio, mirándola caminar hasta el portón. Hasta que reaccionaron y se apiñaron alrededor del monitor para ver

cómo se dirigía de manera lenta e insinuante hasta la verja. Él se preparó para escuchar una ráfaga de disparos y tener la muerte de otro ser querido sobre la conciencia.

Se encendió un foco para iluminar desde arriba la esponjosa melena rubia de Tam, haciendo brillar su ropa de putilla como si estuviera formada por escamas de metal fundido.

—¡Hola! —La vieron saltar meneando las tetas—. ¿Hay alguien? ¡Holaaaa! ¡Me he perdido! ¿Hay alguien? ¡Eoeoeo?

La puerta se abrió y salió un hombre enorme, cuya silueta se recortó nítidamente contra la luz del interior. El tipo se acercó despacio al portón con un rifle automático en los brazos. Su cara era ancha y casi cuadrada, parecía un bulldog.

—¿Quién eres?

—¡Oh, menos mal! ¡Cómo me alegro de verte! Estoy buscando Summer Road —le contestó ella con desparpajo—. Estaba a punto de darme un ataque de nervios. Soy Brandi.

Siempre le sorprendía escuchar a Tam imitando el nasal acento americano.

—Pues no sé dónde está Summer Road. Quizá deberías regresar a Kimble y preguntar allí —repuso él.

—¡Oh, Dios, no! Perdería muchísimo tiempo —gimió ella—. Tengo que actuar en una despedida de soltero, pero es tan tarde que quizá ya no valga la pena que vaya. ¡No sabes el frío que tengo! ¿Puedes creerte que me olvidé de coger la cazadora? ¡Y mira cómo voy vestida!

Ella giró sobre sí misma sin otro objetivo que lucirse.

—¡Estoy congelándome con esta falda! No tendrás un poco de café caliente ahí dentro, ¿verdad?

El bulldog la estudió con detenimiento.

—¿Qué eres? ¿Una *stripper*?

—Bueno, no exactamente —confesó Tam—. Mi actuación consiste en rociarme con sirope de dulce de leche, ya me entiendes... Y el novio lo lame de mi cuerpo.

El hombre la miró patidifuso durante más de diez segundos.

—¿Y de qué partes de tu cuerpo lo lame? —preguntó con voz ronca.

Ella emitió una risa gutural.

—Pues depende de lo que hayan pagado, cariño. En esta ocasión, el padrino del novio ha pagado por labios y pezones. Pero si el novio se anima, y

me da una propina adecuada, puede pintar mi cuerpo con sirope y moverse mucho más abajo.

—¿Cuánto más abajo? —La voz del tipo sonaba sofocada.

Ella se rio otra vez.

—Hasta donde él quiera —susurró.

Davy se estremecía de risa, que contenía apretando las manos contra la boca. Aaro, Seth y Connor sonreían como gilipollas. ¡Menuda panda de payasos!, pensó Nick con irritación. Aquello no era un juego.

—Estás diciendo que si te da una buena propina puede comerte el...

—Me encanta que me laman ahí abajo. Que laman y chupen... —susurró ella—. Y si consigue que me corra mientras lo hace, obtiene un buen descuento.

Un largo silencio.

—¿Un descuento en qué? —no pudo evitar preguntar el bulldog.

—En la siguiente fase de mi número. En la que embadurno con sirope la parte del cuerpo del novio que él elija para después lamerla.

Todos contuvieron la respiración para escuchar la respuesta del hombre.

- *Er...* ¿Quieres entrar a tomar esa taza de café que decías? —preguntó el bulldog—. Me gustaría presentarte a mis compañeros. Estoy seguro de que les encantará escuchar a qué te dedicas.

—¡Oh, gracias! ¡Encantada! —se apresuró a aceptar Tam.

El portón se abrió con una sacudida, y ellos vieron en el monitor cómo la joven enlazaba su brazo con el del bulldog y se dirigía con parsimonia hacia la garita de vigilancia. Perdieron calidad en la escucha de sonido cuando ella desapareció en el interior, pero lograron distinguir una voz masculina echando una buena bronca al incauto.

—Tranquilo, Roger —pidió él—. Solo va a tomar una taza de café. Aquí tienes, cariño. La leche y el azúcar están ahí encima.

—¡Oh, gracias! ¡Qué pasada de equipación tenéis aquí dentro! ¿Qué son esas manchas rojizas en esa pantalla? ¿Son los famosos infrarrojos esos?

—Se trata de imágenes térmicas —explicó el bulldog—. Venga, preciosa, cuéntales lo que haces con el sirope de dulce de leche.

Mientras tanto, ellos se prepararon para bajar de la furgoneta. El vehículo estaba equipado con una barrera antitérmica, por lo que hasta entonces ellos habían resultado invisibles para los detectores, pero para seguir siéndolo se cubrieron con las capas de camuflaje térmico antes de bajar.

Los cinco se arrastraron poco a poco por el suelo. No pasaría demasiado

tiempo antes de que las cápsulas de hielo de las capas se derritieran por el calor de sus cuerpos, y los delataran.

«Venga, Tam. Deja de marear la perdiz y ponte manos a la obra. Por favor».

Los hombres de la garita se lo estaban pasando en grande con ella. El bulldog estaba ahora de buen humor y se mostraba campechano y alegre mientras intentaba convencer a la joven para que les acompañara a un hotel cuando terminaran el turno y les hiciera una actuación privada.

Tam se excusó con timidez.

—Resulta tentador, pero sería muy poco profesional por mi parte. Debería irme a ver si doy con Summer Lane, chicos. A fin de cuentas, este tipo se casará mañana y es su última oportunidad de echar una canita al aire, como quien dice.

El bulldog soltó una carcajada.

—¡Qué va a ser su última oportunidad! Yo estoy casado, cariño, y eso no impide que haga lo que me apetezca. Y me encanta el sirope de dulce de leche.

—¡Oh, vamos! ¡Qué malote! —ronroneó Tam.

Davy interrumpió su función.

—Todos en posición.

En ese momento llegó una gran conmoción desde la garita. Golpes, jadeos, traqueteos...

—¡Oh, Dios mío! —dijo un guardia—. ¡Qué le ocurre a esta chica! ¡Se me ha tirado encima!

Golpes pesados, manotazos, gritos de alarma... más golpes.

—¡Qué coño...! ¡Ayyy! —Comenzó a gritar uno de los hombres. El sonido se interrumpió de repente.

Nick contuvo la respiración. No se escuchó nada. Uno, dos, tres, cuatro, cinco... ¡Oh, no! Seis... ¡Joder!

—Los cuatro, noqueados. —La voz ronca de Tam interrumpió sus pensamientos. Ahí estaba, fresca como una lechuga. Ni siquiera se le había acelerado la respiración—. Acercaos a la entrada, chicos.

El portón comenzó a deslizarse por el riel. Ellos lo atravesaron corriendo y se acercaron a la garita. Tam se encontraba apoyada en el marco de la puerta. Detrás de ella aparecía un guarda desplomado en una silla con un dardo clavado en el cuello. Los otros estaban tirados en el suelo.

—¿Los has matado? —preguntó él.

Ella hizo una mueca.

—Solo están dormidos. Se merecían algo mucho peor, la verdad. No se despertarán todos a la vez, pero disponemos aproximadamente de media hora, a menos que prefieras matarlos, Nikolai.

—No, no vale la pena —sacó unas bridas de plástico del bolsillo—. Inmovilízalos.

Davy comenzó a examinar el equipo de vigilancia.

—Hay infrarrojos y cámaras de imágenes térmicas por todo el perímetro —tomó nota—. Centinelas cada cien metros. No aprecio detectores de movimiento, pero los guardas emiten una señal que les identifica.

—Perfecto. Así Tam puede vigilar los monitores y ponernos sobre aviso.

—¡No es justo! ¡Voy a perderme la diversión! —Tam puso un mohín mientras recogía todas las armas de los guardias.

—Creo que ya te has divertido suficiente —aseguró Connor—. Sirope de dulce de leche... ¡Flipante!

—Van cien dólares a que lo pones en práctica con Erin en cuanto te surja la primera oportunidad.

Connor dio un toque con el dedo en la mascarilla de gas que le cubría la cara como única respuesta y se apresuró a desaparecer por la puerta.

Lo que ocurrió a continuación fue una carrera contra reloj a cámara lenta. Las capas de protección térmica empezaban a calentarse poco a poco, pero todavía tenían que durar mientras se arrastraban por el suelo para evitar los infrarrojos.

—El monitor indica que uno de los centinelas está doblando la esquina derecha del edificio —susurró Tam por el intercomunicador—. Avanza hacia... Ah, ya no se mueve. ¡Davy, cabroncete! ¿Qué le has hecho?

—Un dardo —fue la concisa respuesta de Davy.

—Apresúrate a cubrirlo con una capa de protección térmica —indicó Tam—, y desactiva el transmisor que lleva en el hombro. ¡Atención! Vienen otros dos por el lado contrario... Oh, buen trabajo. ¿Cómo y quién lo ha conseguido?

—He sido yo con un spray —dijo Aaro con voz lacónica por el transmisor—. Ni se han enterado. ¡Bah, aficionados! Ya, no lo digas, los cubriré con una capa.

—¿Podríais terminar de daros palmaditas en el hombro y concentraros en la misión? —protestó Nick.

—Tranquilo, Nikolai —se burló Tam—. Aunque estés amargado, no nos estropees la diversión a los demás.

La ignoró y se dedicó a mirar con atención la entrada del edificio a través del cristal de la máscara. La puerta se abrió en ese momento y él se apresuró a esconderse entre las sombras.

—Tam, no asomes la cabeza —murmuró al ver que un tipo observaba la garita de vigilancia con unos prismáticos de visión nocturna y decía algo en el micrófono que tenía junto a la boca. El hombre volvió a hablar por el dispositivo antes de moverlo bruscamente, irritado. Al parecer no recibió respuesta. Cerró la puerta y se acercó a la garita.

La trayectoria que llevaba indicaba que pasaría justo por encima de él, así que preparó el spray de gas y... se irguió en el último segundo. *Psssss*. El hombre cayó sobre él como un saco de piedras.

—Buen trabajo, ¿has sido tú, Nikolai? —inquirió Tam.

—Sí. —Nick salió con esfuerzo de debajo de ciento treinta kilos de carne y, tras quitarle el transmisor, cubrió la desgarrada figura con una capa de camuflaje, lo que lo haría invisible a las cámaras térmicas.

Puso el dispositivo en el suelo y lo aplastó sin piedad.

—Aviso para navegantes: todos seguís invisibles a las cámaras menos nuestro impulsivo Nikolai, que comienza a aparecer en pantalla —advirtió Tam—. Estáis quedándoos sin tiempo, caballeros. Debéis daros prisa.

Nick maldijo para sus adentros. Su elevada temperatura corporal podía dar al traste con la misión.

—Ya voy hacia la puerta —dijo.

Avanzó a rastras, con las gotas de sudor resbalando por su cara. Miró hacia la puerta... ¡mierda!

Había una luz roja encima del cerrojo. Era un dispositivo que obligaba a identificarse con la huella de la mano.

—Vamos a necesitar a uno de los guardias —siseó por la línea que les mantenía en contacto—. Hay que identificarse con la huella.

—Llevaré al que acabo de tumbar —ofreció Davy—. Es menos pesado que los vuestros.

Un bulto cubierto por una capa térmica se deslizó junto a la fachada del edificio. Era Davy que cargaba al guardia bajo la tela.

—Davy, tú también comienzas a aparecer en pantalla —advirtió Tam lacónica—. Y Nick parece un anuncio de neón.

—Casi hemos terminado —templó los ánimos Davy.

Nick se reunió con Davy junto a la entrada. Alzaron la flácida mano del hombre inconsciente hasta el dispositivo y la luz se puso verde. La puerta se

abrió con suavidad. Al otro lado había un guardia más, que les miró con los ojos abiertos como platos.

Psssss... Un chorro de gas. El hombre se derrumbó como un fardo y saltaron sobre él. Connor se unió a ellos a tiempo de ayudarles con el sujeto, pero se tambaleó por un impacto. Davy se volvió alzando el brazo... *Zas*. Lanzó un dardo al cuello del tirador, que acababa de aparecer por la puerta de lo que sin duda era una sala de control para disparar sobre Connor.

Zas. Le lanzó otro dardo al hombro antes de acercarse a Con, que había caído al suelo.

—¿Estás bien? —le preguntó—. ¿Te han dado?

—No, tranquilo —jadeó Connor—. El chaleco detuvo la bala, solo me ha dejado sin aire. O quizá me haya roto alguna costilla.

Alex Aaro y Seth se acercaron gateando en ese momento desde extremos opuestos, como fantasmagóricas figuras cubiertas con la capa. Se quitaron las capuchas al llegar junto a ellos.

—Nos hemos perdido la diversión, ¡qué asco! —Seth parecía enfadado.

Davy salió en ese momento de la sala de control, secándose la frente con el antebrazo.

—Por aquí todo arreglado —explicó—. Tam nos indicará si se aproxima alguien desde el exterior.

Nick examinó el vestíbulo y vio que una de las puertas conducía a un pasillo largo y vacío. Se volvió hacia los demás.

—Quedaos aquí haciendo guardia. Yo voy a entrar.

—No es necesario que nos quedemos todos —indicó Aaro—. Te acompañaremos.

—Como queráis —masculló—, pero moved el culo de una puta vez.

Comenzaron a recorrer el pasillo con paso firme. Sus botas retumbaron contra el suelo.

A pesar de que el olor de los cigarrillos de Zhoglo le provocaba náuseas, Becca estaba convencida de que las tendría igual aunque el hombre no estuviera fumando.

Para cualquier observador externo, la escena era casi cotidiana. Un hombre y una mujer sentados en amplios sillones, en una enorme terraza sobre el borde de un acantilado. La vista incluía el espectacular panorama urbano de Seattle, con el mar iluminado por la luna y las cadenas montañosas coronadas de nieve como telón de fondo. Una fragante brisa les envolvía, los grillos

cantaban y los búhos ululaban.

Entre ambos sillones había una mesita donde reposaba una botella de vino. El hombre hacía girar el líquido color rubí en la copa antes de aspirar el aroma.

Claro que si el observador se fijaba en los detalles, notaría extrañas discrepancias. Por ejemplo, el rifle semiautomático que sostenía en las manos el individuo situado detrás de ellos. Por no hablar de la cinta adhesiva que cubría la boca de Becca y las esposas que le rodeaban las muñecas, unidas a una correa de perro que estaba sujeta a uno de los cuatro pilares que sostenían la enorme terraza. También tenía los pechos rodeados por cinta aislante, que la ataba al sillón. A Zhoglo le había hecho gracia la cadena y optó por no quitársela de la muñeca.

Le vio apagar el cigarrillo.

—Si te soy sincero, esperaba que te matara por haberlo traicionado —aseguró él con voz animosa—. La intención era que cuando él se diera cuenta de su error, su castigo fuera su propia sensación de culpa. Soy un tanto dramático. —Bebió vino, degustándolo en el interior de la boca con los labios fruncidos—. Pero este escenario también tiene su encanto. Por lo que he observado, la especialidad de Solokov es matar con rapidez. Es tan rápido que su víctima ni siquiera se entera de que está a punto de morir. En fin, ¡una decepción! —Se inclinó hacia delante y le tocó la mejilla con el dedo, riéndose cuando ella se estremeció—. Pero no es eso, querida mía, lo que tengo en mente para ti.

Becca casi agradeció tener los labios cubiertos con la cinta adhesiva; eso la eximía de dar respuesta alguna.

—¿Te gustaría tomar una copa de vino? Es bastante bueno. Kristoff, quita la mordaza a mi invitada. Me aburre hablar solo.

Kristoff levantó una esquina de la cinta antes de arrancarla de un tirón. El dolor le hizo contener un chillido. Tosió cuando tomó aire.

Zhoglo se inclinó y le ofreció una copa de vino.

—Tranquila, querida. ¿Puedes llevarla hasta la boca? —preguntó él, sabiendo que sus manos temblorosas tenían los movimientos limitados por la longitud de la cadena y coartados por la cinta que le oprimía el pecho.

Zhoglo chasqueó la lengua, desilusionado.

—Te ayudaré... —Subió la copa hasta sus labios, pero el vino se le derramó por la barbilla y los pechos. Ella se atragantó y comenzó a toser.

Él esperó a que se tranquilizara.

—¿Te gustaría conocer el destino de tus hermanos?

Becca le miró. Le ardían los pulmones y tenía los ojos húmedos, pero aquel hombre hablaba con el mismo tono que si estuviera ofreciéndole una servilleta.

—He tenido que reajustar los planes —le confió él—. Mi natural tendencia a la austeridad ha prevalecido al final. El desastre acaecido en la isla fue demasiado costoso y debo recuperar esos fondos, pero ahora que ya te tengo a ti, puedo utilizar a tus hermanos para cubrirlos.

—¿Para cubrir los fondos? ¿A qué se refiere?

Zhoglo se acomodó en el sillón y cogió otro cigarrillo. Kristoff se adelantó para ofrecerle fuego. Cruzó las piernas y comenzó a beber la copa de vino que le había ofrecido a ella.

—Mathes es cirujano. Se dedica a hacer trasplantes. Fue quien me operó hace algunos años. ¿Quieres ver la cicatriz? —Comenzó a desabrocharse la camisa.

Ella sacudió la cabeza.

—No —aseguró con un hilo de voz—. Por favor, no es necesario.

Él se encogió de hombros y volvió a cerrar los botones.

—Aquella experiencia me dio la idea. Es posible que en este mundo miserable sean imprescindibles los castigos, pero el desperdicio no. Así que, bueno, este magnífico cirujano y yo hemos unido fuerzas para... ¿Cómo explicarlo? Quizá en esta época en la que está tan de moda la ecología podría describirse como una operación de reciclaje.

—¿De qué habla?

—Tomemos, por ejemplo, a tus hermanos —continuó—. Si resultan estar sanos, todos sus órganos serán reutilizados, al precio que el doctor Mathes establezca, pero nunca inferior a cincuenta millones de dólares. Descontando gastos, desde luego, y no creas que son pequeños... Pero aun así considera el beneficio...

—¿Órganos? —Se le desbocó el corazón, sintiéndose cada vez más enferma—. ¡Oh, Dios mío!

—De hecho, la primera cosecha está programada para esta misma noche —anunció tan campante—. Estoy ansioso por ver cómo resulta.

—Los niños... —susurró ella—. Están matando a los niños...

—¿Qué? —Él arqueó las cejas con sorpresa—. Así que has logrado averiguarlo... —Le dio una palmadita en la rodilla—. ¡Qué chica más lista! Veo que has estado ocupada.

Ocupada no era la palabra indicada para describir su actividad, sino más bien «ocupadísima».

—Eso intenté —susurró ella.

—He llevado a Josh y a Carrie con el resto de *suministros* y estamos pendientes de las pruebas para comprobar su viabilidad. Desde luego, su aspecto físico es inmejorable, pero nunca se puede asegurar. He observado cómo tu hermano se tiraba a una prostituta durante treinta y seis horas seguidas. Te confieso que quedé agotado de solo mirarlo. Así que es evidente que debemos comprobar si es VIH positivo y cosas así.

—¡Oh, no! —exclamó—. Joshie, no... No puede hacer eso.

—Claro que puedo. Tengo que hacerlo. Es más, hoy está previsto que recolectemos los órganos de la niña de más edad —continuó él—. ¿Cuántos años tenía...? ¿Doce? ¿Trece? No lo recuerdo. No es que se la pueda considerar ya una cría, pero su padre me ofendió hace algunos meses. La secuestré como liquidación de nuestra deuda, mientras maduraba los planes. Hoy esa deuda quedará saldada.

Ella meneó la cabeza con impotencia.

—No... —susurró—. No...

—Tres equipos médicos extraerán todo lo que se pueda aprovechar —añadió él—. Corazón. Hígado. Riñones. Pulmones. Ojos... No desperdiciaremos nada.

Becca no pudo contener las lágrimas.

—¿Sveti?

Zhoglo agrandó los ojos.

—Ah... ¿Sabes algo de ella? No me digas que él se había infiltrado por ella... —Comenzó a reírse—. Qué maravillosa coincidencia que esté filmando el acontecimiento, así podré ponerle la grabación de la operación.

Volvió a inclinarse hacia delante y le palmeó de nuevo la rodilla.

—Voy a hacerte partícipe de un vergonzoso secreto. —Él dejó la mano en su rodilla, estaba húmeda y resbaladiza—. Mi idea original era castigar a los traidores que se oponían a mí con drogas inmovilizantes y cosechar sus órganos mientras estaban conscientes. De esa manera sentirían cada corte del bisturí, cada extracción... Es una técnica que ya he utilizado antes, pero el cirujano me explicó que los órganos que obtuvieran de esa manera no serían viables; estarían contaminados por las hormonas que producen el dolor y el terror. Así que me he visto obligado a renunciar a mi fantasía por culpa de la necesidad de ser práctico.

Zhoglo comenzó a subirle la mano por el muslo.

—Por consiguiente, te satisfará saber que ni Joshua ni Carolyn sufrirán cuando mueran. Estarán anestesiados. —El hombre parecía casi expectante, como si esperara que agradeciera su misericordia.

Gruñó cuando no lo hizo, pero continuó su monólogo.

—Pero no ocurrirá lo mismo contigo, Rebecca. Tengo intención de disfrutar de cada minuto de tu muerte; desde el primer grito hasta el agónico chillido final. Y mientras, Solokov observará indefenso. Tú, querida mía, eres puro pecado. Un placer para mi satisfacción personal.

Ella intentó mover la pierna para alejarla de su mano, pero él clavó los dedos en la carne.

—Y hablando de observar... —Miró el reloj—. Mikhail, por favor, instala el monitor para que mi invitada y yo podamos ver el espectáculo. He hecho los preparativos precisos para ver el quirófano en directo. —Le palmeó el muslo—. Observaremos la cosecha juntos, querida mía. En tiempo real.

—No —susurró ella una vez más. Todo era inútil, no podría evitarlo.

—¡Oh, sí! Pavel, tráenos unos aperitivos. ¿Qué te apetece, querida mía? ¿Queso? ¿Galletitas? ¿Fiambre? ¿Quizá fruta fresca? Creo que disponemos de manzanas y uvas.

Ella apenas podía contener las lágrimas.

—Por favor, no lo haga... No lo haga...

Él volvió a darle una palmadita en la rodilla antes de deslizar los dedos entre sus muslos. Había sido un error llorar e implorar, lo excitaba.

Una imagen apareció en el monitor. La vista cenital de una chica delgada, de pelo oscuro, que permanecía inmóvil sobre una camilla. Tenía las pestañas tan oscuras que contrastaban contra las pálidas y hundidas mejillas.

Becca comenzó a caer sin remedio en el oscuro pozo de su alma, cada vez más hondo. Cerró los ojos mientras deseaba que el corazón le dejara de latir.

Pero este no le obedeció. Siguió palpitando de una manera obstinada, dolorosa y estúpida.

Capítulo



LOS PASILLOS parecían interminables y resonaba el eco de sus pisadas. Las puertas cerraban habitaciones vacías que no estaban acabadas; algunas no tenían pavimento, otras no disponían de instalación eléctrica; solo se percibía olor a pintura, a yeso y polvo de mortero.

Se deslizaron en silencio hacia las escaleras, mirando con atención a todos lados. No vieron guardias armados ni se toparon con ningún obstáculo.

Tuvieron más suerte al llegar al cuarto descansillo; allí escucharon voces, como si alguien hubiera abierto la puerta de una estancia donde había gente hablando y, rápidamente, la hubiera vuelto a cerrar.

Nick se adelantó por el pasillo al llegar al primer sótano y comprobó las puertas. Todo estaba vacío. No se percibían sonidos ni movimientos.

Siguieron bajando y en el siguiente piso volvieron a escuchar aquel amortiguado murmullo de voces. Nick hizo un gesto con la mano a Seth y Aaro, que le pisaban los talones, para que se detuvieran, y avanzó despacio pegado a la pared. Justo delante había una de esas enormes puertas automáticas con un botón en medio de la pared. Las voces provenían de la sala anterior a estas.

Irrumpió en ella con Seth y Aaro cubriéndole la espalda. Hubo jadeos, chillidos, gritos de terror y balbuceos en varios idiomas. Las personas presentes se pusieron en pie y retrocedieron cuando tres figuras enmascaradas entraron bruscamente con armas en las manos; se ocultaron debajo de las mesas y se agacharon detrás de los sofás.

Era la sala de espera de un médico. No había ventanas, pero eso no impedía que fuera lujosa y cómoda. Observó que era una estancia con muchos sofás y mesitas con lámparas, decorada en tonos melocotón y beige sin obras de arte reseñables. Incluso había monitores con auriculares para los presentes en cada uno de los sofás. En una esquina vio una librería llena de libros, un *catering* de aperitivos y una cafetera.

Solo una pareja permaneció sentada en uno de los sofás. Tenían los dedos entrelazados. Él era un hombre alto y calvo, con expresión de ansiedad, y ella

era más joven, con el cabello rubio, muy delgada y pálida. Vestían ropa de marca.

—¿Henry? —susurró la mujer—. ¿Qué está ocurriendo?

El hombre se levantó y los miró con el ceño fruncido.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? ¡Estamos en una clínica privada!

—¿Dónde está el doctor Richard Mathes? —preguntó.

La mujer agrandó los ojos con alarma.

—¡Oh, Dios mío, Henry! ¡No! ¡No puedo permitirlo! —Comenzó a chillar—. ¡No dejes que hagan nada! ¡Esto no puede estar ocurriendo! Estábamos tan cerca...

—¿Dónde está Mathes? —repitió él con más fuerza.

La mujer dio un salto y se lanzó contra él, golpeándole en el pecho con las manos.

—¡Lárguense! —aulló—. ¡Hemos pagado una fortuna por ese corazón! ¡Es nuestro! ¡Váyanse! ¡Fuera!

Nick empujó a la mujer hacia el hombre. No tenía tiempo para hablar con una histérica.

Ya en el pasillo, apretó el botón y las enormes puertas se abrieron hacia dentro. La rubia corrió tras ellos, gritando como una loca.

—¡No! ¡No pueden! ¡Váyanse! ¡Llenarán el quirófano de gérmenes! ¡Deténganse! ¡Está muy débil! ¡La matarán! ¡Cabrones!

Nick corrió mientras la voz de la mujer se convertía en un gemido de pura desesperación. Se topó con otra puerta automática, apretó otro botón y siguió corriendo. En ese pasillo ya se percibía más actividad.

Se dirigió hacia el barullo e irrumpió en un quirófano donde estaban a punto de realizar una operación. Se le desbocó el corazón. Todo giró ante él, batas verdes, paredes blancas, muebles metálicos, luces incandescentes brillando sobre una camilla. Los presentes, cubiertos de verde de pies a cabeza, se inclinaban sobre ella... ¡Oh, Dios! ¿Ya habían...?

—¡Todo el mundo fuera! —bramó—. ¡Todos hacia atrás!

Los médicos se alejaron de la camilla con las manos en el aire, mientras clavaban los ojos, abiertos como platos, en el arma que llevaba en la mano. Él corrió hacia la camilla con el corazón a punto de salirse del pecho.

No era Sveti. El alivio que sintió fue un impacto casi físico en el plexo solar. Unos ojos enormes, azules y tristes, bordeados con espesas pestañas rubias, lo miraron fijamente. La muchacha estaba muy pálida, tenía profundas

ojeras y se le marcaban todos los huesos de la cabeza. Llevaba una mascarilla de anestesia sobre la boca y la nariz; había vías, tubos y sensores por todas partes. Aquella chica era muy menuda; no era Sveti. Era la muchacha que iba a recibir su corazón.

Se estaba muriendo allí mismo, ante sus ojos.

La imagen que presentaba le dejó los pulmones sin aire. Sus ojos se enredaron con los de ella; en ellos asomaba un profundo conocimiento. Era la mirada de alguien que había cruzado la línea invisible que separa la vida de la muerte y avanzaba a toda velocidad hacia delante.

Había visto aquella misma mirada en la cara de su madre en el momento que aceptó que iba a morir.

Para esa chica, él era la muerte. Era el asesino de cualquier esperanza. Y lo aceptó mientras lo miraba, intentando todavía respirar. Aunque no parecía que esperara de verdad un milagro.

Estaba preparada para morir. Era evidente.

Se entendieron a la perfección, pero él se vio obligado a decir las palabras.

—Lo siento —expresó con voz ronca—. No sucederá nada, chica. Es el fin del juego.

La vio asentir imperceptiblemente con la cabeza, un leve parpadeo; una media sonrisa.

—¡Están arruinándolo todo! ¡Estábamos a punto de conseguirlo! ¡A punto! —gritó la mujer rubia que apareció tras él. Alex Aaro la persiguió y la sujetó por los hombros, inmovilizándola contra su amplio pecho.

Era la madre de la chica y él repitió las palabras de manera mecánica.

—Lo siento. No va a suceder.

Aaro interceptó el golpe de la sollozante madre y le habló por encima de la cabeza de la mujer.

—¡Lárgate! Sigue buscando, yo me encargo de todo aquí.

Los médicos comenzaban a escabullirse hacia la puerta, pero Aaro les apuntó con su arma, una H&K alemana.

—Todo el mundo quieto —ladró—. Contra la pared, con las manos en la cabeza. ¡Venga, rápido!

—Lo siento —murmuró Nick una vez más a la chica de la camilla, antes de tomar del codo a la mujer que estaba más cerca de la puerta para arrastrarla consigo por el pasillo.

Ella luchó y pataleó, gritando sin cesar, pero él la empujó para que

caminara delante.

—¿Dónde está Mathes? —preguntó.

—Yo solo soy la responsable de la bomba de circulación sanguínea, la perfusionista. ¡Jamás he hecho daño a nadie! ¡Lo juro! —Tenía acento de Europa del Este.

—¡Cállese y condúzcame a donde está Mathes! —gruñó.

Ella comenzó a balbucear en... ¿estonio? Sí, era estonio. Resultaba difícil asegurarlo porque hablaba con mucha rapidez y tenía la voz distorsionada por las lágrimas. Se refería a su hijo y a lo que Zhoglo había amenazado con hacerle si no obedecía, pero Nick no tenía tiempo para todo eso, no era el momento de tranquilizarla.

A pesar de que no dominaba perfectamente ese idioma, se las arreglaba bastante bien para amenazar en él. La empujó contra la pared y le apuntó la pierna con la pistola.

—O me llevas a donde está Mathes o te destrozo la rodilla —dijo en su idioma.

La mujer gimió y sollozó, pero cuando la soltó, emprendió el camino con pasos vacilantes. Seth y él la siguieron.

No fueron muy lejos. A pocos metros había otro quirófano lleno de médicos. Él se giró hacia allí, pero la mujer meneó la cabeza, lo retuvo por el brazo y le indicó que continuara hacia delante.

—No, no, es otro receptor. Todos son receptores. Mathes no está aquí, está... Está más allá.

Otras puertas. Las atravesaron para acceder a otro quirófano. La mujer se tambaleó y señaló un acceso acristalado.

—Ahí —indicó con un sollozo—. Está ahí. Por favor, no me haga daño, por favor...

Nick la dejó balbuceando y atravesó la puerta. Había otra camilla y otro grupo de fantasmales figuras con máscaras y batas verdes inclinadas sobre una mesa iluminada cenitalmente. La luz se reflejaba en un bisturí y... ¡Oh, no, no!, uno de los médicos sostenía una sierra...

—¡Todos fuera de esa camilla! —gritó.

Hubo un remolino de gritos, chillidos y movimientos cuando los médicos se retiraron. Él avanzó con el arma en la mano.

Vio a Sveti. Estaba inconsciente. Su delgado y pálido torso aparecía desnudo bajo las brillantes lámparas. Se le notaban todas las costillas. El tipo que se inclinaba sobre ella con un bisturí no se había movido, pero lo miraba

con los ojos muy abiertos por la incredulidad.

—¡He dicho que fuera, cabrón! —gruñó.

La habitación se quedó en silencio, salvo por el zumbido de las máquinas y el constante latido del corazón de Sveti en el monitor. Todavía latía. Todavía permanecía en el interior de su cuerpo. Seth apareció a su espalda, frío y serio.

—¿Quién es Richard Mathes? —preguntó.

Todos los presentes se alejaron de la camilla salvo el que sostenía el bisturí; el hombre que no había dado un paso atrás con las dos primeras advertencias, el que no había retrocedido.

Aquel prepotente cabrón se quitó la mascarilla con una maldición. Era un hombre atractivo, pero su apuesto rostro estaba deformado por la indignación.

—¿Quién coño lo pregunta? ¿Cómo se atreve a interrumpir una operación de urgencia, tan delicada como esta? Acaban de...

—¡Cierra la boca, mentiroso cabrón! —ordenó Nick—. Sé muy bien lo que estás haciendo... Así que ¡atrás! ¡Quiero verte lejos de esa camilla o te volaré la cabeza!

La luz se reflejó en el bisturí cuando Mathes alzó las manos. Tenía los labios fruncidos por la furia y la impotencia. Nick tuvo que contener el impulso de saltar sobre él y estrangularle con sus propias manos.

Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Sveti estaba muy pálida, muy delgada. Tenía un moretón reciente debajo de un ojo y otro más antiguo debajo del otro. ¿Qué le habrían hecho aquellos animales?

—¿Quién es el anestesista? —preguntó.

El lenguaje no verbal de los presentes le llevó a concluir por eliminación que era una mujer baja y bastante gruesa, con los ojos muy juntos.

—¿Eres tú? —La señaló con el dedo.

Ella encogió los hombros. Su mirada era oscura y sin vida por encima de la mascarilla.

—¿Cuánto tiempo más permanecerá inconsciente?

—Unos diez minutos, a menos que le suministre más anestesia —dijo con la voz plana y uniforme.

Nick notó a su espalda un movimiento, una boqueada de terror... un chillido. Se dio la vuelta y vio que Mathes le apuntaba con un arma.

Bang. El cardiólogo chilló cuando recibió un disparo. La pistola que sostenía salió volando, trazando un lento arco por encima de la camilla, antes de deslizarse hasta un rincón.

Mathes cayó en el suelo de rodillas, doblado sobre la mano derecha, si es que aquella masa sanguinolenta podía llamarse mano. Ahora era un muñón lleno de tendones y huesos destrozados.

Ninguno de sus colegas se movió para ayudarlo.

Seth se encogió de hombros cuando le miró.

—Posiblemente debería haber disparado a otro lugar, pero preferí cargarme la mano con la que hace el trabajo sucio. Además, una vez que sus compañeros de prisión sepan que se dedicaba a destripar niños, van a hacerle cosas mucho peores.

—Cierto —convino él—. Gracias. —Se volvió hacia la anestesista—. ¿Dónde tienen encerrados al resto de los niños?

—No sé de qué niños me habla. —Aquella zorra le ocultaba información. Él señaló a Mathes con el arma; su sangre seguía empapando el suelo.

—¿Ves a ese capullo? ¿Ves bien su mano?

—Sí —reconoció ella.

—¿Quieres que tu mano acabe así? —preguntó. Ella meneó la cabeza—. Pues bien, vamos a intentarlo de nuevo, ¿dónde está el resto de los niños?

Ella parpadeó sin apartar la mirada del arma.

—En la planta baja. Jamás he estado allí. Ni yo ni ninguno de nosotros, fueron ellos los que trajeron a la cría en el ascensor.

—¿Ellos? ¿A quiénes te refieres?

—A los que cuidan de los niños —explicó.

«¿Cuidar?», ja. Viendo lo delgada que estaba Sveti y las magulladuras que presentaba, se esmeraban mucho en *cuidarles*.

—¿Cuántas personas se ocupan de los niños?

—Que yo sepa, dos —repuso ella—. Un hombre y una mujer.

Él miró a Seth.

—Tengo que encontrarlos.

Seth le devolvió la mirada con preocupación.

—¿Tú solo?

—Por favor, quédate con Sveti —pidió. No pensaba dejarla sola en una habitación con las personas que habían estado a punto de robarle el corazón.

—Ya estoy aquí, soy la solución al problema —aseguró Tam desde la puerta.

Todos los ojos se clavaron en ella. Era imposible no hacerlo. Se paseó por el quirófano sobre sus tacones plateados. Brillante, rubísima y con una elegante pistola Walter PPK en la mano.

—Yo te acompañaré. —Se ofreció—. La policía ya está en camino para ocuparse de esta basura. —Deslizó la entrecerrada mirada por los apiñados cirujanos.

—Muy bien —dijo Seth—. Marchaos ya, venga... Yo me ocuparé de que a estos cabrones no se les ocurra mover ni un pelo.

El ascensor no tenía clave. Era evidente que gracias a las medidas de seguridad externas, los responsables se sentían a salvo en el corazón de aquella fábrica de muerte. Observó que había cinco plantas.

Presionó el botón a la planta baja. Qué ironía, parecía que subieran de los infiernos.

Cuando la cabina se puso en marcha, miró a Tam, que encogió los hombros como diciéndole que era su amiga y que, si la necesitaba, allí estaba. La puerta se abrió dándoles acceso a otro largo pasillo, aunque este estaba peor acabado, con tubos para instalaciones en el techo y suelo de hormigón gris. A la izquierda, el corredor moría a pocos metros; era más del doble de largo a la derecha y doblaba al fondo en una L.

Se dirigieron a la derecha.

El sonido de unos frenéticos pasos les detuvo en seco. Se miraron alarmados. De pronto un hombre surgió en el vértice de la L. Tenía una mirada salvaje y un arma en la mano. Era un aterrado espectro, con una grasienta melena rubia, que lanzó un chillido al verlos, tambaleándose hacia atrás y retrocediendo por donde había venido.

Ellos le persiguieron. Escucharon un portazo cuando casi habían llegado a la esquina. La doblaron y se toparon con que, a unos metros, había unas pesadas puertas cortafuegos equipadas con un pequeño ventanuco de vidrio reforzado. Corrieron hacia allí. Estaban cerradas a cal y canto.

Nick miró por el ventanuco, pero solo vio uno de esos puñeteros pasillos interminables. Destrozó el vidrio con la culata y comenzaron a escuchar a niños gimiendo en alguna de las estancias del pasillo. Impotente, comenzó a golpear la puerta con los puños.

—¡Tenemos que entrar! ¡Los va a matar para que no puedan testificar!

Tam le cogió por el codo.

—Ve a la esquina. —Tomó el cierre del collar que llevaba al cuello, donde estaba la granada—. Volaré la puerta con esto. Los niños se encuentran bastante lejos, no correrán ningún riesgo.

Siguió a Nick hasta la esquina y lanzó la granada con un habilidoso movimiento. Esta rodó por el suelo y se detuvo al tropezar con la puerta. Tam

se agachó a su lado.

—Cinco, cuatro, tres..., ¡tápate los oídos, Nikolai! —Él se metió los dedos en las orejas mientras ella pronunciaba «uno».

Fue justo a tiempo. El sonido reverberó en cada célula de su cuerpo. Echaron un vistazo y vieron que la granada había provocado un enorme agujero retorcido en el lugar donde antes estaba el parapeto blindado. Toda la escena estaba envuelta en una nube de polvo. Corrieron hacia allí.

El hombre rubio que habían visto escapar antes estaba sobre el suelo, a algunos metros de la puerta, gritando en ucraniano.

—¡Mis oídos! ¡Mis oídos! —gemía.

Desde ambas orejas le bajaba un hilo de sangre hasta el cuello. El tipo pataleaba en el aire como un animal salvaje y se miraba las manos ensangrentadas, a pesar de lo cual intentó agarrarlos cuando pasaron junto a él.

—¡Mis oídos!

—¿Dónde están los niños? —le gritó él en ucraniano.

El tipo se arrodilló aullando, farfullando y sollozando. Tam hizo un gesto de desdén antes de quitarse un pendiente, que le clavó en el hombro con un giro de muñeca. El hombre gruñó, pero al instante perdió el equilibrio y cayó al suelo, quedándose inmóvil.

Ellos corrieron y solo se detuvieron para escuchar con atención un nuevo sonido. Era un bebé, que lloraba detrás de una puerta cerrada. En realidad se oía más de un llanto. Cuanto más se acercaban, más intensos eran los sollozos.

La puerta de la que procedían los gritos estaba cerrada con candado y cerradura. Pudieron deshacerse del candado, pero la cerradura era de las buenas e incluso a un experto le llevaría horas abrirla. Por supuesto, quedaba descartada la idea de disparar habiendo niños allí dentro.

Él captó un movimiento por el rabillo del ojo y se volvió a la vez que Tam. Una corpulenta mujer rubia acababa de salir subrepticamente por una puerta y corría a toda prisa hacia el agujero que habían practicado en la entrada.

El pánico azuzaba a la mujer, pero era gruesa y de piernas rechonchas. No presentaba ningún reto para su furia o para una atlética joven como Tam, a pesar de los tacones de aguja.

La alcanzaron cuando estaba a punto de subir las escaleras y él la obligó a parar, arrojándose sobre ella. La mujer gruñó cuando aterrizó encima; estaba empapada en sudor.

—No tan rápido, señora. Quiero que me dé la llave de esa puerta —

ordenó.

—No entender —repuso ella—. Mi no hablar inglés.

En la mano de Tam apareció, no se sabe de dónde, un puñal con la empuñadura granate. La joven cogió el cabello rubio de la mujer y tiró, obligándole a echar la cabeza hacia atrás.

—¡Zorra, danos la llave! —gritó en ucraniano.

—No sé de qué me hablas.

Tam le hundió la punta del cuchillo en la garganta y un reguero de sangre se deslizó por el cuello de la mujer.

—Te sugiero que lo sepas antes de que te corte una oreja —siseó Tam.

—¡No! ¡No me la cortes! Ya te doy las llaves —jadeó la mujer en un inglés más que decente, retorciéndose debajo de él para meter la mano en un bolsillo y sacar un llavero lleno de llaves.

—Ten. Aquí están todas. Toma... toma...

Nick miró a Tam y ella le devolvió la mirada.

—Serás tú la que abra la puerta, zorra —aclaró Tam—. Como no nos hayas dado la llave correcta, ya sabes lo que te espera, ¿verdad? Quizá te saque un ojo. Aunque bien sabe Dios que no podrías ser más fea.

Pusieron a la mujer en pie y la arrastraron hasta la puerta.

—Yo no he hecho nada malo —protestó la mujer, que parecía muy angustiada—. ¡He cuidado a los niños! ¡Les he dado de comer, les he limpiado el culo! No les he hecho daño.

—¡Cállate! —le ordenó Nick.

La empujaron frente a la puerta. En cuanto la cerradura se abrió y pudieron girar el picaporte, Tam se sacó una horquilla del pelo, le giró la punta y roció la cara de la mujer con un spray.

La rubia cayó a plomo contra la pared con los ojos en blanco, antes de que se le cerraran.

«Bien. Dos menos, listos para entregar a la poli».

Él respiró hondo y abrió la puerta.

Lo primero que pensó fue que allí dentro había un solo ser amorfo, con muchos ojos y extremidades. Luego, el ente se transformó en una pelota de aterrados y sucios niños.

Todos guardaban un despavorido silencio; menos el más pequeño, que aullaba con fuerza entre los brazos de un joven alto. El hombre estaba desnudo, salvo por unos bóxers, y tenía la cara golpeada y manchada con sangre seca.

Un denso olor a orina, vómito, cuerpos sucios y comida putrefacta hacía difícil respirar. Él dejó caer la mano donde llevaba el arma.

—No vamos a haceros daño —explicó con suavidad en ucraniano.

Un niño muy flaco de unos diez años intentó hablar, pero comenzó a toser. Lo intentó otra vez; la voz surgió ronca y entrecortada.

—¿Dónde están Marina y Yuri? —preguntó en el mismo idioma.

—Ahí fuera —repuso Tam a su espalda—. La policía se hará cargo de ellos. Ya no os harán más daño.

Los críos se miraban unos a otros como perdidos. Se habían quedado paralizados por la sorpresa, mientras que él estaba mudo por el sórdido estado en que se encontraba la habitación.

El bebé se retorció entre los brazos del joven, que lo dejó en el suelo con suavidad. La niña dio unos pasitos sobre sus sucias e inseguras piernas con los ojos clavados en Tam, que brillaba de manera sobrenatural bajo los fluorescentes.

—Guapa —farfulló el bebé en ucraniano—. Mamá...

Tam retrocedió.

—¡Oh, no! No soy tu mamá, nenita —le aseguró a la niña.

Esta tendió los escuálidos brazos hacia ella.

—¿Mamá? ¡Mamá!

Tam siguió retrocediendo. Él jamás había visto a su amiga tan asustada. Ni siquiera le había visto ceder terreno ni una vez desde que la conocía; sin embargo, aquel pequeño bebé le provocaba verdadero terror.

—No —repitió meneando el dedo—. No lo soy. No soy tu mamá.

La niña arrugó la cara de angustia antes de ponerse a llorar.

Tam comenzó a maldecir con ferocidad en una lengua que él no pudo identificar.

—¡Joder! —masculló ella antes de claudicar—. ¡Ven, venga! —Tomó al bebé entre sus brazos.

Nick se giró para observar al resto de los críos. A pesar de la palidez y la evidente desnutrición, se mantenían en pie. Solo una joven de más edad seguía acurrucada junto a la pared, cubierta únicamente con ropa interior; parecía débil y enferma. Los demás aparentaban todos menos de diez años.

—¿Y Sveti? ¿Está bien? —preguntó el niño que habló antes.

—La rescatamos justo a tiempo —repuso Nick—. Se pondrá bien.

El niño se cubrió los ojos y comenzó a estremecerse sin control. Desde atrás, le llegaban trozos de la conversación que Tam sostenía con la niña.

—¡Deja eso! No, no lo toques, ¡contiene ácido sulfúrico!

—Bonito —gorgojeaba Rachel—. Bonito.

Él miró los colchones sucios, las bolsas de plástico llenas de basura que se apilaban contra la pared porque nadie se había tomado la molestia de sacarlas de allí.

—¡Joder! —susurró—. ¡Qué hijos de puta!

El joven dio un paso adelante.

—¡Eh! ¿Hablas inglés?

Nick se giró hacia el muchacho, sorprendido.

—¿Eres americano?

—¡Sí! Tanto yo como mi hermana, Carrie. Creo que los niños son ucranianos. A nosotros dos nos encerraron hoy aquí. Cuando desperté había una niña más, Sveti. Se la llevaron hará un par de horas. Por favor, ¿has visto a mi otra hermana? Se llama Becca.

Nick notó una opresión en el pecho. El mundo comenzó a girar, a caerse, a transformarse con esa única frase.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy Josh Cattrell —repuso el joven—. Creo que ese gordo asqueroso, el mafioso, tiene en su poder a mi hermana Becca y la ha encerrado en alguna parte. Quizá esté también aquí. ¿No la has visto?

Nick contempló los grandes ojos verdes del joven, eran iguales a los de Becca. Iguales a los de la chica que se acurrucaba en el suelo, rodeándose las rodillas con los brazos. Josh y Carrie. ¡Joder! ¡Joder! ¿Qué había hecho?

Tragó saliva.

—Ella no está aquí. —Se le puso un nudo en la garganta y tuvo que luchar para que sus palabras resultaran audibles.

—¿Cómo puedes saberlo si...? —El chico entrecerró los ojos con cautela—. Espera un momento. Tú conoces a Becca, ¿verdad?

—Sí, podría decirse que sí —repuso con un hilo de voz—. Eso pensaba.

En la maltratada cara del muchacho apareció una expresión de sospecha.

—Espera un momento... —repitió—. Tú debes de ser el malhablado —elucubró—. El tipo con el que se enrolló Becca. Hablé contigo por teléfono, ¿verdad?

—Sí. ¿Te reuniste hoy con ella en una casa en Gavin Street?

—Sí. Es donde me dijo Nadia que vivía —explicó Josh—. Me aseguré que era su casa, pero imagino que era la del mafioso. ¿Oye, estás bien? Pareces a punto de caerte redondo al suelo.

Estaba jodido. Mucho más que jodido; estaba condenado sin remedio.

—Dime, ¿dónde está mi hermana? —exigió Josh.

Tuvo que respirar hondo para poder responder.

—En un lugar donde no debería estar —dijo crípticamente—. Tengo que marcharme a solucionarlo. —Se volvió hacia Tam, que trataba de mantener los peligrosos colgantes de sus pendientes alejados del bebé sin conseguirlo.

—Becca decía la verdad —explicó—. Tengo que ir a rescatarla. Zhoglo había metido un localizador en el bolso, seguro que había más. Es posible que vaya a buscarla al lugar donde la dejé.

- *Puff*, qué mal rollo. Vete, venga. —Tam lo miraba con pesar—. Ya nos ocuparemos de todo esto sin ti. Corre todo lo que puedas, Nikolai... como si te persiguiera el demonio, porque eso es lo que ocurre en realidad.

Y eso hizo. Corrió impulsado por un salvaje terror, azuzado por una alocada esperanza.

Capítulo



BECCA escuchaba gritos detrás del ventanal. Algo se estrelló contra la pared. Zhoglo parecía poseído por una furia asesina.

Sabía que al final la tomaría con ella, y sería horrible.

Pero todavía no había ocurrido. Así que se ocuparía de esa cuestión cuando surgiera. Todavía disponía de algunos minutos para disfrutar del aroma de los pinos, para dejar caer la cabeza, admirar la luna que asomaba entre las nubes y llorar de felicidad.

Josh y Carrie estaban a salvo. Había visto con sus propios ojos que Nick irrumpía en el quirófano en el último momento e impedía que aquellos monstruos mataran a aquella pobre chica. Y si Sveti estaba a salvo, sus hermanos también lo estaban. Y los demás niños... Todos estaban completa y absolutamente a salvo.

Los secuaces de Zhoglo habían olvidado que ella estaba ante el monitor y continuó viendo la intervención en directo. Sveti seguía sobre la camilla; una mujer con bata verde se inclinaba sobre ella para comprobar su pulso. Seth estaba observándolo todo, apenas visible en una esquina, mientras apuntaba a una o varias personas, todas fuera de cámara. Alguien gemía y farfullaba de dolor, pero no era la niña y Seth no parecía demasiado preocupado por la persona que se quejaba.

Había comenzado a llorar al ver las imágenes. Finalmente dejó caer la cabeza mientras sorbía por la nariz, y escuchó el susurro de los árboles sobre su cabeza. Llenó los pulmones con la dulce brisa. Se recreó en el círculo que apareció entre las nubes, dejando ver las estrellas y la luna. Nubes, árboles, luna y estrellas... Precioso.

Carrie y Josh tendrían que vivir por ella. Que amar por ella.

Suspiraba de tristeza por la pérdida que se avecinaba, pero sus hermanos continuarían con su vida. Madurarían, encontrarían a alguien a quien amar, formarían familias. Envejecerían fuertes y felices. Vivirían existencias largas y perfectas... O eso esperaba con todas sus fuerzas. Lo deseaba con todo su ser, con todo su amor.

Y bueno, ella había vivido plenamente. Quizá no hubiera opinado lo mismo una semana antes, pero su relación con Nick había sido tan intensa, que parecían muchos años comprimidos en unos días.

Le había amado por completo. No había sido lo más inteligente, pero, bueno, fue una bendición. Era mucho más de lo que la mayoría de las mujeres podían decir al volver la vista atrás.

Se consolaría con ello como mejor pudiera, cuando llegara el momento.

Nick jamás había conducido tan rápido en su vida. Pisó a fondo el acelerador por el intrincado laberinto de naves industriales, con la piel de gallina al pensar en Becca, atada en la oscuridad como una virgen inocente dispuesta para el sacrificio.

Buscó la linterna en la guantera. Para empezar debería habérsela dejado a ella; ¡Joder! lo que tendría que haber hecho era no dejar a Becca allí.

La luna jugaba a esconderse entre las nubes que se deslizaban con rapidez, dibujando sombras cambiantes. El interior de aquel lugar debía estar condenadamente oscuro.

Y había sido él quien la dejó encadenada allí dentro.

«¡Ya basta! ¡Concéntrate!».

No conseguiría nada flagelándose por haberla cagado otra vez. Tenía el resto de su vida para ello. Es más, la propia Becca debería hacer los honores, pero por ahora tenía que ocuparse de arreglar la situación.

Lo mejor que pudiera.

Aquella herida era de esas que jamás curaban. Él conocía muy bien las heridas de esa clase. Las había visto infligir y supurar durante toda su infancia, hasta que el amor se convertía en un recuerdo lejano y amargo.

Becca no quería volver a verlo, lo había asumido ya. Sin embargo, le llegaría con saber que la Becca que amaba seguía existiendo, justo como él pensaba que era: como había pensado que era desde el principio. Pero no era digno de ella. Él solo era un cabrón frío y desconfiado; un fracasado sin pizca de inteligencia.

Dejando a un lado todo aquello, saber que ella vivía feliz le reconfortaría.

Abrió la pesada puerta con un gran estruendo. El haz de luz de su linterna cortó la sombría oscuridad, iluminando a un roedor peludo que corrió a esconderse a toda velocidad. Ratas... ¡Oh, Dios!

Otro clavo más en su ataúd.

—¿Becca? —gritó—. ¡Hola!

No obtuvo ninguna respuesta. Se estremeció alarmado, no era posible que Becca se hubiera quedado dormida. Quizá no quisiera hablar con él y no podía culparla.

—¡Becca! —Corrió por el pasillo de la nave hasta el andamio donde la había encadenado—. Sé que estás cabreada conmigo, pero...

Dobló la esquina y se detuvo en seco. El corazón se aceleró en su pecho hasta el punto que pensó que iba a estallar. Notó como si le apresara una garra de helado terror. Incluso las ratas habían desaparecido.

Ella no estaba allí. Las bolsas de comida seguían en el suelo, igual que las botellas de agua y las barritas de proteínas, pero Becca, las esposas y la cadena habían desaparecido.

Quiso vomitar. ¡Oh, joder! No sabía por dónde empezar a buscarla, adónde acudir. Por qué precipicio tirarse de cabeza.

Quiso aullar como un perro rabioso.

No escuchó ningún sonido, pero notó una corriente de aire a su espalda, que le hizo ponerse en guardia justo a tiempo de darse la vuelta y... recibir el golpe de aquella barra de metal en la frente en lugar de en la coronilla.

Un cegador rayo de luz blanca y roja le alcanzó en los ojos para empujarle hacia una tormentosa y dolorosa pendiente que le condujo a la untuosa negrura de la nada.

Becca había llegado a pensar que lo ocurrido en la nave mataría el amor que sentía por Nick. Que no sentiría nada por él; estaba totalmente equivocada.

Kristoff y otro hombre —al que Zhoglo llamaba Mikhail— habían traído a Nick a rastras desde el interior. Estaba inconsciente, atado y sangraba por la cabeza. Zhoglo desquitó su furia dándole patadas en la espalda, las piernas, el estómago, la ingle, la cara... Cada impacto contra aquel inconsciente cuerpo desmadejado era como un golpe en su propia carne.

Al parecer se podía sufrir más, se podía caer más bajo. Después de todo, aquella era la especialidad de Zhoglo; alcanzar las hondas profundidades del dolor, la vergüenza y la desesperación.

Nick tenía las muñecas y los tobillos atados por delante con bridas de plástico. Una cuerda unía sus manos y sus pies, obligándolo a doblarse en dos.

Zhoglo dio una patada a la mesa que contenía los aperitivos que había llevado Pavel. Las copas de cristal se hicieron añicos, la comida voló por los

aires y el vino comenzó a verterse de la botella volcada, oscuro y espeso como la sangre.

Ella contuvo un jadeo cuando vio que Zhoglo daba a Nick otra violenta patada en las costillas. El sonido que emitió hizo que el hombre volviera a acordarse de que estaba allí y se giró resollante, para cernirse sobre su cara.

—¡He perdido cientos de millones de dólares! —La saliva que burbujeaba en aquella boca roja cayó sobre su rostro, haciéndola contener una arcada—. ¿Te haces una idea de la cantidad de dinero que me habéis costado tú y este pedazo de mierda? ¿Alcanzas a imaginar la magnitud del desastre?

—Lo más importante se ha salvado —dijo ella con suavidad—. El dinero no significa nada. —Su parte más cuerda se encogió ante aquellas descaradas palabras. ¿Por qué las había dicho? ¿Acaso tenía ganas de acelerar su propia muerte?

—¿Nada? —gritó Zhoglo—. ¿Nada? —La abofeteó con fuerza—. ¡Zorra imbécil! ¿Quién eres tú para atreverte a decirme que el dinero no significa nada? ¿Has carecido de él alguna vez?

«Sí», quiso decirle, pero no se atrevió a hablar al ver la expresión enloquecida de aquella cara lívida de furia. Los extraños iris grises se apoderaron de los ojos cuando las pupilas se contrajeron en pequeños puntos.

La volvió a golpear con el dorso de la mano. A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Alguna vez has tenido que robar? —aulló—. ¿Has matado por dinero? ¿Te has manchado las manos de sangre caliente para obtenerlo? ¿Cuándo has sentido hambre, jodida zorra americana? —Otra bofetada—. ¿Has peleado con las ratas para comer la carne del basurero? ¿Te has puesto de rodillas para dejarte sodomizar por un cerdo asqueroso a cambio de un trozo de pan? —Una bofetada más—. ¿Lo has hecho?

La voz de Zhoglo se desgarró hasta convertirse en un ronco grito de furia. La agarró del pelo y la tiró, atada a la silla y encadenada, sobre el suelo de la terraza. Justo junto a las botas de Nick; casi podía tocarle.

La comida estaba esparcida a su alrededor. Uvas aplastadas, mondas de manzana, galletas desmigadas, pequeños triángulos de queso. Al lado de la cara había una loncha de jamón, rosada y alargada como la lengua de un perro jadeante. El olor a grasa y carne que flotaba en el aire le revolvió el estómago.

El cuchillo para la fruta brillaba, reflejando la luz, ante sus ojos. El pequeño cuchillo que Zhoglo había utilizado para pelar las manzanas y las uvas estaba allí, al alcance de sus dedos.

El mafioso le dio la espalda para propinar una patada al soporte metálico que sostenía el portátil, tirándolo al suelo. Ella aprovechó el estruendo para hacerse con el pequeño cuchillo mientras él la emprendía a patadas con el ordenador, destrozándolo por completo. Sus hombres lo observaban con expresión de cautela en los ojos, concentrados en no atraer aquella furia sobre sí mismos. Nadie la miraba cuando se estiró para intentar coger el cuchillo, luchando contra el tirón de la cinta adhesiva hasta que esta le cortó la piel...

Tenía que conseguirlo, debía hacerlo. Las botas de Nick estaban ante su cara. Si volvía a estirarse quizá podría llegar a... «¡sí!».

Escondió la hoja del cuchillo entre las manos mientras hacía que el pelo le cayera sobre la cara. Fingió haberse rendido, estar derrotada, pero su intención era liberar las muñecas y tobillos de Nick.

Sabía que le llevaría tiempo. Era imposible que lo lograra antes de que la vieran, pero tenía que intentarlo.

Era la única y minúscula posibilidad de conseguir algo, y no pensaba desperdiciarla.

La cuerda cedió y Zhoglo seguía bramando en ucraniano, arrojando los trozos del destrozado portátil hacia la ventana.

Crash, la ventana se rompió. Los fragmentos de cristal le salpicaron los brazos y la espalda. Ella se arrastró hasta que llegó a la esposa de plástico que apresaba los tobillos de Nick, comenzó a mover el cuchillo con desesperación mientras todos los presentes intentaban mantenerse alejados del alcance del hombre, sacudiéndose las esquirlas de cristal de la piel.

El plástico cedió. Intentó alcanzar la brida que le amarraba las muñecas, pero todavía le faltaban unos centímetros para llegar. Deseó que él se moviera, que despertara, que la ayudara...

«Por favor, Nick. Por favor».

Pero él siguió inmóvil, como un muerto.

—Desatadla —ordenó Zhoglo con voz chillona—. Quitadle la cinta adhesiva. Quiero empezar de una puta vez.

Nick intentaba mantener el dolor a raya con todas sus fuerzas mentales. Tenía que estar preparado para usar lo que Becca le había facilitado. Su valiente diosa, que aun atada a una silla se atrevía a replicar a aquel psicópata cuando estaba poseído por uno de sus arrebatos de furia... Estaba claro que el descaro de esa mujer poseía ciertas tendencias suicidas. Pero ¿quién era él para decir nada al respecto?

«¡Concéntrate en mantener esta posición, maldita sea! Sigue encogido como si tuvieras las muñecas y los tobillos esposados, sigue pareciendo débil e inconsciente».

Era cierto que seguía teniendo las manos atadas, pero por lo menos no era a la espalda. Y Becca ya le había liberado los pies.

Sentía dolor al respirar. Era evidente que había sufrido daños en las costillas; quizá tuviera alguna rota. Le dolía todo el cuerpo. «Sopórtalo». Recordó la manera en que se burlaba su padre cuando era un crío y se quejaba tras recibir una paliza.

«El dolor no mata, niño, así que cállate».

Repitió las palabras una y otra vez para sus adentros. Tenía algún hueso roto, los órganos machacados y los tendones desgarrados, pero le daba igual. Cuando aquello acabara no necesitaría aquel cuerpo para nada, no iba a necesitar ningún tipo de información sensorial del sistema nervioso externo. No, gracias, de eso nada.

Cualquier información externa sería irrelevante. «El dolor no mata, y lo que no mata te hace más fuerte».

A través de la rendija que dejaba la hinchazón en su ojo, vio cómo Kristoff desataba a Becca y la obligaba a levantarse de la silla tirando de la cadena, luego aquel monstruo le cortó la ceñida camiseta con un cuchillo y le rasgó el sujetador. El muy cabrón se relamía los labios, riéndose.

—Mikhail, espabila a ese trozo de mierda —ordenó Zhoglo, refiriéndose a él—. Quiero que contemple todo lo que hacemos con ella. Que lo vea todo, hasta el último detalle.

Mikhail se detuvo junto a su cabeza y se inclinó sobre él. Le hizo rodar por el suelo hasta dejarle tendido de espaldas y comenzó a darle palmadas en la cara. *Plaf, plaf...*

«Muy bien, ha llegado el momento».

Impulsó las piernas hacia arriba y apresó la cabeza del tipo entre los muslos. La giró con violencia y tiró, rodeando el cuerpo del sujeto con las manos atadas para desequilibrarle. Tiró y giró de nuevo antes de apretar con todas sus fuerzas. Lo que le movía era pura desesperación, auténtico instinto de supervivencia, pero ninguna técnica; ningún puto truco que conocía surtía efecto hasta que de pronto... *crac*, un crujido.

El sofocado chillido de Mikhail y el repentino olor a excrementos indicó que había dejado de tener control sobre sus esfínteres. Le había partido alguna vértebra.

Nick jadeó cuando el tipo cayó sobre él y rodó a un lado para ponerse en pie. En ese momento, Kristoff se abalanzaba hacia él rugiendo como un toro. Tuvo que descubrir sobre la marcha cómo rechazar una patada con las manos atadas y cómo esquivar una cuchillada dirigida a su cabeza. Se inclinó hacia atrás antes de girar con la pierna en alto para golpear con el pie la cara de su adversario, haciéndole tambalearse, con la nariz chorreando sangre.

Se preparó para propinarle un...

Bang. Notó que le alcanzaba un disparo. Zhoglo empuñaba una pistola.

Una ardiente sensación como un vago reflejo helado se extendió por su pecho, a la derecha, arriba. Intentó respirar hondo mientras se balanceaba hacia atrás. La sangre comenzó a manar por el agujero. Cada vez que inspiraba sonaba un burbujeo... ¡Joder! Le había dado en el pulmón. Todo había acabado. ¡Oh, Becca! «¡Becca!».

Los árboles giraron sin control y luego el suelo se acercó con rapidez, como en un remolino, y chocó contra él como un camión a toda velocidad.

Becca retrocedió cuando Kristoff aterrizó prácticamente en su regazo. A Nick, sin embargo, le llevó mucho tiempo caer. Se ladeaba y tambaleaba, giraba sobre sí mismo, y por fin se derrumbó sobre el suelo a cámara lenta, donde se quedó inmóvil. Notó que sangraba por el pecho, y las gotas de sangre eran iluminadas por la potente luz.

Comenzó a formarse un charco rojizo junto a su pecho. Estaba perdiendo mucha sangre.

La habían empujado al límite. Estaba más allá del dolor, más allá del miedo, más allá de todo lo que había pensado o creído de sí misma. Solo era consciente de la enorme furia que sentía hacia aquellos hombres abominables que habían hecho daño a Nick. Una furia que la devastaba con la fuerza de un huracán.

Miró la cadena que ataba sus manos temblorosas. La ira hizo surgir una idea en su cerebro; la hizo dejar de considerarse una víctima, impulsándola hacia una nítida realidad. Vio aquella cadena como un arma mortífera.

Le hormiguearon las manos.

Kristoff insultaba a Nick en ucraniano en ese momento. Ella no entendía las palabras, pero el tono era claro. Cuando el esbirro de Zhoglo se puso en cuclillas, le caía sangre por la nariz y no reparó en ella.

Se lanzó hacia él de un salto. Extendió los brazos y apresó la garganta del hombre con la gruesa cadena.

Tiró con fuerza hacia atrás y estuvo a punto de perder el equilibrio por el enorme peso del individuo, pero la desesperación la ayudó a recuperarlo. Él soltó un gruñido sin aliento y se llevó las manos a la garganta, sin dejar de retroceder hasta que la espalda de ella chocó contra la barandilla de hierro. Becca enganchó un pie en el listón inferior, tomándolo como punto de apoyo para levantarse, subió el trasero a la barandilla...

Y se dejó caer.

En caída libre. En la oscuridad, hasta que la cadena tiró de ella hacia arriba frenándola en seco. Gritó. Todo su peso colgaba de las manos esposadas y de la gruesa cadena que tenía enrollada en las muñecas. Las esposas le cortaban la piel y la cadena se le clavaba en la carne, oprimiéndole las manos y los dedos como si los hubiera metido en una prensa.

«¡Oh, Dios, qué dolor! ¡Qué dolor!».

Alzó la mirada. Parpadeó para deshacerse de las lágrimas que inundaban sus ojos al tiempo que intentaba contener los sollozos de pánico. Tenía la vaga sensación de haber arrastrado con ella a Kristoff; había querido que cayera al vacío, pero el resultado había sido diferente. El esbirro había quedado atrapado contra la barandilla, estrangulado.

Él no emitía ningún sonido. No se oía nada más que el susurro de los árboles. Ella se balanceaba de un lado para otro como un péndulo, en la oscuridad, envuelta en una neblina de dolor y miedo. Las suaves agujas de los pinos le rozaban brazos y piernas mientras la sangre resbalaba por sus antebrazos.

Por fin escuchó una horrible carcajada sobre su cabeza.

Alzó la mirada. La cara de Zhoglo asomaba por encima de la barandilla como una pálida luna llena. Tenía los labios estirados en una mueca de regocijo, al tiempo que aplaudía lentamente.

—¡Muy bien, Rebecca! —la felicitó—. Me has hecho un favor enorme. Me has ahorrado la molestia de matar a ese estúpido, y encima con un estilo impecable. ¡Genial! ¿Quieres ver la jugada? Ven, Pavel, ayúdame a subirla. Quiero mostrarle la recompensa que le espera.

Pavel apareció a su lado, con su pálido e inexpresivo rostro. Ella no pudo contener un gemido de dolor cuando comenzaron a izarla; una agonía feroz le quemaba las muñecas mientras se acortaba la distancia entre ella y aquella sonriente pesadilla. Por fin el esbirro la cogió por debajo de las axilas y la pasó por encima de la barandilla, dejándola de pie en el suelo.

La sangre resbalaba por la cadena, las esposas y sus manos. Tenía los

dedos machacados y palpitantes de dolor. Zhoglo agarró la cadena y tiró, haciéndola caer hacia delante con un ronco chillido.

—Me encantan las mujeres desafiantes —explicó—. Me provoca más placer ver cómo me imploran al final. —Él señaló a Kristoff con una mano—. Mira lo que has hecho, a pesar de lo delicada y frágil que pareces.

La cabeza del esbirro colgaba hacia atrás, y una marca alargada y oscura cruzaba la aplastada laringe. Lo había atrapado con la cadena por la garganta al caer, matándole por estrangulamiento. El hombre tenía la cara violeta y los ojos desencajados. Ella apartó la mirada con rapidez y sus pupilas cayeron sobre el cada vez más amplio charco de sangre que había debajo de Nick. Justo en ese momento él comenzó a moverse.

Becca alejó la vista como si no hubiera notado nada, pero percibió por el rabillo del ojo que Nick se arrastraba con algún propósito.

Zhoglo le apesó los pechos manchados de sangre con las manos, para impregnar en ella los dedos antes de llevárselos a la boca. Vio cómo se los chupaba uno a uno y los limpiaba mientras le sonreía. Ella estuvo a punto de desmayarse.

Nick se incorporó y dio un paso vacilante... y otro...

Identificó por fin el ruido que sonaba de fondo desde hacía un buen rato. Eran sirenas. Cada vez más intensas, cada vez más cercanas.

—La policía está a punto de llegar —señaló Nick con la voz entrecortada—. ¿Las oyes, Zhoglo?

Las dementes carcajadas del monstruo hicieron que su vientre temblara mientras la miraba.

—¿Ves, querida mía? El tiempo siempre se ceba conmigo. Siempre tengo que renunciar a los más jugosos placeres antes de haberlos disfrutado a fondo. Es una lástima tener que matarte con rapidez, cuando te mereces una muerte lenta y dolorosa. Pero como ya he dicho antes, puedo ser muy flexible.

La alejó con un empujón y la apuntó con el arma, curvando los labios en una horrible mueca. Nick se lanzó al aire en ese momento y cayó sobre ella.

Bang.

Se escuchó el disparo de una pistola al tiempo que Nick la arrastraba consigo al suelo con toda la fuerza de sus pesos combinados, cayendo sobre ella y dejándola sin aliento.

Por encima del hombro de Nick, Zhoglo la miró fijamente. Era puro odio lo que brillaba en sus ojos cuando, poco a poco, él perdió el equilibrio, y se desplomó hacia delante.

El monstruo se derrumbó sobre Nick, con los ojos ciegos. La sangre comenzaba a manar de entre su pelo plateado, goteando por sus ojos y los abotargados rasgos de su cara.

«¿Qué había pasado? ¿Quién...?».

Becca estaba a punto de ahogarse por el peso de ambos hombres y no podía llenar los pulmones de aire. Pavel era el único de los presentes que continuaba en pie. Sostenía una pistola en la mano, pero había dejado caer el brazo; como si se hubiera olvidado de que la sostenía entre los dedos. Su mirada era vacía en aquella cara pálida y ojerosa.

La falta de oxígeno estaba a punto de hacerla perder la consciencia. La sangre de dos heridas mortales formaba un enorme charco bajo ella, caliente y cada vez más pegajosa.

Pavel hizo rodar el cuerpo de Zhoglo con el pie, alejándolo de ellos. Se puso en cuclillas y pronunció unas palabras por lo bajo, que Becca no pudo comprender, antes de escupir en el rostro del cadáver.

Luego le quitó de encima el cuerpo de Nick, impulsándolo hacia el otro lado hasta dejarlo boca arriba. Ella notó que el aire llenaba sus pulmones casi dolorosamente.

Pavel se arrodilló a su lado y la ayudó a incorporarse. Luego sacó un pequeño objeto metálico del bolsillo. Supo que era la llave de las esposas cuando liberó sus ensangrentadas muñecas.

Miró a Pavel a los ojos, anonadada.

—¿Por qué? —susurró en cuanto pudo hablar.

—Por mi hijo. —La voz de Pavel fue seca y no la miró a los ojos.

Ella sacudió la cabeza para asimilar la información, pero él no añadió nada más. Lo siguió con la mirada cuando se retiró, pisando los crujientes cristales que sembraban el suelo, hasta perderse en la oscuridad de la casa.

El calor del charco de sangre le alcanzó el muslo, sorprendiéndola y obligándola a salir de aquel estupor conmocionado.

«Nick. ¡Oh, Dios mío, Nick!».

Se inclinó sobre él para estudiar la herida bajo la tenue luz que llegaba desde la habitación, a su espalda. Tenía un aspecto horrible. La sangre le cubría por completo y estaba pálido. Notaba un burbujeo en sus pulmones cada vez que respiraba.

Pero aun así se había puesto en pie para recibir una bala dirigida a ella.

Ahora el ruido de las sirenas era ensordecedor. Las luces azules y rojas se atisbaban a través de los árboles. Estaban cerca. Mejor, porque no había

tiempo que perder. Ella no era médico, pero quizá pudiera hacer algo. Intentó recordar lo aprendido en el curso de primeros auxilios en el instituto.

Presionar con fuerza para detener la hemorragia. Se quitó el trozo de camiseta que todavía le cubría los hombros e hizo una bola que apretó contra la herida. Era todo lo que podía hacer, además de rezar. Algo que también hizo, con muda desesperación.

Se inclinó sobre él, apoyó la frente en la suya y esperó con los ojos cerrados para no ver los cadáveres sembrados a su alrededor.

Poco a poco gente y sonidos inundaron la terraza. Los sanitarios se abrieron paso con rapidez. Le formulaban preguntas que no podía comprender ni mucho menos contestar. No le quedaba nada que ofrecerles, daba igual quiénes fueran. Estaba agotada. Todo había terminado.

Por fin alguien tuvo clemencia y le pinchó en el brazo antes de acostarla con suavidad encima de algo plano.

Fue lo último que sintió.

Capítulo



SEIS semanas después

Nick se removió inquieto detrás del volante de la *pickup*, mientras clavaba la mirada en el letrero de madera. «El Gourmet Errante. *Caterings* de Calidad». Llevaba allí una hora. Aquello comenzaba a ser una estupidez.

Se bajó del vehículo, metió por tercera vez una moneda en el parquímetro y apretó la mano contra el pecho para apaciguar el sordo dolor en su interior. El agujero que le atravesó el pulmón había tardado un tiempo en curar. Según le habían informado, todos pensaron que iba a palmarla. También le habían dicho que Becca estuvo a su lado todo el tiempo que permaneció en la UCI y otras salas de cuidados intensivos, que siguió acompañándole durante todo el proceso, hasta que él recuperó la consciencia y pasó a ser un miserable pedazo de mierda muy dolorido.

Entonces ella había desaparecido. Le dejó solo, obligándole a clavar la mirada durante horas en el gotero que tenía conectado al brazo, mientras analizaba lo que había hecho y cómo la había cagado en esa ocasión. Becca había cambiado sus números de teléfono.

Reconocía un «vete al infierno» cuando lo veía, pero allí estaba. Becca iba a tener que decirle en persona que no quería saber nada de él. Quizá así se le quedara grabado en la cabeza.

No podía seguir comportándose como un zombi un día tras otro.

Soñando con ella, despertando con los ojos llenos de lágrimas y la polla dura como una piedra.

Caminó hacia el *catering* con decisión. Le temblaban las piernas al pensar que podía estar dirigiéndose a escuchar el «vete al infierno» final.

Entró en la zona de recepción, donde una hermosa rubia atendía el mostrador.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo la chica.

—Me gustaría hablar con su jefa —repuso.

—Espere un momento, por favor. Voy a avisarla.

La vio correr hacia unas puertas de vaivén. Cuando se abrieron, logró

vislumbrar una cocina llena de muebles de reluciente acero inoxidable y electrodomésticos de alta tecnología.

Becca atravesó las puertas y se detuvo en seco. Tan bruscamente que la rubia recepcionista chocó contra su espalda. La sonrisa de eficiente profesional se apagó como una vela.

Se sostuvieron la mirada. Ella parecía más dura; tenía la barbilla y la mandíbula más afiladas. Llevaba el pelo más largo, en rizadas ondas. Estaba tan guapa que dolía mirarla.

—Hola —saludó con timidez.

Ella se llevó la mano a la garganta.

—Así que ya estás curado...

—Más o menos —repuso.

—Me alegro mucho. —La vio cruzar los brazos. La joven recepcionista pasaba la mirada de una a otro, sin saber de qué iba aquello.

—Veo que has abierto tu propio negocio. —Hizo un gesto con la mano, señalando el lugar—. Me alegro. Parece que te va bien.

Ella encogió los hombros.

—Al final decidí dar el gran salto —explicó con calma—. Después de lo ocurrido, ya no me da miedo nada. Pedí un préstamo enorme, pero creo que ha valido la pena. Mi antigua jefa del Club de Campo está dando muy buenas referencias de mí. Creo que es porque se siente culpable, pero me da igual. Bienvenida sea la culpa si funciona.

—Oh, funciona —comentó él—. Créeme. Te aseguro que funciona muy bien.

Sus palabras la hicieron callarse durante un largo y tenso rato. Al final fue él quien hizo de tripas corazón y tuvo el valor de romper el silencio.

—¿Tienes despacho? ¿Algún lugar privado en el que podamos hablar a solas? —preguntó.

—No es necesario —repuso ella—. No tenemos nada que decirnos que no pueda ser hablado en público.

Él intentó tomar aire a pesar del profundo dolor. Siempre había sabido que su rechazo le dolería así.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme? —La voz de Becca era vagamente acusadora.

—Me lo dijo Margot —confesó él.

—Ah, ya. Me contrató para el convite del bautizo de Jeannie. Fue la semana pasada —explicó ella—. Tiene un bebé precioso. La trajo consigo

cuando vino a elegir el menú. Me pareció adorable con toda esa pelusilla rojiza.

—Sí, es muy mona —convino de manera mecánica—. Margot me dijo que os visteis, pero que no fuiste a la celebración.

—No. Esa noche tenía otro evento. Los fines de semana estamos a tope —se disculpó con sequedad—. Carrie se ocupó del *catering* de los McCloud. No sé si sabes que está trabajando conmigo durante el verano.

—Lo que sé es que estás evitándome —afirmó él, yendo al grano.

Ella le miró sin responder. Él suspiró y rebuscó dentro del bolsillo para sacar un sobre arrugado. Se lo tendió.

Becca lo cogió con recelo.

—¿Qué es esto?

—Es para Josh —explicó—. De parte de Sveti. Se ha quedado colgada de él de una manera... Ha escrito seis páginas para agradecerle todo lo que hizo por ella. Lo de enfrentarse a Yuri y todo eso... Me ha pedido que se las traduzca. —Puso los ojos en blanco—. Es muy ferviente, ya me entiendes.

—Sí —murmuró ella—, entiendo. Se la daré.

—Es un buen chico —comentó él—. Muy valiente. Lo que hizo fue la primera cosa buena que hacían por ella desde hacía muchos meses, por eso la impresionó tanto. Creo que espera que se mantenga célibe hasta que ella crezca.

- *Mmm* —farfulló ella—. Si yo fuera Sveti, y conociendo a Joshie, no me haría ilusiones. ¿Ella ya está bien?

—Sí, ahora sí. Los McCloud trajeron a su madre desde Kiev casi al momento; cuando yo aún seguía en el hospital-explicó—. Sveti y ella regresaron a Ucrania la semana pasada.

—¿Y los demás? ¿Qué ha ocurrido con el hijo de Pavel?

—Lo mandaron de vuelta con su madre y su hermano. Ese niño ha quedado marcado de por vida, pero saldrá adelante. Los demás están todavía en Estados Unidos, bajo custodia policial. Ya sabes que todo el asunto salió en las noticias, desde entonces han llovido las solicitudes para adoptarlos. Ya veremos lo que ocurre. Bueno, salvo en el caso de Rachel.

—¿Qué ha pasado con Rachel?

Nick hizo una mueca.

—Está con Tam. La ha adoptado.

Becca abrió los ojos como platos.

—¡No es posible!

Él no pudo contener una sonrisa.

—Te aseguro que sí. Es más, han congeniado de una manera extraordinaria. Se han vuelto inseparables. ¿Quién lo iba a pensar, verdad?

—¡Oh, Dios mío! ¡Pobre cría! —exclamó ella consternada.

—Bah, no te preocupes. Tam está siendo muy buena con ella, aunque sea a su extraña manera. Rachel la adora. Y ya sabes, nunca está de más tener una madre capaz de cargarse a un escuadrón Delta Force usando solo sus tetas y unos pendientes. Los McCloud siguen descojonándose cada vez que se acuerdan. Las vi juntas en el bautizo. Mantienen una relación envidiable, aunque surrealista.

Alargó las manos con rapidez y, antes de que ella pudiera alejarse, la tomó por las muñecas. Tiró de ellas para examinarlas. Las cicatrices provocadas por las esposas estaban frescas y rojizas. Con el tiempo se desvanecerían un poco, pero siempre le quedaría algo de marca.

—¿Te duelen? —preguntó con suavidad.

Ella retiró con brusquedad las muñecas de sus manos.

—No mucho. Por favor, Nick, tengo que ocuparme de la fiesta de esta tarde. Y, además, hay otras cosas que debo...

—Sí, yo también he tenido suficiente cháchara. Por lo visto, estar dispuesto a recibir un balazo en tu lugar no da suficientes puntos como para que vuelvas conmigo, pero estoy seguro de que sí me he ganado el derecho a mantener una puta conversación privada.

Ella bajó la mirada y se mordió los labios. La rubia les miró con los ojos como platos.

—No me importa decir lo que he venido a decirte delante de ella si es necesario —continuó inexorable—, pero serás tú la que pasará vergüenza, no yo.

—No eres más que un bastardo manipulador —susurró ella.

- *Er...* ¿Becca? —intervino la chica, vacilante—. ¿Quieres que me vaya?

—No, Cheryl Ann, no es necesario. Ocupate de recepción —indicó—. Y tú —le señaló a él— ven conmigo, ya que tienes tanto empeño en hablar.

Becca sabía que tenía que mantener la calma. Se dijo a sí misma que ahora era fuerte. Que había cruzado el fuego y había salido más dura, más calmada... más poderosa.

Hubo un tiempo, después de aquella horrible noche, en el que pensó que no podría volver a sentir nada; ni bueno ni malo. Y pensar aquello fue un

alivio. Desde entonces no había vuelto a derramar ni una lágrima; no se había desmoronado ni una vez; se había mantenido entera.

Se alegraba de que fuera él quien subiera detrás las escaleras y no pudiera verle la cara. También le satisfacía haberse puesto aquel veraniego y vaporoso vestido azul. No es que quisiera provocarle, claro estaba, pero sentirse atractiva le ofrecía cierta ventaja. Y necesitaba todas las ventajas que pudiera conseguir.

Él parecía tan... ¡Oh, no había palabras para describirlo! No tenía defensas contra Nick. Era injusto que estuviera allí, alardeando de su atractivo ante ella. Emitiendo todas aquellas intensas vibraciones, con el único objeto de hacerla sentir aturdida y confundida. Solo era necesario que la observara con aquella mirada tan suya, llena de ardiente deseo volcánico, para que se derritiera.

Pero no podía ceder; él era demasiado intenso para ella. Era como una roca contra la que se estrellaría sin remedio. Contra la que ya se había estrellado. Y todavía se encontraba aturdida, intentando juntar todos los pedazos de sí misma.

Lo llevó hasta el austero despacho que tenía encima de la cocina. No había demasiados muebles, solo un escritorio lleno de papeles y una silla plegable. Cerró la puerta.

Él abrió la boca para hablar, pero ella alzó la mano para impedirselo.

—Antes de nada, quiero decirte algo. Gracias.

Nick frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Gracias —repitió ella en tono rígido y mecánico—. Tengo muchas cosas que agradecerte: que me salvaras en la isla; que rescataras a Josh y a Carrie, y a todos los niños; que regresaras a buscarme; que te hirieran por mi culpa... Has sido noble y valiente. Un héroe.

—¿Y...? —intervino él, después de esperar un rato.

Ella alzó las manos.

—¿No es suficiente?

—Tengo el presentimiento de que no es todo —aseguró él—. Sigue.

—No. No hay nada más. De eso se trata, Nick. Aquí termina todo. Gracias y punto. Fin.

Él meneó la cabeza.

—Ah, no, de eso nada. No puede terminar así.

—Claro que puede —repuso ella—. Soy la primera en admitir que te

mereces una medalla por lo que has hecho...

—Pero no te merezco a ti.

Ella se sintió abrasada por las dudas. Era una emoción horrible y absorbente. Oh, ¿por qué dolía tanto? ¿Cómo era posible que hacer lo correcto resultara tan doloroso?

Se forzó a recordar la espesa oscuridad de la nave; la horrible desesperación que todavía la asolaba en ocasiones.

Algunas cosas no podían ser perdonadas jamás.

Era consciente de que aquella profunda oscuridad se había apoderado de un lugar en el fondo de su mente. Siempre escucharía el susurro de las ratas, conocería aquella sensación de impotencia infinita, de furia, de dolor, de miedo...

Negó con la cabeza.

—No, Nick. Me resulta imposible —susurró—. No puedo arriesgarme. Eres demasiado peligroso para mí.

—No, no lo soy —aseguró él—. Estoy dispuesto a morir por ti. De hecho, lo intenté.

Ella notó que se le encogía el estómago.

—¡Oh, Dios! ¡Basta! No me hagas esto.

—Sé que estás enfadada. —La voz de Nick era ronca y medida—. Pero intenta verlo desde mi punto de vista.

—¡No! —Bajó las manos con las que se cubría la cara mojada y le miró, llena de furia—. Ya lo he intentado y no lo he conseguido. No se trata de que esté enfadada, sino de pura supervivencia. No puedo ponerme en tu lugar, tengo mi propia perspectiva del asunto. Y no es precisamente bonita. Si cierro los ojos, todavía noto que las ratas me mordisquean los zapatos.

Notó que a él le palpitaba un músculo en la barbilla.

—¡Dios...! No sabes cuánto lo siento, Becca.

—Sí, debes sentirlo mucho. —Le dio la espalda.

No oyó que se movía, pero sintió que la envolvía el calor que emanaba de su cuerpo, haciéndola dolorosamente consciente de su cercanía.

—Una persona muy inteligente me dijo una vez que el engaño y la traición son pecados, pero ser engañado y traicionado no; que solo es mala suerte.

—Quizá. Pero en esta ocasión, quien resultó traicionada fui yo —aseveró ella.

—No por mí —contraatacó él con rapidez—. Tomé la mejor decisión con

la información que tenía. Sin embargo, como tú misma dijiste en una ocasión, no soy Dios. Y no sabes cómo lo lamento.

—Sí, estoy segura de que tomaste la mejor decisión, Nick —convino ella—. No es culpa tuya que al final resultara la peor.

Percibió las intensas vibraciones del dolor que estaba provocándole a Nick.

Él dio un paso atrás, y el silencio se dilató, creando una enorme distancia entre ellos; alejándolos, haciendo que se le rompiera el corazón en mil pedazos.

—Bien —dijo él finalmente—. He captado el mensaje. No volveré a molestarte.

La gastada puerta rechinó cuando él la abrió antes de cerrarla con un *clic*. Escuchó los pasos de Nick al bajar las escaleras.

El dolor que inundaba su corazón se transformó, de repente, en ardiente furia. ¿Por qué tenía que pasarle eso a ella? ¿Por qué debía sufrir de esa manera? ¿Qué había hecho para merecer eso?

Ping. Algo se tensó en su interior, hasta que se rompió como la cuerda de un piano. Se lanzó hacia la puerta y la abrió de golpe.

—¡Maldito seas, Nick Ward! —gritó enfurecida.

Él se giró, todavía en las escaleras, y alzó la mirada hacia ella sorprendido.

—¿Eh?

—¿Tan poco significativo para ti? ¿Tan fácil te resulta alejarte de mí? —vociferó, llevada por la ira—. Dices que lo sientes, pero que *byebye*, que no volverás a molestarte. ¡Ja! ¿Molestarte? ¿Sabes qué te digo? ¡Vete a la mierda! ¡No eres más que un cobarde! ¡Un llorón!

—Ah... vaya. —Parecía nervioso y sorprendido—. Pensaba que querías que me fuera... Bueno... ¡Joder, Becca! ¿Qué quieres que haga?

—¡Pon en funcionamiento ese diminuto cerebro tuyo para averiguarlo! —gritó, todavía más alto—. ¿Acaso no sabes cómo manejarme cuando estoy enfadada contigo, Nick? Porque te aseguro que estoy muy enfadada. ¡Estoy enfadadísima! Y eso no se arregla diciéndome que lo sientes mucho. ¡Ni hablar!

Vio que empezaban a curvársele los labios, pero que, inteligentemente, reprimía la sonrisa.

—Sí, soy un cabrón hijo de puta —aseguró, subiendo los escalones—. Puedo resistir muchos golpes.

—¿De veras? ¿Y puedes aceptarme así, Nick? —La voz le temblaba por la emoción—. ¿Tienes valor para hacerlo?

—Puedo aceptarte de todas las maneras —dijo—. ¡Joder, claro que sí! Así que deja de pensar tonterías.

—¿Ah, sí? Bueno, pues demuéstremelo. —Le hizo un imperioso ademán para que volviera a entrar en el despacho. Cerró de un portazo y cruzó los brazos sobre el pecho al tiempo que bloqueaba la salida. Nick no saldría de allí antes de que ella se desahogara.

—¿Por qué te has convertido de repente en una arpía chillona? —tanteó él.

—Te voy a dar noticias de última hora, Nick —se recreó—. No es una actuación, soy una arpía chillona. Esto es lo que hay, así que asúmelo.

Él esbozó una sonrisa apreciativa.

—Me pones a cien cuando te cabreas —explicó él—. Me encanta verte así.

Ella le puso las manos en el duro estómago e intentó empujarle, sin éxito.

—Solo un idiota le diría eso a una mujer tan enfadada como estoy yo en este momento.

—Bueno, jamás he presumido de ser un científico de la NASA —se disculpó él—. Me conoces. Es abrir la boca y soltar la verdad, da igual que sea conveniente para mí o no.

—Pues te sugiero que mantengas la boca cerrada —escupió ella—. Acércate, déjame ver esa cicatriz.

La miró sorprendido, pero obedeció y se subió la camiseta azul para descubrir su esbelto torso.

Ella se mantuvo impassible mientras observaba la redonda cicatriz mellada, la marca de las grapas y los puntos. Notó una opresión en el corazón. Quiso apretar los labios contra la herida.

Pero no pensaba permitir que él se librara de aquello con tanta facilidad. Pasó la punta de los dedos por la marca y él contuvo el aliento. Ella apartó la mano, alarmada.

—¿Te he hecho daño?

Nick negó con la cabeza. El ardiente brillo que vio en sus ojos le resultó muy familiar. Dejó que sus ojos vagaran sobre su cuerpo, recreándose en la gruesa protuberancia que ocultaba la bragueta. Él siguió su mirada al tiempo que, con un rápido movimiento, se quitaba la camiseta y la dejaba caer al suelo.

¡Qué fantasma! Así que quería presumir ante ella por partida doble; exhibir a la vez su maravilloso cuerpo y la heroica herida recibida por ella.

Le avergonzó constatar lo bien que estaba funcionándole.

—Vuelve a ponerte eso —jadeó—. Eres un exhibicionista.

Él meneó la cabeza, le tomó la mano y se la puso sobre la cicatriz otra vez, manteniéndola allí con la suya.

—Vuelve a hacer eso —pidió—. Me ha gustado.

Ella intentó liberarse, pero fue en vano. Él retuvo su mano.

—Pero ¿acaso crees que me importa lo más mínimo lo que te gusta, Nick Ward?

—Sé que es así —presumió.

Ella retorció la mano con un gruñido de furia, antes de alzarla como si estuviera dispuesta a pegarle. Pero se detuvo de golpe.

—Venga —la animó—. Pégame. Desahógate conmigo, si eso es lo que deseas.

—No puedo —reconoció con irritación—. Estás herido, ¡maldito seas!

—Puedes hacerlo. Soy fuerte y capaz de soportarlo.

¡Oh, no! Había algo en la estoica aceptación que transmitía su voz que le rompió el corazón una vez más. Aquel era el principal problema con Nick; él siempre esperaba un golpe. Siempre estaba preparado para recibirlo. Jamás se sorprendía cuando llegaba.

Pero no sería ella quien le golpeará.

Comenzaron a caerle lágrimas y notó una quemazón en la garganta.

—No me importa si puedes soportarlo o no —explicó con un hilo de voz—. Ya has soportado suficiente, ¡maldición!

Oportuna, como siempre, fue ese el momento en que flaqueó y una gran debilidad la inundó. ¡Menuda humillación! Tomó un montón de pañuelos de papel del escritorio y escondió la cara en la suave pelota de papel que formó con ellos.

Nick la apretó contra su musculoso pecho desnudo, rodeándola con la poderosa fuerza de sus brazos. Como siempre, su piel estaba muy caliente.

Fue necesario que transcurriera un buen rato para que dejara de llorar. Tenía muchas razones para ello; aquella espantosa noche era solo una de ellas, por no hablar del día en que reunió el valor suficiente como para dejarlo solo en el hospital. O de las veces que se contuvo para no llamar y preguntar cómo estaba. O todas esas noches en vela, mirando el techo.

Había intentado renunciar a Nick, pero no podía.

Y no lo iba a hacer. Sintió un dulce alivio al ceder por fin a los dictados de su corazón. Fue una ráfaga de emoción tan liberadora y satisfactoria, que por un momento pensó que se desmayaría como una damisela victoriana. Pero Nick la sostendría. Tampoco parecía incómodo ante aquella prolongada llantina. De hecho, parecía satisfecho de tener una excusa para tocarla. Notó que él enterraba la cara en su pelo y le acariciaba la espalda, como si quisiera aprenderse de memoria cada nudo de su columna, cada músculo, cada costilla...

Las lágrimas fluyeron hasta desaparecer, dejándola laxa y tierna. Liviana, como si pudiera flotar en el aire si él no la abrazara con fuerza. Nick, que jamás desperdiciaba una ocasión, le inclinó la cabeza hacia atrás y comenzó a besarla en los párpados mojados, en las ruborizadas mejillas.

—Para —susurró ella—. Todavía no hemos llegado tan lejos.

—¿De veras? ¿Qué te parece esto? —Se arrodilló ante ella y clavó la mirada en su cuerpo—. Me encanta esta imagen. Adoro ver tus tetas desde abajo —comentó, al tiempo que deslizaba las manos debajo del vestido y las subía por el exterior de los muslos. Al alcanzar su objetivo, enganchó los pulgares en las bragas y se las bajó hasta los tobillos.

Ella contuvo la respiración. «¡Oh, Dios!»). No le daría ninguna oportunidad.

Se tambaleó y sus caderas acabaron apoyadas en el escritorio cuando él le subió el vestido para apretar la boca contra su sexo. Nick le separó con suavidad los pliegues e introdujo entre ellos la ansiosa y habilidosa lengua.

Se le aflojaron las rodillas y estuvo a punto de caer al suelo al notar que las sensaciones formaban un remolino en su vientre, un líquido resplandor de luz y calor.

Tuvo un ataque de pánico. No iba a poder soportarlo estando, como estaba, con las emociones a flor de piel, así que le apartó la cabeza.

—No. Por favor, Nick, no hagas eso.

—¿No? —Él se limpió la boca con el dorso de la mano al tiempo que alzaba la mirada hacia la suya—. ¿Por qué?

—No puedo soportarlo —confesó con la voz entrecortada—. Es demasiado intenso. Voy a caerme.

Él se puso de pie, colocándose entre sus piernas abiertas para que sus cuerpos se tocaran en toda la longitud, en cada punto.

—Lo siento —dijo—. Ah, no, ¡lo retiro! Te cabreas si me disculpo... Te cabreas por todo.

—No se te ocurra ponerte sarcástico conmigo, ¿eh?

Él encogió los hombros y la miró a los ojos, esperando a que le dijera qué podía hacer mientras vibraba de deseo por ella.

Y ahora ella también le deseaba. Aquel provocador bastardo la había excitado y se encontraba inquieta, ansiosa y hambrienta de él.

Bueno, ¿y por qué no? Alzó la barbilla y señaló la protuberancia de su ingle.

—Déjate de charlas, Nick, y saca ahora mismo eso que guardas ahí.

Él vaciló, alarmado.

—¿Qué vas a hacerle a mi polla?

—Eso lo sé yo y con eso llega —repuso.

Él se desabrochó el cinturón.

—Estás poniéndome un poco nervioso, nena —murmuró.

—¿De veras? Pues ¿sabes qué, *nene*? Tú me has puesto nerviosa desde el momento en que te conocí. ¡Ya iba siendo hora de que te pasara a ti!

Nick se encogió de hombros resignado y se bajó los vaqueros. Su erección surgió entre ellos, reclamando atención.

Ella la acarició, comprobando su dureza, el fibroso espesor. Aquello era una locura. No sabía qué estaba haciendo, pero sí que era una mala idea. Y no hubiera podido detenerse aunque su vida dependiera de ello.

—Hazme el amor. —Las palabras salieron impulsivas de sus labios.

Vio brillar los ojos de Nick.

—Joder, nena, sí. Tus deseos son órdenes para mí. Déjame que te acaricie antes un poco para que estés más...

—¡No! —le detuvo, al tiempo que meneaba la cabeza con frenesí—. Quiero tenerte dentro ahora mismo.

Él frunció el ceño.

—Pero todavía no estás preparada... Te haré daño.

—No importa —aseguró con expresión salvaje—. Hazlo y punto.

Él apartó bruscamente los papeles que cubrían el escritorio, que cayeron al suelo en un desordenado remolino, para sentarla en la mesa con la falda por la cintura.

—A mí me importa. —Su tono era acerado—. Sé que estás nerviosa y ansiosa, pero vas a esperar a que te prepare y no quiero escuchar ni una palabra más al respeto.

—¡Maldición, Nick...! —Se interrumpió con un suspiro cuando él deslizó la mano entre sus muslos para introducir un dedo en su interior.

Ya estaba mojada y resbaladiza. Se contoneó sobre su mano, pero él continuó acariciándola y excitándola, esparciendo los cálidos jugos donde consideraba necesario.

—No tengo condón —informó él.

—¡Qué lástima! —Tenía la voz entrecortada—. Imagino que eso significa que no puedes correrte dentro. Lo siento por ti, pero es tu problema, no el mío.

Él sonrió con un destello blanco mientras le separaba las piernas.

—¡Qué cruel eres, Becca!

Ella se aferró a sus hombros, jadeando. Sus frentes se tocaron durante ese mágico momento de conexión en el que él presionó su gruesa y contundente erección contra su entrada, antes de comenzar a empujar poco a poco.

Cada envite era delicioso, cada movimiento provocaba que quisiera retorcerse y gemir. Pero por alguna razón desconocida, luchaba contra las emociones mordiendo los labios. Todavía estaba demasiado asustada para rendirse al placer; a él. Muros dentro de muros.

Nick se detuvo.

—¿De qué va todo esto, Becca? ¿Qué significa?

—Nada —aseguró desafiante—. No significa nada. Quiero follar y tú estás a mano, así que te utilizo. Sin promesas ni ataduras.

Él entrecerró los ojos y se retiró con lentitud, dejando solo el glande en su interior mientras la acariciaba.

—¿Forma parte de mi castigo?

Ella se incorporó para clavarle los dedos en las nalgas y obligarle a continuar.

—¡Venga! ¡Muévete de una puta vez!

Le vio sonreír al percibir la inusual vulgaridad de sus palabras.

—¿Y tú dices que soy yo el malhablado? ¿El macarra tatuado? ¿Lo dices tú que me usas para el sexo antes de darme una patada en el culo?

—Hablas demasiado —repuso ella bruscamente, entre jadeos—. Fóllame y punto.

—Qué dura eres, Becca... —susurró él antes de impulsarse y taladrarla hasta el fondo, mirándola a los ojos—. Pero vas a derretirte por mí —prometió, como si intentara engatusarla con sus palabras—. Te correrás por mí. Sé que me amas.

—¡Capullo arrogante! —jadeó ella con los ojos clavados en el punto donde su grueso miembro desaparecía en su interior, para volver a salir brillante por los fluidos que lo empapaban.

—Ya que voy a ser tu juguete, tendremos que vivir juntos —dijo él—. Así estaré a tu servicio día y noche.

Ella era incapaz de pensar una respuesta ingeniosa para esas palabras mientras él siguiera frotando el clítoris con el pulgar sin dejar de embestir y empujar.

—Y ya que vamos a estar follando día y noche, quizá sería mejor que nos casáramos —continuó—. Así los niños serán legítimos.

Ella contuvo el deseo de reír.

—Cuidadito, nene, estás pasándote.

Él sonrió de medio lado.

—Pero a ti te gusta —aseguró—. Sé lo que quieres y pienso dártelo. Con frecuencia. Así que ve preparándote.

Nick estableció un ritmo lento e intenso que la hizo gemir sin recato. Ella le rodeó el cuello con los brazos y se dejó llevar, acoplándose para formar un solo cuerpo, cada vez más caliente y excitada.

Percibió que se acercaba el orgasmo y que Nick se tensaba y se preparaba para retirarse...

¡No! Le aferró con fuerza, clavándole las uñas en las nalgas y lo atrapó en su interior. Dejando que aquella abrasadora bomba de calor la inundara, que la llenara, como un bálsamo curativo. Que derritiera aquel gélido lugar en su interior, que eliminara su furia y sus dudas. Abriendo la puerta a una nueva esperanza.

Permitiéndole creer en todo; en la vida, en el futuro, en sus sueños y anhelos. En el amor.

Después apoyó la cabeza contra el húmedo torso de Nick. Cuando la alzó de nuevo, besó la cicatriz como había deseado hacer desde que la vio; con ternura.

Siguieron moviéndose juntos, empapados y ardientes, durante un tiempo infinito.

Finalmente, Nick la obligó a levantar la barbilla.

—Este va a ser el trato, nena —advirtió—. Puedes castigarme e intentar apartarme de ti si eso te hace feliz, pero será una pérdida de tiempo. Te amo. Jamás renunciaré a ti.

Ella buscó las palabras adecuadas, pero sus emociones eran demasiado intensas y tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar. Clavó los ojos en aquellas pupilas entregadas y preocupadas.

—Sé que no soy perfecto —continuó él con brusquedad—. Sé que lo he

jodido todo, pero no volveré a decepcionarte. Te lo juro, voy a tratarte como a una diosa.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas y se las secó con el dorso de la mano al tiempo que sorbía por la nariz. Él esperó.

—Quiero que quede todo bien atado, Becca —aseguró—. Quiero todas las promesas y ataduras. Que lo firmemos y sellemos. Que dure hasta que la muerte nos separe.

Ella se rio con ironía.

—¿Así que te marcas una estrofa apasionada y piensas que ya está todo hecho?

Él sonrió.

—¿Quieres más? Yo te daré más, mírame.

Ella lo estrechó contra su cuerpo.

—Por ahora, límitate a abrazarme, ¿vale? —pidió exhausta.

—Durante todo el tiempo que quieras —repuso al momento.

Ella volvió a besar su cicatriz.

—¿Qué tal para siempre?

Él emitió un áspero sonido antes de ocultar el rostro en su pelo.

—Para siempre jamás, nena —murmuró—, y más allá.

Sobre la autora

SHANNON MCKENNA es autora bestseller de *The New York Times* y de *USA Today*. Después de una trayectoria profesional muy variada desde barman hasta secretaria de una consulta médica pasando por cantante callejera, decidió que escribir novelas eróticas y de suspense era lo que mejor le iba. Vive con su marido y con su familia en un pequeño pueblo al sur de Italia.

www.shannonmckenna.com

Manderley

Título original: *Extreme Danger*

© 2008, Shannon McKenna

Edición original en inglés por Kensington Publishing Corp

© 2013, de la traducción, María José Losada

© De esta edición:

2012, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos — Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.pasionmanderley.com

ISBN ebook: 978-84-8365-503-0

Diseño de cubierta: Raquel Cané

Fotografía de cubierta: Getty Images

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

24/05/2013